JORGE INOSTROSA C.

ADIOS AL SEPTIMO DE LINEA

"Los Batallones Olvidados"

«Los batallones olvidados» es el cuarto tomo de la épica novela histórica de Jorge Inostrosa, ambientada en la Guerra del Pacífico. En este volumen se narra la campaña de la Sierra, donde un grupo de batallones chilenos queda rezagado en la zona montañosa para combatir la resistencia peruana, convirtiéndose en «Los batallones olvidados».

Jorge Inostrosa Cuevas

Adiós al séptimo de línea IV: Los batallones olvidados

Adiós al séptimo de línea - 4

ePub r1.1
Titivillus 20.04.2026

Título original: *Adiós al séptimo de línea: Los batallones olvidados*
Jorge Inostrosa Cuevas, 1955
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Digitalización y OCR para Epublibre

Prólogo

¡La campaña de la Sierra!…

La última etapa de la guerra del Pacífico se desarrolló entre abril de 1881 y junio de 1884. Un grupo de batallones chilenos combatió incesantemente en las altas mesetas de la sierra peruana contra un nuevo ejército, resucitado de las cenizas del desastre, gracias al avasallador poder de convicción de un caudillo: el general Andrés A. Cáceres. Las fechas mencionadas limitan la trayectoria que trazó su vigorosa personalidad sobre las cumbres andinas; en abril de 1881 abandonó Lima disfrazado y aún convaleciente de una grave herida que recibiera en la batalla de Miraflores; en junio de 1884 el caudillo se resignó a declararse vencido y reconoció el Tratado de Paz de Ancón.

Tres años y meses duró la campaña del sierra, «la breña», como la llamaban los peruanos, y tuvo características tales que hacen imborrable su recuerdo. Mientras las etapas anteriores —la de Tarapacá, la de Tacna y la de Lima— se habían desarrollado dentro de marcos de caballerosidad y de hidalguía guerreras, esta última fue la campaña bárbara, del salvajismo y la crueldad, guerra sin cuartel y sin prisioneros. En las tres primeras lucharon ejércitos regulares, sujetos a las leyes de la guerra civilizada; en la de la sierra la contienda fue el choque constante de un grupo de batallones chilenos contra un ejército de montoneras indias, guiadas por unas centenas de militares embravecidos por el ideal y la desesperación.

Fue una lucha desigual; por un lado defendían su tierra montoneras indias capitaneadas por militares blancos, armadas con

rejones, malos fusiles, hondas y gigantescas galgas que desprendían de los cerros; por el otro bando atacaban batallones de soldados regulares, provistos de armas modernas. Pero los primeros eran centenares de miles; los segundos, un puñado; y la naturaleza se encargaba de equilibrar la desventaja de las armas, porque el «el soroche», mal de las cumbres de aire enrarecido, diezmaba a los chilenos y extenuaba sus fuerzas. Los montoneros peruanos, en cambio se movilizaban velozmente en un medio que les era familiar y al que estaban hechos.

Por otra parte, la nación chilena se envaneció de sus triunfos. Después de la ocupación de Lima se dedicó a celebrar la victoria, que creyó definitiva. Todos los hombres que tuvieron alguna actuación destacada en las campañas que los llevaron desde Santiago hasta la capital vencida quisieron volver a sus ciudades natales a recibir los honores que les correspondían, a participar de la celebración de la victoria, a ser abrazados y felicitados por los parientes y los amigos.

Pero en Perú quedó una división de soldados encargada de mantener la ocupación y de controlar al país hasta que se cobrara la indemnización de la guerra y se llegara a un arreglo de paz; diez mil trescientos hombres para dominar una nación henchida de rencor, acicateada por el dolor y la derrota y las humillaciones sufridas y que conservaba intactos un ejército de cuatro mil hombres en Arequipa y centenares de miles de indios en las altas poblaciones de la sierra, no alcanzadas por el conflicto.

Esta división fue la que se diseminó por el Perú y soportó la última campaña. Una fracción combatió en el norte, otra en el sur, una tercera mantuvo el control de Lima y sus alrededores y la restante luchó entre las cumbres de la sierra. Cada una de ellas era apenas un puñado de hombres que veían, paulatinamente, disminuido su número, a medida que pasaban los meses, sin que nadie se preocupara de llenar las bajas. Chile estaba demasiado ufano festejando la victoria y se había olvidado de ellos.

Ésta es, pues, la historia de estos heroicos soldados que durante más de tres años sostuvieron una lucha imposible contra los hombres y contra la naturaleza, conquistando su sustento diario a brazo partido, guardando sus vidas de constantes emboscadas y manteniendo en alto el prestigio de las armas chilenas, sin más

recursos que su fusil, su valor y su fortaleza. Ésta es la casi ignorada epopeya de esos batallones olvidados

1

Aún estallaban a la distancia, con aterrador estruendo, los proyectiles de los grandes cañones de la artillería y la escuadra chilenas, que habían aplastado al ejército peruano en las líneas de Miraflores. La fusilería dispersa señalaba la dirección de las cacerías que los soldados vencedores hacían de los vencidos, que huían en desbandada, a Lima o a los poblados interiores.

Semidesvanecido sobre su caballo, avanzaba por la carretera de Chorrillos un coronel, con el uniforme desgarrado y chorreando sangre.

Su quepis rojo exhibía una mordedura de bala; la pierna derecha de su pantalón, desgarrada desde la cadera a la rodilla, dejaba ver una salvaje herida. Sin embargo, el militar aún hacía esfuerzos por refrenar el desborde aterrado de los soldados. Alzando penosamente su rostro severo, enmarcado en tupida patilla, los increpaba, urgiéndolos a reorganizarse para ofrecer una nueva resistencia a la entrada de Lima. Pero nadie lo escuchaba; todos pensaban solamente en huir.

Caía el crepúsculo sobre las casas del barrio suroeste de Lima, campesinas y antiguas, cuando el jinete, al borde del desfallecimiento, espoleó por última vez su cabalgadura. La bestia, rendida, se adentro en la ciudad por la calle de la Penitenciaría. El coronel pensó detenerse ante el sombrío edificio de ladrillos, al observar un nutrido grupo de soldados frente a él, pero le fallaron las fuerzas para recoger las bridas y siguió de largo, bamboleándose sobre la montura. Volvió a abrir los ojos al rumor de una multitud que llenaba la Plazuela de la Exposición. Centenares de soldados se apretujaban en las escalinatas del blanco palacio central, mientras otros tantos se amparaban en los árboles del parque y en los

invernaderos del Jardín Botánico vecino.

El caballo se detuvo. Numerosas voces se levantaron proclamando el nombre del jinete:

—¡Es el coronel Cáceres!…

Un círculo de rostros sudorosos y desencajados se arremolinó en torno al jefe. Un cabo, presionado por los soldados que empujaban de atrás, apoyó su diestra sobre la pierna derecha del coronel y la retiró tinta en sangre. Con ojos desorbitados miró al herido.

—¡Santo Cristo de los Milagros, viene destrozado!…

El círculo de hombres se amplió y las voces decrecieron a un murmullo impresionado y compasivo.

El coronel, pálido y transpirando helado, se sobrepuso con esfuerzo.

—¿Dónde están vuestros oficiales? —inquirió.

—Se nos han perdido, señor coronel —le respondió un sargento.

—Deben estar en la Plaza Mayor. En el camino de Chorrillos se separaron de nosotros, diciendo que iban a tomar órdenes en el Palacio de Gobierno.

Hubo unos segundos de silencio en que los soldados observaban al jefe, pendientes de sus labios. Uno de ellos, de pie sobre un banco de piedra, le habló:

—Tome usted el mando y ordene qué debemos hacer, señor. Somos más de quinientos.

A su voz los soldados levantaban sus fusiles y golpeaban sus cartucheras, dando a entender que aún tenían armas y municiones para combatir.

Cáceres luchaba por hacerlos comprender que estaba de acuerdo con ellos, que todavía podían oponer una resistencia considerable e impedir que los enemigos destruyeran Lima. Pero su voz no lograba sobrepasar a las de los que lo rodeaban.

—¡Tome usted el mando! —volvió a gritar el hombre sobre el banco y agregó—: Nosotros lo seguiremos adonde usted ordene.

El coronel alzó los brazos para callarlos y haciendo un esfuerzo enorme comenzó a decir en alta voz:

—¡Cómo quisiera estar sano ahora, para agrupar a todos los soldados que aún no han perdido la fe en nuestra fuerza. Si no lográramos contener aquí a los chilenos, nos iríamos a la sierra a…

No pudo seguir hablando. Se dobló sobre el cuello del caballo,

como si fuera a derrumbarse.

Numerosas manos se levantaron y lo sostuvieron sobre la silla. Alguien gritó reclamando un doctor, y el sargento que sostenía las bridas se deslizó por el costado del caballo, imponiendo su alta talla.

—Hay una ambulancia aquí mismo, en el Palacio de la Exposición. Vayan al momento por un médico —dijo, y sacó al coronel de la montura.

Los soldados más próximos lo ayudaron a desmontarlo y lo tendieron en el suelo.

Jadeando penosamente y con los ojos vagos, el jefe agradecía en un murmullo.

—Quisiera tener fuerzas para conducirlos otra vez a la lucha —insistía el herido, semiinconsciente—; para organizar la defensa de Lima…, pero mis alientos se están acabando.

—¡Pronto, que venga ese doctor, que el señor coronel se nos priva! —gritó el sargento, alarmado.

El suboficial destapó una cantimplora y le vertía entre los labios un chorrillo de pisco. El herido se atragantó y tosió; pero volvió a abrir los ojos y pudo seguir bebiendo mejor.

En ese momento, un oficial montado hendió la masa; un soldado que lo reconoció lo puso sobre aviso:

—¡Capitán La Barrera, el coronel Cáceres que está privado!

El oficial saltó al suelo.

—¡Señor Cáceres! ¿Se siente usted mal? —preguntó demudado.

—Estoy desfallecido por la hemorragia, capitán —respondió el interpelado, con dificultad—. Pero ya pasa.

—Soy el capitán La Barrera y me pongo a sus órdenes, coronel. Permítame actuar como su ayudante hasta dejarlo en sitio seguro.

El herido rechazó su oferta.

—Yo no intereso. Lo que importa es que vaya al galope al Palacio de Gobierno… e informe a los coroneles Belisario Suárez y Francisco Secada, del Estado Mayor, que aquí hay varios centenares de soldados armados, dispuestos a continuar la resistencia. Y que he visto en el camino a Chorrillos otros tantos que también están en disposición de seguir combatiendo.

El capitán se enderezó con expresión de abatimiento.

—Todo está congestionado, coronel…; hay una desmoralización

irremediable.

—¡No piense en eso, capitán! —lo atajó Cáceres, irritado—. Así como estos hombres se han repuesto de la impresión del desastre, todos los demás recobrarán los ánimos tan pronto los oficiales los llamen al cumplimiento del deber. Monte a caballo y vaya al Palacio de Gobierno a cumplir lo que le ordeno. —Pese a su debilidad, se había incorporado sobre un codo y la barbilla le temblaba de coraje—. Diga usted al coronel Suárez que mande oficiales o que venga personalmente a tomar el mando de las tropas para organizar la defensa de Lima.

El capitán La Barrera se cuadró, intimidado.

—Iré al momento, coronel, aunque considero…

Las pupilas grises del jefe chispearon de cólera.

El oficial se llevó presurosamente la diestra al quepis y se escurrió entre los soldados. Luego desapareció al galope en dirección al centro de Lima.

El coronel Cáceres volvió a caer de espaldas, respirando con cansancio.

Jadeando por la prisa que se había dado en acudir desde el Palacio de la Exposición, asomó el médico.

Su rostro se iluminó al observar al oficial con los ojos abiertos y aún vivo.

Se arrodilló junto al coronel y sus ojos se detuvieron en la pierna derecha, que exhibía un amasijo de tela y sangre. Mientras sus manos expertas comenzaban a apartar los jirones del pantalón, el militar le explicaba, mordiéndose los labios para sofocar el dolor.

—Fue una bala disparada desde el suelo, al término de la batalla. La bala entró por la rodilla y debe estar alojada muy arriba, cerca del hueso de la cadera.

—Por favor, señor, no hable —lo interrumpió el médico con autoridad—; le aumentará la fiebre.

El doctor había despejado la herida y la observaba con expresión preocupada.

—¡Caray! —exclamó—. No puedo examinar la herida completamente, porque tiene la caña de la bota pegada a la carne. Va a ser preciso rasgar el cuero.

Se inclinaba sobre su maletín clínico, cuando se oyó el tableteo de numerosos fusiles.

—¡Los chilenos! —avisó uno de los soldados más próximos—. Nuestros disparos suenan más roncos y prolongados. Ese chasquido seco es característico de los máusers enemigos.

El médico movió la cabeza de un lado hacia otro, con amargura.

—Es ingenuo pensar que los nuestros sigan disparando todavía —sentenció.

El coronel levantó la cabeza y le reprochó:

—Nadie tiene derecho a introducir el desaliento entre las tropas. Pronto vendrán oficiales superiores y se harán cargo de las que esperan en esta plazuela y reorganizarán a las que vengan por los caminos vecinos.

El cirujano lo miró, torciendo apenas los ojos, y dijo, al pasar, mientras comenzaba a rasgar la bota con bisturí:

—¿Para continuar la resistencia?…

—¡Sí, señor, para continuar la resistencia! —insistió el herido, con desesperada testarudez.

El doctor no quiso contradecirle. Sabía que toda resistencia era imposible, que el intentarla sólo conduciría a aumentar la masacre.

El cirujano fue trabajando con toda rapidez. Las ráfagas de la fusilería enemiga se oían cada vez más cercanas y la multitud de soldados, pese a los propósitos expresados anteriormente, comenzaba a disgregarse. Cuando vio la herida limpia y pudo apreciarla en toda su magnitud, agitó la cabeza con rabiosa impotencia. Era absurdo pretender extraer el proyectil en esas condiciones. Había que trasladar al herido a una mesa de operaciones de cualquier ambulancia. Apresuradamente, lavó la herida con un desinfectante y la cubrió con una apretada venda. Luego hizo una seña perentoria al sargento, que se mantenía a su vera.

—Hay que llevarlo al momento a la ambulancia de San Carlos —le ordenó.

No había camilla, ni elemento alguno que les permitiera improvisar algo parecido. El suboficial hizo traer el caballo del militar y montó en él, indicando a los soldados que izaran el cuerpo del herido. Cuando comenzaban a levantarlo del suelo, el desmayado recuperó parte del conocimiento y se quejó roncamente. En ese momento regresaba el capitán La Barrera, quien sin darse cuenta de que el jefe apenas podía entenderle, le comunicó

ansiosamente:

—Todo es inútil, señor coronel. Los coroneles Suárez y Secada han considerado disparatado su propósito de continuar resistiendo. Piensan que debemos ordenar a las tropas que abandonen sus armas y se dispersen para evitar mayor derramamiento de sangre.

Fue visible el esfuerzo que hizo el herido para comprender el significado de aquellas frases. Cuando, por fin, lo consiguió y midió la magnitud de la determinación adoptada por los jefes del Estado Mayor, exclamó:

—¡Dios santo! Son los propios peruanos los que están derrotando al Perú.

Luego cerró los ojos y quedó laxo entre los brazos de los hombres que lo sostenían.

El oficial vaciló unos instantes; enseguida ordenó a los soldados que lo levantaran hasta los brazos del sargento que esperaba sobre el caballo.

—¡Llévenlo a la ambulancia de la calle San Carlos! —ordenó secamente.

Después guió su cabalgadura por entre los soldados, gritándoles nerviosamente que la resistencia era imposible, que amontonaran sus armas en medio de la plazuela y se retiraran a toda prisa a sus casas y a sus pueblos.

—¡Nos han vencido! —concluyó—. ¡La guerra ha terminado!…

Fusiles y bayonetas fueron cayendo, con ruido metálico, sobre la tierra reseca de la Plazuela de la Exposición y la masa de soldados se diluyó velozmente.

Un silencio inquietante envolvió la capital en la noche del 15 al 16 de febrero. En la sierra debía estarse desencadenado una formidable tempestad de estío, porque el aire bajaba caliginoso y gruesas nubes pasaban en oscuras vaharadas calientes sobre la ciudad. Al zumbido ronco del viento, se sumó luego el ruido constante de los pies de centenares de hombres descalzos que cruzaban las calles sigilosa y velozmente en dirección a la salida de Lima. Eran los soldados licenciados que se amparaban en la oscuridad para alejarse hacia la sierra.

Cuando el coronel Cáceres recobró el sentido, después de ser sometido a una dolorosa curación, sentía el redoblar de esas pisadas golpeándole en forma abrumadora sobre el corazón. El doctor Belisario Sosa, amigo suyo, le había practicado una cruel intervención quirúrgica y a la sensación de debilidad y quebrantamiento que experimentaba se sumaba la depresión provocada por la derrota.

Rechinando levemente los dientes, por la fiebre que comenzaba a hacerlo desvariar, el coronel escuchó el son de la campana de un templo, poco después, el suave crujido de unas botas avanzando en dirección a la sala en que estaba. Abrió los ojos con esfuerzo y vio a una figura alta y delgada inclinada sobre él. El doctor Sosa, desde un segundo plano, le indicó:

—Ha venido a verlo el capitán José Miguel Pérez, señor.

El hombre inclinado se irguió.

—A sus órdenes, señor coronel.

El jefe herido lo reconoció de inmediato. Recordaba haberlo visto muchas veces en las filas del batallón «Concepción», que mandaba el coronel Valladares.

—Retirándome de Miraflores supe que se le había visto pasar a usted mal herido, señor, y decidí buscarlo para ponerme a sus órdenes —explicó el oficial.

El coronel se agitó pesadamente en el lecho, haciendo un esfuerzo por levantar la cabeza.

—Debe usted seguir en su batallón, capitán —murmuró, impotente.

El oficial agachó la cabeza y le respondió en voz baja, casi con vergüenza:

—Ha sido disuelto y sus hombres licenciados, señor.

El coronel oyó aquella frase como el son de un campanazo fúnebre. Haciendo un esfuerzo titánico, se incorporó sobre un codo.

—¡Hay que impedir que se siga licenciando a las tropas! —exclamó.

—Quizás es tarde para impedirlo, señor —le objetó el oficial suavemente. A lo que el jefe replicó con ardimiento:

—Pues yo no dejaré de intentarlo hasta agotar todos los recursos, capitán.

La Reserva Sedentaria no alcanzó a participar en la batalla de

Miraflores; más de dos mil hombres de ella deben estar perfectamente frescos y equipados. Hay que ponerlos en la defensa de Lima, mientras se reorganizan los batallones de guerra que fueron dispersados por el revés sufrido.

El capitán se dejo contagiar por el ardor de su jefe y recibió la misma misión que confiara el coronel al capitán La Barrera: debía ir a toda prisa al Palacio de Gobierno a insistir a los coroneles Suárez y Secada para que tomaran el mando de la Reserva Sedentaria y la apostaran en el barranco que servía de linde sur a la capital. Cuando el capitán Pérez se disponía a abandonar la sala, la voz tajante del coronel lo alcanzó por última vez:

—Adviértale también —le decía— que, en caso extremo, todavía se puede aprovechar el entusiasmo de los soldados para trasladarlos hasta Chosica, sitio al que igualmente se podrá transportar el parque de guerra almacenado en el cuartel de Santa Catalina, utilizando el ferrocarril de la sierra, que está enteramente libre.

—Bien, señor, así lo comunicaré a los coroneles del Estado Mayor.

Cuando el capitán desapareció de la sala, el herido volvió a dejarse caer de espaldas en el lecho. El esfuerzo había sido demasiado intenso. El doctor Sosa se agachó sobre él y le levantó las mantas hasta la barbilla.

—Trate usted de dormir —le recomendó—. Su herida es grave y debe usted permanecer tranquilo.

El coronel asintió con un leve movimiento de cabeza y cerró los ojos, pero no durmió. Durante más de una hora estuvo inmóvil tratando de poner en orden sus pensamientos, confundidos y huidizos por causa de la fiebre. Trataba de encontrar una fórmula, que tuviera una fuerza mágica, para aglomerar a todos los soldados dispersos en el pueblo de Chosica, distante apenas cuarenta y cinco kilómetros de Lima. Sumido en aquel estado, mezcla de sopor y de sueño, oyó una sucesión sostenida de disparos, seguida de trajines en la ambulancia. Pero no volvió a la realidad hasta que una mano firme lo remeció apresuradamente de un hombro. Era el capitán Pérez, que había regresado y que olvidaba las consideraciones que debía a sus heridas.

—Coronel, es preciso que usted sea trasladado al momento de aquí. Los soldados nuestros se han entregado al saqueo de la ciudad.

Atribuyen la derrota a los civilistas, que han manejado la guerra sin participar en ella, dicen, y a los chinos, que han ayudado a los chilenos. En venganza se han entregado a saquear e incendiar las tiendas de los orientales y parece que han asaltado también algunas mansiones señoriales por Santa Polonia y Melchor Malo.

Al coronel no le interesaba ese aspecto de la situación. Quería saber qué respuesta habían dado los jefes del Estado Mayor a su mensaje. El capitán Pérez dejó caer los brazos, abatido.

—Me han contestado que repetían a su señoría que ya todo es inútil; que han licenciado a los soldados recogido las armas y ordenado el abandono de los cuarteles. Por otra parte, el dictador Nicolás de Piérola se ha marchado de la capital y camina hacia los pueblos del interior, después de ordenar el comandante general de la Reserva Sedentaria que disolviera esas tropas.

—¡Gran Dios, qué desatino! —pudo apenas exclamar el coronel.

—Ya ve usted, señor —prosiguió el oficial—, nada queda por hacer.

—Sí, nada podemos hacer por ahora —reflexionó el jefe, pero elevando la voz en incontenible rebeldía, añadió—: Pero cuando recupere mi salud he de volver a la brega. Reuniré a todos los hombres que ahora se retiran a las quebradas y valles de la sierra, los armaré con los mismos fusiles que ahora han dejado tirados y proseguiremos la guerra.

El capitán prefirió no hacer más comentarios. Veía el deplorable estado en que se hallaba su jefe y dudaba de que algún día pudiera volver a la lucha. Mientras el doctor calmaba a su paciente, discurrió con precaución, dejando caer una a una las frases:

—Coronel, es preferible que lo traslademos a la ambulancia de la calle San Pedro que está más al centro de la ciudad. Ahí se encuentran, heridos, varios de sus ayudantes, entre ellos los capitanes Augusto Bedoya y Joaquín Castellanos. En lo único que debe usted pensar ahora es en salvar su vida.

El superior lo miró, comprendiendo la renunciación que vibraba en las palabras del oficial.

—Tiene razón. Acérqueme a mi gente. Ellos me ayudarán a organizar un nuevo ejército.

Aprovechando las sombras del crepúsculo, el coronel Cáceres fue trasladado, en una camilla, a la ambulancia de la calle San Pedro,

en donde se le aisló en una habitación interior para que no pudiera enterarse de lo que ocurría en Lima.

Sin embargo, los sonidos inconfundibles de lo que se abatió sobre la ciudad en los días siguientes traspasaron todos los muros.

El 17 de enero hizo su entrada en la capital del Perú el ejército de Chile.

A los compases vibrantes de la marcha *Adiós al 7.º de Línea*, ocuparon la ciudad vencida y su Comando en Jefe se enseñoreó del Palacio de Pizarro, la sede orgullosa de virreyes y presidentes.

El coronel Cáceres, crispado en su lecho, oyó los sones triunfales. Entonces apareció una mujer, pequeña de tamaño, flexible, pero firme. Avanzó rectamente hacia él; sus ojos pequeños de expresión dura se clavaron en los del herido y adivinaron su tormento. Era doña Antonia Moreno y Leyva, la esposa del coronel. Arrodillándose junto al herido apoyó sus dos manos en su pecho.

—Antonia, has venido justamente ahora que entran los enemigos y el peligro es mayor —le reprochó su marido.

—No escogí el momento —le respondió ella con las mandíbulas apretadas—. Vine en cuanto supe en dónde estaba usted. Hubiera pasado a través de las filas de los asaltantes si se me hubieran enfrentado.

El militar calló un instante y de pronto, crispando su diestra en el brazo de su mujer, rugió.

—¡Derrotados, Antonia! ¿Comprendes?… Vencidos y Lima entregada inerme en las garras de los enemigos. ¡Sin intentar una defensa suprema, sin agotar hombres y municiones! ¡Vencidos, Antonia! ¡Lima humillada!…

La señora se dejó sacudir, sin que su rostro sufriera un cambio; sólo sus labios apretados denotaban el torbellino que se agitaba en su interior. Inclinando su cara y entrelazando sus manos a las de él, le musitó, con voz ronca de mujer fuerte y ahíta de rencor:

—¡No ruja ahora, Cáceres! Ahora no, que la sangre se le envenena y lo daña. Después…, cuando su cuerpo haya recobrado las fuerzas, cuando los soldados estén agrupados nuevamente en los pueblos de la sierra. ¡Entonces, cuando estemos todos allá arriba, en las cumbres de la breña, sólo entonces valdrá la pena que usted vuelva a rugir! ¡Sólo allá tendrá algún significado que usted se convierta en el puma de los Andes y limpie a zarpazos el honor del

Perú!

2

El 17 de enero entró a Lima el general Cornelio Saavedra, al frente de una división del ejército chileno; al día siguiente lo hizo el general Baquedano, comandando el resto de las tropas. El desfile fue severo, marcial, pero no ostentoso. Mientras la columna avanzaba por el Jirón de la Unión hacia el centro de la ciudad, los ojos penetrantes del veterano iban examinando los aspectos más destacados de la capital vencida.

La mayor parte de los edificios ostentaban grandes banderas de naciones neutrales, las que no amparaban solamente a extranjeros auténticos, sino también a comerciantes y a vecinos acaudalados, que se valían de este subterfugio para preservar sus casas de lo que suponían iba a ser un asalto a mano armada.

El general sonrió levemente al comprender la puerilidad del recurso, y, en forma casi inconsciente, volvió la cabeza para observar las filas que se extendían tras él. Con orgullo comprobó que su ejército entraba a Lima con orden irreprochable, como si regresara a su propia capital después de unas maniobras.

Al aproximarse al centro de la ciudad, el jefe pudo observar otro detalle decidor: en la zona de las grandes mansiones que rodeaban la Plazuela de San Juan de Dios, los portones de enormes batientes estaban herméticamente cerrados, así como las sutiles celosías de los largos y magníficos balcones sevillanos, que todas las casas lucían a la altura de sus pisos altos. Sin embargo, era fácil descubrir que había millares de ojos enfocados sobre ellos.

En las veredas sólo se veían extranjeros que lucían en forma ostensible cucardas con los colores de sus patrias. Al principio, contemplaban al ejército vencedor desde la distancia. Pero a medida que fueron dándose cuenta de que las tropas obedecían a

una estricta disciplina, se acercaron y comentaban entre ellos la marcialidad del ejército y el orden con que se procedía a la ocupación.

Cuando los batallones entraron a la Plaza Mayor, el rostro del general Baquedano se alzó y su mirada abarcó inquisitivamente el lugar. La plaza, semidesnuda, que hacía pocos años había sido adoquinada y dotada de algunos árboles, permitía la visión de todos los edificios que la circundaban. En el costado poniente se alzaba el Portal de Escribanos, con su arquería andaluza; al sur, el de Botoneros, con sus abigarrados «cajones» o pequeñas ventas cubiertas de toldos. Mirando por sobre el simétrico emplazamiento de los faroles de gas, con que iluminó la plaza el general Castilla en 1855, se observaba la magnífica catedral, con su churrigueresca fachada, y vecino a ella, el Palacio Arzobispal, ornado de ricos balcones de madera magistralmente tallada.

Las pupilas del general Baquedano se detuvieron, por último, sobre la Casa de Gobierno, el Palacio de los virreyes y presidentes que habían regido al Perú desde que Francisco Pizarro dominara al imperio de los incas.

Un fulgor de indisimulada satisfacción iluminó los ojos grises del veterano: había llegado a la culminación de la campaña, a su tan anhelada meta. Con un suave tirón de las riendas detuvo a su potro frente al portón que daba entrada al zaguán de noble antigüedad. En el mojinete de piedra, sobre el dintel, campeaba el escudo de tres cuarteles, con la vicuña, el árbol de la quina y la cornucopia derramando monedas. Por su costado ascendía, en ese preciso instante, la bandera de Chile, hacia el tope del mástil erecto sobre el palacio. La banda de músicos del regimiento «Buin» tocaba entonces, por primera vez, el Himno Nacional de la nación vencedora en la capital vencida.

Aquella misma tarde el general convocó a un consejo de guerra en la sala de audiencias del Palacio de Pizarro. Asistían el ministro de la Guerra en campaña, José Francisco Vergara; el ministro plenipotenciario, Eulogio Altamirano; el secretario del Comando en Jefe, Máximo R. Lira; los jefes divisionarios y el general Cornelio Saavedra, nombrado Jefe Político y Militar de Lima.

Después de que los comandantes de los regimientos y batallones que habían entrado el día anterior a la ciudad rindieron sus cuentas

de rutina, el general Baquedano volvió el rostro hacia su colega Saavedra y le expresó.

—General, necesito saber exactamente cuál es… la situación interna de Lima en estos momentos.

El general Saavedra se puso de pie y carraspeó suavemente.

—Mi cuenta no puede ser todo lo exacta que quisiera, general Baquedano —comenzó—, porque llevamos apenas un día en esta ciudad, pero puedo informarle sobre los hechos fundamentales.

La información fue breve. El dictador Nicolás de Piérola había abandonado Lima apenas terminada la batalla de Miraflores y se sabía que se internó en la sierra subiendo por la quebrada de Canta. Lo acompañaban, además de su escolta montada, el contralmirante Lizardo Montero y el general Juan Buendía.

—¿Cómo? —inquirió asombrado Baquedano—. ¿Todavía figura el general Buendía? ¿No fue sometido a sumario después de su derrota en Tarapacá?

—No estoy en antecedentes de cómo consiguió otra vez la buena disposición del dictador —le explicó su interlocutor—, pero las declaraciones de los prisioneros afirman que el general Buendía lo acompaña en su fuga.

—Bien, prosiga.

—Antes de huir, el dictador ordenó que fuera licenciada toda la reserva y que sus armas se amontonaran en este mismo palacio, las que, naturalmente, ya hemos recogido.

El general en jefe dejó escapar una carcajada seca y burlona.

—¿Todas las armas? No lo sueñe, general. Tenga la seguridad de que en la mayor parte de las casas limeñas han quedado escondidas en gran cantidad.

—Ya vendrá la hora de buscarlas, general —contestó el informante, sin inmutarse—. Los batallones de línea que se replegaron a Lima fueron disueltos y sus hombres marchan en estos momentos a la sierra, por todos los caminos.

Baquedano meneó la cabeza disgustado; hubo imprevisión al dejar abierta esa vía de escape a los vencidos y era excesiva la gente que convergía sobre la sierra.

—¿Los jefes también? —consultó.

—No todos, señor —le aclaró el general Saavedra—. Sabemos que la mayoría de los generales, coroneles, tenientes coroneles y

mayores están escondidos en sus casas en Lima.

—Les ordenaremos presentarse y los neutralizaremos.

El ministro de la Guerra intervino en el debate al oír la categórica afirmación del general en jefe.

—¿Los neutralizaremos, general Baquedano? —exclamó asombrado—. ¿Cree usted que continuará la guerra?

El veterano se volvió hacia él con parsimonia.

—No sé qué responderle, señor ministro —le expresó—, pero debo recordarle que el Perú tiene en Arequipa, intacto, un ejército de tres a cuatro mil hombres, mandados por el coronel Alejandrino del Solar, y que los sobrevivientes de Chorrillos y Miraflores, que suman también algunos miles, se encaminan todos a la sierra.

La sala se llenó de agitados comentarios.

—Pero ¿con qué jefes, con qué oficiales podrían continuar la contienda? —preguntó alguien.

—Bastará con que surja un solo caudillo de temple, de hígados, ¿me comprenden ustedes? —exclamó el general, y su voz tajante y malhumorada restableció el silencio.

El comandante del «2.º de Línea», coronel Estanislao del Canto, solicitó que se le dejara hablar.

—Mi regimiento arrestó a un grupo de soldados que quedaron rezagados en los alrededores de la Plazuela de la Exposición. Del interrogatorio pude desprender que hasta el último momento un jefe peruano estuvo tratando de organizar a la tropa para llevársela a la sierra.

—Andrés Cáceres.

La sola mención de aquel nombre volvió a provocar revuelo entre los jefes reunidos. Baquedano frunció el ceño y exclamó:

—¡Magnífico jefe! ¡Tremendo soldado! Por poco nos arrebataba el triunfo en Miraflores.

El coronel Pedro Lagos, que había permanecido silencioso, levantó la cabeza y opinó suavemente:

—Él fue el que defendió el centro de la línea peruana y casi destroza a mi división.

—Así es, coronel —confirmó el jefe superior—. ¡Hay que batirlo antes de que críe nuevas alas…, hay que batirlo! Dígame, coronel Del Canto, ¿el coronel Cáceres marchó a la sierra también?

El interrogado no pudo responder concretamente; sólo sabía que

estaba muy mal herido y que se pensaba llevarlo a una de las ambulancias de Lima.

—Pues hay que encontrarlo inmediatamente —determinó Baquedano, y volviéndose al general Saavedra, le indicó—: A usted le corresponde. ¡Ah, pero mande oficiales, gente correcta, fina! El coronel Cáceres se merece toda consideración y respeto, máxime si está herido. ¿Comprendido?

El general Saavedra asintió con la cabeza y salió de la sala. El general en jefe siguió dando instrucciones a los demás militares.

—En cuanto a los jefes y oficiales que se encuentran en sus casas en Lima —dijo—, les haremos conocer, por bando, un decreto en el que les ordenaremos hacerse presentes y prometer, bajo palabra de honor, no tomar nuevamente las armas contra Chile.

El bando fue pregonado a tambor batido en las plazas y calles de Lima y fijado en carteles en los lugares más visibles. Fue el primer asomo de la mano con que el Comando de Ocupación manejaría a Lima.

Decreto:

1.º Las armas, municiones, pertrechos de guerra y demás artículos de propiedad fiscal que existan depositados o en poder de los particulares se pondrán a disposición del comandante de policía, en el cuartel de la prefectura, de la fecha hasta las 12 m. del día 21 del actual.

Las infracciones de esta disposición serán multadas con prisión o con un valor cinco veces mayor del importe del arma u objeto que se encuentre en su poder, quedando facultado el referido jefe de policía para allanar las casas en que se supone existan algunos de los artículos mencionados.

2.º Los que ejecuten actos de depredación o violencia contra los habitantes de esta capital serán pasados por las armas y lo serán igualmente los que anden armados por las calles, no siendo individuos del ejército o de la guardia extranjera de seguridad.

3.º Los señores generales, jefes y oficiales del ejército peruano que se encuentren ocultos en esta capital podrán

permanecer detenidos en sus casas sin ser molestados, si se presentan al jefe de policía, indicando su residencia.

Los señores generales y coroneles podrán cumplir con la disposición anterior dirigiendo una nota al referido jefe de policía, sin que tenga lugar presentación personal.

Los individuos de tropa deberán presentarse igualmente, dejando constancia a la policía de su residencia, la que no podrá cambiar sin previo consentimiento de dicho jefe, pero sí se les permitiría que se ocupen en su profesión.

Las tres exigencias del bando corrían por Lima sembrando incertidumbre y pánico en todos los hogares y, lógicamente, también llegaron a conocimiento del coronel Cáceres, postrado en la ambulancia de la calle San Pedro. Junto a su lecho estaban dos de los antiguos ayudantes, los tenientes Augusto Bedoya y Joaquín Castellanos, ambos heridos de mediana gravedad. A la mañana siguiente de la publicación del bando, el capitán José Miguel Pérez les había llevado un ejemplar, despegado de uno de los postes del alumbrado público, y lo comentaban rencorosamente, viendo en el nada más que un engaño para atrapar a los jefes y oficiales que se presentaran a registrar sus domicilios en la prefectura de policía.

Los pasos apresurados del doctor Belisario Sosa introduciéndose en la sala interrumpieron el coloquio de los heridos. El médico traía el rostro descompuesto por el susto.

—Es preciso que se confundan con los demás enfermos que están en las salas grandes —les espetó—. Acaban de presentarse en la puerta tres oficiales chilenos que preguntan por usted, coronel. Por fortuna alcancé a oírlos, cuando interrogaban a las hermanas de la Caridad.

—Usted es la última esperanza del Perú, señor —observó el ayudante José Miguel Pérez, ante las dudas del coronel—. Si cae prisionero nadie volverá a desenvainar la espada.

El doctor Sosa no dejó tiempo a que el jefe respondiera. Lo tomó de los pies, indicando a Pérez que lo levantara de los hombros, y ambos lo sacaron en vilo de la habitación. El teniente Castellanos, que sólo estaba herido en un hombro y podía caminar y usar un brazo, salió de su lecho y a tirones quitó las ropas de la cama en que había estado el coronel y las arrojó en un rincón. Luego regresó a su lecho y se tendió a esperar.

No tardaron muchos minutos en aparecer los oficiales chilenos, escoltados por dos monjas de la Caridad, que les habían mostrado todo el hospital de sangre. Los investigadores observaron a los dos jóvenes heridos y salieron al patio sin decir palabra. Pero, al alejarse, uno de ellos dijo a las religiosas:

—Si es que ocultan ustedes al coronel Cáceres, hacen mal. Mi general Baquedano no abriga ninguna intención peligrosa hacia él; solamente pretende ayudarlo, pues sabe que se encuentra mal herido.

Después, sus pasos se perdieron en dirección a la calle. Los ayudantes del coronel suspiraron aliviados.

El general Baquedano tuvo un estallido de mal humor cuando se enteró de que no había sido hallado el coronel Cáceres. Decidido a ubicarlo toda costa, llamó al secretario general, Máximo Lira, quien manejaba el servicio secreto.

—Señor Lira —le exigió—, el servicio secreto tiene que indicarme el escondrijo del coronel Cáceres. Los agentes han estado en Lima antes y después de la batalla de Miraflores. ¿Cuál de ellos puede informarnos sobre el paradero de ese jefe enemigo?

El secretario reflexionó un instante.

—Preferible será que citemos a El Profesor, que es el jefe del servicio —discurrió—. Él podrá darnos una información completa o estará en situación de procurársela.

—Bien. Ordénele que se presente ante mí esta misma noche.

La alta figura de El Profesor se proyectó en el gabinete del general Baquedano.

Sólo un mechero de gas alumbraba sobre el escritorio del general.

Máximo Lira se mantuvo en un segundo plano mientras duró la entrevista, que sabía habría de ser difícil.

El jefe militar repudiaba a los espías, aunque reconocía su eficacia. Por su parte, El Profesor tenía la convicción personal de que las victorias obtenidas no habían sido ganadas tanto por el talento de los generales como por el empuje y la resistencia de los soldados chilenos.

—Ya le habrá informado el señor Lira para qué lo he llamado —comenzó el jefe militar.

—Sí, señor —respondió el agente.

—General —le corrigió su interlocutor secamente.

Abelardo Núñez se mordió los labios y se corrigió, con acento opaco:

—General. Perdone.

—¿Pueden ustedes encontrar al coronel Cáceres? —inquirió Baquedano.

—Ya lo hemos hallado —fue la respuesta—. Inmediatamente después de recibir la orden de comparecer ante usted, encargué al agente Gastón Dupré que practicara una investigación disimulada en las ambulancias. Lo encontró en la de San Pedro.

—¡No puede ser, señor! —le rebatió el general, duramente—. Envié oficiales a buscarlo allí y no lo encontraron.

—No supieron buscarlo. Se burlaron de ellos.

El veterano se puso de pie, tenso como una varilla de acero. Que alguien se atreviera a decirle que «civiles» eran más hábiles que sus oficiales lo sacaba de quicio.

—¿Qué quiere usted decir? —rugió en sordina.

Pero el profesor no se intimidó.

—Que el coronel Cáceres está asilado en la ambulancia de la calle San Pedro —insistió con firmeza—. Mi ayudante Dupré estuvo muy cerca de él e, incluso, vio a su esposa, doña Antonia Moreno, atendiéndolo.

Ante la rotunda afirmación, doblemente disgustado, el general Baquedano volvió a sentarse.

—Hágame una descripción de él para que mis encargados puedan identificarlo mañana.

—Es alto, delgado, ancho de hombros, de aspecto imponente. Su rostro es enjuto y blanco, sus ojos grises. La cicatriz de una herida le cruza el párpado derecho, entrecerrándole ese ojo, lo que le da la apariencia de tuerto.

—Lo llamaban «el tuerto» Cáceres —acotó Lira.

—Tiene el cabello castaño, largo, entrecano y espesas patillas «a la austríaca» que le cuelgan por los lados de los carrillos. No usa barba, pero sí bigote —concluyó El Profesor.

—Es suficiente —dijo el general Baquedano—. ¿En qué sitio de la ambulancia se encuentra?

En la última habitación del tercer patio. —Como el general se pusiera de pie, dando por concluida la entrevista. El Profesor hizo

una leve inclinación—. Con su permiso, general, me retiro.

—Buenas noches, señor Núñez.

El jefe del servicio secreto llegaba ya a la puerta. La voz del general lo alcanzó de nuevo.

—¡Ah! Me olvidaba decirle, señor Núñez, que como ya hemos obtenido la victoria, estimo que las funciones del servicio secreto han terminado. Creo que ustedes podrán regresar a Chile en corto plazo.

Con la diestra en la perilla de la puerta, El Profesor respondió con lentitud, pero con un leve acento áspero en la voz:

—Perfectamente, general. Estamos listos para embarcarnos cuando se nos ordene.

Cuando los dos oficiales chilenos seguidos por cuatro soldados con sus inconfundibles uniformes azul y rojo, asomaron en la calle de la ambulancia, el doctor Sosa alarmado se inclinó al oído de una de las monjas que lo acompañaban. Mientras el cirujano se aprestaba para entretener unos minutos a los oficiales chilenos, la religiosa corrió a dar el aviso al grupo de personas que en esos momentos preparaban la fuga del coronel Cáceres y de sus dos ayudantes.

En la habitación del tercer patio estaban doña Antonia Moreno, el capitán Pérez y otro oficial joven, vestido también de civil; era el teniente Lecca, también ayudante del jefe herido.

El coronel y los otros dos heridos habían sido tendidos en camillas y esperaban que llegaran enfermeros para sacarlos. Pero éstos no habían aparecido cuando se presentó la religiosa.

—¡Por Dios Santo, dense prisa! —dijo—. Un grupo de militares chilenos viene a registrar nuevamente la ambulancia.

La señora Cáceres y el capitán Pérez se miraron consternados. El primero en reaccionar fue el oficial.

—Salgamos ahora mismo. Entre el teniente Lecca y yo llevaremos la camilla del señor coronel. Ustedes, tenientes Bedoya y Castellanos, sígannos como les sea posible. Frente a la puerta trasera de la casa nos espera un coche.

El teniente Bedoya, que estaba herido en el pecho y demasiado

débil por la pérdida de sangre, hizo un esfuerzo por incorporarse de su camilla, pero no lo consiguió. Su compañero Castellanos, sobreponiéndose a los dolores que le producía su hombro perforado, se inclinó sobre él y, con su único brazo hábil, lo ayudó a levantarse. Doña Antonia Moreno se hizo cargo de la situación y regresó rápidamente junto a los oficiales.

—Apóyese en mí, teniente Bedoya —dijo al joven mal herido y lo abarcó con uno de sus brazos por la cintura.

El muchacho se resistió con turbación.

—Gracias, señora, pero no puedo aceptar… De ningún modo…

Pero la señora insistió con maternal autoridad:

—¡Vamos, Augusto, no sea usted niño! Cárguese en mí no más; soy mujer fuerte. Lo que importa es salir cuanto antes de aquí.

Llevando casi en vilo al herido, la esposa del coronel y el teniente Castellanos siguieron a los que marchaban adelante portando la camilla con el coronel.

Cruzaron a toda prisa el tercer patio y llegaron a la puerta falsa. El capitán Pérez la había dejado entreabierta con anticipación y con un pie la abrió inmediatamente. En la calle había un coche grande y cerrado como una caja negra. El mulato que esperaba en el pescante saltó rápidamente a tierra y se acercó a la camilla con expresión compungida.

Enseguida levantó al general en vilo como si no pesara nada. El capitán Pérez se apresuró a abrir la portezuela del coche, mientras el teniente Lecca dejaba la camilla apoyada en el muro.

Entretanto, llegaban la señora Antonia con el teniente Castellanos sosteniendo al teniente Bedoya y lo introdujeron también dentro del coche. Apresuradamente subieron todos tras ellos y el capitán Pérez trepó al pescante, junto al negro que ya había vuelto a empuñar las bridas.

—¡Parte, parte! Y sin mucha prisa guía hacia el convento de los jesuitas —le ordenó el oficial.

Doña Antonia, sujetando con sus brazos y con su cuerpo a su esposo, para que los barquinazos del vehículo no lo dañaran demasiado, miraba a través del estrecho ventanillo posterior hacia la puerta falsa del hospital. Afortunadamente, el carruaje alcanzó a torcer en la primera esquina sin que aparecieran los militares chilenos en ella. Sólo entonces suspiró aliviada.

—Descanse, Cáceres —murmuró—. Hemos conseguido salir adelante. En el convento de los jesuitas, a los cuales he pedido que los asilen, podré cuidarlo yo misma y lo tendré sano antes de un mes.

El coronel, que había cerrado los ojos, quebrantado por el esfuerzo, volvió a abrirlos y miró con agradecimiento a su mujer.

—Gracias, Antonia —le susurró—. A ti he de deberte si consigo resucitar al ejército peruano en las cumbres andinas. No estamos vencidos todavía…, no estamos vencidos todavía.

3

La misteriosa desaparición del coronel Cáceres de la ambulancia de la calle San Pedro provocó la más violenta reacción en el general Baquedano. Las jactancias de algunos prisioneros le habían hecho entrever que él era el único jefe que podría levantar una nueva resistencia en el Perú. Con sus nervios resentidos por las duras campañas, estallaba a menudo en ruidosas manifestaciones de cólera cuando se entorpecían sus disposiciones, y sus subalternos no se atrevían a insinuarle que se tomara descanso. Culpó entonces al servicio secreto de no haber mantenido la suficiente vigilancia; lo acusó de negligencia culpable, de abandono a sus deberes y estuvo dispuesto a suprimirlo de una plumada. Máximo Lira, que era un hombre de serenidad a toda prueba, aguantó estoicamente el chaparrón y consiguió calmarlo prometiéndole que tomaría todas las disposiciones para que los escasos agentes que trabajaban bajo las órdenes de El Profesor se entregaran de lleno a reencontrar el rastro del desaparecido.

El Profesor, que desde su última entrevista con el general esperaba solamente una orden para embarcarse hacia Chile, se vio obligado a ponerse nuevamente en campaña. Pero Leonora Latorre y Elcira se habían trasladado al hospital de la Escuela de Cabos de Chorrillos, en donde estaba mortalmente herido el teniente Alberto Cobo. Por lo que emprendió la tarea ayudado solamente por Gastón Dupré, y la búsqueda se hizo lenta y difícil.

Entretanto, el general Baquedano trataba de apresurar el finiquito de la contienda. Se preocupó primero de establecer un servicio administrativo en Lima y Callao. Habiendo nombrado Jefe Político y Militar de la capital al general Cornelio Saavedra, dio igual cargo en el puerto al contralmirante Patricio Lynch y designó

director general de los ferrocarriles al comandante Federico Stuven. Dispuso también que se mantuvieran en sus funciones los alcaldes peruanos de ambas ciudades. Luego se preocupó de la negociación de la paz, para lo cual sostuvo varias conferencias con el alcalde de Lima, Rufino Torrico, a quien confió la misión de organizar una junta de los notables de la ciudad, tanto civilistas como pierolistas, para estudiar con ellos el asunto.

Acuciado por los deseos del presidente Aníbal Pinto, de terminar la guerra y repatriar al ejército, decidió concluir con todo posible foco de resistencia futura enviando a la sierra a una división de soldados para que diseminaran y desarmaran o exterminaran a todos los sobrevivientes del ejército peruano que habían buscado asilo en ella. El ministro Vergara le insistió para que enviara una fuerza de unos tres mil hombres a la cordillera, pero él estimó que eran demasiados y determinó lanzar a la persecución solamente a seiscientos, bajo las órdenes del coronel Arístides Martínez. Cuando dio a conocer su propósito al ministro, éste se mostró desagradablemente sorprendido.

—¡Seiscientos hombres, general! Pero eso no es nada —exclamó.

—Bastarán —afirmó tercamente el veterano—. Considero muy peligroso enviar un ejército de tres mil hombres a esas regiones en esta época. Primero, no conocen las rutas y nos sería muy difícil atender a su aprovisionamiento; segundo, la sierra en estos meses está en plena temporada de lluvia y los senderos se hacen intransitables. Tendríamos que lamentar innumerables pérdidas por causa de los temporales.

El ministro tuvo que aceptar la explicación, que corroboraron todos los conocedores de la sierra peruana. Además, el general aseguraba que aquella sería una operación sin peligros.

En efecto, la expedición del coronel Martínez no encontró ningún obstáculo digno de mención. Durante tres días consecutivos la columna batió todas las comarcas próximas a la quebrada de Huarochirí, por cuyo fondo corre el Rímac, y realizó una sistemática cacería de los soldados peruanos que trepaban las montañas en busca de sus pueblos natales. Después de limpiar de enemigos la región, aprisionándolos o empujándolos hacia las cumbres lejanas, las expedicionarios regresaron a Lima en el tren.

Ese mismo día, el general Saavedra, comisionado por el general

Baquedano, conocía los resultados de la misión que se encomendara al alcalde Rufino Torrico.

Pero al honesto y sacrificado alcalde le fue difícil transmitir las decisiones de la junta de notables de Lima.

—Después de una prolongada discusión los miembros de la junta resolvieron que habiendo un gobierno dictatorial en ejercicio… —comenzó.

El general Saavedra lo hizo cortarse con la mirada de asombro y disgusto que fijó en él.

—¿El gobierno de Piérola? —le preguntó—. ¿Acaso siguen considerándolo en ejercicio?… ¿Aun después de que ese hombre dejó huérfano al ejército en la batalla de Miraflores y posteriormente abandonó la capital a su suerte?…

—Aun así, general —tuvo que reconocer el alcalde, muy turbado —. El dictador Piérola no está en Lima, pero se encuentra en territorio peruano; está en el poblado de Chocas, a pocas leguas de esta capital.

Cornelio Saavedra hizo un gesto de fastidio.

—Y bien, señor alcalde, abreviemos. ¿Cuál fue la conclusión a que llegaron los notables de Lima?

El señor Torrico tomó alientos y recitó sin interrupción sus frases.

—La asamblea ha concluido que, manteniéndose el coronel Piérola como jefe del gobierno y en el territorio peruano, nadie puede sentirse facultado para proceder en el asunto de la paz y opinan que el Comando de Ocupación chileno debe negociar directamente con el dictador.

—Perfectamente —resumió el general Saavedra con acento amenazador—. No quieren ponerse ustedes en su papel de vencidos. Sepan que serán responsables del giro que tomen los hechos, por dilatar el tiempo de ocupación.

—Sí, sí, señor —reconoció el alcalde, compungido—. Yo comprendo claramente el riesgo que esta negativa encierra. Y para paliar sus efectos, me he apresurado a enviar una nota al coronel Piérola informándole de la resolución de los vecinos principales de Lima y dándole cuenta que una comisión de ellos desea viajar al punto en que se encuentra para hacerle conocer los deseos de paz que nos animan, a fin de que él resuelva lo que debe hacerse. Mi

nota ha salido ya de la capital, llevada por el secretario privado del dictador, que, casualmente, se encontraba en Lima todavía.

El general Saavedra dio un respingo al oír eso. Era el colmo que hasta el secretario privado del dictador lograra permanecer y salir de la ciudad con toda impunidad. Pero se cuidó muy bien de dejar ver su disgusto.

—Está bien, señor Torrico. Nos armaremos de paciencia para esperar unos días más, hasta que venga la respuesta del señor Piérola.

Pero los propósitos del dictador eran diametralmente opuestos a lo que los notables de Lima imaginaban.

Había abandonado la capital a las 11 de la noche del 15 de enero, escoltado por cincuenta jinetes de su guardia, y, tomando senderos extraviados, se introdujo en la quebrada de Canta, suponiendo que, si los chilenos emprendían su persecución, lo harían por la del Huarochirí. A su lado, quebrantado por los achaques de la edad y los quebrantos sufridos, galopaba el general Juan Buendía.

El dictador no pronunció palabra alguna durante la áspera carrera, pero, al amanecer del día siguiente, cuando avistaban el caserío de Chocas, se dirigió a uno de sus ayudantes y le dio a conocer una inesperada resolución.

—Capitán, regrese a Lima al momento y ubique a los coroneles Juan Martín Echeñique y Julio Tenaud, comandante y jefe de Estado Mayor de la Reserva, respectivamente. Dígales que los espero en Chocas, que acudan sin pérdida de tiempo.

El capitán, indeciso, se llevó la diestra a la visera del quepis y espoleó su caballo de regreso a Lima.

La columna dictatorial continuó su marcha. A poco andar, el general Buendía emparejó su caballo al del dictador y le dijo en voz baja:

—Perdone una pregunta, Excelencia, pero… ¿con qué propósitos manda usted llamar a los jefes de la reserva?

—Supuse que lo habría adivinado, general Buendía —le contestó Piérola, con el ceño fruncido—. He meditado mi resolución durante toda la noche, mientras cabalgábamos, y he decidido que…, ¡que debemos continuar la campaña desde la sierra!

El general Buendía le inquirió, asombrado:

—¿Y para qué desarmó y disolvió a la reserva entonces?

El dictador hizo un gesto vago de fastidio y turbación y se atropelló al explicarse.

—Me dejé abatir por unos minutos de desaliento. Pensé en impedir una resistencia que sería funesta para Lima, evitar las consecuencias que tendría para la ciudad la presencia de gente armada, sin sujeción a jefes ni a disciplina alguna…

—Pero ahora creo que podemos mantener la dignidad de nuestro Gobierno en la sierra y que, tal vez, aún sea tiempo de reclutar un nuevo ejército en estas regiones, para oponerlo al invasor. Mientras nos mantengamos luchando, Chile jamás podrá imponernos la paz con apropiación de nuestro territorio del sur, como lo exigió hace unos meses a bordo de la fragata norteamericana *Lackawanna*, frente a Arica.

—¿Y ha pensado en las dificultades que tendrá que afrontar para mantener su Gobierno en estas serranías? —le preguntó el general Buendía, que era limeño de estirpe y casi ningún contacto había tenido con las poblaciones altas.

—Sí —le contestó el dictador—, y las he subsanado teóricamente. Vea usted, Buendía: Declararé sede legal de mi Gobierno al lugar en que me encuentre. Crearé dos nuevas jefaturas políticas para administrar el norte y el centro del país, a imitación de la jefatura política del sur, que mantiene el coronel Pedro Alejandrino del Solar en Arequipa. Nombraré jefe de la del norte al contralmirante Lizardo Montero, y la del centro se la confiaré al coronel Juan Martín Echeñique.

El general Buendía lo escuchaba y le parecía que su superior divagaba, olvidándose de lo más importante del asunto, que era la guerra.

—¿Y las operaciones bélicas quién las dirigiría? —le preguntó.

—Pues, yo, naturalmente —replicó con acento fanfarrón el dictador—. Y también usted, general Buendía. En este instante lo confirmo en el cargo de jefe de Estado Mayor, que atiende como subrogante del general Pedro Silva, herido en Miraflores.

Buendía le agradeció con desgano, matiz que pasó inadvertido para el dictador, que se envanecía más y más a medida que se oía hablar.

—Predicaremos la guerra de redención en los caseríos de la alta

puna —peroraba— y llegaremos a buscar soldados hasta las riberas mismas del lago Titicaca. En unos pocos meses volveremos a estar al frente de un ejército tan numeroso como el que mandábamos en la batalla de Chorrillos. ¡Entonces verán los infames chilenos que el Perú no está vencido!…

Arrastrado por el súbito arrebato de optimismo, creía estar ya frente a su obra realizada.

Volvió a tomar la postura normal sobre la silla y espoleó al caballo agregando:

—Mi estimado camarada Buendía, tan pronto estemos instalados en Chocas, escribiré al arzobispo de Lima, a la Junta de Beneficencia y al Cuerpo Diplomático, participándoles mi decisión. ¡Qué caray, todavía tengo las riendas del poder en mis manos y mi Gobierno se mantendrá más alto y visible en las cumbres de la sierra!

Casi delirante de renovada confianza, volvió a picar espuelas a su cabalgadura y se lanzó al galope hacia el pueblo, que se divisaba al término del camino.

Desde aquel momento, comenzó a desarrollar una actividad febril. El 19 de enero envió las dos primeras notas al Arzobispado y a la Junta de Beneficencia. Y el 20, habiéndosele plegado ya el contralmirante Montero, los jefes de la reserva y el capitán de navío Aurelio García y García —a quien nombró su secretario—, escribió una nota para el decano del Cuerpo Diplomático, Tezanos Pinto. La redactó con tanta virulencia y falta de tacto diplomático, que fue el traspié más grave de su vida y un obstáculo insalvable para la negociación de la paz. Acusó en ella a los jefes chilenos de haber violado la tregua en Miradores, motejándolos de pérfidos y criminales, y, cegado por la roja nube de su encono, terminó comparándolos con los bárbaros salvajes del África y la Araucanía.

La nota no tardó en ser del dominio público y provocó en el ministro Vergara y en el general Baquedano la más iracunda reacción.

—Esta inmunda nota constituye el peor ultraje que puede hacerse a nuestro ejército y a la nación chilena —vociferaba el ministro.

El párrafo final de la comunicación era el que mayor indignación le producía:

Los soldados de una nación que, como Chile, acaba de hacerlo con muchos de nuestros jefes y oficiales prisioneros, fusilando a éstos a sangre fría y cobardemente asesinando a nuestros heridos inermes en el campo de batalla e incendiando en su totalidad, después de ocuparlas, poblaciones como Chorrillos, Barranco y Miraflores, tenía, siguiendo esa lógica fatal de la barbarie, que saltar por encima de todo respeto moral y compromiso militar.

El general Baquedano no se pronunció sobre el comunicado, pese a sentirse herido profundamente en su honor de militar. Guardó silencio por no incrementar con su opinión la violencia del ministro Vergara. Éste declaró enfáticamente, y se comprometió a cumplir lo afirmado, que jamás permitiría que se conferenciara o pactara a con el señor Piérola y, ni siquiera, que se le considerara como un factor en los arreglos de la paz.

Un nuevo hecho, ocurrido dos días después, vino a ahondar el abismo abierto entre los dos bandos y a colmar la paciencia de las autoridades chilenas.

El ministro Vergara había invitado, por medio de una nota cortés, al presidente de la Corle Superior de Justicia a que reabriera los juzgados para restablecer la normalidad de Lima, resentida por la falta de administración de justicia. La respuesta fue altiva y discordante con las circunstancias.

Vergara la dio a conocer al general Baquedano, sin poder ocultar su enojo.

La Corte Suprema que presido, instruida del oficio de usted, fecha de ayer —decía la comunicación—*, ha acordado se conteste a la invitación que se me hace para la reinstalación de los tribunales de justicia: que estando en vacaciones toda la magistratura judicial de la República, en virtud de las leyes del país, no será posible, después de su clausura solemne realizada el 24 diciembre último, alterar el orden establecido.*
Dios guarde a usted.

JUAN ANTONIO ARENAS.

—¡Qué se han imaginado estos majaderos! —estalló Baquedano —. Se han creído que perder una guerra y tener un ejército victorioso metido en la casa no implica sumisión, ni temor, ni respeto, ni nada.

—Simplemente se niegan a entender que, tras la forma cortés de nuestra invitación, hay una orden de comando militar, que tiene sus destinos y sus vidas en un puño —agregó Vergara.

—Pues basta ya —concluyó el general en jefe—. Han confundido nuestra generosidad con debilidad o tontería. No haremos más el papel de hermanos franciscanos. Si no quieren llegar a la paz por medios cordiales, los apretaremos hasta que sientan el dolor de la dominación y supliquen que se ponga término a la ocupación.

Aquella misma tarde, el general Cornelio Saavedra recibió la orden de implantar la ley marcial en Lima y Callao.

Por espacio de tres días, tambores batidos estruendosamente en las plazas y lugares públicos dieron a conocer a los ciudadanos su siniestro dictado:

Manuel Baquedano, General de División y en Jefe del Ejército de Chile.

Por cuanto, con esta fecha ha decretado lo que sigue:

1.º Que en los días transcurridos desde la ocupación de esta ciudad por las fuerzas del ejército chileno no se han iniciado negociaciones de paz;

2.º Que el gobierno de la dictadura pretende prolongar la resistencia armada del Perú, cuando es notorio que le faltan todos los elementos que pudieran darle apariencia de seriedad;

3.º Que no se ha constituido, ni hay indicios de que se constituirá pronto otro gobierno con el cual pudiera entenderse Chile para poner término a la guerra;

4.º Que la ocupación del territorio enemigo por un ejército vencedor da a éste derechos que no han querido usar las autoridades militares chilenas, porque esperaban que una conducta moderada y benévola inclinaría los ánimos de los habitantes del país a no agravar con resistencias inútiles los males de la situación;

5.º Que no es posible prolongar, sin fruto, por más

tiempo este período de expectativa;

DECRETO

Artículo 1.º Desde esta fecha quedan sujetas a la ley marcial las ciudades de Lima y del Callao, los territorios circunvecinos y todos los demás a que se extienda actualmente o se extenderá más tarde la ocupación militar.

Artículo 2.º Los tribunales militares que se constituyan con arreglo a este decreto sólo darán sentencias verbales.

Artículo 3.º Fuera de la contribución de guerra que se impondrá oportunamente a las ciudades de Lima y el Callao, se procederá, desde luego, por las autoridades que para ello se nombren, a hacer efectivo el pago en dinero o especies de las sumas necesarias para alimentar al ejército de ocupación. Mensualmente se determinará la suma que cada contribuyente debe pagar con este objeto. Anótese, comuníquese y publíquese. Por tanto, y para que llegue a conocimiento de todos, publíquese por bando y por carteles que se fijarán en los lugares más públicos…

La implacable amenaza contenida en el bando siguió proclamándose en todos los pueblos ocupados por tropas chilenas. El contralmirante Patricio Lynch, jefe de la plaza del Callao, agregó a su propio decreto otra cláusula:

Se castigará con la pena de muerte a todo individuo que se sorprendiera armado, ejecutando depredaciones fuera o dentro de la ciudad. En igual pena incurrirá el que, armado sin permiso de esta comandancia militar, hiciera uso de las armas contra particulares o individuos del ejército.

La amenaza de la pena de muerte, administrada ante el menor pretexto, aterró a los pobladores y los hizo recapacitar en que estaban vencidos.

En los puertos de Ancón y de Chancay, colocados bajo el mando del comandante Guillermo Carvallo, fue donde resonaron las primeras descargas de los pelotones de fusilamiento, corroborando la fatídica advertencia que aquel jefe había hecho en su bando.

1.º Toda medida hostil o agresiva contra las tropas de

mi mando será castigada con la pena de muerte.

2.º En caso de atentados, de cualquier clase que fueren, conducentes a estorbar la comunicación telegráfica y por ferrocarril de estos departamentos con Lima, serán reprimidos bajo pena capital.

Una nueva orden emanada de la Comandancia General terminó de incrustar el yugo sobre la testuz de la capital vencida:

Enciérrese la ciudad con un cordón de tropas que impidan la entrada y salida de toda persona. Cualquier individuo que precise salir o entrar a Lima deberá premunirse de un salvoconducto extendido por esta Comandancia General.

La capital pasó a ser una enorme prisión y sus habitantes, aterrados, se deslizaban como sombras por sus calles haciendo sus labores más imprescindibles con toda rapidez, para volver a ampararse en sus casas.

Pero en las noches, algunos audaces se atrevieron a vaciar su rebeldía impotente disparando desde los recodos y los tejados sobre las patrullas chilenas.

La represión fue feroz. Todas las noches se veía correr a los soldados tras las sombras huidizas y el seco restallar de los fusiles quebraba el silencio. Muy frecuentemente se escuchaba la fórmula perentoria con que las patrullas exigían entrada franca en las casas de donde habían partido tiros:

—¡Abran a las fuerzas de ocupación! ¡Abran a la una!… ¡A las dos!… ¡A las tres!…

Luego las culatas de los fusiles hendían las puertas, como arietes, y la soldadesca se abría paso a sangre y fuego.

El general Baquedano tuvo que dictar otra orden rotunda, que hizo más hiriente la dominación:

Sabiéndose que habitantes de Lima aprovechan la obscuridad de la noche para abrir fuego sobre las patrullas guardadoras de la ciudad, implántese el toque de queda desde las nueve de la noche hasta las seis de la madrugada. Todo individuo que sea descubierto transitando por la

ciudad y sus alrededores, dentro de las horas de queda, será arrestado y, si intentara oponer resistencia, será pasado por las armas en el sitio mismo.

Paralelamente, se dio comienzo a la tarea de recoger todas las armas que pudieran estar escondidas en las casas limeñas. Para ello, se autorizó a las patrullas a allanar las residencias que les parecieran sospechosas.

Este permiso, otorgado sin discriminación ni límites, dio margen a la realización de toda clase de abusos.

Los hombres jóvenes de Lima, que habían conservado las armas con que sirvieron en el ejército, se apresuraban a deshacerse de ellas. Pero otros, que conservaban todavía la dignidad y el valor, montaban guardia, fusil en mano, tras sus puertas, decididos a recibir a balazos a los soldados que intentaran entrar a sus casas.

Las noticias de la atmósfera de violencia implacable que aplastaban a Lima llegaban susurradas a las celdas del convento jesuita, en donde se escondían el coronel Cáceres y sus ayudantes, los tenientes Bedoya y Castellanos. El capitán José Miguel Pérez se arriesgaba a recorrer la ciudad, bajo disfraces, e iba informando a su jefe sobre la tragedia de Lima.

—Ya nadie se atreve a salir a las calles, señor —decía el oficial —. Para poder subsistir, las dueñas de casa se ven obligadas a mandar a los mercados a las sirvientas más ancianas y, cuando deben hacerlo las jóvenes, se ven forzadas a cubrirse enteramente el rostro con sus mantos, para no provocar la lascivia de los invasores. Pero aun así, continuamente son descubiertas y entonces su suerte es una sola: arrastradas a empellones, son llevadas a lupanares o tumbadas en cualquier…

—¡Calle usted, capitán Pérez, por favor!…

El coronel Cáceres se resistía a imaginar las escenas descritas por su ayudante y miraba acongojado a su esposa, a quien veía temblar de impresión.

—Perdónenme… ustedes, pero los hechos que abruman a nuestra ciudad hacen hervir la sangre —continuaba el capitán Pérez, sin poder contenerse—. El Palacio de Pizarro ha sido saqueado totalmente. Igual suerte han corrido varias de las grandes mansiones antiguas, especialmente las que se hallan algo apartadas del centro de la ciudad. Con el pretexto de buscar forraje para sus

caballos, las patrullas enemigas se introducen en las casonas, exigen que las mujeres les sirvan comidas y bebidas, se apoderan de todos los objetos valiosos y luego, revolcándose sobre los finos sillones y alfombras, se entregan a las orgías más escandalosas.

El coronel Cáceres crispaba los puños, desesperado, maldiciendo la herida que lo mantenía postrado en el lecho.

Difícilmente lograba su esposa calmarlo.

—En pocos días más podrá ponerse en pie —le afirmaba— y entonces pensaremos en la forma de hacer frente a esos malvados.

Ese pensamiento era unánime en todos los jefes y oficiales que habían permanecido en Lima. Pero sólo unos pocos se atrevieron a intentar dar forma a una rebelión.

El capitán Pérez se enteró, casualmente, de uno de esos complots. Pasaba por la angosta Plazuela de los Desamparados abierta a espaldas del Palacio de Gobierno, cuando fue llamado por un grupo de hombres, que parecían tomar el pálido sol del atardecer. Eran todos capitanes del ejército regular, escondidos bajo humildes trajes de peones o cargadores. Los encabezaba el capitán Enrique Vera Jiménez, antiguo bibliotecario del Estado Mayor General. Comunicaron a Pérez que todos tenían armas abundantes y que se proponían apoderarse del Cuartel de Artillería de Santa Catalina, arsenal de los chilenos.

José Miguel Pérez se negó a colaborar con ellos calificando el plan de locura y, poco después, informó de ello al coronel Cáceres.

Éste dio un salto en su lecho.

—¡Es un disparate suicida! —exclamó—. Sólo los conduciría a ser pasados por las armas inmediatamente.

—Igual cosa les expresó el general La Cotera, a quien expusieron su plan —añadió Pérez.

El coronel aferró a su ayudante de un brazo y le impuso:

—Capitán, buscará usted a esos oficiales y les ordenará, a nombre mío, que desechen ese plan tan descabellado. Agrégueles que en un corto tiempo más estaré recuperado y marcharé a la sierra a levantar un nuevo ejército. Entonces la temeridad será mucho más fructífera. Ordéneles perentoriamente que se sosieguen y esperen mi llamado.

—Bien, coronel. Hoy mismo iré a buscarlos a la Plaza de los Desamparados.

Pero no sólo los oficiales peruanos se juntaban en la Plaza de los Desamparados para espiar; también lo hacía Gastón Dupré, quien, como vendedor ambulante de turrones, vagaba flojamente por los portales de Escribanos y de Botoneros, alcanzando de cuando en cuando a la plaza posterior del Palacio de Gobierno. No habían escapado a sus ojos las sigilosas reuniones que celebraban los emboscados oficiales peruanos. Y esa tarde, cuando el capitán Pérez fue a buscarlos, fingía dormitar en un escaño, a no mucha distancia. No podía oír lo que hablaban, pero vio perfectamente al hombre moreno, alto y enjuto que iba de grupo en grupo, discutiendo con disimulo, como tratando de convencerlos de algo.

Dupré se levanto perezosamente de su asiento y fue acercándose, sin ruido. Llevando su canasto de turrones como pretexto, se aproximó al grupo con el cual acababa de juntarse el hombre moreno y alcanzó a oírle pronunciar el nombre del coronel Cáceres antes de que repararan en su presencia.

Cuando informó de su descubrimiento a El Profesor, a éste le brillaron los ojos con entusiasmo.

—Hay que atrapar a uno de estos individuos, para interrogarlo —determinó.

—No es necesario, Profesor —le replicó el agente, sonriendo con malicia—. Seguí al hombre moreno, lo vi entrar al convento de los jesuitas.

El jefe del servicio secreto se dio una palmada en la frente.

—¡Un convento!… ¡Es claro, a un convento no se atreverían a entrar nuestras tropas! Es el sitio ideal para ocultar a un hombre herido. ¡El coronel Cáceres tiene que estar allí medicinándose!

Aunque de acuerdo con su superior, Dupré no veía las ventajas de aquel descubrimiento. Si los soldados no podían entrar al convento, tampoco podrían hacerlo los agentes del servicio secreto. El Profesor comenzó a pasearse lentamente. Al cabo de unos segundos, comenzó a expresar sus pensamientos en voz alta:

—El coronel Cáceres fue herido en la batalla de Miraflores, o sea, hace catorce días —calculó—. Es difícil que esté recuperado ya, lo que nos da tiempo para tomar medidas. Pero, en cuanto se sienta lo suficientemente fuerte como para caminar, intentará marcharse a

la sierra. Si nosotros no podemos entrar al convento a buscarlo, él nos dará la oportunidad de apresarlo cuando salga de allí para irse a la sierra. ¿No la parece, Dupré?

El agente aprobó con un gruñido de entusiasmo. Bastaría con establecer una guardia permanente en torno al convento de los jesuitas para que el impetuoso coronel enemigo cayera en la red. Minutos más tarde, los dos hombres caminaban apresuradamente hacia la intendencia.

El prior de los jesuitas se apoyaba en la puerta de la celda, que acababa de cerrar. Su rostro denunciaba la preocupación que lo dominaba. Desde su alta estatura dominaba a la pequeña señora de Cáceres, que había abandonado la cabecera del lecho de su esposo y lo observaba con los ojos brillantes por la ansiedad.

—¿Está usted seguro, padre prior? —le preguntó, y el sacerdote afirmó con un agorero movimiento de cabeza:

—Los chilenos han descubierto o sospechan que éste es el escondite de su esposo, señora Antonia —susurró después.

La aludida volvió el rostro hacia su esposo.

—¿Qué piensa de esto, Andrés? —le consultó.

—Temía que ocurriese, Antonia —le respondió el herido—. Desde que comencé a mandar afuera al capitán Pérez admití la posibilidad de que lo siguieran y me di a pensar en algún otro lugar en donde podamos refugiarnos. Pero ahora ya es tarde; el padre prior dice que toda la manzana está rodeada por parejas de soldados.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—Así es —dijo—, ¿tiene usted otro sitio donde esconderse?

—La casa de un antiguo amigo, el señor Gregorio del Real —afirmó el herido—. Una de las alas de la mansión está alquilada a la legación del Brasil y el edificio completo goza de inmunidad.

—Sí, pero ¿cómo podrá salir del convento sin que lo descubran esos «rotos»? reflexionó, rencorosa, doña Antonia.

El superior de los jesuitas la tranquilizó.

—Ése no es problema, señora —le dijo—. El primer viernes de cada mes vienen al convento muchos mulatos y cholas de un caserío

ubicado en la quebrada de Armendáriz, a los cuales protegemos; escuchan misa temprana en nuestra iglesia, luego reciben harina, cereales y algunas ropas para sus hijos pequeños y, finalmente, se marchan en un solo grupo.

El coronel Cáceres miró al prior con pesadumbre.

—¿Piensa usted que salgamos confundidos con ellos, disfrazados de harapos y teñidos de negro?

El superior de los jesuitas le replicó con suavidad:

—Es la única solución que se me ocurre, coronel. Además, un caballero como usted no se degrada porque vista las ropas más humildes.

Doña Antonia asintió. Y muy a pesar, el militar tuvo que reconocer que no le quedaba otra alternativa. Por otra parte, el primer viernes de ese mes vendría apenas dos días más tarde y era preciso determinarse el momento.

En los días que siguieron, los heridos pudieron comprobar cuánta razón había tenido el prior al recomendarles que abandonaran lo antes posible el convento. La vigilancia de los soldados chilenos se hizo más desembozada y estrecha, llegando a establecerse una pareja en la propia puerta del claustro.

Cuando llegó el grupo de protegidos de la quebrada de Armendáriz, y se esparcieron por el patio anterior del convento, el coronel tuvo un último arranque de rebeldía que le sublevó la sangre.

Pero ya doña Antonia lo había ayudado a vestir unas ropas viejas que les prestara el convento y lo obligó salir al patio. Esperaron en mustio silencio hasta que terminó la repartición de alimentos y ropas. Como ésta se hizo con el portón de la calle abierto, el coronel y sus soldados podían ver a los soldados chilenos que observaban desde la vereda, sin prestar mayor interés.

Por fin, los negros se dispusieron a dejar el convento y fueron desfilando ante el prior y los religiosos que los habían ayudado. Algunos hincaban la rodilla en señal de agradecimiento, otros se atrevían a besarles las manos, y la mayor parte sólo se despedía con un «gracias, padrecitos, Dios los bendiga».

Doña Antonia fue la primera en decidirse a salir con ellos. Tomando a su marido de un brazo le susurró:

—Encórvese para que parezca de más edad y salgamos. Proceda

igual que los negros. Se confundieron con la masa miserable y se fueron marchando lentamente.

—¿Y mis ayudantes? —preguntó el coronel a su esposa.

—Vienen detrás —le respondió ella—. No se preocupe; nadie los reconocerá bajo la capa de polvo de carbón con que se han ennegrecido.

Pasaron frente a las religiosas. El prior les sonrió exactamente igual como lo había hecho con los pordioseros. Doña Antonia hincó una rodilla en tierra y le dijo imitando el gangoso sonsonete de las mujeres de color:

—Muchas gracias, padrecito, que Dios se lo pague.

—Él los guíe —le respondió el religioso, y apoyando una mano sobre la espalda del coronel Cáceres, le agregó en voz alta—: Cuídate, viejo Melchor; ya sabes que a tus años no debes hacer desarreglos. Si nos necesitas, vuelve con confianza.

Andrés Cáceres tuvo que hacer verdadero esfuerzo para responderle, en voz alta y cascada:

—Me cuidaré, padre; y, si puedo, volveré más adelante a agradecerle de nuevo.

Paso a paso, ocultando el rostro y arrastrando los pies, llegaron hasta el portón. Por debajo del ala de su sombrero de paja, el coronel alcanzó a ver la culata del fusil de uno de los soldados apoyada en el suelo. Esperó sentir su mano caer sobre él, pero esto no ocurrió. A los vigilantes no se les pasó por la mente que el altivo coronel y sus aristocráticos ayudantes pudieran ir mezclados con aquel rebaño maloliente.

Poco a poco, fueron alejándose del convento. Cuando estaban ya en otra calle, el coronel, su esposa y sus ayudantes se desprendieron del grupo y echaron a andar hacia la calle del Colegio Real, donde estaba la legación de Brasil.

4

La capital peruana gemía impotente bajo las cadenas de la ley marcial impuesta por el comando chileno. Y los limeños llegaron a ansiar con toda su alma que se llegara pronto a un arreglo de paz. Pero no había ningún político que se arriesgara a tomar la iniciativa, existiendo un Gobierno en la sierra. Así, la tragedia de la «Ciudad de los Reyes» se iba prolongando.

Entretanto, Nicolás de Piérola seguía buscando amparo en los pueblos de la sierra. Después de descansar un día en Canta, se dispuso a continuar la ascensión de la sierra, para asentar sus reales en Tarma, pequeña ciudad ubicada al otro lado de la cordillera occidental. Pero al partir recibió las nota del alcalde Rufino Torrico, participándole la decisión de los notables de Lima de atenerse a lo que él dispusiera sobre los arreglos de paz.

Piérola había enviado ya su
carta-protesta
al cuerpo diplomático, y sabía que había cometido un error, que haría muy difícil su actuación en el estudio de un pacto de paz. Sin embargo, creyó ver una oportunidad en la nota de los políticos limeños, aunque realizándola por vía diferente. Desconfiado por excelencia, como todos los caudillos políticos de su época, no podía ver con buenos ojos la intervención de los civilistas en las negociaciones de paz.

—Si yo autorizo para pactar a esos irreconciliables antagonistas nuestros —decía al secretario general García y García—, negociarán la paz de acuerdo con sus intereses, dejando de lado a este gobierno que tratamos de mantener en la sierra.

Pero tampoco tenía el coraje suficiente para negar rotundamente a los notables de Lima derechos para actuar en los trajines de la

paz. Por lo tanto, decidió soslayar el asunto enviando al alcalde Torrico una nota ambigua, en la que postergaba su resolución. «Ateniéndose a que la sierra estaba en esa época en plena estación de lluvias y tormentas» —decía—, «consideraba que un viaje ultracordillera era irrealizable», de modo que debían evitar ese paso. Les advertía, al mismo tiempo, que él «en su carácter de jefe Supremo del Perú= y guiado por su invariable propósito de alcanzar la salvación nacional, se hallaba dispuesto a continuar, por medio del Cuerpo Diplomático, las negociaciones de paz que fueron iniciadas antes de la batalla de Miraflores».

Sin embargo, lejos de quedarse en Canta a esperar la respuesta a su nota, continuo su viaje hacia las alturas, a través de la lluvia diluvial que azotaba la sierra. Su marcha, más que una retirada, parecía una fuga sin control, que minaba sus nervios y hacía aún más acre su carácter. Por eso el general Buendía prefirió adelantarse y marchar junto con la descubierta, y los demás jefes se apartaban de su lado, so pretexto de dejarle más libre el camino. El velado rechazo de su gente exasperaba más al dictador y su voz se oía a menudo, estridente y neurótica.

El capitán Labasthe, que había tenido la desventura de ser su último ayudante en la batalla de Miraflores, tenía que sufrir los desbordes furibundos del dictador, que maldecía y renegaba contra todo.

Por fin la columna avistó el aplastado caserío de Obrajillos. El propósito primitivo había sido terminar con la jornada en Colluhuay, pero el capitán Labasthe prefería pernoctar en Obrajillos, para capear la tormenta.

—Obrajillos es un infesto pueblucho indio —vociferó Piérola. Pero tuvo que rendirse a la evidencia. Resultaba imposible seguir marchando en aquellas condiciones.

La columna comenzaba a desviarse del camino principal, para descender a Obrajillos, pero un toque de corneta hizo detener las cabalgaduras.

—Es una alerta —explicó el capitán Labasthe al jefe superior.

Esperaron unos minutos hasta que se vio venir al general Buendía.

En Obrajillos se divisa un batallón detenido, Excelencia —exclamó, sin poder ocultar un leve dejo de alarma en su voz.

Piérola se paró en los estribos. Un tic nervioso le estremecía un poco el labio superior.

—¿Qué batallón podrá ser? —reflexionó quedamente—. ¿Cómo y cuando habrá llegado a Obrajillos?

Un nuevo son de corneta, pero esta vez en el toque de «alto», se escuchó, opacado por el ruido del aguacero. Desde la avanzada se vio venir a cuatro jinetes. Dos de ellos eran el coronel Nieto, jefe de la escolta, y su ayudante. Los otros dos tuvieron que llegar frente al dictador y pronunciar sus nombres para que se lograra identificarlos: eran el coronel Miguel de la Jara, comandante del batallón «Pichincha», y su segundo.

—¡Por Dios, coronel, jamás lo hubiera reconocido bajo la capa de barro y mugre que lo cubre! —exclamó el dictador, con un gesto de desagrado.

El comandante del «Pichincha» se quedó mirando con ojos turbios de despecho y enojo. Luego habló lentamente, con indisimulada irritación.

—No ha sido empresa fácil sacar mi batallón del atolladero en que quedamos y traerlo intacto, con todo su armamento, hasta la sierra, Excelencia —dijo, y añadió en son de abierto reproche—: No todos los jefes han hecho lo mismo.

Piérola se irguió. Había una vibración de cólera histérica en su acento, cuando replicó.

—Empeño inútil, coronel. Ya todo está perdido. Sólo nos resta conseguir una paz honrosa.

El general Buendía lo miró asombrado. El dictador acababa de expresar precisamente lo contrario de lo que le había manifestado a él, cuando iniciaron el ascenso de la sierra.

Por su parte, el coronel De la Jara había aproximado más su caballo al del dictador y se inclinaba hacia él, como si no pudiera dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Quiere usted decir que desiste de continuar la lucha, Excelencia? —le preguntó, marcando mucho las palabras.

—Sí, señor —le replicó, tajante, el jefe—. ¿A qué más mortandad estéril?… —Y como viera que la expresión atónita del comandante del «Pichincha» se iba convirtiendo en una llama colérica, torció las bridas de su caballo, insinuando el ademán de alejarse—. ¡Basta ya de charla en este camino infernal! Entremos al

pueblo. Haga formar ahí su batallón, coronel De la Jara, y lo revistaré.

El jefe del «Pichincha» se quedó con la mano a media altura del quepis, arrepentido de rendirle la pleitesía de saludarlo, y la bajó con un gesto rabioso. Luego giró su caballo y se alejó al galope, salpicando a todos de barro.

Piérola alzó el puño ante aquella insolencia y abrió la boca como para gritarle, pero no dejó escapar ningún sonido.

Continuaron avanzando bajo la lluvia, cada vez más tupida.

Media hora más tarde, Piérola enfrentó al batallón «Pichincha» que lo había esperado en el pueblo, aguantando a pie firme el aguacero. Protegido por un ancho y tosco paraguas de paja de icho, recorrió con su mirada a los soldados. Debían ser unos seiscientos. Todos conservaban sus armas y uniformes completos. No obstante, el desatinado gobernante no se detuvo a pesar ese factor; levantando su rostro nervioso hacia ellos les espetó una arenga que sembró el desconcierto en los jefes y oficiales que lo rodeaban.

—¡Soldados del batallón «Pichincha»! —comenzó—. Como jefe supremo del ejército del Perú, hubiera querido felicitarlos por su lealtad y valentía, pero sé que es repetirles algo que envanece, pero que no ofrece solución para el porvenir. En cambio, creo más propio expresarles que, desde este momento, quedan libres para regresar a sus hogares. En otras palabras, ordeno que se licencie el batallón «Pichincha».

El comandante del batallón dio un paso hacia el dictador, como si quisiera oponerse, pero fue sujetado por una manga por su segundo. Los oficiales se movieron desasosegados y un murmullo de asombro e incredulidad surgió en la propia escolta del dictador. Pero éste, sin querer darse por enterado, prosiguió con acento altisonante, al que él quería dar cierto heroico patetismo:

—Sin embargo, les declaro que no abandono totalmente el propósito de continuar una ruda guerra contra los invasores. Pero ella ha de ser planificada después de agotar los medios para llegar a una paz honrosa. Si no se consigue, volveré a llamarlos, antes no. De modo que pueden volver ustedes a sus hogares. —Como observara que nadie se movía, buscó, atolondradamente una vía de escape que lo sacara de su desairada posición y añadió—: Pero esto no quiere decir que, si algunos de ustedes quieren permanecer al

lado de su jefe, voy a rechazarlos; todo lo contrario: sabré aquilatar su espíritu de sacrificio… ¡A ver! ¿Quiénes se quedan junto al jefe supremo?

Los soldados se miraban unos a otros consultándose. Por fin un subteniente fue el primero que dio un paso al frente; luego fue otro, después algunos soldados. Desganadamente fue disolviéndose la fila, mientras que frente a ella se formaba una hilera dispersa con los voluntarios.

Piérola calculó su número de una ojeada: no serían más de ochenta. Comprendió que debía haberse quedado con los seiscientos del batallón o con ninguno. Pero ya era tarde para echar pie atrás.

—Capitán Labasthe —ordenó a su ayudante—, anote los nombres de los soldados que seguirán con nosotros —y sin mayores ceremonias, dio vuelta la espalda y se introdujo en la casa que se había limpiado para él.

Refunfuñaba algo, en forma ininteligible, cuando reparó que el general Buendía se había allegado a su lado. Como leyera en el rostro del veterano un mudo reproche, exclamó:

—¡Lo que quiero es la paz, general Buendía! ¿No me entiende?

—Y entonces ¿a qué hablar a los soldados de continuar la guerra, Excelencia? —Buendía había preguntado fríamente.

El dictador se agitó incómodo, y masculló:

—Hace demasiadas preguntas, general.

Buscando escapar al desagradable interrogatorio, se dirigió hacia la puerta de la casucha, desde cuyo umbral gritó a su ayudante que dispusiera la reiniciación de la marcha hacia el departamento de Junín, tan pronto como amainara la lluvia.

Entretanto, un nuevo factor entraba en juego en la escena limeña. El ministro de la Guerra en campaña, José Francisco Vergara, recibió una nota oficial del interino del ramo, que actuaba en Santiago, Manuel García de la Huerta. El comunicado, de fecha 7 de febrero, después de exponer en un breve estudio la situación en que se encontraba la guerra, resumía su intención en un párrafo: «Parece que el enemigo pretende oponer la inercia en vez de las armas y procura vencer a nuestro ejército por el cansancio y por el

tiempo». Y agregaba que era preciso hacer sentir al Perú todo el peso de la victoria, de tal manera que sus habitantes llegaran al convencimiento de que les sería preferible aceptar la paz en los términos que se estipularon en las conferencias de Arica, es decir, con la cesión del territorio de Tacna al sur, antes que seguir soportando el rigorismo del ejército de ocupación.

Las nuevas medidas coercitivas que debían adoptarse quedaban condensadas en los siguientes puntos:

> *1.º La ocupación militar del territorio en que se encuentra el ejército debe ser costeada enteramente por el enemigo.*
>
> *2.º Imponer requisiciones, fuere cual fuese la situación en que se encuentren las poblaciones; debiéndose cumplir inexorablemente las sanciones con que se conmine a los que deben satisfacer la requisición.*
>
> *3.º Los prisioneros enemigos deben ser mantenidos por sus propios municipios, y se enviarán al Perú los que se hallan en Chile, a excepción de los jefes.*

Pero había una cuarta cláusula, que fue la que más dio que pensar al ministro Vergara.

> *Todos los bienes y obras fiscales, como ferrocarriles, puentes, muelles, etc., deben, así mismo, contribuir a indemnizarnos de los gastos de la ocupación. Sólo conviene exceptuar aquellos que sean necesarios a los fines de la ocupación misma; pero debe ponerse mano a los demás, siempre que sea posible transportarlos y emplearlos en nuestro uso y beneficio.*

Esta medida equivalía a expoliar al Perú. Durante varios días la meditó, sin atreverse a ponerla en práctica. Pero pronto le llegó la orden perentoria de hacerlo. Entonces llamó a su despacho al comandante Federico Stuven, y después de darle a leer la última cláusula del comunicado del ministro de la Guerra, le advirtió:

—Esa misión deberá cumplirla usted, comandante.

Stuven enarcó las cejas.

—Específicamente, señor ministro, ¿cuál será mi actuación? —

consultó.

—Averiguar cuáles son y dónde están esos bienes y obras fiscales que sean susceptibles de ser transportados a Chile y empleados en beneficio nuestro —le explicó Vergara.

—¿Cualesquiera que sean su volumen o valor?

—Mientras más valiosos, mejor. Lo que importa es que quepan en nuestros barcos.

Stuven hizo una corta venia y se dispuso a salir. Pero antes pidió un plazo prudente para hacer la investigación.

—Tómese diez días —le acordó el ministro.

No fueron necesarios sino ocho días. El comandante Stuven volvió donde el ministro, con una lista completa de los establecimientos en que existían maquinarias valiosas y de las instalaciones fiscales que podían tener interés para Chile. En ella figuraban la Maestranza de los Ferrocarriles, las fundiciones de «Piedra Lisa» y «Bellavista», la fábrica de pólvora, las fundiciones de «Guías» y «Monserrate», la Casa de Moneda y la Escuela de Artes y Oficios. En lista aparte, se consignaban los barcos, transportes, chatas, represas, lanchas a vapor, baterías flotantes, lanchas de carga y *donkeys* de muellaje.

El estudio del comandante Stuven era tan completo que ni siquiera olvidaba las fuentes de hierro de las plazas, las estatuas de mármol, hasta las colecciones de libros de la Biblioteca Nacional, consistentes en más de cincuenta mil volúmenes y valiosos manuscritos.

El ministro Vergara examinó atentamente las listas y, al terminar de leerlas, preguntó:

—¿Puede usted embalar y embarcar todo lo que me indica?

—Si se me proporcionan seiscientos hombres, entendidos en desarmar máquinas complicadas, podré embarcarlas hacia Chile en cortos días —fue la respuesta.

El ministro tomó asiento y redactó una nota que extendió a Stuven.

—Tome —le dijo—, aquí tiene usted la autorización para contratar el personal que necesita. ¿Cuándo empezará a trabajar?

—En cinco días más, señor ministro.

Comenzó el desmantelamiento en Lima. Los seiscientos técnicos contratados por Stuven, entre los extranjeros residentes en Lima y

Callao y los cuerpos de ingenieros, protegidos por una compañía del batallón «Victoria», bajo las ordenes del capitán Castañeda, fueron dejando vacíos, sistemáticamente, los grandes establecimientos industriales de Lima.

Primero fue la Maestranza de Guías, que poseía maquinaria transformadora de rifles de cualquier sistema semejante al de Remington y tenía en sus bodegas varios torpedos Ericsan y Lay.

La fábrica de pólvora no sólo poseía las máquinas para combinar ese explosivo, sino también una instalación para fundir toda clase de cartuchos metálicos.

La factoría «Bellavista» contenía las forjas y maquinarias para la fabricación de toda clase de armas mayores, especialmente cañones y ametralladoras. En sus talleres había una diversidad de grúas, tornos, martillos a vapor, laminadoras y compresoras automáticas y, además, una sección de carpintería para alistar cajones y embalar toda clase de artículos. Esa misma fue la que se empleó para encajonar y embalar todo lo requisado.

Este despojo organizado, increíble por su magnitud, dejó a los peruanos pasmados, al comienzo; luego lo sintieron como una puñalada contra la cual no podían defenderse.

El dictador Piérola, que había ascendido ya hasta Jauja, en la sierra, enterado por su antiguo secretario Enrique Espinoza, que volvía por segunda vez de Lima, prorrumpió en las condenaciones más exasperadas.

—¡Es un robo execrable! —vociferaba—. Si medimos lo que se llevan los bandidos esos, nada más que en su calidad de hierro y acero, podemos asegurar que es suficiente para abastecer las maestranzas y armerías del ejército enemigo durante muchos años de guerra.

Pero lo que más le dolía era el despojo de la Escuela de Artes y Oficios y de la Casa de Moneda. En la primera existían maquinarias y modelos para repuestos de los barcos de la armada, las maestranzas y el parque de artillería. En la segunda estaban instaladas las maquinarias más modernas para la acuñación de monedas. La faena dirigida por el comandante Stuven había sido también perfecta; sus hombres desarmaron y embarcaron hasta la gran rueda hidráulica y el motor a vapor que movían todos los mecanismos.

—¡Ladrones!… ¡Aves de rapiña! —bramaba el dictador al enterarse de todos los detalles.

—Excelencia —concluyó el secretario Espinoza—, si no se firma un pacto de paz rápidamente, los chilenos van a llevarse hasta los puentes del Rímac.

Nicolás de Piérola dejó caer los brazos, abatido. Era la verdad, pensó. Recién entonces pesó, en su real magnitud, que era preferible cualquier arreglo de paz antes de permitir que el Perú quedara desnudo.

—Secretario —dijo—, hágame el favor de llamar a don Manuel Irigoyen. Lo enviaré a Lima provisto de poderes para nombrar plenipotenciarios que negocien la paz.

5

No era fácil la tarea de los dos jefes chilenos que manejaban la ocupación de Lima. El ministro Vergara conservaba el poder de presidente de la república en campaña, que Aníbal Pinto había otorgado al difunto ministro Rafael Sotomayor, pero no tenía la serenidad de juicio y el carácter sin vanidades de su antecesor. El general Baquedano era el símbolo del ejército victorioso y lo respaldaba la calurosa simpatía de la nación, por las hazañas de los soldados.

El período presidencial de Pinto estaba en su extinción y en el escenario político chileno las figuras de los dos hombres se proyectaban con la luminosidad que les prestaba la victoria. Además estaban los partidarios de ambos, azuzándolos constantemente uno contra el otro, y, por sobre todo, la antipatía que se tenían desde el comienzo de la guerra. José Francisco Vergara, que había entrado a la contienda arrastrado por un patriotismo de *sportsman*, llevando sus propios caballos de fina sangre y sus armas guarnecidas en marfil y concha de perla, se había sentido siempre más hábil guerrero que los jefes militares. El general Baquedano, militar de carrera, veterano de la guerra de la Araucanía, sentía el más abierto desprecio por los que él llamaba «cucalones», entre los cuales colocaba, en primer lugar, a Vergara.

Establecidos ambos en Lima, como directores de la ocupación, la malquerencia se acrecentó y bastaba el menor motivo para que chocaran. Agravaban esta querella los partidarios de ambos. El general Baquedano mantenía una camarilla de altos jefes militares, con quienes compartía sus opiniones oficiales y sus escasas horas libres. El ministro Vergara se rodeaba de los civiles anexados a la administración y de algunos altos jefes de los batallones

movilizados, civiles que vestirían la casaca militar mientras duraba la guerra.

El principal adepto del general en jefe era el coronel José Velásquez, comandante general de la artillería. El del ministro era Isidoro Errázuriz, político, exparlamentario y periodista a cargo del diario *La Actualidad* de Lima.

Pocos días después de terminada la requisición de maquinarias y bienes públicos, ordenada por el ministro, en una comida realizada en los salones del Hotel Maury, destinado a los altos jefes del ejército, se encontraron Velásquez y Errázuriz.

El mesurado secretario del comando en jefe, Máximo R. Lira, y algunos jefes que estaban entre los comensales trataron en todo momento de impedir que chocaran. Pero, al final de la cena, el impetuoso Errázuriz, ligeramente embriagado, se levantó de su asiento e hizo un brindis.

—Señores —dijo con una casi imperceptible sonrisa sardónica—, permítanme brindar por un hombre que, sin ser militar, condujo a nuestro ejército a la victoria. Bebo por el difunto ministro Rafael Sotomayor.

Un murmullo receloso corrió por entre los comensales y varios de ellos miraron al coronel Velásquez. Éste no hizo gesto alguno, pero la mano con que tomaba su copa se agarrotó. Sin embargo, intervino con voz tranquila.

—Señor Errázuriz —replicó cortésmente—, yo no puedo acompañarlo en ese brindis, que le ruego retire o modifique. Bebería gustoso una copa por el hombre abnegado y patriota que fue don Rafael Sotomayor, pero no puedo hacerlo si se lo presenta como «el que no siendo militar, condujo el ejército a la victoria».

Errázuriz se quedó con su vaso suspendido y miró a su antagonista, con brillo malicioso en las pupilas.

—Bien —se corrigió—, entonces brindaré por el otro «gran cucalón», gracias a cuya inteligencia se conquistó la victoria final: el ministro José Francisco Vergara.

El coronel Velásquez se puso bruscamente de pie, ante el rostro desafiante de Errázuriz. Sus partidarios se levantaron tras él y esperaron tensos.

—Acepto el brindis —dijo el coronel de artillería esforzándose por dominarse—, pero siempre que usted me acepte otro enseguida:

¡brindaré por esta guerra de ladrones que está haciendo el ministro Vergara en Lima!

La sonrisa despectiva de Errázuriz se borró de golpe. La escena hubiera terminado a golpes o hasta balazos, de no haber sido por la prisa que ambos bandos se dieron en llevarse a los dos furiosos comensales.

Pero la querella había sido demasiado grave para que terminara ahí. El general Baquedano se sintió golpeado en mitad del pecho. Por su parte, el ministro Vergara, insultado abiertamente por el coronel Velásquez, decidió tomar cartas al momento en el asunto.

Al día siguiente, a primera hora, el general en jefe del ejército recibió una comunicación oficial del airado personaje. La nota indicaba al general que debía alistar elementos para atacar Arequipa y aplastar al último ejército peruano, refugiado en esa ciudad. Pero agregaba en su último párrafo:

> *Ordene V. S., en consecuencia, al comandante general de artillería que se traslade con los oficiales que componen su plana mayor a la ciudad de Arica, embarcándose en el vapor* Paita*, que debe zarpar del Callao en dos días más, y que se consagre allí a preparar, dentro del plazo más breve, los elementos de su arma que demanda la campaña en proyecto.*

Era sacar al coronel Velásquez del teatro de la guerra, acercándolo al territorio chileno. A Baquedano se le encendió la sangre.

—¿Para qué ir a alistar la artillería de Arica, cuando tenemos lista y entrenada la que tenemos en Lima? —consideró furioso—. ¡Pues no, señor! No he de permitir que ese ministro vengue su vanidad herida, despojándome de uno de mis mejores jefes. ¡Antes de que muevan a Velásquez me iré yo… o tendrá que irse el ministro! ¡No faltaba más!

Durante los dos días que siguieron hubo un violento cambio de notas entre el general y el ministro. Finalmente, el general Baquedano se decidió a exponer claramente su pensamiento:

> *Señor ministro de la Guerra en campaña* —escribía en su último comunicado—*: Dije a V. S. en nota de*

ayer que no consideraba conveniente por el momento la separación del comandante general de artillería del punto en que se encuentran concentradas las fuerzas cuya dirección inmediata le está confiada. Ahora debo agregar que considero necesarios sus servicios aquí, porque le tengo confiadas algunas importantes comisiones.

Me permitiré también observar a V. S. que enviar un jefe al sur a recibir órdenes del Supremo Gobierno es el arbitrio que se ha empleado constantemente para castigar una falta, y como yo no sé que el coronel Velásquez haya cometido alguna y, por el contrario, está en la conciencia de todos que en las dos últimas batallas ha prestado servicios muy importantes y meritorios, no creo tampoco que la intención de V. S. sea infligirle una pena.

Siendo esto así, sólo queda en pie la consideración del buen servicio, que hago presente a V. S. para manifestarle que el coronel Velásquez debe, por ahora, permanecer en su puesto.

Dios guarde a V. S.

GENERAL BAQUEDANO.

El contragolpe del ministro Vergara no tardó en llegar. Aquella misma noche del 20 de enero se presentó en el despacho del general en jefe el plenipotenciario Eulogio Altamirano.

Con expresión interrogante Baquedano esperó que el diplomático le diera a conocer la razón de su intempestiva visita. Altamirano abordó inmediatamente el asunto.

—El señor Vergara me encarga decirle que el coronel Velásquez debe embarcarse, de todos modos, mañana en el vapor *Paita*. Y advierte que si no le da la orden correspondiente, quien se alejará del Perú será él.

El general se pasó lentamente el canto de la diestra por el bigote encanecido.

—¡Hum! Es grave —murmuró, y agregó con desgano—: Es grave que el ministro me coloque ante situaciones tan violentas. Pero no puedo cambiar mi manera de ser. Miro las cosas en una sola forma: la sencilla, la clara, la abierta.

El plenipotenciario inclinó la cabeza, dando a comprender que

sabía de antemano cuál habría de ser la respuesta del jefe militar. Sin embargo, le inquirió:

—Entonces… ¿qué debo contestar al señor ministro?

El general se puso lentamente de pie y contorneó la mesa a pasos mesurados. Luego se detuvo frente a su interlocutor.

—Dígale —declaró— que yo no puedo hacerme reo de injusticia semejante, que no me prestaré jamás para ser instrumento de venganzas personales contra jefes del ejército.

Altamirano sostuvo la mirada del veterano, con una sombra de aburrimiento. Pero quiso jugar su papel hasta el fin y advirtió al general:

—Eso traerá como consecuencia que el ministro cumplirá su amenaza de irse del Perú.

El jefe del ejército se encogió de hombros.

—Que resuelva lo que considere conveniente —concluyó—. Pero al coronel Velásquez no me lo mueven de aquí.

Aquella misma noche, un hecho ajeno a la querella entre los jefes de la ocupación agravó el estado de cosas.

Un piquete del «3.º de Línea», el temible regimiento de los mineros de Tarapacá, patrullaba el barrio del norte del Rímac, «Abajo del Puente», destinado a la vivienda de los negros y mulatos. Súbitamente, y sin una razón visible, se introdujeron a viva fuerza en una de las antiguas casonas de la calle Huaylayoc, frente a la Plaza Colón.

Después de encerrar a los ocupantes de la casa en un cuarto del último patio, los soldados registraron todas las habitaciones.

Uno de ellos descubrió la despensa de vinos y volvió al vestíbulo cargado de botellas. Al poco rato, estaban entregados a una bulliciosa borrachera.

Hasta entonces, el hecho no había pasado más allá de una francachela a costa de los dueños de casa. Pero, repentinamente, un recluta de pocos años, que hurgaba en el piso alto, asomó en el extremo superior de la escalera y con el rostro desencajado por el asombro y la alegría, gritó atontadamente:

—¡Compañeros, he hecho un descubrimiento colosal! Sin querer le pasé a pegar con la culata del fusil a una de las perillas de un catre, saltó lejos y de adentro cayeron rodando soles de oro y este collar…, y estas medallas con brillantes —y levantaba sus dos

manos ahuecadas, exhibiendo los brillos de su hallazgo.

El silencio se hizo de golpe. Todos miraban con ojos desorbitados el áureo botín del muchacho. Dos gritos casi simultáneos fueron la señal de asalto.

El recluta lanzó un alarido triunfal y apretó las joyas y monedas contra el pecho.

—¡Me condenara si todos los muebles no tienen los huecos llenos de oro! —bramó un cabo, poniéndose de pie de un salto.

Eso bastó para que todos se abalanzaran hacia la escalera. Lo siguiente fue el caos. Cada soldado tomó a su cargo destruir alguno de los pesados muebles; y los fueron despedazando a tirones, arrojándolos al suelo, arrancándoles las patas a puntapiés. Pero como algunos por su solidez o su tamaño resistieran a sus golpes, discurrieron arrojarlos por las ventanas.

Puso término al estrepitoso saqueo una patrulla montada, enviada desde el Palacio de Gobierno a requerimiento de los aterrados vecinos.

Los estampidos de algunos disparos hechos al aire volvieron a la realidad a los enloquecidos tercerinos, los que, conscientes de su falta, se escabulleron por sobre las tapias de las casas vecinas, perdiéndose en las obscuridad.

A la mañana siguiente el ministro Vergara embarcaba en el vapor *Paita*, fuera de quicio por haberse sumado a su enojo el conocimiento del vergonzoso suceso. Pero no se dirigió a Valparaíso, como había sido su primitiva intención, sino que desembarcó en Arica, para ponerse más rápidamente en contacto con el presidente Aníbal Pinto, por medio del telégrafo. La comunicación que cursó de inmediato al Primer Mandatario comenzaba expresando:

> *He creído de absoluta necesidad venir a este puerto con el objeto de ponerme al habla con V. E. y mis colegas, para consultar sobre muchos asuntos militares, económicos y políticos que hay que resolver sin pérdida de tiempo, y volver a Lima con instrucciones suficientes para allanar las dificultades que se presentan…*
>
> *La ocupación de Lima con un ejército tan numeroso como el que allí tenemos ofrece muchos y muy graves*

inconvenientes. Descontando las bajas habidas en las batallas que suben a 5000, entre muertos y heridos, y los enfermos que se curan en los hospitales, nos resta aún, incluyendo jefes y al personal administrativo, un total de 20 000 hombres, algo desorganizados y sin la vigorosa disciplina que se requiere para permanecer sin riesgos en un país enemigo. No tardarán en principiar las enfermedades causadas por los excesos, la falta de residencia sana y la aglomeración de tropas en edificios estrechos. También vendrán luego más conflictos entre los soldados francos y los habitantes, porque ni habrá la severidad bastante para evitar los desmanes, ni será posible hacerlo, mientras haya tanta tropa acampada fuera de los cuarteles seguros…

La intención del comunicado del ministro podía condensarse en pocas palabras. Quería la confirmación de sus poderes para imponer su voluntad. El Gobierno de Chile se la concedió con toda plenitud. Conseguido su propósito, regresó a Lima.

La noticia de su retorno la tuvo el general Baquedano en la misma tarde de su llegada, cuando uno de sus ayudantes le presentó un comunicado del ministro:

Lima, enero 31 de 1881.
Con fecha 27 del presente recibí del señor ministro interino de la Guerra el parte que sigue:
La resolución acordada por Gobierno con respecto a la indicación de usted es ésta: que usted puede, apreciando las circunstancias, designar el número de tropas que convenga mantener en Lima y el que debe regresar al país. Consultará al general en jefe si desea permanecer en el mando de las fuerzas en Lima o regresar con los cuerpos que se segreguen de ese ejército. Las resoluciones que adopte en el particular serán aprobadas por el Gobierno tan pronto lleguen a su conocimiento. Le comunico a usted para su conocimiento y para que se sirva decirme el partido que considere más conveniente adoptar.
Antes de tomar una resolución sobre el número de tropas que deben quedar de guarnición en ese territorio y las que tienen que regresar a Chile, juzgo necesario tener una

conferencia con usted, para acordar lo que consulte mejor la necesidad de la situación militar, conferencia que podrá tener lugar mañana, entre 11 y 12 A. M., en mi despacho en el Ministerio de Relaciones Exteriores, si por parte de usted no hay inconveniente.
Dios guarde a usted.

JOSÉ FRANCISCO VERGARA.

El general Baquedano se quedó silencioso unos segundos y luego alargó al nota a su ayudante, sin comentario alguno. Éste la leyó con rapidez, y, cuando la hubo concluido, la arrojó con desdén sobre el escritorio.

—¿Va a permitir que le gane esta partida el ministro, mi general?

El veterano se encogió de hombros y se quedó largo rato inmóvil, como ausente. Después comenzó a hablar en voz baja.

—El ministro ya ganó la partida, ayudante —musitó—. Tiene el respaldo del que seguramente será el próximo presidente de Chile. Lastimosamente el período presidencial de don Aníbal Pinto termina en unos meses más; el 18 de septiembre venidero debe asumir otro político, que será seguramente el señor Domingo Santa María. Sospecho que tiene temor de que yo pretenda erigirme en candidato y, para evitarlo, me sacan del escenario en que puedo brillar ante los ojos de mis compatriotas. —Se puso de pie y concluyó—: ¡Ah, cuánta basura política!

A la mañana siguiente, apenas supo que el ministro estaba ya en su despacho, se presentó ante él. Llevaba en la diestra una lista, y limitando su saludo a un leve entrechocar de tacones, entró en materia:

—Señor Vergara, vengo a que demos un corte definitivo a su decisión de enviar de regreso a Chile a la mitad del ejército. No me mire con ojos escrutadores. No le voy a hacer pelea en esos intrincados campos en los que ustedes los políticos se manejan con tanta soltura. Soy simplemente un soldado. La guerra ha terminado, ustedes quieren devolver gran parte de mi ejército a Chile, pues bien, me marcho con las tropas que parten.

El señor Vergara no le contestó al momento. Finalmente le dijo, pronunciando una por una las palabras:

—Puede quedarse al mando de los que mantendrán la ocupación si lo desea.

—¡No, señor Vergara! —La voz del general sonaba tajante, pero no agresiva—. Se ha dispuesto de mi ejército sin consultármelo; eso me indica que estoy de más. —Y extendiéndole la lista de nombres que traía en la mano, añadió—: Aquí tiene usted un estudio de los regimientos que considero deben quedarse en Lima. Vea usted si está de acuerdo con él y decida. Eso es todo. Con su permiso.

Volvió a entrechocar los tacones y se retiró del despacho, sin esperar a conocer la reacción del ministro.

Hacía muchos días que el tren de la línea a Chorrillos no se movía de su estación en Lima, de modo que para los soldados acuartelados en la Escuela de Cabos del incendiado balneario fue una grata sorpresa ver aparecer el bullicioso convoy.

Frenando la locomotora, el maquinista gritó a los que formaban calle junto a la vía:

—¡Llega el señor ministro de la Guerra! ¡Avisen a su comandante!…

En menos de un minuto, la noticia llegó a oídos del comandante Adolfo Holley y el regimiento fue formado frente a la Escuela de Cabos. Cuando la banda de músicos hizo oír los primeros sones de *Adiós al 7.º de Línea*, se levantó en alto el estandarte escarlata con una gran estrella de oro en el centro: la bandera de guerra del regimiento «Esmeralda».

Después de hacer su entrada triunfal a Lima, el 18 de enero, el heroico regimiento tenía que ser devuelto a Chorrillos por no encontrar cuartel suficientemente amplio como para contener a sus ochocientos setenta y siete soldados. También porque sus heridos eran tantos que resultaba más fácil cuidarlos en las vastas salas de la Escuela de Cabos.

El ministro Vergara pasó ante el cuerpo saludando a los soldados y oficiales con sincero cariño. Reconocía tantos rostros. Faltaba la figura enhiesta y quijotesca del «manco» Amengual, pero se divisaba al frente de los soldados al coronel Holley, el campeón de la pulcritud militar. Sostenía el estandarte el subteniente Carlos

Pancetti; detrás de él estaban los ayudantes, los sargentos mayores Saturnino Retamales y Federico Maturana. Faltaba Patricio Larraín Alcalde, que había tenido que regresar a Chile, acompañando a su hermano Luis, mal herido en la batalla de Miraflores. Pero, en cambio, se destacaban los rostros sonrientes de los capitanes Joaquín Pinto Concha, Manuel Aguirre Peña y Lillo, Florencio Baeza y el del barbilampiño Jacinto Holley, hijo del comandante. Entre los tenientes reconoció a Martiniano Santa María, a Miguel Ureta y al buen mozo y fanfarrón Alberto del Solar, «el poeta».

Saludó hasta el último de los soldados y, cuando entró en la comandancia, tenía los ojos humedecidos.

El coronel Holley estaba frente a él, orgulloso de su regimiento.

—Comandante Holley, ¿cómo está el ánimo de sus hombres? —le preguntó el ministro de rompe y rasga.

—Firme y fluido, como sus bayonetas —le contestó el veterano espontáneamente.

—¿Viven bien aquí? —siguió investigando Vergara. El comandante sonrió, con un leve matiz de ironía.

—No hemos tenido tiempo para pensarlo, señor. Hacemos ejercicios constantes, como si fuéramos a seguir combatiendo mañana mismo: soportamos las moscas que caen sobre nuestras comidas, nos hemos acostumbrado al olor de los cadáveres que fueron sepultados a medias en los contornos del campamento, y nuestros mejores amigos son los setecientos perros que vagan por estos campos, alimentándose de los muertos. Pero no tenemos ninguna queja, señor.

El ministro rió suavemente ante el desparpajo del veterano.

—Perdón, comandante. Reconozco la culpabilidad de habernos olvidado un poco de su bizarro regimiento, pero vengo decidido a reparar la falta. ¿Cuántos hombres le quedan, don Adolfo?

El militar no respondió directamente a la pregunta.

—Me faltan cuatrocientos, señor —dijo con gravedad—. Pero los ochocientos setenta y siete que restan contestan por los ausentes en la lista de todas las mañanas.

El ministro se mordió los labios, contagiado por la solemne emoción del recio comandante.

—Comandante —le dijo—, estoy en una encrucijada. Necesito un regimiento irreprochable, de soldados recios pero civilizados,

para custodiar Lima, para protegerla de posibles ataques y para controlarla, de modo que pueda volver a la normalidad.

—¿Y cuál es su dilema?

—Que el Gobierno ha dado orden de licenciar a la mitad del ejército y pocos tienen tan merecido el descanso como el «Esmeralda».

El veterano Holley lo observó con ojos francos y decididos.

—Respóndame a una sola pregunta, señor —le solicitó—, ¿Continuará la guerra?

El ministro demoró en contestar. Por fin, murmuró:

—Temo que sí, comandante.

El rostro del jefe del «Esmeralda» resplandeció un segundo, luego se endureció.

—Entonces ahí afuera tiene usted el regimiento que necesita para guarnecer Lima —dijo con firmeza.

—La nueva campaña ha de ser seguramente en la sierra —le advirtió Vergara.

—Y también para trepar a la sierra con la bayoneta calada —añadió prestamente el comandante.

El ministro contempló con verdadero cariño al veterano.

—Consulte usted primero a sus oficiales y aquel que desee regresar a Chile podrá hacerlo —le propuso.

Pero el coronel movió la cabeza.

—No es necesario, ministro, los conozco a todos. No querrá regresar ninguno.

Vergara le estrechó la diestra agradecido.

—¿Cuándo nos trasladamos a Lima, señor ministro? —inquirió Holley.

—Pasado mañana, comandante. Su regimiento será instalado en la Escuela de Artes y Oficios. ¡Ah! Y quiero que la entrada del «Esmeralda» a Lima sea como un desfile de honor. Recorrerán las principales calles de la ciudad, pues deseo que todo el pueblo de Lima vea y admire en sus esmeraldinos la marcialidad, corrección y fortaleza de los infantes de bronce de Chile.

El desfile del «Esmeralda» se realizó tal como lo planeara el ministro. Comenzó en la Plazuela de la Exposición y culminó en la Escuela de Artes y Oficios. Era ésta un enorme edificio de dos pisos, ubicado en una ancha avenida de tierra, que circunvalaba la capital.

A dos cuadras estaba el Jardín Botánico y a doscientos metros, el cuartel de artillería «Santa Catalina».

Cuando la retaguardia del regimiento pisó el suelo arenoso del patio, el comandante Holley dio la voz de «alto», y luego procedió a distribuir las secciones dentro del edificio. El primer batallón ocuparía, por orden de compañías, el ala derecha; el segundo, la izquierda. El comandante con su plana mayor y la oficialidad quedarían instalados en el segundo piso.

Cuando se dio el «rompan filas», las escuadras se disgregaron perezosamente por el patio, cada una en busca de su ubicación.

El teniente Martiniano Santa María atrapó de un brazo a su colega Del Solar y le inquirió entusiasta:

—¿Vas a pedir permiso altiro para salir?

—Espérate, hermano. —Tomó del brazo al teniente Santa María y lo desvió hacia el capitán Florencio Baeza, que venía a unos metros de distancia—. Consultémoslo con mi capitán. Nadie puede saber jamás de qué humor está el «cabrito» Holley.

Los dos jóvenes se plantaron ante el comandante de la 3.ª compañía y le solicitaron permiso para hablarle. Baeza los autorizó con un gesto y se quedó esperando con una luz de fraternal comprensión. Tenía apenas unos cuatro años más que los tenientes y subtenientes del regimiento, pero todos lo respetaban y querían como a un hermano mayor por su viril franqueza y su alto sentido de la responsabilidad.

—Mi capitán —balbuceó Del Solar—…, bueno… Martiniano Santa María y yo…

—Quieren salir, ¿no es eso? —lo atajó el superior, facilitándole el camino.

—Usted sabe, a nuestro gran amigo Alberto Cobo lo trajeron mal herido a Lima —siguió hilvanando mañosamente Del Solar—…, no hemos sabido más de él…

—Está muy bien cuidado, no se preocupen —volvió a interrumpirlo el capitán.

—Síii… por su novia, la señorita Latorre, y su criada Elcira —aceptó el teniente—, pero ¿no cree usted que le hará bien que lo vayan a ver los compañeros?…

Florencio Baeza no pudo contener una carcajada.

—¡Qué ladinos son ustedes, muchachos! ¿Conque quieren salir

solamente para ir a ver al teniente Cobo?

Los dos oficiales corearon su risa y se guiñaron un ojo.

—Bueno y…, dos años de campaña, mi capitán, son… dos años —expresó maliciosamente Del Solar—. Desde que pasamos por Tacna que no veo la piel de una mujer y…, y eso no alcanzó a durar más que un suspiro, porque fue durante un patrullaje nocturno.

—Y yo… —confesó Santa María, con gesto atribulado—… desde Iquique, mi capitán.

—¡Por todos los santos! —El capitán Baeza se estremecía de risa —. Compadezco a las limeñas; se van a topar con dos lobos hambrientos.

—Vamos a salir entonces, ¿no es así? —inquirió Santa María, ansioso.

—Sí, muchachos, sí —declaró abiertamente el jefe de la compañía—. Como un premio especial el comandante ha dado licencia a uno de los dos batallones por toda la tarde, con recogida a las doce de la noche…

—Tuvimos suerte de ganar nosotros. ¡Salimos todos del primer batallón, chiquillos!

Los dos tenientes levantaron los brazos al cielo con gesto de triunfo.

—¡Esto sí que se llama buena leche, hermanos! ¡Ay, pisar en calles adoquinadas, ver la luz del gas, pasear frente a mansiones, comer en un buen hotel… —exclamó Del Solar, entrecerrando los ojos en un gesto apasionado—…, ver mujeres, mujeres finas y lindas. ¡Toda la campaña la doy por bien sufrida a cambio de esto!…

Santa María no estaba menos gozoso:

—Hasta es posible que nos encontremos con el mayor Manuel Rodríguez, que, como buen explorador, debe saber los nombres y apellidos, y hasta el tamaño del pie de todas las limeñas.

Como accionados por un mismo resorte, los dos oficiales se cuadraron simultáneamente:

—Mi capitán Baeza, permiso para continuar —exclamaron los dos al mismo tiempo.

El superior prorrumpió en una nueva carcajada y los ahuyentó con un ademán vago del brazo.

De acuerdo con los deseos del ministro Vergara, el «Esmeralda» fue destinado a la custodia del Palacio de Gobierno y el patrullaje de las calles más aristocráticas de Lima. Se confiaba en que, por estar la oficialidad del «Esmeralda» constituida por los jóvenes de las mejores familias chilenas y acostumbrados a comportarse con corrección y pulcritud, les sería más fácil el trato con los aristócratas limeños, que el control llevado por ellos sería menos hiriente para los vencidos.

La distinción envanecía a algunos de los oficiales del comandante Holley, pero a otros les desagradaba; sobre todo a los que, prestando guardia en el Palacio de Gobierno, lograban enterarse de los frecuentes choques entre el ministro de la Guerra y el Alto Mando del ejército.

El general Baquedano, después de decidir su regreso a Chile, no ocultaba su oposición a que las fuerzas de ocupación fueran divididas y una mitad se enviara a la patria. Opinaba que aquello sería indicio para el enemigo de que las fuerzas de Chile o sus recursos se habían agotado y esto les serviría de estímulo para no apresurar las negociaciones de paz. Así esperarían a que la fatiga fuera mayor aún, para sacar ventajas de ello y no aceptar la cesión de territorio como indemnización de guerra.

Pero el ministro Vergara comentaba con sus adictos que «menos temía a esas presunciones de los peruanos que a mantener un ejército de veinte mil hombres desocupados dentro de una ciudad llena de tentaciones, situación que sólo conduciría a continuos desmanes y a irrefrenables y vergonzosas actuaciones de los soldados». «Por otra parte», decía, «el clima sumamente húmedo de Lima y la enorme difusión de las enfermedades venéreas empezaban a hacer estragos en las tropas hacinadas en cuarteles demasiado estrechos. Por último, contra las provisiones que el Almirante Patricio Lynch guardaba en barcos cargueros anclados en el Callao amenazaban terminarse y aún no se había echado a andar el sistema de contribuciones para que la ciudad vencida alimentara al ejército de ocupación».

Haciendo pesar estas razones, el ministro impuso su determinación e indicó los cuerpos que debían embarcarse hacia

Chile:

En la Orden del Día del 10 de febrero de 1881 se publicó una doble lista en los patios de los cuarteles. La primera correspondía a los cuerpos que regresaban a Chile, la segunda, a los que se quedaban. Los que partían eran «Atacama», «Coquimbo», «Artillería Naval», «Valparaíso», «Quillota», «Aconcagua», «Chacabuco», «Melipilla», «Victoria», «Colchagua», «Curicó» y «Chillán», que sumaban siete mil quinientos sesenta y nueve soldados, sin incluir a los jefes y oficiales. Igualmente, debían regresar todos los jefes divisionarios y sus Estados Mayores, así como también los jefes y oficiales que no tuvieran un puesto fijo en los cuerpos de ocupación o en las tareas administrativas.

La segunda lista establecía los regimientos y efectivos que deberían mantener la ocupación del territorio peruano: Regimientos de Artillería N.º 1 y N.º 2, «Zapadores», «Buin 1.º de Línea», «2 de Línea», «3.º de Línea», «4.º de Línea», «Santiago», «Esmeralda», «Lautaro», «Talca», «Concepción», «Bulnes», batallones «Valdivia» y «Caupolicán» y los regimientos de caballería «Cazadores», «Granaderos» y «Carabineros de Yungay».

El ejército de ocupación quedaba reducido a un total de 10 113 hombres, cantidad que, además, debía ser repartida en los departamentos costeros del Perú, en el norte, el sur y el centro. A Lima y Callao les correspondería una guarnición de 6000 soldados solamente.

Los regimientos licenciados iniciaron apresuradamente sus aprestos para el regreso. Sin embargo, no todos los soldados se sentían alegres ante la perspectiva de la vuelta al hogar. Muchos de ellos se habían acostumbrado a la vida de aventuras, de esfuerzos, de camaradería y de libertad; no les sería fácil volver a ser simples ciudadanos, pacíficos y laboriosos.

Pero la orden de partida era perentoria y no admitía excepciones.

Los deberes que hasta entonces cumplían los regimientos licenciados recayeron sobre los hombros del «Esmeralda» y del «Bulnes», este último formado por los antiguos policías de Santiago.

Los esmeraldinos rendían guardia en el Palacio de Gobierno, en las plazas Mayor y de los Desamparados; también en los hospitales «2 de Mayo» y «Santa Sofía» y patrullaban en las noches las calles

principales.

El comandante Holley los mantenía sujetos a diarios ejercicios de adiestramiento; los oficiales apenas tenían tiempo de cambiar algunas frases rápidas entre un servicio y otro.

En la noche del 12 de febrero, el teniente Alberto del Solar, escoltado por media compañía, regresaba de prestar la guardia de prima en el Palacio de Gobierno. Se sentía cansado y soñoliento cuando entró con sus hombres en el amplio zaguán de la Escuela de Artes y Oficios y fue a cuadrarse ante el recinto de guardia.

El capitán Joaquín Pinto Concha, que estaba de servicio esa noche, se puso de pie al oír el golpe de los tacones del teniente.

—Tercera compañía del primer batallón al mando del teniente Alberto del Solar.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, mi capitán. La guardia del Palacio quedó servida por la segunda compañía, bajo el mando del teniente Ureta.

—Bien, teniente. Que se recojan sus hombres.

Del Solar giró sobre sus talones:

—Sargento Pino, que la compañía se recoja a su cuadra.

—¿Quieres una taza de café, Alberto? —lo invitó con familiaridad el capitán Pinto.

—¡Uff! Falta me hace —aceptó el teniente.

—¿Ocurrió algo en el Palacio, Alberto?

—¡Bah! Nada nuevo, hombre —rezongó el interpelado—. Mi general Baquedano y el ministro siguen como el perro y el gato.

El capitán Pinto hizo un gesto de descontento.

—¡Qué calamidad! Han hecho la guerra entera odiándose.

Dejaron de hablar porque entraba el ordenanza portando dos tazas de café humeantes y olorosas. Del Solar revolvió la suya y de pronto sonrió:

—¿Sabes a quién vi entrando al gabinete del ministro esta tarde? —dijo a su camarada—. Pues, nada menos que a nuestro excompañero Ignacio Carrera Pinto.

El capitán Pinto meneó la cabeza, en un gesto de afectuosa desaprobación.

—¡Buena tontería hizo mi pobre primo! —comentó—. Se empeñó en que lo trasladaran al «Chacabuco», por creer que ese regimiento iba a participar en más batallas que el «Esmeralda», y

ahora resulta que lo devuelven a Chile.

Del Solar dejó escapar una carcajada y bebió un sorbo de café.

—Sí, me lo contó. Y me explicó que iba a hablar con el señor Vergara para pedirle que reconsiderara su orden de licenciatura del «Chacabuco».

El ruido acompasado y fuerte de los calamorros de numerosos soldados entrando del patio al zaguán les impidió seguir hablando. En el hueco iluminado de la puerta asomó la figura esbelta y recia del capitán Aguirre Peña y Lillo.

—Segunda compañía del segundo batallón —anunció—. Puerta franca para salir del cuartel bajo el mando del capitán Manuel Aguirre Peña y Lillo.

El capitán Pinto preguntó:

—Su compañía monta guardia de trasnochada en el hospital Santa Sofía, ¿no es así?

Como el capitán asintiera con la cabeza, miró el redondo reloj clavado en la pared e hizo ver a su interlocutor que estaba anticipado en diez minutos, por lo que debía retener a sus soldados en el patio hasta que fuera la hora exacta. Así eran las órdenes impartidas por el comandante Holley, quien quería que todos los movimientos dentro y fuera del cuartel fueran cronométricamente precisos.

Cuando se alejó, el capitán Pinto cambió una mirada con Del Solar.

—¡Quién vio a Manuel antes de la guerra y quién lo ve ahora! Era el muchacho «pije» de la calle Dieciocho, y ahí lo tienes: convertido en un mocetón curtido por el sol.

—Y su primo era peor —acotó Alberto.

Regresaba el capitán Aguirre.

—¿Tengo tiempo para que me conviden una taza de café antes de salir? —inquirió, guiñando un ojo al capitán Pinto.

Éste se limitó a ordenar al asistente:

—¡Soldado Santelices, otra taza de café!

—Dime, Manuel —le averiguó Del Solar—, ¿qué fue de tu primo «Montecristo»?…

El oficial hizo un gesto de conmiseración.

—El pobre tuvo que quedarse en Santiago —respondió—. A toda costa quería venir a pelear, pero los médicos no lo dejaron. Tenía

los pulmones enfermos, ¿saben?

—Estuvimos con él en una fiesta que se dio en tu casa, pocos días antes de que partiéramos a la guerra —recordó Del Solar—. Se había mandado a hacer, especialmente, un fusil y unos sables preciosos y tenía en engorda a dos de sus mejores caballos. ¡Pobre «Montecristo»!

Me acuerdo de esa fiesta —rememoró Aguirre—. La organizamos en honor del primer recluta que se alistó en el «Esmeralda».

—Alberto Cobo —especificó el capitán Pinto.

—Efectivamente —asintió Aguirre—. Y, a propósito, ¿qué es de él?

—Está en cama todavía —le respondió Del Solar—; no ha podido reponerse de la amputación de su brazo izquierdo y de las heridas que recibió en Chorrillos y Miraflores. Todavía no me explico cómo pudo salvar la vida.

—Más le valía haberse muerto —apuntó el capitán Pinto, con acento sombrío.

Los dos oficiales lo observaron, asombrados:

—¿Por qué dices eso, Joaquín? —le preguntó Del Solar, dolido —. Cobo es muy amigo mío.

El oficial de guardia vaciló antes de responder.

—Yo también lo estimo mucho —aclaró—. Pero, dime, ¿su novia no es esa mujer tan hermosa que se llama Leonor o Leonora?

—Sí. ¿Por qué?…

—Porque… —el capitán volvió a titubear—. Porque, ¡caramba, hombre! Andan diciendo cosas muy feas de ella. Es fastidioso repetirlo. Contaron los prisioneros que esa señora que fue a recoger a Cobo, para traerlo a Lima, había sido la «amiga» del viejo general Buendía, en Iquique.

El capitán Aguirre se bajó de un salto del escritorio.

¡La «generala Buendía»! —exclamó—. ¡Hombre! Si yo la he oído mentar también.

Alberto del Solar dio un puñetazo en el respaldo de una silla.

—¡Los que andan corriendo esa infamia son unos canallas! —barbotó—. Si oigo a uno le parto el alma. ¡Pobre Alberto, si llega a enterarse! Ahora que justamente están proyectando contraer matrimonio tan pronto él se recupere. Ni siquiera esperarán volver

a Santiago, sino que se casarán aquí, en Lima.

El capitán Pinto apoyó un codo y se quedó meditabundo.

—Quizás sería mejor que se marcharan sin ruido, lo antes posible —reflexionó—. Ustedes saben, estas calumnias escandalosas corren como el aceite entre los soldados.

No siguió explicándose, porque llegaba el ordenanza con el café para Aguirre. Los tres guardaron silencio hasta que el hombre se retiró.

—Tú, que eres tan amigo de los dos —le insinuó Pinto a Del Solar—, deberías irles inculcando la idea de que es mejor que se embarquen hacia Chile tan pronto el teniente Cobo pueda caminar. Es la mejor forma de evitarles…

Del Solar no lo dejó concluir.

—¿Dar crédito a esa infamia que andan corriendo? —exclamó enojado—. ¿Actuar nosotros como si eso fuera verdad, como si ellos tuvieran culpa? ¡De ningún modo! Los oficiales del «Esmeralda» tenemos que estrechar filas en torno a ellos, brindarles nuestro afecto más que antes. Son víctimas de una calumnia y nosotros, como caballeros y leales camaradas, estamos en el deber de sacar la cara por ellos. No, Joaquín; haré todo lo contrario a lo que me propones. Los convenceré de que deben casarse aquí, para que el regimiento entero pueda participar de su felicidad.

Aguirre asintió:

—Tienes razón, Del Solar; estoy contigo.

El capitán Pinto se encogió de hombros.

—Soy más viejo que ustedes… —murmuró—. Temo a la maledicencia…

El reloj de la pared dio una sonora campanada.

—Son las doce y media —anotó el capitán—. Ya es hora de que vayas a hacer tu guardia al hospital Santa Sofía, Aguirre.

El aludido dejó la taza vacía sobre el escritorio y se encaminó a la puerta.

—Hasta mañana, muchachos —se despidió en voz baja y salió a la oscuridad.

El 13 de febrero, el general Baquedano recibió una última

citación del ministro Vergara para presentarse en su despacho. Venciendo su repulsa, el general compareció en el gabinete ministerial a la hora fijada. Vergara lo recibió con fría cortesía y entró de lleno en el asunto.

—Hace cinco días le envié una comunicación informándole sobre las instrucciones que he recibido del Supremo Gobierno, para aplicar en el Perú los legítimos derechos de la guerra, obligándolo a alimentar y pagar al ejército de ocupación.

El general reconoció haber recibido la nota y se excusó de no haberla contestado por los muchos trabajos que le exigía la organización del regreso de la mitad del ejército a Chile.

El ministro no atendió a la explicación y siguió hablando:

—Limitémonos al asunto que nos interesa. Deseo saber si está usted de acuerdo en él cálculo y forma de cobro de la contribución que estudiamos.

—Sí, estoy de acuerdo en que se cobre un millón de pesos en plata cada mes —aceptó el general—. Pero me parece excesivo hacer recaer esa contribución únicamente sobre los veinte principales vecinos de Lima. La guerra ha postrado hasta las más grandes fortunas limeñas; no será fácil que esos personajes reúnan cada uno veinte mil pesos en monedas.

—Ellos sabrán cómo los consiguen —deslindó Vergara con frialdad—. Pero nosotros necesitamos para alimentar y pagar a nuestro ejército esa suma.

El jefe militar se encogió de hombros.

—No hago más que expresar una opinión, señor —dijo y agregó con un dejo de ironía—: La que no pesa mucho ya, puesto que estoy a punto de embarcarme.

El ministro pasó por alto la intención de la frase.

—Quisiera que aún se encargara de un último asunto, general.

—¿Cuál?

Se trataba de un plan discutido ampliamente con anterioridad. Era necesario enviar cuerpos del ejército a ocupar los departamentos del norte del Perú. El ministro quería que fuera el general quien se encargara de organizar la marcha de esa tropa.

—Perfectamente —aceptó el veterano—. Formaré un destacamento de las tres armas, unos tres mil hombres aproximadamente, que se embarcarán en el vapor *Paita*, tan pronto

regrese del sur.

Vergara expresó que consideraba conveniente que formaran en esa expedición los regimientos «Buin», «Zapadores» y «Granaderos a Caballo» y también una brigada del N.º 2 de Artillería.

—De acuerdo. Les haré llegar la orden —aceptó el general.

—Simultáneamente —siguió el ministro—, deseo que se ordene a otro regimiento de infantería y alguna fuerza de caballería que vayan a estacionarse en Huacho, Supe y Huarmey, que son lugares con abundancia de víveres y clima sano.

El general volvió a aprobar. Les enviaría órdenes para que salieran hacia esos puntos. Pero aunque el ministro dejó de hablar, no hizo ademán de retirarse.

Después de una breve pausa Vergara dejó caer, tratando de restarle importancia:

—Bien, general, ya que estamos de acuerdo en todo, confío en que antes de partir dejará decretada la contribución de guerra.

El veterano lo miró, con las pupilas brillantes.

—¡Eso sí que no, ministro! —lo atajó tranquilamente, pero con firmeza.

—¿Por qué no, general?…

—Porque no quiero que mi última actuación en tierra peruana sea la más lamentable —afirmó Baquedano— y porque considero que el mismo general en jefe que use esa contribución de guerra debe ser el que la imponga. Sólo así le será posible esquivar o ahogar la reacción que tal medida va a provocar en Lima.

El ministro lo observó con mirada punzante.

—Luego, se niega usted a decretar la contribución de guerra… —dijo.

—Ya está designado el general Cornelio Saavedra como mi sucesor en el mando del ejército de ocupación —le contestó el general—. Que sea él quien la decrete.

El ministro no se atrevió a convertir la entrevista en una última discusión y acató la determinación del militar.

—Bien —dijo fríamente—. Creo que hemos hablado todo lo que teníamos que decirnos, general. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Al día subsiguiente quedaba fijado en los lugares públicos de Lima el decreto que imponía la contribución de guerra:

Artículo 1.º Los departamentos de Lima y Callao pagarán mensualmente la suma de un millón de pesos en plata o su equivalente en moneda corriente, al cambio del día, para atender a los gastos de alimentación del ejército de ocupación.

Artículo 2.º El millón correspondiente al mes de febrero último será pagado por las personas que se indican a continuación, debiendo enterar cada uno la cuota de veinte mil pesos fuertes…

Enseguida venía la enumeración de los cincuenta personajes más conocidos de la capital peruana y al final de la lista se agregaba un acápite.

Si alguno de los nombrados no pagare su cuota dentro del plazo fijado, se procederá a destruir, por ahora, en sus propiedades un valor que sea, por lo menos, tres veces mayor, sin perjuicio del apremio personal.

El coronel Cáceres recibió el golpe en medio del pecho. Estaba ya en su nuevo refugio en la legación del Brasil, inmóvil en su lecho y rodeado por sus tres ayudantes y su esposa, cuando el capitán Pérez llegó a informarle sobre la contribución de guerra recién impuesta.

—Es una expoliación inicua, señores —exclamó—. Nadie podrá pagar ese desmesurado cupo de guerra.

—El peso chileno se cotiza hoy a catorce soles —calculó el capitán Pérez—; son doscientos ochenta mil soles por cada contribuyente.

No era necesario agregar más para comprobar que no había en Lima persona capaz de cancelar esa suma. Inconscientemente, todos pensaron en las consecuencias que acarrearía el no pago.

—La única forma de evitar la consumación de esos abusos, señores, es mediante la inmediata prosecución de la guerra —declaró el coronel.

—¡Cálmese, Andrés! —trató de apaciguarlo su mujer—. Piense en su herida.

—¡Al diablo mi herida! —estalló Cáceres—. Si Piérola no se mueve ni para hacer la paz ni la guerra, yo me iré a la cordillera a reclutar soldados. Aunque tenga que arrastrarme para llegar a ella.

Se puso de pie, antes de que nadie pudiera impedírselo.

Arrastrado por la ira, intentó dar algunos pasos, pero tuvo que detenerse y apoyarse en el respaldo de una silla próxima. Su boca se contrajo en un rictus de dolor.

Sus ayudantes, Bedoya, Castellanos y Pérez, lo contemplaban angustiados, sin atreverse a intervenir. Pero, en cambio, doña Antonia se le aproximó y llegó a él en el instante en que el herido dobló las rodillas y cayó al suelo, vencido por el esfuerzo.

Cuando ya el coronel quedaba de nuevo tendido en el lecho, desde un extremo lejano de la calle surgieron repentinos los ruidos inconfundibles de batallones destilando al redoble de tambores. El capitán Pérez miró a través de la celosía.

—Son varios regimientos que pasan por la calle Camaná, en dirección al oeste —explicó al cabo de un minuto.

—Tienen que ser los cuerpos que van al Callao a embarcarse, para regresar a Chile —dedujo doña Antonia—. Hace días que corre por Lima la noticia de que los invasores devolverán a su tierra la mitad del ejército de ocupación.

El coronel tuvo una mueca de rencoroso despecho.

—¿Tan fuertes se sienten? —exclamó.

—Aunque se priven de la mitad de sus hombres siempre se quedarán unos diez mil en el Perú —le recordó Pérez.

—Sí, pero tendrán que distribuirlos en diferentes regiones —expresó el coronel—. ¡Ah, fanfarrones! Bien. Mientras menos soldados dejen en Lima, mejor será para nosotros. Cuando descarguemos nuestras fuerzas desde las alturas de la sierra se arrepentirán de haber sido tan desdeñosamente confiados.

Los regimientos chilenos seguían desfilando y el son de sus tambores mantenía a los personajes encargados en la legación brasileña en una tensión insoportable. El coronel Cáceres seguía pensando en la revancha; doña Antonia, en cambio, imaginaba las consecuencias que tendría el decreto de la contribución de guerra. Esa mañana había visto a una de sus amigas más íntimas, la esposa del coronel Julio Tenaud. Llorando le contó que su esposo estaba en Jauja, junto a Piérola, y que ella no podría pagar los veinte mil

pesos del cupo. Desesperada, le habló de su mansión y de su hacienda que serían destruidas y también de sus hijas y de ella misma, que estarían entregadas al poder de los enemigos. Igual cosa ocurría a las Albarracín, a las Basagoitía, a las parientas de todos los jefes militares que se encontraban en la sierra rodeando a Piérola.

—Tal vez fuera posible hacer que los chilenos olvidaran durante un tiempo el cupo de guerra —dijo.

—¿En qué forma? —le preguntó el coronel.

—Disponiendo que hombres nuestros, de los millares que aún quieren luchar, hagan rebrotar sorpresivamente la resistencia —explicó la señora—. Distraídos por el ataque, los chilenos se verán obligados a concentrar su atención en defenderse.

—¿Un ataque a Lima?… —especificó el coronel, pesando la idea.

—O un simple amago —apuntó el capitán Pérez, que creía entender cuál era la solución imaginada por la señora—. Lo que interesa es demostrarles que existen todavía hombres armados, dispuestos a jugarse la vida por la dignidad nacional.

—¿Y dónde están esos hombres armados y decididos? —inquirió el coronel con desaliento.

La mano de Antonia señaló al teniente Bedoya, tendido en su lecho.

—El padre de Augusto está levantando montoneras en Canta —expresó.

—Es efectivo —dijo el hijo del personaje canteño—. Mi padre ha sido nombrado prefecto del departamento de Lima por el nuevo gobierno del general Piérola, y como no le es posible desempeñar su cargo en la capital, se ha instalado en nuestra hacienda de Canta. Allí, secundado por el coronel Manuel Encarnación Vento, vecino nuestro, ha empezado a movilizar a las gentes de la región.

—¿Y cuántos hombres habrá conseguido reclutar su padre, Augusto? —le inquirió Cáceres.

El joven movió la cabeza, dubitativo.

—No lo sé exactamente, señor; pero calculo que, juntando a la indiada y al peonaje de la hacienda del señor Vento y de la nuestra, no pueden sumar menos de seiscientos hombres.

El coronel guardó silencio, atusándose una de sus largas patillas. Pensaba que con seiscientos hombres se podía hacer bastante ruido en las quebradas de Canta y de Huarochirí y hasta era posible

atacar a las patrullas que custodiaban los alrededores de la capital y a los destacamentos chilenos avanzados en la sierra.

—Capitán Pérez —preguntó, de súbito—, ¿existe algún medio seguro para salir de Lima e introducirse en la quebrada de Canta?

—Supongo que habrá alguno, señor. Las fuerzas chilenas no son suficientes para acordonar toda Lima. Sólo mantienen vigilancia permanente en las antiguas portadas y el resto lo custodian patrullas que giran en torno a la ciudad.

—Yo lo ayudaré a salir de Lima, si eso es lo que quiere, Andrés —intervino inesperadamente Antonia.

—¿Cómo podrías hacerlo, Antonia? —le averiguó su marido, asombrado.

La señora se explicó en breves palabras. Una de sus amigas, Rosa Elías, esposa del contralmirante Lizardo Montero, poseía una casita pequeña en el barrio de El Cercado, justamente al lado de la Portada de Maravillas. Aquél era uno de los barrios más antiguos de la cuidad. Estaba situado al oeste de la ciudad, colindando con la muralla fortificada que envolvía la capital, como una protección contra posibles asaltos de los piratas que pululaban por el Pacífico en los siglos XVII y XVIII. Aunque la muralla había sido demolida hacía mucho tiempo y la empalizada que envolvía el barrio indio no existía ya, el sector conservaba el nombre de El Cercado y los puntos donde se abrían las antiguas puertas de Lima, el de Portadas.

La casa de Rosa Elías conservaba como tapia posterior un trozo de la vieja muralla. Todo se reducía a esperar el momento oportuno y saltarla, para encontrarse en la campiña.

—Pero la Portada de Maravillas, que está apenas a un centenar de metros de allí, tiene numerosos vigilantes —le opuso el capitán Pérez.

—Habrá que correr algún riesgo, por supuesto —aceptó la señora—, pero en mitad de una noche oscura es posible descolgarse de la muralla y salir al campo.

—¿Y cómo llegar al barrio de El Cercado sin ser descubierto? —le planteó el oficial.

La señora contestó de inmediato: bastaría disfrazarse de peón o de mulato. Además, lo haría guiar hasta la casa de El Cercado por una de sus criadas, una negra digna de toda confianza, llamada Gregoria Laínez.

Tras estas explicaciones, el coronel Cáceres volvió el rostro hacia su ayudante Pérez.

—¿Se arriesgaría, capitán, a salir de Lima en esa forma y tratar de llegar hasta Canta?

El oficial asintió con un gesto decidido.

—Entonces, prepárese para hacerlo. Llevará un mensaje mío al coronel Bedoya, en que le pediré que amague un ataque o varios ataques contra las patrullas chilenas, pero sin comprometer seriamente sus fuerzas. Explíquele la situación que impera en Lima y hágale ver que la acción de sus montoneros puede evitar o postergar los funestos resultados de la contribución de guerra.

Los detalles del plan se ultimaron en el mismo instante. Antonia pidió un plazo de veinticuatro horas para ponerse de acuerdo con la Rosa Elías y para instruir a su criada Gregoria. La que vendría a buscar al capitán a la noche siguiente.

—Ojalá este recurso me dé tiempo suficiente para sanar de mis heridas y estar en condiciones para asumir la dirección de la resistencia —recapacitó el coronel.

No sólo el coronel Cáceres y sus allegados pensaban en la resistencia como un medio para oponerse a la contribución de guerra. Obrando individualmente, casi todos los personajes afectados por la determinación del comando chileno buscaban la forma de no obedecer el decreto. Pedro Elguera, arrastrado por la desesperación, llegó hasta a proponer al propio alcalde de Lima, coronel Rufino Torrico, que todos los limeños se resistieran a pagar el cupo.

—¿Resistirse? —exclamó el alcalde, aterrado—. ¡Es una locura, señor! Sería condenarnos a sufrir las represalias más crueles, no podemos oponernos a la ley del vencedor.

—Es que yo tampoco puedo pagar los veinte mil pesos de plata que me han impuesto —gimió el afectado—. Van a destruir mi finca, me apresarán y sabe Dios el castigo que me aplicarán.

El alcalde agitó sus manos como quien no quiere oír.

—Lo comprendo, don Pedro, lo comprendo —exclamaba—, pero ¿qué puedo hacer?

Desde su puesto de alcalde sabía mejor que nadie las consecuencias que acarrearía a los señalados el no pago del cupo.

Pero era inútil que el señor Elguera se sometiera a los argumentos que le daba. Habría insistido en sus plañidos de no haber aparecido el ministro plenipotenciario de Gran Bretaña, Spencer Saint John, solicitando ser recibido. Esta interrupción permitió al señor Torrico desprenderse de su angustiado visitante.

Spencer Saint John estaba de pie en medio de la sala principal de la municipalidad. Al sentir los pasos de la autoridad edilicia, se volvió rápidamente y le espetó, sin esperar saludarlo:

—Señor Torrico, acabo de recibir un telegrama de la mayor importancia. —Al mismo tiempo, exhibía en su diestra el documento aludido—. Me lo ha enviado un alto personaje desde la estación de Chicla.

Chicla estaba en las estribaciones de la sierra, era la estación en que había quedado inconcluso el ferrocarril que debió llegar hasta Oroya.

—¿Lo firma su Excelencia, el dictador Piérola? —le preguntó Torrico.

—No, Manuel Irigoyen —le respondió el diplomático inglés.

Irigoyen estaba comprendido entre los que debían pagar la contribución de guerra. Era un hombre muy acaudalado, que había desempeñado, entre muchos otros cargos, los de ministro de Relaciones Exteriores y jefe del Gabinete, antes de empezar la guerra.

—¿Y qué le dice el señor Irigoyen en su telegrama? —le inquirió.

—Me consulta si habrá seguridad para su persona en Lima, a la que piensa venir con poderes del señor Piérola, para negociar la paz.

El coronel Torrico sufrió un sacudimiento.

—¿Para negociar la paz? —repitió con incredulidad—. Luego…, ¿el dictador se aviene, por fin, a someterse a un tratado de paz?

—Me parece que no hay lugar a dudas —aseveró su interlocutor —. Y espero que esta gestión alcance buen éxito. Usted es la primera persona a quien se la doy a conocer; quise recabar su opinión antes de hacer la consulta al ministro de la Guerra chileno. Si usted aprueba que nuestra legación siga trabajando como

mediadora amistosa en este asunto —concluyó el ministro británico —, haré la consulta al Alto Mando chileno.

El coronel Torrico no encontraba palabras para expresarle todo su reconocimiento, y mientras lo acompañaba a la puerta de la municipalidad le repetía una y otra vez:

—Ojalá tenga suerte, Excelencia… Ojalá tenga suerte.

Pero el bien intencionado diplomático británico no había contado con el carácter voluntarioso y soberbio del ministro José Francisco Vergara. Éste lo escuchó con la respetuosa cortesía que el representante de Gran Bretaña se merecía; pero cuando concluyó de hablar, la inflexibilidad de su determinación quedó de relieve en sus primeras frases.

—Excelentísimo señor Saint John —le dijo—, es que el señor Manuel Irigoyen puede venir a Lima sin temor a ser molestado si son asuntos particulares los que lo traen. Pero su viaje será absolutamente inútil si viene con el carácter de representante del señor Piérola, porque la autoridad chilena ha decidido firmemente no celebrar trato alguno con el dictador.

Saint John comprendió que era estéril insistir y que incluso podía resultar un poco degradante para su legación. Hubiera querido hacer ver al representante chileno que su negativa conduciría solamente a alejar por mucho tiempo toda posibilidad de paz. Pero comprendió que expresarse en ese sentido equivaldría a entrar a dar una lección de diplomacia al ministro, la que rompería la armonía que siempre había existido entre la representación británica y las autoridades chilenas. Ateniéndose a esta reflexión, se limitó a acatar lo resuelto por Vergara.

A pesar de esto, Manuel Irigoyen no se consideró vencido y descendió a Lima. Era un diplomático de carrera y uno de los hombres más honestos y patriotas del Perú. Sus vastísimas vinculaciones y su brillante trayectoria como miembro de los gabinetes de diferentes regímenes lo hacían acreedor al respeto general. En esta ocasión, sus bien inspirados deseos se vieron frustrados no sólo por el rechazo del ministro Vergara a la mediación del embajador británico, sino también por una falla de su salud, quebrantada por la larga permanencia en las alturas de la sierra, en plena estación de lluvias.

Cuando arribó a Lima tuvo que recluirse en su mansión y

guardar cama por varios días. Pero llamó al alcalde Torrico, en su obstinado afán de buscar una solución por otros rumbos. Sin hacer hincapié en las consecuencias de la falta de tacto diplomático de Piérola, expresó al alcalde que cursaría de todos modos los poderes de plenipotenciario que traía para Eusebio Sánchez, Lino Alarco y Antonio Arenas y de secretarios para Cesáreo Chacaltana y Andrés Aramburu.

El coronel Torrico movió la cabeza, desilusionado.

—Sería inútil —sentenció—. Serán plenipotenciarios designados por el dictador Piérola, y, por lo tanto se los rechazará de inmediato.

—¿Y si arregláramos las cosas de modo que fueran los principales vecinos de Lima, unidos, quienes pidieran a los representantes chilenos que acepten la intervención de los plenipotenciarios, en carácter de delegados nacionales, para estudiar la paz?…

—Es una curiosa coincidencia —exclamó Torrico, mostrándole una carta—. Esta esquela ha sido repartida justamente hoy entre los políticos de Lima.

El enfermo leyó el documento que le ofrecía su interlocutor. La nota decía:

> *Señor:*
> *Nos es honroso suplicar a usted se sirva concurrir, si lo tiene a bien, el viernes 18 del corriente, a las 2 P. M., a la casa N.º 64, calle San Agustín, altos, a una reunión privada, para tratar asuntos que se relacionan con las actuales circunstancias.*
> *De usted atentos y seguros servidores.*
>
> *MANUEL DE LA COTERA. MANUEL A. FUENTES.*
> *PABLO DE VIVERO. FOCIÓN MARIATEGUI.*

Cuando dejó de leer, Torrico lo observaba ansioso.

—¿Comprende? —le preguntó.

—Creo que sí —respondió Irigoyen—. Pero en esa reunión, ¿qué ha de tratarse específicamente?

—De los dos únicos caminos que se pueden seguir para llegar a un arreglo de paz —le explicó el coronel Torrico—. Conseguir que

los representantes chilenos negocien la paz con el señor Piérola, o estudiar la forma de levantar un nuevo gobierno, provisional, con el cual Chile quiera celebrar la paz.

La reunión de los notables en la casa del general La Cotera fue seguida con vivo interés por el ministro Vergara, que la había autorizado. Antes que ella terminara ya tenía una lista con los nombres de los que acudieron a la cita, entre los cuales se destacaban el general Pedro Bustamante, el contralmirante Antonio de la Haza, el doctor Luis Quiñones, los acaudalados vecinos Rafael Velarde, Buenaventura Elguera, Mariano Felipe Paz Soldán y una cincuentena de los más connotados pierolistas de la ciudad.

La primera conclusión de los asambleístas contentó al ministro, porque desterraba la idea de pactar la paz con la intervención del dictador Piérola, por estar éste cada día más lejos de la capital. En cambio, se determinaba volver las cosas al estado anterior a la revolución que dio el poder al caudillo, restableciéndose, por tanto el gobierno constitucional. Pero allí encontraron el primer inconveniente. El último presidente constitucional había sido Mariano Ignacio Prado, quien después de ser derrocado por Piérola, se fue a Europa. Se pensó en el primer vicepresidente, el general Luis La Puerta. Consultado por la asamblea de vecinos aquella misma tarde, el general rehusó aceptar el poder, argumentando que el período constitucional de su Gobierno había expirado el 2 de agosto del año anterior. Y que, además, su salud estaba muy resentida.

El ministro Vergara sonrió burlonamente al enterarse de esa respuesta, y comentó con el general Cornelio Saavedra:

—Temor nada más; ésa es la enfermedad del general La Puerta.

—Bueno, ¿y qué pensarán hacer los asambleístas, en estas circunstancias? —observó el general Saavedra.

El ministro se alzó de hombros.

—Ha venido una comisión a participarme que la negativa del general La Puerta no los arredra para seguir buscando un camino que, dentro del régimen constitucional, les permita echar las bases de un gobierno que represente los verdaderos intereses del país, a la vez que consulte las garantías que el Gobierno de Chile necesita para iniciar las negociaciones de paz —dijo.

—Me parece espléndido —comentó Saavedra—. ¿Y qué los ha

impulsado a ponerse en actividad, por fin?

El ministro respondió, sonriendo con malicia:

—La contribución de guerra. A los señores de Lima sólo les duele cuando se les hiere en el bolsillo. Les recordé a los de la comisión que el plazo para cubrir la contribución de guerra expira fatalmente dentro de seis días. Se marcharon declarándome que mañana volverían a reunirse los notables, pero en casa de don Mariano Felipe Paz Soldán.

La junta mencionada fue borrascosa desde el primer momento. En esencia, lo que les enardecía los ánimos y los llevaba a discutir trivialidades con gran alboroto era la impotencia para determinar un camino de acción. Una parte de los veinticinco asambleístas pretendía que se insistiera en sostener la figura de Piérola, en vista de que el general La Puerta había rechazado reasumir el poder constitucional. Los restantes lo consideraban una pérdida de tiempo, ya que los chilenos habían declarado categóricamente que descartaban de plano negociar con el dictador.

Después de apasionadas discusiones se acordó designar una comisión para que volviera a conversar el asunto con el ministro Vergara y el plenipotenciario Altamirano y tratara de hacerlos reconsiderar su determinación.

La comisión quedó integrada por Pedro Bustamante, José Luis Quiñones y Manuel González de la Rosa.

Cuando esos caballeros partieron hacia el Palacio de Gobierno, otro de los asambleístas, Manuel Fuentes, reveló a la Junta que en esos momentos estaban reunidos en la casa de don Dionisio Derteano los principales miembros del Partido Civilista, discutiendo el mismo asunto. Propuso, a continuación, que se unieran ambos bandos.

Las tradicionales rencillas políticas, que habían sido la carcoma del Perú, reaparecieron con violencia a la sola insinuación de unirse. Pero, al cabo de una larga discusión, el presidente de la Junta, Paz Soldán, consiguió apaciguar los ánimos y convencer a los recalcitrantes de que era necesaria la unión.

La invitación a los civilistas partió poco más tarde, llevada por un grupo de los ancianos más mesurados del pierolismo.

Al día siguiente, los representantes de ambos partidos se reunían en la mansión de Derteano, para dar lectura a la respuesta de

plenipotenciarios chilenos a la consulta que se les hiciera la tarde anterior.

Ésta decía:

Lima, febrero 22 de 1881.
Señores:
Hemos recibido la nota de esta fecha en que ustedes piden «a los plenipotenciarios de Chile se sirvan declarar si pueden entenderse para negociar la paz con los señores Antonio Arenas y Lino Alarco, plenipotenciarios por S. E. el Jefe Supremo de esta República».
Los que suscriben declaran en respuesta que no establecerán relaciones oficiales de ninguna clase con los representantes del señor Piérola.
Por una parte, aconsejan e imponen esta conducta razones de dignidad nacional; los plenipotenciarios chilenos no podrían negociar la paz con el autor de la nota circular de enero último, sin retirarla previamente.
Las instrucciones previenen, por otra parte, a los plenipotenciarios de Chile, que traten con un Gobierno que esté sólidamente apoyado por la voluntad nacional. En esta vez negándose a tratar con el señor Piérola, entienden hacer acto de respeto a la opinión ilustrada del pueblo peruano.
Los subscritos aprovechan esta oportunidad para ofrecer a ustedes las seguridades de su consideración distinguida.

JOSÉ FRANCISCO VERGARA. EULOGIO ALTAMIRANO.

Cuando Derteano terminó de leer la nota, un pesado silencio cayó sobre los asambleístas. Veían cortado definitivamente ese camino hacia una pronta paz. Y la impresión que los dominaba se agravó cuando el general Bustamante, que hizo la consulta a las autoridades chilenas, añadió:

—Ayer, junto con prometernos enviar su respuesta por escrito, los plenipotenciarios chilenos nos han recordado que sólo faltan cuatro días para que se haga efectiva la cobranza de la contribución de guerra.

Civilistas y pierolistas se miraron entre ellos con igual

desolación. La razón íntima que los había movido a activarse y el negociar una paz rápida no era más que una forma de esquivar dicho pago. En ambos fines habían fracasado.

Sin embargo, Mariano Felipe Paz Soldán, de más luces y mejor inspiración que la mayoría, no consideró el asunto totalmente perdido.

—Señores —dijo—, fracasada toda posibilidad de conseguir que los chilenos negocien la paz con los representantes del señor Piérola, no nos queda otra solución que elegir, por votación entre todos los que estamos reunidos aquí, un presidente provisional del Perú.

Los civilistas aceptaron el recurso desesperado que proponía el jefe de los pierolistas por temor al cupo. Dionisio Arteano, su caudillo, se puso de pie lentamente y expresó:

—Me adhiero a la proposición del señor Paz Soldán e insto a todos los civilistas a retirarnos a una sala vecina a estudiar los méritos de posibles candidatos a la Presidencia Provisional.

La asamblea fue dividida y ambos grupos se reunieron en salas distintas para elegir a sus candidatos, acordándose un plazo de una hora para llegar a una decisión. Sin embargo, recién a las seis de la tarde se procedió a la votación.

Los candidatos propuestos eran los personajes más representativos de la rancia aristocracia limeña: el doctor Juan Arenas, jurisconsulto de nota y presidente de la Corte Suprema de Justicia; el contralmirante Lizardo Montero, marino que se había distinguido en la guerra en el sur y que en esos momentos estaba investido con el cargo de jefe político y militar del norte, por nombramiento del dictador Piérola; el doctor Francisco García Calderón, brillante abogado, emparentado con las mejores familias del Perú, y don Aurelio Denegrí, abogado de prestigio y político combativo, que representaba la esencia del civilismo, tradicional enemigo de la dictadura.

Había anochecido ya cuando el asambleísta que se desempeñaba como secretario se dispuso a dar a conocer los resultados del sufragio.

Mientras aquél ordenaba sus anotaciones, el señor Denegrí repitió, solemnemente, las conclusiones aprobadas por la Junta y que deberían servir de base al Gobierno Provisional:

1.º Que ese Gobierno ha de ser unipersonal;

2.º Que se sujetará a la Constitución de 1860;

3.º Que queda facultado para adoptar todas las medidas necesarias en materia de hacienda, y

4.º Que el Gobierno convocará a la reunión de un congreso dentro de la quincena siguiente a la celebración de un armisticio o suspensión de hostilidades.

Tan pronto terminó de hablar Denegrí, el secretario alzó los brazos reclamando silencio y dio lectura a los resultados del sufragio. En medio del expectante silencio, su voz sonaba temblorosa por la emoción:

—La votación ha arrojado los siguientes resultados:

«Por el señor doctor don Antonio Arenas, 1 voto; por el contralmirante Lizardo Montero, 2 votos; por el doctor Aurelio Denegri, 5 votos; y por el doctor Francisco García Calderón, 104 votos; en blanco, 2 votos. En consecuencia, siendo el número de votantes 114…».

Un delirante vocerío apagó la voz del secretario. En el gran salón se produjo un torbellino; durante unos cuantos minutos nadie pudo darse a entender. Poco a poco, la agitación fue polarizándose hacia uno de los costados del recinto, en donde un caballero delgado y canoso, de figura distinguida, era abrazado por numerosas personas. Se trataba del flamante presidente provisional, Francisco García Calderón.

Después de arduos esfuerzos, el director de la Junta consiguió restablecer el orden. Denegri, sin que se trasluciera en él ni una sombra de despecho por no haber sido elegido, cedió la palabra a García Calderón.

El presidente provisional avanzó hasta el centro del recinto, visiblemente impresionado, y comenzó a hablar con titubeos; pero pronto su voz adquirió firmeza:

—¡Compatriotas! —dijo—. Ayer nada más expresé a algunos de ustedes que «sería una infeliz víctima el individuo sobre cuyos hombros iba el país a echar la carga del gobierno, pero muy lejos estaba de pensar que esa víctima sería yo mismo. Sin embargo, comprendiendo perfectamente el sacrificio que ello representa, acepto agradecido tan honrosa distinción. Habiendo sido designado para este alto cargo por la parte más notable del pueblo de Lima, no

omitiré sacrificio alguno para corresponder a la confianza de ustedes y salvar al país de la situación actual. En el momento de aceptar esta elevada designación, comprometo mi palabra de gobernar con todos, o mejor dicho, prometo que el pueblo gobernará por intermedio mío».

Estruendosos aplausos y vítores coronaron las expresiones del improvisado presidente del Perú.

La noticia de su elección corrió por la ciudad con velocidad vertiginosa, pero quien primero se enteró de ella fue el ministro Vergara, el cual fue informado también del Gabinete que secundaría al presidente provisional en el desempeño de sus funciones. Éste había sido elegido con anticipación y fue proclamado inmediatamente después de la designación de García Calderón. Se componía en la siguiente forma: presidente del Consejo y ministro de Hacienda, Aurelio Denegri; ministro de Relaciones Exteriores, Manuel María Gálvez; ministro de gobierno, coronel Manuel Velarde, y ministro de guerra capitán de navío Camilo Carrillo.

Terminada la parte fundamental de la ceremonia, los miembros del nuevo Gobierno, seguidos por los notables de Lima, fueron a comunicar al alcalde Rufino Torrico el resultado de la elección y para colocar en lugar visible el Acta correspondiente, a fin de que los ciudadanos de Lima adhirieran a ella mediante sus firmas.

Luego, el numeroso grupo se encaminó a la casa de García Calderón en La Recoleta, desprendiéndose de él Aurelio Denegrí y Manuel María Gálvez, quienes se dirigieron al Palacio de Gobierno, para entrevistarse con las autoridades chilenas.

Pero antes de que fueran introducidos a presencia de los plenipotenciarios chilenos, el señor Vergara ya había recibido, por boca de El Profesor, que estuvo presente en todos los actos, una información completa de lo que pretendían esos dos miembros del nuevo Gabinete. Ello era la suspensión de las hostilidades y la evacuación de Lima.

El ministro Vergara no supo si enojarse o echarse a reír al conocer sus pretensiones.

En esa disposición de ánimo recibieron a los dos ministros del presidente provisional.

La entrevista comenzó con una ceremoniosidad recelosa de ambas partes. Después de varios tanteos, Denegrí fue entrando más

directamente en el asunto medular.

—Hemos aceptado esta inmensa carga con la firme resolución de ir a la paz, ya que tenemos el convencimiento de que la prolongación de la guerra es imposible y desastrosa para el Perú —dijo Denegrí.

—Ésa es la actitud que desde hace meses hemos ansiado ver adoptar a la clase dirigente de este país, señores —acotó Vergara.

—Pero, para llenar nuestra misión —prosiguió Denegrí—, necesitamos organizarnos, y para eso consideramos indispensable acordar con ustedes un pacto de tregua o suspensión de hostilidades, en el que figure, como condición esencial, la evacuación de Lima o, por lo menos, la entrega del Palacio de Gobierno.

Los dos representantes chilenos se miraron entre ellos como si consultaran.

—Señores ministros —expresó luego Vergara—, estamos muy dispuestos a tratar la paz con los representantes del Gobierno peruano, pero lamentamos tener que negarnos a una convención de tregua o de suspensión de hostilidades y rechazamos de una manera definitiva la idea de evacuar Lima antes de celebrar la paz.

Los ministros de García Calderón venían preparados para tal respuesta y habían estudiado prolijamente sus argumentos. Sostuvieron que el gobierno naciente no tendría prestigio, ni dispondría de la fuerza moral necesaria para hacerse reconocer y obedecer, si no se consultaban las condiciones indispensables para salvar su dignidad y su decoro. Esas condiciones no existirían si no le era dable funcionar en el auténtico Palacio de Gobierno del Perú. Aún más, argüían, funcionando en una residencia privada, mientras el Comando chileno ocupaba el Palacio de Pizarro, el pueblo del Perú y el mundo entero pensaría que el Gobierno Provisional no era más que una creación artificial, nacida a la sombra de las bayonetas ocupantes.

—Nuestro Gobierno debe estar revestido de cierto prestigio mínimo —insistió Manuel María Gálvez, cuando Vergara se decidió a interrumpirlo.

—Señores —dijo—, duros trabajos y mucha sangre ha costado a Chile llegar a instalarse en Lima y en el Palacio de Pizarro. Firmar una tregua y abandonar Lima aparecería como un debilitamiento

que nuestro ejército está muy lejos de sentir; pero, basados en esa creencia, los pueblos del Perú dilatarían la aceptación de la paz como nosotros la exigimos.

—¡La paz que ustedes quieren imponer! —salto Denegri, olvidándose de la mesura diplomática que hasta ese momento había observado.

—¡Qué ha de ser la única que se acepte! —le apuntó el ministro Vergara con dureza—. Tal cual la discutimos en las conferencias de Arica sin modificarle una coma.

Gálvez se interpuso entre los dos personajes, llamándolos a la concordia. Y dirigiéndose a Vergara, intentó decir en tono conciliatorio, aunque, en el fondo apoyando lo afirmado por su compañero:

—La cesión de los territorios ubicados al sur del Sama es condición demasiado fuerte, que los pueblos del Perú no podrán…

José Francisco Vergara no lo dejó terminar.

—Si han venido ustedes a discutir las condiciones de la paz ahora debemos dar por terminada esta conferencia —dijo.

—Trataremos solamente de establecer condiciones decorosas, para poder echar a andar el nuevo gobierno provisional —volvió a arrebatarse Denegri.

El ministro Vergara se levantó y se encaminó a la puerta, invitando con su ademán a los ministros peruanos a que abandonaran la sala.

Gracias a la intervención de Altamirano, pudieron continuar la conversación. Pero, desde ese momento, el ministro Vergara no abandonó su actitud fríamente intransigente. García Calderón podía escoger cualquier lugar próximo a Lima para sede de su Gobierno; proponía, por ejemplo, el vecino pueblo de La Magdalena, aristocrático rincón de descanso de las familias más pudientes de Lima, ubicado a seis kilómetros en dirección al mar.

—¡El pueblo de La Magdalena! —observó desolado Denegrí—. ¿Acaso sus señorías no reparan en que jamás podríamos imponer respeto y obediencia en los demás pueblos del Perú, manteniendo la sede de nuestro Gobierno en ese pobre caserío?

La discusión amenazaba con imposibilitar definitivamente todo avenimiento. Comprendiéndolo a tiempo, al señor Vergara interrumpió a los dos representantes peruanos con una dura

observación.

—Los señores olvidan algo de capital importancia: han sido ustedes los vencidos; el ejército chileno, como vencedor, está en situación de imponer los arbitrios que desee.

Ante la expresión de hosco sometimiento que se reflejó en los rostros de los políticos peruanos, intervino con mesura Altamirano:

—Queremos sinceramente darles una oportunidad de llegar pronto a la paz —les dijo—, y que deje de pesar sobre el pueblo peruano el gravamen de la guerra. No queremos ser despóticos. Pero necesitamos adquirir la certeza de que el Perú no volverá a hacer armas contra Chile y de que los gastos y esfuerzos que ha hecho nuestro país han de ser pagados y compensados por los peruanos.

El ministro Gálvez volvió a lanzarse de lleno en la discusión, aunque abordando el asunto desde un nuevo ángulo.

—Al incorporarnos a este nuevo Gobierno que presidirá el señor García Calderón —expresó con vehemencia—, queremos llegar a la paz, pero a una paz que sea garantía para todos. No obstante, mantenidos bajo el régimen de ocupación, sin poseer ni siquiera una casa de gobierno, se hace difícil que podamos iniciar nuestro propósito.

Durante cuatro horas más se siguió debatiendo el asunto. Finalmente, el ministro Vergara, aburrido del círculo vicioso en el cual se debatían, dio un corte final a la estéril conferencia:

—Es inútil que sigamos malgastando palabras, si ustedes se obstinan en mantenerse en un plano de irrealidad. Lo más práctico es que ustedes vuelvan junto al señor García Calderón y le expongan nuestro punto de vista, el que se resume en tres cláusulas: No aceptamos ninguna tregua, ni evacuaremos Lima. No les entregaremos el Palacio de Gobierno. Pueden ustedes instalar su sede de gobierno en algún pueblo cercano a Lima, el que estamos llanos a neutralizar. Eso es todo.

Concluyendo estas frases, se puso definitivamente de pie, dando por finalizada la conferencia. Pero Gálvez quiso oponer aún un último argumento:

—Recapaciten, caballeros, que en el estado de opresión en que ustedes mantienen actualmente a nuestra capital, no será posible que el señor García Calderón y nosotros consigamos que los

departamentos del Perú quieran reconocernos como su legítimo Gobierno, temerosos de que esa misma opresión recaiga posteriormente sobre ellos…

—Si usted va a pedirme que reduzcamos o retiremos las contribuciones de guerra, señor Gálvez —se le adelantó el ministro Vergara—, debo declararle con toda franqueza que los representantes de Chile no podemos aceptar una política que haga más llevadera para el Perú la situación actual, sino que, por el contrario, habiendo acordado a esta nación el largo plazo ya transcurrido desde la toma de posesión de esta ciudad y de su primer puerto, estamos obligados a pedir que la ocupación sea cada vez más pesada. Y el Gobierno Provisional convendrá en el perfecto derecho que tenemos de exigir, desde luego, que el ejército chileno viva de los recursos del territorio que domina con sus armas.

Los dos políticos peruanos doblegaron las cabezas y abandonaron la sala, despidiéndose apenas con una venia. Altamirano los acompañó hasta la salida de las dependencias del ministro y les agregó:

—La representación plenipotenciaria de Chile está dispuesta a neutralizar el pueblo de La Magdalena u otro que ustedes elijan, para que se instale la casa del Gobierno Provisional. Igualmente, aceptamos proporcionar algunas armas a un batallón de la Guardia Civil, para que preste allí servicios simbólicos. En esta forma, consideramos que el nuevo Gobierno podrá funcionar en La Magdalena con entera independencia y de acuerdo con el ceremonial acostumbrado por el protocolo peruano.

Pocos días más tarde, el pueblo de La Magdalena fue declarado zona neutral y el Gobierno Provisional aceptó establecerse allí. A fin de que pudiera dar sus primeros pasos con cierta libertad, el Comando Superior de Ocupación postergó el cobro de la contribución de guerra hasta el 16 de marzo.

El 12 de ese mes se celebró allí la ceremonia del establecimiento del Gobierno Provisional.

El exministro plenipotenciario de Chile en el Perú, don Joaquín Godoy, no quiso perderse el acontecimiento.

Cuando su carruaje entró al pueblo, sus angostas callejuelas estaban atestadas de carricoches, carretas y caballos y una densa multitud endomingada se apretaba en los contornos de la plaza.

Mientras el diplomático chileno ordenaba al cochero detenerse en el linde de la muchedumbre, un hombre vestido con rústicos ropajes de cargador de puerto se acercó al vehículo. Pese a su apariencia, Godoy reconoció de inmediato al agente secreto Gastón Dupré, comisionado para esperarlo allí.

—¿Llego tarde, Dupré? —le preguntó, descendiendo del coche.

—No, señor. Sólo a las once y media llegó el presidente García Calderón con su comitiva, en aquel tren que está detenido en la estación.

El diplomático miró con asombro la cantidad de gente reunida para la ceremonia.

—Naturalmente, no son de La Magdalena, señor. Todos los vecinos, incluyendo mujeres y niños, no alcanzarían a formar la mitad de esa multitud. Son gente «prestada», como las comparsas de una buena comedia de teatro. Los amigos del señor García Calderón han acarreado a los peones de sus haciendas y a los sirvientes de sus mansiones de Miraflores, en carretas, y han alquilado a pescadores y a gente de mar en el Callao.

—Ah, comprendo. Para que la escena no se vea muy vacía.

—Exacto —confirmó Dupré con sonrisa burlona—. Y para que no faltara la música ceremonial, nuestro comando les ha prestado la banda de músicos de un regimiento.

El diplomático y su pintoresco guía echaron a andar acercándose a la muchedumbre, con el propósito de confundirse con los curiosos. Gastón Dupré iba explicando lo que había alcanzado a inquirir.

En un esfuerzo para dar prestigio solemne a la ceremonia, los representantes del Gobierno Provisional habían hecho adornar las dos casas principales del costado oriente de la plazuela. A la más grande le habían conferido el título de «Palacio», y a la vecina el de «Casa Presidencial».

El señor Godoy interrumpió la burlesca explicación del agente sinceramente dolido.

—Yo, que he vivido tantos años en Perú antes de la guerra —dijo—, comprendo qué tragedia íntima debe ser para los señores de Lima tener que resignarse a esta farsa.

Aun cuando no lo había expresado a nadie, él no estaba de acuerdo con el rumbo que el ministro Vergara había dado al asunto.

En su opinión, ningún Gobierno comulgaría con ella y era solamente una pérdida de tiempo pretender que el pueblo del Perú considerara al provisional como otra cosa que un gobierno títere impuesto por las armas chilenas para arreglar la paz como mejor conviniera a sus intereses. Recientemente enviado desde Santiago, esperaba una ocasión para exponer sus ideas:

—Es tonto que Vergara afirme que Piérola no tiene la autoridad —había declarado a varios amigos íntimos, que lo habían recibido en el Callao—; todo el país lo considera el auténtico presidente. Con esto no se conseguirá otro resultado que dividir el país y lanzarlo a la guerra civil. La paz que se pacte con un Gobierno Provisional no será jamás aceptada por el bando de Piérola, que, lamentablemente, constituye la inmensa mayoría de la nación.

Un largo toque de corneta vino a sacarlo de su abstracción, al mismo tiempo que Dupré llamaba su atención hacia la portada del Palacio de Gobierno. En ese momento, trasponía y hacía su aparición ante la muchedumbre el presidente García Calderón, seguido por una numerosa comitiva. Siguiendo los usos cortesanos tradicionales, todos los personajes vestían «traje de corte», los generales con bicornios emplumados y los almirantes con uniformes de gala cubiertos de entorchados. El presidente iba de levitón largo, chaleco de raso, llevando cruzada sobre el pecho la banda de seda bicolor con el escudo del Perú, en oro y pedrería.

Envueltos en aplausos y vítores poco entusiastas, que se advertía eran ordenados, los personajes desfilaron con solemne lentitud hasta un pequeño altar, erigido en mitad de la calle. García Calderón se detuvo frente a él y se inclinó con reverencia ante un sacerdote que lo esperaba con la diestra apoyada sobre los Santos Evangelios.

Ordinariamente, el presidente electo prestaba su juramento ante el Congreso en pleno. En las circunstancias de ese momento, ni siquiera existía esa corporación, y el nuevo mandatario debía prestar su juramento ante un pueblo ficticio y sobre un altar alzado en mitad de la calle. Sin embargo, García Calderón no aparentó dejarse amilanar por la adversa situación y con gran dignidad se dispuso a prestar su juramento:

—«Pueblo del Perú. Siendo excepcionales las circunstancias por que atraviesa el país y no hallándose en funciones el Congreso por

la misma causa, he tenido que optar por la fórmula, también excepcional, de prestar ante el mismo pueblo que me ha elegido el juramento de rigor». —Hizo una pequeña pausa y luego expresó lenta y solemnemente—: «Yo, Francisco García Calderón, juro por Dios y por estos Santos Evangelios que desempeñaré fielmente el cargo de presidente que me ha confiado la república, que protegeré la religión del Estado, conservaré la independencia y unidad de la nación, guardaré y haré guardar su Constitución y leyes».

El término de su juramento fue acogido en impresionante silencio por toda la gente, a quien la ceremonia, por ser tan desmedrada, impresionó doblemente. El presidente provisional, también muy afectado, llamó uno por uno a sus ministros y les recogió sus respectivos juramentos. Después, con el mismo paso solemne, caminó hasta la portada de la casa de gobierno y desde sus gradas instó al pueblo a cooperar con generosidad con los nuevos representantes del poder. Sin esperar reacción popular alguna, dio vuelta la espalda y entró en la mansión.

La multitud fue disgregándose poco a poco, rumiando sus comentarios.

Don Joaquín Godoy, acompañado por Gastón Dupré, regresó pensativo y sombrío al coche, que lo esperaba a una cincuentena de pasos. Se volvía para trepar al carruaje, cuando vio que otro coche se había detenido a la orilla del camino. Una mujer vestida de gris acababa de descender de él y se dirigía a la plazuela. Un tenue chal argelino, color humo, le envolvía la cabeza y los lados del rostro cabizbajo. No obstante, algo en la apariencia de la joven, en su porte, en su modo de caminar, produjo un sobresalto al diplomático, que al reconocerla ahogó una exclamación de sorpresa.

Sin contenerse, la llamó, profundamente emocionado:

—¡Leonora!… ¡Señorita Leonora Latorre!

Con expresión sorprendida y atemorizada la joven volvió el rostro hacia quien le hablaba y sus pupilas se dilataron por efecto de la sorpresa.

—¡Don Joaquín! —exclamó reconociéndolo.

El diplomático se adelantó rápidamente y tomó las manos de la joven, saludándola con sincero cariño.

El gesto cordial de Leonora se trocó bruscamente en otro de inquietud ante las calurosas expresiones del caballero. Volviendo un

poco la cabeza hacia el carruaje en que había llagado, le rogó:

—Por favor, don Joaquín, no tan alto. Alberto está en el coche… muy enfermo todavía; se sobresalta por todo.

El diplomático bajó al momento la voz y le preguntó, sin embargo:

—¿Alberto?… ¿Quién es…?

—Alberto Cobo. ¿No lo recuerda usted?

El señor Godoy seguía contemplándola. Advirtió que Leonora no era la misma de antes, que estaba enflaquecida y demacrada. Sus mejillas se notaban hundidas y su tez muy empalidecida.

Gastón Dupré, dejándose llevar por su ancestro francés, inclinó ante ella su rostro atlético y le besó galantemente la punta de los dedos. Leonora le agradeció con una sonrisa velada y repitió quedamente, volviéndose hacia el coche del que había venido caminando:

—Alberto Cobo. ¿No lo recuerda, don Joaquín?

El diplomático asintió, sonriendo cariñosamente. ¡Cómo podía haber olvidado la historia de la intrépida muchacha que había aparecido en medio de la intriga diplomática, anterior a la declaración de guerra, buscando a un novio perdido!

—¡Cuánto tiempo ha pasado, Leonora! —musitó, entrecerrando los ojos.

—Dos o tres años… Ya ni sé cuántos; pero me parecen diez —discurrió cansadamente la agente, y agregó con mayor desaliento—: Cuando usted me conoció, buscaba a mi novio. Tuvo que pasar toda la guerra para que volviera a encontrarlo. ¡Y cómo lo hallé! Destrozado…, mutilado y agónico.

El diplomático tuvo un gesto de alarma y su ceño se cerró, delatando su preocupación.

—Pero ahora… está a salvo, ¿verdad? —preguntó, con temor de que le respondieran lo contrario.

Leonora afirmó con una inclinación y se quedó con los ojos bajos.

—Sí, salvó la vida, es cierto; pero… —Agitó la cabeza en un leve ademán de amarga impotencia.

Don Joaquín fue incapaz de seguir preguntándole. Pero Dupré no supo callarse y le indagó, impresionado:

—¿Tan mal quedó?…

Leonora volvió el rostro hacia él y lo observó con detención, casi como reprochándole su salud rebosante y su integridad física.

—Primero perdió el brazo izquierdo en la batalla de Chorrillos —le explicó con voz enronquecida—. Después, en Miraflores, le hundieron una lanza en el pulmón. Está sanando, sí; lo ha salvado la extrema fortaleza de su juventud. Pero es en su espíritu en donde ha quedado la herida más honda. —Al observar el efecto que sus palabras estaban produciendo en sus amigos, calló—. Perdónenme —murmuró—, éste es un problema que sólo debe afectarnos a él y a mí. No tengo por qué abrumarlos a ustedes también. Cuando nos encontremos ya en Chile, tal vez haya ocasión de volver a conversarlo. Ahora, excúsenme si los dejo; debo seguir. Descendí del coche solamente para buscarle alguna bebida.

Les estiró la diestra con espontáneo afecto y durante un segundo su sonrisa volvió a ser la de antes, pero inmediatamente se relajó en un imperceptible gesto de tristeza.

Dupré volvió a besarle la mano cariñosamente, pero Joaquín Godoy le tomó un codo con suavidad y le pidió que lo dejara acompañarla. El diplomático indicó a Dupré que lo esperara en el coche y caminó hasta emparejarse a Leonora. Ninguno de los dos se atrevía a reiniciar la conversación. Por fin, el diplomático se decidió:

—¿Regresará pronto a Chile, mi amiga? —le inquirió.

—En cuanto Alberto esté con bastante salud como para resistir el viaje —le respondió ella, y añadió en tono un poco más bajo, con cierta turbación—: y después de nuestro matrimonio.

—¿Cómo?… ¿Va a casarse, a pesar de…? —dejó escapar Godoy, enrojeciendo luego.

Leonora le echó una mirada fugaz y respondió, casi para sí misma, con un tono seco, desafiante y amargo:

—Sí —dijo—. Fue lo que siempre deseamos. ¿Por qué no lo hicimos en 1876, cuando Alberto partió hacia Antofagasta en busca de ese desafortunado trabajo? ¡Cuántas amarguras nos habríamos evitado!

—Perdóneme, Leonora —le dijo paternalmente el diplomático—. La oigo confiarme que se va a casar, pero no me parece usted contenta. No acierto a comprender entonces…

La agente se volvió con tanta brusquedad hacia él, que lo cortó

en mitad de la frase.

—¡Contenta! —exclamó ella con sarcástica amargura—. Hace años que tengo olvidado el sentido de esa palabra.

Él la detuvo tomándola ligeramente de un codo.

—No me explico cuáles pueden ser los motivos de su insatisfacción —le confesó, y pretendió analizar los hechos ordenadamente—. Buscaba usted al hombre a quien quería…, perdóneme usted…, como muy pocas mujeres son capaces de amar. Lo ha encontrado…; la guerra está terminada…

Lo he encontrado —confirmó Leonora—, pero ya no es el mismo de antes…, ni yo tampoco.

Hizo una pausa y elevó sus grandes ojos hacia el rostro de su acompañante. Como observara en los rasgos paternales de don Joaquín la expresión del más sincero afecto, se decidió a franquearse con él.

—Desde el día siguiente de la batalla de Miraflores, hace de esto dos meses —comenzó diciendo—, estamos encerrados en una pequeña casa de la calle Polvos Azules. Durante la primera semana todo fue fácil. Absorbida totalmente por los cuidados que nos exigía la gravedad de Alberto, no pensaba sino en que su vida dependía de mí. Le juro que en esos días olvidé la guerra, olvidé que estábamos en una ciudad extranjera, borré de mi mente todo lo que no tuviera relación directa con la salud de Alberto. Sólo tenía ojos para ver su rostro exangüe y el color que le daban las alternativas de la fiebre. Viví días y días preocupada solamente de los paños empapados en salmuera con que refrescaba su cuerpo, del cambio metódico de sus vendas, de la limpieza de sus heridas. Y en la noche me dormía agotada, con la frente apoyada en el borde de su cama. Pero, dentro de mi angustia, era feliz; lo tenía a mi lado, ya no podía volver a quitármelo la guerra.

—¿Y qué fue lo que la hizo cambiar de sentimiento?

Hubo un factor que no imaginé —le explicó la joven en voz baja, como avergonzada—. Al cabo de una semana, Alberto ya estaba lúcido; muy debilitado, mas en plena posesión de sus facultades mentales. Hablaba poco, pero sus ojos me seguían sin cesar. Como yo estaba tranquila y cumplía mis deberes para con él casi dichosa, no reparaba que en sus pupilas había una expresión tanto de afecto como de interrogación. Tampoco lo percibía Elcira. Ella estaba tan

satisfecha con el giro que habían tomado las cosas, que salía canturreando a la calle a comprar provisiones. En una de esas ocasiones, cuando Alberto y yo estábamos a solas, descubrí ese algo no imaginado que bullía en el fondo de su mente. En un momento en que me incliné sobre él para acomodarle los vendajes de la cintura, con su única mano hábil me sujetó el brazo, me miró a los ojos largamente, casi con fastidio, me dijo: «No, Leonora, no». Sin descubrir el fondo de su pensamiento, le expliqué: «Hay que arreglarte las vendas que se han corrido». Pero él seguía negando con la cabeza y contemplándome con expresión indefinible, en la que había vergüenza, tristeza y… y decepción. «No —volvió a repetir y agregó sordamente—: No estamos casados».

El diplomático, que la escuchaba con gran interés y emoción, preguntó:

—¿Qué era? ¿Pudor? ¿Timidez?

—No —rechazó Leonora.

—Principios morales seguramente —aventuró Godoy, añadiendo con una risilla poco natural—: muchos hombres tienen principios morales muy rígidos, poco flexibles ante la realidad.

—Tampoco eran principios —volvió a negar Leonora, presa del más visible desencanto—. Lo que Alberto estaba queriéndome expresar era: «Cómo se advierte que estás acostumbrada a manejar hombres. ¿A cuántos habrás tratado con esta misma intimidad, cumpliendo tu oficio de espía?».

—¡Leonora, por Dios, no diga usted eso!

—¡Eso, eso fue lo que pensó Alberto! —remachó la agente, con dolor rabioso—, y esa idea es la que no ha podido arrancarse del cerebro. Ahora lo atienden Elcira y una hermana de la Caridad, pero sigue pensando lo mismo. Le basta verme pasar por su cuarto para que le asalte el turbio recuerdo de lo que oyó una vez en Iquique. Es esa malhadada historia de la «generala Buendía». Usted la conoce, ¿no es cierto?

El señor Godoy agachó la cabeza asintiendo con pesadumbre.

—También la supo Alberto, y le quema el cerebro como una brasa —siguió Leonora—. La guerra no cambió su modo de pensar, le dejó la mente tan candorosa y rígida como antes; sus pensamientos, sus opiniones, sus principios son los mismos de aquella época sonriente en que nada nos angustiaba y podíamos

vivir enmarcados en estrictos y honorables preceptos morales. En cambio, a mí todo se me tornó diferente, se me ha envejecido el alma. Y miro las cosas con ojos distintos. Eso es lo que crea un abismo entre los dos. Por un lado, él se atormenta y me rechaza pensando en que fui la «generala Buendía»; por otro lado, en las noches cuando le sube la fiebre y le atormentan sus heridas me llama a gritos, se aferra a mí y me repite transpirando de angustia: «Tú eres fuerte, tú eres fuerte. Ayúdame».

Godoy la interrumpió, realmente desazonado por su quemante relato. Con buena voluntad, pero sin convicción, intentó consolarla:

—Eso no puede durar mucho más, Leonora. Son extravíos provocados por su debilidad extrema; pero, cuando recupere bien sus fuerzas, irán pasando. Desaparecidos los efectos del golpe emocional de ver la muerte tan cerca, apreciará las cosas en su justa medida.

La joven tuvo un gesto de conformidad no muy elocuente.

—Así lo espero —suspiró—. Sin embargo, debo confesarle que si Alberto pudiera quedar como antes, si no fuera ya definitivamente un mutilado, no esperaría más que hasta que estuviera sano y me marcharía sin ruido. Pero en las circunstancias actuales no puede ser. ¡Cómo herirlo más con la frustración de nuestro amor! No, no puedo hacerlo.

—Regresen a Chile —le aconsejó don Joaquín—. Allá, alejados de los ecos de la guerra, refugiados en el ambiente familiar, volverán a encontrar el equilibrio.

—Así me parece —afirmó Leonora con cansancio—. Nos marcharemos a Chile inmediatamente después de nuestro matrimonio.

—¿Por qué casarse aquí? —objetó el diplomático—. ¿No sería mejor que esperaran a que los dos hayan recuperado la tranquilidad, en Chile?

—No —le replicó decididamente la joven—. Los oficiales del regimiento «Esmeralda» han insistido en ser nuestro cortejo de novios. Comprendo la generosidad de su propósito y no los defraudaré.

El embajador se alzó levemente de hombros.

—Ése es un detalle nimio —murmuró—. Perdóneme que me entrometa tanto. Pero, dígame, ¿no teme usted a un matrimonio

realizado en esas condiciones?

Durante unos segundos Leonora permaneció reconcentrada en sí misma y con la mirada ausente. Por fin afirmó:

—Sí, lo temo. Pero conozco a Alberto. Actualmente está sensible como un niño. No tengo el valor suficiente para tomar la iniciativa de romper nuestro noviazgo. Y él se sentiría terriblemente culpable si me rechazara. Teme mucho más que yo a que, por su repudio, pudiera divulgarse más ese oscuro episodio de la «generala Buendía». Además, me necesita. Cuando estemos ya en Santiago y él se sienta seguro entre los suyos, entonces…, si aún no hemos logrado borrar las imágenes obsesionantes que nos separan…, decidiré qué camino debo tomar.

Godoy tuvo que reconocer que la joven pensaba cuerdamente. Iba a ofrecerle su apoyo para hacer fácil su viaje a Chile, pero no alcanzó a expresarlo, porque en ese momento se oyó la voz de una mujer llamándola desde la distancia.

Ambos miraron hacia el coche de la joven y vieron una figura haciendo señas con la diestra.

Ya ve, don Joaquín —observó Leonora—. Alberto se siente desamparado cuando me aparto de él y no demora en hacerme llamar. La pobre Elcira obedece, pero estoy segura de que no entiende nuestro conflicto. —Sonrió tristemente y extendió su mano enguantada al diplomático—. Me marcho, señor, y perdóneme por haberlo hecho víctima de mis…, de mis tontas confidencias.

—Todo lo contrario, le agradezco que haya tenido confianza en mí, hija —le rebatió Godoy paternalmente—. Acuda a mí cada vez que necesite ayuda, Leonora. Me sentiré feliz de apoyarla, como si fuera su padre.

La joven volvió la cabeza y le sonrió con gratitud, despidiéndose.

Godoy se quedó mirándola con expresión afectuosa, pero sintiendo en su interior una tristeza profunda por el fracaso sentimental de la animosa muchacha. Con un suspiro volvió al carruaje donde lo esperaba Gastón Dupré.

6

Muchas fueron las críticas que se hicieron al ministro Vergara por haber contribuido y permitido el establecimiento del Gobierno de La Magdalena, pero uno de los pocos que se atrevieron a expresar su desaprobación directamente ante él fue el contralmirante Patricio Lynch. El bizarro marino, por ser el comandante de la Primera División, entró decidido en el Palacio de Gobierno de Lima una tarde de mediados de febrero, al despacho del ministro de la Guerra. Como de costumbre, sus expresiones fueron breves y precisas.

—Señor ministro —dijo—, nuestro Gobierno me llamó a Santiago para discutir algunos asuntos relativos a la ocupación. Parto mañana. Pero quiero aprovechar esta ocasión, en que paso a despedirme de usted, para expresarle mi opinión en torno al establecimiento del nuevo Gobierno de La Magdalena.

Vergara levantó el rostro hacia él y se echó atrás en su sillón.

—Me interesa mucho su parecer, contralmirante.

El marino no se dejó impresionar por el aire de negligente superioridad con que le respondió el ministro y le expresó:

—Descarnadamente, considero un disparate haber permitido su nacimiento, señor Vergara.

—¿Por qué? —preguntó el diplomático tajante—. No había con quién negociar la paz. ¿Qué solución habría dado usted al estancamiento en que nos encontrábamos?

—El único que puede negociar la paz, por parte del Perú, es el dictador Piérola por ser el hombre a quien los peruanos consideran la auténtica autoridad —explicó Lynch.

Vergara hizo un ademán de fastidio y se puso lentamente de pie.

—Ya hemos discutido hasta la saciedad ese punto. Piérola

afrentó a nuestra nación con el comunicado que envió al Cuerpo Diplomático el 20 de enero. ¿A qué seguir debatiendo algo que todos conocemos?…

Pero el marino no estaba dispuesto a dejar a medias la discusión. Sin alterar su actitud tranquila pero exigente, fue dando curso a sus ideas.

Según él, ya en varias ocasiones el arrebato patriótico de los jefes peruanos o la falta de mesura de sus periodistas habían afrentado el nombre de Chile, sin que ello tuviera trascendencia. Frente a la nota de Piérola al Cuerpo Diplomático, bien pudieron los plenipotenciarios chilenos haber pasado por alto el tono hiriente del comunicado.

—La única paz definitiva, sólida, —concluyó—, será la que se firme con él. Proceder en otra forma es prolongar indefinidamente esta situación o reanudar la guerra.

—Firmaremos la paz como nos conviene, con el Gobierno de García Calderón —insistió porfiadamente Vergara.

Lynch movió la cabeza, en abierta desaprobación.

—Ese Gobierno jamás tendrá una base firme —declaró, agregando con un dejo compasivo—. Y, lo que es peor, los gobiernos extranjeros lo mirarán como un apéndice de las fuerzas militares con que Chile domina al Perú.

El ministro Vergara intentó interponer que lo estaban reconociendo numerosos departamentos del país, como Trujillo, el Callao, Ica… Pero el contralmirante no lo dejó seguir:

—No siga. Bien sabemos los dos que sólo reconocerán los departamentos que están ocupados por nuestras tropas, pero ¿cree, por ventura, que la aceptarán los de la sierra, que están dominados por el dictador Piérola, o los que están bajo el control del contralmirante Montero en el norte; o los que rodean a Arequipa, tutelados por el coronel Pedro Alejandrino del Solar?… ¡No, señor! No se haga usted ilusiones.

Vergara respiró ruidosamente, como si le costara digerir aquella verdad. Después desvió la discusión, yendo a las consecuencias que acarrearía el fracaso de esa gestión.

—Si los departamentos se niegan a entrar en esta vía haremos más pesada aún la carga de la ocupación, hasta que la totalidad de los peruanos la sufran y, si es necesario, extenderemos la ocupación

militar a todos los rincones del Perú.

—Sería la guerra otra vez —le apuntó el contralmirante—. Una guerra con desventaja para nosotros; no conocemos la topografía de la sierra peruana y, además, ahora tendremos que combatir contra los pueblos, no contra soldados. Y puedo asegurarle, basándome en las experiencias sufridas por todos los conquistadores, que no hay enemigo más difícil de vencer que el pueblo que lucha en defensa de sus hogares.

Incapacitado para rebatir esa gran verdad, José Francisco Vergara se paseó lentamente por el despacho. Al cabo de unos segundos de desagradable silencio, se volvió hacia su interlocutor:

—Bien. Ya veremos qué ventajas obtiene el Gobierno de García Calderón —dijo—. Lo seguiremos presionando hasta hacerlo llegar a algún resultado concreto. O sus miembros convencen a todos los pueblos peruanos a adherirse a la causa de la paz, o…

—¿O qué?… —intervino Patricio Lynch, al ver que hacía una pausa demasiado larga.

—… O esperamos lo que traiga el futuro —se esquivó el ministro. Enseguida, puso término inmediato a la conversación—. ¿Tiene usted algo más que decirme?

El contralmirante reaccionó antes de dar libre rienda a su temperamento altivo.

—No, señor —le respondió—. Salvo que deseo muy de veras que se cumplan sus optimistas esperanzas. Con su permiso.

Llevado por la costumbre, chocó levemente los tacones y se encaminó a la puerta, sin otra despedida.

El Gobierno de La Magdalena comenzó a trabajar a toda prisa. Sus componentes se daban cuenta de que su existencia dependía de la celeridad con que lograran su afianzamiento. El presidente García Calderón extendía numerosos nombramientos, buscando revestirse de una apariencia de autoridad, y hasta cayó en la puerilidad de firmar uno con el cual designaba prefecto de Lima a su cuñado, el coronel Isaac Recabarren. Era un cargo impracticable, como la mayoría, pero éste resultaba risible, ya que los habitantes de Lima estaban sometidos a las ordenanzas exclusivas del ejército de

ocupación. Esto no habría pasado más allá de ser una grotesca farsa, de no haber dado el Gabinete que los discernía un grave traspié: Declarar que todos los cargos públicos decretados por la dictadura de Piérola debían quedar vacantes para ser llenados por personal designado por el nuevo Gobierno. Ésta fue la chispa que encendió la hoguera amenazante de una guerra civil.

El primero en oponerse fue el alcalde de Lima, coronel Rufino Torrico, quien declaró que por ningún motivo entregaría su cargo. Presionado por el representante de García Calderón, amplió públicamente sus declaraciones, argumentando que no podía el Gobierno de La Magdalena privarlo de la alcaldía, por haber sido él nombrado para su cargo por el único Gobierno legítimo del Perú. Aunque no mencionó al general Piérola, la intención de su réplica era demasiado manifiesta. No demoraron en seguirlo todos los alcaldes y autoridades menores de los pueblos sometidos al ejército chileno. Por su parte, las autoridades de las provincias que estaban fuera de la dominación chilena recibieron la orden con estruendosas carcajadas. García Calderón y los suyos no hicieron más que el ridículo. Y en la masa de funcionarios, que hasta ese momento estaban quietos, a la expectativa de las obras del Gobierno Provisional, se crearon dos bandos antagónicos irreconciliables.

La reacción de Nicolás de Piérola no se hizo esperar. Junto con enviar una comunicación condenatoria, para ser repartida al Cuerpo Diplomático, condensó los pareceres de todos los habitantes de la sierra en un decreto, por el cual encausaba criminalmente a todos los miembros del Gobierno Provisional. Decía el decreto:

> *Los ciudadanos que con el permiso y ayuda de los funcionarios chilenos se han reunido en el «caserío» de La Magdalena, para titularse Gobierno Provisional, tan pronto como puedan ser habidos serán juzgados en consejo de guerra verbal, por los delitos de inteligencia con los enemigos de la patria, auxilio a éstos, rebelión al frente de ellos y abuso de caudales públicos.*

El alcance de aquel texto era perfectamente claro; representaba el fusilamiento de los señalados en cuanto los agentes de Piérola les echaran la mano encima. Pero la amenaza del encolerizado dictador iba más lejos aún:

Todos los ciudadanos que, por diversos motivos, hubieran tomado parte en Lima en los actos de esa facción y no se separen de ella en el término de quince días, contados desde la fecha del presente decreto, serán igualmente juzgados en consejo de guerra verbal, como cómplices de los delitos cometidos por los miembros del titulado Gobierno Provisional.

Esa comunicación enconó todavía más el antagonismo entre los dos bandos. La pena de muerte suspendida pródigamente sobre las cabezas de pierolistas y de los adeptos de García Calderón dividió el país en dos facciones, y, al ponerlas frente a frente, creaba el campo propicio para la guerra civil.

Los planes que el ministro Vergara creía obligarían al país vencido a suplicar la paz exhibían la debilidad de su cálculo y se desmoronaban ostensiblemente.

Los diplomáticos extranjeros que habían observado con estupefacción, primero, los trámites del establecimiento del Gobierno Provisional, mostraban ahora una abierta desconfianza, suponiendo que Chile sólo buscaba implantar un Gobierno títere.

Mientras el dictador Piérola ofrecía fusilamiento a todos los componentes del Gobierno de La Magdalena y los departamentos que lo obedecían repudiaban a García Calderón como traidor, el presidente provisional mandaba abrir causas contra los adictos del gobernante fugado a la sierra y ordenaba a todas las autoridades cuyos nombramientos emanaban de la dictadura entregar sus puestos en el plazo perentorio de veinte días, estableciendo que:

Los que cumplan lo dispuesto en el artículo anterior o impidan el restablecimiento de la Constitución en cualquier parte de la república o en algún otro modo coarten la voluntad de los ciudadanos para la manifestación de sus opiniones en favor de la Constitución serán sometidos a juicio y castigados con las penas designadas en el Código Penal.

Los hechos que siguieron hicieron más enardecida la querella.

Rechazado el Gobierno Provisional por los departamentos del norte que regía el contralmirante Montero, y por los del centro, que

mandaba el coronel Martín Echeñique, como prefecto nombrado por Piérola, sólo faltaba el repudio de los del sur, que tutelaba el coronel Pedro Alejandrino del Solar, desde su sede en Arequipa. La protesta de este jefe no tardó en hacerse pública, mediante un furibundo decreto, cuyo texto era similar al dictado por Piérola.

Las autoridades peruanas parecían haber perdido toda orientación y procedían con atolondrado desatino, creando un estado de caos. Las familias pudientes que lograban burlar la vigilancia se embarcaban apresuradamente hacia el Ecuador; otras se refugiaban en sus haciendas más lejanas; las que no habían enclaustrado a sus hijas al comenzar la ocupación lo hacían ahora, y los hombres en estado de cargar armas, que ya estaban resignados a la derrota, exasperados por el despotismo, acopiaban nuevos ánimos para lanzarse a la sierra a empuñar nuevamente el fusil.

El ministro Vergara percibía vagamente que, calentado por un fuego subterráneo, el suelo de Lima comenzaba arder bajo sus pies. Y su instinto no le engañaba.

El fermento de la rebelión, que se agitaba sin cauces en un comienzo, había ido concretándose y tomando forma al imperio de la palabra de varios personajes importantes de la sociedad limeña, afectados por las medidas de las autoridades chilenas. Antonia de Cáceres supo de ese movimiento después de que soldados de la ocupación registraron su residencia buscando el rastro del caudillo herido. Entonces recibió un misterioso llamado del obispo José Pedro Tordoya, manteniendo ambos una larga conversación. Pero no se decidió a participar al coronel Cáceres lo que se expuso en esa charla y esperó una oportunidad propicia. Ésta se produjo dos días más tarde, cuando se reunió con su marido en la casa de Del Real, para comunicarle que los soldados habían vuelto a entrar en la casa, procediendo a un registro más minucioso que el anterior.

—Seguramente alguien les ha revelado que usted se encuentra todavía en Lima —le expresó—, y por eso que se empeñan en reiniciar su búsqueda. O es quizás solamente la codicia la que los impulsa, porque esta vez se han llevado nuestros muebles de salón. Pero lo que más me preocupa es que han arrestado al ama de llaves, la buena Helena, y a Martina, la hermosa muchacha ayacuchana que traje para completar la servidumbre hace dos meses.

Los dedos del militar se ponían blancos oprimiendo los brazales

del sillón en que descansaba. Su indignación no era tanto por la pérdida de los muebles y por el riesgo que podían correr las sirvientas, como por el ultraje que sufrían todos los pobladores de Lima. Debatiéndose en su asiento, exigía de su esposa que se le preparara un coche para ir al Palacio de Gobierno a enfrentarse con los jefes dela ocupación.

Doña Antonia a duras penas podía contener sus ímpetus.

—Su libertad, Andrés, vale mucho más que los muebles, que la casa, que todo —le argumentaba.

Pero la impaciencia del coronel no era fácil de apaciguar. Ya que no podía actuar por sí mismo, exigía la comparecencia de su principal ayudante, el capitán José Miguel Pérez, pero el oficial no había regresado de la sierra, ni daba señales de vida.

—Seguramente tuvo dificultades y se ha visto forzado a permanecer escondido —razonaba Antonia—. Los chilenos han apretado el cerco de Lima.

—Pues es indispensable que alguien haga algo —porfiaba el militar—. Mi otro ayudante, el teniente Joaquín Castellanos, está bastante repuesto, tal vez pueda salir de Lima y llegar hasta el campamento del coronel Bedoya, en Canta…

Pero su esposa tampoco aceptaba ese recurso.

—Ninguno de ustedes dará un paso hasta estar totalmente restablecidos —impuso—. Por ahora… —Vaciló un segundo y finalmente se decidió a revelar la existencia del movimiento subterráneo—. Por ahora —dijo—, seremos las mujeres las que tomaremos la iniciativa.

El veterano frunció las cejas en un gesto de alarma. Conocía demasiado bien la impetuosidad de su mujer y sabía que cuando se decidía a realizar algo no echaba pie atrás.

—No se inquiete, Andrés —prosiguió la señora, interpretando su desazón—; todo está perfectamente bien urdido. Un grupo de damas limeñas, guiadas por cierto numero de caballeros de edad, patricios insospechables, estamos formando un Comité Patriótico de Resistencia.

—Es una locura —balbuceó el coronel—. Imperando la ley marcial, si las descubren serán pasadas por las armas.

—Ya lo veremos —se limitó a contestar la señora, desdeñosamente—. Todo estriba en que sean lo suficientemente

hábiles como para descubrirnos.

Iniciada la confidencia, pasó a revelarle los nombres de los principales personajes que intervenían en la formación del comité secreto. Ellos eran Carlos Elías, padre de la esposa del contralmirante Montero, a quien los soldados chilenos le habían ocupado su hacienda en el departamento de Ica; Pedro Elguera, comprendido entre los cincuenta vecinos que debían pagar la contribución de guerra; Luis Carranza, director del periódico *El Comercio*; el coronel Federico Luna y Peralta; el obispo de Lima, don José Pedro Tordoya…

—¿El señor obispo? —inquirió, incrédulo Cáceres—. Es descabellado, Antonia. Son personajes demasiado descollantes, que, en caso de ser descubiertos, pagarán con la vida.

—Todos lo sabemos, pero no nos arredra, ni siquiera a las mujeres.

—¿Quiénes son esas damas?

—Muchas. Las principales, Rosita Elías, esposa del contralmirante Montero; doña Manuela Latorre; la esposa del señor Nicoletti, dueño del Circo Politeama; la señora Carmen de Colunga, esposa del director del Jardín Botánico; hasta la anciana señora Ugarteche de Prado, madre del expresidente. Y nuestro comité ha de extenderse, conquistando adeptos en todos los barrios y en todos los pueblos.

El militar se negaba a aceptar el riesgo delas mujeres en una empresa de hombres.

—¿Qué podrán hacer ustedes, Antonia? —protestaba.

—Nosotras podemos darle el impulso y la orientación que necesitan los hombres —aseguraba ella, llena de fe—. Convenceremos a los jóvenes de que es preciso enarbolar la bandera de la resistencia. Los proveeremos de armas, les facilitaremos los medios para salir de Lima, los orientaremos hacia los puntos claves de la sierra, a fin de que allá se reúnan. Cuando se hayan formado batallones, les enviaremos dinero, municiones y también informes sobre los movimientos y planes del enemigo.

Cáceres se horrorizó al pensar en el riesgo a que iban a exponerse. Los chilenos olvidarían que eran damas de la aristocracia, para considerarlas simplemente como espías.

—Serán despiadados en sus castigos —resumió.

Antoniase alzó de hombros.

—Nada importará sinos descubren después de que hayamos conseguido encender la llama de la resistencia —confesó—. Lo único que pedimos a la providencia es que nuestro Comité logre vivir hasta que se formen algunos batallones en la sierra y usted haya partido a tomarlos bajo su mando.

El veterano se quedó mirando a su esposa con franca admiración. Luego, le tomó una mano y se la besó suavemente.

—Gracias, Antonia —le susurró—. Cada día eres más admirable para mí.

—Soy peruana, Andrés; todas lo somos —declaró ella con sencillez—. Y a nosotras también nos humilla la opresión de los enemigos.

El viejo coronel José Agustín Bedoya observaba el sendero que culebreaba al fondo de la quebrada de Canta, por el cual avanzaba un hombre. Venía renqueando penosamente, dando visibles muestras de extenuación. El jefe de la guerrilla se volvió hacia sus seiscientos hombres, que aguardaban tendidos en el borde superior de la quebrada, e hizo señas a cuatro fornidos negros que estaban próximos a él.

—Bajen y tráiganmelo —les ordenó.

Media hora más tarde regresaban los enviados ante su amo, trayendo al hombre entre ellos. Era alto, delgado, vestido de andrajos de indio, sucios de polvo. De un violento empeñón de sus captores fue puesto frente al jefe de la montonera de Canta.

—¿Quién eres, bellaco? —le preguntó con rudeza el coronel Bedoya.

El cautivo se irguió lentamente. Sus ojos brillaban con satisfacción y bríos al enfrentar las pupilas inquisidoras del coronel.

—Soy el capitán José Miguel Pérez, ayudante del coronel Cáceres.

Era ya bastante entrada la noche y el general Cornelio Saavedra

permanecía aún en su oficina en el Palacio de Gobierno. Aquella tarde había recibido un oficio del ministro de Relaciones Exteriores de la Magdalena, Manuel María Gálvez, en el que le pedía se dejara sin efecto el decreto que imponía la contribución de guerra.

El general le encontraba plena razón, pero sabía que acceder al pedido sería ir abiertamente contra los deseos y planes del ministro Vergara. No encontraba cómo resolver decorosamente el asunto. Rascándose con rudeza la cabeza encanecida, volvía a leer los párrafos más enjundiosos de la nota.

> *El Perú, señor general* —rezaba el documento—*, sufre de cinco años a esta parte una grave crisis económica y el papel moneda que ha subsistido al numerario como medio de cambio y que circula con depreciación enorme en los mercados de la república, ha colocado a todos los habitantes de este país en una situación verdaderamente excepcional. En tal estado de cosas, un millón de pesos fuertes, que en otra época habrían podido erogarse con facilidad, hoy representan, más o menos, doce millones de soles y es una cantidad excesiva para los individuos a quienes se exige, cuyas fortunas, al igual que las de todos los habitantes, están niveladas al valor del papel moneda. Además, esa cantidad se demanda en tan corto plazo que la obligación está fuera de los límites de la posibilidad.*

Más adelante, Gálvez agregaba otro antecedente: que muchos de los personajes que figuraban en la lista de contribuyentes no estaban en Lima y no podrían enterarse de la obligación que se les imponía, por lo que se verían, posteriormente, enfrentados a sufrir un castigo por algo que no conocieron.

El general Saavedra pensaba prolongar el plazo para la cancelación y consideraba que tal vez fuera posible dividir la contribución entre un mayor número de personas, para que les resultara menos gravosa, pero no se decidía a responder al ministro Gálvez en ese sentido. Prefirió postergar su resolución hasta el día siguiente y guardó la carpeta con la nota en un cajón de su escritorio.

Iba a abandonar su despacho, cuando golpearon suavemente pero con urgencia en su puerta.

Era el jefe de la guardia del Palacio, quien se excusó por molestarlo ahora tardía:

—Acaba de llegar un suboficial del batallón «Maule», anunciando que el destacamento de ese cuerpo, que está en la hacienda Santa Clara, al oriente de Lima, ha ido atacado esta tarde por una numerosísima montonera.

El general en jefe se echó hacia atrás, incrédulo.

—Dice el mensajero —prosiguió el oficial— que los soldados consiguieron protegerse en las casas de la hacienda y desde ellas se defendieron con eficacia hasta ahuyentar a los atacantes.

—¿Hubo bajas?

Un soldado muerto, mi general.

El jefe hinchó el pecho, como si la ira que lo iba dominando le exigiera más aire.

—¡Gran Dios! —barbotó—. De modo que se atreven a atacarnos de nuevo, que pretenden reiniciar las acciones… ¡Y yo ablandándome! ¡Pensando en hacerles menos dura la ocupación! ¡Qué idiota soy! Capitán, ¿a qué distancia queda la hacienda Santa Clara?

—A diez kilómetros, mi general. Pero informa el mensajero que el destacamento afectado se viene replegando lentamente, por precaución.

—Bien, que se ensille mi caballo. Prepáreme una escolta; iré hasta la Portada de Maravillas a esperar a esos soldados, para ilustrarme por ellos mismos sobre esta resurrección de la resistencia enemiga.

Minutos más tarde, el general en jefe, escoltado por diez cazadores, salía al trote largo del Palacio de Gobierno, encaminándose en derechura hacia la Portada de Maravillas.

La avenida Ancash seguía en línea recta hacia la Portada de Maravillas, más allá de la cual se abría el camino a la sierra, a cuyo borde oriental asomaba sus tristes muros caleados el Cementerio General.

Aquel paseo nocturno del general Saavedra exaltó su imaginación, adormecida por los asuntos rutinarios en que se fastidiaba desde que el ejército se estacionó en Lima. Cabalgando sin prisa, envuelto en el silencio de la ciudad, imaginaba la Lima de antaño, la tradicional, la pomposa capital ceñida por la aparatosa

muralla fortificada con que quiso protegerla de los posibles ataques de los piratas holandeses el virrey don Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Plata.

El general Saavedra salió de su abstracción al llegar frente a la Portada de Maravillas. Reconocido a la distancia por el centinela, la guardia formó a la carrera a un costado del arco de piedra y le presentó armas. El general en jefe se detuvo frente al cabo que comandaba el pequeño destacamento.

—¿Alguna novedad, cabo?

El suboficial, que se mantenía en posición firme, le respondió a tropezones, como quien repite una lección:

—Se ha presentado a esta guardia, hace un momento, un sargento mayor con su ordenanza, mi general. El primero trae un rasmillón de bala en la cara.

—¿Dónde está ese mayor?

—En la garita, limpiándose la herida, mi general.

La diestra del suboficial indicaba hacia una pequeña caseta que se veía unos metros más allá a un lado del camino.

El general desmontó despaciosamente y caminó hacia la caseta. Ésta se hallaba alumbrada por una lámpara de carburo. A medida que el general se aproximaba, las sombras fueron adquiriendo detalles y pronto le fue posible ver a un oficial sentado en el banquillo de la garita y a un soldado que le limpiaba la cara con un trapo. Del primero sólo se alcanzaban a divisar el pecho con alamares y los largos faldones del uniforme de los «Cazadores del Desierto», vestidura que había desaparecido del ejército chileno, por haber sido disuelto ese cuerpo. Sólo a un hombre recordaba el general Saavedra haber visto con ese uniforme. Sin necesidad de buscarle el rostro, lo llamó por su nombre al asomar a la puerta de la caseta:

—¡Mayor Manuel Rodríguez!

El experto explorador, que no era otro el que ahí estaba, tenía la cabeza echada atrás y se entregaba a los cuidados de su ordenanza con los ojos cerrados. Al oír pronunciar su nombre por la voz autoritaria del general tuvo un sobresalto y, apartando con el antebrazo las manos de Gaspar Acosta, enderezó la cabeza.

—¡Mi general! —exclamó, sorprendido, e intentó ponerse de pie para saludarlo. Pero al incorporarse de golpe su cuerpo fornido

chocó con el del soldado, estrellándolo contra el costado de la caseta.

Por más que lo intentaron, la estrechez de la caseta impidió el saludo oficial de ambos hombres al general. Éste les dio permiso para ponerse a discreción y se hizo a un lado de la puerta para que pudiera salir el ordenanza.

Recién entonces el mayor Rodríguez pudo respirar tranquilo y adoptar una actitud desenvuelta.

El general Saavedra lo contempló con sincero cariño. El explorador Manuel Rodríguez se había hecho famoso entre el Alto Mando del ejército por su audacia, su resistencia ilimitada y las pintorescas aventuras de su ordenanza. El general Baquedano lo mencionaba siempre con el título de «mi hombre de hierro» y no había jele que no se hubiera interesado en conocerlo.

—¡Cuánto tiempo sin verlo, mayor! —le dijo el general, afablemente—. ¿Qué se había hecho usted?…

El explorador se encogió de hombros.

—Bueno…, vagando siempre, mi general —respondió—. Hemos andado unos meses por los estribos de la sierra, curioseando, aprendiendo a conocer esta tierra extraña…

El superior dio a entender que se daba cuenta perfecta de todo lo que había tras esas frases tan simples. Bien sabía él los peligros que encerraba para los militares chilenos internarse en la sierra. No pidió más detalles. A su debida oportunidad se recibiría el informe correspondiente en el Estado Mayor.

—Usted nunca aparece por Lima —le reprochó, en cambio, picado de curiosidad.

Una leve sombra de tristeza cruzó por las pupilas del oficial.

—Prefiero el aire libre, mi general. Además, mis funciones están allá, en la vanguardia, explorando.

—Y exponiéndose aque le toquen las balas, ¿eh?

El general indicaba con un dedo el delgado trazo rojo que el explorador lucía en la mejilla izquierda, pero éste rió sin darle importancia.

Relacionando la herida con el motivo que lo había llevado hasta la Portada de Maravillas, el general le pidió informaciones sobre el reciente encuentro entre el destacamento del «Maule» y las montoneras.

—No fue más que una escaramuza sin importancia —le explicó el explorador—, un sondeo de los montoneros para probar si estamos dormidos y también para medir sus propias fuerzas. Pero deben haberse retirado muy decepcionados, porque los muchachos del «Maulé» los pusieron en fuga con mucha facilidad.

—¿Cree usted que se repetirán los ataques?

—Lo temo, mi general. Pero no creo que lleguen a alcanzar envergadura importante todavía. Las montoneras están recién organizándose.

El general en jefe agachó la cabeza, pensativo. Aunque no lo expresó, en ese momento decidió duplicar el número de hombres de los destacamentos avanzados e imponerles el estar constantemente alerta. Cuando volvió a levantar la cabeza, sus ojos encontraron la herida del rostro del mayor.

—Está sangrando de nuevo, mayor. Venga conmigo al Palacio de Gobierno para que lo curen —dijo. El oficial sonrió con desgano.

—No tiene importancia, mi general.

—De todos modos, venga conmigo. Acompáñeme un rato.

Había en la actitud del jefe un tan amistoso interés que el oficial lo siguió, sin atreverse a ponerle objeciones, pese a que sus planes eran otros muy distintos.

El general se despidió de los centinelas de la Portada y emprendieron el camino de regreso al centro de Lima, a paso calmoso.

Hacía un calor pegajoso. El mayor Rodríguez marchaba con su cabalgadura emparejada a la del general, y su bestia, enflaquecida, hacía un pobre contraste con el potro rojizo que montaba el jefe superior. Detrás, confundido con los jinetes de la escolta, iba el ordenanza sobre una mula pizarreña. Saliendo de sus cavilaciones, el general comentó al explorador:

—Debe cambiar de cabalgadura, mayor, esa pobre bestia ya no da más.

Rodríguez se agachó un poco por el costado del cuello de su caballo y lo miró con cariño.

—Es verdad —reconoció—. Mucho me ha llevado este noble bruto sobre su lomo. El pobre está tan maltratado como yo.

—Déjelo descansar un tiempo e imítelo usted —le recomendó el general.

El explorador asintió con un movimiento de cabeza. Esa noche dormiría en el cuartel del «Carabineros de Yungay» y pediría al jefe de caballeriza que le albergara a su rocín durante unas semanas, hasta que volviera a estar gordo.

—Muy bien, pero ¿y usted?… —le insistió el general.

—Pediré prestada una buena mula y volveré a subir a la sierra —expresó.

—¿Vuelve a la sierra mañana mismo? —le inquirió realmente sorprendido el jefedel ejército.

—Sí, mi general; tengo quehacer allá.

Asomaban en ese momento a la Plaza Mayor y la patrulla encargada de su custodia les dio el «alto». Identificado el general en jefe, se les franqueó el paso y los jinetes fueron a detenerse en el primer patio del Palacio de Gobierno. Pero don Cornelio Saavedra no desmontó al momento.

—Mayor Rodríguez —dijo a su acompañante, y había en su acento una curiosa emoción—, he venido pensando en usted, en otros y en mí. En hombres que han hecho la campaña completa sin regresar a la patria. Venga, tengo interés en que platiquemos un rato. Bájese conmigo. Lo invito a tomar unas copas en mi alojamiento.

El explorador sel levó la diestra al quepis, un poco encogido por el honor que se le hacía.

Minutos más tarde, los dos hombres se hallaban en la pequeña salita que servía de antesala privada al general en jefe. Después de quitarse el quepis y desceñirse la espada, éste se acercó a la ventana y se quedó largos instantes mirando hacia el exterior.

Después de un rato, dejó caer la cortina y se volvió hacia el mayor Rodríguez, que permanecía de pie, afirmado en el respaldo de un rico sillón de ébano. La sangre de la herida se le había secado en la mejilla y se le veía como una raya color marrón. «Le va aquedar una marca a lo ancho de la cara», pensó el general y sintió una rara pesadumbre.

—No debí haberme quedado en Lima —musitó, deprimido—. Es pedirle demasiado a mis años. Debí haber regresado con la primera mitad del ejército. Esta prolongación de la guerra, sin combates, me enerva.

—La guerra volverá a empezar, mi general —sentenció el

explorador, con acento igualmente sombrío—. Los aristócratas peruanos están acostumbrados a vivir como amos y señores, no soportarán por mucho tiempo el vasallaje. De repente van a tratar de sacudirse de encima la dominación. Y la sierra está llena de gente intacta.

El general declaró con cansancio:

—Esta nueva parte de la guerra no la sufriré yo. Estoy demasiado viejo para subir a las cumbres de la sierra sin que se me reviente el corazón. Que venga otro, que manden a otros desde Chile. Bastante tiempo hemos estado pujando nosotros. ¿No le parece, mayor?

Rodríguez hizo un ademán vago:

—No sé qué responderle, mi general. He estado tan metido en el centro de la pelea que perdí la noción de los meses y de los años. —Y añadió en tono fatalista—: Creo que ya no sabría vivir de otro modo.

El general levantó pausadamente la cabeza y miró al oficial al fondo de los ojos. Luego se detuvo frente a él.

—Rodríguez —le dijo con voz que transparentaba un interés paternal—, usted me preocupa. Desde que lo encontré en la Portada de Maravillas vengo pensando en que quizás el ejército le ha exigido demasiados sacrificios. Lo noto cansado, flaco y sin ánimos. ¿Qué tiene?

El explorador rehuyó la mirada.

—Nadie engorda cabalgando constantemente por la sierra —sentenció, sin responder directamente.

—Usted fue capaz de soportar los dos primeros años de campaña sin que se le notara quebrantado —siguió discurriendo el jefe—. Recuerdo haberlo visto el día en que tomamos posesión de Lima y estaba mucho mejor que ahora.

—¿Existe alguna otra causa que justifique su depresión, aparte del cansancio natural? —le inquirió con afectuoso interés. Y como el oficial permaneciera mudo, le insistió—: ¿No tiene usted bastante confianza en mí como para contarme qué le pasa?…

Rodríguez rió suavemente, pero la expresión triste de sus ojos lo traicionaba.

—No tengo nada, mi general —eludió—; cuando menos, nada que tenga relación con el servicio.

—¿Nostalgia?…

—No, mi general. Donde hay un grupo de compatriotas míos, me siento como en mi tierra.

—¿Echa de menos a sus parientes?…

—No tengo ninguno. —Rodríguez rió en sordina y miró francamente a los ojos a su interlocutor—. Mire, mi general, no quiero jugar a las adivinanzas con usted. Lo que pasa es que, un día, se me cruzaron unas pupilas de mujer en el camino y… no me las puedo arrancar del alma.

El jefe respiró aliviado.

—¡Bah, eso pasa pronto, mayor! —le observó jovialmente—. Lo que ocurre es que la guerra, la ausencia prolongada, lo pone a uno terriblemente sentimental. De todos modos, creo que a usted le haría bien un viajecito a Chile. Creo que pocos han actuado tan a fondo como usted. Escúcheme. Lo autorizo para regresar a Chile.

Había pronunciado su última frase con su diestra posada en un hombro del explorador y reforzó su amistosa intención remeciéndolo con suavidad. Pero Rodríguez movió la cabeza de un lado a otro.

—Gracias, mi general —murmuró—, pero no tengo a qué ir a Chile.

Esta vez sí que el general lo contempló con asombro. No recordaba ningún caso de un combatiente que hubiera rechazado una oferta semejante.

—Vea usted, mi general —se apresuró a explicar el mayor—. Todo mi patrimonio es una pequeña huerta en una vega por la parte de Huechuraba, al norte de Santiago. En ella me dedicaba a adiestrar caballos trotones para los coches de la gente rica. ¿Ve usted? Ése era yo antes de la guerra: un simple caballerizo. También amansaba potros y, en varias ocasiones, competí en rodeos… y hasta gané algunos premios. —Rió un poco avergonzado de aquel alarde de vanidad—. Mantenía a mi lado a una hermana de mi madre y a su marido, un par de viejos buenos. Ellos formaban el marco de mi vida. Eso era todo. Levantarme al alba, dar pienso a los caballos, hablarles, enseñarles y muy de tarde en tarde platicarle a alguna buena moza. Estaba pensando que ya era hora de casarme y les rondaba la casa a tres hermanas que vivían en Renca, cuando estalló la guerra. No fui de los primeros en responder al llamado del

tambor, porque mi tía enfermó y tuve que liquidar a mis caballos para subvenir a los gastos de su enfermedad. Después, arreglé las cosas de modo que los dos viejos pudieran seguir manteniéndose y me enrolé. —Volvió a quedarse callado y sus gruesas cejas se contrajeron—. Andando los meses, en mitad de la campaña de Tarapacá —musitó—, conocí a una mujer. No sé qué condenado designio me la cruzó en el camino, mi general. Yo no soy hombre de amoríos. Además, ella era un dama, una señora fina, a carta cabal. Si descendió a hablar conmigo fue simplemente porque tuve por misión rescatarla de Pisagua y también porque encima de mí llevaba el uniforme y los galones de capitán del ejército. Por otra parte, estaban de por medio la guerra y sus peligros, que nivelan a todos. Pero, desde el primer momento, supe que ella era la Mujer que siempre hubo en el fondo de mis sueños más recónditos. Hermosa, fina, inteligente, valerosa, abnegada y noble. Estaba metida en el torbellino de la guerra buscando al hombre que amaba y que estaba perdido. Y después lo halló. ¿Entiende usted mi situación, don Cornelio?…

El general inclinó la cabeza, comprensivo.

—Dígame, entonces, ¿a qué puedo volver a Santiago? —prosiguió impulsivamente el oficial—. Aquí, en las filas, he hecho una vida. Tengo muchos amigos, hombres de todas clases, que me tratan como hermano. Varios de ellos, en Chile, son muchachos de gran fortuna que se mueven dentro de las mejor aristocracia del país. Aquí son mis amigos, me quieren y respetan. El ejército me ha dado el rango de mayor; me he acostumbrado a no sentirme un simple rústico. ¿Puedo anhelar volver a mi vida de antes, a mi destartalada pesebrera donde adiestraba caballos para coches ajenos, a rondar la casita de Renca donde viven tres hermanas que tienen rojas las mejillas por levantarse de madrugada y despiden ese olor agridulce del establo en que ordeñan a sus vacas?…

—¿No estaría sintiéndome siempre «el mayor Rodríguez» rebajado a un medio mísero y no cometería el pecado de comparar injustamente a esas tres pobres muchachas con… con la mujer fina, emotiva y audaz que conocí en la guerra? No, mi general —concluyó, con fatalista resignación—. Le agradezco su deseo de devolverme a Chile, pero me quedo. Aquí tengo una misión que puedo cumplir bien. Seguiré siendo el mayor Rodríguez hasta el fin

dela guerra y sólo entonces volveré a la patria… si es que antes no me han matado.

El general Saavedra respiró hondo tratando de relajar la tensión en que lo había mantenido el relato del oficial. Con parsimonia vertió licor en dos copas y no regresó frente al explorador hasta que en su rostro se marcó la expresión de una decisión tomada.

—Está bien, «mayor Rodríguez» —le dijo cargando el acento sobre el grado militar—; bébase esta copa conmigo y vamos a estudiar, de inmediato, una nueva misión que quiero encomendarle. ¡Salud!

—¡Salud, me general!

El general terminó su copa y miró al oficial de frente.

—Mayor Rodríguez, el ferrocarril que sube hasta el pueblo de Chicla, por la quebrada del Rímac, está enteramente en poder de los peruanos.

—Como lo está también la línea del telégrafo, que va paralela, mi general.

—¡Eso es! —confirmó el jefe—. Es absurdo. Los habitantes de Lima pueden comunicarse libremente con los de la sierra por medio del tren y del telégrafo. No hemos podido evitarlo. Para posesionarnos de esas dos vías de enlace habríamos tenido que establecer fuertes destacamentos en todas las estaciones que existen entre Lima y Chicla, capaces de resistir a los ataques de los montoneros. Pero ni siquiera conocemos los senderos principales que trepan a la sierra.

El explorador manifestó su asombro: Si esas vías no eran utilizadas por el ejército chileno, deberían haber sido cortadas, para que no prestaran servicios al enemigo.

—No lo hemos podido hacer antes —reconoció el general—, pero lo realizaremos ahora. Para ello es preciso mandar a la primera cadena montañosa de la sierra a un grupo de técnicos, protegido por un destacamento armado.

—Comprendo —apuntó el explorador—. Necesita usted que ese personal viaje por terreno conocido.

—Eso y más. Me es indispensable poseer un plano completo del recorrido del tren y del tendido de la línea del telégrafo, además, una información detallada del número de pueblos y pobladores que hay en el trayecto. Ésa es la misión que deseo encomendarle, mayor

Rodríguez.

El oficial se inclinó e hizo sonar suavemente los tacos.

—Se hará de acuerdo a sus deseos, mi general.

El jefe volvió a llenar las copas, al tiempo que advertía a su subalterno:

—De más está que le diga que nuestras avanzadas, en esa ruta, no penetran más que hasta Chaclacayo; es decir, desde esta estación hasta la de Chicla, término de la línea férrea, hay unos setenta kilómetros, en los cuales tendrá usted que moverse dentro de las concentraciones enemigas.

El explorador sonrió ante la advertencia; había recorrido varias veces aquella zona en compañía de su ordenanza, durante las últimas semanas.

—No se preocupe por mí, señor —le dijo—. Esta noche, mi ordenanza y yo alojaremos en el cuartel del «Carabineros de Yungay» y pediremos, además de dos mulas frescas, algunas ropas viejas, bajo las cuales nos ocultaremos, y mañana, al alba, emprenderemos la ascensión de la sierra.

El general Saavedra le extendió la diestra.

—Deme su mano, mayor Rodríguez. Y sepa que, si cambia de idea, puede venir a mí y lo autorizaré para volver, cuando quiera, a Chile.

—Ya lo veremos, mi general. Creo que no cambiaré. De todos modos, muchas gracias. Buenas noches.

Después de obtener el «paso franco» en el zaguán sonoro del Palacio, pavimentado con piedras canteadas y adornado con rejas de dibujo morisco, el explorador y su ordenanza salieron de la plaza.

Sin una palabra que los pusiera de acuerdo, torcieron bridas hacia la derecha y, llegados a la esquina, volvieron a torcer, contorneando el Palacio.

Rodríguez y Acosta se hablaban cada día menos. La vida en común había extremado tanto la afinidad que había entre ellos que no necesitaban cambiar palabras para entenderse. Por eso el ordenanza comprendió perfectamente lo que sucedía en el alma de su jefe, cuando éste, en lugar de tomar la calle Lima, que pasaba frente al Palacio y que los llevaría rectamente a la estación de Monserrate donde estaba el cuartel del «Carabineros de Yungay»,

torció hacia el norte, encaminándose al río. Una cuadra más allá estaba la calle Polvos Azules, vía angosta, de apenas cien metros de longitud. En mitad de ella, entre dos pesadas mansiones, se escondía una casa pequeña de apariencia provinciana.

Cuando pasaban frente a la casita mencionada, observaron que se filtraba una luz a través de las junturas de una de las ventanas. Aquella luz significaba que los habitantes de la casa estaban despiertos. Seguramente Alberto Cobo había tenido algún tropiezo en su mejoría y Leonora con Elcira tenían que velarlo hasta avanzadas horas de la noche.

La diestra del mayor Rodríguez recogió involuntariamente la rienda de su caballo y lo hizo disminuir la marcha; sus pupilas se clavaban ansiosas en la ventana iluminada.

El soldado no pudo seguir soportando la ansiedad de su mayor. Como si lanzara una observación sin importancia, le dijo fingiendo la más natural inocencia.

—La gente está despierta, mi mayor. Si nos apeamos a saludar, capaz que nos conviden un…, ¡*güeno*, un traguito!

El oficial le respondió sin mirarlo y dando nuevamente rienda a su caballo:

—¿No has pensado en la hora que es? El teniente Cobo está mal de sus heridas todavía…

—A lo mejor le hace bien que pasemos a verlo —aventuró el ordenanza y agregó—: La señorita Leonora seguramente se va a alegrar de…

El mayor no lo dejó terminar. Con inesperado enojo, lo hizo callar:

—¡Basta! Sigamos de largo; tenemos que llegar al cuartel de Monserrate.

Picó espuelas con impaciencia y obligó a tomar el trote a su caballo.

Todos los razonamientos del ordenanza se perdieron en un confuso murmullo que no convenció al mayor Rodríguez. Éste marchó varios pasos adelante, con el rostro fijo, endurecido, y una humedad de tristeza en los ojos fieros.

A la mañana siguiente, el general Cornelio Saavedra se disponía a dictar a su secretario la respuesta al ministro de Relaciones Exteriores de La Magdalena. Buscando una frase clara para iniciar su nota, sus ojos enfocaron a un grupo de soldados que pasaban por la Plaza Mayor.

Era la patrulla del batallón «Maule» y transportaba una camilla con el cadáver del compañero muerto en la escaramuza de la noche anterior. Esa visión terminó de decidir al general a dictar a su secretario:

> *En la situación a que hemos llegado, tengo el sentimiento de decir a V. S. que me es imposible suspender los efectos del mencionado decreto del 7 del presente mes, hasta esperar, como V. S. lo indica, que se inicien y terminen las gestiones que han de poner término a la guerra.*
>
> *Los gastos que impone el ejército de ocupación no pueden detenerse hasta esa fecha y es de todo punto indispensable que Lima y el Callao paguen la contribución de guerra que les he impuesto. Pero, al hacer a V. S. esta declaración, me apresuro también a manifestarle que recibiría con mucho agrado la noticia de que, tomando el Gobierno de que V. S. es miembro la representación de estos pueblos, salvara, con un sacrificio que sería entonces nacional, la dura situación que me he visto obligado a crear para un determinado número de vecinos en esta primera vez. Dios guarde a V. S.*
>
> *CORNELIO SAAVEDRA.*
>
> *Al señor Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, señor don Manuel María Gálvez.*

La negativa a la prórroga del general Saavedra abrumó a los miembros del Gobierno de La Magdalena. El presidente García Calderón había confiado conseguir si no dejar sin efecto la dura medida, cuando menos obtener un plazo más largo para cumplirla.

La imposición debía pagarse el 16 de marzo y corría ya el día

15. Se sentía al borde de la catástrofe.

Después de consultar con su Gabinete, el presidente provisional decidió apelar a una medida extrema. Comisionó a su ministro de la Guerra, capitán de navío Camilo Carrillo, para entrevistarse con los principales comerciantes extranjeros radicados en Lima, y solicitar un empréstito de ellos.

Esa misma tarde, después de que los mensajeros los fueran a buscar a sus respectivas casas, uno por uno, fueron acudiendo a la casa de Gobierno de la Magdalena los representantes de las firmas más importantes de la capital y del Callao.

Cuando Carrillo los tuvo a todos ante él, les leyó un discurso, cuidadosamente preparado.

«A Lima y al Callao se ha impuesto un cupo de guerra de un millón de pesos de plata al mes, bajo el apremio de destruir propiedades por tres veces el valor de la cantidad que se deje de abonar», explicaba el texto.

Los comerciantes extranjeros, experimentados en los trastornos que ocasionan las guerras y revoluciones a los grandes negocios, escuchaban las cautelosas palabras del ministro de la Guerra, adivinando la meta a que quería llegar. Pero ninguno dejaba traslucir sus sentimientos. Mientras. Carrillo seguía leyendo su discurso, cada vez más nervioso por el silencio helado con que eran recibidas sus argumentaciones.

Por fin, llegó a la parte medular, que expresaba la razón de la entrevista:

«Como recurso extraordinario, por disposición del Gobierno, los he reunido para que contribuyan ustedes a completar el millón de pesos, prestando al Gobierno la suma que se logre subscribir aquí, y que se aceptará, si resultase suficiente».

La ola densa de los murmullos que brotaron entre los comerciantes sacudió los nervios del ministro de la Guerra, quien alzó la voz acongojada, para agregar:

«Comprendo que solicitar préstamos en el estado de postración en que se encuentra el comercio es acto de cansada esperanza. Por eso apelo a las víctimas de un mismo naufragio, por cuyo esfuerzo común puede salvarse el Perú de un acto desmoralizador, los ciudadanos de Lima de una afrenta, el Gobierno de la humillación que importa no poder evitar un vejamen nacional».

Había tan sincera angustia en su acento, que, cuando llegó a aquel punto, tuvo que detenerse un poco, para afirmar la voz. De todos modos, no consiguió recuperar los ánimos y terminó su exposición casi susurrando.

«Este empréstito que les solicito ha de ser sobre las siguientes bases —explicó—: Se abonará un interés de un 6 % al año, garantizándoles un cambio no inferior al del día; y las sumas que eroguen les serán reembolsadas con las contribuciones de predios, timbres y el 30 % de lo que produzcan las aduanas del Callao».

Había terminado de hablar hacía varios segundos, y, sin embargo, no se producía ninguna reacción entre los que lo rodeaban. Por fin, un anciano de cabello pajizo y que tenía un tipo claramente europeo, avanzó hacia el ministro peruano. Era Dubois, gerente de la poderosa firma inglesa Graham Rowe & Cía.

—Señor ministro —dijo, con marcado acento galo—, comprendemos perfectamente la gravedad de la urgencia de la situación. Imagino que todos deseamos ayudar a solucionarla.

Del grupo compacto de comerciantes surgieron murmullos confusos, de aprobación algunos, de sorpresa otros, pero sofocados por el respeto que imponía Dubois. Éste prosiguió:

—Como director de Graham Rowe & Cía., invito a todos ustedes, que representan al más alto comercio del Perú, a secundar las miras del Gobierno Provisional, en prueba de gratitud por los buenos negocios que hemos hecho en tiempos mejores en este país. Si se me permite, daré el ejemplo, iniciando la subscripción.

Con ademán decidido avanzó hacia la mesa, frente a la cual estaba sentado un secretario del ministro Carrillo, con un libro de cuentas que se apresuró a abrir y a extender ante Dubois. Mientras el gerente de Graham Rowe & Cía. anotaba el monto de su erogación y firmaba, los demás concurrentes cuchicheaban, consultándose sobre la cantidad que subscribiría cada cual, a fin de no excederse y quedarse cortos. Carrillo los alentó nerviosamente:

—Señores, no se hagan ustedes problema —les dijo—. Las erogaciones pueden ser por cualquier cantidad. No se les pide más que lo que ustedes consideren justo dar.

A estas palabras se desprendió del grupo otro caballero, alto y delgado.

—La casa Gildemeister también considera justo responder

generosamente al llamado del Gobierno —dijo.

Y sin dilación estampó una cifra y su firma en el libro de cuentas.

Aquello bastó para vencer las últimas vacilaciones de los restantes miembros del comercio extranjero.

El capitán de navío Camilo Carrillo, a espaldas de ellos, suspiró profundamente. Había obtenido una victoria que jamás imaginó sería tan fácil.

Al día siguiente, cumplido el plazo para el pago de la contribución de guerra, se presentó en el despacho del general Cornelio Saavedra el ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional, Manuel María Gálvez. Llevaba bajo el brazo el libro de cuentas y entre las manos un maletín de cuero lleno de dinero. Su expresión era de honda ansiedad. Después de saludar al jefe chileno, con cierta cohibición, abrió el maletín de cuero y lo depositó en el escritorio.

—Señor —le expresó—, éste es todo el dinero que hemos podido juntar, gracias a la colaboración del comercio extranjero. —Y extendiendo el libro de cuentas, le mostró la suma colocada al pie de la columna de erogaciones: Doscientos mil pesos en plata.

El general Saavedra indicó que comprendía, pero su gesto no expresó una aprobación. Por lo que el ministro Gálvez se apresuró a agregar:

—S. E. el presidente García Calderón me ha encargado dirigirme a usted para proponerle acepte que el millón de pesos que debían pagar cincuenta vecinos de Lima sea cancelado por el Gobierno Provisional, pero entregando al contado estos doscientos mil pesos, que es todo lo que hemos podido reunir por ahora.

—¿Y el saldo?…

—Será pagado en el término de treinta días.

El general Saavedra guardó silencio. Pesaba la responsabilidad que se echaba sobre sus hombros aceptando aquella forma de pago. Comprendía que ablandarse le significaría un choque con el ministro Vergara; pero mantenerse inflexible estaba en pugna con todos sus principios de caballerosidad.

—Está bien, señor Gálvez —le expresó finalmente—. Acepto la forma de pago que ustedes proponen. Mañana recibirá el Gobierno Provisional el decreto correspondiente. Pero me veo obligado a

advertirle que subvenir a los gastos del ejército de ocupación es una necesidad ineludible. Si su Gobierno atiende a ellos, la autoridad militar chilena no tendrá que exigirlo otra vez a los particulares, como se vio obligada a hacerlo. Pero si el Gobierno de ustedes no cumple, no seremos responsables de la falta de equidad ni de la implacable dureza con que tendremos que proceder.

Tan pronto Gálvez abandonó su despacho, el jefe chileno expidió el decreto de aceptación del pago por parcialidades. Enseguida, se encaminó al despacho de José Francisco Vergara y le expuso lo realizado.

Como bien lo había presumido, Vergara tuvo una violenta reacción.

—¡No debió haber aceptado esa forma de pago diferido, general Saavedra! —desaprobó categóricamente—. O se cancelaba la totalidad del cupo de guerra o se procedía a poner en práctica las medidas punitivas anunciadas.

El militar ni siquiera pestañeó. Encogiéndose de hombros, se limitó a explicar:

—Lo siento, señor Vergara, pero no puedo ir más allá de lo que me permite mi conciencia. He conocido los ímprobos esfuerzos que el Gobierno de La Magdalena ha hecho para cumplir y…

El ministro lo interrumpió con dura descortesía.

—¿Acaso no se ha dado usted cuenta de que los hombres ricos de Lima y Callao tienen su dinero escondido? —le espetó—. Para ellos lo que importa es tener dinero en moneda o billete. Que les destruyan parte de sus propiedades no tiene tanta gravedad como el quedarse sin circulante, con el que pueden comprar lo que necesitan en el momento actual, especialmente armas. Por eso se han negado a entregarlo. Esto he tenido que averiguarlo yo, por mi propia cuenta.

El amonestado se irguió con toda la tiesura que le habían enseñado treinta y cinco años de carrera militar.

—Señor Vergara, mi rango de general del ejército no conjuga con esas labores policíacas. Tendrá usted que buscarse otro.

Pero el ministro no le escuchaba y seguía exponiendo:

—Lo que se busca apretándoles el puño a los limeños es hacerles tan penosa la ocupación que se ingenien y afanen por ordenar las cosas de modo que la consecución de la paz se les represente como

la única solución.

El general se apegó a la mesa del plenipotenciario, de modo que su figura llenara todo su campo visual y tuviera que mirarlo.

—Señor ministro, yo no estoy hecho para esto —le expresó con firmeza y soportó con expresión desafiante la mirada ardorosa de su interlocutor—. Le prometo que esta situación no me deja dormir. Para proseguir con su política de rigor va a necesitar usted de otro hombre. Así, pues, le anuncio que pediré mi regreso inmediato a Chile.

El ministro se puso lentamente de pie, incrédulo y desazonado.

—¿Piensa marcharse?… ¿Y quién va a quedar al frente del ejército?…

—Aquél a quien le corresponda por sucesión regular del mando. En este caso, el jefe del Estado Mayor General.

—El coronel Pedro Lagos.

El general Saavedra asintió con un seco movimiento de cabeza y comentó sentenciosamente:

Una buena espada…, pero un mal político. Lo siento por él.

7

El coronel Lagos se quedó silencioso, manteniendo el oficio en que se le comunicaba que debía tomar el mando en jefe del ejercito de ocupación. Siempre fue hombre de pocas palabras, pero en los últimos meses esa característica se acentuó.

Militar de frontera, producto de la clase media con una cultura reducida, consideraba las esgrimas verbales propias de los diplomáticos y de los políticos. La única esgrima que conocía a fondo era la de las armas.

De ahí que su designación como jefe de las fuerzas que dominaban el Perú, en tan engorrosas circunstancias, no le fue grata. Por otra parte, desde junio del año anterior, época en que comandó la terrible toma del morro de Arica, sentía un vago y constante malestar, que, aunque no le atacaba un órgano preciso, le minaba la salud. Pese a su empeño por disminuir su quebrantamiento, sus amigos más íntimos sabían que sufría de frecuentes mareos, que la respiración le era difícil durante las noches y que lo embargaba una indomable pesadumbre. Una especie de pudor de soldado le impedía recurrir a los médicos para determinar cuál era su mal.

El 26 de marzo, cuando tuvo que recibir el mando de manos del general Saavedra, mantuvo su obstinado mutismo y ni siquiera esbozó un gesto de agradecimiento, como era de rigor. Pero esa misma tarde convocó en consejo de guerra a todos los comandantes de batallones acantonados en Lima y sus alrededores. Quería enterarse minuciosamente del estado del ejército con que iba a contar. En su cerebro de militar de profesión, pensaba que la paz se conseguiría sólo después de aniquilar todos los focos de resistencia del enemigo y de apresar al dictador Piérola, obligándolo a firmarla

totalmente vencido.

Pero dos factores, que corrían en los comentarios de toda la gente, lo hacían dudar del logro de una victoria semejante. Uno era la variedad de epidemias que se ensañaban en la tropa; el otro, la noticia no confirmada del brote de un movimiento subterráneo de resistencia surgido en Lima.

Junto a todos los comandantes de batallones, se citó a reunión al jefe del servicio secreto y a su ayudante principal.

Pero El Profesor y Gastón Dupré no tenían cabida en la reunión de los militares, por lo cual decidieron volver a la comandancia dos horas más tarde.

Ya habían entrado al despacho del coronel Lagos casi todos los jefes, cuando hizo su aparición el coronel Adolfo Holley.

—Siento llegar tarde, señor —le dijo apresuradamente al secretario del comando, Adolfo Guerrero—, pero tengo un centenar de enfermos en mi batallón y esta mañana cayeron otros trece, víctimas del tifus.

—No se preocupe, mi coronel —le respondió amablemente el secretario—. Los comandantes están rindiendo cuenta de sus batallones, por turno. Todavía no le ha correspondido a su «Esmeralda». Pase al despacho.

La exposición de los comandantes del estado de sus respectivos batallones mostraba a los ojos del coronel Lagos un panorama desalentador. Especialmente, los informes aportados por los coroneles Estanislao del Canto, del «2.º de Línea», y Ambrosio Letelier, del Estado Mayor, habían sido categóricos.

El coronel Del Canto expresó:

—El tifus, la disentería, el reumatismo, el asma y, en general, las afecciones bronquiales no son más que las consecuencias de un estacionamiento demasiado prolongado de las tropas en un clima malsano, como el de Lima, y en cuarteles insuficientes para contenerlas.

Por su parte, el coronel Letelier había agregado:

—Y otras afecciones que el coronel Del Canto no menciona por pudor, pero que un gran número de soldados han contraído en los lenocinios del Callao y del barrio de «Abajo del Puente». La contaminación con todas las plagas venéreas.

En los momentos en que el coronel Holley hizo su entrada al

salón, vertía su opinión el jefe del servicio sanitario, doctor Allende Padín:

—Considero perniciosísima la permanencia de los enfermos en la zona de Lima —advertía—. Puedo afirmarles que, en mi vida profesional, pocas veces he conocido un sitio más perjudicial para las personas que tienen su salud resentida. Las casi constantes garúas de Lima, la falta de sol, la humedad excesiva de la atmósfera, además de la falta de sanidad de los recintos en que nos vemos obligados a amontonar nuestros enfermos y heridos, causarán más bajas al ejército que todas las batallas realizadas.

Todos los comandantes apoyaron la aseveración del jefe de sanidad. El coronel Lagos les advirtió que estaban obligados a permanecer en Lima, por ser la capital enemiga. A lo que replicó el coronel Holley, que alcanzó a oírlo, alzando impulsivamente su voz:

—Que tengamos que guardar Lima no impide que saquemos a los enfermos y heridos de esta zona. En mi batallón «Esmeralda» hay más de cien enfermos y no puedo resignarme de que termine de matarlos este clima.

—Pero ¿adónde llevar a esos enfermos y heridos, señores? —clamó el coronel Lagos, desconcertado.

—También he estudiado ese asunto, mi coronel —terció nuevamente el doctor Allende Padín—. Lima es una ciudad muy baja; que está casi al nivel de mar; pero a pocos kilómetros empieza a empinarse la sierra. No es necesario alejarse mucho para hallar lugares altos en donde el aire es seco y saludable. Uno de ellos es el pequeño valle llamado Baños de Chosica, ubicado a cuarenta kilómetros de aquí, en un ensanche de la quebrada por donde baja el río Rímac.

El comandante Federico Stuven, que había sido comisionado para estudiar el trazado del ferrocarril que ascendía desde Lima a Chicla, pasando por Chosica, aportó mayores detalles.

—Chosica es la quinta estación del ferrocarril a la sierra. Antes que ella están Los Ángeles, Santa Inés, Chaclacayo y Vitarte.

El coronel Lagos meditó unos instantes.

—Hum —acordó, por fin—. Parece un lugar adecuado. Nuestras avanzadas no llegan actualmente más allá de Vitarte, pero nada impide que las adentremos un poco más en la sierra y establezcamos un hospital en Chosica.

—Hace falta previamente limpiar la zona de montoneros —le advirtió el comandante Robles—: y no son pocos los que existen por allí. Están esparcidos en las tres quebradas principales que bajan a Lima; la de Canta, por el noroeste, la de Huarochirí o del Rímac, al centro, y la de Cieneguillas, al sudoeste.

El coronel Lagos volvió a sus cavilaciones, pero, al cabo de unos segundos, expresó resuelto:

—Limpiaremos de montoneros todas las quebradas, estableceremos un hospital en Chosica como primer paso para subir a dominar la sierra. —Ante el asombro de los presentes, agregó con firmeza—: Sí, señores comandantes. Confiar en que los peruanos acepten la paz que queremos imponerles, sin haber aniquilado previamente a todos sus combatientes, es ingenuo. De modo que dominaremos la sierra y por las armas.

A las nueve de la noche se presentaron nuevamente El Profesor y su ayudante Dupré. El coronel Lagos los esperaba y, después de excusarse por no haberlos recibido anteriormente, les dijo:

—Bien, vamos a nuestro asunto al momento, que tengo que disponer la partida de dos batallones a la sierra.

El Profesor sonrió maliciosamente.

—¿Cuáles van, coronel, el «Maule» y el «Aconcagua»…?

El comandante en jefe alzó bruscamente la cabeza:

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó, contrariado.

El Profesor acentuó su sonrisa irónica.

—Oímos los comentarios de los comandantes que iban saliendo de esta sala.

—¡Oh, la eterna falta de cautela con los asuntos militares! —barbotó el coronel Lagos—. Mañana se sabrá en todo Lima quiénes van, cuántos van y adónde van.

—Ha sido el pecado de nuestro ejército, coronel —le observó socarronamente el jefe del servicio secreto—. Afortunadamente los enemigos no han exhibido mayor sigilo.

El jefe militar se calmó tan bruscamente como se había irritado.

—A propósito de eso mismo es que los he llamado —dijo, dirigiéndose a los dos agentes—. Espero que ustedes podrán darme

mayores detalles que los que he conocido accidentalmente. Vagabundeando por el Mercado de Cádices hace unos días, mi ordenanza oyó a unas criadas hablar misteriosamente de cierto comité secreto de la resistencia, que se habría formado en Lima. ¿Saben ustedes algo de eso?

Abelardo Núñez se rascó la cabeza, avergonzado de confesar su ignorancia.

—He oído vagamente hablar de ese comité, pero no he podido averiguar nada más sobre él —declaró.

—Tampoco yo he sabido más —reconoció Dupré—. Sin embargo, hace unos días, me llamó poderosamente la atención un cortejo fúnebre, que se dirigía hacia el cementerio que está al lado afuera de la Portada de Maravillas, en el cual iban varias señoras. Hecho inusitado en Lima, donde no es costumbre que las mujeres asistan a los entierros. Movido por una vaga sospecha, me adelanté y llegué al cementerio antes que el cortejo. Esperé discretamente escondido y advertí que, cuando los hombres conducían el ataúd a su tumba, las señoras se separaban del grupo y entraban en animado coloquio. Eso aumentó mi curiosidad y, deslizándome al amparo de varios mausoleos, logré colocarme a distancia suficiente como para escuchar algo de lo que se secreteaban. Lamentablemente, llegué tarde y apenas conseguí cazar algunas frases inconexas. Pero sí les oí mencionar muy claramente un Comité Patriótico de la Resistencia.

El coronel Lagos se mesó la barba, preocupado. Al cabo de unos segundos, preguntó al agente.

—¿Pudo identificar a alguna de esas señoras?

—No, mi coronel; todas ellas llevaban cubierto el rostro con sus mantones, de acuerdo a la vieja costumbre que han resucitado las limeñas desde que comenzó la ocupación.

El comandante en jefe se paseó lentamente; después enfrentó a El Profesor.

—Debemos dar por sentado que ese Comité Patriótico de la Resistencia existe. Debo saber cuáles son los planes y las actividades presentes de esa liga secreta. Temo que pueda haber sido formada con el propósito de crear un ejército subterráneo en Lima o para ayudar a los cuerpos guerrilleros que se están aprestando en la sierra. Ustedes tienen que hacerme esa averiguación.

El Profesor esbozó una pequeña inclinación, acatando la orden.

—Lo intentaremos, coronel —advirtió—, pero creo que no será fácil ni rápido descubrirlo. Las casas limeñas en donde se está forjando ese movimiento están herméticamente cerradas para los chilenos y, aún más, para toda persona ajena al circulo de relaciones íntimas de los conspiradores.

—La forma como ustedes se ingenien para investigar es asunto que les pertenece —expresó categóricamente el coronel—. Les pido sí que se muevan con la mayor celeridad. Mañana deben partir dos batallones a la sierra y después irán otros. No quiero que se encuentren en la montaña con la sorpresiva aparición de fuerzas armadas y dotadas por ese misterioso Comité Patriótico de la Resistencia.

El 1.º de abril comenzaron a trepar los contrafuertes de la sierra los batallones movilizados «Maule» y «Aconcagua». Habían sido designados para encabezar la penetración por tener sus campamentos fuera de Lima, lo que facilitaba su movilización sin que fuera advertida por los pobladores de la capital. En la estación de Murón sumaron sus fuerzas y dieron comienzo a la ascensión juntos.

La larga columna fue reptando por el fondo de la quebrada, pisando una senda paralela al río Rímac.

Los soldados marcharon durante todo el día, dejando atrás los caseríos de Santa Inés, Chaclacayo y Los Ángeles. Mientras más ascendían, más desnudo iba siendo el paisaje. Los cerros que servían de paredones a la profunda quebrada eran totalmente áridos y grisáceos. Los exploradores, que marchaban adelantados por sobre las crestas de esas serranías, bajaban cada cierto trecho, para informar al jefe de lo que veían. Según ellos, los terrenos adyacentes a la garganta del Rímac eran absolutamente intransitables; se componían de sucesivas cadenas montañosas, separadas por grietas cataclísmicas, insalvables par el ser humano.

Confiado en las seguridades que le daban los vigías, el comandante les ordenó incorporarse a la columna cuando entraron al caserío de Los Ángeles, y el camino hacia Chosica se continuó sin

exploradores en los flancos. Poco después, el cañón, por donde descendía bullicioso el río, se hizo más estrecho y los paredones laterales más altos y abruptos.

Faltaban tres o cuatro kilómetros para llegar a Chosica, cuando un ruido sordo proveniente de lo alto les hizo levantar los ojos hacia los bordes superiores de los acantilados de roca.

A lo largo de ellos, en ambos costados, habían aparecido centenares de hombres. Vestían casi todos de colores encendidos y sus cabezas destacaban por los gorros de lana con orejeras con que las cubrían. En el momento en que los soldados chilenos levantaron su mirada hacia ellos, echaban a rodar centenares de enormes peñascos, a los que daban su impulso inicial con garrotes y palancas.

La columna se disgregó antes de que el comandante alcanzara a gritar el «rompan filas» y los hombres se dispersaron hacia los costados del sendero, buscando aleros en las grandes rocas empotradas en el suelo, en las grietas y en el río. Pero muchos se mantuvieron a pie firme en medio del barranco dispuestos a hacer quites a las piedras que bajaban rodando, con estrépido de aludes.

Afortunadamente, las que eran lanzadas desde el paredón de la derecha caían al río, haciendo ruido, pero no daño. Eso permitió a los soldados descuidar la vigilancia hacia ese costado y enfocar su atención solamente al paredón de la izquierda, siéndoles más fácil esquivar las piedras.

Pronto el comandante ordenó «fuego a discreción» y la descarga regó de plomo el borde del paredón.

El rodar de los peñascos no cesó al momento, pero, confundidos con las piedras cayeron también los cuerpos de algunos indios, alcanzados por las balas.

Apenas se había apagado el estampido de la descarga, cuando sonaron algunos disparos dispersos en lo alto del acantilado de la derecha y los proyectiles silbaron entre los soldados. El comandante del «Aconcagua» observó atónito el sitio de donde habían surgido.

—¡Maldición! —exclamó—. No son solamente indios; también hay blancos entre ellos y provistos de buenos fusiles.

Sin necesidad de órdenes, los soldados de dos compañías respondieron al fuego de los atacantes. Pero el comandante comprendió que aquella posición era demasiado arriesgada y poco

práctico repeler el ataque en esa forma. Así es que ordenó a los hombres seguir disparando, para no dejar a los indios oportunidad de acercar sus peñascos al borde de los paredones, llamó a su ayudante y le gritó:

—¡Corra a la retaguardia y diga al comandante del «Maule» que haga subir dos compañías por el costado de la derecha de la quebrada y otras dos por la izquierda! ¡Tenemos que desalojar a esos pajarracos de ahí arriba!

Mientras el oficial descendía al galope por el sendero, los soldados iban encontrando parapetos seguros en las mismas rocas que los indios habían lanzado y, ya protegidos, disparaban a los enemigos que osaban asomarse en los rebordes. Su fuego fue entonces exacto y mortífero.

Entretanto, el comandante del «Maule» había cumplido la indicación de su colega del «Aconcagua» atrapando a los montoneros en sus altas posiciones y barriéndolos a tiros. Una hora más tarde, la calma había sido restituida en la quebrada y el comandante del «Maule» avanzaba a reunirse con el del «Aconcagua», arreando ante su caballo a cuatro indios prisioneros. Al comienzo, éstos se resistieron a responder a las preguntas escudándose tras frases dichas en quechua, pero unos enérgicos pinchazos de bayoneta en las nalgas bastaron para hacerlos entrar en razón.

—Vas a contestarme a todo lo que te pregunte y con la verdad —comunicó el comandante del «Aconcagua» a uno de ellos, después de oírlo pedir misericordia en muy buen castellano—. De lo contrario, te hago descuartizar aquí mismo.

El indio abrió los ojos, aterrado, arrodillándose ante el jefe.

—Te diré todo lo que quieras, amo —balbuceó.

—¿De dónde son las montoneras que nos han atacado y quién las envió a este sitio?

—Son las montoneras de Canta, mi señor. Las manda el señor coronel don José Agustín Bedoya.

El comandante se volvió a su ayudante y le ordenó:

—Anote todo lo que declare este prisionero. —Y siguió interrogando al indígena—: ¿Dónde tiene su campamento la montonera?

—En San Jerónimo, mi señor, pues.

—¿En qué parte queda eso?

—En otra quebrada que sale de ésta hacia la izquierda, más allá de Chosica. A tres horas de subir, mi señor.

—¿Hay otras montoneras por esta región? —Como el indio pareciera vacilar, el comandante desenvainó su espada y le apoyó la punta contra el pecho—. ¡Contesta!

—Sí, mi señor —confesó el prisionero, con los ojos desorbitados —. En todas las haciendas se está juntando a los peones.

El comandante retiró su espada.

—¡Maldita sea! ¡Somos unos imbéciles! —masculló rabioso, y girando hacia su ayudante, le ordenó—: Regrese al momento a Lima y participe lo ocurrido al comandante en jefe. Dígale que me estableceré en Chosica con los dos batallones, pero que presumo que deberá mandarme más fuerzas. Agréguele que no emprenderé la persecución de la montonera acampada en San Jerónimo hasta tener una orden de él y que me mantendré a la espera, tendiendo un cordón de tropas en torno a Chosica, para prevenir cualquier sorpresa. Por último, repítale que hemos sido unos…, unos ingenuos al pensar que la entrada a la sierra iba a ser un simple paseo. Regrese cuanto antes con la repuesta.

—¡A su orden, mi comandante!

Cuando el oficial se perdía galopando sierra abajo, los dos comandantes se miraron y en la expresión terca de sus rostros se retrató lo que pensaban. Pero el irritado jefe del «Aconcagua» no supo callárselo.

—¡Qué cándidos, qué fatuos, qué estúpidos hemos sido al creer que tenemos completamente derrotado al Perú! O mucho me equivoco…, o estos cerros y la sierra entera están llenos de hombres dispuestos a arrancarnos las entrañas.

Aquélla era la misma impresión que habían sacado los soldados de la escaramuza. Las repetidas y ufanas proclamaciones de victoria, dichas en todos los tonos por los directores de la guerra, los habían llevado al convencimiento de que, dominados Lima y el Callao, posesionado el ejército de los pueblos de la costa, hacia el norte y el sur, Perú estaba totalmente vencido. La imagen que ellos tenían de la sierra era la de una altísima cordillera, en cuyos valles, estrechos y estériles, vivían algunos escasos grupos indios. Nadie se había preocupado de sacarlos de su ignorancia. Fue la sorpresa de

aquel día la que los ilustró en unos minutos. Luego, en los comentarios surgidos en torno al vivac establecido en el centro del caserío de Chosica, las conversaciones de algunos sargentos y cabos, más enterados, les hicieron comprender que estaban metidos en el centro de un semillero de enemigos.

El coronel Lagos se aferró al borde del escritorio y doblegó la cabeza al recibir la información del encuentro con los montoneros. Hacía poco rato había sufrido uno de sus deprimentes mareos y la noticia que le trajo el ayudante del «Aconcagua» lo impresionó en forma exagerada. La revelación de que en todo el flanco oriental de Lima se estaban formando numerosas montoneras se sumaba a la de que el Gobierno Provisional había proclamado vigente la antigua Constitución de 1860, según la cual correspondía convocar a un congreso para designar oficialmente un presidente y un vicepresidente de la república. Ese congreso se reuniría en Chorrillos en una fecha próxima. Pero, al mismo tiempo, se supo en Lima que el dictador Nicolás de Piérola decretaba la convocatoria a una asamblea nacional en Ayacucho, para el mes de junio, a fin de que ella lo invistiera constitucionalmente como presidente de la república.

El coronel Lagos hizo acopio de energías y se encaminó rápidamente al despacho del ministro Vergara. Éste se movía en su oficina, con evidentes muestras de nerviosidad, reuniendo papeles y guardándolos dentro de una cartera de cuero, mientras el comandante lo ilustraba sobre la aparición de las montoneras en las proximidades de Lima. Solamente se enfrentó al militar cuando éste se refirió a la convocatoria de los dos congresos y concluyó reprochándole:

—Ésta es una majadería, señor Vergara. Vea a lo que nos ha llevado usted con su soberbia. Ahora el Perú tendrá dos congresos y dos presidentes. ¿Con quién diablos vamos a firmar la paz? Todo porque usted no quiso negociar con Piérola.

—¡Déjese usted también de hacerme reproches! —estalló sordamente el aristócrata, agitando, malhumorado, un pliego con el escudo de Chile en el membrete—. Bastante tengo ya con los que

me prodiga el gobierno en esta nota, en la que me ordena regresar al momento a Santiago.

—¿Qué es lo que está usted diciendo? —exclamó, alarmado, el coronel—. ¿Piensa acaso irse a Santiago ahora?

—Así es. Debo embarcarme dentro de tres días, o sea, el 5 de abril.

El comandante en jefe del ejército quedó anonadado.

—¿Y qué voy a hacer yo?… ¿Quién va a atender los asuntos políticos?… Supongo que el señor Joaquín Godoy permanecerá…

—Don Joaquín también se marcha e igual cosa hará el secretario Adolfo Guerrero.

El coronel Lagos se quedó mirándolo, aplastado por la noticia.

Finalmente, consiguió articular con voz ronca algunas frases que reflejaban su sensación de desamparo:

—No, no… A mí no me dejan ustedes sólo frente a este enredo… Soy simplemente un militar…; asumo la responsabilidad del ejército, pero…, pero no me pidan también…

—Lo siento, coronel, pero tendrá usted que tomar el mando total del asunto —le recalcó tercamente el ministro—. Quedará como su colaborador don Isidoro Errázuriz.

El coronel Lagos volvió a negar con movimientos violentos de la cabeza. Conocía a Errázuriz como un impulsivo, que desde su puesto de director del diario *La Actualidad* sólo había sabido enredar más las cosas.

El ministro se encogió de hombros, con un gesto despectivo.

—Entonces tendrá que resolver todos los problemas del Perú según su criterio y guiándose por las instrucciones que le lleguen desde Chile.

El coronel se puso rígido ante la afrenta y pareció que iba a reaccionar explosivamente, pero sus nervios resentidos volvieron a provocarle un derrumbe interior y quedó balbuceando:

—¡Es una mala jugada!… ¡Es una mala jugada, ministro!…

Vergara no se dignó prestarle atención, sino que siguió explicando con marcado fastidio que el Gobierno de Santiago llamaba a todos los miembros de la representación chilena en Lima precisamente para tomar una información detallada de todo lo que estaba ocurriendo en el Perú, a fin de decidir sobre futuras medidas.

—Su actuación frente al problema no será por largo tiempo. En

pocas semanas vendrá gente capacitada a hacerse cargo de los asuntos de la ocupación y de la paz —concluyó.

—Sí, sí —masculló el militar, descontento—, pero entretanto yo estaré aquí como sobre una plancha de hierro caliente, con una organización subterránea de resistencia en pleno fermento y con crecientes montoneros asomándose a los muros de Lima.

—Preocúpese de que esas dos fuerzas no logren ponerse en contacto y distanciará el momento en que estén en condiciones de entrar en acción.

—¿Y cómo voy a impedirlo, si se mueven en la oscuridad? —estalló el coronel Lagos, borrando todo respeto jerárquico.

—¡Mande tropas a la sierra! ¡Limpie de peruanos todo el contorno de Lima! ¡Despeje de todo ser viviente las quebradas de Canta, Huarochirí y Cieneguillas! —le replicó atolondradamente el ministro.

El coronel cuadró los hombros y apretó las mandíbulas.

—Está bien —aceptó—. Procederé como lo indica el señor ministro, pero le advierto, en estas últimas frases que cambiaremos, que ello equivale a encender de nuevo la chispa de la guerra total.

—¡Sea! Nos lanzaremos otra vez en una guerra a fondo.

El coronel Lagos dio un puñetazo feroz sobre su escritorio, luego se puso de pie y comenzó a pasearse nerviosamente. Recién regresaba del despacho del ministro Vergara y sus nervios estaban tensos cuando llegó El Profesor a informarle sobre los resultados de su investigación sobre el misterioso Comité Patriótico de la Resistencia.

Abelardo Núñez permaneció inmóvil, esperando con su cautelosa paciencia a que pasara el rapto de exasperación del militar.

—Pero ¿por dónde se escabullen de Lima? —le interrogó finalmente el coronel.

—Tienen muchas vías para hacerlo, señor —le respondió El Profesor, impertérrito—. Las tropas que se han destinado a cercar la ciudad no alcanzan para tender un cordón completo en torno de ella.

—¿Y dice usted que el éxodo es permanente?…

—Los hombres que envié a los contrafuertes de la sierra me han informado que no hubo día en que no divisaran a decenas de hombres encumbrándose a la montaña.

—¿Y por qué no dieron aviso, para que nuestras patrullas los persiguieran y apresaran?

El jefe del servicio secreto respondió con sorna:

—Porque cuando mis hombres iban por los senderos internos de las quebradas, los fugados de Lima marchaban por las crestas de los cerros y, a la inversa, cuando los míos subían a las alturas, los otros iban por dentro de las quebradas. —Hizo una pausa y agregó algo que lógicamente el jefe del ejército debía conocer—: Coronel Lagos, la sierra es un laberinto que nosotros no dominamos y ellos sí; hay miles de senderos que les sirven y les servirán siempre para burlar impunemente nuestra vigilancia.

El coronel Lagos gruñó algo por lo bajo. Luego se volvió otra vez hacia El Profesor y le indagó, como clamando por una ayuda.

—¿Y usted cree que esta emigración a la montaña es organizada?

—Es lógico suponerlo, señor. Según mis agentes, los hombres que vieron escabullirse hacia las cumbres: eran todos jóvenes, muchos de ellos montados y con armas.

—¿Qué han logrado averiguar ustedes sobre esa condenada liga secreta? —preguntó a su interlocutor.

Lentamente y usando de muchas palabras, para ser sobradamente claro, El Profesor fue informándole sobre los pasos dados por sus agentes. Gastón Dupré había creído reconocer a una de las señoras que vio en el cementerio, en aquella ocasión en que oyó, por primera vez, mencionar al Comité Patriótico de la Resistencia.

—Habiéndola encontrado en una de las calles cercanas de la estación de Viterbo, la siguió hasta verla entrar en la mansión donde tenía su sede la legación del Brasil. Posteriores averiguaciones le permitieron establecer que aquella casona pertenecía a un señor Gregorio del Real, quien alquilaba un ala del edificio a la citada legación. Prosiguiendo la indagación, hemos sabido que el señor Del Real tiene solamente una hija, de nombre Susana, muchacha de cortos años, que todavía no lleva vida social

de ninguna especie —continuó El Profesor—. Sin embargo, en su casa entran y salen continuamente numerosas señoras.

—¿Cree usted que ese Comité de la Resistencia puede estar compuesto de mujeres? —inquirió el coronel, con sorpresa e interés.

—Mujeres eran las que hablaban de él en el cementerio, coronel. Pero tendríamos que ser muy cándidos si creyéramos que mujeres solas pueden enviar soldados y armas a la sierra. Además, Dupré ha podido observar que a la casa del señor Del Real entran también varios hombres jóvenes.

—¡Ajá! —Los ojos del comandante en jefe brillaron de entusiasmo—. Todo es cosa entonces de practicar un allanamiento sorpresivo a esa casa, cuando sepamos que los sospechosos están dentro —determinó.

—Imposible, coronel —le objetó El Profesor—. No olvide que el edificio está salvaguardado por la bandera del Brasil. Habrá que esperar una ocasión propicia, coronel; aguardar hasta que veamos salir a un grupo numeroso, caer sobre él en la calle, apresar a los que se pueda y someterlos a un interrogatorio.

El coronel Lagos respiró tranquilo.

—Me parece muy acertada su proposición, señor Núñez —aprobó—. Lo autorizo para preparar esa ocasión. Póngase de acuerdo con el comandante del batallón «Bulnes», que está encargado de las funciones de policía en la ciudad, y atrápeme a esos misteriosos conspiradores. Pero, por favor, no me falle.

El Profesor volvió a sonreír imperceptiblemente y se retiró sin agregar una palabra.

Pero el grupo de hombres asilados en la casona de Gregorio Del Real estaban permanentemente alerta, en especial el capitán José Miguel Pérez. Antes de cuarenta y ocho horas, sus ojos avizores habían descubierto los sospechosos vagabundeos del agente Dupré por el barrio.

—Ese hombre es demasiado fornido y bien alimentado para ser un gañán, como trata de aparentar. No hay duda de que es un espía chileno —dijo al coronel Cáceres.

El coronel juzgó innecesario hacer comentario alguno. Un espía

enemigo frente a la casa sólo podía significar que se había descubierto su presencia en ella. No podía imaginar que su vigilancia obedeciera a otra razón que la de apresarlo, tan pronto abandonara la protección de la bandera del Brasil.

—Será necesario que desaparezcamos de aquí, capitán —dijo al oficial y agregó—: Aunque la cicatrización de mis heridas, así como la de los tenientes Castellanos y Bedoya, no nos permiten todavía subir a la sierra, podemos movilizarnos dentro de Lima. Por otra parte, los chilenos han comenzado a enviar tropas a la cordillera y, si demoramos mucho nuestra partida, quizás encontraremos todos los senderos ocupados.

El capitán Pérez asintió con la cabeza, pero le objetó respetuosamente:

—En ninguna parte podrá estar usted más seguro que aquí, señor.

—Oh, no es mi seguridad la que busco, capitán, sino mi libertad de acción —le observó el veterano, con ardor—, y bastará con que envuelvan esta casa con una guardia permanente, para anularme por completo, impidiéndome ir a la sierra a organizar tropas.

—Usted está maltrecho todavía —siguió Pérez—: ¿Dónde podrá esconderse hasta que se halle en condiciones de subir a la sierra?

—En mi propia casa —le aclaró, con firmeza, el coronel—. La han registrado tantas veces… Jamás imaginarán que tenga la audacia de volver a ella.

El oficial sonrió, reconfortado por la resurrección de la conocida temeridad de su jefe.

—Es cierto —aprobó—. ¿Y cómo haríamos para trasladarnos a la casa de San Ildefonso?

El coronel entrecerró los ojos y divagó.

—Al sonar el toque de queda, el espía abandonará su vigilancia, suponiendo que lo reemplazarán las patrullas nocturnas. Pero éstas saldrán de sus cuarteles en ese momento preciso. En llegar hasta este barrio demorarán lo menos diez minutos, los que tendremos que utilizar para llegar hasta mi casa.

—Son diez cuadras las que tendremos que caminar y a paso vivo —le observó el oficial—. Sus heridas pueden abrirse por causa del esfuerzo.

—Ordene que un criado vaya a llamar al doctor Sosa. Le pediré

que me haga un vendaje bastante fuerte y rogaré a Dios que me dé fuerzas para llegar hasta mi casa.

El plan comenzó a ponerse en práctica al momento y el médico se presentó ante el edificio de la legación del Brasil poco después de las ocho de la noche. Después de observar, con ojos desconfiados, a través de la juntura de los batientes, la criada negra quitó la cadena y terminó de abrir el portón.

—¡Por Dios, mujer! —protestó airadamente el doctor a tiempo de entrar al zaguán—. ¡Qué manera de demorarlo a uno en la calle, sabiendo lo peligroso que es andar por Lima ya oscurecido!

—No me pongo nerviosa yo, que soy mujer… —masculló la negra Gregoria.

El médico se encocoró ante la insolencia.

—No pensarás compararte conmigo, negra chocolate —protestó enojado, mientras la seguía al interior de la casa.

El diminuto doctor entró en la sala, donde lo aguardaban el coronel Cáceres, su esposa y los oficiales Pérez, Bedoya y Castellanos.

Juntando los talones, en un ademán que hacía aún más ridícula su figura, el médico hizo una rígida venia ante la señora y luego fue haciendo otras, con gran tiesura, ante cada uno de los presentes. Terminado su protocolar saludo, se encaró con el coronel Cáceres.

—Es un poco tarde para hacerme venir, ¿no estima usted, señor? El toque de queda está por sonar y, aunque, en mi calidad de doctor tengo libre tránsito a toda hora, no es recomendable toparse con una patrulla chilena y…

—No perdamos tiempo entonces —lo interrumpió el coronel—. Sólo voy a demorarlo unos minutos. Necesito que me examine la herida de la cadera y que me eche un vendaje lo más ceñido que se pueda.

El médico rezongó todavía algo más, pero terminó por quitarse la capa, con un ademán mosqueteril que hizo sonreír a los oficiales. Percatado de esas sonrisas, el cirujano los fulminó con una mirada retadora.

—Señores oficiales —les expresó tajante—, háganme el favor de dejar la habitación, para que el señor coronel pueda desnudarse.

—¡Caray, doctor! ¡No faltaba más! —dijo con jovialidad Cáceres —. Ellos son mis ayudantes y, con seguridad, van a verme en toda

clase de posturas en la campaña que se nos avecina. —Volviéndose a su esposa, le concedió, con cariño—: Tú, Antonia, si lo deseas, nos dejas.

La señora aceptó con un cerrar de ojos y se encaminó hacia la puerta interior.

Ayudado por el capitán Pérez y por el médico, Cáceres se quitó el pantalón. Anchas vendas le envolvían la cadera y la pierna derecha, desde la cintura hasta la rodilla. Como no había en la sala ningún lecho, el doctor Sosa lo hizo ponerse de pie y apoyarse sobre los hombros del capitán.

—Va a tener que soportar el dolor, coronel —le advirtió.

—Háble me de las cosas que ha visto en Lima y así me distraigo —le sugirió el militar.

El cirujano comenzó a desprenderle lentamente el vendaje dando rápidos tironcillos cuando el lienzo se adhería a la herida.

—Dicen que mañana se embarca para el sur el ministro de la Guerra chileno —iba informando el doctor, a medida que trabajaba —. Ojalá la partida de ese bandido aminore las humillaciones de nuestros compatriotas. Se marcha también todo su séquito de expoliadores y queda a cargo de la ocupación el comandante en jefe del ejército chileno, un simple coronel, de nombre Pedro Lagos. Se comenta asimismo que éste es un hombre cansado de la guerra, opaco y sin ánimos.

Interrumpió su monólogo para dedicarse a examinar la herida.

—¡Hum! —exclamó levantando el rostro hacia el coronel—. Esto tiene muy buen aspecto, señor: está terminando de cicatrizar.

El veterano aflojó sus músculos y respiró hondo.

—Bien —dijo blandamente—. Écheme otro vendaje muy firme, que sea suficiente para impedir que se me abra la herida, aunque tenga que caminar.

—No es necesario, señor —replicó el médico, ufano—; bastará con que guarde usted el debido reposo y… —Se detuvo bruscamente, captando recién la intención del coronel—. No me diga usted que…, que está pensando en caminar…, salir a caminar —balbuceó receloso.

—Justamente, eso es lo que pienso, doctor. Esta misma noche me traslado a mi casa.

Asombrado, el cirujano se puso de pie lentamente.

—No es posible, señor —aventuró.

—Le agradezco su interés, pero le ruego limitarse a prestarme el servicio que le he pedido. Véndeme la herida en forma tal que pueda caminar desde aquí hasta mi antigua residencia —respondió el coronel.

El cirujano inclinó la cabeza.

—Usted ordena, señor coronel —murmuró—, pero que no se diga después que no le advertí.

Sin agregar una palabra más, comenzó a trabajar afanosamente, para salir de aquella casa antes de que sonara el toque de queda.

El grupo de fugitivos esperó en silencio en el zaguán de la residencia de Gregorio del Real. Los tenientes Joaquín Castellanos y Augusto Bedoya, vestidos ambos con las ropas raídas que les proporcionara el superior del convento de los jesuitas, se apoyaban mutuamente, pues estaban todavía bastante débiles.

El coronel Cáceres, envuelto en un gabán oscuro, de anchas solapas, cubierto con un sombrero negro, de alas blandas y apoyado en un bastón, aguardaba junto a su esposa y el capitán Pérez. Habían determinado salir en dos grupos, precedidos por la negra Gregoria, encargada de tenerles franca la puerta de la casa de San Ildefonso.

A las nueve sonaron las cornetas militares anunciando la hora de la queda. Casi enseguida descendió corriendo las escaleras la astuta negra que servía a doña Antonia. Con acento entrecortado por la precipitación, les anunció que se había ido el espía. Era el momento que esperaban.

El coronel Cáceres hizo señas al portero de Del Real para que abriese el postigo pequeño enmarcado en uno de los grandes batientes del portón. Luego se despidió de los demás y salió, tomado del brazo de su esposa y seguido a pocos pasos por el capitán Pérez.

Cinco minutos después abandonaron la casa los dos ayudantes.

Tal como lo había calculado el jefe serrano, después del toque de queda se produciría un momento de soledad absoluta en las calles de Lima, hasta que comenzaran a recorrerlas las patrullas

nocturnas. Gracias a eso, pudieron cruzar la ciudad hasta la apartada calle de San Ildefonso y sin que se les interpusiera persona alguna. Doblaban por ella, en dirección hacia el río, cuando sintieron el ruido de un pelotón de soldados que avanzaba desde el centro de la capital. El coronel Cáceres hizo un último esfuerzo para sobreponerse a la fatiga que le producía aquella primera caminata y, sustentado de ambos brazos por doña Antonia y el capitán Pérez, logró llegar hasta la ancha portada de la casa familiar de los Cáceres.

Entraron apresuradamente y la criada entornó la pesada hoja de madera que había abierto. Como debía quedarse allí en espera de los dos oficiales que venían más atrás, retuvo a su ama, diciéndole:

—Señora, al llegar me he encontrado con una sorpresa enorme. Hallé un visitante aquí dentro.

Al oír aquello, tanto el coronel como el capitán Pérez se detuvieron en seco y este último sacó de su cinto un revólver.

—¿Un visitante? —inquirió el jefe, intranquilo.

—Sí, amo —le respondió la negra—, nada menos que el señor comandante Mariano Muñoz.

Antonia se encargó de explicar que ese militar era el enlace entre el Comité Patriótico de la Resistencia y las fuerzas que se estaban organizando en la sierra.

—Algo grave debe estar ocurriendo en los pueblos altos, para que el comandante se haya decidido a entrar en estos momentos a Lima —alcanzó a discurrir Cáceres, cuando del fondo del zaguán se desprendió una sombra.

—Comandante Muñoz, ¿a qué ha venido? —quiso saber el coronel.

El misterioso visitante se irguió y le respondió, con marcada solemnidad y ufanía:

—A comunicarle, señor coronel, que las montoneras que los coroneles Bedoya y Francisco Segura han organizado en Canta y Huarochirí están listas ya para entrar en acción; y también a reclamar su presencia frente a ella.

Minutos más tarde, habiendo logrado refugiarse también en la casa los tenientes Bedoya y Castellanos, los dos jefes se aislaron dentro de una sala vacía de muebles y cambiaron sus impresiones.

El coronel Muñoz explicó que las montoneras, fuertes en 700

hombres, estaban diseminadas en los alrededores de la quebrada de Carampoma, ocupando los poblados de San Jerónimo, Santa Eulalia, Huaynani y Callahuanca.

—Setecientos hombres son muy pocos para intentar siquiera un simulacro de ataque a Lima —reflexionó el coronel—, menos aún cuando esos hombres no son soldados del ejército regular.

El comandante Muñoz tuvo que reconocer que eso era verdad. Las montoneras estaban compuestas por veinticuatro oficiales blancos y los soldados eran todos indios. Luego explicó a su interlocutor cómo había sido posible formar aquellas montoneras. Autorizado por Piérola, José Agustín Bedoya descendió con su hijo Manuel y ocho muchachos de la familia hasta el caserío de San Bartolomé, en donde topó con el subprefecto de Huarochirí, Ricardo Bentín, patriota ardoroso y hombre de acción. Éste le proporcionó los primeros montoneros indios. Poco después, se le incorporó su cuñado, Francisco de Paula Segura, con otra indiada. Juntos decidieron cortar la línea del tren que iba de Lima a Chicla y, al llegar junto a la vía, encontraron en esa zona a un grupo de soldados, que vagaban dispersos y desorientados desde la derrota de Miraflores. Esos hombres conservaban sus fusiles Peabody y sus municiones, factor valiosísimo en esas circunstancias. Fueron incorporados inmediatamente a las filas, con tanta suerte, que dos días después se produjo el choque de la montonera con las fuerzas chilenas que ascendían para acantonarse en Chosica.

El coronel Cáceres vibraba entero con este relato.

—¡Magnífico! —comentó—. Así comenzará a crecer el ejército que levantaremos en la sierra. Pero no hay que comprometer a sus primeros cuerpos en acciones prematuras, que mermen su dotación. Por eso lo comisiono, comandante Muñoz, para que vuelva a Santa Eulalia y diga a los coroneles Bedoya y Segura que no acometan la descabellada empresa de mellar sus fuerzas en un ataque destinado a Lima; que esperen hasta que yo pueda ir con ellos.

—A eso he venido, principalmente, señor —le replicó el comandante, poniéndose de pie—. A saber cuándo subirá usted a la sierra a tomar el mando de las fuerzas de la resistencia.

El ayacuchano se levantó.

—Estoy semiinválido todavía —declaró—, pero concédanme diez días más de plazo. Digamos…, el 15 de abril. Ese día ascenderé

a la sierra e iré a reunirme con ustedes.

—Gracias, señor coronel —exclamó el comandante Muñoz—. Tenga usted la certeza de que lo estaremos esperando. Todos los pobladores de la sierra, un ejército en potencia, lo aguardan; y centenares de oficiales y soldados que no han querido conformarse con la derrota, están dispuestos a dar las vidas luchando bajo sus órdenes.

8

El coronel Pedro Lagos, escoltado por un piquete del «Cazadores», asomó por la avenida de circunvalación del poniente de Lima y al momento el centinela del cuartel del batallón «Esmeralda» dio el aviso a la guardia. Al llegar a la antigua Escuela de Artes y Oficios, el oficial de servicio y sus hombres presentaron armas, a tiempo que un corneta daba un toque anunciando la llegada del comandante en jefe.

El coronel Holley llegó hasta la guardia abrochándose el cuello de la guerrera. Lagos lo saludó sin apearse del caballo.

—Voy de pasada, coronel Holley —le explicó—. Quiero saber qué servicios especiales está prestando el «Esmeralda».

—Diversos, mi coronel —le informó el jefe del regimiento—. Semana por medio proporciona guardia a los hospitales «2 de Mayo» y «Santa Sofía»; mes por medio hace la guardia del Palacio de Gobierno. Cada noche da seis patrullas para que custodien los barrios céntricos de la ciudad.

El coronel Lagos se rascó la cabeza. Traía su resolución tomada y sus preguntas habían obedecido a una mera formalidad; pero en los últimos meses su voluntad era muy vacilante e involuntariamente hacía rodeos antes de exponer as determinaciones.

—Bien —se decidió—. Este batallón es demasiado fogueado para que los desperdiciemos en labores policiacas. Desde mañana cambiará sus servicios.

El rostro del coronel Holley se iluminó de contento.

—¿Cuál será nuestra destinación, mi coronel? —preguntó.

—Lo establecerá extendido a lo largo de todo el costado oriental de Lima, tratando de cubrir las entradas a las tres quebradas

principales que conducen a la sierra. Su misión será impedir el paso de todo individuo que no vaya provisto de un salvoconducto debidamente autorizado por mí. Procederá implacablemente. Si alguna persona o un grupo tratan de escabullírsele y no se detienen a la orden de «alto», las inmovilizarán a balazos.

—Entendido, mi coronel.

El comandante en jefe se despidió y recogió las bridas de su caballo disponiéndose a partir. Pero antes quiso hacer una advertencia al jefe del «Esmeralda».

—El terreno en que tendrán que maniobrar —le dijo— es difícil y está infestado de montoneras. Prepárese para resistir cualquier sorpresa.

—Descuide, mi coronel —le expresó Holley—. El regimiento «Esmeralda» se mantendrá en perfecto pie de guerra, como en plena campaña.

Al alba siguiente el batallón se encaminó hacia las estribaciones de la sierra y ya al mediodía ocupaban las posiciones que el propio coronel Holley fue estudiando. Sus compañías quedaron extendidas en un amplio semicírculo entre el Cementerio General, ubicado en la margen sur del Rímac, y la ladera del este del cerro San Bartolomé. El arco cortaba todas las entradas a Lima, por el lado de la sierra, especialmente las que servían a los senderos descendentes de las quebradas de Huarochirí y Cieneguillas. Los que bajaban por la quebrada de Canta estaban interceptados por el batallón «Buin».

Aquella noche del 4 de abril, la tercera compañía del primer batallón del «Esmeralda» dormitaba junto a sus fogatas después de haber tomado todas las precauciones que había ordenado el coronel Holley. Una escuadra había sido avanzada hasta el espolón del cerro San Bartolomé para que vigilara desde allí y cuatro exploradores recorrían incesantemente el camino que desembocaba en la quebrada de Huarochirí.

Mandaba a la escuadra de guardia en el San Bartolomé el teniente José Antonio Echeverría, pero habían ido a hacerle compañía sus inseparables amigos el capitán Manuel Aguirre Peña y Lillo y el teniente Alberto del Solar.

El teniente Echeverría era un muchacho alto, delgado, de rostro pálido y ojos claros, que entrecerraba siempre al mirar, como si fuera algo corto de vista. Usaba la barba oscura muy corta y el

bigote espeso. Su voz era suave y en ella vibraba siempre un leve dejo irónico.

—Si hace dos años alguien me hubiera dicho que iba a disfrutar durmiendo a tierra rasa y que me sentiría cómodo dentro de un uniforme parchado en diez partes y con unas botas por cuyas descoseduras suelen salírseme los dedos, me habría reído a gritos o tal vez me hubiera enojado con mi interlocutor —divagaba, sonriendo—. Pese a las privaciones y penalidades, la guerra me ha dado una sensación de vida que antes, en mi adorada ociosidad, no disfruté. En realidad, me alegro de haber venido. Pero mi familia no piensa lo mismo. —Lanzó una carcajada suave—. Como me negué a aprovecharme de su influencia, para regresar a Chile con la mitad del ejército que se marchó con mi general Baquedano, me enviaron a un mozo de confianza de la hacienda de mi padre, «para que me cuidara y atendiera» —dijo Echeverría repitiendo la frase pertinente de la carta con que llegó el criado.

—¡No digas! —exclamó, jocosamente, Del Solar—. ¿De modo que tienes un criado para que te sirva en el ejército?

Echeverría hizo un guiño de complicidad y señaló con un movimiento de cabeza hacia su derecha. Ovillado entre dos piedras roncaba un hombre bajo y rechoncho. Por debajo de la visera del gorro se escapaba el cabello gris y duro.

—Se llama Lucas Castro —les explicó el teniente— y ahora es mi ordenanza. Cuando yo nací, ya era mozo del fundo de mi padre y, poco menos, me crió a sus pechos. Por eso lo mandaron a la guerra, hace un mes, para que me siguiera cuidando —agregó con un dejo de ternura hacia el viejo peón—. Y el pobre Lucas está en la guerra como un buey delante de un piano; no sabe siquiera si las balas salen del fusil por la culata o el cañón.

No terminaban de celebrar la broma, cuando el silbido vertiginoso de una bala pasó sobre sus cabezas.

—¡Atención, han disparado en el camino! —exclamó el capitán Aguirre y se puso en pie de un salto.

Los otros dos oficiales lo imitaron al instante, mientras los ocho soldados de la escuadra salían, soñolientos, de entres sus mantas y aferraban sus armas.

—¡Es la cuarta de exploradores que tengo abajo! —observó Echeverría—. Seguramente han cazado a algún intruso. ¡Escuadra,

atención! Vamos a bajar al camino. ¡Lleven los fusiles preparados, pero tengan cuidado de no disparar contra nuestros propios exploradores! ¡Adelante! ¡Al trote, mar!…

En no más de tres minutos estuvieron en el camino y se detuvieron, con las cabezas proyectadas hacia adelante, tratando de distinguir algo en la penumbra. Al cabo de unos segundos se oyó el ruido confuso de pies sobre pedruscos y también el golpear de los cascos de algunos caballos.

Los hombres se inmovilizaron, con las bocas de los fusiles enfocadas sobre el centro del camino. Pronto, en la oscuridad, comenzaron a tomar forma varias sombras que se acercaban. Cuando estaban a no más de treinta pasos, el teniente Echeverría se adelantó un par de metros y les dio el «alto».

—¿Quién vive? —inquirió enseguida, con acento amenazador.

Del grupo detenido en mitad del camino surgió una voz tranquila:

—Exploradores del «Esmeralda».

—Son mis hombres —reconoció Echeverría, dirigiéndose a los que lo rodeaban—. Acerquémonos para ver quiénes son esos dos jinetes que traen con ellos. ¿A quiénes traen ustedes? —preguntó el oficial cuando llegaba cerca de sus exploradores.

—Sorprendimos a estos dos sujetos que venían bajando de la sierra. No quieren hablar —respondió el infante.

Desde lo alto de uno de los caballos cayó una risa cansada.

—No es que no queramos hablar, hombre, sino que venimos tan agotados que no nos salen las palabras —dijo socarronamente—. Le expliqué al cabo quiénes somos y no nos creyó; entonces preferimos que nos trajeran acá, para evitar discusiones.

El teniente Del Solar se había aproximado a los jinetes, hallando algo de familiar en aquella voz burlona. Pero el teniente Echeverría no estaba para bromas.

—¡De una vez por todas, digan quiénes son ustedes!

—Soy el mayor Manuel Rodríguez, del Estado Mayor General, y éste que viene en la otra mula es lo que resta de mi ordenanza Gaspar Acosta —respondió el jinete.

—¡Mi mayor Rodríguez! —saltó alegremente Del Solar—. Ya me parecía reconocer su voz.

Una voz plañidera brotó del bulto que venía sobre la bestia

vecina, suplicando cómicamente:

—¿No tendrían un traguito de aguardiente *pa* volver a la vida, mis señores oficiales?

Echeverría rió, pese al tono lastimero del pedido, y ordenó a un hombre:

—Convídele aguardiente de su cantimplora, sargento. —Enseguida, se acercó al caballo del otro explorador, para inquirirle —: ¿De dónde diablos salen ustedes, mi mayor?

—De la sierra, mi viejo —le respondió, cariñosamente, el interrogado—. ¿Quién eres tú? Traigo los ojos entelados de tierra.

—Teniente José Antonio Echeverría.

—Capitán Manuel Aguirre Peña y Lillo.

—Teniente Alberto del Solar —se presentaron los oficiales.

—¡Ah, los pijes del «Esmeralda»! Me alegro de volver a verlos —confesó con acento cariñoso el mayor.

Su ordenanza, que tragaba aguardiente glotonamente, hizo un alto para pedir en tono meloso:

—¿No podría echarle un poquito de pólvora, mi sargento, *pa* que sea chupilca del diablo? Es lo único que me puede devolver el ánimo, tan maltratado como vengo.

Oficiales y soldados soltaron una estruendosa carcajada.

—Bueno —dijo el mayor Rodríguez, pasada la hilaridad—, no perdamos más tiempo. Llévenme donde el coronel Holley, tengo que comunicarle que los montoneros están en la punta de estos cerros, un poco más arriba.

A la voz recordándoles el peligro de los montoneros, todos volvieron a ponerse serios y los soldados aprestaron nuevamente sus fusiles.

Entretanto, el explorador seguía explicándoles:

—Parece que se preparan a atacar a las tropas que guardan a Lima por este lado, es decir, a ustedes, niños. De modo que «mucho ojo» y no suelten las armas. Alguno de ustedes acompáñeme a presencia de mi coronel Holley.

—Yo iré con usted, mi mayor —se ofreció al punto Del Solar.

Poco después de la una de la madrugada los dos exploradores fueron introducidos a la casa donde pernoctaba el coronel Holley. Aun cuando nadie les dio orden alguna, los soldados fueron incorporándose de sus mantas y se mantuvieron conversando en voz

baja o paseándose de grupo en grupo, para comentar la noticia que había traído el mayor Rodríguez. El ordenanza Acosta contó que los enemigos podían caer en cualquier momento sobre las líneas chilenas. Una nerviosa fiebre bélica iba creciendo entre los soldados, a medida que se acercaba la aurora.

Entretanto, el mayor Rodríguez rendía un informe minucioso al jefe del regimiento y se aprestaba para ir hasta Lima, a fin de repetírselo al comandante en jefe del ejército. Cuando salió de la casa del coronel Holley, un ayudante indicaba ya al corneta de órdenes que tocara «llamada de oficiales». Montados sobre sus mulas, los dos exploradores alcanzaron a ver al coronel Holley dando una orden al segundo comandante del regimiento, el mayor Saturnino Retamales.

—Redoble la vigilancia —le decía—. Establezca una gran guardia permanente, de medias escuadras diseminadas cada doscientos metros, desde el cerro San Cristóbal hasta el San Bartolomé.

El mayor Rodríguez y su inseparable ordenanza chicotearon las mulas y fueron bajando hacia Lima, mientras el «Batallón de los Pijes» se activaba, entusiasmado con la perspectiva de un nuevo combate.

El coronel Lagos frunció las cejas cuando recibió el informe del explorador y parecía dudar de sus afirmaciones. El mayor tuvo que repetírselo enfáticamente.

—Mi coronel Lagos —le dijo—, si los montoneros no atacan hoy mismo será solamente porque sus jefes son flojos. Pero le aseguro que los aprestos que les hemos visto hacer indican que el ataque debe producirse pronto.

—Pero… ¿ustedes estuvieron entre ellos? —le indagó el comandante incrédulo.

—Naturalmente, mi coronel —le respondió el oficial, con firmeza—. La situación allá arriba es muy diferente a como los chilenos se la imaginan. A medida que mi ordenanza y yo subíamos por senderos aislados, marchando paralelamente a la línea del tren, fuimos dándonos cuenta de eso. Allí se vive en un mundo

desconocido, distinto y muy poblado. Nosotros pensábamos, en forma demasiado optimista, que se había terminado la guerra, mi coronel, y que en el Perú no quedaban más hombres decididos a seguir luchando. Es un error, mi coronel, un profundo error.

El comandante en jefe se quedó mirando casi con enojo al oficial, que venía a remacharle que la contienda tendría que proseguir.

—¿En qué se basa usted para hacer esa afirmación, mayor? —le inquirió.

—En hechos, mi coronel. El dictador Piérola se encuentra actualmente en Jauja, ciudad enclavada en la zona más rica del valle longitudinal, que corre por las alturas de la sierra. Hasta su cuartel general están llegando todos los días más y más oficiales peruanos, que se fugan de Lima a la desesperada, reanimando su patriotismo por la opresión de que aquí se les hace víctimas. Han sido tantos los que han trepado a la sierra que les ha sido posible organizarse en un batallón, formado exclusivamente por jefes y oficiales, resignado a combatir como soldados rasos. Han bautizado a su batallón «Constancia», aunque los serranos los llaman «Lagartos», por la inactividad a que los ven reducidos. Ese cuerpo está bajo el mando del coronel Augusto Barnechea. Pero además de este batallón, existe otro, formado sobre los restos del «Pichincha», que el dictador hizo disolver hace poco más de un mes. El comandante del batallón «Pichincha», teniente coronel Miguel de la Jara, lo volvió a organizar, tomando como base los ochenta hombres que permanecieron junto a él, a los cuales agregó 25 gendarmes de Jauja. Este cuerpo ha sido bautizado «Batallón Junín».

El coronel Lagos lo interrumpió, sacudiendo la diestra.

—No considero que representen un peligro esos dos batallones improvisados, mayor, y me parece un tanto excesiva la alarma que trata usted de sembrar ahora.

Por unos momentos el rostro moreno del explorador se puso tenso. Pero sus ojos inteligentes captaron la amargura y la fatiga que se estampaban en las arrugas y las ojeras del coronel y decidió pasar por alto la actitud con que lo trataba.

—Le ruego que me deje explicarme con mayores detalles —le solicitó—. En verdad, esos dos batallones, en sí mismos, no

constituyen una fuerza digna de ser temida, pero en ellos se mantienen cohesionados los instructores y oficiales que han de guiar a las montoneras indias, primero, y que han de adiestrar al nuevo ejército, más tarde.

—¿El nuevo ejército?… ¿De cuál ejército me está usted hablando?

—Del que se está formando en la sierra, mi coronel —afirmó gravemente el mayor Rodríguez—. No crece con rapidez porque aún no aparece un caudillo que cree la mística de la guerra serrana. Por el momento son los hacendados de los valles altos, todos comandantes y coroneles, los que…

—¡Bah! —volvió a interrumpirlo el jefe—. En la organización militar del Perú daban esos grados a cualquiera que tuviera alguna representación.

—Sí —aceptó el oficial—, que tuviera alguna representación, pero también hombres bajo su tutela. Y eso es lo que están esgrimiendo los potentados de la sierra. Los hacendados, gobernadores, dueños de plantaciones o simplemente caudillos mantienen bajo su férula a poblaciones de miles de indios, negros y mulatos. Ellos serán la carne del ejército serrano. Y en estos momentos los están reuniendo, aleccionando, armando.

El comandante en jefe dobló la cabeza, preocupado, y se mantuvo unos segundos en silencio.

—¿La montonera que amenaza nuestra línea exterior de Lima está formada por esos elementos?

—No exactamente, mi coronel. Las montoneras de los coroneles José Agustín Bedoya y Francisco Segura han sido formadas, mediante reclutación por la fuerza, de los siervos de las haciendas encerradas en las quebradas de Carampoma y Huarochirí. Ésos son indios, pero también han sido enrolados muchos cholos, negros y aventureros que pululan por los poblados altos, traficando con la alcoholización de la indiada.

—¡Hum! Un contingente muy selecto, ¿no? —acotó el coronel.

—Soldadesca terrible, mi coronel. Cualquier encuentro con ella ha de acarrear consecuencias bárbaras.

—Bien. Procederemos con mano de hierro, entonces.

—Escúcheme, mi coronel —insistió el oficial—. Los indios, que representan el grueso de la población serrana, se mantienen aún en

actitud absolutamente pasiva. Ellos no entienden el concepto de patria, para ellos no existe el Perú como su nación; el pedazo de suelo en que viven y laboran atrae todos sus sentimientos. Hasta ahora no han sido afectados en su tierra, la guerra no los ha rozado y, por lo tanto, no desean revancha alguna. Pero las montoneras comienzan a adquirir prestigio ante sus ojos. Las prédicas de los blancos, de los oficiales, de las autoridades civiles, de los dueños de las haciendas van insuflándoles calor bélico y sólo falta que un último factor principie a actuar para que se levante la indiada: los frailes de los pueblos serranos. Ellos ejercen un dominio absoluto sobre los nativos. Como se decidan a predicar el alzamiento, pobladas completas tomarán las armas.

—Hay que actuar entonces antes de que germine esa idea —discurrió Pedro Lagos.

—Ésa es la forma de enfocar el problema, mi coronel —reconoció el explorador—. Es preciso exterminar a las nacientes montoneras antes que su prestigio guerrero despierte la admiración de los indios y los lleve a desencadenar una cruzada serrana, una guerra santa encauzada por el clero rural.

Recién entonces el comandante en jefe pareció comprender el fondo de la información que le entregaba su subalterno. Rápidamente tomó lápiz y papel y se dispuso a anotar datos concretos.

—¿A cuántos hombres ascienden las montoneras que están asomadas a las goteras de Lima? —preguntó.

—Es difícil precisarlo, pero calculo que deben ser unos seiscientos. ¡Ah, y le advierto que muchos de ellos están armados de fusiles Peabody!

—¿Qué otras armas poseen?

—Lanzas, machetes y hondas. Pero sus armas más peligrosas son las galgas.

—¿Qué son ésas? —preguntó el coronel.

—Grandes piedras arrancadas de los cerros, que los indios colocan en equilibrio en los bordes superiores de los desfiladeros y que arrojan, como una granizada gigantesca, sobre los que pasan por los caminos del fondo. Es un recurso que les ha enseñado la naturaleza. Cuando se desencadenan las tormentas de verano, esas galgas se desprenden solas.

—¿Cuáles son los lugares de concentración de esas montoneras? —siguió preguntando.

—Los que voy a mencionarle no son todos los sitios en que se están formando —le aclaró el oficial—, pero sí son los más importantes. Anote: los pueblos de Canta, San Jerónimo y San Mateo. El primero está en la quebrada de Canta y las montoneras de ese poblado las organiza un poderoso hacendado, señor de horca y cuchillo, llamado Manuel Encarnación Vento. El segundo pueblo, San Jerónimo, está dentro de la quebrada de Carampoma y la montonera la ha formado el prefecto José Agustín Bedoya; y el tercero, San Mateo, está en la quebrada de Huarochirí y la leva forzosa la está aplicando el subprefecto Ricardo Bentín.

Pedro Lagos siguió escribiendo e interrogando al mismo tiempo.

—¿Las montoneras de esos tres lugares son las que se han acercado a Lima?

—No hemos podido determinarlo, pero oímos decir que eran solamente las de Bedoya y Bentín. En ese caso, tendrían su cuartel general en San Jerónimo.

—Ése será nuestro objetivo entonces —decidió Lagos—. Enviaré fuerzas suficientes como para arrasar ese lugar y cortar el mal de raíz.

Se había vuelto a poner de pie, dando por terminada la entrevista, pero el explorador le solicitó un poco más de atención.

—Lo esencial es la movilidad en este tipo de ataque, mi coronel —le observó—. Es forzoso enviar tropas que se puedan mover más ágilmente que los montoneros en esas tierras escarpadas.

—Caballería entonces —apuntó el coronel, y estampó en el mismo papel el nombre del regimiento «Carabineros de Yungay».

—También hará falta infantería experta y veterana, mi coronel —añadió Rodríguez.

El jefe anotó inmediatamente debajo: batallón «Buin». Dos compañías.

—Con eso bastará, mi coronel —concluyó, satisfecho, el oficial.

Pero el jefe acababa de darse cuenta de que faltaba algo más:

—Claro que estas tropas no podrán adentrarse en la sierra sin ser guiadas por una persona muy conocedora del terreno. ¿Está usted en condiciones de cumplir esa misión?

El mayor Rodríguez entrecerró los ojos. Se observó

pausadamente las ropas arrugadas y cubiertas de polvo, se pasó la diestra por la barba crecida en los diez días de marcha y concluyó con resignación:

—Concédame veinticuatro horas para dormir y volver mis huesos a su posición normal y partiré.

Pedro Lagos se frotó las manos, satisfecho. El temple de aquel hombre entonaba el suyo haciéndole sentir la confianza y el brío de antes, que lo distinguieron como un guerrero ejemplar.

—¡Perfecto! —aceptó—. Hoy es jueves, descanse todo el día de mañana; y el sábado, 8 de abril, partirá usted guiando las tropas indicadas.

—A su orden, mi coronel.

El teniente coronel Germán Alcérreca no supo cómo reaccionar ante la información que acababa de traerle su ayudante. Comisionado por el coronel Lagos para comandar la columna que subiría a la sierra, en su calidad de segundo comandante del escuadrón «Carabineros de Yungay», ordenó a su ayudante que fuera a buscar al mayor Manuel Rodríguez, que serviría de guía a la expedición. Pero el oficial había vuelto, diciéndole que el ordenanza del explorador se había negado a despertarlo.

Desconcertado, el comandante Alcérreca no atinó a otra cosa que a hacer acudir al ordenanza.

Cuando Gaspar Acosta asomó ante él, pestañeando soñoliento, le dieron deseos de reír, pero se contuvo.

—¿Y cómo se ha atrevido a impedir que se cumpla una orden mía, badulaque? —saltó el jefe, fingiendo mayor enojo que el que sentía.

—Pe… perdone, mi comandante —tartamudeó el soldado—. Lo dice su *mercé* porque no *disperté* a mi mayor, ¿no es cierto? Pero es que… si el *sordao* no duerme no sirve *pa na*…, y lo *mesmo* le pasa a los jefes, ¿no cree?

—¡Esto sí que es divertido! —barbotó el superior con sorna—. De modo que el jefe de una expedición tiene que esperar que sus subalternos duerman hasta que les dé puntada. ¡Mañana rompemos la marcha y ni siquiera puedo saber todavía cuál va a ser la ruta

que seguiremos y los medios que emplearemos! —bramó el teniente coronel.

El ordenanza se encogió, luego arriesgó, con ladina humildad:

—¿Y por qué no me pregunta a mí, pues, mi comandante? No soy tan *güen* explorador como mi mayor Rodríguez, pero le hago collera.

El comandante, desarmado, dejó caer los brazos y resopló:

—Bueno. ¿Dígame entonces por dónde y cómo iremos?

—Mire *usté*, mi comandante —comenzó Acosta—. Tomamos el tren en la estación de Monserrate y como a la hora de viaje vamos a llegar a Chosica, en donde están los batallones «Maulé» y «Aconcagua».

D'hei

seguimos un poquito más

pa'rriba

hasta llegar a una estación que se llama Moyobampa. *Hei* nos tenemos que apear, porque justito en ese lugar se abre otra quebrá *pa* la izquierda. Mi mayor dice que se «difurca» la quebrá principal. La quebrá se abre en dos brazos, como formando una horqueta. Un brazo, el de la derecha, sigue llamándose quebrá de Huarochirí; el otro se llama quebrá de Carampoma y por dentro de ella corre un río que tiene el *mesmo* nombre. En esa garganta de piedra están metidos los montoneros, mi comandante. Hay una hilera de pueblitos *metíos* en la quebrá. Primero, Santa Eulalia; después, Palle, Huaynani, Callahuanca y San Jerónimo. Claro es que la garganta sigue

pa'rriba

todavía, hasta terminar en un poblacho que se llama Carampoma, pero ése está muy *requetealto* y lejazo.

El comandante Alcérreca hizo seña de haber comprendido.

—¿Y es difícil moverse dentro de esa quebrada? —le preguntó.

—Imagínese *usté* una acequia angosta, culebreá y harto honda, que baja desde la punta de un cerro —describió el ordenanza—. *Güeno*, eso *mesmo* es la quebrá de Carampoma, pero un millón de veces más grande. El río se ve como un hilito en el fondo y las murallas de los *laos* tienen hasta quinientos metros de altura.

—¿Es ancha?

Acosta hizo un rápido cálculo mental, frunciendo la boca.

—En algunas partes tiene unos cuatrocientos metros de ancho —le explicó—, pero en otras se estrecha y no alcanza más de cincuenta metros. *Hei* está el peligro, mi comandante. Si esos indios nos dejan caer sus peñascos, cuando vamos pasando, nos joden…, por no decir otra cosa más fea.

El segundo jefe de los carabineros no pudo contener una carcajada ante el lenguaje pintoresco y gráfico del ordenanza.

—Bueno, bueno, hombre —aceptó jovialmente—. Deje dormir tranquilo a su mayor, pero me lo despierta mañana al alba, porque vamos a partir muy temprano.

—A su orden, mi…, mi comandante.

La expedición partió el sábado 8 de abril, a las siete de la mañana. Una anticipada neblina invernal envolvía la estación de Monserrate, cuando dos compañías subieron al tren que los conduciría sierra arriba. Iban, además, un grupo sanitario, los exploradores y dos tenientes coroneles llegados a la guarnición no hacía muchas semanas: el comandante Basilio Romero Roa e Hilario Bouquet.

Al llegar a Chosica, el tren se detuvo unos minutos para que conferenciara el comandante Alcérreca con el jefe del «Maule», que había sido avisado por el telégrafo. Éste esperaba en el andén con cara de estupefacción y desagrado.

—Pero en el Estado Mayor están cada día más locos, Alcérreca. ¿Cómo se les ocurrió avisarme por el telégrafo que venían ustedes? ¿Acaso no saben que está manejado por el personal peruano?

Alcérreca hizo un gesto de resignación.

—Ya está hecho. Lo único que me importa es que no se nos arranquen los montoneros.

—¡Hum! No se moverán —afirmó el comandante del «Maule», con hosca convicción—. Están sumamente ensoberbecidos. Desde hace días, mis vigías los divisan maniobrando en torno a Chosica, especialmente por el lado de Moyobamba.

—Hacia allá vamos —le comunicó Alcérreca—. ¿Tiene usted alguna información especial que darme?

—Solamente que, pasado Moyobamba, existe un puente colgante, que hay que cruzar necesariamente para entrar a la quebrada de Carampoma. Pues bien, ese puente, hecho con cuerdas

y fibras al antiguo estilo incaico, tiene que ser estudiado prolijamente antes de usarlo. Gran suerte será que lo encuentren ustedes intacto. Los caballos tendrán que pasarlos de a uno en uno y los soldados en grupos no mayores de cinco hombres. Avancen con toda clase de precauciones; la quebrada de Carampoma está atestada de montoneros y esos demonios conocen tan bien cada arruga del terreno, que, aunque se sufren constantemente sus fusilazos, no se acierta a verlos jamás.

El jefe de la expedición se inclinó brevemente, agradeciendo la indicación.

El tren volvió a ponerse en movimiento, en medio de los adioses chacoteros de los soldados del «Maule» y del «Aconcagua», que haraganeaban al sol, en los andenes.

A partir de Chosica el gradiente de la montaña fue más pronunciado y el maquinista tuvo que enganchar la cremallera de la locomotora.

El mayor Rodríguez, que viajaba en el primer carro, en compañía de Acosta, guardaba un extraño silencio desde la partida de Lima, hecho que llamaba demasiado la atención del ordenanza.

—¿Qué le pasa a usted, mi capi? —le preguntó, aburrido de no tener con quién conversar.

—¡Hum! Hay dos cosas que no me gustan nada en esta expedición. Acosta —se decidió a confesar el explorador—; y esas dos cosas llevan quepis.

—Quepis y estrellas en los hombros, ¿no? —le completó maliciosamente el soldado—. Y uno se llama Hilario y el otro Basilio. ¿Ando errado, mi capi?

Rodríguez rió sin ganas, aceptando que su compañero había dado en el clavo.

—No me explico cómo se le ocurrió al comandante Alcérreca traer en la expedición a ese par de individuos —comentó preocupado—. ¿Quién no sabe qué laya de hombres son esos tenientes coroneles Basilio Romero Roa e Hilario Bouquet? Y lo peor es que les ha dado mando.

—Cuentan que el comandante Romero Roa tenía un reñidero de gallos en Melipilla y que era el tipo más malo de toda la comarca —comentó Acosta.

—Y el comandante Hilario Bouquet no le ha ido en zaga —

agregó el explorador—. Dice que combatió en la guerra franco-prusiana, pero lo que se sabe es que entró a Chile por Magallanes y que los negocios que realizó en Tierra del Fuego estuvieron señalados por ruidosos actos de crueldad y violencia. Te aseguro. Acosta, que con dos hombres como éstos en la expedición no habrá tranquilidad ni aunque los pobladores de esta quebrada nos reciban con ramos de rosas.

Por sobre las cabezas de los oficiales y a través del humo, el mayor Rodríguez observó a los dos mencionados. Romero Roa era bajo, ancho de tórax y de piel muy morena. Hilario Bouquet tenía el tipo de los franceses del norte, desmesuradamente alto, con el rostro sanguíneo y pequeños ojos azules; su cabello pajizo, muy delgado y ralo, le dejaba al descubierto el casco del cráneo, detalle que contrastaba con su dura barba rojiza, corta en el mentón y larga en los carrillos.

El convoy llegó a Moyobamba poco antes del mediodía. La estación estaba totalmente solitaria, habiendo huido hasta el empleado del ferrocarril y el telegrafista, sabedores de la llegada de los chilenos.

Mientras los carabineros desembarcaban sus caballos y los infantes del «Buin» sacaban los elementos para la preparación del rancho. Rodríguez y Acosta echaron un vistazo por los alrededores. A poco más de un kilómetro se divisaba la quebrada de Carampoma empalmándose con la de Huarochirí y el torrentoso riachuelo que baja por el fondo de ella vaciándose en el río Rímac. A la izquierda de la estación, se advertía el antiguo puente de cuerdas tendido sobre los bordes del Rímac. Los exploradores examinaron las cuerdas que lo sustentaban. Todas ellas estaban intactas, pero faltaba comprobar si las del otro extremo se hallaban en iguales condiciones.

—Esos bellacos son capaces de haberlas dejado a media hebra al otro lado —reflexionó Acosta.

—Y ni con los anteojos más poderosos lograríamos ver las cortaduras desde aquí —le advirtió su jefe—. De modo que… creo que entiendes lo que tendremos que hacer.

El soldado iba a poner un pie en el pasadizo de cañas, cuando el mayor lo retuvo con brusquedad, indicando al filo de la quebrada,

al otro lado del río. Perfilado en la altura se alcanzaba a ver un jinete, que en ese momento se alejaba con toda tranquilidad.

—Ése estaba espiando la llegada de nuestras tropas y ahora va a dar parte de lo que ha visto —discurrió Rodríguez.

El ordenanza se había quedado con la vista clavada en unas rocas diseminadas sobre la otra banda del río.

—¡Mi capi —anunció—, detrás de esas piedras grandotas *hei* visto moverse un gorro puntiagudo como esos que usan los indios!

El oficial se puso rígido y sacó su revólver. Oprimiendo un brazo de su compañero lo invitó a lanzarse al puente.

—¡Pásale bala a tu fusil! —fue lo único que le dijo, y echó a andar. El ordenanza le obedeció como un autómata.

Los dos hombres fueron internándose en el puente colgante, tratando de avanzar con la mayor rapidez. Pero el vaivén de la cinta de cañas los hacía bambolearse y tenían que irse tomando de la barandilla de cuerda. Al golpe de sus calamorros las cañas y las fibras que las mantenían unidas crujían amenazadoramente.

Percibiendo que el ordenanza se retacaba, amedrentado, el mayor lo espoleaba con la voz.

Cuando iban por la mitad del puente, dos indios serranos surgieron de detrás de las rocas y echaron a correr.

—¡Hay que pararles los pies a balazos, Acosta! ¡Apégate al barandal de la izquierda y déjame a mí el de la derecha, para que los baleemos mutuamente!

Rodríguez, que disparó su revólver, pudo permanecer sujeto con una mano, pero Acosta se vio obligado a soltarse al usar sus dos manos en el manejo del fusil. Se encomendó a Dios en un suspiro y disparó.

Al oír las detonaciones, los carabineros y los buines se levantaron y contemplaron la escena. El comandante Alcérreca gritó una orden y todos corrieron hacia la orilla del río. Iban a lanzarse a cruzar el puente en tumulto, cuando se interpuso Hilario Bouquet. Una mirada le había bastado para darse cuenta de que las cuerdas de que lo sostenían eran extremadamente viejas y que crujían lastimosamente bajo el peso del mayor Rodríguez y de su ordenanza, que ya estaban por salir por el otro extremo.

Entretanto, los indios perseguidos, al sentir silbar sobre sus cabezas los proyectiles, se arrojaron de bruces detrás de unas

piedras chatas y ahí permanecieron, estremecidos de pavor. Rodríguez y Acosta llegaron en unos segundos junto a ellos y se detuvieron, jadeantes, enfocándolos con sus fusiles.

—¡No se muevan o los dejamos cosidos al suelo, como malas hierbas! —los amenazó el explorador.

—¡Gaspar, regístralos para ver si tienen armas!

Obediente a la orden de su jefe, el ordenanza se inclinó sobre los indios. Sin miramientos, apoyó un pie contra un costado del prisionero más próximo y lo hizo rodar violentamente hasta que quedó de espalda, con el rostro descompuesto por el terror. Otro brutal puntapié giró al indio vecino, dejándolo también cara al sol. Envuelto en su manta la apretaba contra el pecho, ocultando algo.

—¡Tira esa manta lejos, que pareces un tísico, arropado con este calor! —bramó Acosta, dándole con el plano de la culata de su fusil en una pierna. El hombre le obedeció torpemente y se le vieron en la diestra las correas de una honda.

El soldado se la arrebató y comenzó a darle chicotazos con ella.

—¡Basta, Gaspar! ¡Déjalo! —lo contuvo el mayor, y ordenó a los indios—: ¡Siéntense los dos!

Los prisioneros le obedecieron al instante.

El explorador los contempló con mezcla de compasión y desprecio. Conocía perfectamente la falsa sumisión de los indios serranos.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó con rudeza—. ¿Pertenecen a las montoneras?

—No, señor, no —le contestó uno de los indios—. Somos gente de paz. Vivimos en Chaclla, pues. El «patiru cura» de Chosica te lo puede decir quiénes somos —siguió explicando y agregó para dar mayor veracidad a su afirmación—: Todos los viernes le traemos su diezmo.

—¿Dónde queda Chaclla? —siguió interrogándolos Rodríguez.

—Al fondo de la quebrada —respondió el que parecía más viejo —; subiendo, subiendo, antes de llegar al pueblo de Carampoma, pues.

—Entonces ustedes conocen a toda la gente que se mueve en esta región. ¿No es así?

—A todititos, pues, señor. Mándame a llamarte a quien quieras y yo te lo encuentro, señor.

—Si conocen a toda la gente, díganme: ¿quién era el jinete que estaba espiándonos desde lo alto del barranco? —Como los indios no respondieran, Rodríguez profirió, amenazadoramente—: ¿Qué? ¿Se les durmió la lengua?

—No, señor, no —gimió uno de ellos—. Es que si los amos se enteran de que les hemos dicho los nombres, nos echan amarrados al río.

—Pues si no me contestan al punto seremos nosotros los que los arrojemos al río y desde aquí, para que se despedacen en el fondo. —Y para demostrarles que estaba dispuesto a cumplir su amenaza, ordenó al soldado—: ¡Agarra a este indio de los pies y lo arrastras hasta la orilla!

El ordenanza no se hizo rogar y se inclinó sobre el hombre. Éste lanzó un alarido de espanto y gimoteó desesperadamente:

—¡No, señor, no, por la madrecita virgen! ¡El hombre que miraba desde arriba era el patroncito don Manuel Bedoya, el hijo del amo viejo!…

—¡Ajá! Conque era el propio hijo del coronel Bedoya quien nos estaba esperando —exclamó Rodríguez, satisfecho—. Eso nada más quería saber. ¡Gaspar, quédate custodiando a estos bellacos! Voy a examinar las cuerdas del puente.

El explorador observó cuidadosamente las cuatro cuerdas que sostenían la pasarela colgante. Afortunadamente, ninguna de ellas había sido tocada. Eso dio al oficial una medida de lo envalentonados que estaban los montoneros.

Terminado su examen, comunicó al comandante Alcérreca, que aguardaba en la otra orilla, que el paso estaba expedito, pero que lo realizaran cruzando los soldados en grupos pequeños.

Más de una hora demoró el cruce del puente, pero se completó sin contratiempos. Con los rayos del sol cayendo a plomo se prosiguió la marcha por el interior de la quebrada de Carampoma. El camino, que serpenteaba la pared izquierda de la quebrada, se iba angostando a medida que ganaba altura, y a media tarde no fue más que un sendero de cabras, en cuya cinta los caballos apenas tenían lugar para sentar las pezuñas. Al fondo se oía el rugir del río, oculto entre bosques desordenados de pimientos, plátanos, chirimoyos y las brillantes flores de la zona media de la sierra. En cambio, hacia el lado izquierdo sólo se veía el paredón de piedra

coronado de enormes galgas, que parecían prontas a rodar sobre los expedicionarios al menor soplo del viento. En la muralla opuesta, se divisaban los mismos peñascos siniestros; pero entre las ondulaciones y cumbres se advertía, de vez en cuando, el paso furtivo de montoneros, que seguían los progresos de la columna. En algunos trechos el río se curvaba dejando despejados trozos de tierra que se veían intensamente cultivados. Las escuadras encargadas del rancho, que iban en la retaguardia, se apresuraban a arrancar lechugas, tomates y mazorcas de maíz, que cargaban en las alforjas de sus mulas. Después de tres horas de marcha, la columna vio con alivio ensancharse la quebrada.

Los prisioneros informaron al mayor Rodríguez que entraban al valle que servía de asiento al pueblo de Santa Eulalia. Desde un pequeño altozano, divisaron la torre de una iglesia y los techos de cuatro o cinco grandes casas. Todo lo demás era terreno cultivado en chacarería, dentro del cual aparecían salpicadas algunas casuchas de cañas y barro. A la entrada del pueblo, las tropas advirtieron que tanto la plaza como las cuatro calles que convergían a ella estaban absolutamente vacías.

Después de recibir este informe el comandante Alcérreca determinó:

—Descansaremos una hora en este lugar. Después seguiremos registrando la quebrada. En alguna parte cercana debe estar el campamento de la montonera.

El comandante Bouquet recibió orden de hacer desmontar a la caballería y de vigilar que se desensillaran las bestias. El comandante Romero Roa debía preocuparse de que los buines armaran pabellones en la plaza y descansaran junto a ellos.

En la confusión de esas faenas el soldado Acosta observó que la puerta de la iglesia se movía sigilosamente, entreabriéndose no más de un centímetro. Disimuladamente, participó su descubrimiento al mayor Rodríguez.

—Es cierto —confirmó el explorador—. Hay alguien espiándonos desde adentro. ¡Corre y abre esa puerta de un empeñón!

Acosta agachó la cabeza astutamente. Entonces, repentinamente, se lanzó a todo correr contra la puerta de la iglesia. Su choque contra el batiente entreabierto fue tan sorpresivo que se oyó

adentro un grito sobresaltado. El batiente, empujado con furia hacia atrás, atropelló al individuo que espiaba, arrojándolo sentado al suelo. Sólo entonces el ordenanza se percató de quién era: se trataba de un religioso, mofletudo, de sotana lustrosa en la comba de la panza, como la generalidad de los párrocos de la sierra, amos feudales de la indiada.

Derrumbado en el suelo, aterrado ante la aparición del hombre de uniforme, el párroco de Santa Eulalia trataba de huir retrocediendo sobre los talones.

—Este… Sentí ruido de caballos… —tartamudeaba, confundido y afligido—. Estaba en el fondo de la iglesia…

—¡Conque sintió el ruido *reciencito* no más, *pairecito*! —fingió aceptarle el soldado—. ¿Y las voces no las oyó, *paire* cura? Mire que estábamos metiendo boche como *pa dispertar* a los muertos. Más vale que le vaya a contar su historieta a mi comandante, ¿no?… ¡Arriba, *pairecito*! ¡Upa!

El párroco se irguió resoplando, rojo de vergüenza.

—Soy…, soy un sacerdote. No…, no lo olvide usted —balbuceaba, tratando de adoptar un aire digno.

—¡Bah! Ande no más —le iba diciendo Acosta mientras lo encauzaba hacia el exterior—. *Hei* visto tantos curitas matando chilenos, que ya no les creo ni lo que rezan. En Locumba, un *pairecito* que parecía incapaz de quebrar un huevo metió en una emboscá a mi mayor Dublé Almeyda y le carneó dieciocho cazadores.

—¡Dios santo! ¿No pensará usted que yo…? —trató de defenderse el cautivo.

—Yo no pienso *na* —deslindó el ordenanza—. *Pa* eso está mi jefe.

En ese momento llegaban al sitio en que aguardaba el mayor Rodríguez. Al igual que él, otros oficiales habían observado la cacería realizada por Acosta y se aproximaban, curiosos, entre ellos el propio comandante Alcérreca.

—Este sacerdote parece ser el único habitante del pueblo, mi comandante —explicó el mayor al jefe de los carabineros.

—Así es, señor comandante —terció el cura, con servil diligencia —; todos los pobladores se retiraron al saber que venían ustedes.

—Eso quiere decir que todos pertenecen a la montonera del

coronel Bedoya —sacó por conclusión Alcérreca, abriéndose paso hasta el centro del grupo.

—Oh, no, no, señor —los defendió el religioso afligido—; los aldeanos de Santa Eulalia son simples campesinos.

El comandante Alcérreca resopló.

—¿Suelen los campesinos vivir así, señor cura? —le inquirió sardónicamente, mostrando las cuatro o cinco enormes casonas que envolvían la plazuela.

—Ésas son las residencias de los hacendados de la comarca, señor comandante —se apresuró a explicarle el prisionero—. Pero esos caballeros no están aquí desde hace mucho tiempo. Cuando el ejército inva… —Se interrumpió azorado, se corrigió y siguió adelante—: Cuando el ejército chileno se acercó a Lima, ellos se marcharon. Usted comprende: son ricos, pueden irse a otros países.

El comandante lo miró con risueña desconfianza.

—Eso lo vamos a comprobar al momento —le dijo—. Bouquet, regístreme esas casonas minuciosamente. Golpee tres veces; si no le abren, derribe la puerta principal de cada casa.

—A su orden, mi comandante.

Cuando el francés se alejó hacia las casonas, seguido de varios soldados, el comandante Alcérreca enfrentó al párroco.

—Bien, señor cura; ahora hablemos claramente. ¿Dónde está la montonera del coronel Bedoya?

El religioso trató de escabullirse del interrogatorio.

—A…, a ese caballero lo conozco sólo de mentas.

—¿Tampoco ha visto nunca a los montoneros?

—Bueno…, he visto pasar grupos de hombres, pero… mi ministerio no alcanza a tanto como para interrogarlos y…

La voz del comandante Alcérreca, hasta entonces amable, se tornó tajante.

—Señor cura —le dijo—, a este paso no nos vamos a entender. Y a la gente que no quiere ser franca conmigo, me veo obligado a tratarla de otra forma.

—No se atreverá usted a enfrentar mis hábitos —trató de oponer el cautivo. Pero el comandante no se dejó impresionar.

—Tengo sabido por experiencia que muchos de ustedes usan la sotana como uniforme de guerra —le expresó categóricamente—. ¡Hablemos claro! Por última vez: ¿Donde se encuentran las

montoneras de Santa Eulalia?

El párroco no se atrevió a seguir ocultando lo que sabía.

—Han subido quebrada arriba —confesó—, hacia Huaynani y San Jerónimo.

—Son los dos pueblos que siguen, mi comandante —acotó Manuel Rodríguez.

Obtenido este dato, el jefe de la expedición consideró poco prudente seguir prolongando aquella esgrima verbal con el sacerdote. Sin embargo, le exigió que se entrara a la iglesia y permaneciera dentro de ella hasta que la columna regresara de su operación en la quebrada. Enseguida le volvió la espalda y fue a preocupare de la instalación de la tropa.

Pero el mayor Manuel Rodríguez no quedó tranquilo. Le extrañaba la mansedumbre del religioso, conociendo perfectamente la prepotencia que se gastaban sus iguales en la sierra. Por ello, comisionó a su ordenanza para que vigilara al párroco constantemente.

Una hora más tarde el comandante Bouquet terminaba de registrar las casonas principales del pueblo. Las mansiones estaban efectivamente deshabitadas, pero todo en ellas indicaba que sus moradores las habían abandonado hacía poco rato.

—Me lo imaginaba —gruñó Alcérreca—. Ese cura condenado nos mintió. Tráiganmelo acá de nuevo.

Dos soldados corrieron a la iglesia a buscar al párroco. Acosta entró con ellos y segundos más tarde se oían desde la plazuela sus maldiciones y palabrotas. El cura había desaparecido.

—Dos veces entré antes y lo vi allá dentro, arrodillado, rezando, haciéndose el santurrón —blasfemaba Acosta, furibundo—. El muy ladino se arrancó por una puertecita que hay atrás, en la tapia de la huerta, y se trepó a los cerros.

Era inútil pensar en darle caza. Además era preciso continuar la ascensión. No obstante, el comandante Alcérreca cerró el debate sobre el párroco diciendo a los soldados:

—El que divise a ese cura más arriba olvídese de que lleva sotana y trátelo igual que a un montonero. ¡Bala con él!

La quebrada de Carampoma iba estrechándose a medida que se pronunciaba el ascenso.

Hombres y bestias marchaban resbalando sobre los pedruscos resecos, que se escurrían como rodamientos bajo los pies. Al cabo de una legua, pasaron por el caserío de Palle, a media tarde atravesaron una chacra llamada Casa Grande, y al crepúsculo asomaron a un valle redondo, circundado de cumbres. Allí comenzaba la verdadera sierra y se levantaba hacia la hacienda Huaynani. En el centro, guarnecida por tres costados por una arboleda de higueras y nogales, estaban las casas de la heredad, vetustas y macizas, con rústica nobleza de fortines.

El comandante Alcérreca relajó sus músculos sobre la montura y respiró aliviado. Su organismo, demasiado sanguíneo, comenzaba a sentir los efectos de la altura.

—Aquí pernoctaremos —dispuso—. Los carabineros acomodarán el ganado en aquel corralón que se ve a la derecha de las casas; los infantes del «Buin» armarán su toldería delante y detrás de ellas. ¡Teniente coronel Bouquet, establezca guardias en torno a la posición!

Deseosos de acogerse al descanso lo antes posible, los soldados empezaron a instalarse apresuradamente. Pero los interrumpió una descarga de fusilería.

Los soldados se volvieron de inmediato hacia las cumbres del frente de las casas. En el perfil de ellas se veían flotar aún las nubecillas del humo de las detonaciones.

—¡Parapétense donde puedan y respondan al fuego! —rugió el comandante Alcérreca.

Nuevas descargas brotaron desde los cerros de la derecha y, casi simultáneamente, de los de la izquierda.

—Parece que nos tienen rodeados esos bribones —reflexionó rabiosamente el comandante, y gritó al mayor Rodríguez, que estaba a su lado—: ¡Mayor, asómese por la parte trasera de las casas y observe si nos disparan también por ese lado!

El explorador contorneó la casa principal seguido por su ordenanza. Pero en cuanto llegaron al patio posterior tuvieron que arrojarse al suelo; numerosos fusileros invisibles rociaban de balas el patio.

Los enemigos estaban escondidos en las copas de los árboles o

en un cerrillo levantado detrás, pues se veían caer las ramas tronchadas y los copetes de los nogales se deshilachaban al paso de la balas. Aquél era el único costado en donde sus proyectiles podían tener alguna efectividad. Los que eran disparados desde los cerros del frente y los costados no alcanzaban a llegar a las casas.

Rodríguez y Acosta pensaban cómo regresar junto al comandante Alcérreca, cuando las cargas cesaron, escuchándose solamente los disparos de los soldados chilenos en la parte frontera. Poco después, Alcérreca gritó la orden de cesar el fuego y se restableció la calma. Corriendo agazapados los dos exploradores se reunieron a la oficialidad.

—Parece que estos condenados nos han abierto fuego solamente para demostrarnos que nos tienen cercados y que son muchos —estaba diciendo el comandante Alcérreca, cuando llegaron a su lado.

—Sin embargo, hay algo muy decidor en esto, mi comandante —le advirtió Rodríguez—. Nos han disparado centenares de balas y, no obstante, no hemos distinguido a ningún fusilero visible. Eso indica disciplina y organización.

—Es verdad —reconoció el jefe—. Y bien, ¿qué cree usted que podemos hacer, mayor?

—Esperar, mi comandante, nada más —fue la opinión del explorador—. Está cerrando la noche y no podemos aventurar fuerzas a perseguir a los enemigos en la oscuridad y por esos senderos de cabras, totalmente desconocidos.

El destacamento se dispuso a pasar la noche, tomando las mayores precauciones. Se duplicaron las guardias, diseminándolas en un amplio círculo en torno a las casas, y se dispuso que la mitad de los hombres durmiera mientras la otra mitad velaba, relevándose a la medianoche.

Por su parte, el mayor Rodríguez y su ordenanza, sabedores de que el punto débil de la posición estaba en la parte posterior de las casas, a la cual podían acercarse los enemigos protegidos por la espesa arboleda del huerto, buscaron acomodo en un corredor que dominaba justamente ese sector.

Se tumbaron uno junto al otro acollerados por las muñecas con un cordelito y uno durmió mientras el otro montaba guardia.

El comandante Alcérreca, entretanto, no podía dormir. La exigencia física de la marcha ascendente por la quebrada, sumada al enrarecimiento del aire de la altura, le tenían el corazón enloquecido. Se había instalado en un estrecho desván del piso superior de la casa de la hacienda, para dominar los contornos y estar listo a dar órdenes en caso de que los montoneros se descolgaran de los cerros vecinos. Pero la noche seguía transcurriendo en una quietud enervante. Los centinelas se pasaban la voz de alerta cada quince minutos, más que todo para dominar el sueño y el cansancio. El mayor Rodríguez, para no dormirse en su guardia, hacía esfuerzos sobre humanos. Afortunadamente lo ayudaban en su propósito los paseos que hacían los oficiales que iban y venían inspeccionando los nidos de centinelas, establecidos en hoyos y zanjas.

A medianoche, la mitad del destacamento que había dormido tomó la guardia, mientras la otra se entregaba al sueño. Igual cosa hicieron los exploradores, acostándose Rodríguez, mientras Acosta continuaba la velada.

La quietud tensa volvió a caer sobre la hacienda y comenzó a llegar la aurora sin que se hubieran producido novedades.

Pero, repentinamente se oyó, en el fondo de la huerta, un grito estrangulado.

El ordenanza sacudió la cabeza y aferró su fusil, pero se mantuvo indeciso, sin discernir si el grito había sido imaginado por él en su modorra o una voz real.

Se hubiera quedado inmóvil de no haberse oído un segundo alarido claramente audible y prolongado. Se paró al tiempo que despertaba el oficial, quien, inmediatamente lúcido, echó a correr por el corredor arrastrando al ordenanza, y saltó las gradas que ascendían al huerto.

—¡Han atacado a un nido de centinelas junto a la arboleda! —le gritó—. ¡Da la alarma con un disparo!…

Acosta luchaba por manejar el fusil sin dejar de correr. Por fin consiguió hacerlo, y el estampido de su arma conmocionó al campamento.

Los exploradores habían llegado al linde de la arboleda y el

mayor se disponía a entrar en ella con el revólver desenfundado.

—No se meta solo en la pelotera, mi capi —le reclamaba el soldado—. Espéreme, no sea loco.

—¡Qué pelotera ni que niño muerto! —barbotaba el oficial—. Por el silencio en que está esto parece que han liquidado a todos los centinelas.

En ese momento, una corneta daba la alarma y junto con su son se escuchaban numerosas voces. Por los flancos de los dos exploradores acudieron centinelas de otros nidos, atraídos por los gritos de muerte y por las voces de Rodríguez y de Acosta. Pronto estuvieron todos reunidos y Rodríguez los distribuyó para iniciar la búsqueda de los guardias del cuarto nido, que estaban desaparecidos.

—Eran tres los centinelas, mi mayor —le informó el jefe del nido número cinco—. Los mandaba el cabo Matías Rodríguez.

Avanzaron rápidamente desplegados en abanico, apartando los matorrales con las culatas de los fusiles. De pronto, uno de los soldados, gritó, despavorido:

—¡Aquí hay un hombre tumbado, mi mayor!… ¡No, son dos! —se corrigió, espantado.

Todos corrieron alocadamente hacia el sitio que indicaba la voz. En el suelo se veían dos cuerpos yacentes; uno se retorcía de dolor, y el otro estaba inmóvil, con las articulaciones rotas.

El mayor se arrodilló junto al herido que gemía, a quien los demás soldados reconocieron al cabo Matías Rodríguez.

—¿Qué les ocurrió? —le indagó ansiosamente.

—Salieron del bosque… y nos apuñalaron… —balbuceó el suboficial.

Uno de los centinelas que examinaba al otro soldado yacente, exclamó horrorizado:

—¡Mi mayor, éste está muerto; le rebanaron el pescuezo!

Un escalofrío recorrió a todos los soldados que habían llegado.

Uno de los centinelas, aseguró que en aquel puesto había tres hombres. Sin embargo, el tercero no aparecía por parte alguna.

El suboficial herido, el cabo Matías Rodríguez, volvió a hablar:

—Se lo llevaron… Jofré… Se lo llevaron a la rastra —pudo articular a duras penas.

Rodríguez dedujo que el cabo se estaba desangrando

rápidamente. Atrapó de los brazos a los soldados más próximos y los empujó hacia el herido.

—¡Llévenselo al momento a la casa para que lo atiendan los sanitarios! —les ordenó y animó a los demás a entrar a la arboleda —. Los que se llevaron al otro centinela no deben estar muy lejos. Tal vez nos sea posible rescatarlo vivo todavía.

Los soldados vacilaron, intimidados. Eran cinco hombres en total, contando al mayor. Entrar al bosque a oscuras, sabiendo que debía estar lleno de enemigos ocultos, era casi suicida.

Afortunadamente, se oían ya las voces de numerosas personas acercándose.

—¡Aquí, soldados aquí! —los llamó a gritos el explorador, y en pocos segundos se vio rodeado.

Una voz bronca, de acento nasal, surgió de entre ellos, preguntando:

—¿Qué ha ocurrido?…

Rodríguez le informó del hecho apresuradamente.

—¿Cuánto hace de eso? —volvió a interrogar el que había hablado.

—No más de cinco minutos, mi comandante Bouquet —le contestó el explorador, reconociendo la desmesurada figura del francés—. Deben estar en la espesura y no muy distantes. Hay que entrar a salvar al tercer centinela.

—Que algunos soldados corran a las casas y traigan tizones de las fogatas. Nos servirán de antorchas —sugirió Rodríguez.

A la luz mortecina de los leños ardientes se comenzó la búsqueda, se prolongó infructuosamente por más de una hora. Amanecía, cuando el grupo de soldados regresó a las casas. Con expresión descorazonada, los jefes Bouquet y Rodríguez rindieron cuenta al comandante Alcérreca, que los esperaba en su alojamiento.

—Batiremos toda la región en busca de nuestro hombre —decidió resueltamente el jefe—. Dentro de unos minutos habrá luz suficiente como para que iniciemos la persecución de la montonera.

No había terminado de hablar cuando escucharon un grito desaforado.

—¡Mi comandante, asómese usted a la ventana!

—Parece ser el comandante Romero Roa —apuntó Bouquet

abriendo la ventana.

El nombrado estaba de pie frente a la casa, con los brazos levantados a lo alto. En cuanto vio recortarse en la ventana a los tres jefes vociferó:

—¡Mi comandante, mire al cerrillo del frente! ¡Observe, por Dios santo, lo que han hecho esos bárbaros!

Alcérreca alzó la mirada. Al principio sólo distinguió una forma recta inmovilizada sobre el perfil del cerro. Luego, se dio cuenta de que se trataba de una persona.

—¡Por la vida, mi comandante! —exclamó el mayor Rodríguez —. ¡Es un hombre empalado y sin cabeza!

Alcérreca corrió a su camastro y recogió de un manotón su anteojo de larga vista. Y pudo comprobar la veracidad de lo afirmado por el explorador. Sobre la cumbre del cerro se exhibía un cuerpo humano bárbaramente atravesado por una tosca pica, clavada en el suelo. A su lado, ensartada en la punta de una lanza, se veía la cabeza decapitada, que conservaba el quepis rojo de los soldados chilenos.

—Es el centinela desaparecido —balbuceó Alcérreca, tiritándole la mandíbula—. ¡Canallas, miserables!

—¡Es el soldado Guillermo Jofré, del «Buin»! —seguía gritando desde abajo Romero Roa, y los compañeros del asesinado, aglomerados frente a la casa, rugían enfurecidos.

Decenas de voces se alzaban imperativas, rabiosas, exigiendo al comandante lanzarse inmediatamente en persecución de los montoneros.

—Es la otra clase de guerra, que no conocíamos, mi comandante —dijo Rodríguez, con acento sombrío.

—¡Pues, vamos a ser tan bárbaros como ellos! —bramó Alcérreca—. Procederemos aplicando la ley del talión: ojo por ojo, diente por diente. —Y sacando medio cuerpo fuera de la ventana, gritó a los soldados:

—¡Prepárense para salir al campo! ¡Vamos a perseguir a esos salvajes! ¡Con cien de sus inmundas cabezas nos pagarán= la de nuestro compañero!

Un griterío delirante respondió a sus palabras. Cinco minutos más tarde rompían la marcha.

Los soldados del «Buin» iban inyectados de odio y éste les hacía

avivar el paso. Llegados a la falda de los cerros del oriente, tomaron el sendero a San Jerónimo casi al trote.

Los carabineros tenían que ir a la retaguardia, porque la trocha era tan angosta, que los caballos apenas podían asentar las patas en ella y se corría el peligro de rodar al abismo del río.

Pronto los buines descubrieron otro sendero zigzagueante y más angosto todavía, que subía directamente al borde superior de la quebrada. Treparon por él como cabras montaraces, pero la caballería no pudo acompañarlos y debió continuar por la mitad de la ladera. Los infantes no tardaron en llegar a la parte alta y apresuraron la marcha a lo largo de la quebrada.

El comandante Alcérreca, que iba con los carabineros por dentro de la garganta, por el avance de los buines, no observaba el costado opuesto del barranco, de modo que se sorprendió cuando Hilario Bouquet lo atrapó de un brazo y lo hizo volverse. Por el filo del paredón desfilaba una desordenada columna de indios. Pero lo que le llamó más la atención fue que entre ellos, destacándose sobre una mula, marchaba un sacerdote.

—¡Es el *pairecito* de Santa Eulalia, el que se me escapó a mí! —exclamó el soldado Acosta a sus espaldas.

—Pues, como caiga en nuestras manos, cura y todo, lo hago fusilar en el terreno mismo —tronó Alcérreca.

Acorde con sus palabras, se oyó entonces una lejana descarga de fusilería. Eran los buines que hacían fuego contra el grupo enemigo desde el borde opuesto de la quebrada.

—Ah, es perder munición —desaprobó Alcérreca—. Lo mejor es que apuremos el tranco. Esta maldita quebrada tiene que ensancharse al llegar a San Jerónimo, y entonces podremos cargar contra esos macacos.

Espoleando a sus cabalgaduras, la columna de jinetes avanzó más rápido por el sendero de cornisa suspendido sobre el barranco. Una hora más tarde avistaban en la lejanía la hondonada de San Jerónimo. La quebrada se ensanchaba como un embudo, para dar cabida a la mancha verde del pueblo. Pero antes se angostaba como el cuello de una botella, debiendo pasar el sendero a lo largo de un altísimo desfiladero. Justamente en ese sitio, el paredón izquierdo de la quebrada sobre el cual marchaban los soldados del «Buin», se veía cortado por una profunda grieta.

—Los buines van a tener que dar un rodeo para poder seguir avanzando —consideró Rodríguez, señalando el obstáculo al comandante.

Media hora más tarde enfrentaban la entrada del desfiladero. Los buines no se divisaban por parte alguna, por haber tenido que alejarse del borde de la quebrada.

Rodríguez miró con atención profunda hacia las aristas superiores del desfiladero. Pensó detener la cabeza de la columna, a fin de entrar en el paso él y su ordenanza a cerciorarse de si existía algún peligro. Pero como no vio a ningún enemigo sobre el desfiladero, prefirió callarse. Y los escuadrones del «Carabineros de Yungay» se acercaron a la boca de la angostura despreocupadamente.

El explorador se había engañado. Los montoneros estaban escondidos sobre ambos filos del desfiladero, bajo el mando del propio coronel José Agustín Bedoya. Sumaban más de cuatrocientos y estaban provistos de grandes peñascos, que equilibraban a orillas del gran tajo abierto en la montaña. Un disparo del coronel Bedoya sería la señal para que los galgueros dejaran caer su enormes piedras sobre los chilenos.

Pero un accidente imprevisto trastornó el plan. El capitán peruano Arístides Méndez, que estaba oculto tras un pequeño promontorio, cambió de lugar para dominar mejor el fondo del desfiladero; al hacerlo fue descubierto por uno de los carabineros chilenos que le disparó. Los indios creyeron que era la señal y arrojaron sus galgas sobre el sendero.

La lluvia de peñascos bajó con horrible estruendo, precipitándose sobre el camino y tapando la visión.

Al ruido inicial que hicieron los indígenas al echar a rodar las masas de las rocas, los soldados chilenos miraron hasta los bordes de los acantilados y comprendieron de inmediato el peligro. El comandante Alcérreca ordenó:

—¡Alto la marcha! ¡Vuelva grupas la cabeza de la columna! —y los carabineros frenaron en seco sus cabalgaduras, obligándolas a retroceder a saltos. Pese a la destreza de los jinetes, las bestias, enloquecidas por el estruendo, chocaron unas contra otras, formando un taco de cuerpos pugnantes que impedía la retirada. Por fortuna, las galgas caían una decena de metros delante de la

columna, sin aplastar a ningún soldado. Pero las rocas, al caer unas sobre las otras, se partían en pedazos, que saltaban como explosivos.

Viendo el peligro en que se hallaban los jinetes de la cabeza de la fila, el comandante Bouquet lanzó su caballo de gran alzada en medio de la masa de bestias encabritadas, para romper la confusión y encauzarlas hacia atrás. El ímpetu de su acción fue demasiado vigoroso y surgió con su cabalgadura al otro lado del montón. Entonces una gigantesca roca, despedazada contra otra, dio bote contra el fondo del desfiladero y saltó en dirección a los jinetes chilenos. Todos la vieron venir, pero nadie pudo hacer nada para evitar sus efectos.

La piedra dio de lleno contra uno de los carabineros y lo lanzó desarticulado al río junto con su cabalgadura. Siguiendo su trayectoria, aunque ya con menor velocidad, golpeó al caballo del comandante Bouquet en plena barriga, alcanzando también al militar en un muslo y la cadera. Jinete y bestia rodaron por el suelo y en confuso pataleo fueron hasta el borde del precipicio en cuyo fondo corría el río. Un pavoroso grito se escapó de los carabineros, creyendo que ambos iban a desaparecer en el abismo. Pero el francés, dando muestras de un vigor excepcional, clavó los dedos en la tierra y se engarfió de ella. El caballo salió despedido de entre sus piernas y se perdió en el vacío, relinchando y pataleando. Bouquet quedó con medio cuerpo colgando, sujeto de sus fuertes dedos, hundidos en la tierra como garfios. Su rostro estaba rojo y contraído por el esfuerzo, el dolor y la rabia.

—¡Sujeten al comandante Bouquet! —gritó ansiosamente Alcérreca, y dos carabineros atraparon al francés de las muñecas, cuando sus brazos comenzaban a ceder. El mayor Rodríguez, que también había acudido en su auxilio, lo tendió de espaldas rápidamente y le sujetó la cabeza.

—¿Se ha quebrado algo, mi comandante? —le inquirió.

—¡No, no! ¡Tengo los huesos duros! —rugió el afectado, pero se advertía que el dolor del golpe en el costado lo estaba taladrando—. ¡Ah, maldita mierda! —barbotó incapaz de seguir disimulando—, ¡Esos bandidos me van a pagar muy cara esta carajada! ¡Juro que me voy a cargar a diez de ellos, por lo menos!

Una nueva granizada de galgas comenzaba a caer otra vez sobre

el sendero y era peligroso mantenerse allí más tiempo. Aprovechando que los jinetes habían conseguido controlar a sus cabalgaduras, retirándolas hacia retaguardia, Rodríguez y los carabineros que estaban junto al francés lo sacaron de la zona de peligro, llevándolo en vilo, como a un costal.

Apenas habían tenido tiempo de dejarlo en lugar seguro, cuando sorpresivamente estallaron nutridas descargas de fusilería por sobre el desfiladero.

—¡Son los buines que les han caído por la espalda a los montoneros! —advirtió alguien—. Ahora no les dejarán tiempo para seguir arrojándonos más galgas.

La afirmación era verdadera. La balacera que se oía desde el fondo del desfiladero era espeluznante. Pronto, demostrando que el ataque de los infantes era arrollador, pasaron corriendo, por el borde superior del barranco, tropeles de indios.

—¡Metámosles balas nosotros también! —discurrió el comandante Alcérreca, enfebrecido—. ¡Adelante la columna y vamos disparándoles desde abajo, sobre la marcha! ¡Fuego a discreción, carabineros!

Los dos escuadrones volvieron a entrar en el desfiladero, pero ahora al trote, en formación desordenada, dejándose espacio para ir disparando. Aunque su fuego no podía tener efectividad alguna, el estruendo de las detonaciones empavorecía aún más a los indios, que corrían en lo alto, igual que conejos perseguidos por una jauría.

El sorpresivo asalto de los soldados del «Buin» fue de un encarnizamiento terrible. Centenares de cadáveres coronaron el borde de la quebrada.

Cuando los montoneros pudieron orientar su fuga, llevaban a sus talones a los buines, que les disparaban sobre las espaldas, sin descanso. Veloces como los huemules y con las alas que les prestaba el pánico, los indios lograron ponerse fuera del alcance de las bayonetas chilenas y buscaron refugio en el pueblo de San Jerónimo, acosados siempre por los soldados del «Buin».

Los carabineros asomaron también a San Jerónimo, pero por el otro lado del río. Ahí su ímpetu tuvo que contenerse, porque el puente colgante que permitía el acceso al pueblo estaba cortado de un extremo. Desde ese lugar pudieron ser espectadores de las acciones de las dos compañías del «Buin», que habían llegado al

linde del pueblo.

Soldados veteranos de tres años de guerra, los buines procedieron a rodear el pueblo velozmente y sin necesidad de órdenes.

—¡Eso es! ¡Eso es! —rugía Hilario Bouquet, contemplándolos desde la otra orilla del río—. Tiendan un anillo de fusiles en torno del poblacho, para que no pueda escapar ninguno, y métanles fuego a las casuchas, para quemarlos vivos.

Como si hubieran podido oírlo desde la distancia, los buines obedecían fielmente su cruel indicación.

El comandante Bouquet saltaba de placer y gritaba hasta ponerse rojo.

Alcérreca y Rodríguez lo contemplaban con profundo disgusto, pero no era el momento para llamarle la atención. En esos instantes la venganza de los buines se estaba consumando ferozmente en San Jerónimo. Algunos indígenas conseguían esquivar las balas y se escurrían fuera del pueblo, protegidos por la misma humareda. Ante eso, Bouquet advirtió al jefe de los carabineros.

—Hay que impedir que quede vivo ni uno solo. Es la única forma de cortar el mal de raíz.

—Es cierto —reconoció Alcérreca, sin mucha convicción—. Pero ¿cómo podemos evitarlo si el puente está cortado?

—Existe otro camino para seguir subiendo hasta los dos últimos caseríos en donde se pueden refugiar los montoneros, mi comandante —terció Acosta, sin darse cuenta de que el mayor Rodríguez también estaba en posesión de ese dato y, sin embargo, no había hablado.

—¿Cuáles son esos pueblos y cómo se llega a ellos? —inquirió atolondradamente Bouquet, sin esperar a que lo hiciera el jefe de la expedición.

—Se llaman Callahuanca y Quilmachay —expresó el ordenanza —. Hay que retroceder un par de kilómetros y trepar por un senderillo que lleva a lo alto de la quebrada, por el lado izquierdo. *D'hei*
se llega a un camino un poco más ancho, que sirve a los pueblos de Callahuanca, Quilmachay, Chacle, Cayata y Quiromarca.

Bouquet miró al comandante Alcérreca y esperó su decisión. Sus ojos brillaban inyectados en sangre y los soldados aguardaban

también con frenesí; el jefe de los carabineros no pudo oponerse.

—Vamos allá —ordenó—. Los buines no nos necesitan. Perseguiremos al resto de la montonera. Si ellos se han comportado como bárbaros, nos verán proceder igual. Arrasaremos con todos sus pueblos y los reduciremos a cenizas. ¡Volver grupas, carabineros!

Al cabo de media hora de trote por la angosta cornisa, dieron con el nacimiento de un senderillo que ascendía zigzagueando hasta el filo del paredón. Los carabineros comenzaron a treparlo, confiados en su habilidad de jinetes; pero los caballos subían a duras penas.

A mitad del ascenso, el comandante Alcérreca miró hacia el oriente. A unos dos mil metros distinguió a grupos de guerrilleros que se echaban al río, para vadearlo y hallar refugio en el pueblo de Callahuanca o, tal vez, en los más lejanos de Otau y San Pedro de Casta.

Uno de los carabineros, más impaciente, quiso adelantarse a sus compañeros y sacó a su cabalgadura de la trocha culebreando. Al primer espolazo, la bestia hinchó los músculos de sus corvejones y saltó hacia arriba, pero las pezuñas de sus manos resbalaron en el suelo de roca desmigajada de la ladera. Durante unos segundos se lo vio patinar. De pronto perdió pie y se tumbó, con un confuso patalear. El jinete se desprendió de la montura, tratando de salvarse. Pero todo fue inútil; los dos rodaron cerro abajo, y se precipitaron al abismo por cuyo fondo corría el río.

Ninguno de los carabineros se atrevió a detenerse. Siguieron trepando, enfebrecidos por el peligro y el ardor bélico.

Afortunadamente, el ascenso no duró mucho más y la columna pudo al fin asentar pie en un camino ancho que ondulaba sobre el perfil de los cerros. En una leve hondonada, a poco más de cinco kilómetros, se divisaba la pobre agrupación de chozas de Callahuanca.

La mirada avizora del mayor Rodríguez abarcó el paisaje de una ojeada. Los montoneros que habían cruzado el río por el oriente de San Jerónimo acababan de entrar en la aldea y pugnaban por esconderse en el chocerío, desplazando a sus ocupantes. Los indios expulsados escalaban la montaña del fondo, a toda prisa, arreando a sus mujeres.

Aunque a esa altura ya se hacía sentir fuertemente el soroche y los soldados iban semiahogados por el esfuerzo, el comandante Alcérreca ordenó galope. Favorablemente, el sendero empezaba a descender y eso les proporcionó un alivio. Pero, cuando estaban a unos quinientos metros del caserío, los montoneros abrieron el fuego por los resquicios de las chozas.

—¡Hay que terminar con todos ellos! —hizo saber el comandante Alcérreca—. ¡Disparen a matar sobre todos los que encuentren!

—Van a escapársenos hacia la montaña, siguiendo a los indios, si no los rodeamos —le advirtió a gritos el francés Bouquet.

Se dividieron en dos grupos y abriéndose en forma semejante a los brazos de una tenaza, envolvieron velozmente la aldea y formaron un círculo galopante en torno a ella. Los carabineros disparaban sus armas sobre la carrera, perforando los tabiques de cañas de las chozas, espantando a las aves de corral y a los animales atados en los pesebres. Los montoneros, enloquecidos, trataban de huir en cualquier dirección, pero caían acribillados en cuanto se dejaban ver. Por último, un jinete, inclinándose desde la silla hasta el nivel del suelo atrapó un leño ardiente de una fogata. Enarbolándolo como antorcha, fue dando fuego a los techos de paja de las casuchas. Otro lo imito y en pocos minutos todas las cabañas ardían como teas. Atosigados por el humo y perseguidos por las llamas, los últimos montoneros salieron a campo descubierto. Los que llevaban aún sus armas en la mano fueron muertos en el acto; los otros, que salieron con los brazos en alto, fueron apiñados en torno a un gigantesco molle, a pechazos de los caballos, que atropellaban y pateaban, espantados por la algarabía de las aves y los cerdos que huían del incendio.

El comandante Bouquet, que se había perdido dentro del ruedo del fuego, amedrentante por su desmesurada estatura y su cólera descomunal, surgió al poco rato con el sable tinto de sangre y el cabello y las barbas llenos de chispas.

—No ha quedado ni uno solo de esos bribones vivo allá adentro —alardeó sañudamente ante Alcérreca—. Y espero que a ustedes no se les haya escapado ninguno hacia la montaña.

—Mis hombres han hecho un trabajo terrible, Bouquet —declaró el jefe, impresionado.

El francés quería seguir al momento hacia los otros pueblos vecinos para continuar el exterminio y trató de exigir a Rodríguez que los guiara hacia ellos. Pero el explorador le contestó con calmosa frialdad:

—¿No cree usted que como matanza ya basta, mi comandante?

—¡No, señor, no! —bramó el segundo jefe—. Hay que acabar con todos esos facinerosos. Si no fuera porque mis costillas son tan duras, me habrían hundido, lo menos, una docena con la roca que me arrojaron. Me prometí…

Providencialmente, un lejano toque de corneta vino a poner término a la escena. Por un lado del río se veía avanzar a una de las compañías del «Buin».

—¿Cómo es que vienen tan pocos soldados? —se extrañó el comandante Alcérreca.

Señalándole con un brazo hacia las montañas que espaldeaban a San Jerónimo por el norte. Rodríguez le hizo ver cuatro columnas de humo que subían hacia el espacio.

—Cada humareda señala el sitio donde estaban los caseríos de Chacle, Cayata, Quiromarca y Quilmachay, mi comandante. La compañía del «Buin» que falta ha ido a incendiarlos, como fue su orden, señor.

—Yo sólo ordené que arrasaran San Jerónimo —dijo, con la boca seca.

—¡Mejor que los hayan quemado a todos! —terció tercamente Bouquet—. Así cortamos el mal de raíz. Y yo sería partidario de seguir subiendo por la quebrada hasta terminar con los pocos que se nos han logrado escabullir.

—¡Sería una matanza impropia de nosotros! —saltó el explorador, sin poder contenerse—. Los indios que huyen nada han tenido que ver con la montonera; son gente pasiva que vive en estos rincones.

—¡Son carne de futuras montoneras! —insistió Bouquet, exasperado—. Usted es demasiado blando para participar en esta guerra, mayor. Mejor será que se quede en Lima.

—He peleado en todas las campañas en primera línea, desde Antofagasta —le recordó el mayor, silbándole la voz entre los dientes—. Cuando inició las acciones en la pampa el cuerpo de «Cazadores del Desierto», yo ya era capitán en él y usted todavía no

se incorporaba al ejército, como «civil asimilado».

La ancha mano de Bouquet se agarrotó sobre la empuñadura del sable.

—¿Se atreve a faltarme el respeto, insubordinado? —rugió.

El comandante Alcérreca comprendió que tenía que intervenir al instante, so pena de que se produjera un irremediable cisma en sus fuerzas. El mayor Rodríguez tenía un prestigio de leyenda entre los soldados; en cambio, al comandante Bouquet lo odiaban.

—¡Basta de discusiones, señores! —gritó secamente y metió su caballo entre los del mayor y de Bouquet—. ¡Quién manda en este destacamento y decide sus acciones soy yo! ¡Mayor Rodríguez, allá vienen las tropas del «Buin», sálgales al encuentro y diga al comandante Romero Roa que venga a rendirme cuentas!

Manuel Rodríguez aflojó sus músculos bajo la mirada firme del comandante y se alejó. A través del hueco que dejó al marcharse, Hilario Bouquet vio que, entre los demás jinetes, en primera fila, estaba Gaspar Acosta. El ordenanza tenía el fusil cruzado sobre los muslos y los labios recogidos en una mueca satánica.

El comandante Alcérreca estaba sumamente nervioso cuando los comandantes Romero Roa y Bouquet le rindieron cuentas de la acción, en la plazoleta de San Jerónimo. Contemplando las chozas incendiadas y la profusión de muertos sembrados por las callejuelas, entre los cuales había varias mujeres indias, comprendía que él había tenido la desventura de ser el primero en este nuevo tipo de guerra, bárbara, en la que no habría respeto por ninguna ley humana ni divina. La cuenta de las bajas le afirmó en esa idea. Habían caído muertos tres soldados del «Buin» y un carabinero; los heridos eran siete buines y otro carabinero. En cambio, las pérdidas de los montoneros eran incontables.

—¿Hizo usted prisioneros? —le indagó Alcérreca, con dificultad.

—Capturé a unos cuarenta, mi comandante —le respondió Romero Roa—. Todos indios, menos uno… ¡Nada menos que el cura de Santa Eulalia!

—¡El párroco de Santa Eulalia! —Aquella noticia concluyó de enervar al jefe del destacamento. Tener que aplicar el rigor de la

guerra a un sacerdote repugnaba a sus creencias de fervoroso católico—. Háganle traer aquí —ordenó a Romero Roa, con resignación—. Ese religioso debe tener participación directa en la organización de montoneras —reflexionó Alcérreca.

—¡Participación directa!… —repitió Romero Roa, divertido por la cándida conjetura de su jefe—. Es el montonero más salvaje de todos, señor. Peleaba como un energúmeno, con un revólver español de repetición en una mano y un sable antiguo en la otra. Él fue el causante de la muerte de dos de mis hombres, por lo menos, y sembró tajos y contusiones entre muchos otros.

—¿Y cómo fue que no le metieron todas las balas que se merecía? —apuntó Bouquet, sanguinario.

—Lo impedí a tiempo —le explicó el otro comandante—. Habría sido contraproducente. Me imagino que no desearemos provocar una guerra santa.

—Hizo usted muy bien —aprobó Alcérreca, molesto por el tono bravucón con que los dos jefes discutían el asunto.

En ese momento dos soldados conducían al sacerdote hacia el centro de la plazuela. Sus ojos brillaban igual que carbones encendidos cuando lo detuvieron ante los jefes.

—Señor cura, siento vergüenza de verlo en este estado —le reprochó el comandante Alcérreca fríamente, pero sin rudeza—. Me parece inaudita la forma que usted trastorna los deberes de su ministerio.

Pero el sacerdote, en lugar de amilanarse, le espetó:

—Mi conciencia es la única llamada a juzgar el modo como cumplo con mis deberes, de modo que no pierda usted el tiempo en sermones.

—Está usted abusando del respeto que los chilenos demostramos hacia los miembros del clero. Le recomiendo que no extreme la medida, porque será el único responsable de lo que le ocurra —indicó el comandante.

El párroco chasqueó los labios con desprecio y su mirada se tornó más torva todavía.

—Ninguno de ustedes me asusta —les desafió—. Podrán matarme y exterminar a todos los pobladores de esta quebrada; pero les advierto que allá arriba, en la sierra, hay centenares de sacerdotes, como yo, y miles de hombres dispuestos a combatirlos a

ustedes, a costa de lagos de sangre, hasta expulsarlos de nuestro suelo.

El comandante Alcérreca se agitó, desazonado. Hubiera preferido no continuar aquella entrevista. Pero Romero Roa preguntaba en ese instante:

—¿Existen más montoneras en la sierra?

El cura lo miró con sonrisa helada.

—Cada serrano es un montonero en potencia —le respondió con soberbia—. Eso es todo lo que quiero decirles y no agregaré una palabra más.

Pese a que había vuelto el rostro hacia otro lado, evidenciando su desdén, el comandante Alcérreca quiso extremar su tolerancia.

—Deme usted su palabra de sacerdote de que no intentará escaparse y le haré quitar las ligaduras —le propuso.

—Prefiero seguir atado —fue la terca respuesta que obtuvo.

—Está bien. ¡Soldados, llévense al prisionero y no le quiten el ojo de encima ni un segundo! —dispuso el comandante, agotada su paciencia—. Si trata de fugarse, olvídense de su condición y procedan como si fuera solamente un prisionero que intenta huir.

—A su orden, mi comandante —le respondió uno de los custodios, y volviéndose hacia el religioso, le dijo con respeto—: Vamos, padre.

El sacerdote se envaró.

—¿Padre? —protestó con indignación—. ¡No soy pastor de ovejas negras!

El hombre se quedó alelado durante un segundo, pero enseguida, vencido su respeto por la rabia ante la humillación hizo girar al prisionero y se lo llevó a empeñones.

—¡Camina entonces, fraile del diablo!…

El comandante Alcérreca no quiso desautorizar al soldado en su legítimo enojo, pero pensó que sería preferible entregarlo a las autoridades de Lima cuanto antes. Presentía que cualquier castigo al insolente sacerdote daría motivo para que se levantara el clero e insurreccionara a todos los pueblos de la sierra, trasformando la guerra en una cruzada religiosa.

Como si adivinara sus pensamientos, el comandante Romero Roa le alargó unos documentos, explicándole:

—En la casa parroquial de San Jerónimo encontré estos papeles,

que indican que la resistencia en la sierra está en vías de tener una experta organización militar.

Alcérreca empezó a leer cuidadosamente. La primera de las notas consignaba el orden y distribución de los toques de corneta que servirían de identificación a diferentes montoneros, entre las cuales se anotaban las de Santa Eulalia, la de San Pedro de Casta, la de Carampoma y la de San Mateo. En las demás notas se establecían la ubicación de esos mismos pueblos y los caminos que deberían seguir los guerrilleros para comunicarse entre ellos. Confrontados esos datos con los conocimientos del mayor Rodríguez, se vio que ellos coincidían. Se dispuso, entonces, a ordenar que se estableciera el campamento.

—No lo hagamos aquí, mi comandante —le recomendó Rodríguez—. Pronto el calor hará que los cadáveres despidan un olor insoportable. Por lo demás, algo más arriba existe el poblado principal de la tribu india dueña de esta aldea, Chauca. Está en la cumbre de una colina, tiene buen aire, y sus pobladores poseen ganado y cereales.

El comandante aceptó la indicación, y poco después la columna volvió a ponerse en marcha, encaminándose siempre hacia el oriente.

Dentro de una inmensa olla, de forma oval, excavada en una tierra fría y gris, se veía embutida la aldea.

La tropa expedicionaria se había instalado en círculo en torno a la casa principal, que escogió para su alojamiento el comandante Alcérreca; la caballada y los prisioneros quedaron en dos corralones contiguos, proyectados sobre la plazuela central del pueblo.

Los habitantes de la aldea, todos indios, se esmeraron en atender a los soldados; habían sido enterados del incendio de los pueblos del bajo y estaban dominados por el terror.

La soldadesca, extenuada, yacía tumbada en el suelo, arrebujada en los ponchos.

El comandante Alcérreca, encerrado en una choza, oliente a humo y cebollas azumagadas, que compartía con el mayor Rodríguez, trataba de olvidarse de los efectos del soroche terminando de leer los documentos que le había entregado Romero Roa.

El último de los papeles del legajo que encontrara el jefe de la

infantería en San Jerónimo era una proclama dictada por el cuñado del coronel Bedoya. Ésta decía:

> *El comandante militar de la sección de la derecha a sus compatriotas:*
>
> *Cuando se hallaba nuestra querida patria enjugándose el llanto que le causaron sus desgracias de Chorrillos y Miraflores, y cuando todos sus hijos no pensábamos sino en buscar los medios para vengarla del implacable enemigo, un grupo de malos ciudadanos tratan de ahondar el abismo a cuyo borde nos hallamos y levantan la bandera de la discordia para envolvernos en la más espantosa guerra civil, y no una guerra civil cualquiera, sino una guerra en criminal consorcio con el enemigo de todos. El arma que hemos empuñado debe servir, pues, tanto para el enemigo chileno como para los infortunados que se han unido a él para llevarnos, de desgracia en desgracia, hasta el altar del sacrificio.*
>
> *Habitantes de Lima:*
>
> *La mente se ofusca al pensar cómo habéis permitido que se realizara la burla sangrienta del 23 de febrero, lanzada contra la faz de la república.*

El comandante se rascó detrás de una oreja y suspendió la lectura.

—¿A qué se referirán, mayor? —preguntó en forma tímida.

—A la elección del señor García Calderón como presidente provisional —lo ilustró el explorador, con voz soñolienta.

> *Parece que la presión del enemigo hubiera helado los sentimientos en vuestros corazones, por eso, yo y mis guerrilleros, que guardamos la salida de Lima, hemos elevado ya nuestra protesta y la haremos práctica, tarde o temprano.*

Ahora fue el mayor Rodríguez quien intervino espontáneamente:

—¿Se da cuenta de que las montoneras no son una improvisación sin tino?

El comandante asintió y volvió a sumirse en la lectura.

Ciudadanos —concluía la proclama—*; nadie tiene derecho para usurpar la soberanía nacional; sólo los pueblos pueden elegir sus gobiernos. Así, pues, ¡guerra sin tregua al chileno ladrón de territorios y a sus cómplices en la desgracia de nuestra infortunada patria!*

En tan sagrada tarea estará siempre con vosotros vuestro compatriota y amigo.

FRANCISCO DE BORLA SEGURA.

Manuel Rodríguez se había incorporado sobre un codo y observaba al jefe por debajo de los párpados pesados de sueño.

—Ese coronel Francisco de Borja Segura tiene mucho prestigio en la sierra —le dijo—, y es seguro que sus proclamas conseguirán que gran cantidad de hombres se plieguen a las montoneras y…

No alcanzó a concluir su frase, porque la cubrió una estruendosa ráfaga de fusilería.

En la plazoleta, los soldados se arremolinaban desarmando los pabellones, para recoger sus fusiles. Entretanto, los oficiales los encauzaban en la dirección de donde provenía el fuego.

El comandante Alcérreca salió, encandilado y desorientado. Al comandante Bouquet, que pasaba, le indagó a gritos:

—¿Por dónde nos atacan, Bouquet?

Éste se limitó a mostrarle las cimas de los cerros del contorno.

—Es un collar de fogonazos que nos envuelve —le aclaró Rodríguez—, pero están gastando pólvora inútilmente, porque sus proyectiles no tienen alcance como para llegar hasta aquí.

—¿Y para qué disparan entonces? —se preguntó Alcérreca.

Una idea súbita cruzó por el cerebro de Rodríguez.

—¡Los prisioneros! —alcanzó a exclamar.

En ese instante se produjo un alboroto terrible en los dos corralones en que se había encerrado al ganado y a los prisioneros. Al mismo tiempo, uno de los carabineros encargados de la guardia de imaginaria lanzó un grito penetrante:

—¡El ganado se ha salido del corral! ¡Cuidado con la estampida!

Mientras los carabineros se lanzaban hacia los corrales, el mayor Rodríguez se plantó junto al comandante y le informó:

—¡Mi comandante, toda esta escena ha sido hecha para permitir que se fuguen los prisioneros! ¡Ellos han sido los que abrieron el

corral y espantaron el ganado!

—¡Ah, condenados pillos! —barbotó Alcérreca, pero los caballos salían ya a la plazoleta—. ¡Contengan a la caballada o va a arrollar el campamento! —gritó, alejándose.

Rodríguez corrió hacia el corralón donde se había encerrado a los prisioneros. Por el camino le dio alcance el ordenanza Acosta.

El explorador confirmó sus sospechas; los dos recintos estaban vacíos. El ganado enloquecido había derribado las vallas que cerraban la entrada y, en la confusión, los indios prisioneros y el cura de Santa Eulalia se esfumaron. De inmediato el oficial y el ordenanza se lanzaron hacia el sitio de donde les pareció que provenían unos disparos.

No habían recorrido un centenar de metros, cuando divisaron a los custodios de los prisioneros. Rodríguez se aproximó al que parecía dirigir la maniobra y se identificó a gritos. El hombre se apresuró a informarle sobre lo ocurrido:

—Los indios mañosos se aprovecharon de la batahola que armaron los montoneros desde los cerros, largaron a los caballos y se fugaron por entre sus patas. Pero alcanzamos a darnos cuenta a tiempo, mi mayor, y mis hombres acorralaron a unos pocos.

—¿Y el cura de Santa Eulalia? —le indagó Rodríguez.

—Fue el primero en escaparse. No sé cómo consiguió cortar las cuerdas que le ataban los brazos.

Súbitamente, cesaron de oírse los disparos de los montoneros y también los relinchos y carreras de los caballos. Esto último indicaba que los carabineros habían logrado contenerlos. Entonces, se oyó a un soldado que llamaba desde hacía rato en algún punto cercano al grupo.

—¡Mi sargento!… ¡Mi sargento! —clamaba ansiosamente.

—¡Aquí estoy! ¿Qué hay? —respondió en alta voz el hombre que estaba con los exploradores—. ¿Agarraron a los prisioneros?

—No los agarramos, mi sargento —informó el soldado, trémulo —. Los únicos que quedaron fueron los que paramos a balazos. Pero tiene usted que acercarse a ver a uno de ellos, que tumbó mi cabo Carvacho.

Una sospecha inmediata cruzó por la mente de Rodríguez.

—¡Vamos allá, sargento! —urgió a su acompañante.

El soldado, recién percatado de la presencia del oficial, le iba

explicando atolondradamente, mientras lo seguía:

—Mi cabo Carvacho está como *fundío*; se ha quedado sin habla.

Llegaban a pocos metros de una división de piedras superpuestas. El soldado se detuvo tiritando:

—*Hei'stá* mi cabo, sentado al pie de la tranquera. Vio que los presos corrían hacia la pirca y la saltaban como conejos; entonces disparó al bulto y un hombre quedó atravesado sobre la tranquera.

—¡Por Diosito santo! —musitó Acosta, sobrecogido—. ¡El *pairecito* cura de Santa Eulalia!

Tremendamente impresionado, el mayor Rodríguez avanzó paso a paso. La voz de Carvacho le llegó como un plañido lastimero:

—No me habría *atrevío* nunca a dispararle a un curita, señor… *Agora* se me van a secar las manos… —gemía, aterrado.

El explorador se detuvo junto a la tranquera y examinó el cuerpo.

—Descuélguenlo y tiéndanlo en el suelo —ordenó a los que tenía cerca. Pero ninguno se atrevió a hacerlo.

—¡Acosta! ¡Sargento! Bájenlo —volvió a ordenar Rodríguez.

Los dos hombres, temerosos, lo depositaron en el pasto.

—¡No está *na* muerto todavía, mi mayor! —exclamó el sargento.

Rodríguez se arrodilló prestamente a su lado y agachó la cabeza para observar el rostro del caído.

—Albarracín…, Albarracín —se le oyó decir.

—¿Dónde está usted herido?… —le rogó Rodríguez.

El moribundo pareció hacer un esfuerzo sobrehumano de voluntad. Sus pupilas brillaron rencorosas, como carbunclos.

—Me fundieron —barbotó con voz que le gorgoreaba—, …pero otros seguirán… El guerrillero Albarracín… me vengará.

El explorador retrocedió, impresionado.

—Levántenlo y llevémoslo a la casa principal —ordenó a sus subalternos—. Tú, Acosta, adelántate y busca al doctor Marcial Gatica.

Pero el herido se retorció en el suelo.

—¡No! —protestó, rabioso—. ¡Déjame morir en paz!

Rodríguez se levantó, giró como autómata y echó a andar hacia el caserío, diciendo en voz muy queda:

—Transpórtenlo a la comandancia. Yo daré el parte respectivo.

El mayor comprendía claramente las consecuencias que había de

acarrearles la muerte del párroco de Santa Eulalia; todo el Perú, acendradamente religioso, se levantaría. Así volvió a manifestárselo al comandante Alcérreca, después de informarle sobre el suceso.

—¡Oh, qué desgracia! —se lamentó el jefe del destacamento—. Pero él mismo buscó su suerte; no procedió como un religioso, sino como un combatiente activo.

—Ya lo sé —aceptó el explorador—, pero a nadie haremos comprender eso. Por el momento, ya tenemos a la guerrilla de Albarracín rodeándonos.

—¿Y quién es ése, cuyo nombre pronuncia con tanto respeto?

—El coronel Gregorio Albarracín, un famoso guerrillero peruano, antiguo conocido nuestro —recordó Rodríguez gravemente—. Desde el comienzo de la guerra nos ha dado que hacer. Y ahora está acá.

Alcérreca guardó silencio y se paseó nerviosamente por el interior de la choza. Por último le expresó al oficial con firme resolución:

—Pues haremos todo lo que esté en nuestras manos por eliminarlo también. Creí que con las acciones de ayer habíamos terminado con los montoneros de esta región. Reconozco mi candidez. Bien. Con las primeras luces del alba, subiremos a los cerros que circundan y los perseguiremos hasta que no quede uno vivo.

Pero en vano sus hombres treparon a las cumbres después de que salió el sol. En ellas no había nadie.

Finalmente, después de ocho horas de vagar por cumbres y cuchillas, el mayor Rodríguez comunicó desde su observatorio:

«Columna enemiga alejándose oriente, camino a Chicla. Imposible alcanzarla».

—¡Maldita sea! —dejó escapar el comandante—. ¡Los perdimos!

—Pero el escarmiento que les hemos dado no se les olvidará fácilmente —terció Bouquet, en tono fanfarrón—. No se atreverán a volver de nuevo por aquí.

El comandante Alcérreca lo miró con fastidio y desprecio.

—Es irritante su simpleza, Bouquet —le dijo—. Vendrán a amagarnos una y cien veces. —Y volvió su caballo hacia el camino que habían hecho—. ¡Esperaremos a los exploradores en Chauca y volveremos a Chosica lo antes posible! Lo único que deseo es llegar

pronto a Lima para contar la verdad sobre la clase de guerra que nos ofrecerán los serranos. ¡A ver si les cae la venda de los ojos a nuestros generales!

9

Un coche cerrado, arrastrado por dos caballos, dobló de la calle del Colegio Real a la de San Idelfonso y comenzó a descender en dirección al río. La calle tenía apenas una cuadra de extensión antes de truncarse en el barranco del Rímac y era solitaria y estrecha. Sólo una casa tenía méritos suficientes como para fijarse en ella; era la signada con el número 31, que tenía las características relevantes de las antiguas mansiones señoriales.

Era aquélla la casa del coronel Andrés Alfredo Cáceres y Dorregaray.

El carruaje que venía del centro de Lima se detuvo frente al ancho portón y de él descendió apresuradamente un clérigo. Los ribetes morados de sus hábitos y su negro sombrero de lustroso pelo de castor delataban su condición de obispo.

Observando a todos lados y escurriéndose, igual que si se escondiera, el sacerdote dio algunos golpes con el llamador de hierro. Segundos más tarde se descorrió la tapa interior de la mirilla y, a través del encaje metálico que la cubría, se vio, vagamente, el rostro de un hombre, quien profirió una exclamación de sorpresa al identificar al recién llegado.

Apenas le franqueó la entrada, el hombre, que no era otro que el capitán José Miguel Pérez, se inclinó reverente y besó la sortija que el religioso ostentaba en la mano izquierda.

—Bienvenido, Ilustrísimo.

—Necesito ver al momento al coronel Cáceres —le urgió éste.

Cruzaron el zaguán y contornearon el primer patio por el corredor que circundaba. El obispo don Pedro José Tordoya, de la diócesis de Lima, hablaba nerviosamente.

—Sé que es una imprudencia venir a esta casa durante el día,

que puedo comprometer al coronel —decía—, e incluso, mi venida puede ser causa de que las autoridades enemigas descubran que don Andrés está refugiado aquí, pero era preciso que me entrevistara con él hoy mismo. El Comité Patriótico de la Resistencia ha tenido anoche una reunión tormentosa, motivada por las tristes noticias que hemos recibido de la matanza que ha habido en la quebrada de Carampoma.

El ayudante del coronel indicó que estaba enterado de los hechos.

La negra Gregoria Laínez había tomado noticia de lo sucedido en el Mercado de Cádices.

—El coronel está fuera de sí —murmuró.

—Imagínese usted cómo estaremos nosotros, los representantes del clero —le observó el obispo—. ¡Oh Señor, ya hemos soportado demasiado! Hay que poner coto a la barbarie de los chilenos.

Llegaban frente a la puerta de la
sala-escritorio
del dueño de casa y el capitán Pérez entró a prevenir al coronel sobre la visita del obispo de Lima.

Cáceres estaba todavía muy pálido y extremadamente delgado, pero se levantó de su sillón y fue al encuentro del prelado.

Después de los saludos de rigor, el obispo expuso la razón de su visita. El comandante Mauricio Muñoz había vuelto a burlar la vigilancia de los bloqueadores de Lima, y se había presentado ante el Comité de la Resistencia con las noticias sobre el combate de la quebrada de Carampoma.

—Hemos tenido centenares de muertos, coronel —transmitió el obispo al caudillo ayacuchano—; la montonera del coronel Bedoya fue casi totalmente exterminada y la del coronel Segura salvó apenas una mitad. Por último, los chilenos incendiaron los cinco pueblos vecinos a San Jerónimo.

El coronel Cáceres cerró los ojos y se oprimió la frente con el puño cerrado.

—Habrá mucha más mortandad si no toma el mando de todas las fuerzas de la sierra un militar experto —murmuró casi para sí.

—¡Usted, coronel! —le impuso el prelado, oprimiéndole un brazo con sus dedos pálidos—. Para decirle eso he venido. El Comité Patriótico de la Resistencia le exige ese sacrificio por la

patria. Ya sabemos que está herido, pero confiamos en que pronto…

Cáceres no lo dejó terminar. Se había puesto de pie bruscamente.

—Mis heridas están completamente cicatrizadas —proclamó—. Mas quedan apenas una leve cojera y dolores neurálgicos que me atacan cuando camino. Pero, comprendiendo que ha llegado el momento de actuar, para evitar que continúe la sangría a que está siendo sometido nuestro pueblo, desprecio mis dolores, para asumir el puesto que me corresponde.

Los ojos grisáceos del obispo se iluminaron satisfechos.

—Gracias, don Andrés —le declaró emocionado—. No esperábamos menos de su grandeza de espíritu.

El militar no prestó atención a la lisonja.

—¿Dónde está la mayor concentración de fuerzas nuestras en el momento actual? —preguntó al clérigo.

—Según los informes que trajo el comandante Muñoz, el guerrillero Albarracín pasó con su gente por Chicla, en camino hacia Jauja, que es donde se encuentra el general Piérola.

—Pues me iré directamente a Jauja —resolvió Cáceres—. ¿Qué tropas regulares hay en aquel departamento?

—Dos batallones: el «Constancia», formado por todos los jefes y oficiales que han emigrado a la sierra, y el «Junín», compuesto por los restos del batallón «Pichincha» y veinticinco gendarmes de Jauja. Ambos fueron enviados por el general Piérola a Cerro de Pasco, para que sofoquen un levantamiento revolucionario promovido en esa ciudad minera por un francés de nombre Fouquet. Llevan también la misión de imponer a los propietarios de las minas una contribución de guerra, necesaria para alimentar a las tropas del ejército en formación.

El coronel hizo un rápido cálculo mental y concluyó que los soldados estarían de regreso en Jauja cuando él arribara a esa ciudad. Corría el miércoles 13 de abril, y Lima se congestionaba con las ceremonias de Semana Santa, que conglomeraban a centenares de miles de personas en los templos y en las calles. Aquélla era una circunstancia favorable para poder pasar inadvertido.

—¿Cuando cree que podrá partir? —le preguntaba en ese momento el obispo.

—Pasado mañana, 15 de abril y Viernes Santo.

Mientras hablaba, pensaba que, por una curiosa coincidencia, al mismo tiempo que el doctor Belisario Sosa lo declaraba a él apto para caminar, el veterinario que había atendido a su caballo, herido en la batalla de Miraflores, daba de alta al noble bruto. Parecía aquello la intervención providencial de la mano divina.

—Si es cosa del destino —murmuró muy quedo—, a Dios nuestro Señor se lo agradezco.

—Que Él guíe sus pasos —le coreó el prelado.

El coronel elevó su mirada hasta el rostro del obispo, y había en sus pupilas el mismo brillo predestinado que había lucido en los momentos culminantes de su vida de soldado.

El mismo 15 de abril, el coronel Pedro Lagos estampó con mano firme en su libro de operaciones: «Partida de una división mixta a la sierra». Enseguida, hizo llamar al coronel de artillería Ambrosio Letelier, agregado al Estado Mayor General.

El comandante en jefe no sospechaba que con aquel acto arrojaba nuevo combustible a la hoguera que en esos momentos comenzaba a arder en la sierra.

La primera chispa había sido la muerte del párroco de Santa Eulalia. El coronel Lagos adivinó que todo el clero peruano enarbolaría aquella muerte como una antorcha de martirio suficiente para encender la guerra santa entre la indiada. Y consideró indispensable dar un golpe rápido y concluyente, capaz de aniquilar a los montoneros y al dictador Piérola, antes de que se produjera un levantamiento. Esperaba evitar así una inmensa efusión de sangre y la prolongación indefinida del estado de guerra.

Tan pronto como el comandante Germán Alcérreca le pasó su parte de las acciones, en el que hacía disimulada mención de la muerte del cura montonero, el coronel Lagos se dedicó a organizar una nueva expedición, que debía salir de Lima el 15 de abril. Ésta llevaría como misión específica apoderarse del valle de Junín y limpiarlo de todo montonero. Tal expedición sería comandada por el teniente coronel de artillería Ambrosio Letelier. Estaría compuesta por: un escuadrón del regimiento «Carabineros de Yungay», una compañía del batallón de infantería «Buin», otra del

«Santiago» y dos del regimiento «Esmeralda». Estas últimas serían el fuerte del destacamento.

—Véase con el coronel Adolfo Holley y pídale que seleccione las dos compañías que irán a combatir a la sierra bajo sus órdenes —pidió el coronel Lagos a Letelier.

El comandante del «Esmeralda», pese a lo adicto que era a rodear la jerarquía con cierto estirado protocolo, después de dos años de guerra, buscaba más paternalmente la compañía de sus oficiales. Por eso había establecido su alojamiento en el mismo piso alto de la Escuela de Artes y Oficios, donde dormían aquéllos. La oficialidad del primer batallón ocupaba el pabellón más próximo a las habitaciones del coronel, y era la que debía poner más cuidado en no desmandarse. En cambio, el alojamiento de los oficiales del segundo batallón estaba algo más distante, por lo cual capitanes, tenientes y subtenientes lo empleaban para efectuar sus entretenimientos y para planear sus escapadas.

Aquella noche del 13 de abril, los jóvenes hacían la tertulia habitual antes de echarse a dormir. Un grupo jugaba al naipe sobre la cama del teniente Mariano Santa María, algunos leían, otros atendían a la pulcritud de sus uniformes, unos pocos escribían cartas a sus parientes de Chile, cuando oyeron el golpear acompasado de los pasos de varias personas que se acercaban por la galería.

—¡Una ronda! —alertó alguien—. ¡Escondan la plata!

Santa María arrojó los naipes bajo la colcha, mientras los jugadores aprovechaban la emergencia para apoderarse del dinero que estaba desparramado en el centro de la cama. Se disputaban aún las últimas monedas, cuando apareció en la puerta el coronel Holley, seguido del coronel Letelier y un ayudante.

Los oficiales se pusieron de pie, y el vigoroso chocar de sus tacos fue simultáneo.

—Buenas noches, oficiales —los saludó el jefe Holley.

—Buenas noches, mi coronel —le respondieron todos al unísono.

El comandante del «Esmeralda» avanzó sonriendo bonachonamente y les presentó a su acompañante.

—El coronel don Ambrosio Letelier.

Los oficiales volvieron a cuadrarse, con la vista fija en el alto jefe, a quien veían por primera vez.

—A discreción —les ordenó Holley, suavemente—. Ubíquense en semicírculo en torno nuestro, para que oigan bien lo que vamos a hablar.

—El señor coronel Ambrosio Letelier ha sido comisionado por el Alto Mando para comandar una expedición de guerra a los valles altos de la cordillera —informó Holley—. He sido instruido de que irán con él algunas compañías de infantes y un escuadrón de caballería. Pero la columna de ataque ha de estar constituida por dos compañías de nuestro regimiento.

Una oleada de exclamaciones brotó de entre los oficiales, sorprendidos y alegres por la noticia de que saldrán de la fastidiosa inactividad a que estaban sometidos.

—¡Más orden, muchachos! —los acalló el coronel Holley—. Antes de entusiasmarse tanto, es preciso que entiendan bien cómo será el asunto. El coronel Letelier se lo explicará en detalle.

El aludido avanzó un paso. Era un hombre pálido, de facciones aguzadas y ojos pequeños. Usaba un flamante uniforme
azul-negro
de artillero, con el cinturón muy ceñido, lo que lo hacía verse entallado con coquetería un tanto femenina. Sin embargo, pese a la impresión que causaba su atildada apariencia, su voz era dura y cortante.

—Conozcan, primero, la misión del destacamento —les espetó sin preámbulos—. Perseguir, derrotar, exterminar a todos los montoneros, sin dejar ningún foco que haga posible la resurrección de la resistencia. Enseguida, dominar todo el valle central de la sierra e imponer cupos de guerra a los habitantes de las grandes ciudades, para que sientan en carne propia las consecuencias de la derrota y deseen, por sobre todo, el advenimiento de la paz.

Hubo un silencio profundo cuando el coronel terminó su explicación y las sonrisas de los oficiales se congelaron ante la frialdad del orador.

El coronel Holley consideró prudente romper el clima que se estaba formando.

—Comprendan que la empresa no es fácil —les observó—. Erradamente, se supone que el Perú tiene su centro vital en la costa, pero no es así. En la sierra están las ciudades más pobladas y las más valiosas fuentes de riquezas: valles agrícolas de prodigiosa

fecundidad y yacimientos mineros que han dado una leyenda fabulosa a este país.

—Segundo hecho que hay que anotar, oficiales —terció el coronel Letelier—. Según instrucciones del Alto Mando, «viviremos sobre el terreno». Bien comprenden ustedes lo que eso significa: ganarse la subsistencia con el mismo fusil con que se defiende la vida y se conquista el territorio enemigo.

—Ahora bien —prosiguió el coronel Letelier—, el «Esmeralda» tiene ocho compañías, y sólo necesito dos.

Los oficiales se miraron entre ellos, en un opresivo silencio. El coronel Holley los contempló con las pupilas abrillantadas por la sorpresa.

Por fin, fue su propia expresión de desencanto lo que animó a los oficiales, orgullosos de la fe que les tenía su jefe.

—Ofrezco la primera compañía del primer batallón, mi coronel —exclamó el capitán Aguirre Peña y Lillo, que la comandaba.

Siguieron los otros capitanes, atropellándose por proponer a sus respectivas compañías.

El coronel Holley sonrió, aliviado:

—¡Calma, calma! —advirtió, alzando la voz—. Ya sabemos que todos ustedes quieren tener el honor de salir nuevamente a campaña, pero es preciso que elijamos sólo a dos.

Los oficiales comenzaban nuevamente a alborotarse, pero el coronel Letelier les impuso silencio con un ademán seco.

—¡Basta! —exclamó—. Quiero hacerles, primero, una pregunta. ¿Quiénes de ustedes están acostumbrados a vivir a más de tres mil metros sobre el nivel del mar? —Como nadie le respondiera, clavó sus ojos rasgados en el que tenía más próximo, el capitán Aguirre Peña y Lillo—. ¿De dónde es usted, capitán? —le preguntó.

—De Viña del Mar, mi coronel —le respondió el oficial, algo turbado—. Mas he viajado por los Alpes suizos y he estado en Saint-Moritz y en Mont Blanc, en Francia.

—¿A más de tres mil metros de altura y a campo raso? —le inquirió el coronel, con mordacidad.

—Nnnno… —tuvo que reconocer el oficial, confundido—, un poco más bajo y… y en buenos hoteles.

Los demás oficiales no pudieron contener la risa, pese a que les

disgustaba hacerle juego al coronel Letelier.

—Enfoquemos el asunto desde otro ángulo entonces —planteó —. ¿Ha sufrido alguno de ustedes el soroche? —les indagó. Y como ninguno le respondiera, prosiguió—: Cuando se asciende a más de dos mil quinientos metros de altura, la respiración se acelera en forma creciente; el aire enrarecido hace que se sienta cada vez más la falta de oxígeno, el corazón apresura sus latidos, hay agudos dolores de cabeza, las pulsaciones de la sangre empiezan a sentirse en todas las arterias, después sobrevienen mareos y vómitos; por último, los ojos se inyectan en sangre y se producen hemorragias por la nariz y los oídos.

Los oficiales lo escuchaban, aturdidos por la impresión.

—Pasados los tres mil quinientos metros de altura —continuó el coronel Letelier, gozando sádicamente en impresionar a los jóvenes —, apenas es posible moverse, y el imprudente que fuerza su organismo corre el riesgo de morir reventado en sangre. Es preciso acostumbrarse lentamente a la falta de oxígeno y al exceso de presión —terminó, y escrutando uno por uno los rostros—: ¿Han comprendido bien?

—Sí, mi coronel —le respondieron todos, gravemente.

—Bien —concretó—. Mi destacamento deberá vivir durante meses en tierras ubicadas entre tres mil y cuatro mil metros de altitud. Y en ellas deberemos movernos cargados con equipo completo. Nuestra alimentación consistirá en productos de la región, que no son los que están acostumbrados a digerir nuestros estómagos. Deberemos soportar el calor asfixiante de los valles encerrados, el frío penetrante de la puna nevada y los males endémicos de esas regiones: la viruela, el tifus, la verruga maligna y el pique, que es una especie de piojo gigante que excava su nido debajo de las uñas de los pies, y allí deposita sus huevos. Pero todos éstos no serán sino los accidentes secundarios que enmarcarán nuestra empresa, porque, por sobre ellos, a pesar de ellos, mejor dicho, nuestra vida se reducirá, durante semanas y meses, a combatir, subiendo y bajando montes frígidos, contra hombres que nacieron y están hechos a esas alturas y a esa existencia, a luchar día y noche contra montoneros indios, fanatizados y bárbaros. Ahora que están ustedes enterados, les vuelvo a preguntar: ¿Quiénes están dispuestos a ir conmigo?

—¡Yo, mi coronel! —proclamaron todos al unísono, y había en el timbre de sus voces un dejo de desafío.

El jefe del «Esmeralda» sonrió, ufano.

—¿No se lo advertí, comandante Letelier? —le expresó, con orgullo—. Disponga de «mis muchachos».

—Gracias, coronel Holley, y también a ustedes, oficiales —pronunció el jefe de la proyectada expedición—. Pero no puedo llevar a todas las compañías, de modo que tendremos que decidirnos por dos de ellas. ¿Pero cómo las seleccionamos?

El coronel miró al grupo de jóvenes y sus ojos se detuvieron enseguida en la cama del teniente Santa María. Sonriendo maliciosamente, les dijo:

—Lo decidiremos por medio de las cartas. Uno de ustedes que me entregue el mazo, muchachos… Es inútil que pongan esas caras de inocencia. Soy viejo curtido en estos ardides.

Los oficiales agacharon las cabezas, ocultando sus risas. Martiniano Santa María avanzó unos pasos y plegó hacia atrás la colcha de su cama, amontonó las cartas de la baraja y se las pasó al coronel.

—La suerte decidirá cuáles serán las dos compañías que irán en la expedición —determinó el jefe—. Adelántense los ocho capitanes de compañías, y veamos cuáles dos sacan el punto más alto.

Siete de los oficiales aludidos avanzaron. El teniente Echeverría se apresuró a llenar el hueco del que faltaba.

—Mi capitán Florencio Baeza está enfermo de tercianas, mi coronel —explicó—. Si usted me lo permite, lo reemplazaré.

El coronel accedió con un movimiento de cabeza, y de inmediato extendió la baraja, boca abajo, al capitán Arístides Pinto Concha.

—Saque una carta y arrójela sobre la cama —le ordenó.

Éste tomó un naipe y lo dejó sobre la colcha. Era un cuatro de espadas.

—¡Mala leche! —exclamó.

Uno a uno le siguieron los capitanes. Finalmente, le tocó a Aguirre Peña y Lillo.

—Los últimos serán los primeros —sentenció, artificioso y solemne, el oficial, y cogió la carta que le correspondía. Haciéndola describir un amplio vuelo en el aire, la arrojó, boca arriba, sobre la cama.

—¡El rey de bastos!… —corearon los oficiales, alborotados, y se abalanzaron sobre el capitán Aguirre, palmoteándolo y estrujándolo.

—Te felicito, Manuel —se oyó decir al capitán Sanfuentes—. Va tu segunda compañía.

—¡Y la tercera, a la que pertenezco yo también, compadre! —saltó Del Solar, radiante. Pero de súbito recordó algo que lo hizo ponerse serio—. Mi coronel, mi capitán Baeza está enfermo.

—No es inconveniente, Del Solar —le allanó Holley—. Ya que la carta que dio el triunfo a la tercera compañía la sacó el teniente Echeverría, que pertenece a mi Plana Mayor, le dará él el mando de la compañía, en reemplazo de Florencio Baeza.

—¿Ah? ¿Qué les parece, muchachos? —se pavoneó Echeverría —. ¿No he dicho siempre que soy un tipo de suerte?…

—Veremos si repites lo mismo cuando estés allá arriba, a cuatro mil metros de altura y sufriendo el soroche —le observó el capitán Sanfuentes, con acento agorero.

—Si te sientes mal, Echeverría, me mandas una nota y voy a reemplazarte —le propuso a su vez el capitán Naranjo.

—Difícil será que se manden notitas, capitanes —los interrumpió el comandante Letelier—. El punto más cercano de nuestras operaciones estará situado en Casapalca, a ciento veinticuatro kilómetros de Lima, y a cuatro mil ciento sesenta y cinco metros sobre el nivel del mar.

La cifra expresada en último término por el jefe de la expedición heló el entusiasmo de los oficiales.

—¡Cuatro mil ciento sesenta y cinco metros de altura! —silbó Sanfuentes, horrorizado—. Y en pleno otoño serrano, estación de las grandes tormentas de lluvia y nieve, y de temperaturas que alcanzan a diez grados bajo cero.

Los oficiales guardaron silencio, impresionados. Sus miradas iban del coronel Holley al comandante Letelier. Fue el primero quien rompió el súbito mutismo.

—La partida está fijada para pasado mañana, viernes 15 de abril —les observó—. Tomará el mando total de las dos compañías del «Esmeralda» el segundo comandante, mayor Saturnino Retamales. El capitán Orrego y el teniente Echeverría deben entrevistarse con él cuanto antes, para que preparen todos los elementos que

necesitarán sus hombres. Eso es todo. Buenas noches, oficiales.

Apenas quedaron a solas, el capitán Naranjo se acercó a Del Solar y Santa María, que recogían los naipes de la cama.

—No se puede negar que tienen suerte ustedes —se lamentó, envidioso; y como Alberto le respondiera con una morisqueta, se alejó hacia su rincón.

Del Solar reparó en que su compañero Santa María no parecía estar tan satisfecho como él.

—¿Qué te ocurre, Martiniano, que tienes una cara de palo que da miedo? —le preguntó burlón—. ¿Acaso no te alegra salir a campaña de nuevo?

—Sí, me alegra —le contestó el interpelado, pero su rostro expresaba todo lo contrario—. Aunque mi prima Elsa me escribió diciéndome que había soñado que me veía acostado en la nieve, como si estuviera muerto.

—No hagas caso de niñerías, hombre —lo consoló Alberto, y agregó en tono malicioso—: Respóndele a tu primita que estás tan seguro de tu suerte, que le propones matrimonio inmediato el día de tu regreso. Verás cómo te empieza a mandar cartas más optimistas.

Martiniano lo miró sin responderle.

El que le contestó, en cambio, fue el teniente Echeverría, que pasaba junto a ellos.

—¿Sabes que es buena tu idea, Del Solar? —le dijo, entre burlón y triste—. Voy a mandar una cartita hablando de matrimonio a cierta persona de Santiago. ¿Quién puede garantizarnos que no nos quedaremos tiesos allá arriba, para pasto de los cóndores?

—Yo también voy a escribir a los míos —terció el capitán Manuel Aguirre—. Desde la sierra, no creo que sea fácil comunicarse con el mundo.

—¡Eso es, muchachos! ¡A despedirse de esta hermosa vida! —cacareó alegremente Del Solar, pero había una vaga nota de pesadumbre en su acento, cuando agregó—: Y a disponerse a morir en buena postura.

Riendo fue hasta su pañol, y sacó de entre sus ropas dos botellas de aguardiente.

—¡Arrimarse, muchachos! —gritó—. Vamos a hacer un brindis de despedida.

Los oficiales rodearon a Del Solar bulliciosamente portando cada uno su jarro metálico. Alberto, extrañamente eufórico, hacía señas al teniente Ilabaca, que ordenaba meticulosamente su equipo.

—¡Desiderio, tú tienes un saquete con pólvora! Lo vi ayer, colgando de tu morral. Tráelo también.

—¡Eso es! —aprobó Jacinto Holley—. Brindemos con chupilca del diablo, como cuando íbamos a cargar sobre las fortificaciones de Tacna.

Cogiendo el saquete de pólvora que le tendía Desiderio Ilabaca, Del Solar fue echando una pizca de ella en cada jarro.

—Viérteles aguardiente encima, Vicente —ordenó enseguida el teniente Calvo, que estaba a su lado.

Alberto del Solar alzó su jarra y trepando de un salto sobre la cama de Martiniano Santa María, clamó con arrebato digno de un tenor de ópera:

—¡Y ahora a brindar con unos versos locos que se me están fraguando en el magín, a los cuales ustedes agregarán los que se le ocurran! ¡Atención, oficiales!:

—¿Te araña la carne el viento que hiela,
entona tu boca concierto de dientes,
sin mantas ni hoguera maldices la guerra?…
¡Chupilca del diablo, y estarás caliente!

¡Chupilca del diablo y estarás caliente! —corearon todos con entusiasmo.

No se apagaban las voces cuando el teniente Ureta saltó a la palestra y recitó estentóreamente:

—¿Tus pies desollados se niegan a andar,
te cuelga la lengua, seca y tumefacta,
no tienes alientos ni pa’ *rezongar?…*
¡Chupilca del diablo y siga la marcha!

Fue el teniente Echeverría quien prosiguió la improvisación, diciendo apasionadamente:

—¿Te muerde la entraña el dolor tremendo,
como bayoneta clavada hasta el perno,

de la pena honda, de la novia lejos?…
¡Chupilca del diablo y vamos riendo!

Haciendo una cabriola obscena, irrumpió entonces el capitán Naranjo:

—¿Ante la trinchera del amor ardiente,
se quiebra tu arma tímida impotente?…
¡Chupilca del diablo y serás un héroe,
que irá a la carga lo menos diez veces!

—¡Chupilca del diablo y cargarás diez veces! —corearon sus compañeros con grandes carcajadas.

Del Solar abrió ambos brazos, y su gesto impuso silencio. Su rostro juvenil era serio y amargo. Con rabioso ademán puso término al brindis:

—En las lides fieras, en que el hombre siente
que pende su sino de un pelo de suerte…
¡chupilca del diablo, pólvora-aguardiente!
¡Y al diablo la vida, al diablo la muerte!

Levantando su jarro, en un gesto violento, el teniente prosiguió:

—Toma tu saquete,
pela cantimplora,
mezcla el aguardiente
con la negra pólvora,
y ¡zámpate un trago
lo mismo que ahora!

—¡Salud! —gritaron los esmeraldinos, y, de un golpe, se bebieron el contenido de sus jarros.

Lima ofreció a las tropas de ocupación un espectáculo asombroso aquella mañana del Viernes Santo. Sus calles, siempre solitarias por el «cierra puertas» con que los pobladores se aislaban de los vencedores, se atestaron de gente. El profundo fervor

religioso del pueblo peruano quedó entonces de manifiesto. Hombres y mujeres arrostraban los peligros de la ocupación con tal de no faltar a los servicios religiosos.

Mientras las innumerables iglesias de las ciudad enervaban con el repicar hueco de las matracas y las cofradías recorrían las calles en interminables procesiones fúnebres, todas las mujeres salieron de sus casas y llenaron plazas e iglesias.

Cubiertas con mantones oscuros, que las envolvían por completo, dejando apenas un ojo al descubierto, como las antiguas «tapadas» de Lima, semejaban a un caudal de río negro que corriera lentamente por las calles.

Los soldados chilenos comprendían, decepcionados, la protesta muda y terca que significaban aquellos envoltorios negros y optaron por ignorarlas por completo.

Aquélla era la oportunidad que esperaba el coronel Cáceres para deslizarse fuera de la capital. A las ocho de la mañana se hallaba en el zaguán de su casa, rodeado por su esposa, sus tres pequeñas hijas: Zoila Aurora, Lucila Hortensia y Rosa Amelia, todas cubiertas por negros velos. Unos pasos más distantes estaban también la criada Gregoria Laínez, el ama Helena y Martina, la joven protegida de la señora.

El coronel vestía un largo sobretodo oscuro, de amplias solapas, sombrero de pelo de castor, y ocultaba sus ojos bajo unas gafas de vidrios color verde intenso. A su lado, apoyándolo, estaba el capitán José Miguel Pérez, disfrazado con los gastados ropajes de un peón de hacienda.

Antes de abrir la puerta, el coronel se inclinó y besó a sus tres hijas en la frente. Después, enfrentó a su mujer.

—No demoremos más la partida —le expresó—. Iremos todos juntos hasta el río. Ahí nos separaremos. Ustedes torcerán hacia la «Capilla del Puente», y el capitán y yo nos dirigiremos a la estación de Viterbo. Tomaremos el tren del Callao, que pasa a las ocho y media. Tenemos el tiempo justo. Bien —concluyó—, les digo adiós aquí, porque en la calle no me será posible hacerlo. Que Dios sea con ustedes.

—Hasta pronto, señor; que tengas suerte —susurraron las criadas enternecidas.

Doña Antonia lo besó en las mejillas, diciéndole con voz entera:

—Santa Rosa de Lima lo proteja, Andrés.

—Gracias, Antonia. Igual te deseo a ti y a las niñas. Adiós.

El capitán Pérez descorrió la barra metálica que trababa los batientes del portón y le franqueó la salida. El coronel tomó alientos y salió a la calle. Tras él fue el oficial, y enseguida el grupo de mujeres.

La negra Gregoria se retrasó unos instantes, cerrando el portón, y después les dio alcance.

El grupo silencioso descendió rápidamente por la calle de San Ildefonso. Se congratulaban de que los contornos estuvieran casualmente solitarios, cuando, de súbito, resonó una voz a sus espaldas:

—¡Señor!… ¡Señor coronel! —decía.

El capitán Pérez echó de inmediato mano al revólver, y volvió apenas la cabeza. En el primer momento no pudo identificar al que los alcanzaba, por venir tocado con un ancho sombrero de paja y envuelto en una sucia manta india. Pero éste levantó el rostro y el oficial supo al instante quién era.

—¡Es el comandante Joaquín Muñoz, don Andrés! —informó al coronel.

Cáceres se detuvo en seco. Tan pronto el comandante llegó a su lado, le espetó nerviosamente:

—Don Andrés, tengo un encargo del Comité de la Resistencia de avisarle que no embarque usted en el tren que va a la sierra. Esta misma mañana parten con ese destino tropas enemigas. Van soldados de infantería y caballería, con destino al valle de Junín.

El coronel serrano frunció el ceño denotando una profunda preocupación.

—¡Conque se disponen a dominar la sierra también! —reflexionó —. Pues mayor razón para que yo suba antes que ellos. ¿A qué hora parten los chilenos, comandante?

—A las nueve de la mañana, en dos trenes especiales.

—El tren ordinario en que iremos nosotros sale a las ocho y media. Les llevaremos media hora de ventaja —calculó el caudillo.

—Las estaciones estarán llenas de inspectores militares —le replicó el comandante Muñoz, alarmado.

—Trataremos de que no nos arresten —contestó el coronel—. Comprenda que si el ejército enemigo manda fuerzas a posesionarse

de las ciudades de la sierra, tenemos que darnos prisa a sacar a nuestros hombres de la zona de peligro, a fin de organizar un ejército en otro lugar. De modo que, aunque arriesgue caer prisionero, me embarco ahora mismo.

—Me parece bien, Andrés —dictaminó su esposa. El comandante Muñoz los observó a ambos, con admiración.

—Me inclino ante su decisión, señor coronel, y lo felicito —le declaró—. Volveré a comunicársela a los miembros del Comité. Buena suerte. Adiós, señoras.

El grupo reinició su camino hacia el río. En ese momento, sonaba a lo lejos el pito de una locomotora anunciando la entrada del tren a la estación de Viterbo.

—¡Apresurémonos, Pérez! —exclamó el coronel—. Adiós, queridas mías. Cuídense mucho. Y ustedes, pequeñas, recen por su padre. Hasta la vuelta. —Apoyándose en el brazo del capitán Pérez, apuró sus pasos, sobreponiéndose a su debilidad. El tren del Callao entraba resoplando ruidosamente a la estación e iba a detenerse entre los andenes, envuelto en humo y vapor. Venía con todos sus vagones casi llenos con viajeros que traía desde el Callao y otros que había recogido en la estación de Monserrate, ubicada en el extremo poniente de Lima.

En Viterbo sólo subieron unos cholos y mulatos del barrio bajopontino, y el coronel Cáceres con su ayudante. El capitán Pérez se ocupó de buscar a su superior un asiento cómodo en el último vagón, que calculaba quedaría siempre fuera de los cortos andenes, en las míseras estaciones del trayecto ascendente de la sierra. El carro iba lleno de gente de pobre apariencia, que viajaba cargada de canastos y mallas con alimentos y enseres. El coronel se sentó, levantándose el cuello del sobretodo: así ocultaba sus inconfundibles patillas «a la austríaca». No obstante, había algo en su tiesura y en la parsimonia de sus movimientos que lo delataba como un gran señor.

Después de dos minutos de detención, el tren se puso otra vez en movimiento. Entonces se sintieron voces alocadas y risas en el andén, y poco después se vio asomar en la plataforma trasera a dos hombres y dos mujeres, que se ubicaron cuatro asientos más adelante, en la hilera de bancos del lado contrario. Al oírlos hablar el capitán Pérez clavó sus ojos alarmados en su superior.

—Buena cosa hubiera sido que nos dejara el tren, linduras, y perdiéramos este par de días de licencia, que tanto nos costó conseguir en el cuartel —decía uno de ellos a su compañera.

—¿Y qué habríamos hecho nosotras, pues? —le respondió la morena, coquetísima—. ¿Quedarnos con los crespos hechos?

—Ustedes nacieron con crespitos, mi linda —comentaba el otro hombre, hundiendo sus dedos en la cabellera ensortijada de la segunda mujer.

No fue preciso que dijera más para que el jefe peruano y su ayudante comprendieran que eran oficiales chilenos en uso de licencia.

—Lo peor hubiera sido perdernos el asado y la fiesta a que nos tienen convidados los compañeros del «Maule» —comentaba el más joven de los dos—. Vamos a pasar unos días como príncipes. Pasearemos por Chosica, que ustedes dicen es tan lindo lugar, bailaremos, cantaremos, y, si ustedes son buenitas, podremos hacernos el amor, como los chilenos sabemos hacerlo. ¿Eh, qué les parece?

Los cuatro reían desembozadamente.

—Mientras lleven la atención concentrada en esas mujerzuelas no habrá peligro —razonaba Pérez, en voz baja—. Pero quiera Dios que no sea una de ellas quien lo reconozca a usted. Por precaución, agache la cabeza, señor.

Como si hubiera podido escuchar el comentario, la mujer que estaba sentada junto al pasillo se quedó observando a los dos viajeros. En sus pupilas brilló una chispa extraña, y se puso seria. Después se inclinó hacia su compañera y le cuchicheó algo al oído.

«Me ha reconocido», pensó el coronel Cáceres, y se quedó rígido. Pero las mujeres, tras lanzar una mirada investigadora sobre ellos, volvieron a las risas y coqueteos con sus acompañantes.

El coronel comprendió que las mujeres habían sospechado algo, posiblemente, incluso los habían reconocido. Estaban en sus manos. Sin embargo, confiaba en que los vagos sentimientos patrióticos de las mujeres del pueblo limeño les sellarían las bocas. Aferrado a esa esperanza, logró mantener una actitud indiferente y despreocupada, pero viajaba crispado, con todos sus sentidos alertos.

Las pequeñas estaciones iniciales de la ruta de la sierra se sucedían, mientras el tren ascendía por la angosta trocha.

El coronel y su ayudante continuaban silenciosos, atentos a la bulliciosa conversación de las dos limeñas con sus pretendientes. Una de las morenas se daba ocasiones para lanzar fugaces miradas sobre el coronel que fingía dormitar y hubo un momento en que el chileno que le hacía pareja volvió la cabeza para averiguar cuál era el objeto de sus distracciones. Pero la imprudente limeña tiró de la manga de su compañero, y le habló atolondradamente de otra cosa. El jefe serrano se relajó suavemente.

Alrededor del mediodía el tren entró en la estación de Chosica.

El coronel sabía que más arriba ya no había soldados enemigos. Todo dependía de que los oficiales que venían en el vagón no lo hicieran arrestar allí.

Cuando el convoy se detuvo, esperó a que los demás viajeros se pusieran de pie y llenaran el pasillo. Entonces susurró al capitán Pérez:

—Bajemos confundidos con los demás. El vagón va a quedar vacío y seremos demasiado visibles. En cambio, en el andén la muchedumbre nos ocultará. Volveremos al tren cuando se ponga en marcha.

Caminaron lentamente, mezclados con los demás pasajeros, pero sin dejar de espiar a las dos mujeres, que marchaban adelante con los oficiales chilenos. Cuando bajaron a tierra, éstos se hallaban apenas a unos pasos de distancia y se demoraban mirando por sobre las cabezas, como buscando a alguien. Luego encontraron a sus compañeros del «Maule» y se alejaron entre la multitud.

Respiraba tranquilo el coronel Cáceres, cuando alguien lo llamó en voz alta:

—¡Coronel Cáceres, mi querido amigo!

La mención de su nombre en aquel sitio sobresaltó al coronel, quien se volvió prestamente. Avanzando por el costado de los vagones, se le acercaba un caballero alto y huesudo, vestido a la usanza típica de los hacendados de la sierra. Con un esfuerzo de memoria reconoció a su antiguo amigo Marcial Ramírez. Éste venía saludándolo desde lejos, braceando y pronunciando su nombre desatinadamente.

El aludido le hacía gestos desesperados para que se callara, pero parecía no comprenderlo.

—Lo noto algo pálido, coronel —le decía—. ¿Le ha sentado mal

el viaje?… ¿O tal vez la altura? Aunque no. Verdad que usted es tan serrano como yo, mi apreciado coronel Cáceres.

—¡Don Marcial, por favor, no me siga tratando por mi nombre y mi rango militar! —le exigió entre dientes—. ¿No comprende que vamos a la sierra a escondidas? En cualquier momento pueden apresarnos; aquí mismo, si es que han oído sus imprudentes palabras.

El latifundista abrió la boca, atónito y aterrado.

—¡Virgen santa! —exclamó—. ¿Y para qué correr tales riesgos, coronel?… ¡Ah, perdón, no sé lo que digo! Pero Perú está derrotado. ¿Con qué fin arrostrando peligros y provocando nuevas efusiones de sangre?

Cáceres se irguió bruscamente.

—Perú no está derrotado, señor Ramírez —le rebatió con sequedad—. Y con hombres como usted, que se han entregado tan fácilmente a la renunciación, no me es grato rozarme. De modo que ¡adiós!

El hacendado se quedó alelado, pero la gravedad de la ofensa lo hizo reaccionar de inmediato.

—¡Coronel Cáceres! —le reclamó, con indignación.

Éste se volvió junto a él, ceniciento.

—¡Ande! ¡Grítelo más fuerte! —le espetó, desafiante—. ¡Grite otra vez mi nombre, para que vengan los chilenos y me apresen!

Un grupo de los últimos pasajeros del tren, que estaban aún cerca, se quedaron contemplándolos, asombrados y temerosos. El capitán Pérez se aproximó con disimulo y susurró a su jefe:

—¡Prudencia, señor, hay varios soldados chilenos al alcance de su voz!

Efectivamente, había algunos soldados a pocos metros de distancia, pero parecían preocupados de sus propios asuntos. Sin embargo, los dos caballeros permanecieron inmóviles, presas de una tensión insoportable. Sólo cuando los soldados le volvieron las espaldas y se alejaron caminando, el hacendado se atrevió a seguir hablando.

—Perdón, don Andrés —musitó, contrito—, pero quisiera explicarle el porqué de mis expresiones recientes.

El coronel no lo dejó proseguir.

—No me diga nada —le reprochó con ademán tajante—. Si

quiere que borre de mi espíritu la impresión que me han inculcado sus palabras, suba a los valles altos de la sierra y búsqueme allí. Tendré preparada para usted una plaza de oficial en nuestro nuevo ejército.

—¿Enrolarme yo en…? ¡Oh, no, señor!

El coronel lo midió de arriba abajo con una mirada despectiva.

—¿Ve usted? —le observó fríamente—. Su patriotismo ha muerto. Adiós, señor.

Dio media vuelta, y se alejó hacia la pisadera del vagón, justo cuando el tren empezaba a ponerse en movimiento. Cáceres se aferró a los pasamanos, y saltó dificultosamente sobre los escalones metálicos. Su ayudante subió tras de él, y lo sostuvo con su propio cuerpo. Reanimado, el coronel se introdujo al vagón y fue a dejarse caer sobre uno de los asientos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Salimos del aprieto, ayudante.

—Así es, señor —suspiró aliviado el oficial—. Creí que…

El jefe lo contuvo con ademán decidido.

—Desde este momento, ya puede dejar de tratarme de «señor» —le previno—. Fuera del campo enemigo, vuelvo a ser el coronel Cáceres. Desde ahora recuperamos nuestro rango y oficio y nuestra única preocupación ha de ser de reorganizar al ejército y nuestra anhelada meta: la expulsión de los invasores del Perú.

Echándose hacia atrás sobre el respaldo del asiento, irguió su cuerpo tan quebrantado durante los últimos meses y pareció rejuvenecer en una docena de años.

De un tirón se apretó las gafas oscuras. Sus ojos acerados brillaron entonces con renovado fuego, contemplando la áspera corteza de la sierra, por la cual el tren iba trepando afanosamente.

10

Aquella mañana del 15 de abril, el destacamento expedicionario al mando del comandante Ambrosio Letelier formó en la Plaza Mayor de Lima, para ser revistado por el comandante en jefe del ejército, desde uno de los balcones del Palacio de Gobierno.

El «Esmeralda», que prestaba guardia en el edificio virreinal, formó con su banda de músicos frente a la entrada principal.

Las dos compañías del batallón elegidas para marchar a la sierra, esperaban a pie firme en el costado opuesto de la plaza, alineadas frente a las arcadas sevillanas del Portal de Botoneros.

Gran cantidad de curiosos se aglomeraba para presenciar el desfile de los soldados, cuyos uniformes de brin color cáñamo denunciaban que iban de campaña.

A las ocho y media de la mañana se presentó el comandante Letelier, seguido por sus ayudantes de campo. El mayor Rodríguez, que guiaría la columna, no podía dar crédito a sus ojos cuando los vio venir. Éstos eran nuevamente los comandantes Hilario Bouquet y Basilio Romero Roa, a los que el comandante en jefe había agregado a su propio hermano, el comandante Anacleto Lagos.

Rompieron la marcha las compañías del «Buin» y del «Santiago», comenzando el desfile por el costado sur de la plaza. A los acordes vibrantes de su himno, las dos compañías del «Esmeralda» se agregaron a continuación y marcharon con la vista fija en el balcón donde estaba el coronel Pedro Lagos.

El teniente Del Solar, que iba en el ángulo anterior derecho de la tercera compañía, imaginaba, por contraste, la vistosidad del desfile que hicieron las tropas que regresaron a Chile con el general Baquedano. Por los periódicos supieron que fueron recibidos con arcos triunfales y lluvia de flores en Valparaíso y Santiago. En

cambio, ellos estaban aún allí, en Lima, haciendo simulacros de desfiles triunfales, bajo las miradas heladas de los limeños, que seguramente contenían a duras penas sus deseos de maldecirlos.

Paseando una mirada enconada sobre la muchedumbre, divisó en un claro de la multitud a Leonora Latorre y Alberto Cobo. Estaban en la bocacalle que daba a la plaza por el costado izquierdo del Palacio. Cobo vestía el uniforme de parada del «Esmeralda» y trataba de erguirse y sonreír al paso de sus compañeros. Pero su extrema delgadez y su pálido color lo traicionaban. Su diestra estaba enlazada en un brazo de la joven, y se advertía que ella lo ayudaba con todas sus fuerzas a mantenerse derecho. Además, la manga vacía de su brazo izquierdo retrataba los sufrimientos que había padecido y el verdadero estado en que se hallaba.

Por su parte, Leonora saludaba a las tropas agitando una mano y sonreía con indisimulada tristeza.

—¡Maldita porquería de guerra! —blasfemó Del Solar, colmado su malhumor, al contemplar a su antiguo compañero inseparable.

—Recuerdo qué feliz era Alberto pensando en su idolatrada Leonora. Y míralos ahora: él, un despojo, y ella, pálida, abrumada por la tristeza —expresó al teniente Echeverría.

—¡Calla, condenado parlanchín! —lo conminó éste.

Pero el teniente no le hacía caso. Clavados los ojos en Leonora y Alberto, parecía estar dispuesto a salirse de la fila, cuando pasara frente a ellos. En ese instante, los novios repararon en él y le sonrieron fraternalmente.

—¡Cómo quisiera detenerme a darles un abrazo, queridos! —siguió musitando, realmente enternecido.

Como si hubiera podido oírle desde la distancia, Leonora le contestaba, y su voz llegaba apagada hasta las filas:

—¡Buena suerte, Alberto!… ¡Buena suerte!

Del Solar tragaba saliva, con un nudo apretado en la garganta.

—¡Adiós, queridos amigos! —alcanzó a decirles en el instante en que pasaban más cerca—. ¡Me alegro de verte bien, Cobo!… ¡Hasta la vuelta!…

Cobo sacudió en el aire su manga vacía. Sin fuerzas en la voz le respondió:

—¡Qué les vaya bien, compañeros!… ¡Del Solar!… ¡Echeverría!…

Arrastrado también por la emoción del encuentro, el teniente Echeverría olvidó la rigidez de la disciplina y saludó a los novios al pasar.

—¡Hasta la vuelta, teniente Cobo!… ¡Mis respetos, señorita!…

La sonrisa se había borrado del rostro de Leonora, y, visiblemente más pálida, los despedía con la voz quebrada por la emoción.

La tercera compañía fue pasando y ya no pudieron seguir hablándose.

Alberto Cobo agachó bruscamente la cabeza. Leonora tuvo que hacer un esfuerzo para impedir que se trasluciera en sus facciones la impresión desalentada que le causaba el derrumbe de Alberto.

—Vámonos, querido —le propuso—. Estas escenas me deprimen ahora.

—No poder acompañar a mis camaradas —murmuraba Cobo, con la cabeza caída y los dientes apretados, y agregaba, como rabioso consigo mismo—: ¡Inválido!… ¡Inútil para siempre!…

Leonora tuvo que arrastrarlo suavemente, induciéndolo a moverse.

—No digas eso —trataba de consolarlo la joven, luchando porque su propio acento no dejara traslucir su propia amargura—. Debes tener fe, Alberto. Poco a poco irás recuperando tu antigua fortaleza.

—¡Mi fortaleza! —recapacitó acremente Cobo, y levantando hacia ella sus ojos febriles, agregó con rencor, como si tuviera alguna culpa—: ¿Y mi brazo?… ¿Acaso no sabes que tengo un brazo menos?

Leonora cerró los ojos dolorosamente. Cuando volvió a mirar a su novio, estaba nuevamente serena.

—Es cierto que tienes un brazo menos —razonó—, pero no es motivo para que te consideres inutilizado para siempre. En unas semanas más, cuando vuelvas a sentirte fuerte, verás las cosas de otra manera y no te parecerá tan desesperada tu situación. A otros sacrificó más cruelmente la guerra. Tú debes dar las gracias a la providencia por estar vivo. Camina, Alberto. La culpa es mía por haberte traído a ver desfilar a tus compañeros, sin pensar en que ibas a impresionarte demasiado.

La voz de Cobo volvió a dejarse oír, pero más ronca y cansada.

—Comprendo y agradezco tu buena intención, Leonora —musitó monocorde—, pero sé que nunca volveré a ser como antes. La guerra, junto con mutilarme el cuerpo, me envenenó el alma. Ya nada me importa.

Leonora bajó los hombros con desaliento, pero enseguida volvió a erguirse, animosa:

—No te abandones al desconsuelo, querido —lo alentó—. Todo pasará y volverás a ser el hombre optimista y seguro que conocí antes. Ten fe, Alberto; ten fe.

Caminando lentamente, se fueron alejando hacia la Plazuela de los Desamparados, abierta detrás del Palacio de Gobierno. La banda de músicos del «Esmeralda» terminaba de ejecutar el himno *Adiós al 7.º de Línea*, y el golpear acompasado de los pies de los soldados se perdía sordamente en dirección a la estación de Viterbo.

El coronel Cáceres y su ayudante Pérez, además de dos comerciantes españoles con sus portadores indios, fueron los únicos pasajeros que bajaron del tren en la estación de Chicla, terminal de la línea. Los dos militares respiraron hondo, al poner pie en tierra, como si los vigorizara el aire delgado de la altura. El coronel se sentía en su elemento en plena sierra; era nacido en Ayacucho, y por sus venas corrían algunas gotas de sangre de la princesa incaica Catalina Huanca. Toda su infancia había transcurrido en aquellos valles, en los cuales quedaban enclavadas sus haciendas «Pampas» y «Ojechipa», heredadas de sus mayores.

Junto al edificio de la estación sólo había dos hombres: el jefe de la misma y un telegrafista; todos los demás habían desaparecido al saber que ese día subirían tropas chilenas. Los empleados del ferrocarril les dijeron que el gobernador se hallaba todavía en el caserío de Chicla aquella mañana; pero no garantizaban que no se hubiera fugado en las horas posteriores, como pensaban hacerlo ellos mismos tan pronto el tren se diera vuelta en la estación, para regresar al llano de Lima.

Reprochándoles su temor, los militares echaron a andar hacia Chicla. Media hora más tarde encontraron al gobernador, impuesto en aquella localidad por el dictador Nicolás de Piérola. El personaje

se quedó mirando al coronel, igual que si viera aparecer un espectro.

—¿Usted, señor coronel Cáceres? —repitió como si no pudiera dar crédito a sus ojos—. ¡Dios santo, es increíble! Si se pregonó en la sierra que usted cayó muerto en la batalla de Miraflores.

—Ya ve usted que no fue así. Vuelvo a la sierra con más vigor que nunca, para reiniciar la guerra —le respondió el jefe militar—. Pero dispongo apenas de unos minutos para consultarle algunas cosas, solicitarle un favor y desaparecer de Chicla antes que lleguen los chilenos.

El gobernador estaba perfectamente enterado del viaje de la expedición Letelier y suponía que los dos trenes en que venían los soldados no tardarían más de media hora en llegar. El coronel no necesitaba sino de dos caballos fuertes para continuar su viaje en demanda del dictador Piérola. Mientras sacaban a las bestias de la pesebrera y las ensillaban, el gobernador los enteró de la situación en que se hallaba la sierra. Nicolás de Piérola estaba en Jauja con su escolta y los miembros de su gobierno, pero no poseía tropas. Los dos pequeños batallones, formados en esa región, el «Constancia» y el «Junín», habían sido enviados a Cerro de Pasco para sofocar la revuelta promovida por el francés Fouquet. El contralmirante Lizardo Montero continuaba en Cajamarca, en calidad de Jefe Político y Militar del norte, y en Arequipa estaba el coronel Pedro Alejandrino del Solar, como Jefe Político y Militar del sur, con un ejército de tres a cuatro mil hombres.

—¿Y qué suerte han corrido las montoneras de esta región? —le indagó Cáceres.

—La del coronel Francisco Segura se mantiene diseminada por los montes vecinos a la quebrada de Canta —le informó el gobernador—; la del coronel Bedoya fue diezmada por los chilenos en San Jerónimo, y sus sobrevivientes se agregaron a la guerrilla del coronel Albarracín, quien ha marchado hacia el sur, por el interior del valle de Junín, en busca de la ciudad de Huancayo o la de Ayacucho, coronel.

Eso era todo lo que necesitaba conocer el jefe serrano. Se despidieron sobriamente y montaron los caballos, encauzándolos por un sendero que se empinaba rectamente hacia el oriente.

—Iremos por Casapalca hasta el paso de la Galera —determinó

el coronel Cáceres—; después descenderemos por la vía de Morococha hasta el pueblo de Oroya. Ahí descansaremos unas horas, mudaremos de caballos y proseguiremos hacia el sur, por el camino de Jauja, en donde debe estar aún S. E. el general Piérola.

Entretanto, las tropas chilenas, que habían comenzado su viaje alegremente, cantando al compás del ruido de los dos trenes que los conducían, fueron quedándose silenciosas, a medida que iban quedando atrás las pequeñas estaciones y el paisaje perdía vegetación y belleza.

La altitud pasaba ya de los tres mil metros, aunque no se habían alejado más de un centenar de kilómetros de Lima. La respiración de los soldados se hacía fatigosa. En el rictus angustioso de los rostros se advertía que el temido «soroche» comenzaba a hacerles mella.

Los dos convoyes proseguían su marcha de implacable ascenso. Cuatro kilómetros más arriba, avistaron los inaccesibles nevados de Antícona, que alzaban en el horizonte oriental sus cumbres níveas, erizadas como colmillos que desafiaran al cielo.

Resoplando como paquidermos cansados, las locomotoras avanzaron por un angosto puente de hierro, suspendido a través del abismo sobre delgados soportes metálicos, el que se incrusta en la boca de un largo túnel abierto en la entraña del monte gigantesco.

En la oscuridad, los soldados contenían la respiración, amedrentados por la agresividad de aquel mundo extraño. En la estación de Río Blanco reaprovisionaron las máquinas de agua.

Estaban ya a tres mil quinientos metros de altura. Muchos soldados desfallecían en las bancas, debido a que el aire se hacía más irrespirable en la estrechez de los vagones atestados.

Al hacerse más pronunciada la subida, se acentuaron los síntomas del soroche en la tropa. Cuando los convoyes asomaron a una pequeña meseta horizontal y se detuvieron al término de la línea, unos cuantos soldados estaban sufriendo hemorragias por la nariz. Afortunadamente, habían llegado ya a Chicla, donde estaba interrumpida la vía férrea a Oroya.

Los soldados se pusieron trabajosamente de pie, y descendieron atropellándose.

El comandante Letelier y su plana mayor los esperaban en tierra.

Aunque se sentían tan afectados como todos, trataban de

formarse una idea cabal del lugar.

—¡Qué sitio tan desolado! —se lamentó el comandante Letelier —. Ni un pájaro, ni un ser humano…, ni aire hay aquí.

—Se equivoca, mi comandante —le dijo el mayor Rodríguez, que venía de la locomotora—. En este lugar se encuentra solamente la casa del jefe de estación y esos cobertizos para guardar herramientas, pero tras esos suaves montículos está el caserío de Chicla. No muchas casas, es cierto, pero hay que considerar que estamos a tres mil setecientos metros de altura, y en la mitad de la ladera cordillerana. Este poblacho es un simple paradero en la ruta serrana.

—¿Hay que subir más aún, mayor? —preguntó a espaldas de Rodríguez una voz asmática. Era la del comandante Bouquet, que estaba al borde de un ataque de apoplejía.

Rodríguez asintió con un gesto decidido.

—Tenemos que llegar hasta Casapalca, que está a cuatro mil ciento sesenta y cinco metros sobre el nivel del mar, mi comandante.

—Vamos a morir todos reventados —resumió el francés, que ya se había sentido muy asfixiado cuando estuvo en Santa Eulalia.

—No tenga temor —lo compadeció el oficial, con cierto dejo irónico—. El soroche es un malestar que no dura más de cuarenta y ocho horas; el organismo termina por acostumbrarse al enrarecimiento del aire. Claro es que algunas personas no consiguen aclimatarse jamás y tienen que descender… o se mueren.

Bouquet levantó hacia él sus ojos enrojecidos, pero no dijo nada, pese a que comprendió la intención del vaticinio.

Rodríguez sonrió imperceptiblemente y se volvió hacia el comandante Letelier.

—Lo principal es instruir a los soldados, para que no se dañen por ignorancia —le dijo.

El jefe le hizo un gesto vago con la mano, como comisionándolo para que se encargara personalmente de eso.

—Usted está en buenas condiciones —agregó.

Pese a estar tan afectados como los soldados, los oficiales se habían preocupado de formarlos junto a los vagones y esperaban las órdenes. Rodríguez avanzó hasta situarse frente al centro de las filas y levantó la voz, para hacerse oír.

—¡Silencio y escúchenme bien! Están sufriendo el malestar que en el Perú llaman soroche. Éste es el mal de la altura y lo causa la delgadez del aire. Pero, aunque se sientan mal, no se alarmen. En unas cuantas horas se les habrá acostumbrado el cuerpo. Pero para ello es necesario que se atengan a ciertas instrucciones. Lo primero es descansar. Nos quedaremos en Chicla hasta mañana, sin alejarnos del recinto de la estación. Pronto, cuando oscurezca, la temperatura va a bajar bruscamente y vendrá un frío que penetra hasta los huesos. De modo que sin agitarse mucho armen sus tiendas y refúgiense en ellas. No se preocupen del rancho, por hoy, pues es preferible mantenerse con el estómago vacío. Simplemente bótense y manténganse quietos. Queda estrictamente prohibido fumar y tomar trago. Cualquier cantidad de alcohol les provocará molestias insufribles. ¿Entendido?… Bien, mañana tienen que estar todos buenos, porque vamos a seguir subiendo hasta Casapalca y ese tramo lo recorreremos a pie. Allí estaremos en la base de las altas cumbres y en el ambiente en que hemos de movernos mientras dure esta campaña. ¡Rompan filas!

Los soldados se diseminaron por la pequeña planicie, moviéndose como autómatas. Pero, aun así, armaron sus tiendas ordenadamente y se tumbaron dentro de ellas, envueltos en sus mantas. Sólo quedaron en el exterior los centinelas, el mayor Rodríguez y Acosta, y una decena de soldados que soportaban mejor la altura.

Las dos compañías del «Esmeralda» armaron su tolderío a espaldas de la estación, pensando en resguardarse del viento nocturno, pero éste comenzó a colarse por debajo de los paños y por sus junturas, tan pronto cerró la noche. Los oficiales levantaron sus carpas juntas, compartiendo una el teniente Echeverría con Alberto del Solar y la otra el capitán Aguirre Peña y Lillo con Martiniano Santa María. Los jefes Letelier, Bouquet, Romero Roa y el mayor Saturnino Retamales, del «Esmeralda», se instalaron dentro de la casa de la estación.

Embutido íntegramente dentro de su manta, sin dejar visibles más que la nariz y los ojos, el teniente Del Solar tiritaba como un condenado a muerte, maldiciendo a la altura y al frío.

—Me duelen los oídos —se quejaba Martiniano Santa María en la tienda vecina—. Parece que tuviera una cureña pasando y

repasando adentro del cráneo.

Echeverría se levantó sobre los codos y comenzó a arrastrarse hacia el exterior.

—¿Adónde vas, loco? —intentó disuadirlo Del Solar—. Te va a hacer mal.

—Espero que no sea tanto —argumentó el otro—. Tengo que ir a ver a mi ordenanza. Se sentía muy mal en el tren. Es un hombre viejo y demasiado sanguíneo. —Volvió la cabeza y sonrió—. Él no tiene la culpa de que a los tontos de mi familia se les ocurriera mandarlo a la guerra, con la egoísta intención de que él me cuidara a mí, aunque reventara.

Ya fuera de la tienda se puso de pie y se alejó, marchando como un borracho.

El capitán Aguirre Peña y Lillo habló a Del Solar desde la carpa vecina.

—Pensar que, hace tres años, encontré a Echeverría en los Alpes suizos —recordó con nostalgia—. Pasamos unos días admirables, patinando en las canchas de nieve.

La risa del capitán se oyó apagada. Después, siguió hablando gravemente.

—Francisco Antonio estaba muy enamorado de una jovencita italiana y hasta pensó en casarse con ella. Pero nunca supe exactamente por qué no lo hizo. Una noche, recuerdo que me habló de cierta muchacha, hija de una modista de su madre, con quién mantenía unos amores clandestinos desde hacía tiempo. Supongo que sintió escrúpulos de defraudarla tan desconsideradamente.

Dejó de hablar sumergido en los recuerdos; y fue la voz de Martiniano Santa María la que rompió el silencio.

—¿Para qué te acuerdas de esos tiempos? Ahora estamos en la sierra peruana, ahogados por el soroche y tiritando de frío.

Del Solar lazó una carcajada debajo de su manta.

—No te amargues, Martiniano —se burló—. Esto es apenas el comienzo. Mañana seguiremos subiendo hacia Casapalca y después…, ¡treparemos más arriba aún! Al final, terminaremos cubiertos de lana crespa como las llamas y saltando de risco en risco.

Afuera se oía él aproximarse acompasado de una ronda y, poco después vieron las botas de un oficial y los calamorros de varios

soldados.

—¿Cómo están ustedes por acá? —oyeron preguntar al mayor Rodríguez.

—Vamos pasando bien «el trance», mi mayor —le respondió Aguirre.

—Mañana veremos si ha sido varoncito —bromeó Del Solar.

Rodríguez rió suavemente en el exterior.

—Sigan mi consejo, muchachos —les recomendó—: duerman. Arrópense bien que está empezando a soplar el viento de las cumbres y va a bajar más la temperatura. Buenas noches, amigos. Descansen.

—Buenas noches, mi mayor.

Los tres jóvenes se arrebujaron más en sus mantas y guardaron silencio mientras se alejaba la ronda.

Hacía unos segundos que estaban callados cuando se sintió a Martiniano Santa María agitarse.

—Mi prima Isabel tiene el presentimiento de que voy a morir en esta condenada sierra —musitó afligido, dejando escapar su pensamiento, involuntariamente.

—¡Ah, cállate la boca, pájaro agorero! —le gruñó Del Solar, con fastidio—. Duérmete de una vez.

—Buenas noches, compañeros —se oyó murmurar a Santa María, con entonación de niño avergonzado, y después, el único ruido que rompió la amedrentante inquietud de la noche fue el zumbido sutil del viento.

La marcha que emprendió la expedición al alba siguiente, de Chicla a Casapalca, tuvo los contornos de un desastre. Cuando terminaron de recorrer los nueve kilómetros que separan los dos puntos, los soldados estaban aniquilados por la falta de aire. Cincuenta y seis de ellos tuvieron que ser llevados por sus compañeros antes de llegar a Casapalca y casi todos los restantes estaban en el límite de sus fuerzas cuando se detuvieron en el poblado cordillerano.

El propio comandante Letelier, pese a que había realizado la marcha a caballo, estaba congestionado y respiraba estertorosamente. El comandante Bouquet terminó la jornada doblado sobre su montura y vigilado por su ordenanza, para que no se derrumbara al suelo.

La visión del triste paisaje de Casapalca terminó de deprimirlos. Por el frente y los dos flancos, los macizos nevados levantaban sus aristas de rocas dentadas. Por entre ellos discurrían dos senderos zigzagueantes. Uno que ascendía en línea recta hacia el oriente, perdiéndose su huella en un alto portezuelo abierto entre dos cumbres agresivas; el otro se alejaba hacia el norte, como una cornisa a media altura en el costado pétreo de la cadena cordillerana.

—¡Dios santo! ¿Vamos a tener que vivir durante meses en este mundo y combatir en él? —dejó escapar el comandante Letelier, con incontenible aflicción.

—No se deje abatir por la primera impresión, mi comandante —intentó reconfortarlo el mayor Rodríguez—. Nuestros soldados son jóvenes y pronto se aclimatarán. Cuando se les acostumbren los pulmones al aire delgado, se moverán aquí con la misma agilidad con que lo han hecho en las tierras bajas.

El comandante meneó la cabeza, sin dejarse convencer.

—Ojalá así sea —murmuró, sin quitar los ojos de los infinitos picachos y de los cortes abruptos de los barrancos—. De todos modos, no podemos emprender el asalto de estos montes ahora. Más de dos tercios de la tropa vienen enfermos. Esperaremos a que lleguen las mulas de la artillería y de la Intendencia. Después de liberarlas de sus cargas, las emplearemos para que transporten a los «asorochados».

—Es una buena solución, mi comandante —aprobó el explorador—. Un día más de descanso en estas alturas ayudará a que los hombres se acostumbren. Mañana estarán casi todos repuestos.

El comandante Letelier no quiso seguir debatiendo el asunto con el mayor Rodríguez. La entereza del oficial lo avergonzaba un tanto y ese sentimiento lo irritaba. Se alejó en busca de sus ayudantes, a los que ordenó instalar un campamento base en Casapalca.

El explorador se le emparejó para recordarle que también era indispensable dejar establecida una guarnición en Chicla, a fin de que les cubriera la retaguardia y mantuviera abierto el camino de retorno a Lima.

—También lo haremos —le respondió Letelier—. Hoy o mañana debe llegar a Chicla el mayor Virgilio Méndez con dos compañías

del batallón «Curicó». Ellos guarnecerán a ese pueblo y a Casapalca. Por ahora, nuestra principal preocupación es conocer la distribución de las fuerzas enemigas en la sierra. Para eso será menester que salgan exploradores hacia los contornos y practiquen la investigación debida.

Rodríguez se cuadró suavemente, dando a entender que sabía que ésa era misión suya.

—Escogeré una veintena de carabineros, entre los que estén en mejores condiciones —dijo—, y recorreremos la región.

El comandante Letelier vio, con alivio, partir al explorador al frente de un pelotón de carabineros. No era cómodo tener siempre al lado suyo a un hombre tan perfecto como ése.

La instalación del campamento demoró tres veces el tiempo habitual, debido a la depresión de los soldados, y el cielo fue encapotándose gradualmente antes de que estuvieran clavadas todas las tiendas, encendidas las fogatas y distribuidas las guardias. En la triste penumbra, comenzó a nevar copiosamente. Jefes, oficiales y tropa se embutieron dentro de sus carpas y guardaron silencio, como topos ciegos hundidos en la tierra.

Como el capitán Aguirre estaba encargado del comando de las guardias del «Esmeralda» y el teniente Echeverría dormía, Del Solar hizo compañía a Martiniano Santa María en su tienda. El atlético oficial estaba más sombrío que nunca.

—¿Por qué no imitas a Echeverría, Martiniano? —le aconsejó, compadecido, Del Solar—. Te hará bien dormir.

—No puedo, Alberto —le confesó el muchacho—. El ver cómo se comban más las telas de la carpa con el peso de la nieve me pone terriblemente nervioso.

—¡Caramba, hombre! A buen resultado vas a llegar si te dejas acoquinar por eso —le observó su compañero—. Tienes que considerar que todos los días soportaremos la nieve, mientras dure la campaña en estas serranías.

—Ya lo sé —reconoció Santa María, avergonzado—. Lo que ocurre es que no sé por qué, desde hace algún tiempo, tengo los nervios tan malos.

—¡Ah! No te lo explicas, ¿eh? Pues, yo te lo diré. Porque hace dos años y medio que estamos metidos en esta maldita guerra, y no hemos tomado ni una semana de licencia —Del Solar hizo una

pausa y se quedó con una sonrisa amarga—. Claro es que el caso mío es diferente al tuyo —prosiguió—. A mí me da lo mismo estar aquí o allá. Incluso, creo que disfruto viviendo situaciones nuevas. Por eso es que escribo tan a menudo. Y no te imagines que mis cartas a la familia hablan de mí. No, en ellas describo lo que veo, lo que ocurre en torno mío. En cambio tú…, viviste apegado a tu madre, a tus hermanos…

—Siempre fui alegre. Alberto, y me sentía seguro de mí mismo —le explicó Martiniano, calurosamente—. Bien sabes que tengo unas fuerzas desproporcionadas a mi tamaño, pero…

—Pero dejaste en Chile a una prima muy linda que se llama Isabel —le completó Del Solar, buscando dar un tono bromista a la conversación, que amenazaba tomar contornos dramáticos.

—¡Oh, no! Entre Isabel y yo no ha habido nunca… —tentó defenderse el oficial, pero en el arrebato con que habló estaba presente el mentís de lo que pretendía afirmar. Haciendo un esfuerzo cambió de tema—. Esta mañana le oí decir al mayor Rodríguez que nuestra posición es sumamente peligrosa.

—¿Para qué te preocupas de asuntos que conciernen a la comandancia? No te eches sobre los hombros más desvelos que los que ya tienes. Duerme, hombre.

—Es que las informaciones que dio son para poner los pelos de punta, Alberto.

—¿Cuáles son esas informaciones?

—Que estamos metidos justamente en medio de las fuerzas enemigas. Al este, en el valle de Junín, está el dictador Piérola, controlando los pueblos del valle, desde Junín hasta Huancayo; al norte están los coroneles Aduvire y Pereira, con dos batallones, ocupando Cerro de Pasco y Huánuco; y al noroeste se encuentran las montoneras de Segura y Bedoya, escondidas en la quebrada de Canta.

—¡Ujum! —bromeó Del Solar, aunque se daba cuenta perfecta de que el asunto era serio—. De modo que si aprietan todos hacia el centro, nos estrujan como a un vulgar racimo de uvas y nos hacen chicha. ¡Hermosa perspectiva!

Aunque la risa suave de «el poeta» seguía sonando en sordina en la tienda abrumada por la nieve, los rasgos de Martiniano Santa María no se ponían a tono con la hilaridad de su amigo.

—Escúchame, Del Solar —le dijo con voz ronca, brillándole los ojos igual que si tuviera fiebre—. Desde hace tiempo quiero proponerte algo. Bien sabes que la guerra la hemos hecho juntos Alberto Cobo, tú y yo. Ahora sólo vamos quedando los dos. Pues bien, quiero proponerte que celebremos un pacto.

Del Solar volvió a incorporarse de su manta y se volvió hacia Santa María, tratando de ocultar la inquietud que le causaba el tono extraño de su amigo.

—¡Caramba, hermano, te estás poniendo solemne! —le observó, sonriendo.

—Hagámonos un mutuo juramento, ¿quieres? —siguió Santa María, ardorosamente. Y como éste no le contestara, lo urgió, diciéndole—: ¿No eres amigo mío, Alberto?

—Por supuesto, Martiniano —se apresuró a reconocer Del Solar, extrañado, y recelando que el otro iba a desembocar en algo disparatado, añadió—: Pero sigo pensando que estás dejándote llevar de los nervios.

—No, no; es que tengo un presentimiento —se defendió sordamente Santa María—. Sé que te vas a burlar de mí. Pero, desde que subimos a la sierra, siento un no sé qué muy raro. Alberto, al partir hacia acá, le escribí a Isabel prometiéndole que volvería a Chile, fuese como fuese. ¡No quiero quedarme botado aquí! ¿Entiendes?

—Pero ¿de dónde has sacado esa idea, loco?

Martiniano seguía discurriendo en frases casi incoherentes, que hicieron sospechar a Del Solar que se hallaba enfermo.

—Ahora reparo en que yo debía haber hecho el amor a mi prima —decía—. Bueno, si regreso a Chile, lo haré y me casaré con ella. Por eso es preciso que vuelva allá. ¡Alberto, tú y yo tenemos que hacer un pacto, un juramento indestructible!

—Está bien, muchacho, está bien —aceptó Del Solar, atento solamente a calmarlo—. Dime, ¿qué pacto será ése?

—Jurémonos combatir siempre juntos —declaró Santa María nerviosamente—, ayudarnos y defendernos mutuamente…

—Me parece muy bien. Jurado, desde luego —lo interrumpió el otro, luchando por disipar la solemnidad que Santa María imprimía a sus palabras. Pero el alterado oficial terminó su frase con el mismo acento insoportable y patético:

—Y jurémonos regresar juntos a Chile.

Del Solar se quedó mudo, desconcertado. Una pregunta esencial le asaltó de inmediato: «¿Y si uno de los dos muere, cómo podríamos cumplir?», pero no se atrevió a formularla. Tuvo miedo de la respuesta que su compañero, en su extraña exaltación, pudiera darle.

—¿Me entiendes bien? —insistía, entretanto, Santa María.

—Sí, te comprendo, pero creo que será difícil de cumplir en caso de que…

Pero Martiniano no lo dejó terminar.

—Si eres verdaderamente tan amigo mío, como yo lo soy tuyo, acéptame este pacto —lo urgió—. Jura conmigo que haremos la guerra juntos y que regresaremos juntos a la patria.

—Pero, hermano… —intentó oponer Alberto, por última vez.

—Di conmigo ¡juro! —le exigió, frenéticamente, su compañero.

—Sí, Martiniano, ¡juro! —cedió Del Solar, desolado por el desquiciamiento interior que comprobaba se había producido en su camarada.

Durante toda la noche del 16 al 17 de abril, cayó nieve en forma incesante, cubriendo las tiendas, y la temperatura bajó hasta congelar el agua de las cantimploras. Los hombres, rendidos, apiñaban sus cuerpos, en un instintivo empeño de darse calor unos a otros. Pero la desesperación del soroche se acrecentaba con el encierro en las tiendas bloqueadas por la nieve.

Cuando amaneció, la planicie de Casapalca parecía un paisaje polar. Más tarde, lució el sol; el manto blanco empezó a derretirse, y toda la meseta se convirtió en un barrial helado y pegajoso, en el que resbalaban los calamorros de los soldados. Fue un despertar sórdido el de la división.

El mayor Saturnino Retamales, que había salido de su tienda al primer toque de diana, pudo ver qué desastrosos efectos había producido aquella pernoctada en los expedicionarios. Se veían demacrados y sin fuerzas y los menos afectados iban informando a sus superiores inmediatos sobre los compañeros que yacían dentro de las tiendas incapaces de arrastrarse fuera de ellas. El propio segundo comandante de la división, teniente coronel Anacleto Lagos, estaba sentado sobre un cajón de provisiones, y bebía rabiosamente una botella de aguardiente. El mayor Retamales se le

acercó solícito.

—No beba, mi comandante, es peor —le advirtió—. El alcohol agrava el soroche.

—¡Déjeme en paz, mayor! —bramó el jefe, exasperado—. Prefiero reventar de una vez antes que dejarme morir de frío o asfixiado por este aire sin sustancia. El aguardiente me vigoriza el corazón.

—Es que si los soldados lo ven beber a usted, se sentirán autorizados para hacerlo ellos también —le hizo ver el jefe de los esmeraldinos, en tono más firme.

—¡Pues que se vayan a un cuerno y que se harten de aguardiente si les da la gana! —fue la descontrolada respuesta del jefe—. Lo que es yo, he de defenderme como sea de este mundo maldito.

El mayor Retamales se irguió, más pálido que lo que justificaba el frío. Iba a replicar algo, pero un estridente toque de corneta lo distrajo. Uno de los centinelas había dado el alerta. Poco después, se veía a unos jinetes descender por la borrada ruta de la cordillera. Los reconocieron casi al instante.

—Menos mal que vuelven ese diablo del mayor Rodríguez y su estrafalario ordenanza —gruñó el comandante Lagos—. ¡Ojalá traigan noticias que nos permitan salir de este condenado lugar! —Se puso de pie, soportando con dificultad su corpulencia, y alargó la botella de aguardiente al mayor Retamales—. Tome, mayor, le convido el resto. Voy a la tienda de Letelier para oír los informes.

El jefe de los esmeraldinos lo miró desdeñosamente.

—No, mi comandante, gracias. No bebo.

—Entonces, ¡al diablo con ella!

La botella se hizo añicos contra el suelo y las gruesas suelas de las botas del comandante se hundieron en el amasijo de aguardiente y nieve.

Retamales se quedó moviendo la cabeza con desagrado.

—¿Qué le pasa al comandante, mi mayor? —llegó preguntándole Del Solar que había presenciado la escena desde lejos—. ¿Está borracho?

Retamales se encogió de hombros, y caminó hacia los soldados del «Esmeralda».

—Es hora de ocuparnos de nuestra gente —dijo—. Vamos a

hacer un poco de ejercicio de bayoneta, para que se les pase el frío, y enseguida revisaremos nuestro equipo de marcha.

—Pero, mi mayor, ¿no nos advirtieron que el ejercicio agrava el soroche?

—Ya llevan más de veinticuatro horas holgazaneando. ¡Qué caramba! —protestó el jefe de los esmeraldinos—. Si vamos a cuidarnos tanto de la salud, cuando nos corresponda atacar o defendernos, estaremos aviados. ¡No, teniente! Ya se cumplió holgadamente con la prescripción contra el soroche. Ahora vamos a proceder como soldados. ¡Ordene al corneta que toque a formación!

Segundos más tarde, el son del bronce y la voz vibrante del mayor Retamales sacudían a los soldados de su abatimiento.

—¡A formar, esmeraldinos! —gritaba—. Se acabó el soroche. Al que se me vuelva a quejar del mal de la altura lo alivio a puntapiés.

Entretanto, el mayor Rodríguez rendía su informe al comandante Letelier, en la casa de la estación. Había ascendido con sus hombres hasta el paso de Ticlio, a cinco mil metros de altura, capturando a cinco arrieros indios. Interrogados por separado, éstos declararon que el dictador Piérola había abandonado la ciudad de Tarma apenas se enteró de que las tropas chilenas estaban ya en Casapalca.

Aquella noticia llenó de alivio al jefe de la expedición; ya no tendría que preocuparse del gobernante en fuga.

—Si Piérola se ha marchado hacia el sur, con la intención de refugiarse en Jauja o Huancayo —razonó—, nos deja libre el flanco del oriente. Nuestras acciones tendrán que encaminarse solamente hacia el norte, es decir, sobre Cerro de Pasco y Junín.

Los jefes subalternos reconocieron que el comandante Letelier tenía razón y los ojos de Bouquet y de Romero Roa relucieron ambiciosos. Ambos sabían que en esa región estaban las minas de plata que tanta riqueza habían dado al Perú, a través de siglos. Tan sólo en Cerro de Pasco existían más de doscientas. Además, el comercio creado en torno a los yacimientos era activo y rico.

Al comandante Letelier, en cambio, le parecía mucho más interesante atrapar a los coroneles Aduvire y Pereira, prefectos de Cerro de Pasco y Huánuco.

Éstos fueron enviados a esas ciudades por el dictador Piérola, para que impusieran una cuantiosa contribución, para equipar a los

batallones que debían formarse en Junín.

—Cuanto antes nos movamos hacia allá será mejor —opinó el comandante Anacleto Lagos, enloquecido por los efectos del soroche.

Pero cuando el mayor Rodríguez dijo que Cerro de Pasco era la ciudad más alta del Perú, puesto que se enclavaba a cuatro mil trescientos cincuenta y cinco metros sobre el nivel del mar, barbotó una palabrota y maldijo la ocurrencia de su hermano de mandarlo en aquella expedición.

—Comandante Lagos, si le prueba a usted tan mal la altura, voy a darle la oportunidad de descender —le propuso el jefe de la columna.

—¿Hacia Lima? —le preguntó el otro esperanzado.

—No, hacia el otro lado de la cordillera occidental, al interior del valle en donde está el pueblo minero de Oroya. Es un lugar más bajo y no se sentirá tan afectado.

El jefe de la expedición acunaba el propósito de burlar a los enemigos que los rodeaban por el norte y el nordeste. Necesitaba meter sus fuerzas, como una cuña, entre las montoneras de Canta y los batallones de Aduvire y Pereira estacionados en Cerro de Pasco.

—Para eso es preciso hacerles creer que nuestro avance se realizará pasando primero a Oroya, para ascender enseguida hacia el norte por el interior del valle de Junín. De lo contrario, las montoneras se apostarán en las cumbres que dominan los desfiladeros de este lado de la cordillera y nos dificultarán el viaje hasta Cerro de Pasco.

Explicado su pensamiento, comisionó al comandante Anacleto Lagos para desprender doscientos hombres de las compañías del «Curicó», que llegarían a Casapalca. Con ellos cruzarían la cordillera por la Galera o Ticlio, descolgándose sobre Oroya. Confiaba en que los espías que el enemigo tenía en las montañas indujeran a sus jefes a concentrar toda su atención en los caminos próximos a Oroya y Tarma, dejándoles libres el que conducía a las ciudades del norte.

Cuidando la retaguardia y en la mantención del enlace con el ferrocarril de Chicla quedaría el mayor Virgilio Méndez con el resto del efectivo del «Curicó».

—El resto de la columna, fraccionado en dos secciones, irá

conmigo —concluyó el jefe de la expedición—. Una sección, formada por las compañías del «Santiago» y del «Buin», la mandará Bouquet; la otra, integrada por las dos compañías del «Esmeralda» y los cien jinetes del «Carabineros de Yungay», irá bajo mis órdenes. Mi intención es atacar a Aduvire y Pereira en Cerro de Pasco y exterminar sus fuerzas. Conseguido esto, volveremos sobre Canta y aplastaremos a las montoneras de Francisco Segura. Limpios el norte y el nordeste, descenderemos al sur, marchando a lo largo de los valles de la sierra, para perseguir y aniquilar al dictador Piérola, eliminando a todos los adeptos que tenga en los pueblos de Tarma, Jauja, La Concepción, Huancayo y Ayacucho. Esta operación podrá ejecutarse en el plazo de tres semanas, si comenzamos pronto —calculó finalmente el jefe.

El mayor Rodríguez lo miró con expresión dubitativa.

—Todo depende de que no se levanten las pobladas indias —le observó—. Si eso ocurriera, el plazo habría que calcularlo en tres meses…, un año…, o quizás más.

El comandante Letelier se volvió al explorador, con expresión de suficiencia.

—No se preocupe, mayor; no les daremos tiempo —afirmó, con su característica sonrisa fría—. Cambiarán de amos antes que se den cuenta.

La reunión se vio interrumpida por la llegada de las mulas de la Intendencia, que traían la impedimenta de la columna. El comandante Letelier pensaba usar esos animales en el transporte de los soldados afectados por el soroche, pero el secretario de la sección de sanidad, Marcial Gatica, se encargó de desilusionarlo.

—Los enfermos no pueden continuar la campaña, mi comandante —le afirmó rotundamente—. Deben ser trasladados a Chicla, para ser llevados al hospital de Chosica.

—¿Ocupar las mulas en llevar a los enfermos? —le replicó el jefe, sorprendido—. ¿Y cuántos son, puedo saber?

—Noventa y ocho, mi comandante.

—¡Noventa y ocho! ¿Pretende usted que debo restar esa cantidad de hombres a la expedición?

El secretario de la sección sanidad levantó las manos, expresando su impotencia. Los hombres estaban tan maltrechos, que obligarlos a seguir subiendo era condenarlos a morir en el camino.

—Mi comandante, ésta es una circunstancia que debió haberse previsto —intercedió Rodríguez—. No todos los hombres logran aclimatarse al aire enrarecido de la altura. Es mejor regresarlos cuanto antes al llano.

—Bien, pase que tenga que devolverlos a Chosica —aceptó Letelier, con desagrado—; pero ¿cómo voy a desprenderme también de las mulas, que necesitamos para continuar nuestro avance?

—Tomarán la ruta con un día de retraso y nos alcanzarán por el camino —le aclaró el explorador, razonamiento al que tuvo que rendirse el comandante.

El comandante Bouquet emprendió la marcha con las compañías que le habían asignado, seguido por el mayor Retamales, que tomó, provisionalmente, el mando de la segunda sección. El comandante Letelier formó en la retaguardia con su plana mayor, y el comandante Lagos quedó en Casapalca en espera de las tropas del «Curicó».

Las únicas instrucciones que pudo dar el jefe superior, considerando su desconocimiento del territorio por donde seguirían, fueron:

—Marcharemos en columna por escuadras mientras lo permita la anchura del camino; cuando éste se estreche, seguiremos de a uno en fondo. Advierto a los soldados que iremos por una senda excavada a media altura de los montes y suspendida sobre los abismos. Un paso descuidado significará desbarrancarse. De modo que ¡a fijarse bien dónde ponen los pies!

La predicción del jefe de la expedición se verificó mucho antes de lo imaginado; a la media hora de marcha, la columna reptaba por una estrecha cornisa, que ondulaba en cerrados giros siguiendo el contorno de los vientres de la cordillera. Con los ojos fijos en el compañero que iba adelante, los soldados marchaban sin atreverse a mirar hacia ninguno de los costados, para no ser víctimas del vértigo.

Sin menguar la velocidad de sus caballos, el coronel Cáceres y su ayudante viajaron toda la tarde del 15 de abril. A las diez de la noche se detuvieron y descansaron hasta la primera luz del alba

siguiente, en que volvieron a emprender la cabalgata. Al alcanzar la entrada del portezuelo de Ticlio, el paso más alto en el paredón cordillerano que cierra el valle de Junín, el caballo del coronel interrumpió su marcha y se quedó inmóvil. Durante unos segundos se tambaleó penosamente, con las fosas nasales muy abiertas, hasta que, de súbito, arrojó por ellas dos chorros de sangre y rodó al suelo, agonizante.

El capitán Pérez desmontó al momento y cedió su cabalgadura al jefe ayacuchano. Continuaron así un corto trecho, hasta llegar al caserío de Pachachaca, en donde el ayudante tomó dos caballos por la fuerza y, tras un breve descanso, volvieron a emprender el alucinante galope por las alturas. Fueron rectamente al pueblo minero de Oroya y torcieron en ángulo recto hacia el sur, siguiendo la vía incaica de Cachapalpa. Caía el crepúsculo cuando asomaron al pueblo de Jauja. La sonriente población se mostró ante sus ojos cansados como un paraíso. Bajando por el ancho camino, pavimentado con seculares losas incaicas, entraron a su calle principal y se encaminaron a una ostentosa casona que asomaba dos torres cilíndricas por sobre los árboles de la plaza. Era la mansión serrana de Manuel María del Valle, sobrino del vicario capitular de Huánuco, arzobispo «in partibus» de Bérito, monseñor Manuel Teodoro del Valle, jefe de la iglesia en toda la sierra y, por lo tanto, la más alta e ilimitada autoridad en aquel territorio.

Cuando los dos fatigados jinetes se detuvieron ante el portón de reciedumbre feudal, el coronel dijo a su ayudante:

—Averigüe usted el lugar en que se hospeda S. E. don Nicolás de Piérola y preséntese a él, para solicitarle que me reciba a la brevedad posible.

Junto con alejarse el oficial, se abrió una de las pesadas hojas del portón y los criados de Del Valle recibieron al coronel Cáceres con tales muestras de sorpresa que no lograban encubrirlas el respeto con que lo atendían.

La noticia de su llegada a Jauja se divulgó con la rapidez del viento. Muy pronto la mansión se vio asediada por los principales vecinos del pueblo y por los políticos y militares limeños refugiados en la sede del gobierno exiliado. Pero, atendiendo al cansancio de su huésped, el dueño de casa sólo permitió que entraran a saludarlo Manuel Irigoyen, Luis Ibarra y Arturo García, amigos de largos años

del recién llegado. Encerrados en el fastuoso salón de la casona, informaron al coronel que el dictador Piérola acababa de tomar la resolución de abandonar Jauja y marchar más al sur, en vista de la aproximación de las tropas chilenas.

—S. E. está aferrado a la idea de resucitar la alianza con Bolivia y de pedir al general Narciso Campero que haga entrar tropas de ese país a nuestra sierra, por el lago Titicaca —le participó Irigoyen, con escepticismo teñido de fastidio.

El coronel Cáceres participaba de la impresión de su interlocutor.

—¿A qué esperar la salvación por manos de un ejército que, aunque aliado, es extranjero, siendo que tenemos hombres por millares para defender el suelo patrio? —opinó, a su vez, Manuel María del Valle.

El coronel Cáceres volvió a aprobar con un movimiento de cabeza. Recordaba bien la declaración del general Campero, después de la derrota sufrida en Tacna, en la cual expresó que Bolivia no volvería a participar en la guerra, salvo que viera amagado su propio territorio. Por eso prefirió encauzar las informaciones de sus visitantes hacia su propio propósito.

—¿Qué posibilidades reales existen de levantar rápidamente un ejército en esta región? —les preguntó.

—Muchas, coronel —se apresuró a responderle Del Valle—. Mi tío el señor arzobispo espera solamente una notificación del general Piérola o de quien tome el mando del ejército serrano para provocar el alzamiento de los indios. Bien comprenderá usted que le basta con mover un dedo para que éste se produzca. Todos los párrocos y capellanes de las tierras altas están pendientes de los labios de Su Ilustrísima, y bastará que den una orden a sus feligreses para que se levanten en armas, dispuestos a matar mientras tengan fuerzas para sostener un fusil, una escopeta o una lanza.

—Las indiadas que maneja monseñor Del Valle suman centenares de miles de hombres, coronel —puntualizó Irigoyen—. Bastará con que avancen simplemente para que la masa de sus cuerpos aplaste a los invasores. Por otra parte, nadie conoce la sierra como ellos.

—Pues será preciso que se avise al momento a monseñor Del Valle que promueva el alzamiento, porque ya los chilenos están

ascendiendo a la sierra y se dirigen justamente hacia Cerro de Pasco y Huánuco.

Al oír que las tropas enemigas estaban en marcha hacia el territorio del arzobispo, Manuel María del Valle se puso violentamente de pie.

—Voy a enviar inmediatamente un chasqui a Huánuco —resolvió—. Podrá llegar allá en tres días, en tanto que los chilenos tardarán lo menos cinco. Con el permiso de ustedes, caballeros.

Apenas había salido el dueño de casa, cuando entró al salón un criado precediendo al capitán José Miguel Pérez.

—S. E. envía a usted, señor coronel, su bienvenida y le ruega que, si no está demasiado fatigado, tenga a bien presentarse ante él al momento —expresó.

Cáceres se excusó ante sus visitantes, para retirarse a la habitación que le habían asignado, a fin de colocarse su uniforme militar. Pero, desde la puerta del salón, se volvió a ellos para expresarles:

—Caballeros, creo que de esta audiencia con el jefe supremo va a salir la continuación de la guerra. Les ruego, pues, que me esperen para que aunemos nuestras ideas y esfuerzos, a fin de organizar lo más rápidamente posible el ejército con que habremos de expulsar a los invasores del suelo de la patria.

Guiado por su ayudante y alumbrado por la diáfana claridad de la luna, el coronel cruzó Jauja a toda prisa hasta la mansión donde se alojaba el general Piérola. Era ésta la antigua casona de la familia Incháustegui, cuyos miembros se habían retirado a la gran hacienda que poseían en la provincia de Yauyos para organizar montoneras con sus peones.

Los dos militares se detuvieron frente a la otrora magnífica portada de la mansión serrana, enmarcada en dos gruesas columnas barrocas, sobre cuyos capiteles había un balconcillo de madera labrada al estilo churrigueresco. La fachada, de bloques sillares laboriosamente tallados al estilo
barroco-serrano,
se exhibía con visos de pasada esplendidez a la luz de dos faroles empotrados a ambos lados del portón.

Un edecán que los aguardaba en el zaguán, frente a los guardias de la escolta dictatorial, los condujo por el patio cuadrangular, de

amplios corredores.

Al fondo del patio se elevaba una ancha escalinata, que se abría en abanico, en dos ramas, a derecha e izquierda.

El edecán los condujo por la derecha hasta la galería en que desembocaban las habitaciones privadas del general Piérola. Por último, se detuvo ante una puerta de marco tallado en florenes y con paneles de cuero de buey repujado y les franqueó la entrada.

El dictador los esperaba tras un escritorio de lustrosa caoba maciza. Su rostro reflejaba ansiedad, aunque trataba de disimularla. Cuando el coronel Cáceres penetró en la estancia, le salió al encuentro con los brazos extendidos en un gesto teatral.

—¡Mi queridísimo coronel! —exclamó al abrazarlo, empinándose sobre la punta de los pies, pues era de mucho menor estatura que Cáceres.

—¡Excelencia, doy gracias a Dios por poder presentarme nuevamente ante usted! —confesó el militar con sinceridad.

—¡Enhorabuena!… ¡Enhorabuena! —repetía el general, retrocediendo con ademanes ampulosos—. Coronel, lo he aguardado día tras día. Sé, por boca del esforzado comandante Joaquín Muñoz, que ha estado usted gravemente herido y que aún hoy su estado no es tan satisfactorio como todos lo deseáramos. Pero basta que usted haya acudido antes de que sus fuerzas estén totalmente recuperadas, para mostrarnos una vez más la solidez de su patriotismo.

Sin traslucir el desagrado que le producía aquel derrame verbal, el coronel le respondió con sobriedad.

—Soy un soldado peruano y no puedo abandonar mi puesto en las filas, Excelencia.

—Trae usted entonces el grito de guerra a flor de labios —declaró el gobernante, con acento heroico.

—Creo que es el único camino que es digno seguir, señor —le observó Cáceres.

—Es verdad —afirmó Piérola, caminando estudiadamente hasta el centro de la sala. Allí recitó, elevando a lo alto sus ojos claros—: Así piensan y sienten los hombres de verdadero temple del Perú; no como los menguados que se han instituido en Gobierno Provisional en torno a García Calderón y a la sombra de las bayonetas chilenas. —Olvidado totalmente que él había sido el primer derrotista que

arrojó las armas al caer Lima, afirmó la voz y siguió perorando—. Ésos sí que están dispuestos a traicionar a nuestro pueblo, firmando una paz denigrante, que involucra perder nuestras ricas provincias del sur del Sama: Tacna y Arica.

El coronel Cáceres se dio cuenta de que ya no hacía mención del territorio de Tarapacá, delatando con ello que ya aceptaba darlo por perdido para siempre. Comprendiendo que no era el momento de ahondar en ese tema, se limitó a declarar:

—Mientras exista en la sierra un solo hombre dispuesto a seguirme con las armas empuñadas, no habrá paz con cesión de territorios, Excelencia.

—Para eso lo quería aquí, coronel, para que organice un ejército y haga una guerra sin cuartel a los invasores; para que dirija la defensa del territorio serrano, que es el emporio de nuestra nación y que ha sido su corazón a través de la historia —proclamó apasionadamente Piérola. Ésa era la esperanza que había abrigado desde que huyó a la sierra: que otro, un militar de carrera, acudiera a hacerse cargo de aquella empresa. Imaginando que su interlocutor no adivinaba la verdadera razón de su júbilo, prosiguió con calor—: Mientras más tiempo se consiga prolongar esta lucha, mayores posibilidades tendremos que se llegue a la paz con la intervención arbitral de alguna potencia amiga, como los Estados Unidos de Norteamérica, circunstancia que nos permitirá conservar nuestro territorio intacto.

Cáceres volvió a tragarse con dificultad aquel nuevo plan que se derramaba en forma inadvertida del discurso del dictador: la paz mediante el arbitraje de alguna potencia amiga.

—¿Cuáles son sus proyectos inmediatos, Excelencia? —indagó, deseoso de saber sobre qué terreno tendría que pisar.

Piérola vaciló un tanto desconcertado, pero luego se dirigió con expresión resuelta.

—Bueno —dijo—, desde luego me propongo nombrarlo Jefe Político y Militar de la región del centro. Es decir, equiparar su validez con la que he conferido al contralmirante Montero en el norte y al coronel Pedro Alejandrino del Solar en el sur. Ellos cuentan con fuerzas militares de cierto poder y están organizando apresuradamente a los pueblos en guerrillas. Si usted consigue el mismo resultado en el centro, estaremos en situación de mantener a

los invasores reducidos a la ocupación de la franja de costa próxima a Lima. Posteriormente, podremos hacer converger nuestras tropas del sur y del norte sobre la capital, al mismo tiempo que presionamos a los enemigos con nuestras fuerzas del centro. De este modo los envolvemos en un semicírculo de fuego, que los obligará a arrojarse al mar o a firmar con nosotros una paz decorosa.

El coronel Cáceres vio al momento cuán quimérico era el plan del dictador, ya que no habían podido expulsar ni siquiera contener a los invasores cuando disponían de un poderoso ejército de línea, pero no consideró útil rebatirlo. En cambio, se afirmó en la convicción de que si quería realizar una obra efectiva, tendría que prescindir del voluble gobernante. No obstante, le era preciso contar con él en los comienzos, para utilizar su influencia en la creación del nuevo ejército y para conseguir el equipo indispensable.

—Quisiera saber de qué medios dispondré, Excelencia —le inquirió.

—¿Medios?… Desde luego, de la juventud más destacada de todas las ciudades y pueblos de la provincia de Huánuco, Pasco, Junín, Huancayo y Ayacucho.

—¿Hay existencia de armas, señor?

—El general Juan Buendía, jefe de mi Estado Mayor, ha guardado una parte de las armas que trajeron los soldados después de la dispersión siguiente a la batalla de Miraflores. Le ordenaré que se las entregue. Por otra parte, aprovechando que ha venido usted, marcharé al sur en busca de otras armas. Mi propósito es ir levantando los ánimos de todos los hombres del sur, inducirlos a organizarse en batallones o guerrillas, en otras palabras, predicar la prosecución de la guerra. Por último, traspasaré la frontera boliviana para conferenciar con el general Narciso Campero, para que haga entrar sus tropas a la sierra peruana a luchar codo a codo con las nuestras, o que me facilite las armas que recibió de Europa después de la batalla del Campo de la Alianza.

Cáceres agachó la cabeza sin querer pronunciarse sobre el proyecto del dictador, el que realmente no le interesaba. En cambio, sí era importante para él saber cuándo podría investirse con la autoridad que el gobernante acababa de prometerle.

Sabía que en el cargo de Jefe Político y Militar del centro estaba

el coronel Juan Martín Echeñique y que no sería fácil despojarlo de él. Solicitó, pues, que se le aclarara ese punto.

El general Piérola se sobó la barbilla y terminó por declararle:

—El…, digamos, el 25 de abril entrará usted en posesión efectiva de ese puesto, coronel. Pero eso no impide que comience a organizar sus fuerzas desde ahora mismo.

—Eso es lo que deseo, Excelencia. ¿Quién es actualmente el prefecto de Junín?

—El coronel Máximo Tafur, con residencia en Tarma. El subprefecto, que lo representa en Jauja, es don Manuel Miranda. Les daré órdenes de ponerse enteramente a su disposición.

—Gracias, Excelencia. —El coronel Cáceres se cuadró suavemente y esperó la autorización correspondiente de su superior jerárquico para retirarse—. Concédame usted unas horas para reponerme de la ruda cabalgata que he hecho y me verá ponerme rápidamente en acción —agregó—. Las tropas enemigas, en número aproximado a los mil hombres, están en estos momentos en Casapalca o diseminándose ya por los caminos a Cerro de Pasco, Junín, Oroya y Tarma, de modo que…

Nicolás de Piérola no lo dejó terminar.

—¿Es posible? —murmuró con voz alterada—. ¿Están tan próximos?

Cáceres tuvo tentaciones de reírse ante su notorio temor. En cambio, lo tranquilizó, diciéndole:

—Sí, señor; pero como no están acostumbrados a la altura, no podrán emprender un avance efectivo hasta dentro de una semana por lo menos. En ese plazo alcanzaremos a reunir a nuestros efectivos, con los que los contendremos hasta que terminen de organizarse batallones en nuestra retaguardia.

—¿Cree usted que conseguirá hacerlo, coronel? —le insistió el dictador, sin intentar disimular su ansiedad.

—Lo intentaré, cuando menos, señor —le aseguró Cáceres con firmeza—. Soy serrano, conozco bien a la gente de estas regiones. Recorreré sus pueblos, instaré a los hacendados a enrolar a sus peones y empleados, pediré a los párrocos que convenzan a sus feligreses y, si es preciso, subiré personalmente a los caseríos indios de la alta puna e iré encendiendo los ánimos de sus millares de pobladores. Domino el quechua y todos los dialectos de la sierra,

igual que mi idioma; les hablaré en su propia lengua, llamaré a sus corazones con argumentos que ellos entiendan, les haré ver que es preciso que salgan a la lid a defender sus tierras, sus cosechas, sus casas, sus ganados, sus mujeres. Ese lenguaje lo comprenderán, Excelencia, y ya verá usted cómo consigo lanzarlos al campo de batalla, como una manada de fieras en defensa de sus cubiles.

—¡Bravo!… ¡Bravo!… —Entusiasmado hasta la euforia, el dictador quiso dar a la escena un final rimbombante.

—¡Coronel Cáceres —declaró solemnemente—, en reconocimiento a sus nobles ideales patrióticos y para que le sea más fácil organizar el nuevo ejército del Perú, le concederé el ascenso a que sus destacados méritos militares lo hacen acreedor! ¡Firmaré sus despachos de general de brigada!

Andrés Cáceres entrechocó sus tacones, pero no dijo una sola palabra. Desde hacía tiempo creía merecer las charreteras de general, pero no le era grato recibirlas en aquellas circunstancias.

Sin embargo, las notas que comenzó a dirigir a los prefectos, subprefectos, comisarios, autoridades civiles, eclesiásticas y hacendados de la sierra iban firmadas con su nuevo grado y el tono que empleaba en ellas era el de jefe máximo de la región.

«Debe usted proceder a organizar inmediatamente el mayor número de fuerzas que le sea posible, en proporción al número de armas de que Usía pueda disponer» —decía en ellas, y agregaba—: «Excusado me parece señalar a usted la conducta que debe observar dada la posibilidad de una invasión del enemigo».

«En todo caso, es necesario oponer al invasor la mayor resistencia posible, aprovechando de los obstáculos naturales, y tratando de hacer comprender al enemigo que, aun después de nuestros desastres, es el Perú bastante temible para el que pretenda humillarlo».

Mientras sus comunicaciones partían, conducidas por veloces chasquis, a los pueblos vecinos, el general Cáceres pidió al general Juan Buendía las armas que tenía en custodia el Estado Mayor del general Piérola.

El veterano conductor del ejército aliado en los comienzos de la guerra se presentó en el despacho de Cáceres vestido con la misma pulcritud cortesana que le había valido el mote de «adamado» en otros tiempos. Pero los meses de permanencia en la sierra y el peso

de sus fracasos habían hecho mella en su organismo. Estaba extremadamente delgado y sus ojos azules no tenían el brillo altanero de su época de mando.

—Mi estimado amigo —saludó a Cáceres—, con su llegada se nos renueva la esperanza a los que nos dolíamos de no ver aparecer a militares jóvenes para tomar la dirección de la difícil campaña de la sierra.

El jefe ayacuchano sintió una molesta compasión por él. Tenía sobre su escritorio una lista con los nombres de todos los jefes y oficiales con los que se podía contar para el futuro ejército, pero el del general Buendía lo había colocado aparte.

—Estamos marchando contra el tiempo, general Buendía —le expresó lacónicamente—. El supremo director me ha indicado que usted guarda el escaso arsenal que se logró salvar del desastre.

El general Buendía reconoció que así era. Hablando con desgano, que demostraba el ningún interés que tenía para él el asunto, enumeró las armas que estaban bajo su custodia y agregó que ya había dado orden al jefe de Administración del Estado Mayor, teniente coronel Mariano Tejada Jiménez, para que las entregara a un comisionado de Cáceres. Éste designó a su ayudante Pérez como tal y dio por terminada la entrevista.

Pero cuando el antiguo jefe se despedía, movido por un escrúpulo de conciencia, se le acercó y le dijo con amabilidad:

—General Buendía, ¿no desea usted intervenir en la campaña de la sierra?

El veterano lo miró a través de los párpados entrecerrados, y movió la cabeza negativamente.

—Ya lo estoy haciendo…, como acompañante y consejero de S. E. el general Piérola.

—Sí; pero… ¿no cambiaría esas funciones por otras… más activas?

El general Buendía miró hacia otro lado y ahora sí que negó francamente.

—Ya entregué mi cuota de sacrificio en la campaña de Tarapacá, general —murmuró con amargura—. No creo que haya olvidado usted que yo fui el primer general en jefe que soportó el choque de la guerra.

Cáceres volvió a su actitud rígida e impersonal.

—Comprendo, general Buendía. Luego, irá usted con el general Piérola hacia el sur, ¿no es así?

—Efectivamente. Buenas tardes, general Cáceres.

—Hasta pronto, general Buendía.

No se había perdido todavía el resonar de los pasos del veterano por el corredor que llevaba a la calle, cuando Cáceres tarjaba con una raya profunda el nombre en la lista de disponibles. Era un combatiente menos. Pero en reemplazo de ése había en el escritorio una lista de veinticinco nombres nuevos. Eran los de los hijos de las mejores familias de los vecinos pueblos de Masma, Julcán, Taura y Huamali, «jóvenes plenos de ardor e idealismo», como los describió el subprefecto Miranda, que practicó su enrolamiento. Cáceres sonreía satisfecho mientras agregaba sus nombres en la lista. ¿Qué importancia podía tener la pérdida de un general viejo y abatido, cuando había millares de jóvenes patriotas decididos, y cuando en los caseríos de las cumbres estaba intacta la gran reserva india, con la que podía formarse un ejército de hasta cincuenta mil combatientes?

Mientras Cáceres se lanzaba a los campos y villorrios de la alta montaña a incendiar de ardores bélicos a la indiada, y erguido sobre su caballo en las plazas públicas, las ferias o el atrio de las iglesias serranas, las arengaba dramáticamente en sus lenguas nativas, la expedición del comandante Letelier proseguía su dura marcha por los senderos sobre los abismos, en dirección de Cerro de Pasco. Sus soldados seguían ascendiendo sostenidos solamente por su terco orgullo de chilenos. Cuando un compañero cejaba, aniquilado por el esfuerzo y la falta de aire denso, sus compañeros más próximos lo alzaban de las axilas y continuaban andando hasta la parada siguiente, en donde lo atendían los enfermeros, mientras el resto de la tropa se arrollaba en sus mantas y se entregaba a la inconsciencia del sueño, azotada por el frío y la ventisca.

Dos días duró la primera etapa de la jornada enloquecedora, al cabo de los cuales asomaron a una pequeña explanada, que les pareció vastísima, después de mantenerse tanto tiempo limitados por la estrechez del sendero de vértigo por el que habían llegado. Allí se mostraba, enclavado entre cumbres hostiles, el poblado de Conocancha.

Los infatigables exploradores Rodríguez y Acosta esperaban al

comandante Letelier. Entre sus caballos mantenían a un prisionero. Lo había cazado Acosta, después de perseguirlo como a un novillo.

—Este torito que «lacié» parece que sabe muchas cosas, mi comandante —dijo el ladino ordenanza.

—¿Lo interrogaron? —quiso saber Letelier.

—Sí, mi comandante —afirmó Rodríguez—. Como Acosta le tenía el lazo en el cuello, no en la cintura como ahora, no tuvo reparos en decirnos cuanto sabe. Por ejemplo, que el coronel Cáceres ha llegado a Jauja y está levantando un ejército.

El comandante de la expedición se quedó boquiabierto de asombro: lo habían buscado infructuosamente decenas de agentes en Lima.

—Pero…, ¿No estaba mal herido? —reflexionó.

Rodríguez punzó con la bota al prisionero, en la espalda.

—Respóndele tú, italiano —le conminó.

Éste tartamudeó, con marcadísimo acento itálico:

—Aseguran que está sano y bueno, *signor*, y que tiene más energías que nunca. Se lo ha visto recorriendo los pueblos indios y predicándoles la guerra.

El comandante Letelier golpeó con el puño cerrado sobre el borrén de su montura. Se producía justamente lo que el Alto Mando chileno había estado temiendo: el levantamiento de la indiada y antes de que las tropas expedicionarias lograran entrar en territorio serrano.

—¿Cuánto nos falta para llegar a Cerro de Pasco? —indagó al prisionero.

—¡Hum, están muy lejos todavía, *signor*! —le contestó éste al punto, y agrego, denotando ser un gran conocedor de la zona—: Les faltan más de noventa kilómetros, aunque vayan por la senda más corta. Hay dos para llegar a Cerro de Pasco.

—¿Cuáles son?

—Una, que va directamente por el pueblo de Baños —le explicó el italiano— y otra que cruza la cordillera occidental, para entrar al pueblo de Junín, pasa luego junto al lago del mismo nombre y asciende hasta Pasco por el interior del valle.

—Ese Pasco no es el mismo Cerro de Pasco, mi comandante —le aclaró Rodríguez—. Se trata de un pueblo menor ubicado cuatro kilómetros al sur del famoso yacimiento minero.

Letelier le hizo señas de que le entendía, pero se quedó pensativo. Después se dirigió nuevamente al prisionero.

—Acláreme —le exigió—. ¿Pueden las tropas de los coroneles Aduvire y Pereira bajar por el interior del valle de Junín a juntarse con las que el coronel Cáceres está reuniendo en Jauja?

—Oh, sí, *signor*. El camino por el fondo del valle es el más cómodo y directo para unir a las ciudades de la sierra, que están en una línea desde el norte al sur. Esa ruta sigue el mismo trazado que el antiguo Camino del Inca.

Con esos informes, el comandante Letelier decidió alterar su plan de marcha. Llamó al comandante Bouquet, que iba adelantado, por un sendero paralelo, y le expresó, delante de los demás jefes:

—Nuestro principal objetivo es aplastar a las fuerzas de Aduvire y Pereira y apoderarnos de Cerro de Pasco. Bien. Para eso tenemos que impedir que se junten con las montoneras de Canta, y evitar también que vayan a engrosar el ejercito que está formando Cáceres en Jauja.

El plan que Letelier expuso enseguida era simple y fácil de ejecutar. Consistía en enviar una mitad de la columna por el camino de Baños, para evitar el paso de las fuerzas de Cerro de Pasco hacia Canta, y colocar la otra mitad dentro del valle de Junín, cerrándoles de este modo el descenso hacia Jauja.

—Comandante Bouquet —dijo, finalmente—, a usted le corresponderá la parte más interesante de esta maniobra. Tome el mando de las compañías del «Buin» y del «Santiago» y con las dos piezas de artillería cruzará la cordillera por el atajo de Junín, interceptará el tránsito por el interior de ese valle y subirá lentamente hasta Cerro de Pasco. Entretanto, yo, con las dos compañías del «Esmeralda» y los cien jinetes del «Yungay», seguiré por este mismo camino hasta la ciudad minera. Estamos a 20 de abril. El 25, a más tardar, debemos encontrarnos en Pasco. ¿Entendido? Tiene usted amplia libertad para proceder como las circunstancias se lo exijan y lo indique su criterio militar. Es preciso eliminar toda fuente donde Cáceres pueda obtener hombres y elementos. De modo que, si lo estima usted inevitable, arrase con todo lo que le parezca útil al enemigo. Y si le ofrecen resistencia, extermine todos los pueblos por medio del fuego.

Después de la siniestra indicación, que pintaba de un brochazo

el alma fría del comandante Letelier, las dos fracciones de las columnas se separaron. Como el recorrido de la columna de Letelier era casi el doble de largo que el de la sección del francés, puesto que debía ascender hasta Baños y regresar al sureste, describiendo un círculo que le permitiera envolver a los enemigos por Huánuco y el flanco de la costa, los esmeraldinos se veían obligados a movilizarse a marchas forzadas por el estrechísimo sendero. Afortunadamente, a poco andar la antigua trocha india descendía un tanto y el soroche se hacía menos intenso; además, el paisaje se iba tornando acogedor y amable. Los soldados, durante los descansos, podían ampararse bajo los copudos árboles de esa zona, entre los cuales destacaba el pisonay, cedro peruano, de flores rojas, y refrescarse en los riachuelos, que bajaban saltarines, desde las cumbres.

Día tras día marcharon los esmeraldinos por las tierras que fueron patrimonio secular de los incas. Por labios de algunos indios, a los cuales obligaron a servirles de portadores del bagaje, se ilustraban sobre la atrayente flora de la sierra media. En todo lugar en donde la humedad encontraba un receptáculo, crecían la hierba del cáncer, las espigas del yaque —que los indios usan para medicinarse de las enfermedades venéreas—, el alegre yuyo, las flores azules del altramuz y las tres flores soberanas del incanato: el nucjchu, de pétalos de color amaranto; el amancae, dorado como el sol, y la cantuta, el emblema encarnado de los monarcas indios.

Pasada la Pampa de Bombón, la larga hilera de soldados principió a trepar de nuevo a las alturas. Fueron raleando las acacias y los retamos, la tierra se hacía más pobre e infecunda y disminuyó el tamaño de la flora; los troncos se exhibían débiles y retorcidos, como si padecieran en su desesperada lucha por absorber agua del suelo endurecido. Aparecieron los enanos chacharcomos, el quisguar, especie de olivo silvestre, y la tierra se vio cubierta por las amarillas flores del árnica y del diente de león. En las cimas mondas de los picachos mostraban sus siluetas agresivas los solitarios ancares, de ramas espinosas, dulces frutos oscuros y flores moradas.

Al segundo día de marcha, los soldados asomaron al perfil de las cumbres, en donde sólo lucen, con terca supervivencia, el moye o pimiento del desierto y las débiles espigas del ichu, pelusa de las

cumbres, paja fina que cubre la puna estéril y sirve a los indios para techar sus chozas.

Bajo un sol enceguecedor, por la diafanidad del aire sin consistencia, los esmeraldinos continuaron su marcha incesante hacia la región de las lagunas frías: Punrun, Acococha, Lauricocha. Los guiaba la esperanza de descansar en un pueblecillo llamado Queropalca, pregonado por los indios por la quietud de su clima. Allí, por fin, pudieron hundir sus cuerpos extenuados en las aguas cortantes del río Nupe. Diez kilómetros más al norte estaba la meta que perseguían: el pueblo de Baños, al que entraron en la tarde del 23 de abril.

La población india en su totalidad, ignorante del estado de guerra existente entre el Perú y Chile, los recibió con infantil curiosidad. El alcalde o jefe de la comunidad, un indio anciano que se apoyaba en un largo cayado adornado con ajorcas de plata, se adelantó hacia el grupo formado por Letelier, el mayor Retamales y algunos de los oficiales del «Esmeralda» y les dio la bienvenida en un castellano apenas inteligible, dándoles a todos el título de general y usando el amable tuteo indiano. Enseguida indagó a Letelier, a quien reconoció al jefe superior:

—¿Vas con tu gente a Cajamarca?

—No —le respondió éste autoritariamente—: por hoy llegaremos solamente hasta aquí. Vamos a tomar posesión del pueblo en nombre del ejército chileno y permaneceremos en él hasta mañana.

El alcalde pestañeó como si no entendiera, y luego discurrió con aire inocente:

—¡Ah, de la costa entonces! —Y sin preocuparse del significado que podía tener aquello de «ejército chileno», contempló a los soldados sudorosos y cubiertos de polvo—. Tu gente está cansada, general —observó a Letelier—. Diles que se tumben a la sombra de los árboles de la plaza. Hay una buena fuente de agua fresca.

El comandante pasó por alto la gentileza del indio y siguió interrogándolo con arrogancia.

—¿Dónde están las autoridades de este pueblo, indio?

—Yo soy la *autoridá*, general. —El viejo quechua sonrió con simpleza, y como observara que su respuesta no parecía satisfacer al militar, añadió—: ¡Ah, tú preguntas por el «patiru», pues!

—¿Quién es el «patiru»?

—El «patiru cura» —le aclaró el alcalde y volvió a preocuparse de los soldados, ante cuyo aspecto chasqueó la lengua, condolido—. Pero quita, quita a tu gente del sol —dijo, haciendo con su diestra una visera sobre su rostro, para dar a entender que la luz era demasiado fuerte—. Nadie platica al calor, ¿sabes? Ven, en la plaza hablaremos y llamaré al «patiru cura».

El comandante hizo una señal a la tropa y todos se encaminaron al cuadrilátero arbolado. Mientras avanzaban dijo al alcalde que reuniera a los principales vecinos y les explicara que deberían alimentar a los soldados mientras permanecieran en el pueblo.

El alcalde lo miró de soslayo y por primera vez brilló en sus viejas pupilas una chispa de recelo.

—¿Tienen hambre tus hombres? —le inquirió—. Somos gente pobre, pero pediré a ver si algún vecino tiene algún alimento que darles.

Letelier detuvo su caballo y miró al indio, fastidiado por la simpleza con que abordaba la situación, sin entenderla o fingiéndola.

—Parece que no me has comprendido, indio. Somos soldados chilenos, del ejército que ha vencido al Perú.

—Y tienen hambre, sí, te entiendo. Ya te digo, te daremos los alimentos que podamos.

—¿Cómo es esto? —terminó por estallar Letelier—. ¿Acaso no sabes quiénes somos los chilenos?

El indio meneó la cabeza, siempre sonriendo.

—No, general —reconoció mansamente—. Nunca he caminado más allá de los montes de Yanahuanca y de Chiquián.

Del Solar y Echeverría, que asistían a la entrevista, junto al mayor Rodríguez, no pudieron contener una carcajada, que tuvo la virtud de frenar el enojo del comandante.

—¡Basta, basta, muchachos! —los acalló sin amoscarse, y dando término a su diálogo con el alcalde, les dijo resignadamente—: Bien, sigamos hasta la plaza. Allí esperaremos los alimentos que nos conseguirás y también al señor cura. Ve adelante y date prisa.

Entretanto, en la sacristía del templo se producía una escena en la que contrastaban la atontada estupefacción del alcalde y la misteriosa urgencia del párroco. Este último había presenciado la entrada de las tropas y no necesitó las explicaciones del anciano

indio. Cuando éste llegó a su presencia, ya se había dado maña para escribir una breve nota, dirigida al arzobispo de Huánuco, monseñor Del Valle, y se la metía por los ojos al alcalde, que trataba en vano de explicarle los deseos de los militares que estaban en la plaza.

—Toma, Melchor —le ordenaba el párroco en voz baja—. Da esta carta al mejor de los chasquis del pueblo y dile que corra, corra y la entregue en las propias manos del Ilustrísimo arzobispo.

—Sí, «patiru», lo haré como dices. La llevará Sebastián, que tiene piernas muy firmes. Pero no podrá entregarla al «taita» arzobispo hasta mañana en la noche. Antes no puede ser.

—Está bien. Y ahora ve y pide a todos los vecinos que den alimentos para esos soldados. Diles que lo ordeno yo. Mira que los chilenos son verdaderos satanases.

—Les diré que se vayan, pues, que no los queremos aquí —razonó con aturdido candor el jefe indio.

—¡Oh no, por nada del mundo hagas eso! —le prohibió el cura, y le previno—: Pórtate con ellos lo más suavemente que puedas y di a tu gente que no se les acerque para nada. Es preferible dejar que se vayan por su propia voluntad, sin molestarlos. De lo contrario matarán a muchos de ustedes e incendiarán el pueblo.

—¡Santísima Madre de Dios! —El alcalde se persignó velozmente.

—¡Ve a entregar mi papel al chasqui! —le ordenó—. Entretanto, saldré a hablar con el jefe de esos hombres y los distraeré para que no se den cuenta de tu partida.

—Sí, «patiru», sí —balbuceó tímidamente el indio.

Minutos más tarde el párroco se encontraba frente al comandante Letelier y le conversaba con su más beatífica sonrisa.

—Los habitantes de Baños son gente pacífica, señor comandante —le decía—; viven como un rebaño de ovejas dentro de su grey. Darán a ustedes todo lo que necesiten y no los molestarán en nada.

El aire manso y patriarcal del sacerdote convenció al militar de la verdad de sus afirmaciones y lo tranquilizó asegurándole que no traían intenciones de maltratar a las poblaciones indias. Sin recelos de ninguna especie, terminó por confiarle que su punto de destino era Cerro de Pasco, hacia donde partirían al día siguiente. Tanta confianza le inspiró el religioso, que concluyó por preguntarle cuál

era la ruta más corta y fácil para llegar allí.

El cura pensó unos segundos y le contestó, encubriendo sus pupilas bajo los párpados entrecerrados;

—El camino mejor es el que desciende hacia el sudeste, pasando por las aldeas de Jesús, Cauri, Rondoni y Paucar. Desde allí tendrán que remontar las altas cumbres del Mal Paso hasta Pallanchacra y estarán en el espolón norte del nudo montañoso de Cerro de Pasco.

A Rodríguez no se le había escapado la expresión huidiza que cubrió el rostro del religioso, y se acercó más a él, colocándose al lado del comandante.

—La ciudad de Cerro de Pasco está en el espolón sur de ese nudo montañoso, ¿no es verdad, señor cura? —le expresó—: ¿Cómo es más fácil llegar allí? —y se quedó esperando su información sin quitarle los ojos del rostro.

El sacerdote lo observó de reojo y los labios le temblaron imperceptiblemente al contestar:

—Hay que tomar el camino que contornea los cerros de las minas por el lado del poniente. Pasarán por varias aldeas, las mayores de las cuales son Ocobamba y Chaupimarca, esta última muy cercana a Cerro de Pasco.

El explorador le hizo una inclinación, como agradeciéndole. Minutos más tarde, sentado junto a la fuente de la plaza, extendía sobre sus rodillas un rudimentario mapa de la región, que se había procurado en Lima. Tras de examinarlo atentamente llamó a su ordenanza.

—Acosta —le dijo—, el olfato me está advirtiendo que hay demasiada calma en este poblacho y que las maneras del cura esconden algo raro. Además, la ruta que me indicó a Cerro de Pasco no coincide con el trazado del antiguo Camino del Inca. Y si los incas viajaban por otro lado, por alguna razón sería. Escúchame bien. Con disimulo vas a entablar conversación con alguno de los aldeanos y le sonsacarás cuál es el mejor camino para llegar a Cerro de Pasco. —Pero, conociendo los recursos habituales de su ordenanza, le advirtió—: Cuidado con cometer la salvajada de agarrarlo del cuello y meterle la bayoneta en la barriga, ¿eh? Procede con buenas maneras.

Fiel a sus principios y viendo en la orden de su jefe un atisbo de libertad para darse un gusto, el ordenanza se encaminó, haciéndose

el zorro rengo, hacia una pequeña alberca que se divisaba a la salida del caserío. Sentado sobre una piedra, con el quepis echado sobre las cejas para ocultar sus ojos espiones, aguardó hasta que vio acercarse a una muchacha de su agrado. Era ésta una mozuela de unos quince años, corta de estatura, ampulosa de pecho y sólida de piernas. Vestida con múltiples polleras de fuertes colores y tocada con un gorro redondo de alas cortas, encasquetado sobre las trenzas renegridas, parecía un gracioso trompo. Cuando el soldado se plantó junto a ella y le habló, sonriéndole en forma tan lacha que le llenaba el rostro flaco de finas arrugas, volvió hacia él su rostro cobrizo y ancho de pómulos, con los ojos oblicuos parpadeantes por el temor. Pero ante el chorro de palabras que le lanzaba Acosta y sus morisquetas de enamorado, encogió la cabeza entre los hombros, con púdica coquetería, y se sonrió mordisqueándose los gruesos labios. El ordenanza seguía perorándole, sin parar en que seguramente la muchacha no entendía el castellano, ni mucho menos el «chileno» que él hablaba. Como no obtuviera respuesta, insistía, acercándosele de medio lado.

—Ya, *pus, mijita* relinda, contésteme —le rogaba, chinchoso.

La moza, encogida y ruborosa, le respondió entonces algo en quechua, que el soldado entendió era la aceptación de sus zalamerías, y tomó más valor. Con la punta de un hombro la empujó como restregándose contra ella, al tiempo que vaciaba en su oído las expresiones de su ardor, que lo hacía olvidarse totalmente de la misión que lo llevaba allí.

—¡Ay, *mijita* rica, carnecita de avellana! —le susurraba excitado —. No me diga que Dios no la hizo a *usté pa* mí solito; que su boquita, sus pechuguitas, su culito redondito no son *pa* este roto *enamorao* de *usté*. —Y como la muchacha se contoneaba semi de espaldas a él, roja como su manteleta, no pudo resistir a la tentación y estiró su mano rapaz hasta una de las redondeces que lo enardecían.

Pero no contó con la reacción de la india, quien, al sentir el zarpazo, saltó como picada por una avispa, chillando enfurecida. Acosta retrocedió asustado, extendiendo sus dos manos abiertas frente a su rostro, como si pretendiera detener el torrente de palabras quechuas que escapaba incontenible de la boca de la moza. Pero, reconociéndose impotente para acallar a la airada mozuela,

dio media vuelta y se alejó hacia el pueblo.

Desde cincuenta pasos de la fuente de la plaza vio que el mayor Rodríguez lo estaba observando y lo esperaba con las manos en jarras.

—Eres el mismo inútil de siempre —lo reprendió con severidad forzada—. Menos mal que presumí tu fracaso y realicé la averiguación por mi cuenta.

—¿Y qué averiguó, mi capi? —le indagó Acosta, viendo la oportunidad de salir del atolladero.

—¿Qué te ordené que indagaras tú, zopenco? Lo que supe es que el curita de este pueblo es un zorro ladino, que ha pretendido engañarnos. Porque el camino que nos indicó es justamente el más difícil y pasa por una región donde están las mayores concentraciones indias.

—¡Habráse visto! ¡Y con la cara de angelote que tiene!… Va a haber que hacer algo con ese curita mentiroso, mi capi; dejarle un recuerdito, *pa* que no se quede riendo de nosotros, ¿no le parece?

—Pasaremos por alto su truhanería, por esta vez, en respeto a sus hábitos —resolvió el oficial—; pero al próximo fraile que pretenda engañarnos, le vamos a dar una azotaina en cueros, para que sirva de escarmiento a los demás. Bueno, ya está casi oscuro y hay que descansar; la marcha de mañana será brava.

El chasqui que partiera de la aldea de Baños corrió durante toda aquella noche por culebreantes senderos del mismo ancho que la huella de sus pies desnudos. Subiendo y bajando por el intrincado erizamiento de cumbres, llegó al amanecer a Turumayo. Allí hizo un alto, tomó unos sorbos de agua, renovó la bola de coca, rebozada en ceniza, que llevaba dentro de un carrillo, y volvió a emprender la increíble carrera. Marchando en línea recta, por rutas conocidas sólo por él, trasmontó la altísima cordillera por el abra de Cayrán y se descolgó directamente sobre la ciudad de Huánuco. Con sus últimas energías fue a derrumbarse en el zaguán del Palacio Arzobispal.

La noticia de su arribo llegó rápidamente al arzobispo Del Valle, quien, sin preocuparse del chasqui que reposaba cuán largo era

sobre las frescas losas, extendió ante sus ojos el mensaje enviado por el párroco de Baños. Era éste un personaje de unos setenta años, pequeño de estatura y muy delgado, pero su energía se reflejaba en el brillo de sus ojillos grises y dominantes. Cuando terminó de leer la breve comunicación, levantó sus pupilas hasta los rostros de los dos sacerdotes que lo acompañaban.

—Padres —les participó autoritariamente—, los chilenos han entrado ya al pueblo de Baños. Vienen sobre Huánuco, en ruta a Cerro de Pasco. Hay que avisar al momento a los coroneles Aduvire y Pereira.

—¿Podrán contenerlos los batallones de los coroneles, Ilustrísimo? —le preguntó uno de los religiosos.

—No lo creo —razonó—. Me informó el párroco de Baños que los enemigos son más de trescientos. Por otra parte, el aviso que nos envió mi sobrino Manuel María desde Jauja decía que los chilenos que partieron de Casapalca suman más de mil.

—¿Y si el párroco de Baños vio solamente a trescientos, dónde están los demás, Ilustrísimo? —quiso saber el otro secretario.

—Seguramente vienen por otro camino. Tendremos que poner en alerta a todos los curas y capellanes de la región para que nos informen —decidió, y siguió discurriendo mientras caminaba—: Aduvire y Pereira no podrán contener a los invasores, pero Manuel María me ha informado también que llegó a Jauja el coronel Cáceres, quien ha sido ascendido a general para que tenga facultad de organizar un nuevo ejército con la gente de la sierra.

—¿Cree usted que ya lo habrá formado, Ilustrísimo?

El arzobispo acogió con una mirada desdeñosa la pueril indagación del sacerdote que había hablado y se limitó a responderle:

—Cualquier persona sensata sabe que formar un ejército demora meses.

—¡Dios santo! ¡Meses!

El prelado se volvió bruscamente.

—No es lo más adecuado lamentarse, padres —reprochó a sus secretarios—. Aún nos queda un recurso invaluable: los indios. ¿Las fuerzas invasoras suman mil hombres?… ¿Cuántos serán los indios de las sierras?…

—Cincuenta mil…, ochenta mil… —aventuró uno de los

religiosos.

—Digamos mejor, cien mil —afirmó secamente el arzobispo, y reiniciando su marcha hacia el interior del palacio fue desenvolviendo su pensamiento, sin importarle si sus secretarios lo oían—: El obispo del Cuzco, monseñor Pedro José Tordoya, que dirige el Comité Patriótico de la Resistencia, en Lima, me ha mencionado la cifra de cien mil indios como necesaria. Pero yo estimo que, si es preciso, podremos lanzar a la guerra a doscientos mil indios, haciendo correr nuestro llamado por la sierra entera. No obstante, por ahora y en espera de los acontecimientos futuros, predicaremos el alzamiento de las tribus indias de esta región únicamente. Tenemos que defender nuestros templos y nuestras propiedades. ¡Padres, síganme a mi despacho! Redactaremos las notas que han de ser enviadas al momento a los párrocos y capellanes de los pueblos vecinos a Huánuco y Cerro de Pasco.

Los guías de la columna Letelier siguieron el camino indicado por el cura de Baños hasta el puente de Salcachupán, que cruza el río Huallanga. Allí, en lugar de tomar por la senda señalada por el religioso, siguieron la que corre por las montañas argentíferas y que atraviesan los pueblos de Huariaca, Acobamba, Cajamarquilla y Quinua. Al llegar a este lugar, las tropas estaban totalmente agotadas, y hasta los oficiales, que iban a caballo, se rendían al cansancio.

—¿Hasta cuándo diablos andamos, mi teniente Echeverría? —rezongó Del Solar, dirigiéndose al jefe de su compañía.

—Ya falta poco —le respondió el oficial de mala gana.

Las dos compañías del «Esmeralda», precedidas por los cien jinetes del «Yungay», desfilaban lerdamente por la falda de la montaña. Los ojos de los soldados, aunque encandilados por el fuerte sol, captaban una gigantesca cadena de cerros color granate, perforados en centenares de sitios. Eran los cerros de la plata, de los cuales, a través de siglos, se extrajo un fabuloso torrente de ese mineral que dio fama legendaria al Perú.

Pero los soldados, aunque ilustrados sobre el apasionante tema por sus oficiales, no tenían ánimos para alimentar la imaginación

contemplando las huellas dejadas por los mineros en los combados vientres de piedras. Y fue precisamente por aquel desánimo en mirar que no repararon cuando el filo de la montaña, detrás de ellos, se empezó a llenar de cabezas de indios que los atisbaban con sigilo, ni tampoco cuando fue el lomo de los cerros de la derecha, encima de ellos, el que se vio coronado en toda su longitud por un apretado rosario de cuerpos humanos. La primera noticia de la aparición de tan inesperados vecinos les llegó con el estampido de una cincuentena de fusiles.

—¡Alto la marcha! ¡Tomar protección natural! —gritó al instante el comandante Letelier, antes de que los ecos de la graneada detonación terminaran de repetirse en el aire encajonado.

Avezados a la guerra y a sus sorpresas, los esmeraldinos actuaron con vertiginoso automatismo. Tumbados sobre la tierra reseca, parapetados tras riscos, ondulaciones del suelo o matorrales densos, estudiaron la situación.

—Estamos rodeados por millares de indios —observó Del Solar, escrutando la silueta de los cerros.

El teniente Echeverría rió con negligencia, mientras desabrochaba el cierre de su cartuchera para comprobar que su revólver salía fácilmente de ella. Aquella arma era el orgullo del oficial; se trataba de un moderno revólver español con tambor para repetir dieciocho tiros y cacha de marfil.

—Estamos en la sartén, compañero —bromeó Echeverría—. Todo es cuestión de no dejarse tostar. —Y rodando sobre un costado, se volvió hacia los soldados de la tercera compañía y les ordenó tranquilamente—: ¡Soldados, apunten con calma, escogiendo cada uno a un enemigo, y fuego a discreción, cuando los tengamos a doscientos metros!

Confiados en la efectividad de sus fusiles de repetición y en su puntería, tantas veces ensayada, aguardaron conversando entre ellos, haciéndose bromas macabras, y varios hasta encendieron cigarrillos, aunque sin quitar los ojos de las líneas indias. De cuando en cuando, algunos indios más audaces se ponían de pie, agitando sus hondas o lanzas, en medio de alaridos guerreros, lo que bastaba para que tres o cuatro fusileros del «Esmeralda» elevaran sus armas y los tumbaran dando volteretas desde las cumbres.

La situación se mantuvo así durante unos quince minutos, al

cabo de los cuales la indiada, engañada tal vez por la inmovilidad de la columna chilena o convencida de que su ataque desde la altura era infructuoso, empezó a descender, echando a rodar ante ella enormes peñascos.

El comandante Letelier, parapetado tras una roca con los mayores Rodríguez y Retamales, llamó a los comandantes de las dos compañías del «Esmeralda».

—Oficiales —les dijo éste—, estamos estudiando la situación. No es apurada, ni mucho menos: pero puede llegar a serlo. Observen el sendero hacia adelante. Si continuamos nuestro avance, tendremos que pasar por un sitio en que el camino se introduce en una estrecha garganta. Y, si se fijan ustedes bien, verán que los bordes de ella están llenas de indios que esperan con sus galgas listas para dejárnoslas caer sobre las cabezas y hacernos polvo. Si nos quedamos aquí, la ola de enemigos bajará con la intención de aplastarnos. El mayor Rodríguez me ha sugerido que es preferible volverse atrás y apoderarnos primero de los cerros de Quinua. Así nos pondríamos al mismo nivel que los indios y podríamos batirlos avanzando por el perfil montañoso. Creo que es lo más cuerdo y será lo que haremos.

—Si no damos ahora una demostración de fuerza a los indios, su mentalidad simple los hará pensar que pueden oponérsenos en cualquier circunstancia. Y eso significaría el alzamiento de toda la sierra a muy corto plazo —acotó Rodríguez, dirigiéndose a los dos oficiales.

—¿Quiere usted decir que… debemos exterminarlos a todos? —aventuró Echeverría, impresionado.

—No, teniente —le aclaró Letelier—; pero, cuando menos, hacerles sentir un castigo muy duro, demostrarles que es una locura que intenten oponernos combate.

—Repare usted en que parecen ser varios miles de hombres, mi comandante —le advirtió respetuosamente el capitán Aguirre.

—Aunque sean miles —dijo, sin dar importancia al número—. Están armados con unos cuantos fusiles viejos, rejones, hondas y cachiporras. Sus armas más efectivas son las galgas, pero cuidaremos de no ponernos en situación en que puedan arrojárnoslas sobre las cabezas. El camino es bastante ancho y podremos retroceder desplegados en guerrillas; el único lugar de

peligro es la cuesta que asciende a las alturas de Quinua. Cuando lleguemos a ese punto, trataremos de espantar a balazos a los enemigos que están arriba. ¿Comprendida la operación, oficiales?

—Sí, mi comandante —afirmaron Aguirre y Echeverría.

Los esmeraldinos retrogradaron desplegados en guerrilla francesa y sin perder la cohesión. Cada vez que algún enemigo se presentaba demasiado cercano, un fusilero era encargado de eliminarlo, apuntándole con toda calma, para no perder el tiro, puesto que llevaban solamente ciento viente balas por cartuchera.

Marcharon así durante media hora, hasta llegar a la base de la cuesta de Quinua.

Alberto del Solar, que iba a un costado de la tercera compañía, veía ante sí las recias espaldas del teniente Santa María, y poco más adelante, la figura delgada del teniente Echeverría, a cuyo flanco iba su ordenanza, el canoso Lucas Castro. Nunca mejor que entonces se advertía que ese rústico ordenanza sólo hacía la guerra para cuidar de su joven señor. Cuando iniciaron el ascenso de la cuesta, todos comprendieron que allí estaba la parte verdaderamente difícil de la empresa. Centenares de indios estaban escalonados en las terrazas naturales de los cerros y se los veía apoyados en grandes peñascos, que tenían preparados para arrojarlos sobre los chilenos.

Letelier puso en alerta a los soldados, justamente en el momento en que empezaron a rodar las galgas, arrastrando nubes de pedruscos más pequeños.

—¡Disparen sobre los indios que están acarreando rocas! —gritó Letelier, tratando de hacerse oír por sobre el estruendo que producía el aluvión de piedras.

La angosta quebrada funcionaba como canaleta, por la que rodaban las galgas igual que gigantescas bolas de palitroque. Al principio los esmeraldinos las venían venir y se arrojaban hacia los costados para evitar su impacto; pero pronto se levantó del suelo una polvareda que cegaba toda visión; entonces sólo se escuchaba el estrépito de las rocas a tiempo de verlas pasar. Una de ellas, de tamaño reducido afortunadamente, pasó por entre los hombres de la segunda compañía, abriendo una brecha entre ellos. Cuatro soldados alcanzaron a ser tocados por el peñasco; tres se levantaron casi enseguida, cubiertos de magulladuras superficiales; el cuarto

quedó retorciéndose de dolor, con varias costillas hendidas. La nube de polvo impedía que lo vieran los oficiales, pero oían sus roncos gemidos.

Retamales gritaba desaforadamente la orden de apresurar el ascenso, cuando su voz fue apagada por el ruido espeluznante de una roca descomunal que bajaba con la velocidad de una locomotora.

Del Solar alcanzó a verla cuando venía a unos treinta metros y se dio cuenta de que su trayectoria la conducía fatalmente sobre la tercera compañía, y en especial sobre Echeverría y su ordenanza.

—¡Cuidado, salten hacia la derecha! —les gritó, escalofriado.

Los soldados se arrojaron de cabeza hacia la pared de la quebrada, pero Echeverría no alcanzó a hacerlo. Fue entonces cuando su ordenanza reveló prácticamente su abnegación. Saltó hacia su oficial y lo arrojó lejos de un formidable empellón. La roca paso a espaldas de los dos, rozó al viejo Lucas, le enredó las ropas y lo hizo girar vertiginosamente, como un trompo; luego, lo disparó hacia atrás.

El desdichado ordenanza quedó semisepultado e inconsciente.

Echeverría volvió a su lado a toda prisa y lo examinó ansiosamente. Estaba vivo, pero la sangre empezaba a empaparle el hirsuto cabello gris. El oficial levantó el rostro, con los ojos relampagueándole de cólera incontrolable.

—¡Dos hombres encárguense de este herido! —gritó a los que estaban más próximos. Enseguida se irguió y desenvainó su largo sable—. ¡Adelante la tercera compañía! ¡A la carga, esmeraldinos! —rugió y echó a correr hacia arriba.

Al ver que los hombres de Echeverría se lanzaban al asalto de la cuesta a todo correr, el capitán Aguirre animó también a los de la segunda compañía. Los esmeraldinos se abalanzaron cerro arriba, despreciando toda precaución, ciegos de rabia. Adelante iba el teniente Echeverría, esgrimiendo en la diestra el sable y en la siniestra su revólver de repetición.

Los indios, aterrados por el tableteo de la fusilería, que sentían aproximarse, perdieron el tino y dejaron de lanzar sus galgas. El polvo bajó, apegándose a la tierra, y aparecieron ante sus ojos los chilenos enardecidos. El desbande fue inmediato.

Echeverría llegó a lo alto gateando, e irguiéndose, sin darse un

respiro, de dos o tres saltos alcanzó a los últimos de los fugitivos. Su sable cayó una y otra vez sobre los cuellos y las espaldas de los enemigos. Pero, aniquilado por el esfuerzo el oficial cayó de rodillas al suelo.

Entretanto los hombres de su compañía habían llegado también a la cumbre y, aunque semiasfixiados por el soroche que les había producido la vertiginosa ascensión, se tumbaron boca abajo y fueron disparando sobre las espaldas de la masa india. Los trajes de fuertes colores de los nativos ofrecían un blanco perfecto.

En medio del concierto uniforme de estampidos, el revólver del teniente Santa María dejo de tronar. Del Solar, que estaba como siempre a su lado, lo percibió en forma subconsciente.

Súbitamente volvió la cabeza, alarmado, hacia su compañero.

Éste yacía de costado en el suelo y respiraba estertorosamente. De un salto «el poeta» estuvo arrodillado a su vera.

—¡Qué tienes, Martiniano! ¿Estás herido?

—No. Es el soroche —explicó a su compañero con dificultad—. Me ahogo, Alberto.

Del Solar se desconcertó totalmente. Por los lados de ellos pasaban corriendo los soldados en su avance incontenible. Atolondrado, movió a su camarada hasta dejarlo de espaldas y de un tirón le hizo soltar los botones de la guerrera, para dejarle libre el cuello.

—Respira hondo; trata de descansar, como sea —le recomendó —. No te preocupes de nada. Esto pasará y yo te estaré cubriendo si vuelven esos condenados indios.

Pero a Santa María se le acentuaban los efectos del soroche segundo a segundo; su rostro se puso cianótico, después violeta oscuro; repentinamente la nariz le reventó en sangre.

Del Solar tendió la vista a los contornos, desesperado. A cierta distancia, el mayor Retamales gritaba a Letelier que era preciso dar una tregua a los soldados, o se apunarían todos. Pero el jefe no le hizo caso y avanzaba, azuzando a los hombres al exterminio total de los indios.

A la retaguardia del bloque en avance pasaron algunos sanitarios. Del Solar creyó ver la salvación en ellos. Apartándose unos metros de Santa María, que le imploraba que se quedara a su lado, recordándole el juramento existente entre ellos, detuvo al

practicante Ismael González.

—Sargento, vea qué puede hacer por el teniente Santa María —le rogó.

El suboficial se detuvo apenas unos segundos y echó una mirada al caído.

—¡Está apunado, eso es todo! No hay *na* que hacerle por el momento. Que se quede tendido de espaldas y respire hondo y despacio. Cuando termine la pelea vendremos a recogerlo en una camilla.

Dicho esto, volvió a emprender la carrera, en seguimiento de las dos compañías que se alejaban por la cresta de los cerros.

—¡Vuelva acá, sargento! ¿Cómo lo vamos a dejar tirado? —le gritó Del Solar a todo pulmón; pero el practicante no lo oyó o simplemente no le hizo caso. Además, en ese momento el corneta tocaba «calacuerda» y fulguraban las bayonetas en las puntas de los fusiles. No hubiera bastado un muro de granito para detener a los soldados.

—¡No me dejes, Alberto! —imploró, desesperado, Santa María, al observar el efecto electrizante que hacía el son del bronce en su compañero—. Recuerda nuestro juramento.

Del Solar lo miró, y por primera vez descubrió lo débil de espíritu que se había tornado aquel muchacho de cuerpo de atleta.

—No te alarmes, Martiniano; me quedo contigo —lo tranquilizó, con voz ronca, y se sentó flojamente a su lado.

Tres horas permaneció allí, en lo alto de la cuesta, esperando el regreso de las compañías. Al cabo de ese tiempo comenzaron a oírse, apagados por la distancia, los sones penetrantes de las cornetas llamando a los soldados que habían quedado rezagados en la bárbara jornada.

Al oír las voces melancólicas del bronce, Del Solar disparó tres veces su fusil, para indicar su posición, y poco después llegó hasta ellos un grupo de camilleros, guiado por el practicante. Los soldados recogidos por el oficial se habían repuesto un tanto en las horas de descanso y pudieron caminar, sustentados por los enfermeros, no así Santa María, cuyo corpachón demasiado sanguíneo había reventado por boca, oídos y nariz. Del Solar marchó junto a su camilla hasta el campamento, que se había instalado entre Quinua y el pueblo de Cajamarquilla. En lugar de esa última población se veía subir una

gruesa espiral de humo. «El poeta» no pudo ocultar una mueca de horror, la misma que se veía estampada en el rostro del capitán Aguirre cuando le contó los detalles del combate, en la carpa que compartieron.

—Fue espantoso, Alberto —le expresó en voz baja, todavía impresionado—. Creo que nunca veré una matanza tan horrible. Nosotros disparábamos contra las manchas de colores de los trajes de los indios, casi sin darnos cuenta de que envolvían a seres humanos; pero cuando avanzamos por el lomo de los cerros hacia el caserío de Quinua, primero, y después a Cajamarquilla, íbamos prácticamente pisando sobre sus cadáveres; tantos habían caído. Después vino lo peor. Los habíamos seguido hasta las plazuelas de Cajamarquilla. Nos disparaban piedras con sus hondas desde los techos y las copas de los árboles. Una de ellas dio en la cabeza del caballo del muchacho Dussi, el abanderado. La bestia se encabritó y salió corriendo desbocada. Fue suficiente para que el chiquillo quedara separado de la columna, para que surgieran de la iglesia varios indios, los que lo arrancaron de la silla y se lo llevaron al interior del templo. Antes de un minuto asomaron por la ventana de la torre y nos arrojaron primero su cabeza y después el cuerpo destrozado.

—¡Degollaron a Mariano Dussi! —exclamó Del Solar, horrorizado.

—Después de eso —prosiguió— no hubo manera de controlar a los soldados. No se quién tomó el primer leño ardiente, pero al cabo de algunos minutos el pueblo ardía por todos lados y la iglesia era una inmensa hoguera donde brotaban los alaridos de los indios que se quemaban vivos. —El oficial dejó de hablar unos segundos, con los ojos húmedos—: ¡Ah, te aseguro, Alberto, que no voy a poder olvidarlo jamás! Y lo peor de todo es que yo también participé en la matanza al igual que los demás. Procedíamos como locos.

La mano de su camarada cayó suavemente sobre uno de sus hombros y lo remeció con cariño.

—Tranquilízate, Manuel —le dijo—. Si en esta guerra nos portamos caballerosamente, nos matan a todos.

Los dos oficiales se quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos o temerosos de seguir comentando los atroces hechos en que, por primera vez, se veía metido el «Batallón de los Pijes».

Fue en ese momento cuando oyeron el retintín de unos espolines, delatando la aproximación de un oficial de caballería.

Era el mayor Rodríguez, quién se inclinó para asomarse por la abertura de la tienda.

—¿Cómo están ustedes?

—Bien, mi mayor —le respondió con desgano el capitán—. Cansados, nada más.

—Duerman bien —les recomendó—. No hay más que hacer. Mañana al alba seguiremos hacia Pasco, y es posible que tengamos que abrirnos paso a esa ciudad a punta de balas.

—¿Tuvimos muchas bajas, mi mayor? —le indagó Alberto, titubeando.

La voz del superior les llegó opaca, como si estuviera distante:

—Se sabe de siete soldados muertos y de unos treinta heridos. Mañana en la lista comprobaremos.

—¿Y a cuánto ascienden las bajas del enemigo, mi mayor? —quiso saber Aguirre.

La respuesta no tardó en llegar.

—No se preocupen por eso —le contestó por fin—. Descansen.

—Pero deben haber sido más de mil —insistió el capitán.

—Si se produce el levantamiento total de la sierra, éste no habrá sido más que un pálido comienzo —reflexionó cansadamente Rodríguez—. Por eso, mejor es no pensar en ello; cerrar los ojos, dormir y seguir adelante, mientras podamos. Buenas noches, oficiales.

Del Solar dejó caer la cabeza sobre un lío de ropas que le servía de almohada. En el interior de su cerebro repercutía con ecos agoreros una frase dura, hiriente: «¡Dios santo, otra guerra peor!… ¡Otra guerra peor que ésta!».

Mientras las tropas chilenas, bajo el mando de Ambrosio Letelier, proseguían su marcha hacia Pasco, y las del comandante Bouquet ascendían, desde Junín, con el mismo destino, el general Cáceres se afanaba desesperadamente por reclutar hombres para su nuevo ejército en las tierras vecinas a Jauja. Después de conminar premiosamente al prefecto del departamento de Junín, coronel

Tafur, para que organizara batallones en Tarma, Oroya y Junín, siguió enviando notas a las autoridades de todas las provincias próximas y, personalmente, se lanzó a los campos a encender a los pueblos indios con su ardor bélico. Su voz profunda y convincente resonaba en todos los poblados:

—Jamás la tierra de los huancas fue pisada por invasores —las arengaba, en los pueblos del centro—. Vosotros, que guardáis la tradición de Chinchasuyu en vuestras lenguas, bien sabéis y podéis repetirlo. Cuando los pueblos de la sierra se vieron amenazados por el enemigo, los ayllus empuñaron las armas con valentía y salieron a combatir, hasta exterminar a todos los que intentaban adueñarse de esta tierra. Ahora ocurre lo mismo. Un pueblo ambicioso venido del lejano sur se ha apoderado de las ciudades de la costa y mira en estos momentos, con ojos codiciosos, estas ricas tierras altas. Ellos vienen ya subiendo la sierra y traen armas de muerte y látigos para dominaros a vosotros, para apoderarse de vuestros sembrados, de vuestros animales, de vuestras casas. Son los chilenos, quienes llegarán hasta aquí para incendiar los caseríos y robar vuestras mujeres y vuestras hijas.

Inmensos clamoreos respondían siempre a sus palabras, y la respuesta de los indios, en todos los casos, era la misma:

—¡Los mataremos a todos antes, «taita» Cáceres!

—¡Eso es lo que debéis hacer! —les inculcaba—. Debéis empuñar todas las armas que poseáis. Yo haré que desde Lima nos envíen fusiles, muchos fusiles y balas, y enseñaré a manejarlos a quienes no los hayan usado antes. ¡Pero júntense todos! ¡Lancen por las sierras, de pueblo en pueblo, el grito de guerra! ¡Qué resuene en los valles y en las montañas! Y yo, aquél a quien ustedes llaman «taita» Cáceres, por tener sangre india, heredada de Catalina Huanca, por hablar vuestra lengua y tener un corazón serrano, yo los conduciré a los combates, les indicaré dónde esperar al enemigo y cómo acabar con él. Pero es preciso que repercuta en la sierra entera el llamado de «a la guerra», y los huancas y los chinchas y los lucanas acudan desde sus altos ayllus a defender la tierra de nuestros mayores.

Tras el paso de Cáceres, los poblados indios quedaban enfebrecidos, y la voz de «a la guerra», «a la guerra» corría vertiginosamente de aldea en aldea.

Por plazas y ferias, en los pueblos de las hondonadas y de las cumbres, se vio la figura imponente del caudillo, luciendo su uniforme azul con quepis rojo, jinete en un magnífico caballo y escoltado por su ayudante Pérez. Nunca otro hombre antes supo hablarles tan directamente y comunicarles su propio odio al invasor.

Su destacada estatura, su rostro sereno enmarcado en largas patillas grises impresionaban a los indios a tal extremo que le daban los apelativos que en su lengua destinaban a los antiguos reyes. A su paso por los caseríos las madres le ofrecían sus hijos pequeños para que los mirase, creyendo que ello les traería un buen destino. De este modo, la palabra vehemente del general logró uncir a su carro de batalla a miles y miles de indios, que, sin más armas que sus simples lanzas, garrotes y hondas, lo siguieron por las rutas que él les marcaba.

Por otra parte, la flor y nata de la juventud de Tarma, Jauja, La Concepción, Huancayo y Ayacucho se unía bajo su bandera, formando batallones y una escolta personal que le servía de escudo. La sierra empezaba a arder por sus dos extremos.

Ignorante de esta situación, pero presintiéndola, el comandante Letelier llegaba al pueblo de Pasco el 26 de abril. Allí realizó la concentración con el destacamento guiado por el comandante Bouquet. Esta fuerza había llegado el día anterior, después de haberse posesionado de los pueblos de Junín y Carhuamayo, en los cuales dejó alguna guarnición.

El 27 de abril, cuando la expedición se disponía a romper la marcha para ir a dominar Cerro de Pasco, ingresaron al campamento el mayor Rodríguez y su ordenanza. Las noticias que trajo el explorador fueron sorpresivas para el comandante Letelier.

—El coronel Aduvire ha huido con su batallón hacia Huánuco, mi comandante —le informó.

Al jefe chileno le pareció increíble que aquél abandonase la plaza sin intentar defenderla, y el explorador tuvo que recordarle que la tropa del coronel peruano ascendía solamente a 120 hombres mal entrenados.

—Aprovechando el flanqueo que hicieron nuestras compañías para descender hasta Pasco, abandonaron nocturnamente la ciudad minera y se fueron hacia el norte —agregó.

El comandante Letelier se rascó la cabeza y terminó por decir con su característica sonrisa helada:

—Bueno, no me esperaba esta noticia, pero me satisface. Ordenada así la situación, nos evitará un derramamiento inútil de sangre. Tomaremos inmediatamente posesión de Cerro de Pasco, implantaremos la ley marcial y le impondremos un cupo de quinientos mil soles.

—Se preocupa usted solamente de la plata, mi comandante, y no piensa en las tropas enemigas que el coronel Aduvire lleva intactas consigo —le observó el comandante Romero Roa, con acento de reproche; lo que hizo que Letelier se volviera bruscamente hacia él.

—Se equivoca, Romero Roa. Y pronto va a comprobar que no las olvido —le dijo, y dirigiéndose a Rodríguez le inquirió—: ¿Cuándo abandonaron Cerro de Pasco los enemigos, mayor?

—Anoche, mi comandante.

—Pues tendremos tiempo de alcanzarlos. —Letelier volvió sus pupilas agresivas hacia Romero Roa—. A usted, que tiene tanta soltura para criticar —le dijo—, le corresponderá perseguir a ese batallón hasta Huánuco, posesionarse de ese pueblo y eliminar toda posibilidad de futuros ataques. ¿Comprendido?

El así castigado tascó el freno, pero no opuso ninguna objeción. Entrechocó ruidosamente sus talones, acatando la orden.

—¿A qué distancia queda Huánuco de este lugar, mayor Rodríguez? —consultó al explorador.

—A cien kilómetros aproximadamente, mi comandante Romero Roa.

—Hum, mi misión tendrá que ser cumplida por caballería entonces —reflexionó el comisionado.

—Efectivamente —le aseveró Letelier—. Llevará usted doscientos hombres, de los cuales cincuenta serán jinetes del «Carabineros de Yungay», y los restantes, infantes montados. Pero, ahora que lo pienso mejor, resuelvo que no parta usted en persecución de Aduvire hasta que hayamos dejado establecido nuestro dominio en Cerro de Pasco.

Romero Roa se llevó la diestra al quepis, aceptando de mala gana. Hubiera preferido separarse al momento de Letelier, cuya fría arrogancia le producía irritación.

Veinticuatro horas más tarde, cuando ya el destacamento

chileno estaba dentro de la ciudad minera, en el antiguo convento de San Francisco de Huánuco, el arzobispo Del Valle escuchaba con rostro sombrío a los coroneles Aduvire y Pereira, que acudían a él sin haberse quitado todavía el polvo del camino.

—¡Los chilenos se han apoderado de Cerro de Pasco, Ilustrísimo! —informó Aduvire al sacerdote—. Batidores que dejé en la retaguardia me han alcanzado para informarme de este lamentable suceso, añadiendo que, junto con posesionarse de la ciudad han implantado, al instante mismo, la ley marcial.

—Y también nos han dicho —apuntó el coronel Pereira— que el enemigo ha destacado numerosas tropas para que caigan sobre Huánuco. De modo que deben llegar a este pueblo en un plazo muy breve.

El arzobispo contempló a los dos jefes militares con expresión indefinible, en la que podían hallarse tanto la misericordia como el desprecio.

—Caballeros, ya les hice saber mi opinión en días pasados. Les aseguré que con lo menguado de las tropas de ustedes era insensato oponer resistencia a los invasores. No ha de ser así como los expulsaremos de estas tierras y, Dios mediante, los derrotaremos. Es otro el camino que hemos de seguir. Pero antes volvamos al primer punto de vista. No podemos defender Huánuco, ya lo he dicho, pero sí es nuestro deber arbitrar todos los medios posibles para que las tropas de ustedes se salven, ya que están destinadas a ser la base del nuevo ejército de la sierra. En consecuencia, tienen que salir al momento de este pueblo y remontarse hacia el norte.

Los dos coroneles se miraron afligidos. Habían confiado encontrar en Huánuco un refugio en el cual descansar. La indicación del arzobispo de seguir marchando representaba para ellos una dura penalidad.

Pero el arzobispo parecía tener estudiada de antemano la situación.

—Irán hacia el Callejón de Huaylas. Ahí estarán a salvo y en condiciones de establecer contacto con las tropas que tiene el señor contralmirante Montero en Cajamarca.

El coronel Pereira, que al mismo tiempo desempeñaba el cargo de prefecto de Huánuco, se estremeció al pensar en la penosa marcha que tendrían que realizar, por sobre montañas escarpadas y

frígidas para llegar hasta el Callejón de Huaylas. Todo su ser se rebelaba ante aquella perspectiva.

—Tiene usted razón, como siempre, Ilustrísimo —le dijo con falso acatamiento, y, fingiendo que lo único que le importaba era la seguridad del prelado, le preguntó—: ¿Pero y usted?… ¿Y la población de Huánuco?…

El arzobispo se alzó levemente de hombros.

—Los pobladores de Huánuco tendrán que resignarse a lo que Dios disponga —dijo con indiferencia—. Él será clemente y verá que sus padecimientos no sean excesivos. En cuanto a mí, tengo una misión que cumplir en esta lucha y ella debe realizarse en Tarma.

Los dos coroneles lo miraron con estupor, admirados de su resolución de viajar al sur.

—Para ir a Tarma tendrá usted que viajar en sentido contrario al que traen los chilenos —le adujo el coronel Pereira—. Eso será salirles al encuentro.

El arzobispo sonrió con suficiencia:

—Hace una vida que conozco estas serranías. Además, no olviden ustedes que la orden franciscana posee conventos diseminados en toda la región de la puna. Ya ven que pueden estar tranquilos respecto a mí. Llegaré a Tarma sin que los chilenos alcancen a verme la sombra.

Se dirigió a un rincón de la estancia y tiró de un colgador de felpa que accionaba una lejana campanilla. Volviéndose a los militares les expresó:

—Señores coroneles, ya es hora que nos digamos adiós. Partan ustedes hacia el Callejón de Huaylas, que yo tengo deberes premiosos que cumplir, entre otros, disponer que se guarden los tesoros de la iglesia.

Aduvire y Pereira se miraron entre sí, vacilantes y como si se consultaran. Por fin, el primero se atrevió a expresar el pensamiento de los dos.

—Su bendición, Ilustrísimo —le rogó y ambos hincaron una rodilla en tierra.

En las horas en que el arzobispo Del Valle partía, por senderos extraviados, en dirección a Tarma, los jinetes de Romero Roa galopaban sostenidamente hacia Huánuco. Pero su desconocimiento de los caminos, así como también las variaciones de la altura,

retardaron su marcha y sólo consiguieron entrar en ese pueblo el 30 de abril. Huánuco había sido abandonado el día anterior por las tropas de los coroneles Aduvire y Pereira y los pobladores se mantenían herméticamente encerrados en sus casas.

Romero Roa se instaló al momento en el edificio de la prefectura y mandó a capturar a los vecinos principales. Por boca de uno de éstos obtuvo una información que le devolvió las esperanzas de alcanzar a las tropas peruanas que huían hacia el norte.

—Las familias más numerosas y acaudaladas se agregaron a la columna de los coroneles Aduvire y Pereira, señor comandante —le reveló el interrogado—. Por esta causa, los fugitivos se ven obligados a marchar con lentitud. Además, el batallón «Junín» no disponía de cabalgaduras, salvo unas escasas mulas.

—¿Y cuál camino tomaron, señor? —le inquirió el comandante chileno.

—El único practicable en esta época, señor comandante —le informó el vecino—, el que parte hacia el poniente, pasa por Las Higueras, asciende a las alturas de Callancas y Chasqui y entra al Callejón de Huaylas por Chavin.

Romero Roa hizo un rápido cálculo mental. Las tropas peruanas les llevaban 18 horas de ventaja, tiempo que podía ser fácilmente recuperado por sus tropas montadas. Sin preocuparse del cansancio de su tropa, hizo acudir al capitán Belisario Troncoso, al que dio orden de aprestar a 25 carabineros y 25 buines montados, para lanzarlos contra las de Aduvire y Pereira.

—Sígalos usted por los caminos que sean —ordenó a Troncoso —, pero déles alcance. Y si no se rinden, termine con ellos.

Enseguida, le indicó la ruta que llevaban los fugitivos en su retirada hacia el Callejón de Huaylas.

—¿Qué es eso, mi comandante? —se aventuró a consultarle el oficial.

—¡Qué sé yo! —le replicó el jefe, fastidiado—. Debe ser un desfiladero, una garganta, una grieta de esta condenada tierra. Pero no me haga más preguntas inútiles. Atrape a un hombre de la región y sonsáquele más datos. Lo que importa es que partan ustedes cuanto antes y galopen tanto como lo permitan las quebraduras de la serranía.

Por su parte, los fugitivos de los coroneles Aduvire y Pereira, a

los cuales entorpecía en su marcha una gran cantidad de mujeres, hombres, niños y hasta animales domésticos, se alejaban formando una desordenada columna que nada conservaba de formación militar.

Al completarse un día de marcha, ya los civiles no podían mantenerse a la par que los soldados y avanzaban a tropezones, entre gemidos y protestas. Varios de ellos se acercaron al coronel Aduvire para suplicarle que les concediera un descanso.

—Lo siento mucho, caballero, pero tendrán que someterse al mismo régimen que los soldados —les respondió, nerviosamente, el coronel—. Estamos al pie de los montes de Huancapallac, en donde empieza la cordillera. Mañana la transmontaremos por el paso de Punchao, pero hoy no quiero establecer el campamento aquí, en el llano, sino a media altura, porque, si los chilenos vienen persiguiéndonos, allí tendremos más posibilidades de escabullirnos por los vericuetos de la cordillera.

La explicación del militar no satisfizo a los civiles, pero entonces uno de los cornetas que marchaban a retaguardia hizo oír el alerta de su bronce.

Elevados como se hallaban en los primeros tramos de la cuesta, los fugitivos pudieron contemplar fácilmente cuál era la razón de aquella alarma. Lejos, en el comienzo del valle, se veía el piquete de la caballería chilena terminando de abandonar el pueblo de Las Higueras. Un miedo desmedido invadió a los fugitivos siendo vanos los intentos que hacían los oficiales para tranquilizarlos. Las mujeres chillaban espantadas, arrastrando a sus hijos en una carrera loca y sin rumbo atinado; algunos de los vecinos pudientes de Huánuco trataron hasta de despojar a los soldados de sus cabalgaduras para huir más aceleradamente. Esto provocó violentas discusiones y golpes de lanzas y fusiles, que contribuyeron a acentuar la confusión y el pánico.

Aduvire metía su caballo dentro de los grupos, tratando de calmar a la gente.

—Los enemigos están todavía a unos tres kilómetros de distancia —les advertía—; tenemos tiempo suficiente para diseminarnos por senderos donde no pueden pisar los caballos. ¡Procedamos con orden! —gritaba, tratando de sobreponer su voz al bullicio de las mujeres—. ¡Que se adelanten los civiles y busquen la salvación en

las alturas! ¡Rápido!, ¡rápido! ¡A la montaña! ¡Corran todos!

—¡A los cerros! —les gritó a los soldados el prefecto de Pasco—. ¡Trepen lo más rápido que puedan y disemínense! Volveremos a reunirnos en el pueblo de Callancas, al otro lado de la cordillera. ¡Rompan filas y sálvense como puedan!

Los soldados del batallón «Junín» no se hicieron repetir la orden. El destacamento chileno avanzaba ahora al galope y directamente hacia ellos.

Los dos coroneles, que habían permanecido en el camino, conteniendo sus caballos contagiados por la nerviosidad general, se miraron entre sí. Ninguno de los dos quería ser el que pronunciara la frase que ambos tenían bulléndoles en las cabezas.

—¿Y nosotros, coronel Aduvire? —balbuceó, por fin, Pereira.

El interpelado miró hacia el llano por donde venían los jinetes chilenos y enseguida alzó los ojos hacia su propia gente, que se alejaba dando muestras de espanto.

—Busquemos la salvación en la fuga también —dijo a su compañero en voz baja—. Es lo único que podemos hacer.

Aduvire y Pereira picaron espuelas a sus caballos y los lanzaron a todo galope cordillera arriba. El coronel Aduvire, contemplando el gateo de sus soldados por la montaña, no podía evitar pensar que aquello significaba la pérdida de su batallón. Aunque algunos soldados lograran salvarse, muchos otros serían acuchillados sin misericordia.

—Coronel —oyó que le gritaba su compañero—, es más cuerdo que nos separemos nosotros también; que siquiera uno de los dos se salve.

—Es verdad —reconoció Aduvire y, sin más explicaciones, volvió su caballo hacia la izquierda e hizo señas a Pereira de alejarse hacia la derecha. A tiempo que reemprendían el galope, este último le gritó deseándole buena suerte. Le respondió con un gesto y murmuró para sí: «Quiera Dios que logremos juntarnos en el pueblo de Callancas. Adiós, mi amigo».

El destacamento de Belisario Troncoso llegaba a la base de la montaña, pero sus caballos venían agotados por la carrera de ocho horas sin descanso. Por esta causa, a pesar de los espolazos con que los carabineros y los buines trataron de apurarlos al ver que los fugitivos empezaban a evadirse por los recovecos de la montaña, no

consiguieron que aceleraran la velocidad que traían. Esto permitió a los peruanos ganar bastante altura y desparramarse por la ladera en forma de ofrecer menos blanco a los fusileros, Belisario Troncoso y el teniente Abel Ilabaca fueron los primeros en llegar al nacimiento de la cuesta; los jinetes los seguían a un centenar de metros.

—Es inútil intentar seguirlos a caballo, mi capitán —reflexionó el teniente, deteniendo su bestia y desmontando rápidamente.

El superior tuvo que reconocer que era muy cuerda la indicación de su subalterno. Aquello sería sacrificar estérilmente el ganado y exponer a los soldados a rodadas peligrosas en los precipicios sobre los cuales serpenteaba el sendero.

—¡Alto!… —gritó a sus hombres—. ¡Desmontar! Los perseguiremos a pie.

Cuatro de ellos recibieron la orden de cuidar el ganado y los demás comenzaron a trepar detrás del capitán Troncoso y del teniente Ilabaca. Éstos corrían como gamos, saltando de risco en risco, gateando en cuatro pies en algunos trechos, pero con las pupilas clavadas es las espaldas de los peruanos, que se veían igual que conejos perseguidos por una jauría.

—¡Apunten con calma y disparen sobre seguro! —gritaba el capitán, dando el ejemplo cada vez que se le presentaba un blanco visible. Y observando que los que huían más descuidadamente eran los civiles de Huánuco, les advertía—: ¡Respeten a las mujeres!

Durante varias horas continuó la despiadada persecución, en las cuales los buines y carabineros fueron acortando, en forma inexorable, la distancia que los separaba de los fugitivos. A medida que ésta se hacía menor, la efectividad de sus disparos era fatalmente mayor. Tal como lo había supuesto Aduvire, fueron muy pocos los que lograron transmontar la cordillera occidental y llegar hasta el pueblo de Callancas.

Tres mulas cordilleranas de gran alzada se detuvieron frente al vetusto portón tachonado de grandes clavos de bronce de la mansión campesina de doña Justa Dorregaray y Cuevas, en Tarma. Uno de los jinetes se quitó con parsimonia la amplia manta serrana que lo cubría, dejando al descubierto sus vestiduras sacerdotales.

Era Manuel Teodoro del Valle.

Al oírlo anunciar por un criado, la propietaria, una anciana alta, vestida de negro, de rostro afilado y ademán señorial, se apresuró a cruzar el jardín, para ir a doblegarse ante el prelado y besarle la sortija arzobispal.

Sin abandonar sus maneras solemnes y altivas, el sacerdote la ayudó a levantarse y la contempló con expresión benévola. Aquella anciana era la propia madre del general Cáceres, con cuyo valor y experiencia contaba el arzobispo para defender sus propios intereses.

—¿Cómo está su salud, doña Justa? —le preguntó.

—Gracias a Dios me conservo buena, Ilustrísimo —le respondió la señora con el típico acento cantarín de las personas acostumbradas a hablar más en quechua que en castellano—. Pero usted debe traer cansancio del viaje, pues —agregó—. Permítame brindarle hospitalidad en esta humilde morada, señor.

El religioso aceptó agradecido, pero advirtió a la señora que debía proseguir el viaje lo antes posible.

—¿Adónde va usted con tanta prisa, Ilustrísimo? —le inquirió Justa—. Lo hacíamos en Huánuco, y es grata sorpresa verlo por aquí.

—Efectivamente, vengo de Huánuco, señora. Pero traigo los ojos llenos de horrores y debo ir a contar todo lo que he visto a su hijo.

Los ojos de la anciana se empequeñecieron al oír mencionar a su hijo en tono tan agorero.

—¿De qué peligro quiere usted prevenir a Andrés, Ilustrísimo?

—De uno que se nos avecina, señora —le respondió el sacerdote —. Los chilenos se han apoderado de Cerro de Pasco y Huánuco, y ahora, seguramente, descienden por el centro del valle para posesionarse de Junín, Oroya y, después, de esta ciudad de Tarma.

—¡Los chilenos! —exclamó sordamente—. ¿Y no defendían las ciudades del norte los coroneles Aduvire y Pereira al frente del batallón «Junín»?

—Así era, señora. Pero esas tropas ahora ya no existen. Fueron alcanzadas en la montaña por las hordas chilenas y acuchilladas sin misericordia. Acabo de recibir tan trágica noticia al entrar a Tarma —explicó el clérigo.

Los dos ancianos guardaron silencio. Pero al cabo de un

momento la señora preguntó al visitante:

—¿Entonces qué queda por hacer, Ilustrísimo?

—Hay que comunicar al general Cáceres que venga a defender Tarma, si es que ya ha logrado formar un ejército, o que se retire al sur de Jauja si sus fuerzas aún no están en condiciones de imponerse al invasor.

Doña Justa inclinó varias veces la cabeza.

—Lo más cuerdo será que se retire a Huancayo —sugirió—. Andrés sólo dispone de gente sin entrenamiento y recién reclutada. Sería suicida oponerla a los soldados veteranos del enemigo. Y no debemos olvidar que el general Cáceres es… —se interrumpió, como avergonzada de lo que iba a decir.

Pero el prelado había adivinado su pensamiento.

—Sí, doña Justa —dijo—; no olvidemos que el general Cáceres es la última esperanza del Perú. Si para mantenerlo libre es preciso entregar todos estos pueblos al enemigo, habrá que hacerlo. Algún día él los recuperará, junto con la soberanía total de nuestra patria.

En tanto que mensajeros indios, dependientes de Justa Dorregaray, partían en busca de Cáceres, el jefe de la expedición chilena, envanecido por sus triunfos, resolvía extender su dominación a la totalidad de la sierra, en un mínimo de tiempo. Arrastrado por esta ambición, Letelier impuso la ley marcial en toda la comarca y exigió el pago de contribuciones de guerra de quinientos mil y trescientos mil soles a Cerro de Pasco y Huánuco, respectivamente.

Siguiendo vagamente sus movimientos desde Lima, el Comando en Jefe había considerado que necesitaría mayor fuerza de caballería, y le envió un escuadrón de cazadores.

A fines de abril el comandante Letelier mantenía distribuidas sus fuerzas así: en Huánuco, una compañía del «Santiago» y otra del «Buin», reforzadas por un corto número de cazadores y carabineros; en Cerro de Pasco montaban guardia las dos compañías del «Esmeralda», acrecentadas por una compañía del «Curicó» y cuarenta cazadores a caballo; en los proximidades de Oroya y Tarma, el comandante Anacleto Lagos, con dos compañías del «Bulnes». La conexión de esas tropas con la línea del ferrocarril que terminaba en Chicla se establecía por medio de puestos escalonados que dependían del comandante Virgilio Méndez. Pero, aun así, las

comunicaciones con Lima eran lentas y difíciles, por causa de la distancia y de los escarpados territorios que mediaban. Estos factores impedían a Letelier enterarse de los hechos que se estaban desarrollando en la capital y que tendrían influencia decisiva sobre sus futuras acciones.

Al atardecer del 1.º de mayo, un hombre alto y delgado caminaba rápidamente por el Portal de Escribanos, enfundado en una levita gris, como las que usaban los elegantes limeños de la época. Cubría su cabeza con una chistera dura, que le daba cierta apariencia de británico, y se envolvía el rostro con una bufanda negra, so pretexto de evitar la humedad del aire invernal, que ya se hacía sentir.

Llegado a la esquina de la calle Lima, se encaminó hacia una puerta lateral del Palacio de Gobierno. Cruzando por corredores privados, llegó a los salones interiores, en donde funcionaban las oficinas de la administración militar. Sólo cuando estuvo en presencia del comandante en jefe, Pedro Lagos, vino a descubrirse. Era Abelardo Núñez. Como de costumbre, habló ahorrando palabras inútiles. Sus hombres habían logrado sonsacar declaraciones importantes a los prisioneros que capturaron en las noches precedentes.

—Ya le he informado de que el éxodo de gente joven de Lima es constante —informó al coronel Lagos—; no hay noche en que no salgan diez o doce.

El jefe militar se dispuso a saber los datos obtenidos por el jefe del servicio secreto. Suponía que éstos debían ser importantes, ya que El Profesor se había decidido a venir desde el cuartel secreto en la quinta del Molino de la Piedra Lisa.

Pero antes de que Núñez comenzara a hablar, quiso enterarse de algo que lo tenía profundamente intrigado:

—Dígame, Profesor, ¿cómo diablos hacen ustedes para entrar en Lima sin ser vistos por nuestros centinelas?

El agente respondió con profunda seriedad:

—Hacemos exactamente lo mismo que los limeños para salir, coronel. El asunto es muy simple. Los miembros del Comité

Patriótico de la Resistencia tienen numerosas casas colindantes con la campiña, las que van usando alternativamente para que no los descubramos. El barrio que usan más a menudo para escapar de Lima es el antiguo «Cercado». Ya les descubrimos allí tres guaridas y actualmente les estamos vigilando una cuarta. Gracias a estos hallazgos hemos podido identificar a ciertos personajes que intervienen directamente en el contrabando de hombres y municiones hacia la sierra.

Lagos abrió los ojos, estupefacto. Era ésa la primera vez que oía hablar de que se estuviesen enviando armas a los pueblos de la cordillera. Observando su asombro, El Profesor le aclaró:

—El Comité Patriótico de la Resistencia está viviendo una segunda etapa, coronel; ahora se atreve a sacar de la ciudad, además de hombres, el equipo bélico que necesitan. Justamente dos de los sujetos que apresamos anoche cargaban cajones con balas y revólveres.

—¿Y qué fue lo que confesaron?

—Pocas cosas, coronel. Primero, que los cajones les habían llegado de manos de criadas negras, que ellos no conocen. Agregaron enseguida que esas armas debían entregarlas a hombres que se identificarían por una pequeña escarapela roja en el sombrero, los que aguardarían en la hacienda llamada de Solís, vecina a Chosica.

Lagos se dio una palmada en la frente y abandonó su asiento con aire sorprendido.

—¡Otra vez la escarapela roja! —exclamó—. ¿Qué significado tiene, por mil diablos?

—¿No lo ha adivinado? —El Profesor sonrió abiertamente—. La escarapela roja en el sombrero o una cinta del mismo color significan simplemente «partidarios de Cáceres» —le explicó—. ¿No se ha fijado que entre las damas de Lima comienza a ser moda usar algún motivo escarlata en su tocado o un prendedor rojo en la mantilla o un lazo sosteniendo una medalla en el cuello? El regimiento que el general Cáceres comandó en Chorrillos y Miraflores usaba uniforme rojo, coronel. Ahora, como las fuerzas que está organizando en la sierra no poseen vestuario, se conforman con usar un quepis rojo o un sombrero con una cinta de ese color.

Lagos hizo una anotación en un papel; tendría que comunicarle

el dato a Letelier, para que se cuidara de los hombres que usaban tales distintivos.

—Bueno será también que comunique al comandante Letelier —le advirtió Profesor— que si no apresura su campaña y domina rápidamente a todos los pueblos de la sierra central, se encontrará muy pronto con la sorpresa de que Cáceres le opondrá un ejército, surgido de la nada, pero perfectamente armado y mandado por oficiales del antiguo ejército regular.

El comandante en jefe le agradeció y se inclinó sobre el mapa que tenía permanentemente extendido sobre el escritorio. Con cruces azules había ido señalando las diversas posiciones ocupadas por el caudillo enemigo, guiándose por los datos que le enviaban de la sierra. En ese momento, lo suponía en Jauja.

—Haré cursar de inmediato un telegrama al comandante Virgilio Mendez, a Chicla, para que diga a Letelier que extienda cuanto antes su dominación hasta Jauja y aprese a Cáceres.

Considerando que ya había expuesto los motivos de su visita, el jefe del servicio secreto se despidió y abandonó el despacho. Lagos quedó redactando la nota telegráfica cuando fue interrumpido por la llegada de dos de los ministros del Gobierno Provisional. Los que habían solicitado esa audiencia eran el contralmirante Camilo Carrillo y el señor Manuel María Gálvez.

El jefe chileno los recibió, tratando de disimular su desagrado. Conocía el objeto que los traía ante él; ya en días anteriores le habían hablado sobre la conveniencia de ubicar en las provincias correspondientes a las autoridades nombradas recientemente por el Gobierno Provisional. El coronel Lagos les había objetado que no sería posible establecer a esas autoridades en los pueblos y ciudades que estaban bajo el dominio del general Piérola.

—S. E. el señor García Calderón y sus ministros hemos meditado largamente sobre la forma de colocar a nuestra gente, cuando menos, en la zona más importante del país —comenzó diciéndole Gálvez, apenas hubieron agotado los saludos de rigor.

—¿Y cuál es esa forma, caballeros? —les consultó el coronel.

—Enviando a los prefectos y subprefectos a sus jurisdicciones protegidos por tropas que los hagan respetar.

Pedro Lagos los miró con estupefacción.

—¿Con tropas chilenas?… —les preguntó.

—No, señor coronel; con tropas peruanas —dijo algo confundido Carrillo.

—Perdóneme, señor Carrillo —le expresó—, pero no le entiendo bien. ¿A qué tropas peruanas se refiere usted?

Los representantes del Gobierno Provisional volvieron a vacilar, y Carrillo cedió entonces la palabra al ministro Gálvez.

—Nos referimos a algunos cuerpos pequeños que podríamos formar, tomando como base la gendarmería de Lima; ésta sirve actualmente como guardia del palacio de gobierno en La Magdalena.

Lagos estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Y creen ustedes, por ventura, que esos cuerpos serán respetados en los pueblos que domina el general Piérola?

—Será duro en un comienzo —reconoció el ministro Carrillo, denotando que le era difícil rebatir el argumento que se le oponía —. Hasta es probable que esas tropas tengan que imponerse por medio de las armas.

—¿De qué armas?…

El contralmirante Carrillo agachó la cabeza avergonzado. Era humillante para él lo que iba a tener que decir.

—El comando chileno tendría que prestarnos algunas de las que abandonó nuestro ejército y que están guardadas en el arsenal de Santa Catalina.

El coronel Lagos emitió un gruñido que daba a entender su comprensión.

—Veamos —dijo—. El ejército chileno armaría a batallones de la gendarmería peruana, para que puedan subir a la sierra escoltando a las autoridades recientemente nombradas por el Gobierno de La Magdalena, a fin de que impongan allí el reconocimiento del señor García Calderón y procedan a elegir diputados para el Congreso.

Los dos ministros afirmaron con gestos aprobatorios.

—Congreso que ratificará popularmente el nombramiento del señor García Calderón como presidente de la república —completó Gálvez—, trámite indispensable para que él esté en condiciones de tratar la paz con el Gobierno de Chile.

—Sí, está claro —murmuró Lagos. Y al cabo de un minuto, les consultó—: ¿Y cuáles serían las zonas a las que mandarían ustedes esas tropas, caballeros?

—Al departamento de Junín y al de Ancash —le indicó Gálvez, y enseguida le especificó—: Al primero irá el señor coronel Manuel Reyes Santa María, en carácter de prefecto, y al segundo, el actual prefecto de Lima, coronel Isaac Recabarren.

El jefe chileno tomó nota de esos nombres, pero no dio muestra de estar dispuesto a acceder de inmediato a la extraña petición. Por ello solicitó a los delegados detallados antecedentes sobre los jefes superiores y subalternos que las comandarían, los lugares por los cuales habrían de pasar e informes tan minuciosos sobre las jornadas, que harían que a los ministros les fuera imposible satisfacerlo. En tal contingencia, se postergó la resolución del asunto para una futura entrevista.

Tan pronto los representantes del Gobierno Provisional hubieron abandonado el Palacio, Lagos llamó a su despacho a sus asesores militares, el coronel Holley y el comandante Stuven, con los cuales examinó cuidadosamente la proposición de los peruanos. Fue necesario, sin embargo, que se realizaran dos conferencias más, en compañía de los asesores, para que el jefe de las fuerzas de ocupación aprobara afirmativamente la solicitud del Gobierno Provisional.

Aunque estas deliberaciones se realizaron en forma muy privada, dentro del despacho del comandante en jefe, los resultados de ellas corrieron prontamente por todo Lima y, como era lógico, fueron conocidas por los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia. Esta organización clandestina trabajaba más activamente desde la partida de Cáceres a la sierra. Sus ramificaciones se habían extendido a todas las clases sociales de Lima y de las principales ciudades del país. Gracias a la eficaz guía del obispo Pedro José Tordoya, que mantenía conexiones constantes con el arzobispo Del Valle y el obispo Huerta, de Arequipa, el Comité empezaba a contar con el apoyo incondicional de todo el clero del Perú, lo que representaba poder disponer del pueblo, profundamente religioso. Por otra parte, las mujeres de las familias más poderosas del país se confabulaban entre ellas, valiéndose de sutiles e ingeniosos procedimientos. Ellas eran las que estudiaban y señalaban los sitios de reunión. Adivinando que el servicio secreto chileno estaba en sospechas, éstos eran siempre diferentes.

En la noche del 2 de mayo, los directores de la liga secreta

asistieron a una función teatral en el Circo Politeama de Lima, de propiedad de don Gustavo Nicoletti, ardiente partidario de Piérola. Concluida la función vespertina, se dieron maña para deslizarse detrás del proscenio y se reunieron en el más oculto camarín de los artistas. Allí, tuvieron trascendental conferencia. Estaban presentes Antonia Moreno de Cáceres, Rosa Elías de Montero, Aurora de Latorre, Luis Carranza, Pedro Elguera, el coronel Federico Luna y Peralta, Juan Ramos y Carlos Elías, que reemplazaba en la presidencia al obispo Tordoya, quien, por razones obvias, no había asistido al teatro. Quien planeó el asunto, motivo de la reunión, fue Aurora de Latorre.

—Hemos recibido la última humillación, caballeros —expresó, indignada—. El ejército invasor ha autorizado a tropas peruanas, obedientes al Gobierno de La Magdalena, para que salgan a combatir a sus hermanos de la sierra. —Las protestas que se alzaron entre los concurrentes, pese al sigilo de la reunión, ahogaron el resto de sus palabras y tuvo que alzar la voz y repetirlas, para ser escuchada—: Y lo que es peor —añadió—: el ejército chileno ha dotado de armas a estos batallones fratricidas.

Aunque ya todos algo habían oído comentar sobre tal hecho, varias voces le pidieron que concretara su información.

—Un batallón bajo el mando del general La Cotera, irá a Junín escoltando al coronel Manuel Reyes Santa María, nombrado prefecto de ese departamento —transmitió la señora.

—¡Traidores!

Quien había dejado escapar tal exclamación era la esposa del general Cáceres.

La señora Latorre prosiguió su información, en voz más baja, impresionada por la actitud de Antonia Moreno:

—El otro batallón, mandado por el propio cuñado de García Calderón, el coronel Isaac Recabarren, irá al departamento de Ancash con seiscientos gendarmes de la guarnición de La Magdalena y armas para reclutas. La misión de este cuerpo es doblemente deleznable —advirtió con desagrado—. Además de implantar al nuevo prefecto de ese departamento, deberá perseguir y aplastar a los sobrevivientes de las fuerzas de los coroneles Aduvire y Pereira, que se repliegan al Callejón de Huaylas, con la intención de ponerse bajo el amparo del contralmirante Montero.

Durante más de un minuto todos hablaron a la vez, repudiando la actitud de los miembros del Gobierno de La Magdalena. Por fin, el coronel Luna y Peralta logró hacerse oír por sobre los demás.

—Es explicable, señores —dijo—, que elevemos nuestras protestas ante hechos tan repugnantes, pero dado lo breve que tienen que ser nuestras reuniones, no podemos malgastar el tiempo en denostar a los traidores, sino que tenemos que emplearlo en discurrir medidas que anulen sus desatinos.

Aprovechando el silencio que siguió a las palabras del coronel, Antonia Moreno se puso de pie, reclamando atención.

—Hay un detalle en el que no hemos reparado —explicó— y que también escapó a los jefes chilenos. Los batallones que marcharán fuera de Lima están formados por peruanos a los que se ordena actuar, sin consultarles su opinión. Y esto se hace más importante al referirse a los oficiales. Es casi seguro, caballeros, que entre esos oficiales hay conocidos nuestros y es posible que algunos estén emparentados con nosotros. ¿No creen que podríamos acercarnos a ellos y hablarles?

—¿Pedirles que no vayan? —insinuó Elguera.

—Todo lo contrario —afirmó—, exigirles que vayan, pero que, cuando se produzca el encuentro con tropas de mi esposo o de otro jefe nuestro, recuerden que son peruanos y se pasen a las filas patriotas.

Una ola de satisfacción corrió por entre los presentes. Pero la señora, absorta en seguir aclarando su pensamiento, continuaba:

—Esas dos columnas llevan armas en cantidad suficiente como para equipar a otra igual de soldados. ¿Y qué es lo que nos está pidiendo el general Cáceres en todas sus comunicaciones secretas? ¡Armas, municiones y hombres!

—¡Por Dios, doña Antonia, es usted tan hábil general como su marido! —no pudo dejar de decirle, con admiración, Carlos Elías.

No obstante, uno de ellos manifestó no estar conforme con la apreciación general. Argumentó que sólo podían poner en práctica el ardid con la columna que iría a Junín, pero no ocurriría igual con la otra columna, que se dirigía al departamento de Ancash. Argumentaba que hasta las tierras que debería cruzar no alcanzaba el brazo del general Cáceres ni de ningún otro jefe patriota.

Pero la esposa del caudillo no aceptó su objeción.

—No tenemos ningún jefe visible, es cierto —dijo—, pero, en cambio, tenemos decenas de hombres que pueden levantar montoneras y guiarlas con más propiedad que nadie.

—¿Quiénes, doña Antonia? —se decidió a preguntar, por fin, Elías.

—Los curas párrocos de los pueblos de ese departamento —declaró enfáticamente la señora—. Bastará una insinuación de parte del señor obispo Tordoya para que se pongan a actuar afanosamente.

Sus oyentes reconocieron cuánta razón la asistía y Pedro Elguera, además de expresarle su aprobación, le dijo:

—Ni siquiera será necesario que los párrocos organicen montoneras y las opongan a las tropas del coronel Recabarren; será suficiente con que se mezclen con los soldados y les hablen.

Iba a continuar hablando, pero unos golpes discretos en la puerta del camarín le impusieron el silencio.

—El señor Nicoletti nos advierte que ocurre algo —susurró Elías, al cabo de unos segundos, y fue en punta de pies a abrir la puerta.

Efectivamente, era el dueño del circo y su expresión denotaba que estaba seriamente alarmado.

—Señores —les dijo—, el portero avisa que hay dos patrullas chilenas rondando el teatro. Es preciso que ustedes se marchen.

Todos se pusieron de pie y fueron saliendo al pasillo que corría por detrás del escenario. No los espoleaba tanto el temor de ser arrestados como la preocupación de que los soldados practicaran un registro del recinto. La razón de este cuidado estribaba es que bajo el entablado del proscenio y de los palcos estaban escondidas las armas que el Comité había recolectado durante la semana y que aún no había sido posible enviar a la sierra. Tal hallazgo acarrearía el fusilamiento inmediato de Nicoletti. Comprendiéndolo así, se dieron prisa y se diseminaron en la oscuridad de la noche.

Carlos Elías, que acompañó a la señora de Cáceres hasta el coche, le dijo en el momento de abrirle la portezuela:

—Usted avisará a su esposo, ¿verdad?

La señora asintió con una breve inclinación.

—Mañana bajan de la sierra el comandante Muñoz o el capitán Pérez. Con alguno de ellos le enviaré un mensaje avisándole que sube el general La Cotera con el batallón enviado por los traidores

de La Magdalena.

Segundos más tarde, el coche de la señora se perdía en dirección a la calle San Ildefonso.

A la mañana siguiente, una triste llovizna invernal envolvía al pueblecito de La Magdalena, cuando desfiló el destacamento de seiscientos gendarmes comandados por el coronel Recabarren, frente al pomposamente llamado «Palacio de Gobierno».

El presidente provisional García Calderón lo despidió desde uno de los balcones y al agitar su diestra en un postrer saludo, no pudo evitar que una mueca de amargura le crispara los labios.

Por su parte, el coronel Recabarren iba sombrío y sin atreverse a mirar hacia los costados de la calle, en donde se había estacionado alguna gente. Sentía las miradas hostiles y despectivas del pueblo. Había aceptado la misión exclusivamente por ayudar al presidente García Calderón, de quien era cuñado, pero marchaba al sacrificio. Para mayor desdicha suya, la tropa que conducía, por carencia de uniformes propios, iba vestida con los trajes azul y rojo de las tropas chilenas. Se consolaba pensando que el primer tramo del recorrido lo realizarían por mar, desde Callao hasta Casma, y en el barco no habría bocas insultantes que les gritasen «achilenados». Pero después tendrían que marchar a través de pueblos y villorrios hasta Carhuaz, dentro del Callejón de Huaylas, en donde pensaba encontrar a los sobrevivientes del batallón de Aduvire, para someterlos.

Resignado a su amargo destino, pero negándose a hablar con ninguno de sus acompañantes, se embarcó en una nave chilena, dispuesto a mantenerse encerrado en su camarote hasta el momento de tomar tierra en el puerto de Casma.

11

Tres recios golpes de aldabón estremecieron el portón de la casona solariega de Justa Dorregaray en los momentos en que las campanas de los templos de Tarma hacían sonar el toque del ángelus. El criado indio encargado de la cancela salió a ver quién llegaba y volvió al lado de la señora, a la carrera, con los ojos brillantes por la impresión:

—¡Es «taita» Cáceres, ama! —exclamó al llegar junto a ella.

La señora se llevó ambas manos a la boca, como si se le fuera a escapar un grito.

Avanzando desde el zaguán por el ancho corredor se veía venir al caudillo. Vestía, como antes, su severo uniforme azul oscuro. Antes de llegar hasta su madre ya abría los brazos para estrecharla contra su pecho.

—¡Madre!

—¡Andrés!

El general abrazó a la anciana y a punto estuvo de levantarla en vilo al erguir su alta estatura. Sin embargo, aflojó la presión de sus brazos y terminó por inclinar la cabeza, doblando un poco la rodilla derecha, para quedar a la altura del pecho de la señora. Ella comprendió la significación de este respetuoso ademán y, trazando sobre la revuelta cabellera del militar el signo de la cruz, murmuró con tiernos acentos:

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Gracias, Santísima Madre de Dios, por haberme devuelto a este hijo vivo, cuando lo lloré muerto tanto tiempo. Te agradezco los dolores que sufrí en la incertidumbre y la espera, a cambio de la felicidad de este momento. —Había hablado con el rostro alzado hacia el cielo y un asomo de lágrimas bajo los párpados cerrados.

Permaneció aún unos instantes más así, continuando la oración dentro de su alma.

El general la contempló sonriente y tomándole ambas manos se las besó.

—Es mi deseo venir a besar sus manos benditas, madre. Después, la necesidad de reclutar gente en estas sierras —dijo.

La señora crispó sus dedos en los de su hijo.

—No, Andrés, no. Es una locura que pretendas permanecer en Tarma un tiempo prolongado. No imaginas a qué peligro te arriesgas.

El caudillo la observó con extrañeza. Suavemente, para no ahondar la impresión de la señora, le indagó lo que ocurría.

Doña Justa fue relatándole, en breves palabras, las informaciones que le había traído el arzobispo Del Valle referentes a las tropas enemigas y terminó por comunicarle que el prelado, en su prisa por prevenirlo, había marchado hacia Jauja.

—De modo que los enemigos se atreven a llegar hasta estas tierras —reflexionó el general—. Pero ¿está segura, madre, de que ésos no son rumores nacidos del miedo?

La señora negó apresuradamente.

—Estas noticias han sido confirmadas por numerosos comerciantes extranjeros que están descendiendo de las ciudades del norte. Los chilenos han hecho campo raso de varios pueblos, han impuesto cupos de guerra a Cerro de Pasco y Huánuco y, cuando la gente no puede pagar, se introducen en las casas y en las haciendas, azotan a los propietarios y les arrebatan todo lo que tiene algún valor.

Andrés Cáceres frunció dolorosamente el ceño y sus pupilas oscuras llamearon bajo sus espesas pestañas.

—Los hechos que se cuentan de ellos —proseguía la señora—, especialmente de su jefe, un tal Letelier, son increíbles. La crueldad con que proceden es infernal. Y ahora, Andrés, avanzan sobre Tarma.

El general apretó los labios en un gesto terco. Los espías que mantenía dentro del campo enemigo le habían enviado informaciones diferentes. Según ellos, los chilenos se habían conformado con avanzar un destacamento hasta Oroya, pero solamente a modo de precaución, para evitar que se le cortara la

retirada al ferrocarril de Chicla.

—No saben los ingenuos que todavía no tengo soldados suficientes para hacerlo —comentó con amargo despecho el militar —. Pero justamente este engaño en que se hallan es el que me permitirá moverme impunemente en esta sierra y reclutar la gente que necesito.

Doña Justa lo remeció de un brazo, angustiada.

—Hijo mío, no te confíes —le rogó—. Los chilenos ya se han apoderado de Junín y ese pueblo está apenas a catorce leguas de este lugar.

El general Cáceres se impresionó visiblemente.

—¿Cómo sabe usted que ya están en Junín, madre? —indagó a la señora.

La anciana lo había escuchado de labios del propio gobernador de ese pueblo, quien pasó por Tarma dos días antes, huyendo desesperadamente. Según contó, había salvado por un milagro de caer prisionero, ya que los soldados iban tras él con la intención de apoderarse de los fondos edilicios que portaba. Afortunadamente, sus espías le avisaron con tiempo la aparición de la vanguardia chilena, mandada por un comandante de nombre Romero Roa, y logró escurrirse en los vericuetos cordilleranos.

—Créeme, Andrés —le insistió ansiosamente la señora—, los enemigos están aquí, al lado nuestro. Esta noche o mañana caerán sobre Tarma. Huye, por Dios, que si te apresan pagarás con la vida.

—¡Huir!… ¡Estoy harto de huir, madre! —exclamó rabiosamente el general.

—Todos los ojos están puestos en ti —le insistió la madre—. Tú eres la esperanza de los pobladores de las sierras y del Perú entero. No permitas que detengan tu carrera cuando estás recién empezando.

El caudillo guardó silencio. Reconocía que su madre tenía plena razón. Hasta aquel momento no había logrado organizar nada más que algunas montoneras en los sitios próximos a su ciudad natal, Ayacucho, y aunque podía contar con determinadas poblaciones, que le habían jurado obediencia, no le era dable asegurar que tenía un ejército regular y entrenado. Aparte de eso, las armas que poseía eran muy escasas; apenas un centenar de fusiles y algunos cajones de munición que le habían enviado los del Comité Patriótico de la

Resistencia de Lima.

—Me iré, madre —aceptó—, pero será para regresar a corto plazo. Tengo que formar un ejército, un verdadero ejército. Y expulsaré a los enemigos. Me haré tan fuerte en las cumbres como ellos lo son en el llano. Sólo entonces podremos negociar una paz de igual a igual.

La señora Dorregaray dejó caer los brazos, con alivio, y una sonrisa suave iluminó su rostro surcado de infinitas arrugas.

—Ven, hijo —le musitó maternalmente—. Toma una taza de chocolate conmigo, que eso es lo máximo de tiempo que me atrevo a retenerte a mi lado. Entretanto, los criados te ensillarán un caballo de refresco en el que podrás rehacer tu camino hacia el sur. Debes haberte cruzado con el arzobispo Del Valle durante la marcha, pero como él viaja por los senderos altos, que sólo conocen los frailes, no se encontraron. Búscalo en Jauja y te relatará lo que está ocurriendo en el norte.

El general la tranquilizó prometiéndole obedecerle y acariciando suavemente sus manos frágiles y apergaminadas.

—No hablemos más de cosas de guerra, madrecita —le decía—. Bebámonos esa taza de chocolate y hagamos cuenta de que todo es como antes, como en los veranos de mi juventud.

Emocionado por este encuentro, el general Cáceres no midió el tiempo de su permanencia a su lado. Tuvo que ser doña Justa quien se pusiera firme en hacerlo partir, para que pensara en su regreso a Jauja.

Un antiguo criado de la casa lo esperaba en el zaguán con un caballo ensillado. Ponía el pie en el estribo, cuando a la distancia se oyeron unos estampidos, débiles como el chisporroteo de los triquitraques en los días de fiesta.

—¿Qué santo es el de hoy, ama, que están encendiendo cohetes? —preguntó el criado a la señora, sin reparar en la angustia que se había estampado en su rostro anciano.

—Un santo de desgracia, Mirto —le respondió ella, con acento sombrío, vueltos los ojos hacia los cerros del norte.

El general miraba también en esa dirección.

—Son los chilenos que asoman en las alturas de Tarma —reflexionó en voz baja—. Tenías razón, madre, vienen.

—Márchate al momento —lo urgió la señora, afligidísima—.

Todavía tienes tiempo de perderte en las sombras de la noche.

—Adiós, madrecita —murmuró aprisa y picó espuelas al caballo.

—Dios te bendiga —alcanzó a decirle doña Justa, antes que se perdiera más allá de la puerta del zaguán. Acto seguido, la señora hizo una seña al criado y juntos cerraron la puerta de entrada.

Tal como lo había informado la señora Dorregaray a su hijo, la ocupación de Cerro de Pasco y de los pueblos vecinos había tenido aspectos de una dureza extrema. Hasta aquella época la rica ciudad minera no había sufrido los embates de la guerra y, por ello, sus pobladores no supieron acomodarse al régimen rígido impuesto por los invasores. Por otra parte, Letelier carecía por completo de la elasticidad mental necesaria para solucionar el problema en forma atinada. Su única reacción ante el rechazo de sus imposiciones fue el golpe. Desde aquel momento, cualquier conato de rebeldía significó la cárcel y, en algunos casos, la muerte ante un paredón. Pero en su afán despótico de imponer su voluntad a todo trance descuidó un factor que habría de oponérsele en forma inesperada.

Este factor estuvo constituido por sus propios oficiales. Los métodos que había obligado a emplear a los soldados del «Esmeralda» fueron tan odiosos que llevaron a los oficiales, por primera vez, a reunirse para deliberar entre ellos buscando el modo de oponerse a seguir cumpliéndolos.

—Ni esta guerra, ni la más desesperada de las guerras en que tenga que verse envuelto nuestro país, podrá hacerme olvidar mis principios —argumentaba apasionadamente el teniente Echeverría —. Soy un hombre decente como mis antepasados, no puedo prestarme al papel de esquilmador a que quiere reducirnos el comandante Letelier.

Todos los demás oficiales de las dos compañías del «Esmeralda» se mostraban de acuerdo con Echeverría. El capitán Aguirre contaba que tuvo que salir con media compañía a recorrer los negocios de varios comerciantes de Cerro de Pasco, guiándose por una lista que confeccionara Letelier, basándose en informes de peruanos traidores que denunciaban el monto de los bienes de sus coterráneos. El jefe chileno, aun a sabiendas que por venganzas personales vecinos

denunciaban a otros como acaudalados sin que lo fueran, los había escrito en su lista como fabulosamente ricos, a fin de imponerles cuotas de guerra de treinta, cuarenta y hasta cincuenta mil soles. El capitán Aguirre jamás podría olvidar las escenas de desesperación que tuvo que presenciar al hacer efectivas esas contribuciones.

—Es odioso tener que obedecer el plan del comandante —protestaba Santa María, y explicaba su caso—: Hace dos días, como se le venciera el plazo al propietario de una pequeña mina y no pagara la cuota que se le había aplicado, me ordenó que fuera con una escuadra de soldados e incendiara cuatro barracas que el infeliz usaba para almacenar su maquinaria y minerales. Tuve que hacerlo, con asco en el corazón.

—Muchachos —dijo Del Solar—, a mí no me ha tocado todavía actuar en esa forma, pero presiento que el comandante cualquier día me dirá que entre a un almacén y arrebate mercaderías por un valor tres veces mayor que el cupo de guerra impuesto. Entonces… voy a tener que insubordinarme. Y bien sabemos todos las consecuencias de esas faltas cometidas en plena campaña; más aún, cuando el jefe tiene un carácter como el del comandante Letelier.

—Te fusila sin vacilar —coincidieron en afirmar dos de sus compañeros.

Del Solar se abrió de brazos, como si dijera «cúmplase mi destino». Enseguida agregó:

—¿No les parece que es preferible que elevemos nuestras quejas al jefe directo de nuestro batallón?

Sus compañeros estuvieron plenamente de acuerdo. Era preferible poner en antecedentes al mayor Retamales, para que él arbitrara las medidas que estimara convenientes, a fin de evitar desobedecer a la comandancia.

El segundo jefe del «Esmeralda» escuchó a sus subalternos con atención y, sin garantizarles que pudiera obtener algún resultado positivo, les expresó que mantendría una conversación con Letelier. En su fuero íntimo, tenía la convicción de que aquella entrevista solamente iba a conducir a exacerbar la irritación del jefe superior. De modo que no lo cogió de sorpresa la reacción de Letelier, cuando terminó de exponerle las quejas de los oficiales.

—¡Conque los «pijecitos» del «Esmeralda» no quieren verse en el papel de cobradores de las contribuciones de guerra! —bramó

Letelier.

—Tiene usted que comprender, mi comandante —trató de apaciguarlo Retamales—. Los oficiales de mi batallón pertenecen todos a la mejor clase social de Chile, son jóvenes de costumbres…

Un violento puñetazo del jefe de la expedición sobre el escritorio le truncó la frase en la mitad.

—¿Y a qué demonios vinieron a la sierra entonces? —barbotó éste—. ¿Por qué no se quedaron en Lima bailando?…

Retamales no estaba acostumbrado a sufrir el trato despótico de nadie. Irguiéndose le respondió con acento firme:

—¡Vinieron a guerrear, mi comandante! ¡A cumplir oficios de soldados y no de extorsionadores!

El diálogo hubiera adquirido quizás qué peligrosos caracteres, de no haber entrado providencialmente el capitán Barahona. Ignorante de lo que estaba ocurriendo en la comandancia, entregó a Letelier un mensaje que acababa de llegar desde Lima. Lo firmaba el propio Pedro Lagos.

El comandante lo leyó sin que se borrara de su rostro la expresión de encono. Pero cuando llegaba al final del comunicado, sus ojos brillaron con una luz maligna. Gozándose anticipadamente por el golpe que iba a dar a Retamales, le leyó en voz alta la nota. En ella el comandante en jefe advertía a Letelier que Cáceres estaba organizando un ejército en Jauja, aprovechando los envíos de hombres y armas que salían de Lima. La Comandancia General consideraba que era indispensable que la expedición apresurara su campaña, con el objeto de apoderarse de Tarma, Jauja, La Concepción y Huancayo. Cuando hubo terminado de dar a conocer la nota a Retamales, el comandante se plantó ante él con los brazos en jarras.

—Usted me decía hace un momento, mayor, que sus «jovencitos» del «Esmeralda» habían venido a la sierra únicamente a guerrear. Pues bien, aquí tienen su oportunidad. Los enviaré al momento hacia el sur.

Retamales comprendió que el único propósito que guiaba al jefe era la venganza contra los oficiales, y esperó, con nerviosidad, que señalara el punto de la zona sur hacia el cual pensaba mandarlos. Se suponía que Tarma estaba ya en poder del comandante Anacleto Lagos con los soldados del «Bulnes»; lógico era, pues, pensar que los

enviaría al centro mismo de las supuestas concentraciones enemigas.

—¿Y cuál será nuestro punto de destino, mi comandante? —se decidió a inquirirle, en vista de que él no lo decía.

—Jauja, La Concepción y Huancayo. ¿Comprendido?

El mayor se llevó la diestra al quepis por toda respuesta.

—¿Y cuándo será nuestra partida?

—¿Cuándo?… ¡Pues mañana mismo! —exclamó Letelier y lanzó una carcajada.

Después que Retamales abandonó la comandancia, el jefe se volvió al capitán Barahona, que había presenciado el final de la entrevista con estupor.

—Capitán —le preguntó irónicamente—, ¿sus cazadores son también blandos con los enemigos?

—Buenas muestras de no serlo han dado, mi comandante —contestó el oficial sin entender el objeto de la consulta.

—Bien, entonces ellos se encargarán de cobrarme el medio millón de soles de plata que aún falta por recoger. El plazo para pagarlo expira pasado mañana. Daré un dos por ciento de lo que recauden a cada uno de sus oficiales si realizan la cobranza en el día mismo.

El capitán Barahona lo escuchó con malestar. El comandante intentó paliar el asunto, explicando, con una sonrisa forzada:

—Servirá para activarlos, para que procedan con mayor interés. —Y enseguida agregó, manifestando su morboso temperamento—: También para que sean meticulosos en la aplicación del castigo a los que no paguen.

—¿Y cuál será el castigo, señor?

—Se sacará a la plaza a cada recalcitrante, se le colocará ante el pueblo al son de tambor, dos soldados le bajarán los pantalones y un tercero le propinará cien azotes en las nalgas con una varilla de mimbre. Ahí veremos si golpeándolos en el «orgullo» se deciden a pagar o a comprender que no estamos jugando a la guerra, sino haciéndola de verdad.

Después que las dos compañías del «Esmeralda» emprendieron su marcha hacia el sur, Letelier desparramó una verdadera ola de terror en Cerro de Pasco y Huánuco. En esta última ciudad, Bouquet arrancó a los pobladores, registrando casa por casa, una

contribución de guerra de trescientos mil soles de plata. Para completar esta suma debió enviar a sus hombres a fincas aisladas, sin preocuparse del peligro a que los exponía.

En Cerro de Pasco, Letelier publicó un bando en uno de cuyos acápites decía:

«Los que tuvieren en su poder, en carácter de depositarios o consignatarios, o de simples encargados o guardadores, fondos, mercaderías o cualesquiera otros valores o especies pertenecientes a nacionales peruanos que se encuentren ausentes de su domicilio por razón de la guerra, darán cuenta detallada de ello a la autoridad militar en el expresado término de tres días».

Y en el último artículo del bando proclamaba:

«Los que denunciaren ante la autoridad militar cualquiera ocultación de los objetos a que se refieren los artículos cuarto, quinto y sexto, tendrán derecho a percibir el valor íntegro de la multa que establece el artículo séptimo».

Con esta disposición, el comandante Letelier creó el arma más deleznable para la ejecución de venganzas personales y para el lucro de los hombres con alma de delatores.

Pronto, esta situación anómala había de rendir sus desagradables frutos. Habiendo impuesto la comandancia militar una contribución de guerra de treinta mil soles a un comerciante de equipos mineros llamado Simón Caferata, este hombre, decidido a eludir el pago del cupo por cualquier medio, se apersonó a Letelier, y sin escrúpulos procedió a delatar el caso de un italiano que había ayudado a las tropas que combatieron en Chorrillos y Miraflores, apadrinando a un batallón formado en la ciudad minera, al que también dotó con algún dinero para la adquisición de equipo bélico.

Pero observando más tarde el marcado interés de Letelier, tuvo miedo de las consecuencias que su delación podía acarrearle a aquel hombre cuyo caso mencionaba y se negó a dar su nombre.

Letelier reaccionó en forma categórica. Sacando su reloj de bolsillo lo depositó sobre la mesa de escribir y apuntó con un índice amenazador al mísero individuo.

—Le concedo un minuto para darme el nombre de ese italiano —lo conminó—. Desde el momento que se niega usted a decirnos quién es, pasa a convertirse en su encubridor; y le advierto que tenemos la mano muy dura para tratar a los encubridores.

Concluido el plazo que le estoy concediendo daré orden de que se confisquen todos los bienes de usted, y enseguida lo haré someter a consejo de guerra.

El delator se retorció las manos desesperadamente y, en su pánico llegó hasta el extremo de arrodillarse frente al militar.

—Se va a enterar el minuto fijado —le dijo al cabo de un instante.

—¡No, señor comandante! Por caridad, quite usted ese aparato. El italiano en cuestión se llama Manuel Iglesias o Emmanuele Chiessa, como dicen sus papeles.

Emmanuele Chiessa fue arrestado aquella misma tarde. Era uno de los miembros más respetados de la colonia italiana y contaba con muchos amigos entre los demás comerciantes extranjeros. Su arresto provocó una enorme conmoción en Cerro de Pasco, y cuando fue sometido a consejo de guerra, los miembros de las colonias española, francesa y alemana se agolparon en la puerta de la comandancia chilena, debiendo ser contenidos por los centinelas. Sus voces protestando contra lo que ellos consideraban iniquidad llegaban hasta el interior de la sala en donde se había reunido la jefatura.

Valiéndose siempre de Simón Caferata y de otros sujetos tan venales como él, Letelier consiguió hallar tres testigos que se prestaron para deponer en contra de Emmanuele Chiessa.

Terminadas las deposiciones de los testigos, el mayor Barahona, actuando como fiscal del consejo de guerra, se volvió hacia el acusado:

—¿Qué puede decir el acusado para rebatir las acusaciones hechas por los testigos? —lo interrogó.

El italiano fijó sus ojos claros en el oficial con ademán de desaliento.

—Nada puedo oponer, señores —murmuró—. Lo que los testigos han declarado es la verdad. He vivido en Perú desde hace treinta y dos años. Todo lo que soy se lo debo a este país.

—Limítese el acusado a la materia de que se trata —lo atajó Letelier, con sequedad.

—Es que el asunto tiene raíces antiguas que lo justifican —se defendió el italiano con calor—. Estoy establecido en Cerro de Pasco desde hace mucho tiempo. Aquí instalé un pequeñísimo

negocio, cuando las minas comenzaban a funcionar en grande. Gracias al favor de los vecinos de este lugar logré acrecentar este negocio, llegando a ser un hombre de vida cómoda y tranquila… Contraje matrimonio con una mujer peruana —prosiguió Chiessa, atolondradamente— y, pese a ser extranjero, conseguí la felicidad en esta tierra.

—¡Al grano de una vez por todas o se le sentenciará sin oír descargos! —gruñó Letelier.

—¿Confiesa usted haber ayudado al enemigo, sí o no? —lo apremió el mayor Barahona.

El italiano levantó los brazos al cielo, en un gesto de profunda desesperación.

—Sí, señores —aceptó—. Confieso haber sido padrino de la bandera del batallón «Pasco» y haber donado cuatrocientos soles de plata para la caja de ese cuerpo, a fin de que se comprara el equipo que faltaba a sus soldados.

Durante unos segundos un pesado silencio se abatió sobre el consejo de guerra. Los componentes de él estaban realmente impresionados. Fue el fiscal quien rompió el mutismo.

—Luego, ¿admite usted ser culpable del delito de ayuda al enemigo? —preguntó lentamente.

El acusado volvió a tener un arranque de rebelión.

—¡Al enemigo, no! —protestó, y, como si se le agotaran las fuerzas, añadió en tono acongojado, al borde de las lágrimas—: He ayudado a los peruanos, que nunca fueron mis enemigos, sino mis amigos, mis mejores amigos.

Después de su extenuada confesión un silencio opresivo volvió a dominar en la sala. Desde la calle llegaba el murmullo sordo de las protestas de los extranjeros. Aunque en forma poco clara, hubo un momento en que se oyeron frases dispersas.

—¡Es inicuo! —se entendió—. Una condena contra el señor Chiessa viola todos los principios del derecho internacional.

—¡Es indigno! ¡Nos quejaremos a las autoridades chilenas de Lima!

Los pasos siguientes del consejo de guerra fueron una monótona corriente de formalidades militares, realizadas con exagerada ceremoniosidad, a exigencia del comandante Letelier, que gozaba desempeñando el papel de juez omnipotente. Al día siguiente, el

mayor Barahona fue encargado de pronunciar la sentencia.

—Vistos los antecedentes —pronunció en tono solemne—, y estando comprobado el delito de ayuda al enemigo y el acusado confeso del mismo, este consejo de guerra lo condena a ser pasado por las armas, en la plaza pública, el próximo 17 de mayo de 1881, a las siete de la mañana.

Los miembros del tribunal abandonaron la sala, sin ánimos para mirarse entre ellos. El último en salir fue Letelier, que marchaba erguido, con una máscara de fría solemnidad fijada en el rostro. El condenado salió del recinto entre dos soldados, que lo llevaban casi a rastras, pues las piernas no le respondían. A cierta distancia, contenidos por el temor a los soldados, los miembros de las colonias extranjeras seguían protestando.

El descenso de las dos compañías del «Esmeralda» desde Cerro de Pasco hacia Tarma fue sumamente rápido, por dos razones de mucho peso: la primera, el afán de los soldados de darse algún alivio bajando lo antes posible de las insoportables alturas hacia las regiones más cómodas del valle de Junín; la segunda, el vehemente deseo del mayor Retamales y de sus oficiales de alejarse cuanto antes del comandante Letelier.

La noticia de este paso dado por las tropas chilenas llegó a Jauja transportada por uno de los ágiles chasquis indios que Cáceres había dejado emboscado detrás de sí. El mensajero encontró al general aposentado en la casa de don José María del Valle, en la cual también se alojaba el arzobispo de Huánuco. Se encontraba igualmente con ellos el coronel Miguel Luna, que había venido de Lima burlando el bloqueo.

—¿Qué podemos hacer, general Cáceres? —preguntó Luna al caudillo serrano.

Éste abrió los brazos en un gesto de desconcierto.

—Realmente no lo sé —confesó—. Jamás me imaginé que se moverían con tanta rapidez.

Durante algunos minutos discutieron los planes que adoptarían ante el inesperado peligro. Era insensato pensar en oponer resistencia a los invasores; no contaban nada más que con cien

reclutas, que había organizado el coronel Luna en un pequeño cuerpo al que bautizaron «Columna Jauja». Después de deliberar llegaron a la conclusión de que Jauja estaba irremediablemente perdida.

—Pero perdida por ahora nada más —porfió Cáceres, confiando en que pronto le sería posible organizar un ejército.

—Por el momento, lo que más importa es que usted se salve, general —le advirtió el arzobispo Del Valle.

Luna estuvo de acuerdo, pero consideraba que no le sería fácil salir de Jauja. Los chilenos avanzaban hacia el sur, y era lógico suponer que hubiesen enviado avanzadas para cubrir los caminos que conducían a La Concepción y Huancayo. Y la única vía de escape del general era necesariamente la ruta del sur.

—No se preocupe por eso —dijo el arzobispo al escuchar tales razones—. Existen lugares en la sierra a los que los chilenos no podrán llegar jamás, y creo que yo podría ofrecerle el mejor de todos, general; un refugio en el que estará usted totalmente seguro.

Como Cáceres lo contemplara pareciendo no adivinar a qué se refería, le aclaró, riendo con malicia:

—La orden de San Francisco posee varios conventos y capillas en la más alta puna, a los que se llega por senderos sólo conocidos por algunos indios y por los hermanos de la Orden. El que está ubicado en el lugar más inaccesible es el de Santa Rosa de Ocopa.

Cáceres lo recordó al punto. Muchas veces, especialmente en su infancia, oyó hablar de él, pero nunca le había sido dable llegar hasta el alto valle en donde se encontraba enclavado y al cual se llegaba por misteriosos senderos abiertos entre los vericuetos del erizamiento de cimas que servían de espaldar al pueblo de La Concepción.

—¿Es posible todavía que salgamos hacia el convento de Ocopa, Ilustrísimo? —le consultó.

El rostro apergaminado del sacerdote se iluminó con una sonrisa despectiva.

—A cualquier hora, de día o de noche, con los ojos vendados, puedo llevarlos hasta ese convento —le aseguró categóricamente.

Mientras los criados de don José María del Valle se encargaban de aprestar las mulas necesarias para el difícil viaje, el arzobispo recordó que, con posterioridad de algunos días, comenzarían las

celebraciones religiosas de las comunidades de la alta puna, ocasión en que se hallarían reunidos los jefes de las poblaciones indias más numerosas.

—Todo parece disponerse como si la voluntad divina fuera lo que lo empuja a usted hacia las cumbres donde se halla el convento de Santa Rosa de Ocopa. Allá, además de salvarse usted, tendrá la oportunidad de hablar con los alcaldes que manejan a las comunidades indias que mayor número de hombres pueden proporcionar a su ejército, general.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —acató Cáceres, persignándose con fervor.

Una hora más tarde, la pequeña partida formada por el general, su ayudante Pérez, el coronel Luna, el arzobispo de Huánuco, que servía de guía, y un grupo de indios encargados de las mulas, se introducía hacia el corazón mismo de las altas cumbres de la sierra. Después de viajar durante muchas horas, trepando siempre, alcanzaron el filo de un cordón montañoso, desde el cual se dominaban las cimas prominentes de los más altos picachos cordilleranos. El prelado detuvo su mula y esperó a que Cáceres le emparejara la suya.

—¿Cómo se siente usted, general? —le consultó solícitamente.

—Perfectamente bien, Ilustrísimo; no olvide usted que soy serrano.

—Lo sé, hijo mío, pero las tierras a las que vamos a entrar ahora son de las más altas del mundo y a ellas se llega por senderos de vértigo, suspendidos sobre los abismos. Arrebújese bien en su manta, porque el frío irá arreciando a medida que subamos y el aire se hará tan sutil como un finísimo cuchillo. Cierre los ojos y deje que su mula lo lleve.

Caminando sin tregua, por la rama cordillerana que cierra el valle de Junín por el oriente, apartados ya de todas las vías socorridas, pasaron por Huamali, Pucucho, San Lorenzo y Pata. Allí tuvieron que torcer nuevamente hacia el oeste, sorprendidos por una tempestad de nieve, y, amparados por la carretera real, marcharon hasta Matahuasi. Alejada la tormenta, volvieron a trepar a los nevados de las altas cimas, marchando ahora en línea recta hacia el convento de Santa Rosa de Ocopa, incrustado en las cumbres igual que un nido de águila, al nororiente de La

Concepción.

En la noche del segundo día de marcha cruzaron el puente colgante sobre el río que envolvía al convento y se hicieron presentes ante el portón de la escondida casa franciscana. Una vez más el general Cáceres había escapado de entre las manos de sus perseguidores.

Entretanto, en esos mismos días, el coronel Recabarren desembarcaba en el puerto de Casma, con los seiscientos gendarmes. Colocados bajo su mando, marchaban en linea recta hacia el Callejón de Huaylas, punto de su destino. Tenía la esperanza de encontrar allí al coronel Aduvire y convencerlo de que se plegara al Gobierno Provisional de García Calderón. Pero, a medida que pasaba por las poblaciones, su confianza iba siendo cada vez menor. Ya antes de trepar hasta el abra de Callán, puerta de entrada al majestuoso Callejón de Huaylas, por el sur, había tenido que sufrir el desprecio y las burlas de los pobladores, que huían al ver a sus tropas con el uniforme chileno, negándole toda ayuda. Cuando alcanzaron, por fin, el abra de Callán, estremecidos por la nieve y el viento frígido, contemplaron a sus pies el maravilloso Callejón de Huaylas, tendido como una alfombra de verdura entre la Cordillera Blanca y la Cordillera Negra y llevando en el fondo de su seno al histórico río Santa.

—Este profundo valle, en el que tantas horas felices pasé en mi mocedad y en el que aprendí, orgulloso, la historia del Perú, se me imagina hoy mi tumba.

El ayudante lo miró a los ojos y enseguida observó a los soldados por encima de su hombro.

—No hable con tanto desaliento, señor —le dijo—. Bastante socavados traen sus ánimos nuestros hombres, y si lo oyen a usted…

El oficial no concluyó la frase. Pero Recabarren comprendió perfectamente su significado. Cualquiera causa, por insignificante que fuera, bastaría para provocar la deserción de los soldados. Bien lo sabía el coronel y constantemente estaba temiendo que eso se produjera. Adivinaba que al general La Cotera debía asaltarle igual temor en su marcha hacia el valle de Junín.

—No debíamos haber emprendido esta campaña —susurró casi para sí—. El momento no ha sido elegido con sensatez.

—¿Y si los pueblos se alzan contra nosotros? —le consultó su ayudante, a medida que descendían.

—Si se alzan los pueblos… —repitió el veterano, meditabundo —, tendremos que retirarnos. No cabe en mi espíritu el disparar contra mis propios compatriotas.

El coronel Recabarren cruzó con su hueste, ensombrecida por el disgusto, el fantástico valle encerrado, de misteriosa hermosura, región de majestad, que empequeñece a los viajeros. Por el oriente lo cierra el paredón azabache de la Cordillera Negra; por el poniente, se alza altiva la Cordillera Blanca, alba como el mármol; entre las dos, recto como una peana tejida con todos los colores del arco iris, se extiende el valle del río Santa. De sur a norte se eslabonan en una verde cadena sus cinco pueblos históricos y seculares: Recuay, que en lengua quechua significa «ladronera»; Huaraz, que quiere decir «presunción»; Caraz, «dulzura»; Carhuaz, «feria», y Yungay, que en la dulce lengua de los incas equivale a «hermosura».

El tránsito del coronel Recabarren y su gente fue un calvario, una semana de humillaciones y vergüenzas.

La orden secreta dictada por el obispo Tordoya, desde Lima, había sido filtrada por los párrocos en sus prédicas dominicales, e indios mestizos recibían a los gendarmes con frases despectivas y apostrofes, gritados desde la distancia.

Después de haber recorrido el Callejón de Huaylas en toda su longitud, obsesionado por su propósito de encontrarse con las tropas de Aduvire, Recabarren entró al mediodía de un domingo en la aldea de Mato. Había terminado la feria de la mañana y los indios se apiñaban dentro de la iglesia escuchando el oficio de la misa. Aprovechando aquella circunstancia, que daba quietud al pueblo, el jefe peruano dispuso que sus maltrechos soldados acamparan en la plaza y ordenó a su ayudante que buscara al alcalde del pueblo para solicitarle víveres a nombre del Gobierno Provisional.

Pero, en los momentos en que se cumplían estas instrucciones, terminó la misa y los feligreses comenzaron a volcarse fuera de la iglesia. Al comienzo observaron a los gendarmes sin hostilidad, pero al observar que iban vestidos con uniformes chilenos fueron rondando en torno a la plaza con aire receloso y miradas esquivas.

—Búsqueme al señor cura —ordenó Recabarren a su ayudante— y ruéguele que venga a hablar conmigo.

El oficial se disponía a obedecerle, cuando del medio de uno de los grupos mayores partió un grito perfectamente claro:

—¡Abajo los «achilenados»!… ¡Viva Piérola!…

El coronel Racabarren se estremeció igual que si recibiera un latigazo.

—¡Abajo los «achilenados»!…

Los gendarmes se habían quedado rígidos y volvían sus ojos expectantes hacia el jefe.

—Tenemos que castigar a los que nos injurian, o de lo contrario, barrerán el suelo con nosotros —murmuró el coronel, temblándole la barbilla.

Mas su ayudante se apresuró a sujetarlo. Cualquier reacción violenta sólo serviría para ahondar el mal y jamás descubrirían a los que gritaban.

—Retírese al centro de la plazuela, señor coronel, y confúndase con los soldados —le dijo—. Es lo mejor para no oír los insultos. — Como su jefe se resistiera, lo mantuvo sujeto de una manga y le insistió—: Hágame caso, señor, se lo ruego. Aléjese mientras voy por el señor cura.

Recabarren hizo un gesto de renunciación.

—No vaya, ayudante, ya no tiene objeto. Sería exponernos a otra nueva humillación. Descansaremos hasta mañana, sin rozarnos con nadie, y proseguiremos nuestro viaje.

Los gendarmes se aislaron en el centro de la plaza, reduciéndose los víveres que llevaban en los morrales, y en una enervante tensión descansaron hasta que llegó la noche.

El coronel tuvo la suerte de poder alojarse en una casucha alzada en una esquina de la plaza, cuyos dueños estaban ausentes. Pero, nervioso, le fue absolutamente imposible conciliar el sueño. El cansancio y la desilusión le provocaban, por otra parte, un intenso dolor de cabeza, que en vano trataba de aliviar tomando aguardiente diluido con zumo de limón.

Súbitamente se oyó en el exterior una voz dando el «alto», seguida por la detonación de un fusil. El coronel salió de un salto de su manta y buscó ansiosamente una ventana para mirar al exterior, pero la casucha no las tenía. Corrió entonces a la puerta; mientras el

jefe luchaba por arrancarla de sus soportes, en la plaza se oían voces alteradas y el redoblar de muchos pies corriendo en todas direcciones. Los frenéticos esfuerzos del coronel se vieron premiados con el éxito y la tranca cayó al suelo.

Su primera impresión fue de ver escurrirse a numerosas sombras, recortadas contra las luces rojizas de las fogatas. Creyeron que los lugareños habían asaltado el vivac, pero pronto se dieron cuenta de que las sombras movedizas correspondían solamente a los gendarmes de la columna.

—Son nuestros propios hombres que se fugan, señor coronel —exclamó el ordenanza.

—¡Dios santo, señor coronel! —le gritó su ayudante, saliéndole al encuentro—. ¡Los soldados están desertando en masa!

Recabarren no necesitó otras explicaciones. Ya sus propios ojos le habían hecho medir la magnitud del desastre. Sin esperar a cerciorarse de si lo seguían su ayudante y su ordenanza, echó a correr gritando hacia el extremo de la plaza de donde provenían los gritos y el ruido de las carreras. Iba totalmente desarmado y hasta sin quepis. Pero nadie atendía sus llamados y optó por callarse, al ver que había quedado solo. Entonces giró sobre sus talones y regresó al centro de la plaza. Allí estaba su ayudante frente a los hombres que se habían mantenido leales.

—Haga formar la tropa y pásele lista —ordenó al oficial, y se aisló a algunos metros de distancia sin querer ver ni oír a nadie.

En esta actitud de amarga decepción se mantuvo durante todo el rato que el oficial demoró en pasar lista.

—¿Cuántos soldados faltan, ayudante? —le preguntó con temor de conocer su respuesta.

—Doscientos once, señor coronel —le contestó el oficial, dejando caer las palabras como gotas de plomo.

Al coronel se le crisparon las mandíbulas. En el interior de su mente ejecutaba la abrumadora resta: de seiscientos hombres habían desertado doscientos once; más de un tercio.

Minutos más tarde el ayudante le dio una explicación de cómo pudo generarse aquella fuga en masa:

—Los soldados quisieron ampararse a la sombra de la iglesia, esta tarde, señor coronel. Hubiera sido inhumano impedírselo; el sol caía como una llamarada sobre la plaza. Y, aprovechando la

proximidad, varios de ellos se confesaron con el señor cura, que salió a la puerta del templo para hablarles. Hace dos semanas que abandonamos Lima, señor coronel, y ellos son profundamente creyentes.

El coronel agachó la cabeza agobiado. Todo el clero peruano era partidario del general Piérola; el arzobispo Del Valle y los obispos Tordoya y Huerta, especialmente. Ahí estaba la clave del desastre. Sin necesidad de exprimirse más el cerebro, previó lo que le traían los días venideros.

—Es inútil seguir —dijo con total desaliento—; nuestra campaña está perdida. Mejor será regresar a Lima. El presidente García Calderón tiene perdida también su empresa. No habrá paz.

A la mañana siguiente la columna tomó el camino de regreso; pero ya se habían desquiciado los moldes de la disciplina, y a su paso por los pueblos de Callasca y Pomobanda terminó de consumarse la diseminación de las tropas. Recabarren tuvo que darse prisa en salir del Callejón de Huaylas, para evitar que el coronel Aduvire y sus hombres lo apresaran a él mismo.

El jefe de la ocupación chilena recibió la noticia de ese fracaso pocos días después, antes de que Recabarren regresara a La Magdalena para rendir cuenta al Gobierno Provisional. Pese al estado sombrío en que lo mantenía su mala salud, el coronel Lagos sonrió al enterarse. Tenía el convencimiento de que todos esos trajines eran perdidos y de que la paz no se lograría tratando de apoyar a un gobierno que no tenía base cierta; desde el instante mismo que asumió el mando, estimaba que no se llegaría a ella sino después de haber dominado al Perú entero por medio de las armas. No obstante, había querido probar los dos caminos, y ésa fue la razón que lo indujo a prestarse a proporcionar los medios necesarios para que salieran las dos expediciones propuestas por el gabinete de García Calderón. Pero, también, aportar todos sus recursos para que el comandante Letelier extendiera su dominación hacia el sur, con objeto de atrapar al caudillo Cáceres. Sin embargo, hacía dos semanas que no recibía noticia alguna de aquel jefe chileno. Se hallaba presa de una gran incertidumbre respecto a la suerte corrida por las tropas que operaban en la alta sierra, cuando, inesperadamente, se presentaron ante él el cónsul de Italia y varios comerciantes de esa nacionalidad avecindados en Lima. Éstos

habían tomado noticias de los hechos que ocurrían en Cerro de Pasco y le narraron, con angustia, todo lo concerniente a la sentencia de muerte que Letelier había hecho recaer sobre Emmanuele Chiessa. Lagos no podía dar crédito a lo que oía y sus visitantes se atropellaban por repetirle sus protestas.

Durante un rato, al coronel Lagos le fue imposible hacerse entender del grupo de italianos. Por fin, creyó apaciguarlos, asegurándoles que ordenaría se practicara una investigación. Pero el resultado fue totalmente opuesto.

—No hay lugar a investigación de ninguna especie, señor coronel —exclamó el cónsul—. La ejecución de nuestro compatriota ha sido fijada para el 17 de mayo y estamos a 14. Es preciso, pues, que usted ordene telegráficamente que se suspenda tan tremenda injusticia y después practique la investigación.

Lagos hizo un breve cálculo mental, faltaban sólo tres días para la ejecución; en ese lapso era imposible que una orden suya alcanzara a llegar a Letelier.

—Lo lamento, caballeros —les dijo, consternado—; pero ya no puedo hacer nada.

Los italianos hablaban todos a la vez, casi culpando al coronel directamente de la situación. Todos coincidían en que no podía permitir que se consumara tal injusticia. Lagos tuvo que alzar mucho la voz para acallarlos.

—Caballeros, puedo telegrafiar hasta Chicla, que es terminal de la línea, pero ¿como hago llegar el mensaje desde ese punto a Cerro de Pasco en dos días y medio?

—*Per la madonna*! —exclamó el cónsul—. Entonces nuestro paisano está perdido.

Un silencio de muerte se abatió sobre el grupo de italianos, que se miraban unos a los otros con el mayor desconcierto. Fue el cónsul el primero que reaccionó.

—Envíe el mensaje de todos modos —rogó a Lagos—, y ordene al comandante de la guarnición de Chicla que lo confíe a un chasqui indio. Tal vez uno de esos corredores de la montaña alcance a llegar antes de que se cumpla la sentencia. Y concédanos usted también la autorización para mandar una copia de ese mensaje por nuestros propios medios. Quizá alcancemos a llegar a tiempo.

Lagos asintió, y tomando una hoja de papel, se puso a redactar

en el instante mismo el telegrama que sería cursado al comandante Méndez a Chicla.

Antes de media hora la oficina del telégrafo estaba transmitiendo el comunicado, y por su parte el cónsul italiano hacía partir en el primer tren que ascendía a la montaña a un hombre de su entera confianza, provisto de los medios necesarios para movilizarse en la sierra con la máxima rapidez.

Pero los hechos habían tomado un curso insospechado en Cerro de Pasco. El sacerdote mercedario que acompañaba a Chiessa, para reconfortarlo en sus horas de capilla, llegó a la sala de la prefectura que se había habilitado como celda, llevándole un destello de esperanza, justamente en la tarde anterior al fusilamiento.

—Tenga usted fe, hijo mío —le dijo—. Todos los extranjeros de Cerro de Pasco se han puesto de acuerdo para ofrecer un rescate por su vida, y como lo que más interesa al jefe chileno es obtener dinero, confiamos en que lo aceptará.

Efectivamente, los miembros de las colonias alemana, española, italiana e inglesa habían celebrado varias reuniones para discurrir un modo de salvar al sentenciado. Puestos de acuerdo, se presentaron ante el comandante Letelier. Éste les escuchó sus razones sin dejar que su rostro reflejara ninguna emoción, y, cuando el delegado terminó su exposición, les explicó, lacónicamente:

—Cincuenta mil soles de plata vale el perdón, señores. Eso es todo.

Los extranjeros lo miraron, abrumados algunos, ofendidos otros.

—Señor comandante, piense usted que Emmanuele Chiessa no posee esa suma —le explicó el delegado—. Aun cuando reduzca a dinero todo lo que tiene, hasta sus ropas de vestir, no alcanzará a reunirlo.

—Si quieren salvar la vida del culpable, ayúdenlo ustedes mismos a completar la suma que exijo. ¡Cincuenta mil soles de plata o nada!

El grupo de extranjeros lo contempló con visible desagrado. Un comerciante francés tuvo, sin embargo, un gesto que tradujo su irritación. Extrayendo su billetera, la vació sobre el escritorio, a tiempo que decía:

—He tenido que pagar ya casi toda mi fortuna en contribuciones de guerra, pero no obstante venderé algo para completar cinco mil

soles de plata, que aportaré al rescate de la víctima.

Letelier no alcanzó a dar libre curso a su indignación, cuando un inglés lanzó sobre el escritorio tres billetes de mil soles; y un español proclamó:

—Nada me queda ya, pero si alguien me compra un alambique con que trabajaba antes de la guerra, daré todo lo que me paguen por él.

Letelier no pudo soportar más y les señaló la puerta.

—¡Basta de cuentas, señores! Si quieren echarlas, háganlo en sus mostradores. Lo único que sé decirles es que los espero de aquí a cuatro horas. Si cumplido ese plazo no me han traído los cincuenta mil soles de plata, Chiessa será fusilado mañana al alba.

Los representantes de las colonias extranjeras estuvieron otra vez frente al jefe chileno tres horas más tarde. Entraron todos al despacho y esperaron en silencio a que hablara el que hacía de cabeza.

—Hemos venido todos juntos, para que la cuenta sea clara, señor comandante —expresó éste.

—¡Cifras, señor; eso es lo que necesito! —replicó Letelier.

El delegado, que era un inglés, palideció ante el desprecio del militar.

—Bien, señor comandante: cifras —le dijo secamente, y poniendo en el escritorio un gran sobre lleno de billetes y monedas, agregó—: He aquí lo que vale una vida para…

El comandante se puso violentamente de pie y lanzó al inglés una mirada fulminante.

—¡Una palabra más en ese tono, y anulo toda la negociación! —vociferó.

El inglés volvió a mezclarse en el grupo, dando a entender que no deseaba seguir representándolo, y fue un italiano, amigo del condenado, quien avanzó hacia el escritorio de Letelier.

—No hemos querido desagradarlo, señor —le expresó, con ademán conciliatorio—. Concluyamos nuestro trato, por favor. Hemos reducido a dinero cuanto poseía Chiessa, llegando a reunir treinta y nueve mil soles. Los once mil soles restantes los hemos recolectado entre nosotros mismos. De modo que en este sobre tiene usted el rescate solicitado. —Y tomándolo de encima del escritorio, lo depositó en las manos del comandante. Oyendo que éste emitía

un gruñido de aprobación, se atrevió a preguntarle—: El señor Chiessa será puesto en libertad, ¿verdad?

—Ahora mismo —reconoció Letelier—. Pero recomiéndele que abandone cuanto antes Cerro de Pasco, porque, en cuanto lo sorprendamos en alguna actitud medianamente sospechosa, lo apresaremos de nuevo, y entonces será cumplida la sentencia sin que lo sometamos otra vez a juicio.

Hubo un brillo irónico, claramente visible en las pupilas del italiano al responderle:

—Pierda usted cuidado, señor comandante. Nuestro amigo Chiessa saldrá voluntariamente de Cerro de Pasco, en cuanto ustedes lo dejen en libertad.

La desgracia del desdichado italiano fue motivo de comentarios en las grandes haciendas y en los tambos de los pueblos; fue tema de los sermones en las iglesias serranas, y, sobre todo, se prestó perfectamente para que los capellanes y los alcaldes de las comunidades indias exhibieran ante las multitudes la injusticia y crueldad de los chilenos.

En el convento de Santa Rosa de Ocopa, al arzobispo Del Valle se sobó las manos con honda satisfacción al conocer el hecho:

—Dios ciega a los que quiere perder, general Cáceres —sentenció admonitoriamente, comentándolo con sus huéspedes.

—¿Piensa usted dar la voz para que se levante la población india, Ilustrísimo? —le inquirió.

—Ahora mismo —le respondió el prelado, ufano de su poder—. Según nuestros informes, las tropas chilenas que entraron a Tarma y a Jauja han impuesto a esas poblaciones abrumadores cupos de guerra; y una columna de infantería se aproxima a estas horas al pueblo de La Concepción, con el mismo propósito.

—¿Tan cerca están?… —exclamó Cáceres.

—Sí, general, pero no tema usted, a este convento no llegarán —sonrió el obispo con suficiencia—. La ruta es demasiado difícil. Además, lo sabremos con tiempo suficiente para sacarlo hacia Huancayo.

Unos ligeros golpes en la puerta de la sala hicieron sobresaltarse a Cáceres; temió que se tratara justamente del aviso del que hablara el arzobispo. Se trataba de un comunicado dirigido a él mismo y que había transportado desde Lima el comandante Muñoz, el

hombre de enlace del Comité Patriótico.

Era una nota breve y sin firma, igual que todas las que enviaba el Comité, pero el general reconoció al punto la letra de su esposa.

> *El Gobierno de La Magdalena* —decía— *ha enviado una columna como base para formar un batallón y reclutar adeptos para el señor García Calderón. La manda el general La Cotera, y tiene por objeto asentar en Tarma al coronel Reyes Santa María como prefecto del departamento de Junín. Van como jefes los coroneles Carrizo y Ariza, Manuel Solís y Pablo Venancio Solís, el teniente coronel Ávila y el mayor Yllescas. La tropa, que suma cien hombres, custodia un parque de doscientos rifles Remington y numerosos cajones de municiones. Esta columna salió de Lima el 9 de mayo y debe llegar a su destino, por demoras en la ruta, demasiado ocupadas por tropas chilenas, el 14 o el 15 del presente. Se avisa a usted para que tome las medidas del caso e incorpore esos soldados a sus fuerzas, si le es posible, como así también se apodere de las armas de que son portadores.*

Terminada la lectura, que el general hizo a media voz, el arzobispo se quedó reflexionando.

—Muy interesante, muy interesante —musitó—, ¿Pero cómo podríamos interceptarles el paso, siendo que dentro de algunas horas La Concepción va a estar ocupada por tropas chilenas?

—Podríamos hacerlo dando un largo rodeo —murmuraba—. Es decir, bajando primero a Huancayo; luego a Cansac y, por sobre las montañas y las tembladeras de Tullujuto, podríamos descolgarnos en la provincia de Huarochirí. Allí está el subprefecto Ricardo Bentín con las guerrillas. Si yo le ordeno que las concentre en San Mateo con las que tiene el guerrillero Albarracín en las quebradas cercanas a Canta, podremos caer por sorpresa sobre el convoy que conduce a esas tropas vendidas a los chilenos.

El arzobispo aprobó ampliamente el plan del general. Aquella misma tarde, volvió a organizarse el grupo de indios conductores de las mulas y el de frailes que servían de guías, y el arzobispo Del Valle y el general Cáceres partieron rumbo a Huancayo, por rutas extraviadas. Cuando, al cabo de una jornada asomaban sobre la

antigua ciudad, los sorprendió una sucesión de descargas de fusilería.

—No se extrañe si nos encontramos con alguna recepción especial para usted, general —le advirtió el prelado—. Mandé a un hermano con la misión de avisar nuestra llegada a las autoridades huancaínas.

Cáceres se resistía a las recepciones oficiales, pero cuando vio que salía a recibirlos un batallón perfectamente equipado y disparando al aire sus modernos rifles, tuvo una alegría excepcional, la que se hizo mayor al reconocer a su jefe, el coronel Luna. Su cuerpo no podía ser otro, entonces, que la «Columna Jauja», que alcanzara a formar en la ciudad de aquel nombre antes de huir a Santa Rosa de Ocopa.

—General Cáceres, el Altísimo está velando por usted —le sentenció el arzobispo—. Ahí tiene la fuerza que necesitaba como escolta para ir a la provincia de Huarochirí.

Mayores sorpresas esperaban al general en Huancayo. Juan Quintana, uno de los comerciantes más acaudalados y respetados de la ciudad, había formado el batallón «Huancayo». Bien provisto de uniformes y víveres, lo puso bajo las órdenes de Cáceres. En premio, el caudillo serrano lo designó comandante de él, otorgándole los despachos de teniente coronel.

Al mismo tiempo, otro vecino, José Osambela, reunió a veinticinco jóvenes de la mejor sociedad huancaína y los adiestró cuidadosamente para que sirvieran de escolta al caudillo de la montaña. Esta guardia gentil fue hasta el final de la guerra la escolta permanente preferida de Cáceres, quien la denominó la «Ayudantina».

Gracias a estas providenciales circunstancias, el general se encontró comandando a trescientos veinticinco hombres, pero solamente los veinticinco de su «Ayudantina» poseían cabalgaduras para movilizarse sobre las montañas. Se hallaba atascado ante este obstáculo, cuando Osambela, a quien nombró sargento mayor, dio una noticia que les permitió vislumbrar una solución.

—Ocupan La Concepción cincuenta soldados enemigos, pertenecientes a un regimiento llamado «Esmeralda» —le dijo éste —. El comandante enemigo ha impuesto a La Concepción un cupo de guerra de sesenta mil soles y setecientos cincuenta caballos, bajo

la amenaza de incendiar todo el pueblo si no se cumple en el plazo de tres días. Ahora bien —prosiguió el mayor—, hemos averiguado que el alcalde y los vecinos han decidido pagar el cupo, para lo cual han recolectado ya los sesenta mil soles y están juntando gran número de caballos en la hacienda La Mejorada.

Cáceres conocía perfectamente aquel predio, situado a veinte kilómetros de La Concepción, en el que paseó muchas veces en su juventud. Al oír la información pensó instantáneamente en dejarse caer sobre la hacienda. Era bastante fácil llegar a ella desde Huancayo. Ése era el mismo plan que habían forjado el mayor Osambela y el coronel Tafur, como se lo expresaba el oficial en ese instante.

—Si usted nos autoriza, llevaremos a los veinticinco oficiales de su escolta y asaltaremos de noche La Mejorada, para apoderarnos de los caballos y de la caja municipal donde el alcalde guarda los sesenta mil soles.

Cáceres comprendió que allí estaban los caballos que sus fuerzas necesitaban para llegar a Huarochirí e interceptar al general La Cotera, que representaba hombres, armas y municiones. Pero al mismo tiempo se daba cuenta de que mandar a los veinticinco oficiales de su «Ayudantina», profundamente inexpertos en el arte de la guerra, era exponerlos a caer aniquilados bajo el zarpazo de las tropas veteranas del «Esmeralda».

—Si nos sorprenden, nos defenderemos hasta morir, señor general. Pero, si logramos sacar adelante nuestra empresa, habrá dinero, caballos y, sobre todo, daremos a los enemigos una demostración de que no estamos vencidos y que nuestros ánimos se yerguen vibrantes como el acero —decía Osambela.

Este último razonamiento fue el que convenció a Cáceres. Esa misma noche despidió a los intrépidos expedicionarios.

El caudillo se quedó mirando al grupo de jóvenes y de sus labios tardó en brotar la orden de partida. Los veía formados en un confuso montón, diestros sobre sus caballos, pero sin nociones de organización militar, desprovistos de uniformes, vistiendo sus habituales trajes de campo o de ciudad. Para señalarse como miembros de la escolta, todos habían circundado las copas de sus sombreros con una ancha cinta roja, cuyos extremos les colgaban flameantes sobre la oreja derecha. Sus armas constituían un

heterogéneo arsenal; algunos usaban fusiles Peabody, otros llevaban los antiguos Comblain, algunos iban armados de escopetas, la mayoría llevaba simplemente revólver o pistola y la variedad de los sables que colgaban de sus monturas era asombrosa. No obstante, todos ellos estaban poseídos por un ardor patriótico delirante. Durante unos segundos Cáceres sintió algo muy semejante al remordimiento. Pero los resultados que podían derivarse de la temeraria empresa que iban a cumplir los veinticinco ayudantes merecían cualquier sacrificio.

—Puede partir la escolta —dijo al mayor Osambela—, pero vele usted porque regrese cuanto antes. —Y alzando la voz se despidió de los jóvenes oficiales—: ¡Buena suerte muchachos!

—Demasiado jóvenes y demasiado vehementes —sentenció el capitán Pérez, caviloso. No sabrán presentir el peligro.

El general entendió el velado reproche que había en las expresiones de su ayudante, y no dijo nada. Pausadamente se encaminó de regreso al centro de Huancayo.

—Roguemos al Altísimo que nuestros cálculos no sean como la ilusión de la lechera y que se rompa el cántaro ahora, cuando nuestra escolta asalte la hacienda La Mejorada —dijo en voz alta, sin darse cuanta.

La placidez de la noche serrana le despertaba emociones íntimas, cargadas de nostalgia y de anhelos de paz. Y le dolía pensar que aún correrían muchos meses, quizás años enteros, en los cuales tendría que mantenerse luchando. Había oído el comentario de que Chile no deseaba negociar la paz, sino mantener indefinidamente la ocupación del Perú. Incluso se susurraba que en las altas esferas gubernamentales chilenas existía el plan de formar una Confederación Chileno-Peruano-Boliviana. «Gobernada, naturalmente, desde Santiago», se decía el general.

Marchaba sumido en estos pesimistas pensamientos, cuando el capitán Pérez señaló con la diestra un grupo de antorchas, en el lugar donde debía estar la plaza. Momentos más tarde, vieron que las portaban numerosas personas, de pie y de a caballo, estacionadas frente a la casa donde vivían el general y su ayudante. Ya más cercanos, se dieron cuenta de que sumaban alrededor de un centenar de hombres, y que no eran militares, aunque iban armados, como lo denunciaban los reflejos de las antorchas en los

metales de sables y fusiles. El capitán Pérez le señaló a un hombre pequeño de tamaño, que se había desprendido del grupo.

—O mucho me engaño, señor, o aquel caballero es el coronel Ángel Campos.

Cáceres lo reconoció al instante: era su paisano, el coronel Campos, vecino de su hacienda «Ojechipa», en Ayacucho; hacendado que se había incorporado a las filas al comienzo de la guerra, apodado cariñosamente por sus compañeros de armas «Campitos», por su porte diminuto.

Apenas el ayacuchano identificó al caudillo, gritó a sus hombres.

—¡Atención, «Columna de Ayacucho»!… ¡Presenten armas!…

Andrés Cáceres estaba sinceramente emocionado ante aquella muestra de hidalguía de su ciudad natal. Tartamudeando un poco, agradecía una y otra vez al coronel Campos aquel aporte de fuerzas y saludaba a la columna ayacuchana, en el marco fantástico de esa noche estrellada.

Por su parte, Campos hablaba nerviosamente, ufano de la oportunidad que se le brindaba de destacarse ante su antiguo jefe:

—Junto con estos hombres que traigo para su ejército, señor general —le decía—, y que han comprado personalmente sus armas, municiones y caballos, soy portador de esta carta que le envían los habitantes del pueblo de San Juan de Jarpa, firmada por su alcalde y vecinos principales.

El general recibió la misiva y se la guardó sin sospechar la importancia que habría de darle al leerla. Enseguida, dispuso que el capitán Pérez aposentara a la tropa en distintas casas del pueblo, y se despidió del coronel Campos. Recién en su alojamiento a la luz de la vela de su dormitorio, abrió la esquela enviada por el pueblo de San Juan de Jarpa. Decía su texto:

> *Al Benemérito general, su señoría don Andrés Alfredo Cáceres.*
> *De sus hijos compatriotas del distrito de San Juan de Jarpa.*
> *Decimos nos, los que hemos quedado en este distrito de San Juan de Jarpa, y ponemos en conocimiento de Usía los que somos contribuyentes, que nos hallamos prontos a marchar donde ese superior Gobierno nos ordene, a defender nuestra patria como buenos patriotas; esperamos que Usía nos*

ordene, desde qué edad podemos salir y darnos órdenes, para los que no quieran presentarse poder confiscar con sus bienes.

Y se dignase Usía mandarnos dónde será la guerra y cuándo, para ir donde Usía nos mande, y pedimos y suplicamos que como padre, que después de Dios es Usía, para que nuestras familias y criaturas pequeñas hagamos retirar y que nos esperan nuestros hijos pequeños y nuestras mujeres con tiempo.

No firmamos todos los que suplicamos, por hallarnos en estas punas nuestras, en casas retiradas, como Usía no ignora desconocer este distrito. Pero por los apuros que nos hallamos, sólo firman los señores gobernador y principales de este distrito.

San Juan de Jarpa era uno de los centenares de pueblecillos indios diseminados en la alta puna. El ofrecimiento incondicional de sus hombres para ir a la guerra representaba el primer brote de un levantamiento general de los indios de la sierra. El caudillo lo comprendió con un escalofrío de esperanza.

Aquella primera chispa, encendida en San Juan de Jarpa, iba a convertirse rápidamente en una inmensa hoguera, en cuyas llamaradas se abrasarían las tropas chilenas desparramadas por los valles de la puna.

Por primera vez desde hacía muchos meses, Cáceres se durmió tranquilo.

En cambio, el despertar del jefe de la guarnición chilena de La Concepción, fue profundamente desagradable. No hacía muchos días que Letelier había enviado una proclama impresa a los soldados de todas las guarniciones serranas, en la que les expresaba su entusiasmo y satisfacción «por haber dominado en diez días cinco mil leguas de territorio, desde Huánuco a La Concepción, haciendo huir ante ellos al jefe supremo y al jefe político y militar del centro, con doscientos oficiales y dos mil soldados».

Pero aquella madrugada del 18 de mayo, cuando la segunda compañía del «Esmeralda» acantonada en La Concepción, bajo el mando de Manuel Aguirre, recién salía del sueño, el son estridente de la corneta del centinela hizo lanzarse a las armas a todos los soldados.

Poco después se presentaba el vigía frente al cuartel, manteniendo bajo la mira de su fusil a un hombre desfallecido por el cansancio y sucio por la larga carrera que había realizado. Era el secretario del alcalde de La Concepción, y venía de la hacienda La Mejorada.

—¡Nos asaltaron, señor capitán! —declaró, jadeante—. El coronel Tafur apresó al señor alcalde y los jinetes de la «Ayudantina» se robaron los sesenta mil soles que teníamos para el pago de la contribución de guerra y cincuenta caballos que habíamos reunido.

Una rabiosa marejada de protestas corrió entre los oficiales y soldados.

—¿Y quiénes ha dicho este hombre que asaltaron la hacienda, mi capitán? —quiso saber el teniente Ureta.

Aguirre no recordaba los nombres, y exigió al fugitivo que se los repitiera.

—El coronel Manuel Tafur y los jinetes de la «Ayudantina» —volvió a decir el secretario.

—¿Qué es esa «Ayudantina» de que me está usted hablando? —le inquirió el capitán, intrigado.

—¡La escolta del general Cáceres, pues!

El nombre del caudillo corrió entre los soldados, impresionados.

—¿El general Cáceres está por aquí? —preguntó el capitán Aguirre.

—Así es, señor capitán —le expresó el fatigado secretario—. Mientras me mantenía escondido, en espera de que se marcharan, oí que uno de ellos le decía al señor alcalde que el general Cáceres tiene un ejército compuesto de cuatro batallones y de miles de montoneros indios.

—¿Y si está tan fuerte, cómo es que no nos ataca? —reflexionó el jefe chileno con incredulidad.

—¡Ay, Dios santo, señor!… ¡Si está justamente disponiéndose a hacerlo! ¡Virgen santa de las Angustias, señora de los cielos, antes de muchos días, la sierra va a ser un horrible campo de matanza!

Despreocupándose del secretario, que siguió lamentándose, el capitán Aguirre se dispuso a tomar las medidas precautorias. Ordenó que el teniente Ureta enviara al momento una información de los hechos al comandante Anacleto Lagos, en Jauja, y duplicó los

puestos de centinelas en los cerros. Terminando de hacer estas indicaciones, formó a todos los soldados de su compañía frente al cuartel, y les exigió limpiar el mecanismo de sus fusiles, vigilados por los sargentos, en tanto que salía con los tenientes a estudiar las posibilidades de defensa.

Tres días más tarde, el tren de Lima corría estrepitosamente por la vía férrea que llegaba hasta Chicla. El convoy conducía a las tropas que el Gobierno Provisional de García Calderón mandaba para respaldar el desempeño del nuevo prefecto de Junín, coronel Reyes Santa María. Sin embargo, el general La Cotera, que debía haber hecho el viaje junto con sus tropas, prefirió marcharse anticipadamente, en compañía de Reyes Santa María, bajo la protección de tropas chilenas que iban de refuerzo al valle de Junín.

El coronel Carrillo Ariza comentaba agriamente con el comandante Venancio Solís esta actitud del general La Cotera, en los momentos en que a ambos costados del convoy resonaron simultáneas descargas de fusiles. Los dos jefes, sobresaltadísimos, se asomaron a las ventanillas, y se dieron cuenta de que la quebrada estaba siendo inundada por jinetes montoneros.

Los soldados de La Magdalena comenzaron a debatirse dentro de los vagones en medio de una caótica confusión. La súbita aparición de las bandas armadas les hacía comprender recién la mísera situación en que los habían colocado sus jefes.

Los únicos que pensaron en organizar la defensa del convoy fueron el coronel Carrillo y el comandante Solís. El primero se plantó en medio del pasadizo de su vagón y comenzó a exigir a los soldados que abrieran fuego sobre los atacantes.

Pero aun cuando daba sus órdenes con firme resolución y actitud decidida, los soldados no obedecían; muy por el contrario, se asomaban a las ventanillas, dejando sus armas sobre los bancos, y mostraban a los montoneros sus manos vacías.

—¡Disparen!… ¡Fuego a discreción!… —gritaba en vano Carrillo, intentando imponerse por el miedo. Desenfundando su revólver, gritó a los que tenía más próximos—: ¡Hagan fuego, o les dispararé yo a ustedes!

Los soldados tampoco le obedecieron, y comenzaron a correrse a lo largo del vagón, buscando refugio en un extremo. Alzaba ya su revólver apuntando a la cabeza de uno de ellos, cuando el comandante Solís le obligó a bajar el arma.

—¡No haga disparates, coronel! —le aconsejó—. Ya está todo perdido.

Corroborando sus palabras, el tren frenaba bruscamente en ese instante. Carrillo guardó su revólver y se asomó a una de las ventanillas. El convoy estaba rodeado por montoneros, y en un montículo cercano a la vía se veía a un individuo alto y fornido, con un sombrero alón, en cuya copa se alzaba una cinta escarlata.

—Es el subprefecto Ricardo Bentín —le susurró Solís al oído—. Él comanda las montoneras de Huarochirí. Es preferible que también nosotros botemos nuestras armas. Estamos copados.

Las noticias de los asaltos de la hacienda La Mejorada y del tren a Chicla, llegaron casi simultáneamente a Lima. El coronel Lagos las recibió como el impacto de una maza, y sintió que su voluntad, demasiado quebrantada por la guerra, se le desmoronaba. Como la información correspondiente al salteo de La Mejorada le llegó en forma confusa, por ser transportada por distintos mensajeros, que agregaron a la nota escueta diversos comentarios verbales, se alarmó realmente. Uno de los rumores agregados al mensaje expresaba que las tropas de Cáceres, después de asaltar La Mejorada, habían puesto sitio al pueblo de La Concepción, en donde se encontraba la segunda compañía del «Esmeralda».

Lagos temió por la suerte de esos soldados, e incapaz de contener su nerviosidad, se trasladó al cuartel del «Batallón de los Pijes».

El coronel Holley crispó los puños y maldijo al enterarse del riesgo en que posiblemente se encontraban sus soldados.

—Pero ¿qué demonios está ocurriendo en la sierra, mi coronel Lagos? —inquirió al jefe superior.

—Que ha aparecido un brujo en las montañas —le contestó ambiguamente el interrogado.

El jefe del «Esmeralda» hizo un gesto de fastidio por la broma inoportuna.

—No, no; no bromeo, Holley —se explicó el comandante en jefe, algo confuso—. El brujo que yo menciono es nada menos que el

general Cáceres. El jefe de la guarnición que tenemos en La Concepción informó a mi hermano Anacleto allá en Jauja, que Cáceres dispone de cuatro batallones de soldados de línea y de miles de montoneros indios. A su vez, el maquinista del tren asaltado en San Mateo, que logró regresar, me ha declarado que, cuando los montoneros rodearon a los soldados de La Magdalena, apareció el propio Cáceres, jinete en un magnífico caballo y protegido por una formidable escolta de oficiales.

El coronel Holley tuvo un solo pensamiento: que una compañía de su cuerpo estaba corriendo peligro en La Concepción y que era preciso ir en su ayuda. Se disponía a exigírselo a Lagos, cuando entró en el despacho, atolondradamente, el capitán Baeza.

—¿Qué significa esta impertinencia? —le espetó Holley, desagradado por la interrupción.

El oficial se excusó. Acababa de presentarse en la guardia uno de los ayudantes del coronel Lagos, quien venía a buscarlo a toda prisa, con el fin de que se presentara inmediatamente en el Palacio de Gobierno.

—¡Qué tontería es ésa! —exclamó—. ¿Quién puede exigirme a mí que me presente en el Palacio de Gobierno?

Baeza tartamudeó y por fin declaró, con vacilaciones.

—Dice su ayudante, mi coronel, que quien lo reclama es el coronel Lynch.

Los dos jefes se contemplaron entre ellos con viva sorpresa, sin lograr comprender el recado.

—Pero si Lynch está en Chile… —especificó el coronel Lagos.

El capitán del «Esmeralda» tragó saliva.

—Ha llegado de Santiago hace una hora, mi coronel —expresó con dificultad—, y, según su ayudante, ha entrado al Palacio de Gobierno, ha tomado posesión del despacho principal y ha ordenado que se lo busque a usted, de orden del nuevo comandante en jefe del Ejército del Norte y Jefe Político del Perú.

El coronel Lagos se puso rígido, y el color amarillento de su tez, causado por la enfermedad del pecho que le aquejaba, tomó un tono grisáceo. Esto significaba un desprecio absoluto a toda la labor que él había desarrollado durante la guerra.

Holley lo miró sin atreverse a pronunciar palabra; comprendía el torbellino que agitaba el alma del aguerrido militar. Baeza hurtaba

los ojos, sin saber qué actitud adoptar.

Por fin, Lagos se caló el quepis y se dirigió hacia la puerta de la comandancia. Holley lo alcanzó y le extendió la diestra, en un gesto sinceramente condolido.

—Lo siento, amigo Lagos. Si en algo puedo servirle, disponga de mí.

—Gracias, Holley —murmuró con cansancio—. En el fondo, creo que es mejor así. Mi salud me habría obligado a pedir que se me diera de baja en corto tiempo más. Ahora podré volver a Chile a reponerme. Además, Lynch podrá hacer un papel más lucido que yo. Él está más fuerte y, como marino que ha viajado por todos los mares del mundo y que habla varios idiomas, le será más fácil desenvolverse en los salones de Lima y en los despachos de diplomáticos. Creo que el presidente Aníbal Pinto ha hecho una buena designación —concluyó con grandeza de espíritu. Volvió a estrechar la mano del jefe del «Esmeralda»—. Bien, mi querido amigo Holley. Lamento no participar en la ayuda que será preciso dar a las dos compañías suyas apremiadas en la sierra.

—Le agradezco su preocupación, coronel —le respondió Holley —: pero personalmente me encargaré de auxiliar a mis soldados. Patricio Lynch tendrá que darme mañana mismo la autorización para partir con el grueso del regimiento a rescatar a nuestros compañeros.

—Hágalo, coronel, hágalo. No deje que le maten a sus muchachos.

Ambos llevaron las diestras a sus quepis, y el coronel Lagos partió hacia el Palacio de Gobierno a hacer entrega de su mando.

El contralmirante Patricio Lynch, que también ostentaba el grado de coronel del ejército, estaba de pie junto al amplio escritorio de la Comandancia General, y sus ojos grises seguían a la figura baja de su antecesor, que se paseaba lentamente por la sala.

Había una marcada diferencia entre los dos hombres. Alto y erguido el marino, absolutamente pulcro en su uniforme azul-negro; desmadejado el otro por el cansancio y el desencanto que le habían dejado las largas campañas.

Cuando el coronel Lagos se acercó al mapa del Perú, para señalar los puntos donde dejaba distribuidas a las tropas de ocupación, el contralmirante se plantó a su lado,

empequeñeciéndolo. La cuenta fue breve y concisa. Al norte, en el departamento de Trujillo, estaba el coronel Arístides Martínez al frente de una pequeña división formada por los batallones «Zapadores», «Lautaro» y «Concepción», un escuadrón de granaderos a caballo y una batería de artilleros. En la provincia de Chancay se encontraba el coronel Urízar Garfias, con los batallones «2.º de Línea» y «Talca», un piquete de caballería y una sección de artilleros. Su cuartel general estaba en Huacho. La guarnición de Lima estaba constituida por los batallones «Buin», «3.º de Línea», «Santiago», «Victoria» y «Curicó». Además un regimiento de artillería y los regimientos de caballería «Carabineros de Yungay» y «Cazadores». En el Callao montaban guardia los batallones «4.º de Línea», «Maule», «Bulnes» y «Caupolicán», bajo las órdenes del coronel José Domingo Amunátegui. En Chosica, para protección del hospital establecido allí, se había destinado al batallón «Aconcagua».

Después de darle esta explicación, el coronel Lagos quitó la vista del mapa y se volvió hacia Lynch.

—Debo advertirle algo, contralmirante. Le he mencionado los asientos teóricos de nuestras guarniciones, pero no son ésos los que ocupan actualmente.

Lynch levantó una ceja, con expresión de extrañeza.

—Usted sabe que en estos momentos tenemos una expedición en el centro de la sierra, bajo el mando del teniente coronel Letelier —comenzó a explicarle Lagos—. Ese jefe nos ha exigido, en las últimas semanas, el envío de fuerzas que no estaban calculadas para esa misión. Y actualmente, tiene consigo a los batallones «Curicó» y «Bulnes», además de una compañía del «Buin», otra del «Santiago» y dos del «Esmeralda»; como también, un escuadrón del «Carabineros de Yungay» y cien jinetes del «Cazadores».

—¿Y, según su criterio, coronel, cuál ha sido el resultado de esa expedición? —inquirió Lynch. Lagos esquivó los ojos una fracción de segundo.

—Debo confesarle que no lo sé con claridad —le dijo—. Las comunicaciones con Letelier son lentas y difíciles. Lo único establecido es que derrotó y ahuyentó a las fuerzas de los coroneles Aduvire y Pereira en Huánuco y Cerro de Pasco, que después estableció su dominio sobre Junín, Oroya, Tarma, Jauja y La

Concepción, deteniéndose en los lindes de Huancayo, en donde se calcula está el general Cáceres con un ejército en formación.

—Decía usted que ha sido preciso enviarle fuerzas posteriormente. ¿Cuál es la razón?

El coronel Lagos vaciló.

—La verdad es, contralmirante, que la expedición de Letelier ha empezado a provocar el levantamiento total de las poblaciones de la sierra —le declaró sordamente.

El brillo de los ojos de Lynch delató su carácter fácilmente inflamable.

—A eso quería llegar, coronel Lagos —dijo con sequedad—. Nuestro Gobierno ha soportado numerosas y repetidas protestas de los agentes diplomáticos neutrales, que se quejan por los procedimientos arbitrarios empleados por el comandante Letelier a su paso por las ciudades de la sierra. Expresan que el jefe de esa expedición no ha trepidado en saltar por sobre todos los derechos, para saciar algo que podríamos llamar su codicia personal. ¿Puede decirme por qué no regresa Letelier?

—Porque, según mis informes, está empezando a ser rodeado por montoneras, guerrillas, poblaciones indias y también batallones de línea recientemente organizados. Cáceres, postrer esperanza de los peruanos, logró escabullírsenos hacia la sierra y su audacia ya se hace sentir.

Lynch emitió un gruñido significativo y se encaminó a su asiento frente al escritorio.

—La situación es tal como la sospechábamos en Santiago, coronel. Y la cláusula principal de mis instrucciones es sacar del escenario a Cáceres, en la forma que sea.

—Por el momento, lo primordial es salvar a la división de Letelier, que está expuesta a ser aplastada por miles de adversarios, que, aunque no son soldados, pesan por su enorme número —aventuró Lagos con acento lúgubre.

—Coronel —le expresó—, en los dos días que faltan para que usted regrese a Chile, le ruego que estudie conmigo todo lo referente a la reorganización del ejército expedicionario y a la forma cómo se está administrando al Perú. Mientras no ordenemos todo esto, no veremos claramente de qué medios disponemos para mantener aquí a una tropa tan numerosa y para negociar la paz.

La rapidez con que estaba acostumbrado a actuar Lynch quedó de manifiesto al día siguiente. Temprano, entregó un despacho que debía ser cursado inmediatamente al jefe de la guarnición de Chicla. En él ordenaba al capitán Araneda, del «Buin», que defendía Chicla, que mandara a buscar al comandante Letelier en donde se encontrase y le comunicase, de orden de la comandancia en jefe, que regresara a Lima al momento.

El conocimiento que todo el ejército tenía de la firmeza de carácter del contralmirante Lynch, actuó como un acicate para que las comunicaciones con la sierra volvieran a ser expeditas y rápidas. Dos horas más tarde se recibía la respuesta de Chicla.

> *Señor jefe del Estado Mayor General:*
> *El comandante Letelier se dice está en Cerro de Pasco. Se le comunicó la orden de regreso. El «Bulnes» ha llegado. Ayer se le mandó nuevamente la orden de marchar a ésta. Dios guarde a vuestra señoría.*
>
> *J. LUIS ARANEDA.*

En tanto se esperaba la obediencia de Letelier a la categórica conminación de poner fin a su campaña, espías diseminados por orden de Lynch dentro de las quebradas vecinas a Lima traían desmembradas informaciones que, sin embargo, permitían formarse una idea de las consecuencias de la aparición del general Cáceres en San Mateo. La presencia del caudillo en la provincia de Huarochirí provocaba una resurrección de las esperanzas de los hacendados y pobladores. Espontáneamente se agregaron a sus fuerzas las nutridas montoneras formadas por Adrián Medina, José Granados, Luis Tello, Juan Rivas, los hermanos Incháustegui y el cura de Cieneguillas, don Eugenio Ríos, temido en toda la región por el feroz despotismo con que manejaba a los indios.

Después de enviar hacia Ayacucho, bajo custodia, a los jefes de la expedición interceptada en San Mateo, informaban también los espías, Cáceres había recibido la misteriosa visita de un señor llamado Daniel Zapatel, quien le llevaba un mensaje secreto de numerosos notables de Lima, senadores y diputados del nuevo Congreso de Chorrillos. Aun cuando el caudillo no concedía validez alguna a tal Congreso, lo había escuchado en atención a que sus

poderdantes eran José de la Riva Agüero, Francisco Flores Chinaro, Luis García, José Cavero, Pablo Seminario, Alejandro Arenas y otros de igual nombradía en los círculos políticos de la capital.

La misión Zapatel era proponer al general un pacto, de acuerdo a las siguientes instrucciones:

1.º Los senadores y diputados que me han conferido su poder se comprometen de manera formal y solemne a trabajar en sus respectivas Cámaras, a fin de que el señor general don Andrés Cáceres sea elegido primer vicepresidente provisional, en el caso de que éste, con la fuerza de que es comandante, adhiera al Gobierno Provisional.

2.º El general Cáceres continuará ejerciendo el cargo de jefe político y militar de los departamentos del centro.

La respuesta que el caudillo dio a la proposición se comentó ampliamente en el campamento que éste había establecido en Parac, propiedad de José Ruiz. Según lo que pudieron captar los espías, Cáceres había dado al señor Zapatel una contestación inmediata, pese a las instancias del delegado para que lo meditara con calma.

«Siempre he considerado que es necesaria la unión de todos los peruanos y la desaparición de todos los partidos políticos y las ambiciones personales para procurar, de común acuerdo, la salvación de la dignidad de la república, asociándonos al único gobierno constituido por la voluntad nacional y reconocido por las naciones extranjeras, incluso por la república de Chile. Habiendo luchado al servicio de ese gobierno, a la cabeza del ejército peruano, hasta los desastrosos acontecimientos de San Juan y Miraflores, si es tiempo de celebrarse la paz, la república de Chile debe tratar con ese gobierno, al cual venció y cuyos preliminares de paz entabló con los plenipotenciarios nombrados al efecto, negociación interrumpida por los sucesos realizados en la capital».

Al mismo tiempo que el general se negaba a adherir y reconocer al gobierno de García Calderón, rechazaba enérgicamente el puesto de primer vicepresidente provisional, alegando no tener otra ambición que la de servir a su patria como soldado, dispuesto a defender su conveniencia, su honra y su integridad.

—Tendrá usted entonces que resignarse a seguir haciendo la guerra —le había advertido Zapatel.

—Es mi propósito —fue la respuesta de Cáceres—. Continuaré combatiendo mientras haya un patriota que me siga.

Esta actuación del caudillo sirvió para que en la mente de Lynch se aclararan las proporciones de su enemigo y comprendiera mejor el alcance de sus intenciones. Ello lo movió a acelerar la reorganización del ejército chileno, que había encontrado en un pie de gran relajación de la disciplina.

Pero, al mismo tiempo, no olvidaba ninguna de las obligaciones que le concernían como gobernante obligatorio del Perú. Su principal empeño consistió en normalizar la vida del país, para lo cual comenzó por establecer un sistema de administración de las rentas públicas, de la justicia, del aseo urbano, dándose tiempo también para mantener relaciones inteligentes con las representaciones diplomáticas extranjeras.

Su estampa elegante fue muy pronto popular en Lima, y aun los más acendrados enemigos de Chile reconocían su buen trato y su aplomada cortesanía.

Gastada la primera semana en estudiar la situación interna del Perú, Lynch volvió su atención a la fuerza expedicionaria de Letelier, que no había dado señales de vida, pese a la orden que se le enviara de regresar al momento. El contralmirante volvió a telegrafiar, ahora al comandante Méndez, jefe de Casapalca.

> *Mayo 28 de 1881. Haga usted un propio al comandante Letelier, y dígale que tan luego como cobre las contribuciones que ha impuesto se regrese inmediatamente, pues se necesita esa fuerza para proceder a la nueva organización del ejército. Dígale que creo conveniente que una parte regrese por Canta, para castigar a los vecinos que protegen a los montoneros que merodean por esos lugares.*

Lynch aguardó tres días una respuesta de Letelier, y como ésta no llegara, hizo llamar a su despacho al comandante Stuven, y le preguntó si estaba seguro de que el telégrafo a Casapalca funcionaba bien.

—Completamente seguro, señor contralmirante —le respondió Stuven—. Yo mismo lo probé al ser instalado.

Eso bastó para que la cólera del contralmirante estallara en toda

su violencia.

—Esto significa que el comandante Letelier se está burlando de mí —dijo, silbándole la voz—. ¿Cómo es que, habiéndole ordenado por dos veces regresar a Lima, no se digna siquiera a responderme?

Stuven dejó pasar unos momentos hasta que la irritación del jefe se aplacó; recién entonces, se decidió a participarle observaciones que desde hacía días giraban en su cabeza.

—Señor contralmirante, según investigaciones que he hecho personalmente, por telégrafo, desprendo que no se sabe en forma exacta cuál es el lugar donde se encuentra el comandante Letelier y a qué actividades está entregado. —Y agregó significativamente—: Pero viajeros que vienen de la sierra, extranjeros y pequeños comerciantes, comentan muchas cosas.

La mirada fría del contralmirante hizo interrumpirse al jefe de los ingenieros.

—Comandante Stuven, no acostumbro aceptar informaciones incompletas, ni menos cuando revisten la apariencia de chismes —le espetó el marino, lo que hizo enrojecer el rostro de por sí rojizo del ingeniero.

—No ha sido ésa mi intención, señor. No he sido más explícito porque las cosas que narran esos viajeros son tan confusas y evidentemente exageradas, que no se les puede dar crédito en su totalidad.

—Pues no me las repita usted. Sin embargo, estimo que, aunque no me las cuente, su deber como subordinado mío es el de expresarme la opinión que usted ha extraído de esos comentarios.

Stuven hubiera preferido girar sobre sus talones y dar por terminada la entrevista. Rabioso por tal situación de fuerza, dejó escapar libremente lo que bullía en su cabeza desde hacía unos días.

—Mi opinión es que el comandante Letelier y sus dos segundos están actuando en la sierra como caudillos tártaros. Destruyen los pueblos por donde pasan, imponen contribuciones de guerra a capricho y las cobran por los medios más violentos; se apoderan de los objetos de valor que descubren sus ojos, e incluso, sospecho que están haciendo negocios por su cuenta.

—¿Qué negocios son ésos? —le preguntó, y su voz sonaba como el chasquido de un látigo.

Se dice que quitan a los pobladores ganado, joyas, minerales y

otras cosas de valor y las venden a extranjeros, para provecho propio —declaró Stuven, comprendiendo que ya no podía echarse atrás.

—Conque para amparar esas indecencias esos jefes han tomado a la bandera de Chile y a su ejército —exclamó—. Pues mayor razón para hacerlos bajar cuanto antes. Practicaremos una investigación tan minuciosa, que vamos a hurgarles hasta el fondo de sus conciencias. Y ¡ay de aquel que no pueda exhibirse libre de cargos! Sin misericordia lo haré colocar ante un piquete de fusilamiento.

Despreocupándose de Stuven, pasó a la sala vecina y ordenó a su secretario que enviara un mensaje a Letelier, compeliéndolo categóricamente a regresar a Lima, bajo la amenaza de ser acusado al Ministerio de la Guerra de Chile.

Efectivamente, la actuación del comandante Letelier en el departamento de Pasco era agriamente comentada por los jefes y oficiales de las fuerzas bajo su mando. Aun cuando nadie podía precisar a qué actuaciones subrepticias estaba entregado, se sospechaba que no eran honestas, porque lo secundaba en ellas un chileno llamado Pedro del Solar, que no pertenecía al ejército por ser baldado de una pierna, y un italiano llamado Nicolás Vatuane, comerciante de minerales de una gran empresa internacional. Varios oficiales que se habían visto obligados a participar en misiones de requisamiento ordenadas por el comandante, susurraban a sus íntimos que éste se había guardado para sí varias cargas de plata en bruto, para negociarlas con el italiano Vatuane.

En tal estado de efervescencia se encontraba el campamento chileno en Cerro de Pasco cuando Letelier recibió la última conminación de Lynch para que regresara al instante a Lima. Recién entonces el jefe de la expedición se decidió a obedecer; pero, distraída su atención en aquellos otros asuntos ya mencionados, había dejado acumularse en torno a sus fuerzas elementos que actuarían decisivamente en contra de su retirada. Proyectó entonces concentrar las guarniciones de toda su línea estratégica. Pero la maniobra general no era tan simple. Las noticias que se recibían del sur pintaban la situación como mala. Según ellas, las compañías del «Esmeralda» se encontraban en un apremio en La Concepción, a punto de ser cercadas por las fuerzas de Cáceres. Por otra parte, los comandantes Romero Roa y Bouquet, que se habían alejado hacia el

norte de Huánuco, le avisaban que estaba prendiendo una gran agitación en los poblados indios de los contornos.

—Nos concentraremos en el centro de la línea, de cualquier modo —determinó Letelier—. Y, si es preciso, nos abriremos paso a filo de sable.

Pero su decisión era tardía. El mismo día en que Letelier enviaba un mensaje a las tropas del «Esmeralda» en La Concepción, ordenándoles que se replegaran a Oroya, desde el cuartel de Huánuco, al otro extremo de la línea, Hilario Bouquet le mandaba la primera de una serie de comunicaciones que irían pintándole claramente el crecimiento de la conflagración que habían provocado. El jinete del «Cazadores» que llegó del norte trayendo la noticia tuvo que ser desmontado de su caballo por dos soldados en la entrada del cuartel general de Cerro de Pasco. Avisado Letelier, corrió para oír la información de sus propios labios.

—¡Se han sublevado todos los pueblos indios que rodean a Huánuco, mi comandante! —jadeó el mensajero, derrengado por la desesperada cabalgata que había tenido que hacer.

El relato que obtuvo de labios del soldado permitió al comandante medir la magnitud del peligro en que se encontraba. Según éste, toda la guarnición de Huánuco se hallaba combatiendo y Bouquet pedía refuerzos inmediatos, pues contaba sólo con catorce hombres del «Esmeralda», que quedaron allí por enfermedad, con un batallón del «Santiago», con cien hombres del «Carabineros de Yungay» y unos pocos del «Cazadores». El levantamiento de los indios se había producido el día anterior, 28 de mayo, y la primera noticia de este hecho la tuvieron los catorce hombres del «Esmeralda» que se encontraban en la aldea de Huanaca. La sublevación se había producido en el pueblo vecino de Cajamarquilla, desde el cual los indios marcharon al asalto del pequeño destacamento. Los atacantes eran alrededor de seiscientos, lo que obligó a los soldados chilenos a parapetarse en las casas de piedra. Durante tres horas seguidas dispararon sin interrupción, a tal extremo que los fusiles recalentados les quemaban las manos. Por fin, incapaces de reducir a los esmeraldinos, los asaltantes se retiraron, dejando en las callejuelas unos cincuenta muertos. Obligados a abrirse paso para regresar a Huánuco, los catorce del «Esmeralda» salieron de sus parapetos y emprendieron la

persecución de los indios hasta Cajamarquilla; se apoderaron del pueblo y lo incendiaron, como un medio para cubrir su retirada a Huánuco.

Bouquet no dio mucha importancia a ese ataque, creyéndolo un caso aislado; pero los exploradores avanzados hacia el sur regresaron al cuartel a matacaballos, para prevenirlo de que también se habían alzado los indios del pueblo de Vilcabamba, situado a muy corta distancia de Cerro de Pasco.

Letelier entonces sí que se sobresaltó. La sublevación de los pobladores de Vilcabamba, punto al que convergían los indios de todos los poblados y aldeas de los contornos, representaba el peligro de que quedaran cortadas las comunicaciones entre Huánuco y Cerro de Pasco. Este temor le fue confirmado por el mensajero:

—En el trayecto hacia acá supe que los indios se han lanzado a los cerros para cazar a los destacamentos chilenos que encuentren. Y tengo que advertirle, mi comandante, que el cura y los dueños de las haciendas vecinas les han estado proporcionando armas, según me enteré por un falte alemán que encontré en el camino.

Letelier se lanzó al libro de órdenes, en que estaban anotados los movimientos de sus tropas. En él pudo ver que el teniente Ilabaca había salido al amanecer hacia Alcacocha, al frente de veinte cazadores a caballo. «Es difícil que logren encerrar a veinte jinetes», se dijo el comandante; pero al leer el renglón siguiente, dio un salto. Allí se estampaba que el capitán Troncoso era esperado para aquella tarde, viniendo de Huamalies, con cuatro soldados del «Buin» y dos del «Carabineros de Yungay». Y la ruta que deberían seguir era la del poniente de las montañas de Cerro de Pasco.

—¡Por mil diablos, van a caer directamente dentro de la masa de indios sublevados! —barbotó el comandante.

En ese momento asomaba a la puerta de la comandancia el mayor Barahona, para advertirle que la gente estaba formada en el patio.

—¿Cuáles son las tropas que están más descansadas, mayor? —le consultó, anhelante.

El oficial hizo un análisis mental y le contestó:

—Tenemos cincuenta hombres del «Esmeralda», que han quedado aquí bajo las órdenes del subteniente Carlos Marín. Pero veinte de ellos andan patrullando en estos momentos por

Buenavista, hacia el sur.

—Mándeles un propio con la orden de que regresen al momento a Cerro de Pasco. Entretanto, enviaremos hacia Vilcabamba a los treinta que están aquí con Marín —dispuso el comandante, y preguntó—: ¿Los cazadores que se llevó el teniente Ilabaca, cuándo deben estar de vuelta en el cuartel?

—Esta noche, mi comandante.

—Bien. Ésos partirán mañana hacia Vilcabamba también.

Pero antes de que los soldados se presentaran en el patio, se produjo en la puerta del cuartel un gran revuelo. Los centinelas acababan de avistar, entrando al pueblo, a Troncoso con sus seis soldados.

—Vienen tumbados sobre sus caballos —le aclaró el jefe de la guardia, que le traía la noticia, dándole a entender con eso que llegaban heridos. Letelier avanzó hacia ellos al trote, sin importarle su rango.

—Capitán Troncoso, ¿que les ocurrió? —preguntó al jefe del piquete, cuando estuvo a su lado.

El oficial hizo un esfuerzo para erguirse sobre la silla y le respondió, casi sin voz:

—¡Nos atacaron los indios, mi comandante! Tienen cortados todos los caminos hacia Huánuco.

Troncoso echó pie a tierra y se quedó tambaleando junto al comandante. No estaba herido, pero había recibido una pedrada disparada con honda, que le dio detrás de una oreja y estuvo a punto de aturdirlo.

El comandante se apresuró a interrogarlos sobre la forma en que se había producido el ataque.

—No sé cuántos serían, pero calculo que más de mil. Nos hicieron llover encima de las cabezas una enormidad de esas condenadas galgas, que habían acumulado de antemano. Desde el primer instante vimos que la retirada era imposible. No nos quedó más remedio que abrirnos paso peleando. Dejamos a un carabinero y a un buin al cuidado de los caballos, y, haciéndoles quites a las galgas que caían rodando, los cinco restantes empezamos a trepar por un lado de la quebrada, disparando sin cesar. A rastras llegamos arriba, sin aliento, pero vivos. En cambio, los dos compañeros que dejamos al cuidado de los caballos fueron acribillados a balas de

escopeta y luego reventados por las piedras. Quizá la rabia de contemplar aquello fue lo que redobló nuestras fuerzas. Peleamos casi sin interrupción durante unas tres horas, tumbándonos en el suelo para descansar cuando nos dejaban una corta tregua. Eran tantos y tan apiñados, que no errábamos tiro. No sabría decirle cuántos matamos, mi comandante.

—¿Y huyeron los indios, después?…

—Huyeron un corto trecho —prosiguió el capitán—. Entonces bajamos al fondo de la quebrada y recuperamos nuestros caballos. Pero estábamos cargando los cadáveres de nuestros desdichados compañeros cuando volvieron a aparecer esos malditos. No obstante, se veía que estaban asustados, y cuando les disparábamos se escondían. Eso nos permitió seguir marchando hasta aquí. Es cuanto puedo informarle, mi comandante.

—Y me basta, capitán —aceptó Letelier con expresión cargada de rencor—. ¿Se siente usted con fuerzas para guiar hasta el sitio del ataque a un destacamento numeroso?

El agotado oficial lo miró con extrañeza, sin poder creer que el comandante fuera tan inhumano como para exigirle más viendo el estado en que llegaba. No obstante, le respondió, con resignación:

—Para guiarlos, sí, señor; pero luchar no podría, porque estoy extenuado.

El jefe no hizo caso de la quejosa observación del oficial y ordenó:

—¡Un caballo de refresco para el capitán Troncoso!

Sin desmontar, el subteniente Carlos Marín saludó al comandante y le participó que ya estaba listo para partir el destacamento del «Esmeralda».

—Bien, teniente. El capitán Troncoso tomará el mando de la columna y la llevará al lugar donde están los sublevados. A ustedes encomiendo hacer un escarmiento ejemplar en esos indios, que se han atrevido a matarnos a dos hombres. Persíganlos hasta sus últimas madrigueras y destrúyanselas todas. Tan pronto regrese la patrulla del «Esmeralda» que anda en Buenavista, se la enviaré como refuerzo, y añadiré a los veinte cazadores que andan con el teniente Ilabaca. Si por un azar desventurado se ven ustedes envueltos por una masa de enemigos tan nutrida que no puedan batirla, avísenme e iré a apoyarlos con todos los hombres que

tenemos en Cerro de Pasco.

Los dos oficiales asintieron, cuadrándose ruidosamente. Caían las luces del crepúsculo de aquel mismo día, cuando dos jinetes detuvieron sus cabalgaduras sobre la cumbre más alta que domina la laguna Lauricocha y tendieron el oído hacia el sur. A través del aire diáfano, transparente como un cristal, se escuchaba vago y lejano el chisporroteo de una fusilería. Los exploradores se miraron extrañados. Aun cuando traían sus uniformes cubiertos con amplias mantas indias, el cañón de las carabinas en bandolera y la vaina de los sables asomando paralela a las botas los denunciaban como soldados. Eran el mayor Rodríguez y su ordenanza Acosta, que regresaban de explorar el territorio de la alta puna, los poblados indios de Margos, Chaulán, Jesús y Cauri. La impresión que habían recogido era de tal manera alarmante, que prefirieron marchar directamente a Cerro de Pasco, para avisar a Letelier, en lugar de regresar a Huánuco, de donde habían partido por orden del comandante Bouquet. Esa impresión se veía ahora confirmada por los disparos que resonaban a gran distancia y que podían oír gracias a la delgadez del aire.

Abriendo un poco el cuello de su manta, para dejar al descubierto su boca, Rodríguez observó a su ordenanza:

—Están peleando en alguno de los caseríos del sur, Chaupimarca, Chacayún o Tapuc.

—Los indios no tienen tantos fusiles, como para disparar en forma tan nutrida —razonó Acosta—. Tienen que ser los nuestros, que están corriéndoles balas.

Sin ninguna palabra, que era innecesaria entre ellos, el oficial hizo señas al ordenanza de reiniciar la marcha, y comenzaron a trotar, tomando como guía la dirección de donde provenían los disparos. Durante poco más de media hora cabalgaron sostenidamente por el lomo de las montañas, hasta llegar a un promontorio desde el cual dominaban una gran extensión.

Abajo, en dirección sureste, se divisaba una columna de humo alzándose en espiral hacia el cielo.

—Es el pueblo de Vilcabamba, que está terminando de arder — determinó el mayor, con la diestra atravesada sobre los ojos a modo de visera.

Hacia la derecha de aquella humareda, en una hondonada

vecina, se veía otra nubecilla de humo que empezaba a levantarse.

—Ése es el caserío de Visco —indicó Rodríguez.

—La rosca está ahora allá abajo, en el pueblo de Cuchis —dijo Acosta.

El oficial sacó sus anteojos de campaña y observó en la dirección señalada. Hizo una mueca de desagrado.

En los focos de los binoculares aparecían claramente decenas de cadáveres desparramados en las callejuelas de la aldea.

—¡Qué espantosa matanza!… —exclamó—. El suelo está sembrado de muertos, indios y chilenos.

—Los compañeros le han *atracao* fuego al poblacho —comunicó a su superior, pero el mayor ya se había percatado del hecho.

—La matanza ya está terminando aquí —razonó Rodríguez—. Es preferible que aprovechemos esta tregua para deslizarnos hasta Cerro de Pasco.

Letelier dio un feroz puñetazo en su escritorio al confirmar que todos los pueblos indios del interior de Huánuco se habían sublevado también.

—No se han decidido a atacar todavía, mi comandante —le especificó Rodríguez—, pero no dejarán pasar muchos días sin cerrarse en torno a la guarnición del comandante Bouquet.

Letelier no se explicaba de dónde podían haber obtenido esas armas, a lo que el explorador le aclaró que seguramente se las enviaba el Comité Patriótico desde Lima.

—Las han transportado, posiblemente, los oficiales del ejército que los mandan —agregó.

—¡Oficiales del ejército regular! —exclamó el comandante estupefacto.

—Sí, señor; y vestidos con el uniforme que tantas veces tuvimos delante de nuestros fusiles en Tarapacá, Chorrillos y Miraflores.

Letelier profirió una maldición en voz baja y se quedó inclinado sobre el escritorio. Recién venía a caer en cuenta del disparate que había cometido diseminando sus escasas fuerzas a lo largo de centenares de kilómetros, desde Huánuco hasta La Concepción. Para colmo de males, Rodríguez le comentaba en ese momento:

—Si el levantamiento de los pueblos del norte es dirigido con mediana pericia, será un milagro que nuestras tropas logren salir de aquí.

El comandante lo miró con desagrado, adivinando que el oficial se daba cuenta de la magnitud de su imprudencia, y le gritó, cual si tuviera alguna culpa:

—¡Lo que necesito es que me envíen refuerzos y me protejan la retirada hasta el ferrocarril de Chicla! ¡Usted, que tiene esa habilidad tan especial para filtrarse por todas partes sin que lo vean, va a encargarse de conseguírmelos! Tome caballos frescos y parta hacia Casapalca. Allí está el comandante Méndez. Dígale que me envíe todas las tropas que pueda, y, si no las tiene, que las pida apresuradamente a Lima. ¡Pero que vengan esos refuerzos! ¡Que vengan!

El explorador se llevó la diestra al quepis, pero en su rostro había una expresión en que se mezclaban la burla y el menosprecio.

—Partiré al momento, señor —le aseguró—. Pero deseo pedirle que me permita seguir hacia Lima después.

Letelier manoteó descontroladamente en el aire, como queriéndole decir que lo que hiciera después no le importaba un ardite. Rodríguez partía aquella misma tarde hacia Casapalca, acompañado por su ordenanza. Algunas decenas de kilómetros antes del pueblo minero de Oroya se lanzaron a la travesía de la cordillera occidental y bajaron a Casapalca dos días después de haber dejado Cerro de Pasco.

El mayor Méndez, que servía las funciones de jefe de la plaza, se puso rojo de ira al conocer la orden que le enviaba Letelier.

—¡Ése hombre está loco! —vociferó—. Él, con su despotismo, ha atracado la mecha al barril de pólvora y ahora pide ayuda.

Rodríguez tuvo que entrar en largas explicaciones para aplacar al jefe de la guarnición. Durante el trayecto le había sido posible oír los comentarios que hacían los comerciantes neutrales que descendían hacia el sur, huyendo del peligro. Todos ellos aseguraban que el levantamiento indio en Huánuco y Cerro de Pasco iba a adquirir una magnitud y una ferocidad tales, que sería incontenible.

—¿Y acaso cree usted que eso es todo? —gritó Méndez, cada vez más iracundo, hurgando atolondradamente entre los papeles que

cubrían su mesa de campaña, sacó varios comunicados, que estrujó en su diestra, considerando innecesario dárselos a leer al explorador —. ¡Mire, mire! Éstos son los últimos partes que me enviaron los comandantes Romero Roa y Anacleto Lagos desde Tarma y Oroya. ¡Están acosados por el ejército de Cáceres! ¿Me oye usted? Romero Roa tuvo que evacuar La Concepción y refugiarse en Jauja, y, más tarde, se vio obligado a seguir replegándose hacia el norte.

—¿Y los muchachos del «Esmeralda» que estaban en La Concepción? —quiso saber Rodríguez.

Méndez esbozó un gesto fastidiado, deslindando la responsabilidad.

—Yo no lo sé; para mí todo es confuso ahora. Letelier encendió la chispa de la guerra total en estas montañas y ahora está con la mitad de sus fuerzas encerradas en el norte y la otra mitad acosada en el sur. ¡Sólo el diablo sabe cómo podrán salvarse!

Rodríguez comprendía perfectamente la gravedad de la situación. Si se completaba la sublevación de la sierra en su totalidad, toda posibilidad de paz moriría allí. No quedaba, pues, sino concentrar rápidamente las dos alas de la línea chilena sobre Tarma y Oroya para hacerlas regresar a Casapalca y Chicla, en donde los soldados tomarían el tren que los conduciría a Lima. Sin embargo, el explorador tenía la certeza de que esa reconcentración, pese a lo asegurado por Letelier en un momento de terror, no se haría, de no meditar órdenes categóricas, emanadas del comandante en jefe Patricio Lynch. Y para explicar a éste la urgencia de tal medida, era imprescindible bajar a Lima y hablarle personalmente. De acuerdo con su pensamiento, descendió desde Casapalca a Chicla. Más tarde, ya en el tren, las ideas le giraban como torbellino en el cerebro.

Como era de esperarse, Lynch lo recibió de inmediato al saber que venía del campo de operaciones en la sierra, y escuchó sus informes con las mandíbulas apretadas por la sorda cólera que lo iba invadiendo.

—¡Lo suponía! —exclamó—. Las protestas que me han hecho llegar los representantes diplomáticos extranjeros pintan muy claramente las atrocidades y la falta de acierto con que el comandante Letelier ha llevado adelante esta campaña. ¿Estuvo usted en Vilcabamba, en Visco o en Cuchis, mayor Rodríguez?

El explorador hizo un signo de asentimiento.

—Aquí tengo una relación completa de lo que ocurrió allí —continuó el jefe—. Me la envió el cónsul de España. Escuche usted alguno de los párrafos que contiene —dijo a Rodríguez, y comenzó a leer:

> *«Un soldado estaba solazándose viendo arder una casa de Visco, cuando su dueño, Carmen Venturo, salió de su escondite, se abrazó del incendiario y se precipitó con él a las llamas. Una mujer que estaba refugiada en un corral vio que un soldado, que acababa de incendiar su casa, se agachaba para tomar agua en un manantial. Aprovechó la actitud desfavorecida de éste y le aplastó la cabeza con una piedra, acto que pagó con su vida. Un grupo de soldados encontró a una mujer oculta en unos matorrales; estaba encinta y acompañada de tres criaturas. Después de ultrajarla, le abrieron el vientre de un tajo y le sacaron…».*

El contralmirante estrujó el papel entre sus dedos, con una mueca de profundo asco, y estrelló el puño sobre el escritorio, haciendo tamborilear el tintero y las plumas. ¿A qué seguir?… ¿A qué seguir? —exclamó varias veces fuera de sí.

Rodríguez permaneció en silencio; después le dijo con firmeza y serenidad:

—Señor contralmirante, perdóneme si me atrevo a opinar; pero debe usted hacer que la expedición regrese cuanto antes. El furor de las poblaciones serranas es de fieras acosadas. Los indios no tienen concepto de patria, como lo entendemos nosotros, pero adoran su pedazo de tierra. Por otra parte, obedecen fanáticamente a sus párrocos. Esos dos factores, a los que suma que manos invisibles les están haciendo llegar armas, los han convertido en enemigos feroces, porque son de una crueldad y una barbarie infinitas, propias de su hondo primitivismo.

—¿Acaso cree usted que no conozco esos antecedentes, mayor? —le replicó el marino—. Tres veces he remitido al comandante Letelier la orden de regresar al momento. Y sólo recién ahora he recibido un comunicado de él en que se diluye en consideraciones sobre la situación general del Perú. ¡Oh, gran farsante!…

El temor por la suerte de los soldados primaba sobre el enojo de

Lynch, haciéndolo volver a la serenidad. Quiso enterarse de cuál era la ruta más apropiada para que las tropas salieran del acoso en que se hallaban, con los menores riesgos.

El jefe de exploradores meditó unos instantes y se encaminó al mapa geográfico clavado en el muro, tras el sillón del comandante en jefe.

El comandante en jefe comprendió que era necesario enviar tropas frescas a fin de que mantuvieran expedito el paso a las tropas en retirada. Sin pérdida de tiempo, redactó un comunicado, dirigido al mayor Méndez, en el que le ordenaba trasladar a unos cien hombres fogueados desde Casapalca a Las Cuevas, con la misión de mantenerse allí hasta que las fuerzas de Letelier hubieran pasado.

—Le aseguro, mayor, que los culpables del desastre de esta expedición van a oírme y van a conocer cómo castiga Patricio Lynch a los que desprestigian nuestras armas.

—Las tropas y sus oficiales han dado de sí mucho más que en ninguna otra ocasión, señor contralmirante —le argumentó Rodríguez, en defensa de sus compañeros, y agregó—: La guerra en las alturas de la breña es atroz.

El rostro de Lynch se suavizó. Comprendía a quiénes alcanzaba la defensa del oficial y a quiénes excluía.

Dos mensajes telegráficos salieron del Palacio de Gobierno de Lima minutos más tarde. Uno era el que Lynch mandaba al mayor Méndez; el otro iba dirigido al comandante Letelier y rezaba lo siguiente:

> *Comandancia en Jefe del Ejército del Norte.*
> *Lima, 2 de junio de 1881.*
>
> *Señor: He recibido su nota fechada en Cerro de Pasco el 28 del pasado y dirigida al comandante en jefe del ejército; por ella veo que U. S. no debe haber recibido las órdenes terminantes, que se han remitido a Chicla por telégrafo, en las que se decía le ordenaran a U. S. regresara a la mayor brevedad a ésta con la expedición. Por consiguiente, debe limitarse a U. S. a reunir sus fuerzas y ponerse en marcha, en cumplimiento de esas órdenes, y prescindir de hacer consideraciones sobre la situación interna, política, del Perú. Espero que tan pronto reciba ésta, dará U. S.*

cumplimiento a la orden de marcha ya indicada.
Dios guarde a U. S.

PATRICIO LYNCH.

Al señor comandante Ambrosio Letelier, jefe de la Fuerza del Interior.

El mayor Méndez se afeitaba, entre maldiciones por la falta de jabón y lo mellado de su navaja, cuando su ayudante, el subteniente José Dolores Ríos, entró en la casucha de calaminas que servía de alojamiento al jefe de las fuerzas de enlace de Casapalca.

El mayor, que estaba en camiseta, lanzó un grito de fastidio cuando el subalterno abrió la puerta.

—¿Quiere que me pesque una pulmonía por causa de este maldito clima? —vociferó—. Hace cuatro días que llueve a cántaros o nieva o sopla este viento del demonio que corta las carnes.

El subteniente se excusó en voz baja y extendió al lado del pedazo de espejo en que se contemplaba su superior el documento que traía consigo.

Méndez trató de leer la orden con un ojo, sin dejar de afeitarse; pero era demasiado extensa y se fastidió.

—Dígame quién la firma y de qué se trata —gruñó el oficial.

—La envía mi contralmirante Lynch —le explicó el joven— y dice en ella que las fuerzas que el comandante Letelier tiene en Cerro de Pasco y Huánuco descenderán en estos días por el lado de Canta, temiéndose que los montoneros escondidos en esa región intenten cortarle el paso en la garganta de Las Cuevas.

—Eso es lo más seguro —masculló Méndez, atento a no cortarse con la navaja.

—Ante cuya circunstancia —prosiguió el subteniente—, el comandante en jefe le ordena que envíe un destacamento, de unos cien hombres, a cuidar el paso de Las Cuevas, destacamento que deberá llevar bastante munición en mulas, para enviarlas, con algunos custodios, por la ruta de Canta a Junín.

Méndez volvió a emitir un gruñido. Imaginaba cuán necesitado de municiones debía estar Letelier, por obra de las continuas refriegas en que se había metido en las sierras de Pasco.

—¿Tenemos bastante munición en nuestro parque, ayudante?

—Sí, mi comandante, hay mucha.

El mayor terminaba de afeitarse, y, mientras se quitaba los restos de jabón con un paño, hacía consideraciones sobre las fuerzas que mandaría a cuidar el paso de Las Cuevas. Como el subteniente le recordara que había llegado el batallón «San Fernando» hacía dos días, meneó la cabeza rechazándolo.

—Nos quedan cien hombres del «Curicó»…

El mayor volvió a hacer un gesto negativo. También eran reclutas y no estaban fogueados.

—Entonces sólo cabe pensar en los ochenta hombres del «Buin» que trajo hace tres días el capitán López desde Tarma —le propuso el subteniente—. Pero con el trabajo que tuvieron en la dominación de los pueblos ubicados entre Tarma y Jauja, se tienen bien merecido un descanso.

Méndez hizo un gesto despectivo.

Calculaba que en los cuatro días que llevaban en Casapalca ya se habrían repuesto.

—Ésa es tropa en la que se puede confiar —y ordenó a su ayudante—: Llámeme al capitán López.

—El capitán López no es el jefe de esa tropa, mi mayor —le advirtió sonriente el oficial—. López pertenece al «3.º de Línea».

—¿Y por qué diablos anda al frente de soldados del «Buin»?

La explicación era que su verdadero capitán se había enfermado en la sierra y tuvo que quedarse en el hospital de Chicla. Una vez recuperado, se trasladó a Casapalca a hacerse cargo de su media compañía.

—¿Y quién es ese capitán? —quiso saber Méndez.

José Luis Araneda, que ha estado actuando como jefe de la plaza de Chicla, por orden suya, mi mayor —le recordó.

El jefe de la guarnición se dio una palmada en la frente.

—Bueno, si ya se ha mejorado y está en Casapalca, hágalo venir al momento. Él se encargará de ir con sus ochenta buines a custodiar el paso de Las Cuevas, y se mantendrá allí hasta que pase de regreso la división de mi comandante Letelier.

La partida de los hombres del «Buin» hacia su nuevo destino comenzó a realizarse de inmediato.

Cuando ya las tropas estaban formadas en el centro de Casapalca, dispuestas a romper la marcha, Méndez se acercó al jefe de ella, que esperaba su autorización para ponerse en movimiento.

—Capitán Araneda —le dijo, entregándole un papel en el que estaba esbozado un croquis—, lamento no poder proporcionarle un guía competente, porque todos los que disponemos están ahora en la sierra. Lo único que puedo darle para que se oriente es este mapa rudimentario que me dejó el mayor Rodríguez. Lo vino dibujando a medida que descendía de Cerro de Pasco por el sendero que pasa por Canta, de modo que se puede considerar exacto.

Araneda examinó cuidadosamente el papel, y después meneó la cabeza con aire dubitativo: no entendía bien los nombres de los lugares que había anotado Rodríguez, escribiendo sobre su caballo. Con un gesto llamó a su lado a un indio haraposo, de edad indefinible, que estaba junto a la columna.

—Es un arriero antiguo, que, me han dicho, conoce muy bien la región —explicó el mayor—. Aunque no se puede confiar mucho en él, porque se pasa la mayor parte del tiempo borracho como una cuba, creo que nos ayudará bastante. ¿Cómo dijiste que te llamabas, cholo? —preguntó al hombre que ya llegaba junto a él.

—Nicanor Mella, señor.

—¿Conoces bien el camino a Las Cuevas? —le consultó el mayor Méndez.

—¡Sí, señor, sí! —le respondió servilmente el arriero—. Lo he recorrido tantas veces como pelos tengo en la cabeza.

—A ver si reconoces estos nombres —le propuso Araneda, y empezó a descifrar lentamente los que aparecían escritos en el croquis—: Ponabamba, Marcapomacocha, Corpacancha, Quilacocha…

El arriero, que a cada nombre había respondido con una inclinación de cabeza y un gruñido aprobatorio, agitó las manos al oírle leer el de Quilacocha.

—No, señor, no —le rebatió—. El paso de Las Cuevas queda justito entre Quilacancha y Quilacocha. En ese tramo de la cordillera cierra el camino y hay que pasar por un portezuelo abierto entre dos montañas muy altísimas, señor. Ese desfiladero es el que se llama Las Cuevas. ¿Me entiendes, señor?

Araneda le consultó enseguida si en aquel sitio podía alojarse la tropa.

El indio aprobó sonriendo estúpidamente. Según él, en aquel lugar los siervos del Inca habían levantado una fortaleza, una

«pucara», o tal vez un tambo grande. A través del tiempo, la construcción se había ido derrumbando, pero aún quedaban las ruinas de sus muros, unas pircas altas de piedra, redondeadas por el viento que las lamía eternamente.

—¿Se da cuenta del sitio en donde se instalará, Araneda? —le hizo notar Méndez.

El capitán no dijo nada, pero imaginaba lo que sería su permanencia en aquel desamparado lugar a más de tres mil quinientos metros de altura.

—Pero habrá algún otro sitio donde establecerse —aventuró el jefe de los buines, sin esperanza de obtener una respuesta afirmativa.

—Otros sitios hay, es claro, capitán —le contestó el indio, dejándolo estupefacto—. Pero son las casas de los señores.

El mayor Méndez prestó atención.

—¿A qué distancia de Las Cuevas están esas casas? —le inquirió fuertemente interesado.

El cholo se rascó la pelambrera, sucia de polvo y transpiración, como si realizara un arduo cálculo mental.

—Pues, mirando desde Las Cuevas para abajo, se las ve ahí mismito. Me creo que estarán a un tiro de fusil, pues.

Méndez lanzó una palabrota y luego se puso a reír.

—¡Haber comenzado por ahí, cholo leso! —exclamó sin animosidad, y volviéndose a Araneda le insinuó—: Si le es posible, aloje a sus tropas en esa hacienda.

—Los informes de este cholo me vuelven el alma al cuerpo, mi comandante —sonrió—. Ya me escalofriaba pensando en que iba a tener que aguantarme una semana a plena intemperie en esas alturas.

Tranquilizados a ese respecto, los dos jefes se saludaron y el capitán entregó a su superior el rol de la tropa que llevaba. Siendo éste un trámite de rutina, Méndez pasó rápidamente los ojos sobre la lista de oficiales y soldados.

—Llevará usted también a mi ayudante, el subteniente José Dolores Ríos, quien nos servirá de enlace —le indicó, y añadió aquel nombre en la lista, con sus propias manos. Al hacerlo, leyó el resumen del rol: *Un capitán, tres subtenientes, setenta y ocho hombres de tropa y un corneta*.

—El corneta es un muchacho de diez años, llamado José Avelino Águila —le advirtió el capitán, que había seguido la dirección de sus ojos. Y añadió sonriendo—: Usted conoce a ese tipo de niños, productos característicos de los regimientos antiguos. Éste se crió en el cuartel del «Buin».

Méndez lo buscó distraídamente en la formación de soldados. Era un muchachito moreno y regordete, al que su corneta le quedaba tan grande que le colgaba desde el cinturón hasta las rodillas. Esbozó una sonrisa bonachona al observarlo; después, volvió nuevamente su rostro hacia el capitán y le dijo:

—Bien, parta usted, y actúe con cautela. Le concedo las más amplias atribuciones para ubicar y mover a su gente en la forma que estime conveniente, pero, por nada del mundo, desguarnezca el paso de Las Cuevas hasta que lo haya traspuesto la división del comandante Letelier.

—Confíe usted en mis buines, mi comandante. Nos clavaremos en el paso de Las Cuevas, en la hacienda de… —recién se dio cuenta de que no sabía el nombre de aquélla. Volviéndose al arriero, se lo preguntó.

—La hacienda Sangrar, pues, señor —le informó éste, con su eterna sonrisilla boba, y repitió—: Sangrar, pues, señor.

Minutos más tarde, el destacamento de ochenta y tres hombres rompió la marcha y se alejaba de Casapalca por un sendero que subía serpenteando hacia el norte. Méndez extendió la hoja del rol y escribió en la parte inferior, con letras grandes: Destino: *Hacienda Sangrar*.

12

Descendiendo del tren del Callao en la estación de Viterbo, en Lima, un militar alto y huesudo, cuyos hombros lucían las charreteras de general del ejército chileno, se abrió paso orgullosamente entre la muchedumbre de viajeros y vendedores que llenaban el andén. Su gran barba blanca, su nariz agresiva y sus pupilas grises le conferían tal dignidad, que la gente le cedía el paso. Un metro detrás de él marchaba un capitán joven, también de barba, aunque la suya era negra y rizada. Al salir del viejo recinto de la estación, el capitán se adelantó, y con ademán autoritario llamó a un cochero, quien acercó su destartalado vehículo, y ambos militares subieron. El oficial le indicó:

—Llévenos al cuartel del regimiento «Esmeralda».

—Perdónenme los señores oficiales, pues —le contestó el cochero, volviéndose hacia el interior del vehículo con aire confundido—, pero no sé dónde está instalado ese regimiento, pues. Lo señores comprenderán…

El general, que estaba acomodándose en el asiento, se encocoró con ademán soberbio:

—¿Cómo? ¿Hay alguien en Lima que no sepa dónde está el cuartel de mi regimiento «Esmeralda», eh? —exclamó ofendido—. ¿Del más brillante cuerpo del ejército chileno, del más aguerrido, del más pundonoroso, eh?…

—El señor general perdone, pero hay tantos…

—¡Basta! Llévenos a la Escuela de Artes y Oficios. Ahí está acuartelado el «Esmeralda».

—Sí, señor, sí —acató el cochero, amedrentado—. Con permisito, los llevo *corriendito*.

Mientras el coche corría, a barquinazos, sobre el empedrado

irregular, el capitán se volvió hacia el veterano, y le dijo, volviendo sobre un tema que ya habían discutido:

—¿Insiste en llegar por sorpresa, mi general?

—¿Y porqué no, ayudante? Es cierto que ya no soy el comandante del «Esmeralda», pero en el fondo de mi corazón sigo siéndolo, y mis niños deben sentirlo igual. Por lo demás, el coronel Holley sabrá no enojarse, especialmente cuando se entere del objeto honroso de mi viaje desde Santiago. —Haciendo un gesto impaciente con la diestra, le señaló al cochero, que guiaba con pereza—. ¡Apúrelo, ayudante, que me consumen las ansias de contemplar las filas rectas e impecables de mi regimiento!

El coche se detuvo a una cincuentena de pasos del portón de entrada de la Escuela de Artes y Oficios. Los dos militares descendieron parsimoniosamente y el viejo jefe de barbas caprinas se alisó la guerrera con un tirón seco de su mano izquierda, después se tomó la otra mano, que le colgaba laxa, y la embutió en la junta de su abotonadura. Por último, hinchó el pecho y, tieso como una lanza, avanzó a largas y firmes zancadas hacia los dos centinelas. Éstos, viéndolo acercarse, le presentaron armas automáticamente. Pero uno de ellos, al reconocerlo, abrió desmesuradamente los ojos y gritó con entusiasmo:

—¡Cabo de guardia, mi general Amengual!…

Atropellándose atolondradamente, soldados de la guardia formaron en dos filas a ambos costados del zaguán. Las manos temblándoles en sus fusiles, rindieron honores al general Amengual, que volvía a su regimiento, después de tantos meses de ausencia.

El soberbio veterano pasó por entre las dos filas a trancos lentos y con la mano izquierda en el borde del quepis. Su rostro iba de uno a otro lado, y sus ojos grises, penetrantes, observaban las caras de los soldados, manifestándose su satisfacción a medida que los reconocía. Entre tanto, el corneta de órdenes se desgañitaba soplando en su bronce el toque de «llegada de general», alternando con el de «formación de tropa». En pocos segundos, el cuartel se transformó en un avispero. El coronel Holley salió apresuradamente de la comandancia, seguido por su ayudante, que no era otro que su hijo, el capitán Jacinto Holley, y se encontró frente al «manco glorioso», justamente cuando éste asomaba su rostro aquilino en la arcada que daba al patio.

—¡Mi general Amengual!… —Se cuadró con brío.

—¡Coronel Holley!… —El veterano quiso decir algo más, pero no le respondió la garganta, en la cual parecía habérsele puesto un nudo, y se limitó a repetir emocionadamente—: ¡Coronel Holley!

—Bienvenido al regimiento «Esmeralda», mi general —seguía saludándolo el dueño de casa—, ¡Enhorabuena!…

—Aquí estamos de vuelta… Como siempre, «el viejo» Amengual y su sombra fiel, mi ayudante, el capitán Patricio Larraín Alcalde. ¡Pero basta de protocolo! Coronel Holley, deme un abrazo. Y ustedes, ayudantes, abrácense también.

Ante los ojos emocionados de la tropa, los dos veteranos que habían conducido el regimiento a través de todas las campañas de la guerra, se fundían en un viril abrazo, que los hermanaba en el cariño de sus soldados, y un grito espontáneo brotó de las filas:

—¡Viva mi general Amengual!

—¡Mis niños! —musitó emocionadamente el veterano, y, de pronto, en un arranque un poco pueril, pidió al coronel que lo autorizara para revistarlos—. Así, informalmente, como una visita —se disculpó.

El jefe titular del regimiento accedió sonriente, luego se volvió hacia su ayudante, y le secreteó vivamente:

—Jacinto, corre por detrás de las filas, y ordena al jefe de la banda que toque nuestro himno cuando el general comience su revista.

El capitán partió a la carrera.

Entretanto, Santiago Amengual llegaba a la punta de la formación, y adoptaba su aire más marcial y solemne para comenzar su desfile ante la tropa.

En el momento exacto en que el viejo general y su ayudante marcaban el primer paso frente a las filas, la banda de músicos del «Esmeralda» rompió con los sones del *Adiós al 7.º de Línea*, la marcha legendaria que llegaba al alma de los esmeraldinos.

El «manco» Amengual se estremeció, igual que si le hubiesen aplicado puntas de fuego, y aunque trataba de mantener una expresión adusta, no podía evitar que su rostro irradiara el inmenso cariño que sentía por sus soldados.

Había llegado al centro de la línea, y se detuvo, haciendo sonar vigorosamente sus tacones. Recto como una espada, con el rostro

echado un poco atrás, alzó su voz imponente, y gritó a los soldados:

—¡Mis infantes de bronce del regimiento «Esmeralda», vuestro viejo comandante Amengual os saluda! ¡Buenos días, regimiento!

—¡Buenos días, mi general!…

¡Mi «7.º de Línea»! —prosiguió el general, transfigurado por la corriente avasalladora de su emoción—. ¡Ahora sí!… ¡Por fin, ahora es verdad! Soldados, durante muchas semanas, al comenzar la guerra, cuando la oficialidad y yo nos empeñábamos en hacer de ustedes verdaderos guerreros, les hablé con orgullo de mi viejo regimiento «7.º de Línea», que comandé en la campaña de la Araucanía. Entonces fui despectivo y vanidoso al compararlos a ustedes con mis soldados de antes.

—Lo hice porque quería despertar el amor propio de ustedes y también —¿por que no confesarlo?— porque creí que nunca llegaría a tener otros soldados como aquéllos. Después vino la guerra y los vi combatir a ustedes. Entonces, en Tacna, en Chorrillos, en Miraflores, grité a todos los vientos, con el orgullo máximo: ¡Éstos son mis soldados, tan buenos o mejores que los antiguos!… ¡Éstos son mis séptimos!

—Vuelto a Santiago, mi empeño no ha sido otro que conseguir que el Gobierno, el Ministerio de la Guerra y nuestro pueblo les reconozca la cuota de valor y de sangre que ustedes dieron en esta guerra. ¿Y cuál era la forma de premiarlos? ¡Una sola! Conceder a este regimiento el honor de ser calificado como un cuerpo de línea. La justicia y el destino han querido que esto fuera realidad: y vean ustedes cómo ha intervenido la mano de Dios en este premio: al Regimiento «Esmeralda» se le ha concedido el honor de incorporarse al ejército regular con el nombre de «7.º de Línea», el mismo título glorioso de mi antiguo batallón de la Araucanía. En maletín de documentos traigo el decreto correspondiente, expedido con fecha 8 julio de 1881. Por otra parte, he solicitado al Ministerio de la Guerra que este honor le sea entregado a nuestro regimiento en una gran ceremonia militar y pública.

Un emocionado silencio cubrió las filas al concluir de hablar el general. Entonces en un extremo de la formación, se elevó la voz vibrante de un oficial:

—¡Viva mi general Amengual!

—¡Viva!… —le corearon todos los hombres.

Amengual se retiró a la sala de la comandancia, presa de una emoción que le humedecía los ojos. Sólo después que hubieron transcurrido varios minutos en amable charla con Holley, recuperó la serenidad. Entonces pidió una descripción del estado del regimiento y se enteró de la ausencia de las dos compañías que maniobraban en la sierra.

—Bien me parecía que faltaban unos trescientos hombres, coronel —dijo a Holley, agregando—: Aunque ya no tengo mando de tropas, sigo en servicio activo y no he de permitir que me desbaraten a mi regimiento. Perdone que me exprese así, siendo usted su comandante, pero…

—No lo discuto, mi general; éste sigue siendo «su» regimiento —aceptó el coronel, sonriendo.

La preocupación de Amengual se enfocó directamente sobre la forma de hacer regresar a la segunda y tercera compañía desde la sierra. Las noticias que se recibían eran muy vagas y extraoficiales. Sin embargo, por Lima corría el rumor de que el destacamento chileno estaba cercado en los pueblos serranos y a punto de ser diezmado.

—¿Y podemos quedarnos tranquilos? ¿Podemos, hum? —exclamó Amengual—. ¡No, señores! Si dos compañías del «Esmeralda» están corriendo peligro allá arriba, acosados por los enemigos, todo el regimiento debe salir en su defensa. ¿Quiénes más autorizados para ir a rescatarlos que sus compañeros?…

Holley aprobó con una inclinación de cabeza. Ése había sido su pensamiento constante.

—Pues no perdamos tiempo —decidió inmediatamente el «viejo» Amengual, poniéndose de pie—. Acompáñeme usted ante el contralmirante Lynch y le pediremos que autorice al «Esmeralda» para subir a la sierra en busca de sus compañeros y para abrir paso a toda la expedición que ha quedado atrapada en las cumbres.

Sin demorarse un segundo más, arrastró consigo al coronel Holley hasta el Palacio de Gobierno y, con la impetuosidad que le era característica, se hizo introducir al despacho del comandante en jefe. Éste apenas tuvo tiempo de saludarlo cuando el autoritario veterano ya estaba exponiéndole la razón de su visita y exigiéndole su orden para que el «Esmeralda» partiera hacia el departamento de Junín.

Lynch lo escuchó pensativo y tardó unos segundos en responder a su requerimiento.

—¡El «Esmeralda»! —exclamó por fin, con cierto desencanto—. Ustedes sólo piensan en las dos compañías que tienen comprometidas en la sierra; en cambio, yo tengo que preocuparme por la totalidad de las tropas que enviamos allá. Las noticias que he recibido no tienen nada de alentadoras. Éste es el último parte del comandante Letelier; lo recibí hace dos días.

Se lo cedió a Holley, para que lo leyera en voz alta:

> *Mi previsión se está cumpliendo aún más allá de lo que esperaba.*
> *Los pueblos se levantan en masa y las montoneras de sur y norte nos rodean, impidiendo considerablemente nuestros movimientos. Las municiones pedidas me hacen mucha falta. Los diarios combates han ido agotando las pocas que tenía la división, y todavía, para llegar a Lima, tendremos mucho que combatir y muchos desfiladeros que forzar. Desde ayer nos estamos batiendo en las dos alas y amenazados también al centro.*

—¿Qué les parece?… —lo interrumpió Lynch, dando a entender que lo leído era la parte medular del comunicado.

Amengual lo observó con estupor.

—No sé en qué trepida usted, contralmirante. Si la situación es tan seria como se desprende de este parte, ya debería usted haber enviado un número considerable de tropas para impedir que esa división se vea copada.

Lynch esbozó un vago gesto de fastidio. Según él, Letelier era un individuo exagerado que ya en varias ocasiones le había escrito comunicados fantásticos, que obraban para que se dudara de sus informes alarmistas. Para comprobar su aserto, leyó lo que el jefe de la expedición estampaba en su último párrafo. Éste decía:

> *Pero no hay cuidado. El enemigo es rechazado en todas partes y en dos días más tendremos libre nuestra base de operaciones. Hasta ahora, tengo noticias de más de cuatrocientos muertos enemigos; por nuestra parte, sólo dos en los últimos días, en que se han librado diversos*

combates.

El contralmirante dejó de leer y los miró como requiriendo sus opiniones sobre la enorme desproporción de muertos anotada en el comunicado.

—Puede que exagere el número de bajas enemigas —aventuró Holley.

—O que oculte el de sus propios muertos —apuntó el general.

—¡Eso es lo exasperante! —gruñó Lynch—. Que no permite formarse una idea cabal de los hechos. Nos ha mantenido en la más irritante incertidumbre respecto a los pasos de su expedición.

El secretario del comandante en jefe entró en ese momento a interrumpirlos. Entregó a Lynch un telegrama que acababa de recibirse, firmado por Virgilio Méndez, jefe de la guarnición de Casapalca. Como era una nota de mucha extensión, el contralmirante le ordenó que le sintetizara su contenido.

—Informa que la guarnición de Huánuco está envuelta en el más encarnizado combate, desde hace tres días —dijo el secretario.

El general y el coronel tuvieron un visible sobresalto y el contralmirante Lynch apretó los puños, exasperado.

—¿No se lo decía yo? —exclamó, y volviéndose a su secretario le consultó—: ¿Da una explicación de cómo se han producido los hechos?

Dice que al amanecer del 9 de junio un destacamento de veinte infantes montados, al mando del subteniente de Estado Mayor Eduardo Hurtado, fue atacado al norte de Huánuco por más de doscientos pobladores de Tarumayo. Durante el combate los enemigos fueron aumentando su número con los pobladores de Margos, Chaulán y otros puntos, hasta formar una masa de más de 3000 hombres, armados de fusiles, escopetas, hondas y galgas. El piquete del subteniente Hurtado se batió durante varias horas, hasta que, agotado de subir y bajar montañas y de luchar al arma blanca, tuvo que replegarse en dirección a Huánuco. Pero no alcanzó a llegar, y tuvo que pernoctar en Las Higueras, a tres leguas de su base. No obstante, Hurtado envió un emisario al comandante de Huánuco, Hilario Bouquet, quien reunió a las fuerzas de que disponía, y dejando una pequeña guarnición en la ciudad, partió en socorro del piquete amenazado. Logró liberarlo, pero se dejó cegar por la furia y emprendió una terrible persecución de los atacantes.

Éstos siguieron engrosando a medida que los soldados avanzaban en contra, pese a que Bouquet incendió los pueblos de Chuyai, Yacut, Yurumayo y Margos. Envueltos totalmente por masas enemigas, se disponía a asaltar el pueblo de Jesús, cuando lo alcanzó un emisario enviado a matacaballos desde el Cuartel General de Huánuco, para comunicarle que la ciudad estaba rodeada de pobladas indias, dirigidas por oficiales del antiguo ejército peruano, las que se disponían a apoderarse de ella y a degollar a todos los defensores chilenos.

—¡Gran Dios! —dejó escapar Amengual, traduciendo su alarma.

—¿Luego, no se sabe nada de la suerte que puede haber corrido la guarnición de Huánuco? —inquirió Holley alarmado.

El secretario negó con lentos movimientos de cabeza.

—¿Y qué cuerpos había dejado el comandante Bouquet en esa ciudad? —quiso saber Amengual, con notoria ansiedad—. ¿Acaso soldados del «Esmeralda»?

El secretario afirmó, apesadumbrado de dar tan mala noticia al veterano.

—En Huánuco está media compañía de su regimiento, mi general.

El «manco» Amengual se irguió y, encarando a Patricio Lynch, le expresó:

—Contralmirante, solicito su orden para que el resto del regimiento «Esmeralda» parta a la sierra.

Lynch movió la cabeza de un lado a otro. Sentía contrariar al bizarro general, pero le era imposible evitarlo.

—Lo lamento, general, pero no puedo autorizar la salida de más de una compañía.

Ahí fue donde se engalló el coronel Holley. Según él, enviar una sola compañía a romper el cerco de miles de atacantes era destinarla también al desastre.

—¿Por qué no es posible enviar al cuerpo entero, contralmirante? —lo apremió Amengual.

—Porque… —El contralmirante vaciló unos momentos, y luego les expuso la razón oculta que le impedía acceder a la solicitud de ambos—: ¡Porque tememos que se produzca, en cualquier momento, un levantamiento en la propia Lima!

Los dos militares estaban consternados.

—Señores —explicaba Lynch—, tuve que hacerlos esperar unos minutos cuando llegaron, porque estaba sosteniendo una importantísima entrevista con el jefe de nuestro servicio secreto. Él es quien nos ha informado sobre la posible subversión y naturalmente ha de ser quien pueda ilustrar a ustedes con mayor autoridad sobre las razones que tengo para no desguarnecer a Lima. Voy a hacerlo venir.

Minutos después, apareció El Profesor en la puerta del despacho. Cuando divisó al general Amengual, se le acercó rápidamente y le extendió la diestra. Recordando que el veterano tenía muerto el brazo derecho, lo saludó inclinándose ante él. Después estrechó la mano de Holley.

El contralmirante Lynch se limitó a decirle:

—Los señores jefes han venido a pedirme que autorice la partida del regimiento «Esmeralda» a la sierra, para ir a rescatar a dos compañías de ese cuerpo que andan con el comandante Letelier.

La respuesta de El Profesor fue inmediata y categórica.

—¡Oh, no, señores! —exclamó—. Eso es imposible. Lima no debe ser despojada de un solo soldado en los momentos actuales. Según los informes que han recogido mis agentes, la sublevación está organizada ya y puede producirse en cualquier momento —siguió exponiéndoles el jefe del servicio secreto—. No podemos precisar si será un alzamiento total de la población, pero sospechamos que cuando menos se sublevarían todos los poderosos de Lima; y es lógico deducir que ésos arrastrarán a sus sirvientes, a los peones de sus haciendas y a los soldados y oficiales del antiguo ejército que permanecen en la capital.

—Pero ¿con qué armas podrían oponérsenos, señor Núñez? —le objetó Holley.

—Las tienen en grandes cantidades, señores. Fue infantil creer que después del desastre de Miraflores, los oficiales y soldados del ejército regular cometerían la insensatez de entregarnos todas las armas de que estaban provistos. Se recogieron algunos millares de fusiles, pero ésos no alcanzaban a ser la mitad de los que poseían el ejército y la Reserva Sedentaria. Las armas que quedaron ocultas en Lima suman, en consecuencia, algunos miles también. Y, actualmente, el contrabando que de ellas se hace hacia la sierra es muy nutrido.

—Aunque hemos adoptado las medidas más severas —terció Lynch—, fusilando a todos los que fueron descubiertos últimamente en ese tráfico, sospechamos que continúa realizándose.

—Y las armas que esgrimen los montoneros y los batallones regulares que están combatiendo nuestros hombres en la sierra son todas procedentes de Lima —agregó el jefe del servicio secreto—. Existe en esta ciudad un Comité Patriótico de la Resistencia, en el cual participan las personas más influyentes y ricas del Perú.

—¡Capturarlas y encarcelarlas, pues, señor! —opinó Holley.

El Profesor lo miró de reojo con una leve sonrisa socarrona.

—Lima es una ciudad llena de recovecos y escondites, coronel. No es fácil descubrir a los conspiradores. La población entera los encubre y protege. Y hay algo peor. Hemos descubierto que las más activas agentes de ese comité secreto, las que más arriesgan y las más efectivas, son las señoras de Lima, las damas de mayor alcurnia y más amplias vinculaciones. Contra la fina red de espionaje y de tráfico clandestino que han tejido esas mujeres, nosotros nos estamos estrellando sin remedio, porque ellas hacen sus lucubraciones de puertas adentro; en el hermetismo de sus salones, en el mercado, en general en todos los lugares en donde sólo entran mujeres.

—Oponerles entonces agentes secretos femeninos —saltó Amengual.

El Profesor se volvió hacia él e hizo un gesto reconociéndole la razón.

—Sí —le dijo—. Pero ¿de dónde sacarlas?

—¡Qué lástima que haya regresado a Chile esa mujer extraordinaria que trabajó con ustedes durante las campañas anteriores! —comentó Amengual.

El rostro de Abelardo Núñez se ensombreció, como si le causara disgusto el tema que el general había traído a colación.

—Leonora Latorre no regresó a Chile, don Santiago, está en Lima. Pero ella ha decidido no volver a intervenir en esos servicios. Ha preferido encerrarse en una casa de la calle Polvos Azules, para dedicarse íntegramente a cuidar la salud de un oficial, que es su prometido y con quien va a casarse dentro de poco.

Lynch, que desconocía absolutamente el hecho de que hubieran existido mujeres en el servicio secreto, intervino para indicar que

era indispensable hablar con la señorita mencionada.

El Profesor meneó la cabeza indicando que se sentía incapaz de realizar tal intento, a lo que Lynch le replicó, con obstinación:

—Si no detenemos el levantamiento que se está gestando, si no llegamos a descubrir cuál es la fuente donde se nutre la sublevación, la sierra se llenará de gente armada, de batallones que aplastarán a nuestros destacamentos y, probablemente, también se levantará en armas la población de Lima. ¿Comprenden ustedes lo que ocurrirá? No solo correrá peligro la paz que esperábamos alcanzar, sino que también puede perderse la victoria que obtuvimos. —Dirigiéndose al general Amengual, como si necesitara conquistarlo para su propósito, le dijo—: Si sus esmeraldinos están corriendo el riesgo de ser exterminados en la sierra, se debe a que no hemos podido desenmascarar y eliminar a ese misterioso Comité Patriótico de la Resistencia.

—El Profesor dice que no ha podido convencer a Leonora Latorre —discurrió Amengual—. Pues bien, yo que tuve ocasión de trabar muy buena amistad con ella, en un viaje que hicimos juntos desde Lima a Valparaíso, creo que puedo hacer algo por convencerla. Autoríceme y hablaré con ella, para que vuelva al servicio secreto.

Lynch le concedió su autorización inmediata, agradeciéndole, al mismo tiempo, por el trabajo que se iba a tomar en beneficio de la campaña y se dejó establecido que hablaría con ella al día siguiente, a más tardar.

La discusión de este asunto parecía haberlos hecho olvidar la razón que llevó a los dos jefes a visitar a Lynch. Sin embargo, Holley no había dejado de pensar en los soldados que tenía en la sierra. Cuando ya se disponían a marcharse, dijo al contralmirante:

—He estado meditando durante todo este rato sobre la autorización que usted nos concediera para hacer partir a una compañía más de mi regimiento hacia el valle de Junín. Después de oírlos explayarse sobre el peligro que existe en Lima, comprendo la dificultad que existe para sacar al «Esmeralda» completo de la ciudad. Pues bien, me conformaré con lanzar al rescate a una sola compañía, pero iré yo mismo comandándola.

Lynch aprobó la sugestión del coronel y todos se despidieron, abandonando los dos jefes la Comandancia General.

Iban ya a bajar por la escala de mármol, cuando Amengual se detuvo y sujetó a su acompañante. Vaciló un momento, emitió enseguida un gruñido de decisión y volvió sobre sus pasos. El secretario esbozó un gesto de sorpresa al verlos regresar tan pronto y dirigirse rectamente a la puerta de la sala. Pese al respeto que le infundía Amengual, intentó cerrarle el paso, advirtiéndole que Lynch se encontraba en esos momentos ocupado con el director del servicio secreto y el jefe de los exploradores.

—¡Hum! Los conozco a ambos —expresó el porfiado veterano y giró la perilla de la cerradura—. Sé que no les importará si les interrumpo. Con permiso. —Como advirtiera que el secretario aún intentaba defender la puerta, lo hizo a un lado suavemente diciéndole—: ¡Vamos, niño, apártese usted!

El contralmirante se encontraba conferenciando todavía con El Profesor, al que se había agregado el mayor Rodríguez. Amengual, en tanto saludaba al explorador, que se había cuadrado respetuosamente ante él, pidió perdón a Lynch por entrometerse en esa forma. Éste lo excusó con una sonrisa.

—¿Olvidó algo, general?

—Sí, contralmirante; es decir, me fui pensando en algo y estimé mejor volver para arreglarlo al momento. Usted sabe que traje los documentos correspondientes para que el regimiento «Esmeralda» sea declarado cuerpo de línea, bajo el número siete. Bueno, esto debe efectuarse en una ceremonia solemne en el patio del cuartel y con asistencia de las altas autoridades militares chilenas. Como el «Esmeralda» ha sido y es el predilecto de mi corazón de soldado, conseguí que el ministro de la Guerra me autorizara para abandonar mis funciones en Santiago, a fin de estar presente en el acto. Pero mi licencia alcanza sólo a quince días. He gastado seis en el viaje de venida y otros tantos emplearé en el regreso. De modo que sólo podré permanecer en Lima unos tres o cuatro días.

¡Caramba! —exclamó Lynch pesaroso—. Imaginé que esa ceremonia podría esperar hasta que esté todo el regimiento reunido; o sea, cuando hayan regresado las dos compañías con Letelier.

Holley intervino para recordarles que tenía pensado llevarse a la sierra una compañía más al día siguiente, pero el obstinado general lo interrumpió asegurándole que la ceremonia podría realizarse antes de que partiera ese grupo de soldados.

—Habrá que preparar algo especial para ese acto, me imagino —aventuró Lynch, sintiéndose incapaz de oponerse a los deseos del veterano.

—Se hará de la manera más sencilla, contralmirante —le explicó Amengual—. Formación en el patio, Himno nacional, lectura por usted del decreto que incorpora al regimiento a las fuerzas de línea y revista solemne del cuerpo al son de su himno. Después, una tarde y una noche de licencia para todo el personal.

—Una tarde de licencia y nada más, general —le recortó el contralmirante, añadiendo con una sonrisa—: Mientras yo esté en el mando superior, los soldados no dispondrán de noches de licencia.

—Sea —acató el general, y volviéndose al jefe del regimiento le preguntó—: ¿Podría prepararse todo en veinticuatro horas, coronel?

—Naturalmente —reconoció Holley, aunque no se sentía a gusto con el nuevo giro que el veterano estaba dando a las cosas.

—Hoy es viernes 17 de junio. La ceremonia podrá realizarse el próximo domingo 19, y la compañía que va a rescatar a sus compañeros estará en condiciones para partir ese mismo día en la tarde. ¿Les parece, señores? —Sin esperar la aprobación de sus interlocutores, concluyó en tono convincente—: Reanimados por la ceremonia, los soldados irán con más vigor espiritual a luchar en la sierra. ¿Estamos de acuerdo?

—Está bien, general Amengual —accedió Lynch— Usted es quien mejor sabe la situación en que se encuentran algunos hombres del «Esmeralda» en la sierra.

—Si mis niños han resistido hasta ahora, podrán aguantar veinticuatro horas más —razonó el veterano y con un sonoro chocar de sus tacos se inclinó y volvió a salir del despacho, arrastrando tras de sí a Holley.

Una vez en la antesala, el coronel se despidió de su antiguo jefe y se retiró arguyendo que tenía que ir a preparar los elementos necesarios para la compañía que iría con él a la sierra. El general se dispuso también a partir, pero en el instante recordó su propósito de visitar a Leonora Latorre y vino a caer en cuenta de que había olvidado averiguar dónde estaba su domicilio.

—¡Ah, caráspita, qué tontería!… —exclamó, volviéndose al secretario—. Tengo que visitar a una señorita que tuvo estrecha relación con nuestro ejército, pero no sé dónde vive. Tal vez usted

tenga registrada su dirección. ¿Quiere informarme? Se llama Leonora Latorre.

—No, mi general; no la tengo —le contestó al instante el secretario, rapidez que hizo fruncir el ceño al veterano.

—¿Cómo me responde sin verificarlo en los libros?

—¡Con el contralmirante Lynch hay que saberse todo dato de memoria, mi general! —se explicó el funcionario.

El general sonrió complacido. El sistema era de los que a él le gustaban. Se disponía a marcharse sin rumbo fijo, confiando en averiguar la dirección de Leonora en otra fuente, cuando se abrió la puerta del despacho de Lynch y apareció en ella el mayor Rodríguez.

—¡Ah, aquí está el hombre que todo lo sabe! —exclamó Amengual, atajándolo.

—¿Mi general…? —inquirió el explorador.

—Salgamos juntos, mayor, y por el camino le iré preguntando lo que necesito saber.

El oficial emparejó sus pasos a los del superior y abandonaron juntos la oficina.

—Nunca lo he oído responder a usted con desconocimiento a una consulta que le hace —le iba comentando el general con sonrisa maliciosa, sabedor de que los halagos confundían a su acompañante —. Recuerdo con qué entusiasmo el general Baquedano celebraba ese don suyo de estar en todas partes. Cada vez que le faltaba algún ayudante, salía con la misma cantinela: «¡Oh! ¿Por qué no serán todos como mi hombre de hierro?». Y ése era usted, mayor.

—Un hierro que ha perdido mucho de su temple, mi general, de tanto ser golpeado.

—Eso vamos a probarlo ahora mismo, mi amigo —dijo el veterano—. Mi problema es el siguiente: Tengo que ir a tratar un asunto de gran importancia con una antigua amiga mía. Y ahora que caigo en cuenta, creo que usted también la conoce. Si mal no recuerdo, usted mismo me contó que la rescató de Pisagua en una época en que la tuvieron prisionera.

El oficial se paró en seco, impresionado.

—Mi general, ¿a quién busca usted?… —le indagó.

—A Leonora Latorre. ¿Qué pasa? No me diga que aquí fallaron sus recursos y que no sabe dónde está esa señorita.

—Sé donde vive, mi general, pero…

—No hay «pero» que valga —sonrió aliviado el veterano—. Lléveme al momento, que debo verla ahora mismo.

—Le daré la dirección exacta, mi general —repuso, aún resistiéndose, el explorador—. Vive en la calle Polvos Azules, número…

—¡Bah, bah, bah! —lo atajó el general con un gesto contrariado —. No me hable de calles de Lima, que es lo mismo que contarme una partida de ajedrez. Sea usted amable y guíeme hasta allá.

—Es que el señor contralmirante me ha encargado una misión que debo cumplir pronto… —trató de evadirse el oficial, profundamente conturbado.

—¿Acaso está muy lejos esa calle Polvos Azules?

—No, señor; está muy cerca —tuvo que reconocer el explorador —. Nace del costado poniente del Palacio de Gobierno.

—¿Y usted se niega a acompañarme un centenar de metros? ¿Tan antipático he llegado a serle, mayor Rodríguez?

—No, mi general, no es eso; no lo piense ni por un instante —le rebatió nerviosamente el oficial, y comprendiendo que le era imposible negarse por más tiempo, accedió resignado—: Lo acompañaré cuando usted disponga, mi general.

—Pues ahora mismo, amiguito.

Durante el corto trayecto que hicieron desde la entrada principal del edificio hasta el nacimiento de la calle Polvos Azules, el mayor Rodríguez no habló ni una sola palabra. El general Amengual no alcanzó a darse cuenta de su mutismo porque él mismo no calló un instante.

—La calle termina poco más allá. ¿Cuál es la casa, Rodríguez?

El explorador se la señaló con la mano y el general apuró el paso y de dos o tres zancadas estuvo frente a la puerta. Amengual había cogido el golpeador y lo zarandeaba rudamente contra los maderos. El oficial se puso a su lado y, cuadrándose con nerviosidad, intentó despedirse:

—Mi general, he cumplido. Ahora le ruego que me autorice para retirarme. Tengo que…

No alcanzó a terminar su excusa, porque sonó el cerrojo de la puerta y ésta se entreabrió. Rodríguez comprendió que ya era tarde para retirarse. En ese instante, asomaba en el hueco el rostro

moreno y rudo de Elcira, quien parpadeó un instante, como si le costara trabajo creer lo que sus ojos veían.

—¡Mi coronel Amengual!…

—¡El mismo, mujer! —le confirmó el veterano, alegre como un chiquillo—. El coronel Amengual que ahora es general.

—¡Dios santo! ¡Y con el mayor Rodríguez! —dijo Elcira identificando al oficial, que estaba un paso más atrás—. Hoy es día de fantasmas en esta casa.

—¿Me encuentras cara de fantasma, mujer? —dijo celebrando la expresión de ella.

—¡Voy a avisarle a la señorita Leonora! —se la oyó decir mientras se alejaba, y luego su voz llamando dentro de la casa—: ¡Leonorcita!… ¡Leonorcita!…

—¡Buen dar con las maneras de esta mujer! —comentó bonachonamente—. Bien, ya que nos ha dejado franca la entrada, será mejor que pasemos, ¿no le parece, mayor?

El oficial trató de esquivarse, y balbuceó que nada tenía que hacer en esa casa, prefiriendo que le permitiera retirarse, pero Amengual lo atajó con un gesto rudo de su único brazo.

—¡Vamos, hombre, no sea majadero! Su apuro de marcharse es una descortesía para la gente de esta casa. ¿Acaso no advirtió la alegría de esa mujer al verlo conmigo? Calma, mayor; ahora se trata de ser correctos. ¡Entremos!

El explorador no tuvo más remedio que seguirlo. Cruzaron un pasadizo sumido en fresca penumbra y asomaron a un pequeño vestíbulo iluminado por el sol de la tarde, que pasaba a través de la larga vidriera del jardín. Al costado izquierdo de esa galería se abría una puerta adornada con vidrios de colores, que dejaba paso a un corredor de baldosas extendido por un costado del jardín. Lejos se oía la voz alborozada de Elcira, informando a su ama. Mientras esperaban, las pupilas entristecidas de Rodríguez revisaron cariñosamente la intimidad del refugio de Leonora; los graciosos sillones de Viena, de espaldares de fina paja tejida, los cortinajes de felpa, la alfombra de claros colores, gastada junto a las patas de la mesa, pero impecablemente limpia; algunos libros, una lámpara y, junto a ella, una pipa semillena de tabaco quemado. El ceño del explorador se contrajo dolorosamente al observar aquel detalle, que hablaba de la presencia de un hombre en la casa. En ese momento

avanzaban por el corredor la dueña de casa y su criada. Amengual traspuso la puerta de vidrio de colores y se adelantó a recibirla con su brazo izquierdo extendido, igual que si fuera a abrazarla. Rodríguez oía las frases de cariñosa salutación, sin llegar a entenderlas. Sentía en el pecho una opresión, triste y alegre al mismo tiempo, al percibir la voz de Leonora, grave y con un matiz de congoja. Hacía seis meses que no hablaba con ella, desde el día que la acompañó al hospital de Chorrillos, para señalarle dónde yacía mal herido Cobo. El marco de la puerta le tapaba el rostro de ella, pero adivinaba sus grandes ojos, su boca de gentil sonrisa.

De pronto, el general pareció acordarse de él y se apartó de la puerta para que Leonora entrara al vestíbulo.

—El mayor Rodríguez ha tenido la amabilidad de guiarme hasta aquí —dijo.

—¿El mayor Rodríguez?… —La voz de Leonora sonó estremecida y opaca al repetir el nombre.

Un segundo después, una figura clara, con los hombros envueltos en un chal color lila, cruzó la puerta y apareció frente a él. Las pupilas húmedas de ella y las oscuras del oficial cruzaron sus miradas y los dos permanecieron durante un instante observándose en silencio, como atrapados por una misma emoción. Por fin, Leonora avanzó hacia él y le extendió su diestra.

—Buenas tardes, mayor Rodríguez —murmuró—. Gracias por haberme traído al general Amengual.

La respuesta del oficial tardó en venir.

—Buenas tardes, señorita —musitó muy quedo, como si le costara pronunciar las palabras.

Se produjo una pausa embarazosa, que hizo enarcar las cejas del general, expresando su estupor, en tanto que los ojos de Elcira se empequeñecían, igual que si ella quisiera enfocarlos al máximo sobre los dos jóvenes, para no perder ni un detalle de su extraña reacción.

Leonora fue quien rompió la curiosa tensión y volviéndose con cierta nerviosidad hacia el general lo invitó a sentarse, a tiempo que le advertía:

—Alberto no tarda en venir.

El nombre tuvo la virtud de despertar dolorosos sentimientos al explorador, que le hicieron apretar las mandíbulas

involuntariamente.

Por su parte, Amengual observó a la joven con alegre sorpresa.

¡Caramba, se ha casado usted! —se dio una palmada en la frente —. ¡Oh, pero qué tonto soy, si es lo natural!

—No nos hemos casado todavía, general, pero lo haremos en unos días más. —Y como si le resultara difícil entrar en mayores explicaciones, añadió—: El mayor Rodríguez sabe cómo ha ocurrido esto.

El explorador agachó la cabeza y se limitó a decir con hosco acento:

—Alberto es… es el teniente Alberto Cobo, del regimiento «Esmeralda», mi general.

—Pero ¿cómo?… Si el teniente Cobo quedó muy mal herido después de Miraflores.

—Elcira y yo lo recogimos y nos vimos obligadas a traerlo a esta casa —le aclaró la joven—. Estaba tan grave que no fue posible llevarlo a Santiago.

—¿Y ahora, cómo está? —se interesó en saber el general.

Leonora hizo un gesto ambiguo.

—Ya está curado… físicamente —musitó, dando a entender que había algo más que no andaba bien—. Desde hace más de dos meses se levanta, pero su convalecencia ha sido muy larga y difícil; tenía desgarrado un pulmón por un lanzazo.

—Pero ¿ha quedado bien, realmente bien?… —le insistió el veterano, interpretando la reticencia de la joven.

—Nunca estará bien del todo —le respondió ella, después de un silencio, y añadió en voz baja, como si temiera ser oída por el aludido—: Perdió un brazo, se debilitó mucho…, sus nervios no le permiten olvidar. El ambiente de Lima no le hace bien —suspiró con pesar.

—¿Y qué esperan para regresar a Chile? —le inquirió el general, con cálido interés.

—Prometimos a los compañeros de Alberto que celebraríamos nuestra boda en Lima, para que ellos pudieran asistir —le respondió la agente—. Nos lo pidieron con tan buena intención que no pudimos negarnos.

En ese instante se oyeron unos pasos lentos que se aproximaban por el corredor de baldosas.

—Ahí viene don Alberto —dijo Elcira. Involuntariamente, Rodríguez se puso de pie, movimiento que no escapó a Leonora, reflejándose en sus ojos una especie de alarma. El oficial clavaba sus pupilas en el corredor, tenso. A través de los cristales de colores se veía avanzar cansadamente a un hombre. Embutido en una levita gris, se veía alto y muy delgado. Se detuvo en la puerta, vacilante, como desorientado, y luego avanzó hacia el general.

—¡Mi coronel! —murmuró, y advirtiendo las charreteras doradas que el veterano lucía en los hombros, se corrigió a tiempo que entrechocaba débilmente sus tacones—: Perdón, mi general Amengual.

El jefe se quedó mirándolo y tuvo que hacer un esfuerzo para que la compasión no asomara a sus pupilas. Frente a él estaba Alberto Cobo, el antiguo teniente de su regimiento, pero parecía una sombra del oficial que luciera su magnífica estampa en sus filas. La triste impresión que sufría el veterano al contemplarlo no emanaba tanto de la manga que le colgaba vacía al costado izquierdo, como del rostro demacrado y pálido, de los ojos opacos hundidos en las órbitas, de la actitud cansada que le curvaba la espalda y de ese insoportable arrastrar de pies con que se acercó hasta él.

—Gracias a Dios que me permite verlo totalmente recuperado, teniente Cobo —mintió tratando de disimular su impresión.

Cobo lo miró a los ojos y pareció adivinar su sentimiento. Le agradeció inclinándose un poco. Después, se volvió hacia Rodríguez y lo saludó también. Éste le devolvió el saludo, despreciándose a sí mismo por sentir odio hacia un hombre tan maltratado por la suerte.

Alberto, sin sospechar el pensamiento que atenaceaba al explorador, le declaró con sinceridad:

—Todavía no había tenido la oportunidad de darle las gracias por lo que hizo usted por mí, cuando me halló herido —le dijo en tono monocorde—. Leonora me ha contado que merced a su ayuda pudieron encontrarme y traerme a esta casa.

—No le dé importancia, teniente —le replicó Rodríguez, cada vez más turbado—: Cualquiera habría hecho lo mismo por un compañero.

—Sin duda…, sin duda —musitó Alberto con aire ausente y

señalándoles las sillas les rogó—: Siéntense, por favor.

El «viejo» Amengual experimentaba desasosiego ante aquel oficial suyo, en quien veía retratados los destrozos morales que la guerra podía causar. Carraspeando nerviosamente, cambió de tema:

Leonora acaba de participarnos que van a ustedes a casarse.

—Así es, mi general —reconoció Cobo, sin entusiasmo.

—¿Y cuándo será ese feliz acontecimiento?

—Pensamos hacerlo en diez días más. Tenemos pasajes para el vapor *Chile*, que pasará rumbo a Valparaíso el lunes 27 del mes. Así, pues, partiremos hacia la patria al día siguiente de nuestro casamiento —comentó Alberto, pareciendo que gozaba en exhibir su afán de arrancar luego de allí, lo que quedó en evidencia en la frase que agregó—: Cuanto antes, será mejor.

—Sí, cuanto antes, mejor —repitió Rodríguez impensadamente, y comprendiendo su extemporánea afirmación, se apresuró a añadir en forma evasiva—: Lo digo porque el «Esmeralda» estará en la sierra en pocos días más.

—¡Hombre, es verdad! —recordó el general—. Será preferible que anticipen la boda. Actualmente dos compañías del regimiento están en la sierra y el domingo partirá una tercera, después de una ceremonia… —Súbitamente recordó el acto solemne que tendría lugar en el regimiento y lo conectó con el propósito de boda—. ¡Por Cristo, la ocasión está pintada! —exclamó, y apoyando su mano en uno de los hombros de Alberto, le dijo—: Cásense este domingo. Ese día, el «Esmeralda» será incorporado, en una grandiosa ceremonia, al ejército regular con el título de «7.º de Línea». Estarán lodos los oficiales y la tropa formará con uniforme de parada. ¿Tienen ustedes algún inconveniente en casarse una semana antes de lo proyectado?

Cobo miró a Leonora, como si la consultara.

—Ninguno, por mi parte —respondió.

—Nuestra boda tiene que ser muy sencilla —anotó la joven lentamente—; sin más lujo que la compañía de los oficiales del «Esmeralda».

—Si es así, ¡magnífico! —dijo—. La boda se realizará este domingo y yo… ¡Caramba! ¡Mírenme, niños! —Inflando el pecho se pavoneó, con ademán jocoso—. ¿No querrán ustedes darle al viejo comandante la gran satisfacción de su vida? Pues entonces

concédanme el honor de ser el padrino de Leonora, en representación de su padre.

La joven accedió, mordiéndose los labios, y agachó la cabeza para ocultar unas lágrimas indiscretas.

Fingiendo no reparar en la emoción de Leonora, el general seguía perorando en mi tono alegre para ser natural:

—Y el coronel Holley que, en campaña, es el padre de todos los oficiales del regimiento al cual usted todavía pertenece, teniente Cobo, será el padrino suyo. ¿De acuerdo?…

—De acuerdo, mi general —sonrió cansadamente Alberto.

—¡A preparar la fiesta entonces! Déjenlo todo de mi cuenta. Mañana sábado vendré a visitarlos y les contaré cómo he arreglado el asunto. Pero me tiene que dejar en libertad desde este momento mismo, para preparar las cosas bien. De modo que, ¡hasta mañana! Vamos, mayor Rodríguez.

Los dos militares se pusieron de pie, en forma que resultó claramente intempestiva, y se encaminaron hacia la puerta. Ya en la calle, se dispusieron a despedirse. Amengual se movía con una nerviosidad muy poco acostumbrada en él. Se inclinó ante Leonora, palmeó en un hombro a Cobo y recomendó a Elcira:

—¡Cuídamelos bien, mujer!

Alberto y la criada dieron vuelta la espalda para entrarse justamente en el momento que Rodríguez extendía su diestra a Leonora. Hubo un instante en que ambos se quedaron con las manos en el aire, como si no se atrevieran a tocarse. Cuando se las estrecharon, el explorador se inclinó levemente y murmuró en un tono que, tratando de disimular su tristeza, resultaba irónico, casi hiriente:

—Mis felicitaciones, Leonora. Les deseo que sean dichosos.

Los labios de Leonora temblaron y la voz le brotó estrangulada, plena de congoja:

—Gracias, capitán. —Reparando, muy turbada, que le había dado el mismo tratamiento que en aquellas pasadas e inolvidables ocasiones en que estuvieron tan cerca el uno del otro, se apresuró a corregirse—: Gracias, mayor Rodríguez. Estará usted en la iglesia, ¿verdad?

—Lo siento, pero no podré, Leonora —le dijo, luchando consigo mismo—. Parto a la sierra, ese mismo día…, a esa misma hora.

Adiós.

Volvió la espalda bruscamente y mientras caminaba para alcanzar al general Amengual, alcanzó a oír la voz de Leonora que le decía «adiós» con gran tristeza. Tuvo que morderse los labios y apretar los puños para seguir caminando sin ceder a la tentación de volver junto a ella y gritarle su desesperación. La compañía del bondadoso veterano lo serenó. El general iba meneando la cabeza con pesadumbre y, por fin, dejó escapar su impresión.

—No pude…, no pude —expresó con rabia consigo mismo—. No tenía derecho a exigirles nada. Sepa usted, mayor, que vine a pedir a Leonora que se quedara en Lima. El servicio secreto la reclama urgentemente. Centenares de soldados nuestros mueren porque no podemos descubrir cómo se envían refuerzos desde Lima a los montoneros. Pero, al verlos a ellos dos, al comprobar la ruina que resta de lo que fue el teniente Cobo, no me atreví a decir nada…, ¡nada! Ellos tienen derecho a vivir y rehacerse. Por eso fue que apresuré nuestra retirada, muchacho; porque de verlos sentía frío en el corazón.

Rodríguez no hizo comentario alguno, pero agachó la cabeza varias veces, con hosca pesadumbre. En ese instante ya tenía decidido partir a la sierra lo antes posible.

En la mañana del 19 de junio, Leonora Latorre y Alberto Cobo contrajeron matrimonio. Tuvo que ser en la segunda misa de la Catedral, porque las damas limeñas se reservaban para ellas la primera, sabiendo que a tan temprana hora circulaban por las calles pocos soldados chilenos.

Cuando el órgano del templo dejaba caer sobre los recién casados sus sones solemnes, Leonora doblegó la cabeza, dejando que el velo negro que le cubría el cabello le ocultara también el rostro como una nube oscura. Permaneció así un largo rato, después de la bendición sacerdotal. Tal vez recordaba a su padre, a su anciana tía Clarita, que tan melancólicamente tocaba su arpa el día en que Alberto partió hacia Antofagasta, buscando ganar fortuna para casarse. ¡Tiempos lejanos aquéllos, perdidos tras nubes de pólvora y de fatigas!

Ahora acababa de realizarse el sueño que la alentó en aquellos años: su matrimonio con Alberto Cobo, el hombre a quien tanto amó. Pero ¡qué distintas eran las circunstancias a las que ella imaginó envolverían su boda!

Alberto Cobo se hallaba a su lado, arrodillado también, pero con el torso tan rígido, que daba la impresión de que hacía un esfuerzo sobrehumano para no abatirse sobre el reclinatorio. Vestía el uniforme de oficial del regimiento «Esmeralda» y la manga izquierda le pendía vacía, con el extremo inferior hundido en el bolsillo de la guerrera.

Por fin, terminó la misa y el órgano empezó a entonar los dulces sones de un «Ave María». Salieron por entre una gran cantidad de oficiales que habían acudido para alentar con su presencia al compañero quebrantado por la guerra. En el pórtico formaban en dos filas los oficiales del «Esmeralda», escalonados en las gradas que descendían a la plaza. Cuando los recién casados aparecieron en la puerta de la iglesia, desenvainaron sus largos sables y los cruzaron sobre ellos, formando un refulgente palio. Leonora y Alberto esbozaron una sonrisa. Mirándose a los ojos, bajo el sol tibio de la mañana, sonrieron por fin.

Desde el otro costado de la Plaza Mayor, casi escondido tras uno de los arcos del Portal de Escribanos, Rodríguez observaba. A su lado, su ordenanza Acosta lo espiaba con mirada ansiosa y compasiva.

En el momento en que lo recién casados terminaron de pasar bajo los arcos de sables y montaron en un coche, el explorador bajó la cabeza y se quedó con los ojos cerrados, temblándole la barbilla. Al cabo de un rato, alzó el rostro, tenía la boca contraída y los ojos duro. Con ademán violento, volvió la espalda y echó a andar a toda prisa por el portal.

—Vámonos *pa'l* cuartel del «Chacabuco» mejor, mi capi —le propuso el ordenanza dándole alcance—. El regimiento ya está a punto de partir. —Como el oficial siguiera andando sin prestarle atención, le dijo entonces—: Vamos *pa'l* cuartel del «Esmeralda» si no quiere ir al otro. Dicen *qu'hei* van a hacer una fiesta muy relinda. *Agora* le dan el titulo de «7.º de Línea» al «Esmeralda». Habrán muchísimos amigos nuestros.

El explorador se detuvo en seco y enfrentó al soldado con una

expresión tan dura como éste no se la había visto nunca antes.

—¡No vamos a ninguna parte! ¿Me oyes? —le gritó—. Lo que vamos a hacer es buscar nuestros caballos y partir de una vez hacia la sierra.

Sin atender más a su ordenanza, dio vuelta la espalda y siguió a lo largo del portal a paso redoblado. Pero Acosta no cejó en su empeño de arrancarlo de sus martirizantes pensamientos.

—Mi mayorcito, por favor… Yo me lo conozco a *usté* como si lo hubiera *parío* y no vengo cayendo *na* de la luna. Su secreto, ese que le está comiendo el corazón, igual que un ratón *metío* dentro de un queso…

—¡Cállate, idiota, y déjame solo!

—¿Dejarlo solo *agora*? ¡*Renunca*, pue!

—¡A la sierra, a la sierra mejor! —repetía Rodríguez, obsesionado con la idea de partir.

—Sí, claro; ya nos vamos a ir —aceptaba Acosta, mas sujetándolo a cierta condición—: Pero «enchupilquémonos» un poquito antes. Metámonos a una cantina y nos pegamos un buen taco de aguardiente. Es *güeno pa* ese frío del pecho que nos moja los ojos a veces. Créamelo a mí que he estado a punto de casarme como cuatro veces.

El oficial no pudo menos que sonreír ante las disparatadas razones de su ordenanza y se dejó conducir hacia una taberna que se veía en el extremo del portal.

—Menos mal que ya está resucitando, mi capi. ¡Gracias a Santa Tecla, que ya le saque su risita! —celebró y agregó sentenciosamente—: ¡El enfermo ya no sale con las patas *p'ailante*!

Todavía reían cuando se introdujeron en la cantina y fueron a instalarse en un rincón solitario.

Una hora más tarde, aún bebían. Gaspar Acosta, que había hablado sin cesar, buscando aturdir al oficial con sus bromas y disparates, agotó su repertorio y terminaron por quedar sumidos en un silencio opresivo. De pronto, Rodríguez dejó escapar un jirón de su pensamiento, en voz baja y ronca.

—La guerra tuvo la culpa —musitó—. Si no hubiera habido guerra, yo estaría en mi chacra de Huechuraba amansando caballos…, y no la habría conocido nunca.

—Cuando volvamos a Chile, los dos nos vamos a ir a su chacra, mi capi, y *usté* me va a enseñar a amaestrar caballos trotones *pa'los* coches de lujo, como dice que era su oficio.

El oficial aceptó con un gruñido y no volvió a hablar más. Durante otra larga hora continuaron bebiendo sin cambiar palabras. Estaban ya bastante turbios, por los efectos del alcohol, cuando abandonaron la cantina y fueron a buscar sus cabalgaduras al cuartel del «Chacabuco». El regimiento estaba ya por partir y tuvieron que darse prisa en ensillar las mulas para tomar la vanguardia. Ya en la calle, el explorador guió hacia el camino de circunvalación que contorneaba la ciudad por el sur.

—Vamos a tener que apurar el tranco de las bestias, Gaspar. Le aseguré al comandante en jefe que saldríamos con la anticipación suficiente para llegar a Chosica y hacer que le tengan preparado rancho al «Chacabuco» y, sin embargo, traemos a la tropa casi pegada a los talones.

—En cuanto empecemos la repechá, le ganamos delantera —afirmó el soldado—. Y por si acaso, me traje la cantimplora guatoncita de aguardiente. Así, si se nos cae el ánimo, le pegamos un besito y si no le encontramos gusto le podemos echar una pulgaradita de pólvora *pa* quitarle lo *juerte*.

A poco cabalgar, divisaron un gran edificio de color rojizo, levantado junto al camino de circunvalación. Era el cuartel del «Esmeralda». Frente a él se alineaban numerosos coches y caballerías.

—¡La tremenda fiesta que deben tener los esmeraldinos! —reflexionó el ordenanza, pero no se atrevió a seguir comentando. Sus ojos advirtieron, entre los coches estacionados, el que habían utilizado Leonora y Cobo después del matrimonio.

Rodríguez también lo vio. Pasaban ya frente al cuartel y hasta ellos llegaban los sones apagados de la banda de músicos ejecutando el himno del regimiento.

—¡Apura la marcha, zopenco! —exclamó Rodríguez con rabia—. ¡Salgamos pronto de aquí! —Y siguió azotando su cabalgadura hasta que ésta tomó galope y se alejó rápidamente en dirección a la Portada de Maravillas.

Media hora más tarde, estaban ya fuera de Lima y encaramados

sobre las primeras colinas del estribo de la sierra. Habían obligado a las mulas a marchar en forma tan apresurada, que sus costillares se les inflaban y desinflaban como grandes fuelles.

Detuvieron las cabalgaduras, para darles un descanso. Rodríguez se volvió entonces hacia la ciudad, que se veía extendida a sus pies, un poco borrosa por causa de la camanchaca.

¡Empezar otra vez! —murmuro tristemente— ¡Ojalá no baje más de allá arriba!

Acosta lo miró compadecido, y sin una palabra le alargó la cantimplora con aguardiente.

El explorador la recibió casi sin darse cuenta y se la llevó a los labios sin quitar los ojos de Lima. Bebió largamente, dos, tres veces. Por fin, se secó los labios con el dorso de la diestra, devolvió la cantimplora al soldado y tensó las bridas de su mula entre las manos.

—¡Adiós…, Lima —murmuró, y decidiéndose, espoleó a su animal.

13

Terminaba la ceremonia de investidura del regimiento «Esmeralda» como cuerpo de línea. La tropa y sus oficiales habían desfilado ya ante el general Amengual, el contralmirante Lynch y el coronel Holley; la cuarta compañía, escogida para partir a la sierra, se aprestaba para romper la marcha. Se la había puesto bajo las órdenes del capitán Florencio Baeza, restablecido ya de la enfermedad que lo privó de dirigir la tercera compañía, que era la suya propia y que andaba en el valle de Junín bajo el mando interino del teniente José Antonio Echeverría.

Leonora y Alberto habían asistido a la ceremonia desde un costado del patio del cuartel, rodeados por algunos jefes de otros batallones de infantería de facción en Lima.

Cuando los últimos acordes del *Adiós al 7.º de Línea* se extinguieron y el segundo comandante gritó el «rompan filas», Leonora miró a su marido y le vio los ojos llenos de lágrimas. Cariñosamente le oprimió el brazo del cual estaba cogida, para infundirle ánimo. Cobo la miró un segundo y siguió abstraído en sus pesarosas reflexiones. Pensaba que seguía siendo oficial del regimiento solamente por la compasión que le tenían los jefes. «No han tenido valor todavía para darme de baja —imaginaba—, pero, muy pronto, el comandante se verá obligado a hacerlo». Por eso deseaba marcharse cuanto antes. Estimaba que para él sería menos penosa la decisión si se la comunicaban por correo.

Como si adivinara sus reflexiones, la joven volvió a remecerlo suavemente, para volverlo a la realidad.

—Deberías estar más alegre, querido —le dijo—. El hecho de que tu regimiento haya sido incorporado al ejército de línea resuelve tu problema; serás considerado siempre un oficial en

servicio activo y el país velará por ti.

Cobo la observó molesto.

—¿Crees que basta con poder gozar de una pensión mensual?… Tengo apenas treinta y tres años, Leonora.

—¡Treinta y tres años! —musitó la joven hondamente. Cuando él abandonó Santiago para ir a trabajar a Antofagasta tenía veintiocho; habían pasado, pues, cinco años, cinco años sin paz y sin esperanzas.

—Lo principal es que hemos cumplido nuestro anhelo —le dijo, pero vibraba en su tono una nota de falsedad—. ¿No deseamos siempre llegar a esto, a casarnos algún día? Pues ahora lo hemos logrado. En pocos días más embarcaremos de regreso a la patria; allá formaremos un hogar, tendremos hijos y se nos borrará el recuerdo amargo de esta guerra. Podremos mirar al futuro con la conciencia tranquila; ya dimos ambos una cuota de sacrificio sobrada.

—Ya lo sé; también tú —murmuró roncamente el oficial y había en sus pupilas una lumbre tan oscura que Leonora adivinó al momento que estaba refiriéndose a los hechos que ocurrieron entre ella y el general Buendía. No se atrevió a rebatirle y hurtó la mirada para contemplar a la cuarta compañía del regimiento que avanzaba por el medio del patio, hacia el arco de entrada.

A pocos pasos de ellos conversaban Lynch y Amengual.

—¿Ya estará usted contento, general? —le decía el primero—. Se ha cumplido su deseo.

—El mayor de mi vida, contralmirante —afirmaba el veterano, con aire soñador—. Créame que ya puedo morir tranquilo. Para mí el número siete es el de mi suerte. Tuve la satisfacción de comandar el viejo «7.º de Línea» en la Araucanía y en su cuartel de campaña me hice hombre. Por designio de la suerte, creo que como una recompensa divina, veo ahora que a este nuevo regimiento que formé se le asigna también el número de mi buena ventura.

Lynch le sonrió cariñosamente y se dispuso a partir. Tenía muchos asuntos pendientes en el Palacio de Gobierno. Se cuadró respetuosamente ante el veterano, en reconocimiento de su mayor antigüedad.

—General —le dijo—, créame que ha sido una gran satisfacción para mí participar en el cumplimiento de su gran anhelo.

El viejo militar le agradeció efusivamente la deferencia y se quedó mirándolo mientras se alejaba hacia el coche. Aprovechando este momento de soledad, se le aproximaron Leonora y Alberto.

—Don Santiago —le dijo la joven—, la oficialidad del regimiento ha tenido la gentileza de invitarnos a una fiesta que han organizado, para esta noche, a propósito de nuestro matrimonio. Quiero pedirle que no deje de asistir.

—Fui padrino de la boda, niños, y aunque no estoy de ánimos como para asistir a una fiesta, sabiendo el riesgo que están corriendo los esmeraldinos en la sierra, iré a acompañarlos a ustedes, aunque sea un momento.

En ese instante, un grupo de oficiales llamó a Alberto, mediante señas, y éste, excusándose con el general, se retiró. Amengual aprovechó aquella oportunidad y le preguntó a Leonora con interés:

—¿Cómo se siente usted, mi niña?… Realmente, ¿como se siente usted? La noto algo pálida y un tanto enflaquecida.

—No me prueba bien el ambiente de Lima, don Santiago, eso es todo —se evadió la joven.

El general hizo un gesto vago.

—Quisiera alegrarme sinceramente por el matrimonio de ustedes y porque regresan a la patria; pero… —se mordió los labios, sin atreverse a expresar su pensamiento.

Leonora adivinó lo que pasaba por la mente del viejo caballero y se apresuró a cambiar el tema.

—Cuando usted fue a visitarnos hace dos días, no llevaba solamente el propósito de saludarnos, ¿verdad?

—No —reconoció el militar—. ¡Hum! Pensé que no iba a reparar en ello, Leonora. En realidad, fui con una intención distinta. Pero, al observarlos, al comprobar que tenían todos sus planes trazados y que era preferible que regresaran cuanto antes a Chile, decidí callarme. Sin embargo, ahora ante la inminencia de la partida de otra compañía del regimiento hacia el peligro, me vuelve a roer la misma inquietud que me arrastró a buscarla.

—¿A buscarme con qué objeto, don Santiago?

—Se dice que es usted la persona que mejor podría ayudarnos en la emergencia en que nos encontramos.

—¿En qué se encuentran quiénes?

—Los que conducen al ejército de ocupación y yo, que trato de

velar por la vida de los soldados del «7.º de Línea».

—¿Cuál es el problema de ustedes que yo podría ayudarles a resolver? —le indagó Leonora.

—Usted ha permanecido durante seis meses entregada exclusivamente a cuidar al teniente Cobo, pero creo que no deben haber escapado a su perspicacia hechos que son perceptibles en Lima… —Observando que la joven enarcaba las cejas en un gesto interrogante, le aclaró—. Por ejemplo, que la guerra que nos están haciendo los batallones de Cáceres y los montoneros es guiada y alimentada desde esta capital.

Leonora afirmó conocer este hecho con una inclinación de cabeza. Elcira, que salía a las calles a hacer las compras diarias, había oído comentar el asunto e incluso llegó a enterarse de la existencia del llamado Comité Patriótico de la Resistencia. Pero entonces vino a caer en cuenta de lo que el anciano militar quería pedirle y pretendió cortar alas a su esperanza.

—Por favor, general, no diga usted más. Acabo de casarme con un hombre a quien amé y que está destrozado por la guerra. Ya no tengo sino un deber: regresar con él a Chile y ayudarlo a reconstruir su personalidad y a recobrar la fe en la vida. No cuenten conmigo, general.

A las voces de mando del capitán Baeza, la cuarta compañía había roto la marcha, precedida por dos tambores, que marcaban marcialmente el ritmo del paso. Amengual reaccionó, como galvanizado, al son retumbante de los parches y se volvió hacia los soldados, que avanzaban hacia el portón de salida:

—Obsérvelos usted, mi amiga —indicó a Leonora, impresionado —. Son trescientos compañeros y amigos nuestros que parten también. Ellos, al igual que los de las otras dos compañías que están necesitando refuerzos, tienen sus vidas pendientes de que podamos cortar la ayuda que el Comité Patriótico de la Resistencia está prestando a los enemigos de la sierra. ¿Me comprende usted?

Leonora temblaba, notoriamente atormentada; sin embargo, seguía negando con la cabeza.

—Por caridad, don Santiago, no me martirice más, deje que Alberto y yo intentemos rehacer nuestra vida en Chile.

El veterano no la miró, pero una leve contracción de los músculos de sus mejillas señaló su desencanto. No obstante,

reconoció en voz baja:

—Tiene usted razón, mi amiga; no insistiré más. La dejo en libertad de ir a reunirse con su marido.

Cobo estaba muy fatigado, por las horas que había debido permanecer de pie, y manifestó a su mujer su deseo de regresar a casa. Ésta se había quedado mirando a los soldados que pasaban y no le respondió, por lo que le repitió su propósito, casi con rudeza.

—Perdóname —se excusó Leonora—. Me distraje contemplando a los soldados que van a la sierra.

Cobo los miró con envidia y amargura. El oficial que los comandaba, Florencio Baeza, había sido su propio capitán y los que se encontraban en la sierra eran sus antiguos compañeros de campaña: Del Solar, Santa María, José Antonio Echeverría, Aguirre Peña y Lillo, Miguel Ureta.

—¡Mis camaradas de antes! —musitó sordamente, y, sin quererlo, recitó unos versos del himno del regimiento—: «Volverán no todos lo que fueron, faltarán aquellos que murieron»…

—¡Calla, Alberto, calla! —lo silenció Leonora con nerviosa angustia, y volviéndose a los soldados que pasaban, agitó la diestra, despidiéndolos—. ¡Buena suerte, soldados del «7.º de Línea»! —musitó con un temblor en la voz— ¡Vuelvan, vuelvan pronto!…

Una persistente garúa envolvía Lima aquella noche, cuando los recién casados llegaron al Hotel Maury, lugar en donde se realizaría la fiesta de su matrimonio. Habían venido caminando desde la calle Polvos Azules, y aunque la distancia era muy corta, ya que el hotel se hallaba en la esquina de la calle Bodegones con el jirón Ucayali, ambos traían las ropas brillantes por causa de la humedad. Leonora se había cubierto con su viejo macfarlán gris, el mismo que usara durante toda la guerra en los días fríos, y se envolvía la cabellera con uno de sus acostumbrados chales transparentes que le enmarcaban el rostro como una nube de humo. Pese a estar tan delgada y pálida, se veía muy hermosa. Sus grandes ojos lucían brillantes y tranquilos, y algunas guedejas de su cabello castaño se le desmayaban sobre las sienes.

Caminaron a lo largo del luminoso pasillo del hotel pavimentado con baldosas blancas, cuyos muros ostentaban un zócalo de azulejos moriscos. En el primer patio, contorneado por corredores, sustentados por columnas de mármol, los esperaba el subteniente

Carlos Pancetti, abanderado del «Esmeralda». Al verlos avanzar, entró de un salto por la puerta que tenía más próxima.

Leonora y Alberto se sonrieron, presintiendo una sorpresa. Al asomar a la puerta por donde había desaparecido el abanderado, se hallaron ante una sala cuidadosamente adornada y con una larga mesa al centro. Tras esta última estaban todos los oficiales del «Esmeralda», formados en una doble hilera, como un coro bien adiestrado, los que, al verlos aparecer, comenzaron a cantar:

Mi cantinera se va a casar.
Mi cantinera se casó ya.
Venga la guerra furiosa, toque a rebato el clarín.
¿Qué importa si va, mimosa
mi cantinera a la lid?

Mi cantinera se va a casar
con otro mozo del batallón.
Mi cantinera se casó ya
con el que amaba su corazón.
Sean felices, sean dichosos.
Muerto de envidia me quedo yo.
¡Tucu, tu, tucu tu; pata plan, pata plon!

Envueltos en las voces alegres de los oficiales, los recién casados ocuparon la cabecera de la mesa. Cobo reía suavemente al reconocer a sus antiguos compañeros. No estaban todos, era verdad: sin embargo, estos que los agasajaban se mostraban tan jubilosos, como si no hubiera pasado la guerra sobre ellos.

Junto con terminar la canción del vivac, todos corrieron a sus asientos y se acomodaron bulliciosamente, entre carcajadas. Las copas estaban servidas, y el capitán Jacinto Holley tomó una de ellas y la alzó vuelto hacia los desposados.

—Nuestro regimiento me ha otorgado la honrosa misión de iniciar esta velada ofreciendo a ustedes el brindis del «Esmeralda, 7.º de Línea».

Todos se pusieron de pie, para rendir honores a los recién casados.

—¡Brindo por la dicha futura!… —alcanzó a decir el oficial cuando una voz tonante, que provenía de la puerta, lo paró en seco.

—¡Capitán Jacinto Holley, alto el fuego!

—¡Caráspita, «el viejo» Amengual! —exclamó el capitán Naranjo, y todos se cuadraron respetuosamente, vueltos al recién llegado.

—¡A discreción, oficiales! Buenas noches —tronó el veterano y se acercó a la cabecera de la mesa, para saludar a Leonora, a quien besó galanamente la punta de los dedos. Luego carraspeó ruidosamente y exigió una copa.

Su ayudante Patricio Larraín había recogido al vuelo una copa de la mesa y se la pasaba en ese instante y, como viera que Cobo había alejado de sí la que le correspondía, se la acercó también.

—Gracias, pero no bebo —le advirtió éste, y ante las miradas sorprendidas de sus compañeros, agregó, confundido—: Tendrán que comprenderme; todavía no estoy totalmente repuesto.

—¿Ni un traguito en el día de su matrimonio, teniente? —gruñó el general, sorprendido—. ¿No estará exagerando los cuidados que se prodiga?

—¡Alberto tiene razón, general! Pero yo beberé por los dos —lo disculpó Leonora.

—¡Ésta sí que es una real mujer, no la que uno…! —proclamó el veterano, pero comprendiendo que su broma podía ser inconveniente, dejó la frase inconclusa, y se puso a reír a carcajadas.

El hijo del coronel volvió a alzar su copa y, expresó, fijos los ojos en los recién casados:

—¡Brindo por la dicha futura de un hermano de armas y por la maravillosa esposa que el destino le depara! Bebamos y que nuestro licor entibie el buen augurio del regimiento «Esmeralda, 7.º de Línea». ¡Salud!

—¡Salud!…

Todos los oficiales bebieron con parsimonia y aguardaron a que el general terminara su copa para depositar las suyas sobre la mesa. Enseguida se sentaron y la cena fue servida.

La grata cordialidad de los oficiales del regimiento y la honda fraternidad de que habían hecho gala a través de los años de guerra se manifestaron ampliamente durante aquella velada. Las conversaciones, que al comienzo eran explosivamente alegres, fueron, sin embargo, tornándose nostálgicas, arrastrados todos por

el recuerdo de los camaradas que no se hallaban presentes. Ahondando aún más la atmósfera sentimental que se tejía en torno a ellos, la dueña del Hotel Maury, viuda de un caballero chileno, se instaló en la sala vecina a tocar en su piano viejos valses románticos. El recuerdo de los compañeros se les hizo entonces más punzante y llegó un momento en que el teniente Juan Evangelista Otero propuso:

—Debiéramos hacer un brindis por ellos.

—Es verdad —reconoció el general—. Hemos caído en la ingratitud de olvidarlos en nuestra alegría. Hay que reparar esa falta. ¡A ver, ayudante! —ordenó a Larraín—. Pronuncie un brindis por los camaradas ausentes.

El indicado se puso de pie, meditó unos segundos y luego dijo:

—¡Por los compañeros que están luchando lejos, sin que podamos enviarles más que un aliento espiritual! Deseémosles suerte en las batallas y un pronto retorno. Bebamos también por los que no han de volver nunca, por los que partieron con nosotros llenos de idealismo y cayeron bajo el plomo enemigo. —Se le quebró la voz al agregar—: ¡Jurándoles que no los olvidaremos nunca! ¡Por los viejos camaradas de guerra, salud!

Las voces de los demás oficiales coreándolo sonaron roncas y en sordina. Después bebieron en silencio y se sentaron sin que ninguno tuviera ánimos para hablar más.

—¡Oh, es el colmo que nos pongamos tristes ahora! —se desazonó el general—: ¡Venga música!… ¡Teniente Pancetti, abra la puerta para que entre la música de la sala vecina!

El abanderado le obedeció al punto y la música del piano inundó el comedor. Era una melodía sentimental y melancólica. De pronto, uno de ellos gritó jubilosamente:

—¡Que bailen los novios!

La proposición fue coreada insistentemente por todos los demás, y Leonora miró a Alberto, esperando su reacción.

—Por mi parte, encantada —dijo—. Aunque no sé si me acuerdo de bailar. Hace mucho tiempo que no lo hago. ¿Quieres, Alberto?…

—¿Bailar yo? —murmuró nerviosamente—. ¿Sujetándote el talle con la manga vacía?…

Los oficiales se callaron de golpe y guardaron un silencio pesado, sin hallar qué decir. Fue Amengual quien rompió aquella

atmósfera tensa:

—¡Vamos, muchachos qué timideces son ésas! —exclamó con autoridad—. Si no comienza a vencerlas desde ahora, lo dominarán para siempre. ¿Acaso estoy yo en mejores condiciones? ¿No me falta también un brazo?… Y, sin embargo, desde que lo perdí, he bailado centenares de veces. Vamos, teniente Cobo, baile con su esposa. Se lo ordeno.

El oficial se puso lentamente de pie y durante algunos segundos no supo cómo tomar a su compañera para iniciar el baile. Leonora tuvo que ayudarlo, haciéndole algunas indicaciones en voz baja. Entonces la enlazó por la cintura con su único brazo y empezaron a bailar, con gran timidez.

—Perdona mi torpeza, que debe ser chocante para ti, Leonora —le musitó Alberto, agachando la cabeza para que sus compañeros no se dieran cuenta de que enrojecía su rostro.

—¡Chist, querido, calla! Limítate a bailar —le susurró la joven, y al cabo de un momento le dijo, para darle alientos—: ¿Ves que puedes hacerlo perfectamente?… Como antes… ¿Te acuerdas?…

Alberto movió varias veces la cabeza, en un gesto de vago asentimiento. Danzaba con los ojos cerrados y mordiéndose el labio inferior, como si aquélla fuese una tarea muy dura para él. Comprendiendo su estado de ánimo, Leonora le hablaba suavemente, tratando de devolverle la confianza en sí mismo.

—Hemos pasado a través de una tormenta terrible, es cierto; pero ya estamos nuevamente en el camino que nos habíamos trazado. Desde ahora tiene que realizarse todo como lo soñamos en otros años, Alberto. Mi padre me informaba en su última carta que desocupará nuestra antigua casa de la calle del Peumo, porque es demasiado grande para él y se siente solitario en sus habitaciones vacías. Alquilará otra más pequeña, para vivir con mi tía Clarita. En la carta que le escribí participándole nuestra boda, le he pedido que nos reserve la casa grande para nosotros dos. Tú trabajarás en la oficina de papá. Según me ha contado en sus cartas, los negocios chilenos han prosperado, como consecuencia de la guerra. Las salitreras de Atacama y Tarapacá están en explotación y producen mucho. Los negocios de mi padre marchan bien y necesita a su lado a un hombre joven que le ayude a manejarlos. Tú entiendes de números, puesto que trabajabas en un banco. Podrás colaborar con

él, sin que te haga falta el brazo que perdiste.

Después de la expectación de los primeros instantes, los oficiales dejaron de observarlos y se conglomeraron en torno al general Amengual. Los recién casados, atenuada la nerviosidad, bailaban estrechamente ceñidos y dejándose acunar en sus mutuos recuerdos.

De súbito, se escuchó un disparo apagado por la distancia, el que fue seguido de tres o cuatro más. La dueña del hotel dejó de tocar. Leonora y Alberto dejaron de bailar y, todavía abrazados, tendieron el oído hacia el exterior. El general y los oficiales interrumpieron bruscamente sus conversaciones para escuchar. Pero después de los disparos no se oyó nada más.

—¿Qué significarán esos tiros, muchachos? —preguntó Amengual en voz baja.

—Parece que los lanzaron en la plaza o en la calle del costado de este hotel —aventuró el capitán Larraín.

Por su parte, Leonora hizo un comentario más cercano a la verdad.

—¿Será el temido levantamiento de Lima? —susurró a Alberto.

En ese momento, el general ordenaba a Pancetti que saliera a averiguar lo que ocurría y como todos se hubieran quedado inmóviles y silenciosos, exclamó:

—¿Y qué hacemos mirándonos como monos? ¿Acaso no hemos oído nunca unos balazos sueltos?… ¡Siga la fiesta, mijos! Uno de ustedes vaya a decir a la señora del piano que no se asuste y continúe tocando. ¡Acérquense todos! Teniente Otero, llene las copas de nuevo. Escuchen, que quiero contarles una cosa divertida que me ocurrió durante la revolución de 1851, cuando me metieron una bala en este brazo, que ahora me cuelga como la trompa de un elefante triste.

Mientras los oficiales se amontonaban en torno a él, escuchando con animación el pintoresco relato del general, el piano volvió a oírse, y Alberto y Leonora reanudaron el baile. De pronto, regresó el abanderado Pancetti. Entró sin prisa, dando la impresión de que lo ocurrido en la calle no tenía mayor importancia. Se cuadró ante el general, que levantó los ojos hacia él, interrumpiendo su relato:

—Los centinelas del barrio del otro lado del Rímac cazaron a dos hombres que intentaban entrar a la ciudad trasmontando el cerro San Cristóbal —le informó el subteniente—. Los traían prisioneros

hacia el cuartel general, cuando intentaron escaparse. Los soldados tuvieron que perseguirlos a través del puente y por la calle lateral del Palacio de Gobierno. Al llegar a la Plaza Mayor, les fue posible distinguirlos bien a la luz de los faroles de gas, y como no obedecieron al «alto» que les gritaron en varias ocasiones, no tuvieron más remedio que dispararles.

—¿Los hirieron?… —quiso saber el general.

—Uno murió en el acto; el otro quedó agonizante —le indicó el abanderado.

Leonora, que había escuchado el informe desde cierta distancia, cerró los ojos dolorosamente, y preguntó:

—¿Eran jóvenes?…

—Apenas dos muchachos —le respondió el oficial en voz queda. Y, como queriendo justificar la cruel medida tomada en contra de ellos, agregó—: Uno portaba una cartera de cuero con documentos firmados por el general Cáceres. Eran agentes enemigos; llevaban en sus sombreros la cinta roja de los oficiales serranos. —Calló bruscamente y se quedó mirando a los demás. Todos bajaron la cabeza. Amengual se quedó cabizbajo alisándose la frente con sus dedos huesudos. El abanderado añadió entonces, con pesadumbre —: Recién estaban levantando los cuerpos. El agonizante alcanzó a hablar antes de que se lo llevaran. Dijo que su compañero se llamaba Natanael Escutti, y él, Teodoro Buendía.

—¡Buendía!… —Leonora no pudo evitar que se le escapara aquella exclamación y se quedó mirando al subteniente con los ojos dilatados por la impresión.

—Sí, señora —le confirmó éste— Según se comentaba, es uno de los sobrinos del general Juan Buendía.

El rostro de Cobo se puso gris al escuchar aquel nombre. Su esposa podía percibir la vibración de sus nervios en la mano con que la mantenía tomada de un brazo. Adivinó de inmediato el torbellino de sospechas, la ola de acres recuerdos que el nombre de Buendía provocaba en su marido. Éste se volvió hacia ella y la enfrentó, con las pupilas llameando obscuramente:

—Te has puesto pálida como un papel, Leonora —le dijo en forma áspera e hiriente.

Ella lo miró al rostro y en sus ojos había una verdadera súplica.

—Calla, por favor, no vuelvas sobre tu obsesión.

Alberto siguió mirándola durante unos segundos, con una fijeza helada. Después, la soltó bruscamente y se encaminó hacia un extremo de la mesa. Con ademán violento, tomó una botella de licor y se llenó una copa. Leonora, que había ido tras él, trató de contenerlo.

—Te hará daño, Alberto.

—Tengo sed —le contestó tercamente y, llevándose la copa a los labios, la vació de un trago. Enseguida se sentó frente a la botella y siguió sirviéndose licor, una y otra vez, ignorando deliberadamente a Leonora.

Entretanto, los documentos encontrados en poder de los dos agentes de Cáceres habían sido llevados a Lynch, y, como todos ellos aparecían escritos en clave, éste los entregó a El Profesor para que los descifrara. Para aquél fue tarea fácil traducir su texto, y cerca de la medianoche se presentó ante el comandante en jefe, para rendirle su informe.

—Una de las cartas contiene un detalle sobre los nuevos cuerpos del ejército que ha logrado formar Cáceres en la sierra —le explicó —. Habla de una columna de Yauyos y de otra de Tarma, las que se han sumado a las de Jauja, Huancayo y Ayacucho. Informa que los batallones «Constancia» y «Junín» se han visto reforzados en más de cien hombres cada uno, gracias a los soldados y oficiales que salen subrepticiamente de Lima.

Lynch dio un golpe sobre su escritorio. Era la confirmación de lo que venía predicando a sus jefes desde su llegada a Lima.

—Mientras no consigamos tomar en nuestras manos los hilos que mueven a ese Comité Patriótico, el ejército enemigo seguirá incrementando sus filas en la sierra —repitió, y luego quiso saber a quién iba dirigida aquella carta de Cáceres.

—El sobre viene en blanco y la esquela sin encabezamiento —le contestó El Profesor—. El nombre del destinatario, seguramente, fue revelado en forma oral a los portadores, previniendo que podían ser arrestados.

—Pues hay que interrogar inmediatamente al que quedó vivo, a ese sobrino del general Buendía —determinó el contralmirante.

El Profesor movió la cabeza sombríamente.

—Ya es imposible preguntarle nada, señor —repuso—. Acaba de morir.

Lynch frunció el ceño, sinceramente apesadumbrado.

—¡Pobre muchacho! —murmuró compadecido, pero, pasando por sobre su apreciación personal, volvió a recordar su posición de comandante en jefe y exclamó con enojo—: Otra vez nos quedamos ante el mismo misterio. ¿Y la otra carta tampoco trae destinatario?

El Profesor volvió a negar con la cabeza.

Tampoco, señor. Y ésta sí que es digna de atención. Vea usted. —Extendió ante sus ojos el documento mencionado y leyó claramente—:

> *«Hemos hecho desmontar y traer a Jauja los tres cañoncitos del fuerte de Pachachaca. Ahora estamos a la espera de que ustedes nos envían el otro, ese que me informan forjó en Lima nuestro amigo inglés. Ya saben ustedes la forma de sacarlo de la ciudad; es la que ustedes propusieron y que nos parece será la que menos sospechas despierte, y, por lo demás, la única practicable».*

Lynch se quedó meditabundo; sobándose lentamente el mentón, barajaba en voz muy queda una frase que le había llamado la atención en la misiva:

¡Nuestro amigo inglés!… ¿Sospecha usted quién puede ser?

El jefe del servicio secreto hizo un gesto vago de impotencia.

—¡Maldición! —exclamó rabiosamente—. Seguimos tan en ayunas como antes, y esos facinerosos van a conseguir realizar su propósito, llevándose un cañón bajo nuestras propias narices.

—Queda un párrafo de esa carta, que me parece de mayor importancia todavía, señor —le advirtió El Profesor, leyendo—:

> *«Nuestro pequeño ejército está ya en disposición de atacar y nos movemos cautelosamente en pos del enemigo».*

El rostro del contralmirante se endureció aún más al escuchar aquella frase. Al momento captó la revelación que encerraba. El enemigo mencionado por Cáceres no podía ser otro que el destacamento de Letelier, que luchaba por abrirse paso entre los

indios alzados. La información enviada por el caudillo enemigo al Comité Patriótico significaba que él y sus batallones regulares recientemente formados se disponían a caer por sorpresa sobre las tropas chilenas, cuando éstas estuvieran agotadas por la lucha contra los nativos.

—Los van a atacar hasta con cañones —razonó, y, encarándose a El Profesor, le advirtió—: Si Cáceres logra destruir a la división que tenemos en la sierra, todo el Perú se levanta en contra de nosotros al instante.

—Lo comprendo bien, señor —aceptó el agente—. Pero ¿qué podemos hacer para impedirlo? Estas cartas salieron hace varios días; probablemente el encuentro de las cansadas tropas del comandante Letelier con las del caudillo peruano ya se ha producido.

—Es cierto. Nada podemos hacer, salvo esperar. Pero ¿esperar hasta cuándo, por mil diablos?…

Aquella noche, Lynch no pudo dormir. Se paseó durante largas horas por su dormitorio, devanándose el cerebro en busca de una solución rápida. Pero terminó por echarse a la cama sin hallarla.

Por otra parte, la captura y muerte de los dos agentes enemigos trastornó por completo la cena con que los oficiales del «7.º de Línea» festejaban el matrimonio de Leonora y Alberto.

Cuando su marido se puso a beber, Leonora no quiso exponerse a otra humillación, rogándole de nuevo que no lo hiciera; temió un rechazo que la dejara en vergüenza ante los demás oficiales, pero le era imposible ocultar lo terriblemente confundida que se hallaba. Por último, como viera que Alberto empezaba a dar ligeras muestras de embriaguez, pidió disimuladamente a Jacinto Holley que le impidiera seguir bebiendo.

Era notorio que Amengual y los oficiales que conversaban con él se habían dado cuenta de la situación y que los deprimía la actitud de Alberto. Sus conversaciones eran forzadas y hasta inconexas. Cuando Jacinto Holley se inclinó sobre Cobo y le habló amistosamente, todos guardaron silencio. Esto hizo posible que la respuesta de Cobo, aunque dicha entre dientes, se escuchara con claridad.

—Déjame, hombre —gruñó—. He pasado seis meses botado en una cama, sin ver a ningún amigo. Soy propiamente un resucitado.

Si no morí por causa de la bala que me tronchó el brazo ni de la lanza que me perforó el pulmón, ¿crees que voy a despacharme porque me tome unas copas?…

Amengual comprendió que el problema se iba a agravar si no se le daba un corte inmediato. Poniéndose de pie y tratando siempre de proceder con discreción, dio por terminada la fiesta.

Los oficiales lo imitaron, manifestando un franco alivio. Por lo demás, al alba siguiente tenían que realizar ejercicios en el campo de Amancaes.

Leonora se acercó a su marido y lo ayudó a ponerse de pie, pese a que éste se le resistió un poco. Como Jacinto Holley observara esto, se ofreció para acompañarlos hasta su casa. Alberto levantó hasta él sus ojos opacados por efectos del licor, y le dijo sin animosidad, pero con expresión testaruda:

—¿Crees que porque me falta un brazo necesito andar acompañado?

—¡Alberto!… —lo reprendió dolorosamente Leonora.

Sin embargo, Holley la tranquilizó, con sonrisa comprensiva.

La actitud serena de su compañero desarmó a Alberto. Profundamente avergonzado, se excusó entre dientes, y, del brazo de su esposa, caminó lentamente hacia la puerta. Allí lo aguardaban Amengual y los demás oficiales, y en las pupilas grises del anciano se observaba una chispa de compasiva tristeza al enfrentar a la joven.

—Mi apreciada señora —le dijo, inclinándose y besándole la diestra—, ha sido un placer sincero para este viejo militar y para todos los oficiales del «7.º de Línea» haber podido compartir con ustedes momentos tan significativos.

Alberto Cobo comprendió que era a él a quien le correspondía contestar a la gentileza de su antiguo comandante, pero se sentía ofuscado, sin fuerzas ni claridad como para expresarse atinadamente.

—Somos nosotros los que debemos agradecerles, mi general —comenzó a decir, pero al tratar de agregar algo más, sus palabras se diluyeron en un farfullo ininteligible. Mordiéndose los labios, se limitó a decir—: Bue… buenas noches, mi general.

—Buenas noches, teniente —le contestó el veterano y, cuando el oficial se volvía ya para salir, lo retuvo suavemente de un hombro

—. Escúcheme, Cobo. Me gustaría que conversáramos unos momentos otro día, antes de que me marche.

Alberto lo observó con temor, pero no se atrevió a rehusar.

—Como usted disponga, mi general —le contestó.

—Véame pasado mañana en el cuartel del regimiento. Lo esperaré. —El general se volvió entonces hacia Leonora, sonriéndole paternalmente—. Buenas noches, señora. Que descanse usted.

Después que abandonaron el hotel, ni Leonora ni Alberto volvieron a pronunciar una sola palabra. Caminaban lentamente, sumidos en sus desolados pensamientos y con expresión tan abatida que no se atrevían a mirarse.

En la casa, Elcira se había preocupado de arreglar cuidadosamente la alcoba que hasta entonces ocupaba Leonora, trasladando a ella los escasos efectos personales del oficial. No obstante, Alberto no entró en la habitación. Pasó de largo hasta el vestíbulo y se abandonó en un sillón. Leonora, desde el dormitorio, lo escuchó levantarse, pasearse y volver a desplomarse en el asiento, al mismo tiempo que, una y otra vez, raspaba fósforos para fumar, labor que le era muy difícil de realizar con una sola mano.

Al borde del amanecer, la joven, con los ojos secos, tuvo que reconocer el fracaso de su matrimonio, y se acostó. Alberto se retiró horas más tarde al mismo cuarto que había ocupado mientras estuvo herido.

Aquella misma noche, los principales miembros del Comité Patriótico se hallaban reunidos en uno de los pabellones del Palacio de la Exposición. Se destacaban, entre ellos, por la autoridad con que se expresaban, los señores Elías, Ramos y Elguera, así como también doña Antonia Moreno de Cáceres. Junto a la esposa del caudillo se veía al comandante Joaquín Muñoz, que acababa de llegar de la sierra. En una carta que Cáceres habíale confiado, expresaba a su esposa que era indispensable que los miembros del Comité pusieran a disposición del comandante Muñoz todos sus recursos, pues debía cumplir una misión de vital importancia para la lucha en la sierra.

—Sírvase el señor comandante explicarnos qué es lo que ocurre

—le rogó Carlos Elías al comisionado.

La situación es la siguiente, señores —comenzó a informarles el enviado de Cáceres—. Nuestro cuartel general en Jauja…

—¿Cómo que en Jauja, señor comandante? —lo interrumpió el señor Elguera—. Ese pueblo está ocupado por los chilenos.

—Se equivoca usted, señor —repuso el comandante—; lo desocuparon hace ya cinco días. E inmediatamente que ellos lo abandonaron, las fuerzas del general Cáceres entraron en él. Ésa es la modalidad que seguiremos en el futuro. Los chilenos están evacuando apresuradamente la sierra, aunque con mucha cautela, puesto que saben que nuestras fuerzas se han incrementado fuertemente en las últimas semanas. Como decía, nuestro cuartel general en Jauja se ha enterado de que la expedición de Letelier, concentrada en Junín, después de masacrar a los indios para salir de Cerro de Pasco y Huánuco, ha determinado bajar a Chicla por los dos únicos caminos practicables. Pues bien, el ala derecha de la fuerza enemiga se encuentra actualmente en Oroya y allí espera que se le una la sección del otro extremo, que avanza desde Cerro de Pasco y Huánuco. Según nuestros espías, esa fracción bajará a Chicla por Canta. Nos afirma en esta idea el hecho de que el comandante de la línea

Chicla-Casapalca

ha enviado un piquete de cien hombres a custodiar el paso de Las Cuevas.

—Ese desfiladero está justamente encima de la hacienda Sangrar, de propiedad de mi amigo el coronel Norberto Vento —apuntó Juan Ramos.

—Justamente a eso iba —continuó el comandante Muñoz—. El señor Vento es dueño de casi toda esa región, tiene dos hijos que han sido los encargados de organizar las montoneras de Canta. Uno de ellos, el coronel Manuel Encarnación Vento, comparte el mando de ellas con el coronel Tafur, que ha sido enviado por el general Cáceres para instruir militarmente a los montoneros. Pues bien, esas fuerzas cuentan con doscientos soldados reclutados entre los mejores elementos de la población canteña, y de unos mil indios, extraídos de la servidumbre y del peonaje de las haciendas vecinas. ¿Comprenden ustedes lo que ocurriría si las fuerzas enemigas chocan con las montoneras de Canta?

Los directores del Comité se miraron sin que ninguno expresara su opinión. Perfectamente comprendían que un encuentro de tal naturaleza representaba un desastre para las fuerzas canteñas. Sólo podían considerarse tropas efectivas los doscientos soldados regulares, que eran, a la vez, los hijos de las mejores familias del lugar. Los mil indios, armados solamente con hondas, masas y lanzas, poco podrían influir ante enemigos provistos de fusiles de repetición y largamente entrenados.

—Para salvar esta emergencia es que he venido a Lima, señores —les aclaró el comandante—. Mi misión consiste en pedir a ustedes que engrosen la montonera de Canta con el mayor número posible de hombres que hayan participado en las campañas anteriores; es decir, que tengan preparación de soldados. De más está advertirles que es preciso que esos hombres partan cuanto antes y provistos de fusiles y municiones propios, porque allí no hay armas ni balas. Espero que me hayan comprendido bien y me expresen sus opiniones.

Los miembros del Comité estaban preparados para una contingencia como la que les exponía Muñoz. Trabajando separadamente, cada uno de ellos se había preocupado de convencer a un grupo de hombres en situación de cargar armas, para enviarlos a la sierra. Don Juan Ramos, por ejemplo, propietario de una extensa hacienda del valle de Cañete, había traído a Lima a la mayor parte de sus peones, entrándolos a la ciudad en pequeños grupos. Disponía en ese momento de dieciocho hombres, armados y con fusiles y municiones, que él mismo había acopiado poco a poco. Los tenía concentrados a todos en una pequeña casa del barrio del Cercado.

En igualdad de condiciones, los demás directores de la liga secreta contaban con otros grupos de hombres armados, que fueron enumerando y registrando en una lista que escribió el propio comandante Muñoz.

En aquella memorable reunión quedaron inscritos sesenta y dos individuos dispuestos a ir a luchar junto a la montonera de Canta. Pero, durante esa noche y la siguiente sólo pudieron abandonar Lima cuarenta de ellos, todos los cuales tenían alguna relación familiar o de afectos con esa provincia, por lo que se dieron el título de «Columna Canteña». Sin embargo, en el desarrollo previsto de

los acontecimientos hubo un factor con que los miembros del Comité y el propio Cáceres no contaron. Éste fue que, cuando el ala izquierda de la expedición Letelier abandonó Junín por el camino de Canta, se desató una tormenta de nieve y viento que envolvió toda la región. Ya al iniciar el ascenso de la cordillera occidental los soldados chilenos apenas podían avanzar, abrumados por la nieve que bajaba del cielo compacta e inconmensurable. Llegó un momento en que el comandante Letelier se vio obligado a detener la columna y consultó con los baqueanos que la guiaban. Éstos fueron unánimemente de opinión de que la tormenta debía ser más recia en las alturas, pero el porfiado jefe dispuso el ascenso de las cumbres.

Obedientes a la orden, las tropas comenzaron a trepar por el retorcido sendero, ahora más peligroso por causa de la nieve blanda que ocultaba las grietas y borraba el borde exterior de la huella, obligando a los hombres a marchar apegados a la pared del cerro para no rodar al abismo. Una de las que más sufrían con la temeraria ascensión era la tercera compañía del «Esmeralda», a la que se le había obligado a venir hasta Junín desde La Concepción. La tropa iba con el calzado hecho pedazos y hasta algunos oficiales mostraban los dedos por las descoseduras de las botas. Los hombres de los demás batallones que seguían a Letelier no iban en condiciones mejores y hasta se comentaba de dos muertos congelados.

Sin embargo, la columna realizó la ascensión sin protestas.

Habían marchado ya toda la mañana y parte de la tarde, cuando presintieron que estaban por llegar al lomo de la cordillera. El viento zumbaba más libremente, y la nieve, arremolinada, les golpeaba los rostros, más densa y fría por efectos de la altura. Fue entonces cuando uno de los cornetas, de la vanguardia, hizo oír su instrumento y muy pronto, los oficiales dieron la voz de «alto la marcha». Se autorizó a la tropa para descansar, sentándose en la nieve, pero con terminante prohibición de tumbarse en ella. El peligro de la muerte por congelación era inminente.

La razón de aquella parada residía en la sorpresiva llegada de un grupo de cuatro hombres, conduciendo varias mulas cargadas con voluminosas árguenas. Eran los cargadores que enviaba el capitán Araneda, portando las municiones que había solicitado Letelier al

jefe de la guarnición de Casapalca. Escuchándolos informar que pertenecían al regimiento «Buin», el jefe de la columna se alegró, imaginando que todo aquel cuerpo se encontraba en el paso de Las Cuevas e hizo un gesto de contrariedad al saber que no era así. Pero más lo disgustó enterarse de que el camino de descenso hacia Canta estaba completamente intransitable a causa de la tormenta.

—Nosotros nos hemos demorado tres días en subir —le relató el arriero—, y eso que todavía no se había desatado el huracán en todas sus fuerzas.

Letelier maldijo como un energúmeno, al comprender que el esfuerzo que había obligado a realizar a su tropa era completamente perdido.

—Lo malo, mi comandante, es que mi capitán Araneda se va a quedar solo y esperando en Las Cuevas —le observó el jefe de los arrieros—. Y conviene que usted sepa que toda esa región está convertida en un hervidero de montoneros.

—Pero me imagino que ese capitán habrá tenido el tino de establecer a sus tropas en alguna buena posición —razonó, tratando de eludir su responsabilidad respecto a lo que a esa fuerza pudiera ocurrirle.

—El destacamento estuvo instalado en el paso de Las Cuevas al comienzo —le informó el encargado de la tropilla—; pero, como ahí pega muy fuerte el viento y los hombres se entumían, mi capitán dejó solamente un nido de centinelas, con catorce hombres, y el resto lo instaló en las casas de una hacienda que está abajo, en una pequeña hondonada. La hacienda se llama Sangrar.

—¿Están seguros allí? —quiso saber el comandante, esperanzado en no tener que preocuparse más del asunto.

—Bueno… —le contestó el arriero con reticencia—, las casas son firmes, pero ¡vaya uno a saber cuántos enemigos pueden atacarlos! Pero los mil y tantos hombres suyos no bajan por Las Cuevas, ni aunque los ayuden toditos los apóstoles.

—Entonces volveremos al camino de Oroya —decidió Letelier—. Cruzaremos la cordillera por el paso de Piedra Parada, y, una vez en Casapalca, llamaremos al capitán Araneda y a sus buines, para que volvamos todos juntos a Lima.

La extenuada columna giró sobre sus talones y rehízo el camino, descendiendo otra vez a Junín. La tormenta de nieve y viento los

persiguió continuamente a medida que bajaban al valle del río Mantaro. Ya nadie se sentía con los arrestos de un combatiente, sino como náufragos que tratan de llegar vivos a tierra firme. El propio Letelier dejó de pensar en la coordinación general de los planes, atento solamente a salvar a las tropas que iban con él. Esta caótica situación fue la que le impidió reflexionar nuevamente sobre las consecuencias que podía acarrear su cambio de ruta a los soldados del «Buin», que los esperaban en Las Cuevas. Olvidó totalmente a ese destacamento y siguió marchando hacia el sur, puesta su mirada solamente en el camino desolado que seguían sus hombres. Los resultados inmediatos de aquel cambio de itinerario vendría a saberlos días después.

14

El capitán José Luis Araneda, con los tres subtenientes y los setenta y nueve soldados que lo acompañaban, habían llegado a Las Cuevas el 20 de junio. Tuvieron la suerte de que la nieve con que habían salido de Casapalca dejara de caer justamente cuando el destacamento alcanzó la plazoleta frente al desfiladero que debían guarnecer.

El guía Salustio Mella, que iba adelantado, los esperaba allí sin apearse de su mula. El paisaje en torno era de una desolación que escalofriaba, dominándolo por completo dos enormes montañas oscuras, por entre cuyos flancos se introducía el camino a las cumbres y a Junín. El único lugar donde se podía asentar pie era la estrecha plazoleta ubicada frente a la boca del desfiladero, pero su extensión no daba cabida a todos los soldados del destacamento. El capitán Araneda juzgó de una ojeada las posibilidades de establecer un campamento allí y movió la cabeza decepcionado. Abajo, en el ángulo que formaban las faldas de la montaña, se advertía un pequeño valle encerrado. No tendría más de unas ocho cuadras de largo por cuatro de ancho. Al costado norte, sobresalían algunas construcciones: una capilla campesina de torre aguzada, dos corrales para animales, un molino que recibía el agua para sus mulas directamente de un arroyo que desaguaba el deshielo de las cumbres y una casona ancha y chata, con techo de planchas de zinc. Era la hacienda Sangrar, de propiedad del señor Vento, patriarca feudal del lugar.

Durante largos minutos, el capitán observó la situación de las casas. El hecho de que estuvieran hundidas en un hoyo le despertaba una razonable desconfianza. Pero el viento y el frío en la altura de Las Cuevas eran implacables. Se vio obligado a decidirse.

—No cabemos todos aquí —dijo a sus subtenientes—. Además, no traemos provisiones sino para veinticuatro horas, y en estos cerros desnudos no hallaremos ni forraje para los animales. No nos queda más remedio que ampararnos en las casas de la hacienda, pero lo haremos tomando toda clase de precauciones para evitar una encerrona, como la que sufrió el «2.º de Línea» en Tarapacá.

Como prolongar la permanencia de la totalidad de los hombres en la plazoleta era un inconveniente, seleccionó a los catorce soldados más fuertes y los dejó de centinelas frente al desfiladero, parapetados en las ruinas del tambo incaico que allí existía.

—Ordenaré que unos cuantos soldados corten ramas y paja en la hacienda Sangrar y las traigan hasta aquí, para improvisar un techo sobre las pircas de piedra —dijo a los soldados que iba a dejar—. Mediante ese arreglo ustedes podrán resistir a la nieve y a la lluvia.

Designó para comandar al grupo de centinelas al sargento Germán Blanco, a quien dio instrucciones. Luego encabezó al resto del destacamento y bajó con él hasta las casas, de las cuales tomó inmediata posesión.

El tiempo mejoró durante los cuatro días que siguieron. Dejó de nevar y la lluvia sólo caía en chubascos intermitentes, que dejaban treguas para las exploraciones. Los buines ocuparon el primer día en instalarse cómodamente en las casas y bodegas abandonadas, y, en los siguientes, enviaron partidas exploradoras a inspeccionar la hacienda, las que consiguieron arrear un rebaño de más de doscientos carneros y numerosos caballitos serranos de corta alzada y espeso pelaje que encerraron en el amplio corral frente a la capilla. El otro corral, levantado ante la casona de piedra de los señores Vento, fue dejado vacío, con la esperanza de encontrar más animales en búsquedas posteriores.

El capitán Araneda estaba satisfecho. Los catorce soldados del sargento Blanco habían logrado techar el tambo de Las Cuevas y soportaban bien el frío de los tres mil quinientos metros de altura. Los centinelas apostados en las cumbres eran renovados cada cuatro horas, para evitar que se congelaran. No se abandonaba la vigilancia ni un solo instante.

El día 21, pasaron por Las Cuevas, viniendo de Canta, el diputado Pedro María del Valle y doce acompañantes, provistos de pasaportes otorgados por el contralmirante Lynch. Del Valle había

sido solicitado por el Gobierno de La Magdalena para presentarse, como diputado por Canta, al Congreso de Chorrillos, que se pensaba inaugurar en julio. El capitán Araneda subió hasta el desfiladero para entrevistarse con él, y por sus labios supo una noticia que lo hizo arrugar el ceño.

—Lo que deseo revelarle, señor capitán —le dijo Del Valle—, con la esperanza de evitar más choques sangrientos entre peruanos y chilenos, es lo siguiente: que en Canta existe una montonera de unos setecientos hombres, organizada por el coronel don Manuel Encarnación Vento, cuatrocientos de los cuales han pertenecido a las tropas de línea del Perú y están bien armadas de fusiles.

—¿Y esa montonera planea moverse sobre Las Cuevas, señor? —preguntó Araneda.

El diputado lo contempló con un brillo irónico en la mirada.

—¿Ignora usted quién es el dueño de la hacienda Sangrar, capitán?

—Me han dicho que un señor Norberto Vento.

—Padre del coronel Manuel Encarnación y del subteniente Wenceslao Vento, que participan en el mando de la guerrilla —le informó Del Valle.

El capitán Araneda no hizo comentario alguno, pero su rostro expresó claramente que había comprendido la situación.

—Sepa usted que los señores Vento son gente de estirpe soberbia. Son amos de la región, al igual que los señores de la familia Bedoya lo son de las tierras de Canta, que se extienden hacia el poniente.

El capitán sonrió significativamente, denotando que entendía la prevención que encerraban los datos que le proporcionaba su interlocutor.

—Gracias, señor Del Valle —dijo a éste, y le aseguró, sonriendo intencionadamente—: Me dedicaré a esperar a los soberbios señores Vento, con los preparativos que se merecen.

Desde ese momento Araneda redobló las precauciones. Sus centinelas recibieron órdenes de no permitir acercarse ni a una sombra sin dar la alarma. Así fue como el 26 de junio, en la mañana, una de las patrullas que hacían la ronda de madrugada llegó a las casas de la hacienda conduciendo a dos hombres que se veían casi desnudos y ostentaban en los rostros las marcas de golpes

recibidos. El capitán Araneda y el subteniente Guzmán asomaron al corredor de la casona y los examinaron.

—¿Qué significa esto, cabo Loreto? —preguntó el capitán al jefe de la patrulla—. ¿Por qué vienen estos hombres desnudos y aporreados?

—Venían así cuando los hallamos y trotaban por el camino de Canta, igual que si los hubieran venido persiguiendo los diablos.

—¿Y quién los asaltó entonces?

—Me informó uno de estos mentecatos que fueron los montoneros de Canta, mi capitán.

Araneda se puso rígido. Jamás se imagino que los montoneros del coronel Vento pudieran estar ya tan cerca. Encarando al prisionero de más edad, quiso confirmar su temor.

—¿En qué sitio los asaltaron los montoneros? ¡Vamos, responde! —lo apremió.

—En el camino, mi señor, pues; a una legua de esta hacienda —le respondió el indio, amedrentado.

—Estos indios son unos cretinos, mi capitán, no tienen la menor noción de las distancias. Nosotros hemos recorrido hasta más allá de una legua y no vimos a nadie. Por lo demás, si la montonera se hubiera acercado tanto, nuestros centinelas ya habrían dado la alarma —dijo el cabo.

Fue inútil intentar obtener de los indios alguna otra información. Pensando en conseguir sonsacarles algo más en posteriores interrogaciones, cuando se les hubiese ido el miedo, el capitán ordenó que se los dejara amarrados en el corral donde estaban los carneros. Estaba profundamente preocupado. No aumentó los centinelas, pero se propuso subir él mismo a las cumbres que dominaban el camino a Canta. Sin embargo, antes de que pusiera en práctica su determinación, se presentó ante él el cabo Bernabé Orellana, encargado del rancho. Siendo su tarea una de las más difíciles de cumplir, se había acercado a los prisioneros, para obtener de ellos informaciones sobre los sitios en donde existían frutas o verduras, para agregar a la comida de la tropa.

—Uno de esos macacos me dijo, mi capitán, que ellos trabajan en una hacienda vecina, llamada «Capillayoj», la que pertenece a una señora Rosa de Latorre, y me ha contado que *hei* hay harta hortaliza y cereales. Como nosotros estamos hasta sin sal *pa* echarle

al rancho, *hei pensao* que usted quizás autorizaría *pa* que…

El capitán comprendió que la petición del ranchero era razonable, más aún cuando se enteró de que la hacienda se encontraba a no más de un par de leguas.

—En unas tres horas vamos y volvemos —le aseguró Orellana.

—Está bien. Irán, pero formando una fuerza prudente. La comandará un sargento y la formarán usted y cinco soldados.

No hacía mucho rato que se habían perdido de vista, cuando aparecieron por detrás de la casa el cabo 2.º Julio Oyarce y un soldado, arreando a un mestizo con buena vestidura, aunque cubierto de polvo. Acusado de espía por los vigilantes, el prisionero se defendió desesperadamente, asegurando ser arriero. Dijo que venía conduciendo unas vacas por el camino del poniente y se había visto obligado a arrancar.

—¿A arrancar de quién? —quiso saber el capitán Araneda, casi seguro de la respuesta que iba a recibir.

—Es la montonera de Canta, mi señor —le reveló el prisionero —. No sé cuántos hombres trae, porque el susto me hizo arrancar muy ligero, pero vi que eran muchos, armados de fusiles, y que los seguían cientos de indios con lanzas y rejones.

—¿A qué distancia de aquí los viste? —indagó al mestizo.

—A unas dos leguas al poniente, pues, mi señor —le respondió el hombre, sin vacilaciones.

—¿Te atreves a volver al sitio en que quedaron tus animales?

—Sí, pues, señor.

El oficial se volvió hacia el cabo Oyarce, que esperaba su determinación, y le ordenó:

—Tome cuatro soldados y siga a este hombre. Marche con precaución, examine bien los contornos y cerciórese de si está por ahí la montonera de Canta. Regrese lo antes posible.

«Incomprensibles disposiciones de mi capitán Araneda», pensaba el subteniente José María de los Ríos, observando la escena desde el corredor de la casa central de Sangrar. Le parecían imprudentes las órdenes que el jefe venía dando. Contando el destacamento con apenas ochenta y tres hombres, incluidos los cuatro oficiales y el niño corneta, lo había desmembrado, dejando catorce soldados en Las Cuevas, y a dos centinelas en las cumbres; posteriormente, enviaba al sargento Bisivinger con un cabo y cinco soldados a la

hacienda «Capillayoj», y ahora mandaba al cabo Oyarce con cuatro soldados más en sentido opuesto, a recoger los animales del mestizo. En total, quedaban en la hacienda Sangrar cincuenta y cuatro hombres, de los cuales, uno, el corneta, no poseía fusil.

El subteniente Ríos movió la cabeza desaprobatoriamente, y se decidió a exponerle su pensamiento al capitán. El superior le respondió con tranquilidad.

—Me preparo para resistir a un asedio prolongado, teniente. Por eso he mandado a buscar víveres, carne, sal.

—¿Y si el asalto se produjera repentinamente, ahora mismo?… —le planteó Ríos.

El capitán sonrió, pero había algo forzado en su sonrisa.

—No sea pesimista, oficial. Los centinelas nos avisarían con tiempo suficiente para que alcancen a regresar las patrullas que he mandado en comisiones. Quédese tranquilo.

Pero la montonera de Canta avanzaba sigilosamente desde el 24 de junio. Ese día, al pasar por el pueblo de Golluhuay, el coronel Manuel Encarnación Vento dio el alto a la columna, al ver que un labriego, jinete en una mula, les interceptaba el camino. Era éste un empleado de la hacienda Yantag, quien traía al jefe de la montonera un mensaje de su amo, en el que le confirmaba que la hacienda Sangrar estaba ocupada por soldados chilenos.

—¡La heredad de mi familia mancillada por esos rotos bandidos! —barbotó el altivo señor, sintiendo reavivar el odio que lo había abrasado cuando se enteró de la noticia por primera vez. Empequeñeciendo al mensajero bajo su mirada dura, le inquirió—: ¿Cuántos chilenos hay en Sangrar, cholo?

—Cerca de un centenar, señor coronel.

—Pues nos sobramos entonces —calculó el hacendado, y empinándose sobre los estribos, volvió el torso hacia su hueste, y gritó estentóreamente—: ¡Guerrilleros de Canta, al galope!… ¡Vamos a liberar a la hacienda Sangrar y a imponer a los sucios invasores el castigo que se merecen!… ¡Adelante!

Moreno intenso, de ojos verdes, con barba espesa y puntiaguda, el coronel Manuel Encarnación Vento galopaba soberbiamente por los altos senderos de la montaña, en dirección a la heredad de sus mayores. Su furia de gran señor feudal contagiaba a su hermano menor, Wenceslao, y ambos arrastraban tras su cólera a los

setecientos hombres de la montonera canteña y a los indios que se le plegaban en el camino.

El propósito del coronel era llegar de una galopada hasta Sangrar y caer sobre los invasores antes de que su furor decreciera y lo penara la reflexión. Pero las fuerzas de la naturaleza se pusieron en contra suya, y, al atardecer, el cielo se obscureció inesperadamente. Gruesos nubarrones, que cruzaban como celajes, empujados por el viento zumbador, preludiaron la tormenta. La columna apenas tuvo tiempo de buscar refugio en la hacienda Ocsamachai, perteneciente a parientes lejanos de los Vento. Allí tuvo el coronel que descargar su furia emulando a la de la ventisca que batía desaforadamente los ventanales y los techos.

Al amanecer, el suelo estaba pringoso de nieve y de barro, pero la impaciencia de los señores Vento era mayor que las dificultades, y ordenaron que la columna se aprestara para continuar la marcha. No obstante, la prudencia del subprefecto de Canta, Emilio Fuentes, frenó la impulsividad de Manuel Encarnación. En los momentos en que éste montaba a caballo y se disponía a dar la orden de marcha, le emparejó su cabalgadura, para comentarle en voz baja, cuidando de no alarmar a los guerrilleros:

—Señor coronel, creo que no es conveniente que nos lancemos hacia Sangrar a la ventura, sin tomar cuidados que eviten caer dentro de alguna fuerza enemiga que pueda andar vagando por la región.

El coronel Vento estuvo de acuerdo en que existía esa posibilidad y decidió que fueran en exploración el propio subprefecto Fuentes, profundamente conocedor de la zona, acompañado por su hermano Wenceslao, quien, según su propia expresión, «había perdido toda su juventud galopando por esas serranías». Se agregaron a la partida los señores Andrés Hidalgo y José Bravo.

Otra razón tan poderosa como su furia empujaba al coronel Vento a proceder con la mayor premura. Ésta era que las tropas de la guerrilla no habían comido nada desde el almuerzo del día anterior y le asistía el temor de que pudieran desbandarse en busca de alimentos. Por otra parte, confiaba en encontrar los víveres necesarios para sus hombres precisamente en la hacienda Sangrar.

En el momento en que se puso en marcha el grupo de

exploradores, comprendió cuánta urgencia había en practicar el asalto de la hacienda lo antes posible. Los montoneros se veían sucios, embarrados y rabiosos por el hambre y el cansancio. Eran como una arma cargada, que en cualquier momento podía dispararse sola, incluso contra él mismo.

Alrededor de las diez de la mañana dio la orden de marcha y la montonera fue avanzando lentamente. Pronto repechaban por uno de los ramales más altos de la cordillera, llamado en esa zona paso de Lacshahual. Al mediodía lograron coronar la cuesta y se detuvieron a descansar un momento. Los montoneros se habían desparramado sobre la nieve blanda y no tenían ánimos ni para quejarse. A todos se les había agotado hasta la ración de hojas de coca con que se vitalizaban en las jornadas agotadoras. Los que más sufrían eran los cuarenta voluntarios enviados desde Lima por el Comité Patriótico de la Resistencia.

Vento, al contemplar a su tropa tan gastada, pensó postergar el avance hasta el día siguiente, pero la solución del problema del hambre era perentoria. Luego de dar un breve descanso a la hueste, empezaron a bajar hacia la garganta de Colac.

Los montoneros estaban llegando a la mitad de la ladera, donde comienza el desfiladero de Colac, cuando la descubierta anunció que se acercaba un hombre en sentido contrario. Los ojos avizores del coronel Vento reconocieron de inmediato a su hermano Wenceslao. Éste había dejado su cabalgadura en algún recoveco del sendero y se acercaba a toda prisa, saltando de risco en risco. Al llegar junto a la columna, anunció a su hermano, entre jadeos:

—Por el fondo del desfiladero se acerca un destacamento chileno, Manuel Encarnación.

—¿De cuántos hombres?…

—Conté ocho, hermano. Y vienen completamente desprevenidos. Es una ocasión inmejorable para cazarlos, pero tenemos que darnos prisa; no tardarán en aparecer en la primera curva de la garganta.

Vento comprendió que la fuga de uno solo de aquellos enemigos significaría poner en estado de alerta a toda la guarnición del

Sangrar. Era pues forzoso eliminarlos a todos. Dando apresuradas órdenes en voz baja, distribuyó a sus hombres sobre el lomo de las colinas que bordeaban el sendero al final de la garganta de Colac, y, conminándolos a guardar el más estricto silencio, corrió a esconderse también en un punto prominente, desde donde podría observar el paso de los enemigos y ordenar la acción de sus hombres.

Un silencio siniestro envolvió al estrecho desfiladero cuando los montoneros terminaron de escabullirse hacia los costados y se agazaparon tras riscos y matorrales. No se oía más ruido que el opaco zumbar de los insectos.

Vento recogió el gatillo de su revólver y esperó, aguzando la vista al máximo. En el recodo del camino apareció, primero, un solo hombre; era el sargento Zacarías Bisivinger. Detrás de él surgieron el cabo Orellana y los cinco soldados que formaban la patrulla. Cerraba la marcha, en su mula, el arriero Mella. Caminaban distraídamente, conversando sin temores, con los fusiles terciados a la espalda. Poco a poco fueron entrando en el radio de acción de las armas de la montonera. Cuando estaban casi en medio de las dos bandas de guerrilleros, Bisivinger se detuvo y ni ofreció un cigarrillo a Orellana.

El coronel Vento no supo por qué razón esperó a que terminaran de encender sus pitillos y les dieran la primera chupada. Sólo entonces levantó medio cuerpo sobre el risco que lo cubría, apuntó su revolver y disparó. El tiro resonó en la oquedad del desfiladero con el estruendo ensordecedor de un cataclismo, e inmediatamente vio al sargento Bisivinger caer al suelo entre convulsiones. La descarga que vino enseguida, de cuatrocientos fusiles al unísono, barrió como un ventarrón a los cinco soldados, al cabo Orellana y al guía Mella. La mula de este último dio un bote formidable y volvió sobre sus pasos, galopando enloquecida.

Los montoneros, ante el éxito de su ataque, se incorporaron sobre las colinas, lanzando estruendosos alaridos de contento. En ese momento se incorporó uno de los chilenos caídos, y echó a correr a trastabillones en dirección a Sangrar. Era el soldado José Sepúlveda, que estaba herido en las piernas y el vientre. El coronel Vento le apuntó con su revólver y le descargó todas las balas del tambor, pero el hombre siguió corriendo agazapado.

¡Túmbenme a ese bellaco! —gritó Vento—. ¡Que no se escape para llevar el aviso a la hacienda!… ¡Fuego sobre él!

Una lluvia de plomo cayó sobre él y convirtió su cuerpo en un harnero, perforado en decenas de partes por agujeros rojos. El soldado Sepúlveda cayó para no levantarse más. Los indios de las montoneras se descolgaron de las colinas, en bárbara carrera, para precipitarse sobre los cadáveres, a los cuales les cortaron las cabezas, ensartándolas en las puntas de sus lanzas.

La corta refriega se había realizado a una distancia que permitió que el ruido de los estampidos llegara hasta Sangrar.

Araneda y sus oficiales se quedaron inmóviles, con los oídos tendidos hacia el sur.

—Las descargas han sonado en dirección de Canta, mi capitán —murmuró tensamente el subteniente Ríos—. Por ese lado andan el sargento Bisivinger y sus hombres.

Araneda asintió con la cabeza, pero tratando de no alarmar a sus hombres, restó importancia al estruendo.

—Deben haber sido ellos, que están cazando animales a tiros —dijo—. De todos modos, pronto vamos a saber la causa de ese bochinche, porque he mandado al cabo Loreto a buscarlos.

—Pero…, ¿tantos disparos?… —reflexionó el subteniente, receloso.

—Usted sabe que Bisivinger es un botarate —trató de tranquilizarlo el capitán—. Cuando regrese lo amonestaré por malgastar munición.

Pero Ríos no estaba dispuesto a creer tan fácilmente en sus razones. Con ojos inquietos escudriñaba hacia los contornos de la hacienda. Entonces pudo ver que el centinela Pérez, ubicado en una cima que dominaba el camino a Canta, hacía desesperadas señas con su guerrera liada en el cañón de su fusil, a modo de banderola, y que el soldado que lo acompañaba en la vigilancia descendía a toda carrera por el costado del cerro. Entonces atrajo la atención del capitán hacia aquel hecho.

—¡Los disparos que acabamos de oír…! —exclamó el subteniente Ríos y no terminó la frase.

—¡Quiera Dios que no hayan sido hechos contra la patrulla de Bisivinger! —murmuró el capitán, y, echándose a correr hacia la casa principal, fue gritando a los hombres que tomaran posiciones

protegidas.

—¡Corneta José Avelino Águila! ¿Dónde estás, chiquillo? —Como lo viera aparecer cerca de él le ordenó—: ¡No te separes un instante de mi lado! ¡Toca «a tropa», niño!

—¡Sí, sí, mi capitán! Es que con el apuro no me sale el soplo.

El son vibrante de la corneta concluyó de reunir a todos los soldados en torno a la casa principal de la hacienda, y, guiados por sus oficiales, tomaron las ubicaciones que el capitán había determinado con anterioridad. Fue cuando irrumpió por el camino del sur una mula sin jinete. Era la del arriero Salustio Mella. Esto bastó para afirmarlo en la convicción de que la patrulla de Bisivinger había caído en una emboscada, temor que fue corroborado por el centinela que bajaba del cerro.

Éste llegó dando gritos:

—¡La montonera nos está rodeando!… ¡Fusilaron a todos los hombres del sargento Bisivinger!… ¡Los tenemos encima, mi capitán!

La certeza de la aparición de la montonera alegró, en cierto modo, a los buines. La enervante espera de cuatro días terminaba, por fin.

Entrecortadamente y horrorizado, el centinela narró la degollina de los miembros de la patrulla.

—¿Y qué hacemos que no vamos a correrles balas, mi capitán? —gritó uno.

—¿Vamos a dejar que se queden tan tranquilos, después de la tremenda barbaridad que han hecho? —rugió uno.

El capitán Araneda tuvo que usar de toda su autoridad para impedir que salieran corriendo por el camino a Canta. Pero pesaba serenamente la desigualdad de la situación. Equivalía a una locura suicida buscar el ataque en descampado; la única posibilidad de salvación estribaba en ampararse en las casas de Sangrar, sólidas como fortalezas.

—Subteniente Guzmán, distribuya a las gentes detrás de las pircas del corral —ordenó al oficial que tenía más cerca. Y mientras el subteniente arreaba a los hombres a sus nuevas posiciones, hizo que le trajesen la mula del arriero muerto, con la intención de trepar en ella a la cima del cerro sur, y observar por sus propios ojos a la masa enemiga. A tiempo de montar, llamó al soldado Juan

de Dios González, famoso por su fortaleza y agilidad, y le ordenó trepar a un montículo que se levantaba en línea recta bajo la explanada de Las Cuevas, para hacer señales al sargento Blanco que descendiera con toda su gente. Intentaba, en la hora postrera, concentrar la totalidad de sus efectivos en la hacienda. Dejando al subteniente Ríos al mando de la posición, chicoteó a la bestia del arriero y la lanzó hacia el cerro del sur. Pero pronto le salió al encuentro el cabo Loreto, que regresaba sin haber podido llamar al argento Bisivinger. El hombre venía ahogado de tanto correr.

—No pude llegar hasta el desfiladero, para llamar a mi sargento —jadeó entrecortadámente—. Me balearon desde las alturas, apenas me alejé una cuadra del campamento.

—¿Pudo usted darse cuenta de la cantidad de hombres que componen la montonera, cabo Loreto?

—Clarito, mi capitán. Son como mil hombres.

—Bien, vuelva al campamento y póngase a las órdenes del subteniente Guzmán.

—¡Guárdese, mi capitán, que esos macacos le van a desparramar balas como si llovieran del cielo!

El oficial pareció no oírlo y siguió espoleando a su mula.

Entretanto, después de la matanza de los hombres en el desfiladero de Colac, el coronel Vento quiso interrumpir las acciones. Consideraba que, tanto los montoneros como sus cabalgaduras, estaban extenuados y sin fuerzas. Pero sus lugartenientes, encabezados por su propio hermano Wenceslao, se le opusieron, argumentando que todos ellos estaban con un ardimiento bélico adecuado para una victoria rápida. Además, no querían dar tiempo a los chilenos para que se prepararan a recibirlos.

—Es perjudicial permitir que se pierda la sorpresa, señor coronel —le expresó uno de los capitanes—. Mañana nos encontraríamos con las fuerzas enemigas preparadas.

Inútil fue que el superior les argumentara que esperaba para el día siguiente dos compañías de refuerzos, que debían venirle de Asunción de Huanza. Los capitanes y tenientes se mantuvieron firmes en el punto de vista de que los chilenos eran apenas un centenar y el próximo día podían ser miles.

Sin embargo, la razón que les impelía a todos era otra, pero

ninguno de ellos se atrevía a expresarla: el hambre de la tropa. Sospechando el coronel Vento que ése era el motivo del apremio de sus subalternos, se decidió a tomar por asalto la hacienda inmediatamente, junto con enviar a tres de sus ayudantes hacia los cerros vecinos, en los que estaban desparramados los montoneros; les ordenó organizar tres columnas. Una descendería por la derecha de la hacienda, la otra por el centro y la tercera por los cerros de la izquierda.

—Las tres secciones avanzarán sigilosamente, escondiéndose siempre, tratando de que los chilenos las descubran cuando estén a la menor distancia posible. Sólo entonces los hombres se abalanzarán al ataque a todo correr —fue la última instrucción del coronel. Minutos más tarde, las tres columnas iniciaban el descenso, deslizándose como ratones al amparo de los riscos y los matorrales, para converger sobre Sangrar.

Fue en aquellos momentos cuando el capitán Araneda llegó a la mitad de la montaña, en cuya cumbre estaba de facción el centinela que vigilaba el camino a Canta. Al ponerse a la vista de los montoneros que bajaban por los cerros de los flancos, éstos le hicieron llover una gran cantidad de balas sobre la cabeza. Ante la imposibilidad de alcanzar la cumbre, el oficial empezó a descender a toda prisa hacia la hacienda. Mientras rehacía el camino, alcanzó a ver cómo el soldado González intercambiaba señas con las tropas que mantenía el sargento Blanco en la explanada de Las Cuevas, y comprendió claramente que ese hombre no podía regresar al campamento. Tuvo que atender a su propia salvación, y, a riesgo de desbarrancarse, espoleó la mula en forma cruel.

El subteniente Ríos, advertido del peligro, había tomado nuevas disposiciones para la defensa. Detrás del tapial del panteón frente a la iglesia había instalado al subteniente Guzmán con los cabos Mena, Jaña y Barahona, secundados por doce soldados. A los cuarenta restantes, mandados por él mismo y el subteniente Saavedra, los instaló parapetados tras las pircas del corral extendido frente a la casa.

Cuando el capitán entró en la explanada, apenas tuvo tiempo de gritar a sus hombres:

—¡Vamos a ser asaltados por un enemigo muy superior en número! ¡No olviden el artículo 21, del título 22 de la Ordenanza,

que dice: «El oficial que tuviese orden absoluta de conservar su puesto a toda costa, lo hará»! De modo que a meterse eso profundamente en la cabeza. De esta posición no nos moveremos, mientras quede vivo uno de nosotros.

No terminaba de hablar, cuando los cerros vecinos se puntearon de nubecillas blancas, y un segundo después el hueco de la hondonada se estremeció al estruendo de las descargas.

—¡Ojo a la mira del fusil y disparar con calma! —gritó Araneda a los soldados que levantaron sus armas sobre la multitud de enemigos que se les venía encima, corriendo desordenadamente.

Comenzaba la batalla de Sangrar. Era poco más de la una de la tarde del 26 de junio de 1881.

Encerrados en la hondonada estrecha de la hacienda quedaban sesenta y seis soldados del «Buin»; de ellos era preciso restar los quince que servían el nido de centinelas, de Las Cuevas, al mando del sargento Blanco, y el soldado Juan de Dios González, que había tenido que agregarse a ese grupo por serle imposible regresar al campamento central. La lucha habría de ser, pues, entre los restantes cincuenta soldados y sus cuatro jefes parapetados en Sangrar, y más de setecientos combatientes peruanos, distribuidos en la siguiente forma: doscientos soldados regulares, cuarenta voluntarios canteños, y unos quinientos indios, provenientes de las quebradas de Carampoma y Canta.

Afortunadamente, una de las columnas detuvo su avance en línea recta y describió un semicírculo con el objeto de envolver al grupo del sargento Blanco, a fin de impedirle reunirse con los defensores de la hacienda. Las otras dos columnas continuaron acercándose; una, para atacar a los soldados que se parapetaban en el panteón, frente a la capilla, y la otra, para caer sobre los que estaban en el corral frontero a las casas.

—¿Si se nos acercan demasiado y no podemos soportar el peso de su número, qué haremos, mi capitán? —consultó en voz baja el subteniente.

—Nos refugiaremos en el interior de la casa —le respondió aquél, en el mismo tono—. La construcción es de piedra y tiene techos de planchas de zinc. Podremos defendernos en ella como dentro de una fortaleza. Igual recurso podrán utilizar los soldados que acompañan al subteniente Guzmán en el panteón, refugiándose

dentro de la capilla, en caso extremo.

Los atacantes llegaban ya a trescientos metros, gritando como energúmenos. Era la ocasión de iniciar el fuego sobre seguro.

—¡Muchachos, no dejemos mal al «Buin»! —gritó Araneda a sus hombres—, ¡Atención, fuego individual, sin alza, apuntando a la altura del estómago!… ¡Fuego!…

—¡Viva Chile!… —gritaron los soldados a coro, fieles a la tradición de su ejército al disparar la primera ráfaga de fusilería.

La descarga llegó amplificada hasta los oídos del grupo de soldados que se hallaban en el reducto de Las Cuevas. El sargento Guzmán se trepó sobre el borde de uno de los muros ruinosos del tambo, en que estaban parapetados, y contempló hacia abajo. Las casas de la hacienda se veían envueltas en el humo de los fogonazos, y, a una distancia no mayor de doscientos metros, se advertía a los atacantes formando un semicírculo movedizo, que pugnaba por cerrarse en tomo de ellos. Al mismo tiempo, el jefe de la patrulla se dio cuenta de que una gran cantidad de indios gateaba por las laderas vecinas a Las Cuevas, esforzándose por llegar a asaltarla. También en el perfil de los cerros que dominaban esa posición comenzaban a asomar otros grupos de nativos, apresténdose para atacarlos desde lo alto. Éstos hacían sonar lúgubremente sus «pututus» o caracolas marinas.

—¡*Güen* dar con los benditos! —exclamó jocosamente el soldado González—. Llegan metiendo alharaca, igual que si vinieran a una fiesta.

—Buena fiesta les vamos a dar nosotros en cuanto nos dejen ver sus caras oscuras —discurrió el sargento Blanco.

—Lo que deberíamos hacer, mi sargento, es tratar de bajar a la hacienda y formar un solo grupo con los compañeros que están encerrados en ella —le sugirió uno de los cabos.

Era lo que debían intentar, pensaba también el jefe de la patrulla, pero les era preciso saber la forma de ataque que les iban a dar los indios. Abandonar el refugio de las pircas de piedra sin saber qué cantidad de enemigos los envolvía y en qué sitios dejarían sus puntos débiles era exponerse a que los hicieran pedazos con sus lanzas y rejones.

Como era de presumir, ya que los nativos disponían de muy pocas armas de fuego, el ataque comenzó desde lo alto, con una

granizada de enormes galgas que los indios les lanzaron desde el perfil de los cerros. Los soldados se agazaparon tras las pircas, y esperaron a que los asaltantes se aproximaran más. Tras la lluvia de piedras, se descolgaron. Eran varios centenares.

—¡Tenemos que impedirles que lleguen a la lucha cuerpo a cuerpo! —gritó el sargento Blanco, y agregó a todo pulmón—: ¡Fuego, mis buines! ¡Llénenles las barrigas de balas!

Los dieciséis fusiles escupieron plomo a granel haciendo ralear las primeras filas de los atacantes y sus descargas se sucedieron sin descanso, animados los tiradores por los gritos del sargento, que esperaba que los indios se desbandaran para tener el paso franco hacia la hacienda. Pero justamente cuando esto se producía y los soldados empezaban a salir del tambo para lanzarse cerro abajo, otra numerosísima oleada de indígenas surgió en el lomo de los cerros del otro lado y descargó sobre los buines una nueva andanada de gigantescas galgas.

Los dieciséis hombres volvieron a escudarse dentro del tambo y se reinició la balacera ante una línea de enemigos que se iba renovando siempre.

Entretanto, en las casas de Sangrar se luchaba con igual fiereza. Araneda abrigaba la esperanza de que los inconstantes montoneros abandonaran su empeño, sobre todo si continuaban muriendo tantos de ellos, en cada intento por acercarse a las posiciones chilenas.

La celeridad con que disparaban los buines no hubiera sido posible de mantener, de no haber contado el destacamento con varios cajones de munición que guardaban para entregar al comandante Letelier.

Durante tres horas consecutivas se mantuvo aquel baleo infernal. Los fusiles de repetición de los chilenos causaban pavorosos estragos entre los atacantes. Mientras los montoneros disparaban con sus Peabody de un tiro, los chilenos vaciaban cinco mortíferas balas seguidas con sus winchesters. Pero los tiradores enemigos también provocaban bajas entre los defensores de la hacienda y llegó un momento en que los muertos y heridos se alineaban tras la tapia. El grupo del subteniente Guzmán fue el primero que tuvo que aflojar la resistencia. De sus quince hombres, reforzados con los cinco del cabo Oyarce, siete estaban heridos y cuatro habían

muerto. El joven oficial decidió replegarlos a la capilla, cuando la masa de atacantes estaba ya a una distancia de no más de doscientos pasos. Sin embargo, desde atrás de las líneas del atacante brotó el son estridente de una corneta, y los montoneros cesaron instantáneamente su avance.

—Ése es el toque de «alto de fuego» de los cholos —explicó Oyarce al subteniente.

Como, efectivamente, los asaltantes cesaron de disparar, Guzmán interrumpió también el fuego de sus hombres.

Apenas el humo de los fogonazos y el polvo dejaron de impedir la visión, fue posible observar que de una zanja había surgido un oficial, portando una bandera blanca de parlamento. Al contemplar su uniforme impecable, adornado con muchos oros, el subteniente Guzmán comprendió que se trataba de algún jefe superior de la montonera, posiblemente el propio coronel Vento. Éste esperó unos momentos, batiendo en el aire su bandera, hasta que hubo la calma suficiente para que su voz fuera oída. Entonces gritó, pronunciando marcadamente las palabras, a fin de ser bien entendido:

—¡Ríndanse, chilenos!… ¡Es inútil que sigan defendiéndose!… Los tenemos completamente rodeados… ¡Ríndanse, y les perdonaremos la vida!…

Uno de los soldados lanzó una carcajada:

—¡Habráse visto el farsante! Les «tenimos» como cien muertos y nos quiere perdonar.

El jefe enemigo seguía perorando desde la distancia:

—No tengan temor a entregarse. Les ofrecemos toda clase de garantías para los oficiales y la tropa. Sean razonables y no nos obliguen a continuar esta matanza. Les damos diez segundos para meditar y respondernos.

A los buines les hirvió la sangre al escuchar aquella proposición.

—¡Mejor que nos corten la cabeza y nos despanzurren a todos antes que entregarnos! —vociferó uno.

—¡Los del «Buin» no se rinden nunca! —oyó el subteniente Guzmán que gritaba otro en las casas de la hacienda, y, casi enseguida, desafiante en el silencio que se había producido en el campo de batalla, se escuchó claramente el son de una corneta en el toque de «calacuerda». Era la respuesta que Araneda daba a la intimación.

—¡Bravo! ¡Eso es de hombre, mi capitán! —gritaron enardecidos los soldados de la capilla y de las casas. Pero, antes de que se apagaran sus voces, se oyó también la del jefe enemigo que vociferaba:

¡Ustedes lo han querido!… ¡A la carga, canteños!

La batalla se reanudó con mayor fiereza. Los montoneros, aliviados por el respiro que les proporcionó el parlamento, se lanzaron a la carrera contra las defensas chilenas. Su avance fue como un alud que se despeñara por las laderas de los montes. Llegaron corriendo desde tres direcciones distintas. La sección del medio se metió al llano donde se asentaban las dependencias de la hacienda, y se interpuso, como una cuña, entre la capilla y la casa principal, rompiendo el contacto entre las fuerzas del subteniente Guzmán y las del capitán Araneda. Las otras dos secciones cargaron de frente, una contra la tapia del panteón y contra la pirca frontera a la casa principal. Ni los hombres de Guzmán ni los de Araneda podían seguir batiéndose contra enemigos que los amagaban por un flanco y por el frente. Tuvieron que replegarse a toda prisa al interior de los edificios. Los dos hombres que restaban al subteniente cargaron con los siete heridos y se refugiaron en el pequeño templo. Los hombres de Araneda hicieron lo mismo con los suyos y se replegaron al interior de la casona de Sangrar. Sólo el soldado Eusebio González, que se rezagó en un noble intento de cargar a un compañero moribundo, fue cortado por los atacantes, los que lo arrastraron hasta la zanja en donde estaba el coronel Vento.

Éste lo contempló con los ojos inyectados en sangre.

—Conque así, tan sucios como tú, son los soberbios que se atreven a rechazar una generosa oferta de clemencia, ¿eh? Pues, ¿acaso piensan ustedes, miserables, que van a derrotarnos?…

—Nosotros, tal vez, no; pero los compañeros que vienen ya desde Casapalca los van a hacer tiras —braveó el soldado, y, dejándose llevar por un rapto de coraje, lo insultó—: Y con los hocicos de ustedes harán tambores.

El puño del coronel Vento cayó sobre la boca del soldado, destrozándole los dientes.

¡Roto insolente! —bramó el ofendido, y ordenó—: ¡Fusílenlo al momento!

El soldado González se revolvió en el fondo de la zanja, escupiendo sangre, pero siguió gritando:

—¡Fusílenme, pus! ¿Y con eso qué van a ganar? De todos modos, cuando llegue el batallón de refuerzos, todos los que caigamos frente a ustedes seremos vengados. Si no me creen, miren esos calderos que están frente a las casas. En ellos estábamos preparando el rancho para los compañeros que vienen de Casapalca.

El capitán Patiño, que presenciaba la escena junto al coronel, le mostró a éste dos grandes olletones de fierro volcados a algunos metros de la casa principal de la hacienda.

—Es cierto —le musitó en voz baja—. Cuando asomamos sobre Sangrar, estaban preparando rancho en esos calderos.

La improvisada estratagema de González había rendido su fruto, y el coronel Vento se tragó el anzuelo de inmediato. Profundamente preocupado, observó la disposición de las tropas que le quedaban, la enorme cantidad de muertos sembrados en todas partes y las incesantes descargas que brotaban de la casa de la hacienda y de la capilla.

—Bien, bien —balbuceó nerviosamente—. Apresuraremos el ataque, entonces.

Olvidado de la sentencia de muerte en contra del soldado González, ordenó al capitán Patiño que lo llevaran a la retaguardia y lo entregaran a la custodia de los indios; luego se deslizó al interior de la zanja, azuzando a su gente:

—¡A la carga!… ¡A la carga!…

Cuando la montonera volvió a avanzar, la situación de los chilenos se tornó francamente desesperada. Al capitán Araneda sólo le quedaban catorce soldados en pie, y, aunque seis de los heridos se empeñaban en seguir disparando sentados, eran demasiado escasas las bocas de fuego para contener a los atacantes.

El estado de los hombres del subteniente Guzmán era peor. Solamente ocho de los soldados refugiados en el interior de la capilla seguían resistiendo. Sin embargo, el subteniente se obstinaba en mantener su posición. Repentinamente, algo inesperado y aterrador ocurrió sobre sus cabezas. Al sentir unos extraños chasquidos, todos alzaron los ojos al techo de paja de la capilla, comprendiendo lo que los amenazaba.

—Han lanzado champas encendidas sobre el techo, mi teniente

—le advirtió Oyarce desesperado.

—Como no fueron capaces de forzar la puerta, los malditos nos quieren asar vivos —exclamó rabiosamente el joven oficial. Y como observara que los soldados dejaban de hacer fuego para contemplar las llamas que comenzaban a hacer presa en la techumbre de la capilla, les gritó—: ¡Sigan disparando, qué demonios!… ¡No se preocupen del incendio!… ¡Acribillen a todo el que se ponga a tiro!

Mientras los heridos se arrastraban por el suelo, buscando ponerse cerca de la puerta, para evitar ser aplastados por el techo, los ocho soldados ilesos reanudaron la defensa de la posición.

El subteniente Guzmán no perdía de vista al incendio. Tenía decidido mantenerse dentro de la capilla hasta que el techo comenzara a derrumbarse. Entonces, aprovechando la humareda, saldría a terreno descubierto para abrirse paso a la bayoneta hasta la casona de la hacienda.

El capitán Araneda mantenía abierta la puerta y las tres ventanas del sólido edificio, como un fanfarrón desafío a los atacantes.

Los montoneros llegaban en olas sucesivas, y en cada nuevo ataque se aproximaban más a los dos focos de resistencia. Los ocho soldados de Guzmán sentían que se les chamuscaban las manos en los cañones ardientes de sus armas. El ataque fue repelido una vez más, pero cuando los defensores se reponían, sonó un horrible crujido en la parte alta de la iglesia. Instantáneamente, todos los ojos se clavaron en la parte interna de la techumbre. Una de la vigas principales había cedido a las dentelladas del fuego y se iba rindiendo lentamente, con un crujido aterrador.

Los ocho soldados se adhirieron a las paredes, cubriéndose las cabezas con los antebrazos, mientras los heridos se tumbaban boca abajo alineados al pie de las mismas. La armazón de maderas, cañas, paja y barro fue combándose poco a poco, creando un caos de ruidos, chispas, llamas y humo.

Aunque ninguno de los soldados quedó aplastado por aquel enredijo, el calor y la espesa humareda amenazaban asfixiarlos y asarlos vivos.

—¡Afuera todos! —gritó el subteniente, sofocado por la tos, y convencido de que no había otra salvación, agregó—: ¡Abrámonos paso a la bayoneta!

Los ocho soldados se agolparon tras el marco de la puerta, cargando a los seis heridos. El subteniente observó hacia la casa principal y movió la cabeza con desesperación. Era suicida intentar llegar a ella; un batallón completo de tropas enemigas se había interpuesto en mitad del camino.

—Mi subteniente, el sargento Blanco ha logrado ahuyentar a los indios que lo rodeaban y asoma en el cerro de enfrente con sus hombres —le advirtió en ese momento el cabo Oyarce.

Guzmán comprobó el aviso de una ojeada. Aunque una enorme masa india ocupaba el sector intermedio, Guzmán comprendió que era aquélla la única vía de escape que les quedaba.

—Vamos a abrirnos paso en esa dirección —indicó apresuradamente a sus hombres—. Nos juntaremos con la patrulla de Blanco y cargaremos todos hacia la casa principal. ¿Listos?

Los ocho soldados afirmaron con gesto resuelto. Seis de ellos cargaban sobre el hombro izquierdo a un compañero herido y enristraban la bayoneta sosteniendo el fusil sólo con el brazo derecho, con la culata afirmada en el pecho. El subteniente y los dos hombres que no llevaban impedimento se pusieron adelante y el oficial levantó su sable desnudo.

—¡A la carga! —gritó roncamente y se echó fuera del edificio en llamas.

La salida de los buines del interior de la capilla debió parecer a los montoneros un espectáculo semejante al brotar de demonios por la boca del infierno. Su choque con las primeras líneas peruanas fue pavoroso, contribuyendo a hacerlo doblemente sangriento el hecho de que los hombres del sargento Blanco comenzaban, en ese un momento, a disparar contra los montoneros por la retaguardia. Cogidos entre dos fuegos, éstos vacilaron y concluyeron por replegarse hacia el costado de la casa principal, dejando libre el paso a la tropa del subteniente Guzmán. Rasgando cuerpos con sus bayonetas, aterradores por sus alaridos de furor, los buines pasaron por entre las desorganizadas líneas enemigas y salieron a campo abierto, hasta que consiguieron juntarse con los hombres del sargento Blanco. A espaldas de ellos, en el escenario iluminado por las llamas de la iglesia, se había producido el silencio de la fusilería y sólo se oía la grita bárbara de los indios.

Blanco cambió una mirada de inteligencia con el subteniente

Guzmán.

—Mi capitán Araneda ha dejado de resistir —le susurró—. Parece que…

Como no completara su frase, el joven oficial le consultó:

—¿Cree usted que han perecido todos?

—Mucho me lo temo, mi teniente —fue la sombría respuesta.

La montonera volvía a agitarse como un tropel de lobos rabiosos y parecía dedicar su atención nuevamente al grupo de Guzmán y de Blanco. Eso indicaba que sus jefes habían resuelto dejar el ataque de la casa principal para después o que creían que Araneda y los suyos ya no existían.

—Si nos cargan aquí, en descampado, acaban con todos nosotros —razonó el subteniente—. Mejor nos replegamos a Casapalca, defendiéndonos tiro a tiro. Enviaremos a un mensajero adelantado para que pida refuerzos en esa guarnición.

El sargento Blanco estuvo de acuerdo con él. Además, el silencio tétrico que envolvía a la casona de la hacienda les permitía suponer que Araneda y sus hombres habían sido exterminados.

—Nos retiraremos a Casapalca —ordenó Guzmán, y la pequeña columna emprendió la marcha hacia el sur.

Pero Araneda y los suyos no habían perecido; simplemente aprovechaban la tregua que les daban los montoneros, al concentrar su atención sobre los soldados que se les fugaban por el sur, para descansar. El jefe y el subteniente Ríos observaron el retiro de las tropas de Guzmán y Blanco con expresión desencantada. Araneda no se atrevía a culparlos, pero no podía evitar que lo invadiera el desaliento al darse cuenta de que se quedaban solos en medio de la inmensa masa enemiga. Volviéndose hacia el interior de la casa, contó los hombres que le restaban. Eran apenas siete los que podían disparar. Trató de animarlos:

—Los buines pelean hasta morir —les dijo—. Vuelva cada uno a su puesto en las ventanas y reanudaremos el fuego.

Desde ese momento no volvió a observarse abatimiento en el acerado rostro del capitán. En su cerebro sólo daba cabida al texto del artículo 21 de la Ordenanza del ejército chileno: «El oficial que tuviese orden absoluta de conservar su puesto a toda costa, lo hará».

Mientras sus soldados seguían disparando a través de la puerta y

las ventanas, los observó con cariño. Al comenzar el combate eran treinta y cuatro, además de los subtenientes Saavedra y Ríos y de él mismo. Ahora sólo quedaban diez en total. Y afuera había más de quinientos sitiadores.

Pero Araneda no se hacía ilusiones; comprendía que la lucha era absolutamente desproporcionada y que sería extraordinario que pudieran repeler un nuevo ataque. No obstante, con orgullo desesperado mantenía las tres ventanas y la puerta abiertas de par en par.

Después de que los hombres de Guzmán y Blanco se hubieron perdido de vista, hubo una extraña pausa en el combate. Fue como si Vento y sus lugartenientes se hubieran desconcertado ante tan extremada muestra de resistencia, o, posiblemente, la tregua se debió a que estaban deliberando sobre la conveniencia de continuar el asalto, engañados por la declaración del prisionero González.

Durante esos minutos de inactividad, el cielo se ensombreció y empezaron a caer sutiles copos de nieve, los que fueron aumentando de densidad, hasta convertirse en una silenciosa cortina blanca que impedía la visión. Araneda temió que los enemigos aprovecharan esta circunstancia para introducirse a la casa sorpresivamente. A fin de evitar este peligro, colocó a dos hombres en cada ventana, y él, con los dos subtenientes y el séptimo soldado ileso, se ubicaron frente a la puerta abierta. Los heridos que aún podían sostener un fusil entre las manos fueron arrastrados al fondo del vestíbulo, para que dispararan contra el enemigo que se colara por algunas de esas vías. Posteriormente, varios de ellos, al reanudarse la lucha, reptaron hasta las ventanas y combatieron allí, desangrándose.

Cerca de las seis de la tarde, cuando se notaron movimientos en el exterior, visibles a pesar de la nieve que caía, porque se realizaban a no más de cincuenta pasos de distancia, el cabo Juan Silva, que vigilaba en una de las ventanas del frente, fue el primero en observarlos.

—Mi capitán, parece que van a comenzar de nuevo —participó a su jefe—. Los veo moverse más acá de la pirca.

El oficial miró a través de la puerta e hizo un gesto de asentimiento. Volviéndose a sus hombres, les dijo apresuradamente y en voz baja:

—Escúchenme bien, muchachos. Una posibilidad de salir de este trance estriba en hacerles creer que todavía somos muchos. Para ello vamos a tener que usar una estratagema. Es preciso que ninguno de ustedes hable, que actúen en el más completo silencio. Déjenme hablar a mí solo. Gritaré órdenes como si todavía contara con una media compañía, por lo menos. Pero cuando yo grite, por ejemplo: ¡quince hombres a la ventana del norte!, los siete soldados que están buenos correrán a ella y dispararán simultáneamente. Entonces volveré a vociferar: ¡Otros quince hombres a la ventana del este! Y los mismos siete hombres tendrán que abalanzarse a ese punto, en donde harán otra descarga. Pero, para esto, es preciso que junto a cada ventana estén afirmados muchos fusiles cargados de antemano. De esa operación se encargarán los heridos que todavía pueden mover los brazos. Usarán los fusiles de los compañeros muertos, que el corneta les arrojará a los pies, a medida que se vayan descargando. ¿Comprendido?

Heridos e ilesos aprobaron su treta, con voces enronquecidas por el dolor y el cansancio.

Mientras se vaciaban montones de balas junto a los heridos para que éstos comenzaran su penosa tarea, el cabo Silva avisó que los enemigos habían encendido una antorcha junto a la pirca frontera.

Araneda temió que también intentaran incendiar la casona, pero después recordó que el edificio era de piedra sólida y la techumbre de gruesas planchas de zinc. Se acercó a una de las ventanas y miró en la dirección que le señalaba Silva. Se dio cuenta, entonces, de que la antorcha tenía por objeto iluminar a un hombre que se había levantado detrás de la pirca y que agitaba una burda bandera blanca.

—¡Al demonio con los parlamentos! —exclamó—. Aquí no se rinde nadie.

Como el parlamentario siguiera haciendo flamear su bandera, llamó a su lado al muchacho corneta y lo hizo empuñar su instrumento.

—¡Capitán!… ¡Capitán Araneda!… —voceaba en ese momento el enemigo.

El jefe de los chilenos se extrañó de que lo llamaran por su nombre, pero supuso que lo habrían averiguado de alguno de los heridos que estaban prisioneros.

—¡Capitán Araneda! ¿Me oye usted?… —insistía el parlamentario.

—Sería conveniente que le respondiera, mi capitán, para que sepan que conservamos a nuestro jefe —le insinuó el subteniente Ríos.

Araneda afirmó con un gesto y, alzando la voz, contestó al enemigo que lo reclamaba.

—¡Le oigo perfectamente! ¿Qué desea usted?

—Capitán, sea razonable. Tiene que comprender que la partida está totalmente perdida para ustedes. Ya sus otros compañeros se han fugado y no tardarán en caer en manos de nuestros auxiliares. No tiene posibilidad alguna de ayuda. Vuelvo a ofrecerles la vida, si se rinden de inmediato. Les prometo toda clase de garantías; serán respetados y conducidos a nuestro campamento, con todos los cuidados que se merecen los prisioneros de guerra.

—¡Atención, soldados! —ordenó Araneda, en un rápido susurro, a los siete hombres apostados junto a las ventanas—. ¡Prepárense para abrir fuego a mi orden!

—¿Qué me responde usted? —insistía el parlamentario, impaciente.

—¡Ésta es mi respuesta! —le contestó Araneda, en tono vibrante —. Tiene usted cinco segundos para cubrirse. ¡Uno!…, ¡dos!…, ¡tres!…, ¡cuatro!…, ¡cinco! —Junto con expirar el brevísimo plazo gritó al muchacho que tenía a su lado—: ¡Calacuerda, corneta!

El niño Águila se llevó su instrumento a los labios y sopló con furia el toque de carga. Al mismo tiempo el capitán bajaba su sable y los siete fusileros disparaban al unísono.

El parlamentario, que no era otro que el propio Vento, apenas alcanzó a arrojarse de bruces detrás de la pirca y las balas silbaron siniestramente sobre su cabeza. Esto bastó para que toda la línea atacante estallara en estampidos.

Los siete soldados chilenos fusilaban frenéticamente a los indios que se les adelantaban, entregando sus armas al corneta a medida que las descargaban.

Araneda se había colocado junto al marco de la puerta, para seguir la dirección de los ataques del enemigo, y desde allí gritaba numerosas órdenes, a todo pulmón, igual que si movilizara a muchas docenas de hombres. Pero, en su fuero interno, sabía que se

hallaba en el filo entre la vida y la muerte. No obstante, su voz brotaba firme y serena:

—¡Quince hombres a la ventana de la derecha y fuego a discreción!… ¡Ocho a la puerta!… ¡No pisen los cajones con la munición que podemos volar todos!… ¡La reserva a apagar sus cigarros; no quiero imprudencias que puedan hacer estallar la pólvora!… ¡Cabos Silva y Oyarce, protejan con doce hombres la ventana del norte y acribillen a los que se asomen por ese lado!

La lucha continuó, como una demostración espectacular del temple increíble de aquellos hombres. Araneda se mantenía junto al hueco de la puerta, respetado milagrosamente por las balas que entraban en turbiones a través de ella y que salían desde el interior. Sin cesar repetía las fantásticas instrucciones a sus imaginarios soldados y a cada voz suya los siete hombres corrían de una ventana a otra, tomaban los fusiles que el cometa dejaba parados sobre sus culatas y disparaban sin apuntar, al bulto de los atacantes. La obscuridad de la noche había caído hacía rato y la casona parecía una caja de fuegos de artificio reventando por todos lados.

Vento, exasperado por tan tenaz resistencia, sintió que flaqueaba su entereza y, retirando a sus hombres, se reunió con sus oficiales para deliberar. Esta tregua fue un merecido respiro para los chilenos y dio tiempo al capitán Araneda para urdir una nueva estratagema. Mientras ordenaba al subteniente Ríos que le trajera la carpeta con el papel para comunicados y un lápiz, dijo a los soldados:

—Ahora pueden hablar, pero voy a exigirles un esfuerzo más. Háganlo en voz alta, alegremente, riéndose a carcajadas, como si fuéramos muchos y no nos importa un ardite el asedio a que nos tienen sometidos.

—¡Chis, mi capitán, como para reírnos estamos nosotros *agora*! —rezongó el soldado Antonio Pozo, lo que bastó para que Araneda se volviera hacia él con rostro fiero y ademán amenazante.

—¿Qué? ¿Acaso va a decirme usted que tiene miedo?

—¿Miedo, mi capitán? Deme la orden y salgo solo a la *oscuridá*, me meto entre esos *condenaos* cholos y le traigo el quepis de ese *mentao* coronel Vento, con la cabeza
d'él
metía adentro.

—¡Chitas que se puso bravo el soldado Pozo, mi capitán! —

exclamó jocosamente el cabo Silva—. A poco más le oferta traerle a la señora del coronel Vento también.

Araneda lanzó una carcajada forzada, comenzando a interpretar la farsa que había pedido a sus soldados.

—Eso es lo que quiero —los azuzaba el capitán, yendo de uno a otro—; que se rían. ¡Más fuerte! ¡Más fuerte aún! ¡Que los oigan los enemigos!… ¡Vamos, sigan, sigan! ¡Hasta que lloren de risa!

Los pobres hombres derrumbados por el cansancio y las terribles impresiones sufridas, hacían un esfuerzo sobrehumano y reían, a gritos, retorciéndose, apretándose el vientre a dos manos. Pero en sus rostros había una mueca desesperada, y los ojos de varios estaban cuajados de lágrimas.

En medio de aquella trágica hilaridad, apareció Ríos trayendo papel de comunicados y un lápiz.

—¿Va a escribir a obscuras, mi capitán? —preguntó al jefe, a tiempo de entregárselos.

—No, señor; con una vela encendida, que sea bien visible para los que nos tienen cercados.

—¿Va a escribir el parte contando nuestro fin? —preguntó el subteniente Saavedra.

—Como me vuelva usted a repetir la palabra fin, lo tiendo de una bofetada. Los soldados deben mantener la esperanza del triunfo mientras les responda el fusil, y si éste se les inutiliza, tienen que seguir confiando en su bayoneta —lo increpó Araneda.

El joven subteniente balbuceó una excusa.

Ríos regresaba entonces con la vela pedida y el capitán la colocó al pie de una ventana. Antes de encender la luz, previno a sus hombres:

—Retírense hacia los costados, porque los cholos van a disparar contra la vela. —Enseguida dio lumbre al pabilo.

Apenas la llama brilló en la obscuridad, tres o cuatro estampidos sonaron a corta distancia; los proyectiles rebotaron en el frontis de la casa, y uno de ellos entró en la habitación, y fue a incrustarse en el muro del fondo. El capitán esperó a que cesaran los disparos y, enseguida, con una sangre fría increíble, se inclinó sobre la mesa y se dispuso a escribir.

—¿Y qué diablos va a estampar en ese parte, mi capitán? —le preguntó el subteniente Ríos, intrigado.

—Un comunicado de guerra, firmado por mi comandante Ambrosio Letelier y dirigido a mí —sonrió cansadamente el jefe—. Llevará la fecha de ayer y en él me dirá el comandante que debe llegar hoy a Las Cuevas, con seiscientos hombres, en tránsito hacia Casapalca.

—¿Y eso para qué?…

—Para que lo lean los enemigos y se traguen la solemne mentira.

—No le entiendo, mi capitán.

—Es simple, teniente Ríos. Envolveremos con este papel una piedra y lo lanzaremos fuera de la casa, cerca de la pirca. Los atacantes no dejarán de recogerlo y lo llevarán a su coronel como un gran hallazgo. Este jefe pensará que se me cayó en la refriega y creerá lo que el comunicado dice. ¿No estima usted que eso lo ayudará a decidir poner pies en polvorosa lo antes posible?

El capitán escribió rápidamente el parte y se dispuso a arrojarlo al exterior, pero vino entonces un nuevo asalto. Apenas hubo tiempo para lanzar al campo el falso comunicado, pues los montoneros se descargaron furiosamente contra la casa. Pero esta vez no avanzaron directamente contra las puertas y las ventanas, sino que flanquearon la construcción, a todo correr, para deslizarse hacia la parte posterior, cuyos muros eran ciegos, sin ventanas.

Los chilenos, en los primeros instantes, no entendieron qué objetivo perseguía la maniobra y fueron algunos sucesivos golpes sobre las calaminas del techo los que, poco más tarde, les dieron luz sobre el asunto. Fulgores rojizos les hicieron comprender más tarde que esos objetos eran manojos de pasto seco, impregnados en kerosene, que lanzaban encendidos sobre el techo y contra las casuchas de caña y totora que rodeaban la casona señorial. Las chozas ardieron instantáneamente, envolviendo al edificio en un círculo de llamas que lamían los gruesos paredones.

—¡Están incendiándonos, mi capitán! —alertó el cabo Silva.

—No le den importancia al incendio —los tranquilizó el capitán —. Nada consiguen con meterles fuego a las casuchas de los costados. Esta casa es de piedra y la piedra no arde. Lo único que puede ocurrir es que se caldean las calaminas del techo, pero no por eso vamos a morir achicharrados. —Y continuando en la farsa, volvió a gritar órdenes a sus imaginarios soldados—: ¡Atención a los

fusileros que guarnecen las ventanas del oriente y el poniente, fuego sobre los bellacos que incendian las casas!… ¡Veinte hombres a cada ventana!

Los siete soldados defensores siguieron multiplicándose en el constante disparar, y la refriega continuó, sin que los asaltantes percibieran el menor debilitamiento en la resistencia que ofrecían los chilenos, provocando la exasperación del coronel Vento.

—Siguen disparando a través de las ventanas, como si tuvieran municiones inagotables —le comentó, en cierto momento, el capitán Patiño.

—¡Es que tienen todas las que quieran, por un cuerno! —barbotó el jefe montonero. Eran portadores de la munición de repuesto para las fuerzas chilenas que están en la sierra.

—¿Para las mismas fuerzas que, según el parte encontrado, deben llegar a este sitio de un momento a otro? —le inquirió Patiño.

El coronel emitió un gruñido. Hacía pocos minutos, uno de sus lugartenientes le había traído el falso comunicado que lanzara al exterior el jefe chileno, y desde ese momento don Manuel Encarnación no podía sentirse tranquilo. Por eso fue que, cuando su segundo jefe le insinuó que sería prudente abandonar el campo, para evitar el ataque de los seiscientos hombres que indicaba el parte, estuvo a punto de hacerlo. Pero el enconado enojo que le provocaba ver la casa de sus mayores ocupada por los chilenos lo impulsó a contrariar toda prudencia:

—¡No me moveré de aquí hasta exterminar al último de los bandidos que osan mancillar la casa de mis mayores!

Él mismo no podía indicar cuál sería el medio para exterminarlos, pero de repente, al observar que un grupo de indios sacaba rodando unos barriles de un cobertizo un tanto alejado de la casa central, tuvo una inspiración. Sabía que esas vasijas estaban repletas de manteca. Llamando al capitán Patiño, le indicó:

—Fuerce usted a esos indios a que enciendan la manteca de esos barriles y que, ardiendo, la arrojen sobre el techo de la casa.

—¿Cree usted, señor coronel, que alguien se atreverá a lanzar con sus manos barriles de manteca inflamada sobre la casa? —le contestó el oficial, con estupor.

—¡Los indios, capitán! —le afirmó rabiosamente el coronel—.

Alinee usted a un grupo de fusileros detrás de ellos y verá cómo prefieren lanzar los barriles de manteca antes que ser fusilados por la espalda. ¡Vaya y haga cumplir mi orden!

La casona de la hacienda Sangrar adquirió un aspecto alucinante. La manteca ardiente, desparramada sobre el techo, la iluminaba igual que si fuera un dibujo hecho con trazos de fuego. Las llamas corrían a chorros y se escurrían por los muros, tejiendo regueros ígneos. Pero el viejo señor Norberto Vento, tronco de la familia, había sido meticuloso en la instalación de las planchas de zinc, oponiendo a las formidables tormentas de agua y nieve de la región un ensamble perfecto de las piezas de la techumbre. Así la manteca inflamada no encontraba resquicios para caer al interior de la casa, sino que se escurría por las canaletas y bajaba al suelo empapando los muros de piedra. El único efecto que producía la maniobra era provocar un calor insoportable para los refugiados allí. Los soldados se empapaban en sudor y respiraban sofocadamente el aire caldeado.

—Nadie se murió de calor hasta ahora, soldados —los tranquilizaba el capitán Araneda—. La nieve que cae no tardará en apagar la manteca encendida.

—Pero es que nos estamos asando como patos al horno, mi capitán —protestó uno de los fusileros.

—Pues asómense a las ventanas y disparen —fue la respuesta del oficial—. Así tendrán oportunidad de respirar aire fresco.

La maniobra discurrida por el coronel Vento fracasó a los pocos minutos, por obra de la nieve, y los chilenos continuaron firmes en su posición.

—¡Malditos sean! —rugió el jefe de la montonera, y decidió desalojarlos por otro medio que se le acababa de ocurrir.

En una pequeña garita, distante unos cien pasos de la casa, estaban guardadas las herramientas de trabajo de la hacienda. Dispuso que su hermano Wenceslao fuera a buscar barretas para veinte hombres y abriera forados en el muro trasero de la casa.

—Abiertos esos boquetes podremos introducirnos al interior y apretar a los chilenos entre dos fuegos. Al mismo tiempo, algunos indios treparán al techo por ese costado, y con las barretas, levantarán las planchas de zinc y harán fuego hacia dentro.

Pese al estruendo de los disparos, los chilenos lograron oír el

ruido de las barretas golpeando el muro posterior y comprendieron la faena a que estaban entregados sus atacantes. El chirrido de los tornillos que afirmaban las planchas de zinc en el techo les advirtió también que intentaban levantarlas.

El peso de los indios que se movían sobre la casa combaba las calaminas, señalando claramente dónde iban pisando. El esforzado oficial decidió mantenerse a la expectativa. Era ya más de la medianoche, y la capacidad física de sus hombres estaba casi agotada.

Aprovechando la penumbra escarlata que embozaba sus movimientos, los montoneros canteños trabajaban afanosamente en abrir forados en los muros del edificio principal, y los indios en levantar el zinc.

Cuando las combas movedizas que se marcaban en la techumbre se multiplicaron, indicando que habían numerosos indios sobre ella, Araneda levantó el cañón de su revólver, y, haciendo señas a sus hombres de imitarlo, disparó hacia arriba. El resultado fue que a casi todos los tiros respondía un alarido de dolor y luego el ruido de un cuerpo que rodaba sobre las calaminas hasta estrellarse en el suelo. A los pocos minutos, los indios dejaron de arriesgarse en la temeraria maniobra. Pero los que abrían forados en el muro posterior avanzaban en su tarea.

El jefe chileno, atento a no descuidar la protección de las ventanas y de la puerta, confió a los heridos la tarea de vigilar esa muralla.

—Apeguen las orejas a las piedras —les indicó—. Así podrán ubicar los sitios en que están perforando. Cuando asomen las puntas de las barretas disparen, apoyando el cañón del fusil sobre ellas.

Los heridos se movilizaron a rastras, repartiéndose la tarea entre los que estaban menos maltrechos. Minutos más tarde, el ruido de los chuzazos fue más claro en uno de los rincones, y de repente, ésta se descascaró en un sector como de veinte centímetros, y, casi enseguida, asomó la punta redonda de un chuzo. Los soldados no dispararon sino que siguieron esperando. La punta de la barreta volvió a desaparecer y se vio que una de las piedras canteadas empezaba a moverse de un lado a otro, como si manos invisibles la estuvieran retirando. Esto ocurrió segundos después.

Apenas el hueco quedó abierto, los dos heridos introdujeron por

él los cañones de sus fusiles y dispararon. Un largo grito de muerte les llegó opaco desde el lado de afuera de la casa.

Volvieron a disparar por el hueco varias veces más, hasta que el ruido de las barretas se extinguió.

Fue en ese momento cuando el soldado Nemesio Ibarra descubrió que se le habían acabado las balas de la cartuchera. Con un grito llamó al corneta José Avelino Águila, pero la respuesta del niño lo dejó alelado:

No quedan más, *sordaos*. Con las últimas que había en el fondo de los cajones les llené las cartucheras a los siete fusileros y a los oficiales.

En ese mismo momento volvía a oírse el golpe de las barretas en otro sector del muro.

—Están chuceando aquí, al lado mío. ¿Y con qué vamos a rechazar a los que se asomen por *hei*? —reflexionó Ibarra.

—¡Con la bayoneta, pus, hombre! —le replicó animosamente el soldado Rudecindo Pérez, que, con una cadera abierta por una ancha herida, se arrastraba hacia el sitio amagado.

Cuando estuvieron todos allí cesaron sorpresivamente los golpes, aunque se oía un ruido leve, como si rasguñaran el muro por el lado externo.

—¡Cuidado, *cumpas*! No sea cosa que saquen las piedras de repente y nos metan balas por sorpresa —advirtió Ibarra.

Se apartaron del trozo de muralla, en el instante preciso en que una sorda explosión estremecía la casa. Los montoneros habían aplicado pólvora a la pared, consiguiendo abrir un ancho forado. Enseguida, antes de que cayera el polvo provocado por la explosión, asomó en el agujero la cabeza de un enemigo que reptaba hacia el interior. El soldado Pérez apenas tuvo tiempo para levantarse sobre una rodilla y clavarlo por el cuello, con su larga bayoneta. El asaltante emitió un espantoso alarido. Un culatazo formidable, propinado por Ibarra, le destrozó la cabeza.

Los montoneros, comprendiendo la suerte corrida por el cholo, lo tiraban de los pies para sacarlo del agujero y dejar libre el paso. Al mismo tiempo se produjeron dos o tres explosiones más y el muro cedió en otras tantas partes. Una nube de polvillo y humo llenó el fondo de la habitación, ahogando a los heridos, que tosían desesperadamente. Por la misma causa, les era difícil distinguir a

los enemigos que se introducían, como roedores, por los agujeros recién abiertos.

—¡Mi capitán, se nos están colando los cholos por los forados! —gritó Rudecindo Pérez.

Araneda midió el peligro al instante y avanzó a saltos hacia donde estaban los heridos. A gritos llamó a los subtenientes Ríos y Saavedra al mismo tiempo que hendía el cráneo de un adversario con un violento sablazo. Los oficiales acudieron vertiginosamente.

—¡Maten a todos los bribones que se nos están colando, antes de que se pongan de pie! —les indicó el capitán.

Los dos jóvenes comenzaron a repartir sablazos, decapitando a los montoneros que entraban a rastras, y, gracias a su oportuna intervención, los cuerpos de los asaltantes quedaron atracados en los agujeros, taponándolos, igual que tarugos.

—A tiempo llegaron, mi capitán —exclamó aliviado uno de los heridos—; de lo contrario, los cholos se habrían cebado con nosotros.

Repentinamente, por sobre los ruidos del combate, se oyó el toque lejano de un clarín, y, de inmediato, cesó el fuego por parte de la montonera. Los buines se quedaron inmóviles, expectantes, vueltos hacia la ventana y la puerta.

—¿Qué significará esto? —se preguntó Araneda y, dirigiéndose a una de las sombras que se recortaban en la ventana del oriente, le preguntó—: ¿Qué pasa, cabo Silva?

—No lo sé, mi capitán. No se ve a nadie frente a la casa; parece que retrocedieron más allá de la pirca.

—Tampoco se los divisa por esta otra ventana —terció el soldado Pozo, desde el costado opuesto del vestíbulo—. Sin embargo, se advierten sombras que se mueven detrás de la pirca.

Araneda se movilizó receloso hasta la puerta tratando de perforar la obscuridad. Tuvo la impresión de que los enemigos se estaban reconcentrando a prudente distancia, pero no podía imaginar para qué lo hacían. Después de escudriñar durante un par de minutos, se volvió hacia sus hombres y preguntó al montón:

—¿Qué hora será?

—Alrededor de las dos de la madrugada, mi capitán —le respondió una voz que no supo reconocer.

El oficial calculó que llevaban ya trece horas luchando y esa

noción lo hizo sentirse cansado por primera vez.

—Ya estaría bueno que terminaran de fregarnos, ¿no les parece?

—A lo mejor se les cayó el alma al suelo y se van a retirar —bromeó desanimadamente uno de los fusileros.

Después, todos se quedaron en silencio, tumbados de espaldas. Ninguno guardaba fuerzas como para desperdiciarlas en comentar su triste situación.

La tregua que les habían dado los montoneros obedecía a una razón bien determinada. Los lugartenientes del coronel Vento, desesperados por no haber vencido la resistencia de los chilenos y engañados respecto a su número y a las municiones que poseían, se habían reunido con el jefe de la montonera para imponerle que ordenara la retirada antes de que llegaran los refuerzos enemigos.

—Nuestra tropa está totalmente agotada —le afirmó su hermano Wenceslao—. No han probado alimentos ni agua desde hace más de treinta horas.

¡Pues yo no abandono el campo mientras no extermine a esos carajos! —bramó el coronel—. Concederemos diez minutos de descanso a la montonera y después nos abalanzaremos en un ataque general, de frente, contra las ventanas y puertas de la casa. Los jefes iremos adelante y ¡ahí veremos si esos bandidos son capaces de soportar la carga de trescientos hombres en masa!

Los refuerzos del destacamento chileno estaban efectivamente por llegar. El subteniente Guzmán, después de alejarse un trecho del campo de batalla, tuvo la suerte de encontrar en el camino a un arriero del servicio de la guarnición de Casapalca, jinete en un caballejo serrano. Arrebatándole la bestia, el esforzado oficial se lanzó a galopar por los altos senderos, en dirección a Casapalca. Llorando de impotencia por no arrancarle al caballo la rapidez que su ansiedad le exigía, recorrió las seis leguas que lo separaban de la guarnición amiga. Doblegado sobre el cuello de la bestia, llegó, por fin, hasta la casucha que alojaba al comandante Méndez y, en frases entrecortadas, le narró la situación en que se habían visto envueltos y sus temores sobre la suerte de los hombres en la hacienda de Sangrar. El jefe de la guarnición no vaciló un segundo. A la carrera se allegó a la tienda en que dormía el capitán Wolleter, jefe de la segunda compañía del «3.º de línea», que había llegado dos días atrás a Casapalca, junto con la cuarta compañía del regimiento

«Esmeralda».

—¡Capitán Wolleter, arriba! —lo despertó a gritos—. ¡Levante a sus hombres y diríjase a la carrera hacia Las Cuevas!

Se dio la alarma en el campamento y el comandante Méndez requirió del capitán Florencio Baeza que aprestara también a sus esmeraldinos para salir en auxilio de los buines acosados en Sangrar. En último momento, cuando las tropas dejaban Casapalca, decidió ir personalmente al frente de ellas.

Aquella marcha nocturna por los escarpados senderos serranos fue cosa de pesadilla. Los soldados avanzaban a paso vivo, igual que una hilera de ciegos obsesionados por una idea fija. Al comandante Méndez toda prisa le parecía poca. A las tres y media de la madrugada, como los guías lo enteraran de que llevaban recorrida la mitad del camino, ordenó a Baeza y a Wolleter que hicieran trotar a los hombres.

—Es inhumano exigirles trote en esta serranía, mi comandante. Se nos caerían cortados por el soroche —dijo Baeza.

El jefe tuvo que reconocerle la razón, pero obligó a la columna a acelerar aún más el paso.

La hacienda continuaba sumida en un silencio opresivo, que a los nerviosos sobrevivientes chilenos les parecía lleno de malos augurios. Mientras Araneda se preocupaba de vendar una pierna al soldado Contreras, que tenía una herida por la que se desangraba inconteniblemente, acunaba la esperanza de que los montoneros se hubiesen marchado, pero la razón le decía que si habían mantenido el asedio hasta esa hora era lógico presumir que lo continuarían hasta la mañana.

Pero a las cuatro de la madrugada se pasó bruscamente del silencio absoluto al estruendo horrísono de la gritería india y de las estampidas de los fusiles montoneros.

El corneta Águila, de vigilancia en una ventana, se echó su instrumento a la cara y sopló desesperadamente el toque de «calacuerda». El capitán, los dos subtenientes y los siete fusileros saltaron hacia los boquetes que dominaban el llano. Los heridos gatearon por el suelo y, recogiendo fusiles a tientas, fueron a tumbarse un poco detrás del hueco de la puerta, para disparar desde el suelo.

Se producía el ataque general indicado por Vento. Sus

trescientos hombres habían saltado la pirca a una voz y avanzaban a todo correr, en masa, contra la casona.

El capitán Araneda llamó a los subtenientes Ríos y Saavedra a su lado en la puerta.

—¡Si han de entrar que lo hagan por sobre nuestros cuerpos! —exclamó, y volviéndose a los fusileros y a los heridos, les gritó—: ¡Enristrar las bayonetas y a vender caras las vidas!… ¡Viva Chile!

—¡Viva!… —le corearon sus hombres, con indomable resolución.

El choque de la montonera contra la casa fue pavoroso. Los centenares de atacantes se estrellaron contra las ventanas y la puerta; pero, en su precipitación, se apretujaban tanto entre ellos mismos, que se privaban de toda libertad de acción, ofreciendo a los defensores una masa compacta de cuerpos, en los que éstos hundían sus bayonetas y sables, una y otra vez, destrozando cráneos, perforando pechos, atravesando vientres. Fue una carnicería espantosa.

Araneda y sus dos oficiales formaron una barrera de molinetes con sus sables, contra la cual se despedazaban atontadamente los enemigos. El capitán Patiño y los tenientes Calderón e Indacochea tuvieron que romper la masa de su propia tropa, para poder retroceder y se retiraron sangrando por múltiples heridas.

Fueron estériles las voces rabiosas con que Vento azuzaba a sus hombres a forzar la entrada. Los cadáveres de los montoneros se acumulaban progresivamente, cubriendo el paso a la puerta y a las aberturas de las ventanas. Treinta y ocho de ellos cayeron en este último ataque. Finalmente, el horror de tanta muerte introdujo el pánico en el alma de los asaltantes. Bastó que uno de ellos retrocediera, gimiendo de dolor, para que todos los demás abandonaran el campo a la carrera. Los fusiles de los defensores volvieron a escupirles plomo sobre las espaldas, transformando la retirada en una fuga enloquecida.

—Ya terminó. ¡Alto el fuego, muchachos! No malgasten municiones —gritaba Araneda.

Cesó el tamborileo de los fusiles y el silencio se produjo en forma tan brusca que crispaba a los hombres. El capitán les ordenó tumbarse en el suelo y se movió entre ellos para averiguar si se habían producido nuevas bajas. Pero no le era posible comprobarlo,

porque los incendios exteriores estaban apagándose y la obscuridad era negra como tinta. Se resignó a no saberlo hasta el alba: sin embargo, sospechaba que había algunos heridos y algunos que debían haber muerto. Autorizando a sus soldados para despreocuparse totalmente de la acción, pasó su brazo izquierdo sobre los hombros del niño corneta y decidió que juntos montarían guardia.

Desde el interior se vio su silueta sentada en el suelo y adosada a uno de los costados de la puerta; entonces un herido repitió con admiración:

—¡*Güen* dar con el capitancito con harto «ñeque»!

Con la aurora el capitán Araneda se puso de pie con cuidado, para no despertar al corneta dormido al lado suyo, y entró a la casona.

—Buenos días, soldados —saludó a sus hombres con voz entera.

Éstos, al verlo animoso y hasta sonriente, sintieron que se fundían en sus corazones la admiración por aquel hombre de temple irreductible y el orgullo por luchar bajo sus órdenes.

—Buenos días, mi capitán —le contestaron, sobreponiéndose a sus quebrantos.

El subteniente Ríos se acercó para entregarle la lista que acababa de pasar. Habían muerto tres hombres más: Francisco Valderrama, Toribio Cepeda y Guillermo Latín. Los siete fusileros estaban todavía ilesos y lo recibieron formados en una sola línea.

—Aquí estarnos todos, mi capitán —le dijo el cabo Silva—. Con algunos moretones más, pero flamantes, como recién paridos.

—Me alegro —les dijo con sinceridad—. Vamos a explorar los alrededores. Creo que los enemigos se mandaron cambiar aprovechando la oscuridad, pero debemos confirmarlo. Y después… —Se irguió en toda su estatura y con el rostro transfigurado por la emoción declaró—: después volveremos a plantar sobre el techo una bandera, en reemplazo de la que esos bellacos nos quemaron con manteca ardiente. ¡Soldados, con compás…, mar!…

Seguido de los siete fusileros, y dejando la casa con los heridos a cargo de los subtenientes, salió a explorar los contornos.

Eran las seis treinta de la mañana cuando la columna que encabezaba el comandante Méndez asomó por el lomo de los cerros sobre el valle de Sangrar. A la luz vívida del día, lavada por la nieve

nocturna, pudieron contemplar, en todo su horror, la destrucción ocurrida. Con los ojos dilatados por el espanto vieron las bodegas incendiadas, la capilla convertida en tizones y la casa central negra por el baño de manteca quemada. El suelo estaba sembrado de muertos y éstos se amontonaban más numerosos en torno a la casona; pero sobre el ángulo del techo, izada en un largo palo, flameaba la bandera tricolor de Chile.

Méndez, ya demasiado nervioso por la ansiosa marcha realizada durante la noche, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas a tiempo que gritaba:

—¡Soldados, miren todos!… ¡Miren y pásmense ante el valor de los buines! ¡No cejaron, no se rindieron!… ¡Corneta, toque una diana para saludar a esos valientes y advertirles que hemos llegado por ellos!

Mientras el bronce entonaba sus alegres sones, ordenó al capitán Baeza que lanzara a sus séptimos monte abajo, para ir a ver qué suerte habían corrido los defensores de la hacienda.

—¡Soldados del «7.º de Línea», a la carrera hacia la casa, a abrazar a los hermanos del «Buin»! —gritó Baeza.

El descenso de las tropas a la hondonada profunda fue delirante. Los séptimos, olvidando el cansancio de la marcha forzada, desbordaron del sendero y se despeñaron cerro abajo, ansiosos de encontrar a los compañeros del «Buin», a quienes, con mucho fundamento, suponían destrozados.

Entretanto, la compañía del «3.º de Línea», mandada por el capitán Wolleter, giraba por los montes, con la esperanza de descubrir a los enemigos y exterminarlos. Pero ni en Las Cuevas ni en parte alguna encontraron rastros de ellos. La única señal de su paso se advertía en los destrozos que sus balas habían producido en los muros ruinosos del tambo de Las Cuevas.

El capitán Baeza fue el primero en llegar al llano donde se alzaba la casa principal de Sangrar. Los gritos y voces de los séptimos fueron escuchados por los centinelas que aún mantenía Araneda, de modo que, cuando se presentaron ante la casa, los aguardaban, en correcta formación, el capitán del «Buin», los subtenientes Saavedra y Ríos y los siete fusileros que habían salido ilesos de la heroica resistencia.

Despreciando las formalidades militares, Baeza se acercó al trote

a su colega Araneda y lo estrechó en un vigoroso abrazo. Luego, los esmeraldinos formaron frente a la casona y el subteniente Clemente Larraín tomó las disposiciones necesarias para hacerse cargo del campamento, relevando desde ese momento mismo al destrozado destacamento.

Entretanto, los capitanes Baeza y Araneda entraban al vestíbulo del edificio, en donde se amontonaban los muertos y heridos de la batalla. El oficial del «Esmeralda» sintió una ola de rabiosa pesadumbre al contemplar a aquellos hombres silenciosos, que guardaban una viril compostura, pese a las heridas que los martirizaban.

Ríos iba explicándole los resultados de la batalla y sus palabras sonaban innecesarias y fastidiosas ante aquel espectáculo de dolor.

—Hemos tenido cuarenta y cuatro bajas sobre un efectivo de setenta y nueve hombres. Muertos, veinticuatro; heridos, dieciocho; prisioneros, dos.

—El enemigo aprovechó la obscuridad de las primeras horas de la madrugada para llevarse sus bajas, de modo que no podemos precisar cuántas fueron —acotó Araneda—. Sin embargo, calculo que no han podido ser menos de ciento veinte, incluyendo a algunos oficiales que vimos caer en la puerta misma de esta casa.

Elorencio Baeza estaba asombrado de que hubieran podido mantenerse hasta el fin, siendo que sus bajas sobrepasaban del cincuenta por ciento de la dotación. En ese momento se oía llegar a las proximidades de la casa al comandante Méndez con los soldados del «3.º de Línea». Los dos capitanes salieron a encontrarlos.

—Supongo que nos relevarán inmediatamente —iba diciendo Araneda—. Mis hombres necesitan atención médica y descanso.

Baeza lo tranquilizó. Ya se había dispuesto que la cuarta compañía del «7.º de Línea» quedara en Las Cuevas esperando el paso de la división Letelier.

—Ojalá no caigan las montoneras también sobre ustedes —dijo Araneda—. Sabemos que se siguen organizando en Asunción de Huanza.

—Trataríamos de portarnos tan bien como ustedes —le respondió Baeza.

Tan pronto como Méndez se enteró de la situación de los sobrevivientes de Sangrar, dispuso su inmediato regreso a

Casapalca. Allí los atendería el cirujano Sierralta, del «Cazadores», quien practicaría las primeras curaciones a los heridos, los que, posteriormente, serían trasladados a Chicla, para echarlos en el tren y llevarlos a Lima.

Por su parte, Baeza trasladaría su compañía a la plazoleta de Las Cuevas apenas la columna emprendiese su marcha hacia Casapalca.

Ya se habían improvisado parihuelas para los heridos más graves y subían a las monturas los más leves, cuando uno de los centinelas dio un toque de «alerta» en su corneta: anunciaba la aparición sobre el camino de la montaña de un jinete que parecía venir de Casapalca. Pronto se supo que era un mensajero enviado por el jefe subrogante de la guarnición de aquel punto.

—En el cuartel general de Casapalca se recibió esta madrugada a un propio enviado por mi comandante Ambrosio Letelier —informó el mensajero al comandante Méndez, jadeando todavía por el esfuerzo de la cabalgata—. Ese propio trajo la noticia de que la fuerza expedicionaria de mi comandante Letelier no pudo pasar la montaña por el sendero de Junín a Las Cuevas, viéndose precisada a hacerlo por la carretera que conduce a Oroya y que después cruza directamente a Casapalca.

—¡Tomaron el otro camino!… —exclamó Méndez, y comprendiendo a quién afectaba más aquella información, fijó su mirada en Araneda. Éste había doblegado la cabeza sobre el pecho y murmuraba con la más honda amargura:

—El sacrificio de mis hombres ha sido completamente inútil.

—No lo piense así, mi capitán Araneda —intervino el mensajero, saltándose la disciplina—. El propio que mandó mi comandante Letelier explicó que las fuerzas expedicionarias se habían visto acosadas continuamente por las tropas de Cáceres, que les interceptaban el paso hacia el sur, y que, habiendo tomado prisionero a un oficial, éste reveló que el caudillo tenía planeado juntarse con las montoneras de Canta para dar un ataque en conjunto a la columna del comandante Letelier.

—El sacrificio de ustedes ha sido, pues, de gran valor, capitán Araneda —acotó Méndez—. Gracias a la resistencia heroica interpuesta por sus hombres, la montonera de Canta no pudo pasar al sur y, por ende, no se sumó a las tropas de Cáceres. Es permisible pensar que merced al valor de ustedes la columna expedicionaria de

Letelier no se vio en un apremio mayor, en el que pudo haber sucumbido.

Araneda aceptó la explicación sin entusiasmo, pero no quiso hablar más del asunto. Cada minuto que se perdía era valioso para los heridos. Habiendo tomado la división Letelier el otro camino, no existía razón que justificara dejar tropas exponiéndose en Las Cuevas. Preferible era partir cuanto antes.

—Nada más tenemos que hacer en este lugar maldito — refunfuñó el comandante Méndez y dio la orden de partir hacia Casapalca.

Cuando la pequeña columna coronó los cerros del sur de la hondonada, Araneda detuvo su caballo. Abajo se divisaban las ruinas de Sangrar, y a un costado de la casona principal, las tumbas frescas de los soldados caídos en el combate, con sus toscas cruces. Allí quedaban, en un descanso incierto, los veinticuatro héroes de la tercera compañía del «Buin».

El coronel Holley detuvo su fatigada cabalgadura en el espacio abierto entre las míseras casuchas del puesto de Casapalca y arriscó la nariz con desagrado al contemplar la desolación del paisaje. Era la primera vez que subía a la sierra y los efectos del mal de altura hacían más acre su malhumor. Pero Amengual, antes de embarcar para Chile, le había exigido renovar su compromiso de ir hasta el fin del mundo, si era necesario, para rescatar a los soldados del «7.º de Línea» que formaban parte de la división Letelier.

Práctico como siempre, y confiando sólo en los hombres curtidos en las anteriores campañas, obtuvo la orden correspondiente para que el mayor Rodríguez, que estaba en Chosica con el «Chacabuco», se le agregara en carácter de ayudante. Por esa causa estaba a su lado el experto explorador.

Minutos más tarde se hallaban ambos en presencia del comandante Méndez, que regresara la tarde anterior de la hacienda Sangrar.

Holley le extendió un manojo de partes que el Estado Mayor había enviado por su intermedio. Méndez los leyó rápidamente y resumió el contenido de todos ellos en una sola frase:

—Orden de desocupar totalmente la sierra y regresar a Lima con toda la tropa, tan pronto pase por este lugar la expedición Letelier.

El comandante del «Esmeralda» le explicó, en breves palabras, el temor que existía de que se produjera un levantamiento general en Lima, razón que impelía a Lynch a reunir en la capital todos los efectivos, en el plazo más corto.

Afortunadamente, noticias recientes de la expedición Letelier indicaban que había abandonado Oroya, y estaba cruzando la cordillera por la senda de Morococha. Su arribo a Casapalca no podía demorar más de veinticuatro horas.

—En las cumbres debe estar nevando en estos momentos, señores —les dijo Rodríguez—. La marcha de la división tendrá que ser lenta. No cuenten con ella hasta pasado mañana.

—Entonces me adelantaré a buscarla —resolvió el coronel Holley—. Dos compañías de mi regimiento andan por esas serranías desde hace tres meses y las escasas noticias que he tenido de ellas no son alentadoras. Partiré, pues, ahora mismo. ¿Mayor Rodríguez, puede usted llevarme hasta Morococha?

—A su orden, mi coronel —acató el explorador, pero en su fuero interno no aprobaba su precipitada resolución. No obstante, dos horas más tarde partían al frente de una fuerte escolta desprendida de la cuarta compañía del «7.º de Línea», ya repuesta de las agotadoras jornadas de ida y vuelta a Sangrar.

La noticia recibida por Méndez referente a la división Letelier era exacta; ésta venía cruzando la cordillera occidental, pero su estado era deplorable, volvía destrozada.

Desde su abandono del pueblo de Junín, hacía una semana, la nieve no había dejado de abrumarlos y una ventisca furiosa y congeladora los mantuvo incesantemente bajo su azote. Unidos al cansancio, al deterioro del calzado, a la precaria alimentación, los continuos ataques de los batallones de Cáceres habían concluido por agotar la resistencia de la tropa. En el último asalto sorpresivo, realizado en un desfiladero, pocas leguas al oriente de Oroya, tuvieron varias bajas mortales, pero se logró capturar a dos oficiales enemigos, los que, interrogados por el comandante Bouquet, declararon que el ejército de Cáceres crecía aceleradamente y que sus miras eran recuperar todos los pueblos serranos y elevar el número de sus tropas hasta diez mil hombres, mediante una leva

forzosa practicada en ellos. Preguntados sobre armamento de que disponía ese ejército, revelaron que les llegaba regularmente desde Lima. Aquella misma noche intentaron fugarse, según el parte de Bouquet, y fueron pasados por las armas, sobre la nieve.

A la madrugada siguiente, la columna continuó arrastrándose sobre las crestas nevadas, subiendo y bajando sin descanso. En el caserío minero de Pachachaca no hubo posibilidad de establecer un campamento bajo techo; fue preciso disponer un vivac a la intemperie, y los soldados vagaron, atontados, buscando un acomodo sobre la nieve. Se les había indicado que podrían descansar durante cuatro horas y que después recibirían el rancho. Sin embargo, eran muy pocos los que tenían ánimos para pensar en la comida; el único anhelo que les cabía en sus embotados cerebros era dormir, dormir hasta eliminar el espantoso cansancio que les agobiaba la mente y los huesos.

Los tenientes Del Solar y Santa María se habían tumbado juntos sobre la nieve, en medio del círculo irregular que formaban los soldados del «7.º de Línea». Tenían hambre, pero lo único que les interesaba era poder vencer al peligroso frío, que adormecía, primero, y congelaba traidoramente, después. En uno de los muchos entreveros por los poblados serranos, Santa María se había agenciado una blusa de las que usan los indios para defenderse del frío, algo así como una pelliza de cuero de cordero, con la lana hacia adentro. Aunque sucia y maloliente, lo había salvado de morir helado en las últimas noches. El otrora elegante oficial adoraba su extraña casaca y, cuando el frío arreciaba hasta hacer castañetear los dientes de sus compañeros, la acariciaba con orgullo.

—¡Feliz tú! —le dijo aquella tarde Del Solar, al verlo arrebujarse en la fétida prenda—. A mí, apenas me quedan unos restos de mi capote. Pero estoy mejor que el pobre Echeverría, que hasta eso perdió.

Del Solar buscó con la mirada al oficial mencionado y lo divisó vagando en torno al círculo de soldados del «Esmeralda». Se lo veía extremadamente flaco, azuloso por el frío, contra el cual luchaba sin más defensa que su delgada guerrera.

—Debieran licenciar a José Antonio, después de esto —razonó «el poeta», compadecido por el estado de Echeverría—. Ha perdido diez kilos de peso, por lo menos, y camina como un sonámbulo.

Efectivamente, pocos oficiales sufrieron en esa campaña como él. Igual cosa le ocurrió al teniente Miguel Ureta, que había entrado a la guerra como un muchacho fornido y hasta un tanto gordinflón y ahora sus compañeros lo apodaban «el flaco».

—¡Qué porquería de guerra! —masculló Santa María, resumiendo sus impresiones.

—¿A qué renegar, compañero? —lo aplacó Del Solar—. De nuestros sucios pies, acorazados por la mugre, depende absolutamente nuestro regreso a la vida. ¡Envuélvete en tu cuero de oveja, Martiniano, y callémonos la boca!

Apegado el uno al otro, para no dejar escapar ni una gota del calor de sus cuerpos, los dos oficiales se ovillaron en la nieve y cerraron los ojos.

Por su parte, en el otro extremo del vivac, se habían encontrado Echeverría y Miguel Ureta. Este último se quedó mirando a su compañero y lo atajó cuando pasaba a su lado.

—¿Hasta cuándo vagas como una gallina ciega? —le preguntó compadecido—. ¿No piensas descansar?

Echeverría habló sin mirarlo, con la vista opaca abarcando toda la extensión blanca frente a él.

—Cuando entramos a este lugar divisé…, divisé algo así como una casucha pequeña, hecha con cuatro palos ensartados en el suelo y cubierta por ramas —balbuceó como un ausente—. Me acuerdo que pensé que era a propósito para meterse adentro y dormir…, dormir. Las hacen los indios para cubrirse del sol… Ahora el sol no calienta, pero… tengo que encontrarla y me meteré adentro…

Ureta lo observó más atentamente y reprimió un gesto de congoja. José Antonio Echeverría estaba mal, visiblemente enfermo. Con sus ojos más descansados que los de él, descubrió lo que las pupilas enturbiadas de Echeverría no lograban ver. La ramadita de palos y paja se levantaba, minúscula, al costado del vivac. Como Echeverría lo había dicho, no era más que un armadijo, formado por cuatro palos y techado con ramas. Tendría poco menos de un metro de altura, por otro tanto de ancho. Cuando se la indicó, a José Antonio le resplandeció el rostro con un mortecino alivio.

—Pero dentro de ella no cabe un hombre tendido —trató de hacerle ver Ureta—. Tendrías que dejar las piernas afuera.

—¡Oh, las piernas no importan! Guardando calor en el pecho

basta. Avísame cuando se reinicie la marcha. Hasta pronto, Ureta.

Echeverría echó a andar a su diminuto refugio, levantando puñados de nieve al caminar con los pies a rastras.

—Yo también buscaré un rincón en donde echar mis huesos —se dijo Ureta, y alzando un poco la voz, aseguró a su amigo—: Te avisaré, José Antonio…

Las disposiciones de Letelier tuvieron que alterarse inesperadamente. No hacía una hora que las tropas descansaban, cuando comenzó a nevar de nuevo. Los sutiles vellones blancos fueron cayendo sigilosa, traidoramente. Los jefes comprendieron que no podían mantener a los soldados tumbados a campo raso y los obligaron a levantarse. Desordenadamente se amontonaron en malas filas y, recogiendo sus pobres enseres, echaron a andar otra vez.

El teniente Ureta, con el cerebro pesado por el sueño, se incluyó en la desorganizada columna y fue caminando, paso a paso, en un estado de semiinconsciencia. Lentamente la masa de soldados volvía a introducirse en los vericuetos cordilleranos. En pocos minutos el llano de Pachachaca volvía a ser una prolongada sábana blanca, lamida arteramente por el viento y la nieve.

Sólo en un extremo del llano, algo distante del sitio en que habían yacido los soldados, se alzaba una pequeña masa semirredondeada, no cubierta todavía por el manto blanco. Donde, como dos piedras cónicas, se levantaban las puntas de obscuras dos botas, las que iban desapareciendo sepultadas por los copos albos a medida que pasaban las horas.

La sufrida columna de Letelier empezaba a coronar las alturas abismales de Antícona, cuando el viejo ordenanza Lucas Castro dio alcance al teniente Del Solar y le preguntó, con ojos extraviados por la ansiedad:

—Perdone, mi teniente, pero ¿ha visto usted a don Josecito Antonio?

El interrogado volvió apenas la cabeza, tanto era su abatimiento que no supo interpretar la angustia del ordenanza.

—¿No viene con la otra compañía, Lucas? —le dijo, indicando con un gesto vago hacia atrás.

—No, mi teniente —le respondió el soldado, aumentada su aflicción—. Yo pensaba que venía platicando con ustedes, por eso

no lo busqué antes.

—La última vez que lo vi fue en Pachachaca —recordó Del Solar —. Estaba conversando con el teniente Ureta. Pregúntele a él. Va un poco más adelante.

El rudo soldado echó a correr a lo largo de la columna, despreciando su cansancio. En su alma de antiguo y fiel servidor de la familia Echeverría sólo cabía el espanto al imaginar que pudiera perderse «el niño», que le habían encomendado sus patrones. Sofocado por la asfixia de la altura, llegó junto al teniente Ureta y le repitió su pregunta. Éste tardó unos segundos en comprender el motivo de la desesperación del ordenanza, pero cuando se hizo la luz en su cerebro, sus ojos se dilataron con la más profunda alarma. Acababa de recordar la promesa que hiciera a Echeverría al iniciarse la marcha.

—¡Dios santo, Lucas! ¡José Antonio se quedó dormido en una pequeña enramada en Pachachaca! ¡Me olvidé de él! —Agobiado por su falta, se salió de la fila, repitiendo—: ¡Me olvidé de despertarlo!… ¡Me olvidé de despertarlo!…

El viejo ordenanza dio un paso atrás y lo observó con el rostro desencajado. De pronto, giró rápidamente y empezó a trotar en sentido contrario a la columna.

—¡Vuelve acá, Lucas! —gritó Ureta—. Solo no podrás hacer nada. José Antonio lleva más de tres horas bajo la nieve; no estará en condición de moverse. Hay que volver, pero con algún animal para cargarlo. ¡Aguarda, porfiado!, voy a explicarle a mi mayor Retamales y volveremos a buscarlo con una mula del servicio.

Pero el viejo soldado continuó corriendo.

Comenzaba a palidecer el día cuando despertó Echeverría. Al principio no supo sino que tenía un taladrante dolor en los huesos. Sentía como si le hubieran ensartado agujas en todas las articulaciones y una cinta de fierro helado le oprimiera las sienes. No pudo medir el rato que permaneció en ese estado, pero su vuelta a la conciencia fue, al mismo tiempo, repentina y aterradora. Algo en su interior, el instinto de conservación quizás, lo sacudió entero, encontrándose bruscamente lúcido, lúcido y lleno de pánico. Con el oído agudizado escuchó el silencio pavoroso del exterior y con la rapidez del relámpago se le hizo clara su situación: la columna se había marchado mientras dormía, y estaba solo. Sentía los brazos

colgándole de los hombros; pesados como repletos de hielo; pero hizo un esfuerzo y pudo moverlos. A torpes manotazos fue quitándose la nieve que le cubría hasta la cintura, en su posición semitendido, e intentó arrastrarse fuera de la enramada, empujando sus pies desde las caderas. Pero estaba pegado al suelo, fundido con la masa de nieve. Hizo un esfuerzo desesperado por levantar una pierna, para descubrirla, pero no sintió ninguna de las dos. Fue una sensación muy extraña. Le pareció que estaba cortado, como si su organismo viviera solamente desde las caderas hacia arriba. La sospecha de lo que le estaba ocurriendo lo dejó sin aliento. Al comprobarlo, se entregó a dar manotazos furibundos a los palos de la enramada. Frenético, con los ojos desorbitados por el espanto, se aferró a las cañas y tiró de ellas, las remeció hasta quebrarlas y arrancarlas. Entonces la masa de nieve que cubría la enramada cayó sobre él asfixiándolo. Fuera de sí, se revolvió como un gusano herido y luchó por ponerse boca abajo. Lo consiguió por fin, y agitando los hombros, contorsionándose desesperadamente, consiguió rodar fuera del revoltijo algodonoso y frío. Cuando pudo respirar libremente de nuevo, se quedó tendido en la nieve derrotado por la fatiga. Así permaneció largo rato. Los copos blancos volvían a cubrirlo incesantemente, logró sentarse y se miró las piernas. Éstas se le mostraban laxas, extendidas en forma grotesca, semejando dos troncos deformes. Con un gemido de angustia, nacido del rincón más primario de su ser, comprendió la hondura de su desgracia: se le habían congelado las dos piernas. Y estaba solo, abandonado en una cumbre escondida de la sierra. Clavando los ojos en la dirección en que suponía se había marchado la columna, empezó a arrastrarse, hundiendo las uñas en la alfombra blanca. Logró avanzar un metro…, dos…, y cayó de cara al suelo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó de nuevo y siguió reptando con la sola ayuda de las manos y arrastrando las piernas como una cola muerta. Progresó así unos pasos más, hasta caer definitivamente, con la barba rizada incrustada en la nieve.

—Es inútil…, inútil, voy a morir. —Lágrimas incontenibles escurrían de sus párpados agrietados y corrían por su rostro enjuto, ya azuloso por el frío—. ¡Madre mía!… ¡Madrecita querida!… Perdóname por haber seguido en esta guerra contra tu voluntad… Tanto me dijiste en tus cartas que aprovechara la licencia general y

regresara a tu lado… Estaba borracho de gloria… Me envanecí. ¡Perdón, madrecita!… Adiós, hermanas queridas… Y tú también, Carmencita, mi novia ilusionada. —Su voz era apenas un susurro estremecido y pleno de aflicción—: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos tu reino…».

Sin vigor ya para defenderse, se entregaba resignado a su fatal destino. Pasaba su vida como vagas imágenes de caleidoscopio; los rostros de su madre, de sus hermanas, de su novia Carmen, que nunca mencionó a nadie. Ella era una muchacha de la clase media y él, un aristócrata. Sus amores estuvieron marcados siempre con el sello de lo prohibido. Por eso mismo, comprendía Echeverría que los sufrimientos de ella serían los más hondos. En el filo de la muerte, se reprochaba no haber tenido valor para traspasar las barreras sociales de la época. Ahora era tarde para arrepentirse, era tarde para todo. Ninguno de sus extenuados compañeros reharía el camino para rescatarlo y su cuerpo no sería encontrado hasta el deshielo de la próxima primavera.

Quedó inmóvil, por fin, con el cuerpo extendido como una cruz sobre la nieve. Pero de súbito, en la lisa extensión blanqueada y fúnebre, se oyó un grito apagado por la distancia; en la garganta que ascendía a las cumbres, aparecieron tres hombres y una mula.

Adelantado en media cuadra, hundiéndose en la nieve blanda, llegaba el ordenanza Castro. Más atrás Del Solar y Ureta avanzaban apoyándose en la bestia.

—¡Allá están las casas!… ¡Al sur de ellas hicimos el vivac! —gritaba el ordenanza.

Un centenar de pasos detrás de él, Ureta mostraba a Del Solar el lugar donde se suponía estaba la enramada que utilizó Echeverría, pero ninguno de los dos conseguía divisar rastro alguno que la señalara. Sin embargo, las pupilas más penetrantes de Alberto del Solar descubrieron un montón de nieve que sobresalía en la planicie. Aguzando aún más la mirada, advirtió unos palos que asomaban de él. Cuando se los mostró a Ureta, éste puso una cara de perplejidad.

—¡Por la vida, tal vez aparecieron los enemigos y se llevaron a José Antonio! —exclamó Ureta.

Un alarido que profirió Lucas Castro los hizo sobresaltarse:

—¡Mis tenientes, allá está! —gritaba—. ¡Allá se ve a un hombre

tumbado!

Sin esperar a sus superiores, el hombre echó a correr sobre la nieve, cayendo y volviendo a levantarse.

El viejo servidor cayó jadeante junto al cuerpo de Echeverría con las rodillas hundidas en el suelo blanco. Con ansia febril lo tomó de los hombros y lo volvió boca arriba. Sus manos toscas lo palmeaban, mientras su boca repetía su nombre, como si llamándolo a gritos lo fuera a despertar.

Del Solar y Ureta llegaron poco después. Quien mejor comprendió la situación fue «el poeta». Rápidamente, le desabotonó la guerrera y le aplicó un oído sobre el pecho. Cuando levantó la cabeza, sus ojos brillaban esperanzados.

—Está vivo, aunque medio congelado —proclamó—. Hay que activarle la circulación de la sangre, frotarlo, darle aguardiente.

Miguel Ureta saltó hacia la mula y empezó a extraer de sus alforjas los auxilios que habían traído; primero, una manta, que lanzó extendida junto al accidentado; enseguida, una cantimplora con aguardiente.

Entretanto, obedeciendo las ordenes de Del Solar, el ordenanza había comenzado a desvestir a su oficial.

—¿Cree usted que volverá el niño? —preguntaba ansiosamente mientras realizaba su tarea.

—Échate un rezo en tanto le damos aguardiente —le respondió Del Solar.

Pero el accidentado tenía las mandíbulas apretadas como si fueran de fierro y tuvieron que recurrir a una bayoneta para abrírsela. Durante un largo minuto, sólo se oyó la apagada oración del viejo ordenanza y el gorgotear del aguardiente cayendo poco a poco en la boca de Echeverría.

—¡Traga, traga, José Antonio, por favor! —le rogaba Del Solar, atento a sus posibles reacciones—. Traga, hermanito; esto te revivirá.

Pero el licor se escurría por las comisuras de la boca del moribundo, sin penetrar en su garganta. Lo tendieron sobre la manta, y, ya completamente desnudo, empezaron a frotarlo con nieve por todas partes.

—Hay que hacerlo con la mayor fuerza posible, hasta que se le ponga roja la piel y le brote sangre —dictaminaba Del Solar,

desesperado—. Es la única forma de resucitarlo.

Trabajaban como enloquecidos. Llenándose las manos con nieve se la refregaban por el pecho, por los brazos y las piernas; pero el desdichado no daba manifestaciones de vida.

Las sombras de la noche iban cayendo fatídicas sobre los tres hombres que aún se esforzaban en la faena. Despreciando su propio cansancio en aras de la vida del compañero, luchaban con furia por devolverle el calor vital. Golpeaban el cuerpo desnudo, lo raspaban con puñados de nieve, llegando hasta a arrancarle trozos de piel. Pero la sangre no corría. Por momentos Del Solar dejaba de friccionarlo y le vertía entre los labios un chorrillo de aguardiente, pero parecía inútil.

Ya el espesor de las sombras convertía el cuerpo del oficial moribundo en apenas una mancha lechosa, cuando tuvo el primer estremecimiento. Fue una contracción de la boca al sentir el quemante paso del licor por su garganta. Nada más. Pero bastó para devolver las esperanzas a sus compañeros, que redoblaron sus esfuerzos.

Minutos más tarde, el enfermo emitió un quejido, y, poco después, abrió los ojos. Los tres hombres cesaron en su trabajo, y se inclinaron sobre él.

—José Antonio, ¿me oyes? ¡José Antonio, respóndeme! —le gritaba Del Solar.

La mandíbula inferior de Echeverría comenzó a temblar, haciéndose visible su intento por hablar. Por fin, balbuceó:

—¡Mis… piernas!… ¡Mis piernas…, Alberto!…

—Sí, sí, ya sé; están heladas. ¿Pero el resto de tu cuerpo? —le inquirió Del Solar—. Trata de hacer algún movimiento. ¡A ver, agita las manos!

Lucas Castro, que lo observaba con los ojos desorbitados por la ansiedad, lanzó un grito nervioso al ver que comenzaba a moverlas.

—Gracias, mi viejo Lucas —balbuceó débilmente—. Gracias, compañeros. Creí que… que esta vez no escapaba.

—No, no; ya estás a salvo —le rebatió con vehemencia Del Solar —. ¿Ves?… Ya puedes pensar en moverte. ¡Eso es lo principal! Ahora veremos si nos es posible devolver la energía a tu cuerpo. Pero no tengas miedo; estás salvado.

Sentándolo sobre la manta, reiniciaron la labor de frotarle el

cuerpo con puñados de nieve, mientras Del Solar le daba de beber otro poco de aguardiente. Al cabo de unos minutos éste le preguntó:

—¿Sigues sin sentir las piernas?

—Están heladas, Alberto… Están muertas —replicó José Antonio.

—No digas eso —le rebatió apasionadamente el oficial—. El doctor del campamento de Casapalca te las hará revivir. Ahora tenemos que dar alcance a la columna lo antes posible. Está acampada en Morococha y reemprenderá la marcha mañana al alba. Te echaremos sobre la mula bien abrigado, hermano, y andaremos toda la noche. Pero ten fe; tienes que mejorarte.

Volvieron a vestirlo con sus ropas. Enseguida lo empaquetaron en la manta en que yacía. Rápidamente, lo colocaron sobre la mula y le ataron los pies por debajo de la barriga del animal. Cuando terminaron su apresurada tarea, Del Solar se volvió hacia el ordenanza:

—¿Podrás rehacer el camino de noche, Lucas? —le preguntó.

—Claro que sí, mi teniente. Soy huaso baqueano, no le erraré un metro.

Echaron a andar en medio de la oscuridad. Ureta y Del Solar iban a ambos lados de la mula, sujetando al teniente que se bamboleaba sobre ella.

Había dejado de nevar y algunas estrellas vagas formaban manchas iridiscentes entre la masa de nubes. En el silencio de la noche serrana sólo se oía el golpetear de los pasos de la mula y de los hombres machacando la nieve endurecida.

Los alrededores de la estación de los Desamparados, en Lima, estaban congestionados de gente. La noche anterior se habían tenido noticias del feroz combate de Sangrar y se esperaba la llegada del tren que conducía a los heridos desde Chicla.

Lynch había mandado acordonar la estación para evitar que los limeños, ávidos de regocijarse con la visión de las bajas chilenas, se acercaran a los heridos. Pero la plazuela vecina a la estación hervía de curiosos, que comentaban entre ellos con júbilo indisimulado. Leonora y Elcira habían ocupado un escaño en la pequeña plazuela

de los Desamparados, sin sospechar el motivo que reunía allí a la multitud. Esperaban el regreso de Cobo, que había entrado al Palacio de Gobierno para recoger los pasajes que les permitirían embarcarse hacia Chile. No tardaron, sin embargo, en oír frases sueltas que las fueron informando sobre el suceso y los oídos curiosos de Elcira terminaron por captar la noticia completa. Deseosa de confirmarla, se separó unos instantes de su ama y fue a mezclarse con los grupos de gentes. Cuando volvió, su rostro se veía ensombrecido.

—Dicen que una montonera hizo pedazos a un batallón de los nuestros —comunicó a su ama.

—¿Cuál batallón? —le consultó Leonora, sin poder evitar un sobresalto.

—Parece que el «Buin», mi señorita.

—¡Dios santo, vuelve la matanza! Alejémonos de aquí, Elcira; no quiero ver a esos pobres soldados, no quiero saber nada de la guerra.

Se puso de pie y echó a andar hacia la parte posterior del Palacio de Gobierno, con el propósito de contornear el edificio y esperar a su marido en la Plaza Mayor, frente a la casa de los virreyes.

La Plaza Mayor se veía casi solitaria, puesto que los escasos transeúntes habituales habían ido a apostarse en la plazuela abierta al otro lado del edificio de gobierno. Marchando sin prisa, fueron a instalarse en uno de los labrados bancos de piedra que miraban hacia la fachada de la casa de los virreyes. Pronto apareció Alberto Cobo en la puerta principal del edificio, y, después de buscarlas con la mirada durante algunos instantes, se encaminó hacia ellas andando en forma lenta y pesada.

«Algo malo le ha pasado a Alberto», se dijo Leonora viéndolo caminar de aquel modo.

Efectivamente, el rostro del inválido expresaba un profundo malhumor cuando llegó junto a las mujeres.

—Me han negado los pasajes —gruñó, sin más explicaciones.

—¿Cómo es posible? ¿No nos estaban asignados desde hace bastante tiempo, Alberto? —le pregunto Leonora.

—Es la mala suerte que me persigue. Es cierto que los pasajes nos estaban asignados, pero ahora los van a ocupar otros, los

heridos. Me ha dicho el encargado de la desmovilización que los hospitales están llenos y que, para hacer cabida a los heridos que están llegando de la sierra, ha sido imprescindible que los enfermos menos graves sean embarcados hacia Chile cuanto antes.

—Pero tú estás considerado también como un herido, aunque ya estés sano —le replicó Leonora.

—Yo sí, pero ustedes no. Los de ustedes los han ocupados por ser mujeres y no pertenecer al ejército. —Dijo esto último marcando fuertemente las palabras, con el propósito deliberado de que las mujeres protestaran. Pero ellas guardaron silencio, y sólo después de una larga pausa Leonora murmuró:

—¿Y qué haremos, entonces?

—¿Me lo preguntas? —le repuso Alberto, mirándola duramente a los ojos—. ¿Acaso el servicio secreto no forma parte del ejército?

—¿Qué quieres dar a entender, Alberto? —le reprochó.

—Que debes ir donde tus antiguos jefes a reclamar tu derecho.

El rostro de Leonora se contrajo penosamente.

—No, Alberto —dijo—; no quiero volver a entrevistarme con El Profesor.

Su marido la observó con enojo, casi con desconfianza.

—¿Por qué no? —le insistió—, ¿Acaso no deseas volver a Chile conmigo?

—Entrevistarme ahora con el jefe del servicio secreto sólo conducirá a que me cubra de reproches por no secundarlo en estos momentos —comentó Leonora amargamente.

—Bastará con que te niegues y terminará por no insistir. —Las pupilas de Cobo buscaban el rostro de su mujer con fijeza de inquisidor y se advertía fácilmente que se exasperaba—. Dime de una vez por todas, ¿vas a ir? De lo contrario, embarcaré solo.

La frase que en su enojo había dejado escapar delataba su pensamiento íntimo. Leonora esperaba esta manifestación; sin embargo, palideció al escucharlo.

—¿Serías capaz de partir solo, apenas a dos semanas de nuestro matrimonio? —le inquirió.

Alberto comprendió que se había dejado llevar demasiado lejos y quiso echar pie atrás:

—Perdóname —musitó, avergonzado—; estoy demasiado nervioso y no sé lo que digo. Volvamos a casa.

Pero ahora la que adoptó una actitud firme fue la joven.

—No, dejar una sombra de duda dentro de ti sería pernicioso para el futuro —expresó enérgicamente—. Iré a ver al jefe del servicio secreto.

—Si lo deseas, te acompañaré —le ofreció Cobo con tardío arrepentimiento.

Leonora lo rechazó con suavidad y tristeza. Bastaría con que la acompañara Elcira; ellas eran las interesadas.

—No tardaremos más de una hora. Espéranos en casa…, o donde tú quieras. Vamos, Elcira.

—Sí, Leonorcita.

Alberto miró a la mujer de reojo, con mirada rencorosa, como si necesitara descargar en alguien su enojo y le corrigió, entre dientes:

—Señora Leonora.

Elcira había soportado demasiado el constante malhumor del inválido y se había ido cargando de hiel al observar el desapego con que éste solía tratar a la joven. Hizo un esfuerzo superior a su naturaleza, pero no lo consiguió sino a medias.

—Para mí es «Leonorcita», señor —le replicó airadamente—. La he acompañado minuto a minuto durante toda la guerra, nos hemos jugado el pellejo juntas y he aprendido cuánto merece que la respeten y la quieran.

Cobo enrojeció ante la velada lección que le daba aquella mujer y la irritación le enronqueció la voz.

—¡Leonora! —protestó—. ¿Cómo es posible que permitas…?

La joven no pudo resistir más. Agobiada por aquella escena, los acalló a los dos:

—¡Basta, por favor! Elcira, tienes que aprender a ver las cosas como son y a no insolentarte. ¡No, no digas nada más! Es inútil todo lo que hablemos. Vamos a la oficina de El Profesor.

Volviendo la espalda echó a andar hacia el Palacio de Gobierno. Elcira la alcanzó a corto trecho y anduvo a su lado, sin hablarla, observándola ansiosamente. Por fin, se atrevió a decirle:

—Perdóneme, Leonorcita, si le he causado un disgusto, pero la actitud de don Alberto me subleva; no podré contenerme nunca y temo que cada día será peor. Creo que lo más conveniente será que ustedes dos se embarquen solos; yo me iré después en otro buque.

La respuesta de Leonora fue como la queja de una niña:

—No me dejes sola en estas circunstancias, mujer.

Elcira se desarmó. Aferrándola de un brazo, con mano trémula, se apegó a ella.

—Sí, Leonorcita, me quedaré con usted.

No hablaron más, porque en ese momento entraban al Palacio de Gobierno.

El Profesor las recibió con una actitud que no dejaba lugar a dudas respecto al resultado de la entrevista. Las escuchó de pie, frío como un cuchillo.

—¡Conque vienen ustedes a reclamar sus pasajes! —exclamó cuando Leonora terminó de exponerle el motivo de la visita—. ¡Pues yo mismo di la orden de que fueran cedidos a dos de los heridos de Sangrar!

—Ha hecho usted mal, Profesor —le replicó Leonora, quejosa.

—Cuando se me notificó que se necesitaban lugares en el barco para transportar a los enfermos y heridos y se me advirtió que estaban reservados dos pasajes para miembros del servicio secreto, pedí la lista y la examiné. Al ver los nombres de ustedes en ella, resolví inmediatamente que eran quienes menos urgencia tenían de volver a Chile.

—¿Por qué nos perjudica usted así? —le preguntó Leonora—. Estamos retiradas del servicio, usted lo sabe.

—Nadie las dio de baja. Ustedes se retiraron, sin consultarlo —replicó éste violentamente.

—Se dio de baja a la mitad del ejército —le opuso Leonora, y reforzó su defensa, diciéndole—: ¿Acaso los que lucharon con el fusil en la mano tenían más derecho que nosotras? ¿No cumplimos abnegadamente con nuestro deber? ¿No fue bastante?…

—Reconozco que fue mucho lo que hicieron, pero…

—Pero ¿qué más?… —le interrogó la joven desesperadamente —. ¿Qué más pueden exigirnos?

Las pupilas de El Profesor volvieron a encenderse en la profundidad de sus órbitas.

—¿Qué más? Vengan conmigo hasta la estación de los Desamparados y entenderán el porqué de nuestra exigencia. Vengan. Les quitaré apenas unos minutos.

No supieron resistirse a la autoridad del jefe del servicio secreto y lo siguieron por el interior del palacio hasta la Plazuela de los

Desamparados y, luego, a la estación. En las vías se veía un tren cuya locomotora aún resoplaba vapores y humo. Por el jefe de estación supieron que había llegado hacía apenas unos minutos, conduciendo a los hombres del «Buin» que estaban en Casapalca y Sangrar.

El Profesor les abrió paso hasta la sala de espera, pese a que Leonora trataba de resistirse.

—Don Abelardo, sospecho que usted quiere sacudirme con el espectáculo que me va a mostrar. Le ruego que me lo ahorre. No me atormente más —le decía.

El Profesor negó tercamente.

—Lo que voy a explicarle no tiene fuerza si no lo hago delante de esos hombres le replicó—. Asómese, simplemente, a la puerta.

Habían llegado a la entrada de la sala de espera y tuvieron que detenerse, como rechazadas por un muro. Del interior del recinto salía un aire espeso, fétido a sudores y a medicinas. Al mismo tiempo brotaban de él gemidos sordos y frases penosas. Cuando los ojos de las dos mujeres pudieron traspasar la atmósfera turbia, vieron a una cincuentena de soldados desparramados en el suelo de la habitación. Algunos yacían en camillas, otros en parihuelas, improvisadas con lanzas y trozos de tiendas; unos pocos podían mantenerse sentados en las banquetas de los costados y dos o tres se movilizaban penosamente por entre los yacentes. Pero todos ellos estaban cubiertos de vendas, con impresionantes manchas de sangre.

—¡Virgen santa, pobres muchachos! —dejó escapar Elcira, apretando los dientes.

—Ahora ya están limpios y con sus heridas vendadas —explicó El Profesor, observando atentamente las reacciones de ellas—. Hay que imaginárselos cómo estaban allá, en Sangrar; con los pulmones rotos, con los estómagos perforados, con los brazos hechos astillas, con las piernas destrozadas… Trece horas de combate continuo, contra fuerzas diez veces superiores y perfectamente armadas.

Leonora, que había contemplado a los heridos con los ojos arrasados en lágrimas, quiso arrancar de allí, pero la diestra de El Profesor la sujetó con rudeza.

—¿Y de dónde salieron esas armas? —seguía perorando—. ¡De Lima! El Comité Patriótico de la Resistencia es el que proporciona a

los montoneros y a las tropas regulares de Cáceres los medios para matar a nuestros hombres. Actualmente quedan en la sierra mil soldados chilenos, entre ellos, tres compañías del «7.º de Línea». ¿Cuántos menos volverán por el hecho de que no hemos podido suprimir las actividades de esa liga secreta? ¡Docenas de amigos suyos, Leonora, de compañeros de su esposo! Piense usted en esto: los despedazarán las balas que se mandan desde Lima. Y la sierra sigue en efervescencia. ¿Cuántos chilenos más caerán sacrificados en esa nueva guerra?… ¡Sacrificados por no poder aplastar la máquina guerrera que se arma aquí, en Lima! ¿Podría usted descansar tranquila en Chile, recordando que a mi solicitud de ayuda en esta labor vital para nuestro país me ha respondido no?…

Leonora se debatió desesperadamente hasta zafarse de él.

—¡No puedo, no puedo! —repitió con angustia—. Por favor, no me hable más de eso. Denos nuestros pasajes y déjenos partir. Se lo ruego, señor.

—Está bien, me rindo —dijo El Profesor—. Mande usted a buscar los pasajes mañana.

—Uno solo, don Abelardo. Yo me quedo con usted, por si le sirvo para algo —interrumpió la criada.

—¡Elcira!… —dejó escapar Leonora, sorprendida.

—Sí, Leonorcita, me quedo —se disculpó la mujer, con cierta desazón, pero decidida—. ¿Qué voy a hacer en Chile?… En cambio, aquí en algo podré ayudar.

La joven se mordió los labios y desvió la mirada. Le temblaba la barbilla cuando dijo a El Profesor, en voz baja y sin mirarlo:

—Adiós, señor; mandaré por mi pasaje mañana.

—Adiós, Leonora. No me juzgue duramente; siempre la he estimado de corazón.

Aquella noche, en la casa de la calle Polvos Azules se cenó en absoluto silencio; ni Elcira, tan parlanchina, abrió los labios mientras servía la comida. Una tensa atmósfera de desencanto los envolvía, haciéndolos sentirse hostiles unos a los otros.

Leonora, abrumada por la determinación de su compañera de tantas vicisitudes de abandonarla y quedarse en Lima, se mantenía en un extremo de la mesa sumida en amargos pensamientos. Comprendía perfectamente que a su matrimonio sólo podía salvarlo un milagro y se aferraba a la esperanza de que aquél debía operarse

en Chile. A fuerza de voluntad, se obligaba a olvidar el espectáculo de los heridos y no daba cabida en su mente más que a la promesa que le hiciera el jefe del servicio secreto de que le daría un pasaje para embarcar de regreso a Chile con Alberto.

Éste, por su parte, al término de la cena, sacó de un bolsillo su propio pasaje, que tenía impreso en letras grandes el nombre del barco: *Amazonas*. Era un nombre envuelto en un halo de tragedia, puesto que, hacía muy poco, había muerto su comandante, en Guayaquil, víctima de la fiebre amarilla. Y era aquel marino demasiado conocido para que su fallecimiento no afectara a los chilenos establecidos en Lima. Se trataba del comandante Manuel Orella, el héroe del combate de Punta Gruesa.

Tal vez pensaba Cobo en el famoso marino cuando resonaron en la puerta de calle unos golpes apagados. Alberto se puso de pie con extrañeza, pero Elcira se le anticipó. Un minuto más tarde, regresó al comedor a toda prisa.

—Señorita Leonora —le dijo nerviosamente—, ahí afuera está el ordenanza del mayor Rodríguez.

Leonora se estremeció y, recordando que el explorador se encontraba en la sierra, le preguntó súbitamente alarmada:

—¿Te dijo a qué viene?

—No, señorita. Sólo me explicó que traía un recado urgente para don Alberto. Le he permitido entrar. Aquí viene ya.

El ordenanza asomaba su rostro afilado en el término del pasillo. Saludó confundido, haciendo girar su gorra entre las manos.

—Buenas noches, soldado. ¿Qué ocurre? —le indagó Alberto.

—¿Le ha pasado algo al mayor? —le preguntó a su vez Leonora, tratando de disimular su ansiedad.

—No, señorita; mi mayor está bueno —le contestó Acosta—. Regresó hace poquito rato de la sierra, a donde fue con mi coronel Holley en busca de los compañeros del «7.º de Línea».

—¡Regresó el «Esmeralda»! —Alberto tuvo un fugaz destello de alegría al oír mencionar a su regimiento, pero inmediatamente volvió a ensombrecerse—. ¿Tuvo muchas bajas? —preguntó.

El soldado afirmó con un gesto acre, pero no dijo cuántas.

—Mi teniente Echeverría es el que viene más

pa'l

cementerio que *pa* seguir viviendo —le dijo el ordenanza y

continuó su relato—. Se heló en la nieve y *hei* está botado, como un saco sin movimiento.

—¿Dónde se encuentra ahora? —quiso saber Cobo, muy impresionado.

—En el Hospital «2 de Mayo», mi teniente, detrasito del cuartel del «Esmeralda». Como mi teniente Echeverría se enteró de que usted está por regresar a Chile, le pidió a mi mayor Rodríguez que lo mandara a buscar. Quiere hablar con usted cuanto antes.

—¿Tan urgente es?

—Tendrá usted que ir esta noche *mesma*, mi teniente. Dicen que mañana van a tener que cortarle las dos piernas.

Leonora no pudo contener un grito de espanto, que sofocó llevándose las manos a la boca.

—¡Qué desastre! —musitó Alberto—. José Antonio Echeverría, uno de los deportistas más elegantes de Santiago. ¡Sin piernas!… ¡Maldita guerra!

—Si no se las cortan pronto, se muere. Hace dos días que arrastra sus piernas muertas —explicó Acosta.

—Ve a visitarlo al momento, Alberto —rogó Leonora a su marido—. Algo muy urgente debe ser lo que desea encargarte el pobre muchacho.

Cobo hizo un gesto afirmativo y, echando a andar hacia la puerta, hizo señas al ordenanza y salieron juntos a toda prisa.

Leonora se había quedado con los codos apoyados en la mesa y la frente hundida entre las palmas. Muy bajito murmuraba:

—José Antonio Echeverría, el amigo más íntimo de Del Solar y de Santa María… Un muchacho de unos veintiocho años…, alto, elegante, alegre, ansioso de vivir. —La voz se le quebró en un sollozo incontenible y alzando los ojos llenos de lágrimas hacia su compañera, exclamó con desesperada rebeldía—: Si Alberto no ha podido recuperarse del golpe psíquico que le significó perder un brazo, ¿cómo va a soportarlo José Antonio?

Las enormes salas del moderno Hospital «2 de Mayo» estaban atestadas de enfermos y de heridos que aún no se recuperaban de las lesiones recibidas en las últimas batallas. Se les veía ocupando todas las camas y también tendidos en camastros alineados a lo largo de los muros y extendidos en los pasillos. El tifus, las fiebres palúdicas, los males venéreos, habían hincado sus garras

hondamente en las tropas de ocupación. Durante un tiempo el servicio de sanidad abrigó la esperanza de que el establecimiento de un hospital en Chosica serviría para mejorar más rápidamente a los enfermos. Pero pronto se vio que el ambiente era tanto o más malsano que en Lima. El aire de la costa, cargado de miasmas, se encajonaba en la quebrada del Rímac y subía a emponzoñar la atmósfera de Chosica. El experimento estaba ya en decadencia y los enfermos eran devueltos a la capital, mientras se establecía un nuevo hospital en la isla San Lorenzo.

Entretanto, todos los establecimientos sanitarios de Lima estaban repletos y constituía un verdadero riesgo asomarse en ellos, aun como visita.

Alberto lo comprendió desde el instante mismo en que entró a la sala y sintió el aire apestoso. Profundamente impresionado por la visión de tantos rostros conocidos, fue acercándose a una cama blanca, conducido por su guía.

Junto al lecho estaban una hermana de la Caridad y el mayor Rodríguez. Una ojeada al rostro de este oficial, enflaquecido y requemado por la nieve, bastó a Cobo para comprender cuántos padecimientos habían sufrido los soldados en la descabellada campaña de Letelier, pero al bajar su mirada hasta el enfermo se quedó sobrecogido. Allí estaba José Antonio, mejor dicho, lo que quedaba de él. El rostro se le había empequeñecido y arrugado, los pómulos le punzaban la piel hacia afuera como si fueran a rompérsela, los párpados se le desplomaban sobre los ojos, acusando su terrible miseria vital.

Rodríguez no dio explicación alguna a Alberto, pero en la forma como lo miró le hizo entender que el enfermo estaba a las puertas de la muerte.

Luego, tomando cortésmente de un brazo a la hermana de la Caridad, la llevó consigo a cierta distancia.

—No lo fatigue, teniente —dijo la religiosa a este último, en el momento de alejarse.

Alberto le hizo señas de que comprendía la advertencia y se inclinó sobre su compañero enfermo.

—Soy Alberto Cobo, José Antonio —le susurró fraternalmente—. ¿Puedo servirte en algo?

El teniente parpadeó con levedad, pero no llegó a abrir los ojos.

Apenas pudo articular con un hilo de voz:

—Acércate a mi boca para que me escuches bien. Ya casi no me quedan fuerzas.

Alberto agachó la cabeza y puso uno de sus oídos casi junto a los labios del moribundo. Éste siguió musitando:

—Tú regresas a Chile, quiero hacerte un encargo, algo que es lo único que cabe en mi cabeza desde que…, desde que me venció la nieve. Necesito tener la certeza de que llegará a su destino, por eso he recurrido a ti.

—Pierde cuidado, José Antonio —lo tranquilizó su compañero —. Sea lo que fuere, lo llevaré hasta transmitirlo a quien me indiques. Parto pasado mañana.

—Así podré estar más descansado —suspiró penosamente el enfermo, y añadió, con un asomo de sonrisa amarga—: Dicen los médicos que tienen que cortarme las dos piernas mañana. Tú, que perdiste un brazo, puedes imaginar lo que eso será para mí.

Alberto posó su única mano en el pecho del enfermo y lo remeció cariñosamente.

—¡Ay, hermanito del alma, no hables así!

—Sé que no regresaré nunca a nuestra tierra, ni a mi casa, ni a ninguna parte.

—Los cirujanos te salvarán la vida —lo interrumpió apasionadamente Alberto.

—¡La vida sin piernas! —especificó con amargura Echeverría y, clavando los ojos en el techo, con mirada vidriosa, como si se volviera a contemplar una imagen escondida en su cerebro, balbuceó en angustioso llamado—: Carmencita, ¿me aceptarías tú convertido en un guiñapo, si cuando estaba entero y sano te mezquiné lo que, por tu amor, merecías?…

—¿Qué dices?… —lo interrumpió Cobo, transido de emoción.

—Nada, hablaba con un recuerdo —musitó Echeverría y, cambiando de tono, dijo—: Compañero, mi último anhelo es enmendar una falta antigua. Escúchame. Conocí hace cuatro años a una muchacha sencilla, hermana de una de las costureras de mi madre. Iba de vez en cuando a nuestra casa y solía verla en el jardín o cuando nos topábamos en la puerta de la cochera. Bueno, es la eterna historia de los muchachos calaveras: la enamoré y hasta el momento de partir a la guerra la vi muy a menudo a escondidas.

Pocos días antes de despedirme de ella, me confesó que temía estar encinta. ¡Oh Dios Santo, yo la quería y no supe ver mi sentimiento! Era tan suave, tan amable: me adoraba como a un ser superior. Hasta unos días antes de nuestro ataque a Tacna recibí cartas suyas y, como en una de mis escasas respuestas le hice bromas por su letra difícil y sus faltas de ortografía, la pobre no se atrevió a seguir escribiéndome —Echeverría hizo una pausa y apretó los ojos en un gesto de hondo arrepentimiento—. Debí haberme casado con ella, Alberto —prosiguió dolorosamente—. Ahora lo sé. Ella tenía el verdadero mérito que exigimos a las mujeres. Pero ¿quién era yo entonces para aquilatarlo? Un jovenzuelo vanidoso, audaz, enfatuado de mis apellidos. Ella no se atrevió a insinuarlo nunca; le imponían respeto mis trajes, la fachada de mi casa, las luces sobre la marquesina de la entrada, mis caballos, el coche de mamá… ¡Qué disparate!… ¡Qué disparate!

Cobo trató de calmarlo oprimiéndole varias veces la diestra, pero el oficial seguía agitándose débilmente en el lecho.

—Ahórrate el sufrimiento de reprocharte lo que en este momento no está en tu mano reparar —le insistió Alberto y añadió —: Después, cuando te halles fuera de peligro y regreses a la patria…

El enfermo entreabrió los ojos y clavó sus pupilas, ya opacas, en su compañero.

—Mentiras piadosas no, por favor —murmuró—. No habrá «después», lo sé. Por eso quiero reparar mi falta desde aquí.

—¿Qué debo hacer para ayudarte, José Antonio?

—Llevar dos cartas mías. Una para mi madre, en la que le expreso que es mi última voluntad…

—No digas tonterías, José Antonio.

—… Que es mi última voluntad que ella ayude a Carmencita, que le ceda una parte prudente de los bienes que me hubieran correspondido y que la encamine en su vida, visitándola a menudo, manteniéndola cerca de ella. Y, por último, que si en verdad tuvo un hijo mío, hecho que no alcanzó o no quiso comunicarme antes de interrumpir sus cartas, que ella personalmente lo averigüe y lo reconozca como hijo mío. ¿Me entiendes?

—¿Y la otra carta?… —preguntó Alberto.

—Es para Carmen —musitó el enfermo con tristeza—. Ella se

llama Carmen López. Es mi despedida y mi súplica de perdón. —Se abstrajo unos segundos desvariando cariñosamente—: ¡Carmencita…, mi dulce Carmencita! —Después se quedó en silencio y terminó por decir, ya sin fuerzas—: En un bolsillo de mi guerrera están las dos cartas. Sácalas, por favor, y llévatelas.

La monja enfermera regresaba ya, haciendo señas para que Alberto terminara la entrevista. Éste aceptó cohibido y se dispuso a partir. Se inclinó sobre su compañero para despedirse de él.

—¿No deseas nada más, José Antonio? —le indagó afectuosamente.

El enfermo hizo un nuevo esfuerzo y susurró, cada vez más débil.

—Cuando veas a Carmencita, dile que desde el momento en que supe que iba a…, desde que me ocurrió esta desgracia, no he dejado un instante de pensar en ella, de desearle que me olvide pronto y que… sea feliz.

—Se lo diré, hermano —le aseguró Alberto, apretando los labios para no dejar escapar un sollozo.

—Y tú, mi querido Alberto, dame la mano —continuó José Antonio—. Adiós…, y que se te borre pronto el daño de esta guerra.

La religiosa intervino con suave autoridad, obligándolos a separarse.

—Adiós, José Antonio; que te mejores pronto —exclamó Alberto con desesperación, y se retiró a pasos vivos, igual que si arrancara.

Echeverría apretó los párpados, escurriéndosele gruesas lágrimas. Giró penosamente sobre un costado, hundió el rostro en la almohada y se quedó inmóvil.

Al día siguiente, en la mañana, El Profesor cumplió el ofrecimiento hecho a Leonora. Pero deseoso tal vez de evitarse un encuentro con ella, le envió el pasaje con uno de los ordenanzas del Palacio de Gobierno.

Elcira recibió el documento y enseguida lo entregó a su ama, sin decir una palabra. Ésta lo guardó en su bolso de mano y tampoco hizo comentarios. Entró a su dormitorio y comenzó a llenar sus valijas.

Terminaba Leonora su tarea, cuando sintió unos golpes suaves en la puerta de calle. Imaginando que era Alberto que regresaba, fue abrirla y experimentó una enorme sorpresa al encontrar frente a ella al mayor Rodríguez, que había llamado sin bajarse de su caballo.

—Buenos días, Leonora —la saludó el oficial, confundido, y como la joven lo invitara con un gesto a apearse y entrar, sacudió la cabeza rechazando—. No, gracias, voy de pasada. Vine solamente a comunicar una triste noticia al teniente Cobo.

—Alberto ha salido —le explicó—. Fue temprano al hospital para enterarse del estado del teniente Echeverría.

El mayor hizo una mueca de pesadumbre y murmuró con gravedad:

—¡Ah, entonces allá lo sabrá!

Leonora sintió que el corazón le daba un vuelco, y, sin quererlo, posó su diestra en una pierna del oficial.

—¿Qué pasa? —le preguntó inquieta—, ¿Acaso el teniente Echeverría…?

El explorador le informó con tristeza:

—Se suicidó anoche, abriéndose las venas.

La joven sintió como si un horrible estruendo le estallara en la cabeza, al mismo tiempo que una onda de frío le inundaba el pecho. Se quedó encogida, gimiendo quedamente, atenaceada por el dolor. Luego, serenándose, levantó el rostro hacia el explorador, que se había inclinado sobre ella, con las manos extendidas.

—¿Cómo fue posible? —murmuró quejosamente la joven—. Alberto me contó que anoche estaba tan desfallecido.

—Obligó a su ordenanza a que le proporcionara una navaja de afeitar. El pobre hombre lo adoraba, comprendió que su teniente iba a ser muy desgraciado sin sus piernas y se la llevó. Ahora está preso y va a ser sometido a consejo de guerra.

—¡Oh, es demasiado! —se lamentó Leonora— ¿Por qué tanta calamidad?…

El explorador trató de aliviarla asegurándole algo de lo que él mismo no estaba muy convencido: que los altos jefes del tribunal militar absolverían al soldado, comprenderían el sentimiento que lo impulsó a proporcionarle un medio para quitarse la vida.

—Era muy cruel dejar a Echeverría vivo y sin piernas —y agregó

—: Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo —dijo—. ¡Quiera Dios que no me vea en esa circunstancia!

La expresión de la joven cambió ante la presunción de que el explorador pudiera pasar por un trance parecido. Con mirada que traicionaba una confusión de sentimientos íntimos, le recomendó:

—Cuídese, Manuel, no quiero saber que le ha ocurrido a usted una desgracia como ésta, que nos amargan la vida.

El explorador sintió tentaciones de guiar el diálogo por el camino que marcaba Leonora en su inquietud, pero se contuvo una vez más.

—Gracias por su preocupación, señora —se limitó a responder, y cambió de tema—: Me han dicho que se marchan ustedes mañana en el *Amazonas*. —Como Leonora afirmara con un gesto, agregó en tono monocorde—: Felices ustedes.

—¿Y usted cuándo pedirá su baja? —le consultó la joven, tratando de velar su interés.

Rodríguez se encogió de hombros e hizo una mueca sarcástica:

—¿Yo?… ¿Para qué?… —Dejó correr una larga pausa e inclinándose repentinamente hacia la joven, le extendió la diestra —: Adiós, Leonora. Que tengan ustedes un buen viaje, y que el futuro les sea propicio en Chile.

Se estrecharon las manos que a ambos les temblaban. Sólo cuando las hubieron desprendido y el oficial recogió las bridas de su caballo Leonora musitó contenidamente:

—Adiós, Manuel.

Y el explorador partió, sintiendo resonar el eco de su nombre pronunciado así por primera vez por aquella mujer.

A la mañana siguiente, la joven entreabrió los ojos pesados aún por el cansancio. El suicidio de Echeverría había creado en la casa una atmósfera de tragedia, que los mantuvo a ella y a Alberto agobiados durante todo el día. En la noche, ambos habían seguido pensando en la tragedia del muchacho, y Leonora se durmió tarde, sin saber si su marido seguía despierto.

Al despertar, el recuerdo de que esa mañana zarpaba el barco que los llevaría a Chile le ahuyentó bruscamente el sopor y se incorporó en el lecho. A la luz del amanecer, miró la cama paralela a la suya y se quedó con la respiración en suspenso. Desorientada, siguió observando y reparó en que la maleta de Alberto ya no

estaba. De un salto bajó al suelo y salió al vestíbulo. Allí, arrellanada en un sillón y semidormida, estaba Elcira, quien abrió los ojos al sentir sus pasos.

—¿Y Alberto?… —le preguntó ansiosamente.

—Se marchó, señorita —le respondió la mujer, hablando monótonamente.

—¿Pero a dónde fue? —insistió atónita.

—Al Callao, señorita. Dejó esta carta para usted.

—¿Cómo es posible? —se preguntaba— ¿Se marchó sin mí y…?

—Y dejó esta carta, Leonorcita —le insistió Elcira.

Leonora rasgó el sobre con mano trémula, adivinando las frases que contenía, y comenzó a leer con amarga ansiedad:

Mi adorada Leonora:

Me veo forzado a emplear este procedimiento, aparentemente cobarde, para no enturbiar más nuestras relaciones. La muerte de José Antonio Echeverría me ha hecho ver claro en un asunto sobre el cual debí haber meditado serenamente, hace mucho tiempo. Perdóname, querida, por no haber sabido darme cuenta de que durante los últimos siete meses no he sido más que un estorbo en tu vida y un constante motivo de sacrificio para ti. Ya demasiado amargué tu juventud, arrastrándote a abandonar todo lo que te era querido por salir en busca mía, y después no supe comprender la grandeza de tu proceder en la guerra, ensombreciendo nuestro cariño con mis dudas, mis sospechas y mi insuperable amargura interior. Cuando quedé mutilado, debí haber tenido la sensatez y el valor suficiente como para eliminarme, al igual que lo ha hecho nuestro amigo. Pero el instinto de conservación, tal vez, o una natural cobardía me impidieron entenderlo así. Ha tenido que desaparecer en forma tan trágica mi compañero para que se haga luz en mi cerebro y comprenda que mi actitud debe ser diferente. Trata de ser generosa conmigo, mi adorada, y de justificar este paso que doy. Ante los innumerables heridos y enfermos del que lucra mi regimiento, ante el cadáver de José Antonio, me he dado cuenta de que El Profesor tiene la razón. Tú puedes ser mucho más valiosa si, en lugar de

anularte al lado mío soportando la actitud que me ha dejado la guerra, te quedas en Lima y continúas la labor que tan eficazmente realizaste antes.

No quiero extenderme más. Somos marido y mujer; pero te dejo entera libertad para que decidas. Te esperaré siempre en Chile, con apasionado cariño, pero nuestro reencuentro se producirá cuando tú lo estimes conveniente.

Hasta entonces, mi adorada. Te beso mil veces, como, desde hace algún tiempo, no me he atrevido a hacerlo personalmente,

ALBERTO.

La carta se deslizó lentamente de entre los dedos temblorosos de Leonora, y cayó sobre la mesa. Caminó paso a paso hasta un sillón y se dejó caer en él, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Elcira la observaba con enorme ansiedad, pero no la vio llorar. Como en todos los grandes trances de su vida, Leonora duplicaba sus energías y ahogaba sus dolores en lo más recóndito de su ser, sin permitir que ni una lágrima asomara a exhibirlo ante los ojos de los demás.

Aquella misma tarde, las dos mujeres se hacían presentes en la oficina del servicio secreto chileno y ante los semblantes atónitos de El Profesor y de Gastón, Leonora expresaba con voz seca e impersonal:

—Aquí nos tienen ustedes. Volvemos a ponernos a las órdenes del servicio.

—¡Gran Dios, por fin! —exclamó, perplejo, Núñez—. ¿Pero a qué se debe este milagro?

—No me pregunte usted nada —le replicó fríamente la señora—. Bástele saber que he vuelto y que me entregaré total y exclusivamente a mi tarea.

—¿Está usted segura de que no se arrepentirá? —preguntó todavía incrédulo.

—Segura, Profesor —fue la decidida respuesta—. Elcira y yo seguiremos con ustedes hasta el término de la guerra, si antes no nos eliminan los enemigos.

El jefe del servicio secreto, al observar la firmeza de su resolución, se frotó las manos con entusiasmo.

Por su parte, el agente Dupré se había sentado en el amplio alféizar de la ventana, que daba al patio del Palacio de Gobierno. Recién se dio cuenta Leonora de que era la primera vez que contemplaba al intrépido
franco-chileno
vestido decentemente, ya que siempre iba encubierto bajo distintos disfraces. Enfundado en una fina levita gris, parecía un deportista elegante. Sus claros ojos verdes, enmarcados en espesas pestañas, contrastaban atractivamente con su rostro bronceado por el sol. Sonreía con jovialidad observando a la bella camarada de peligros que volvía a la brega. A su espíritu de aventurero idealista era grata la compañía de aquella mujer sin par.

La joven se sintió apoyada por aquellos dos hombres dotados de tanto aplomo y decisión, y la pesadumbre y el desaliento provocados por la sorpresiva partida de su marido empezaron a aminorarse ante la sensación de seguridad que le contagiaban los agentes.

El Profesor esperó algunos minutos a que la joven volviera a encajarse en su antigua personalidad, y, cuando vio que ésta fijaba en él sus ojos inteligentes, comenzó a hablar:

—Para que ustedes puedan reiniciar sus funciones sobre bases seguras, es preciso que tengan una idea cabal de los hechos que envuelven la vida de Lima y del Perú. Primero, y contra todos los comentarios callejeros que afirman que Chile desea mantener una ocupación indefinida del Perú, deben saber que el propósito principal de nuestro Gobierno es llegar a firmar la paz lo antes posible, pero con un mandatario peruano que garantice a nuestro país que no habrá una nueva guerra, que se le pagará puntualmente una indemnización y que le asegure la entrega definitiva de todo el territorio extendido desde la quebrada de Camarones hacia el sur. Tacna y Arica serán mantenidas en rehenes, hasta que se termine el pago de la indemnización de guerra.

Por primera vez Leonora dio manifestaciones de haber comprendido. Inclinó levemente la cabeza y expresó con lentitud, tanteando el terreno:

—Tendiendo a la realización de ese propósito es que el Comando Superior de Ocupación ha permitido que se establezca el Gobierno Provisional del señor García Calderón, ¿no es así?

El Profesor sonrió, aliviado, y aprobó con entusiasmo. Desde ese momento, a sabiendas de que la agente seguía con atención sus argumentos, se lanzó en una larga explicación del estado en que se hallaban los asuntos del Perú. Expresó que, contrariamente a los proyectos de la administración chilena, había vuelto a levantar sus banderas en la sierra el dictador don Nicolás de Piérola, quien, era del caso advertir, contaba con el reconocimiento y el apoyo de la mayoría de los peruanos. Este factor alejaba la negociación de la paz. Los pierolistas se mostraban dispuestos a robustecer su poder por medio de las armas, y, envalentonados por el eco favorable que su propósito había encontrado en las grandes poblaciones de la sierra, estaban lanzados en la organización de un nuevo ejército, nacido al impulso patriótico incontenible del general Cáceres.

Los informes que el servicio secreto había recibido de sus espías diseminados en el interior indicaban que el «Brujo de la Sierra», como todo el mundo lo apodaba ya había logrado formar numerosos batallones regulares, entre los cuales se destacaban el «Tarapacá N.º 1», el «Zepita N.º 2», el «Junín N.º 3», el «Tarma N.º 7», el «Huancayo N.º 2», el «Alianza N.º 9» y el «Huacho N.º 10». Se calculaba que este pequeño ejército podía contar con unos dos mil soldados, pero era presumible pensar que su número seguiría creciendo, rápidamente, a medida que Cáceres recibiera nuevas armas para dotarlos.

Por otra parte, el clero peruano, principal terrateniente de la sierra, había comenzado a predicar una verdadera guerra santa contra los chilenos, valiéndose del dominio absoluto que los párrocos tenían sobre la indiada. Gracias a este apoyo, el general Cáceres conseguía levantar montoneras en todos los centros vitales del país.

Para combatir a estos núcleos de guerrilleros nómades, el Comando en Jefe chileno se había visto forzado a diseminar sus fuerzas por el norte, sus jefes se encontraban en difícil situación ante las tres armas, a cargo del coronel Arístides Martínez; en la provincia de Chancay, con asiento en Huacho, estaban los batallones «2.º de Línea» y «Talca», bajo el mando del coronel Silvestre Urízar; en Ica, los granaderos a caballo; y en Cañete, el batallón «Victoria», mandado por el comandante Enrique Baeza, y un escuadrón de cazadores, guiados por el mayor Sofanor Parra.

—Como usted debe saber —siguió diciéndole El Profesor a Leonora—, la expedición de Letelier a la sierra ha regresado, dejando desocupados esos territorios, y, actualmente, sus jefes se encuentran en difícil situación ante el contralmirante Lynch, que ha desaprobado airadamente sus actuaciones en las altas mesetas.

Gastón Dupré intervino, diciendo:

—La rendición de cuentas que presentaron parece no ser del todo clara, y se comenta que, además de las atrocidades cometidas, no han podido justificar la desaparición de grandes cantidades de dinero que recibieron.

—Ése no es asunto que nos incumba —lo atajó Abelardo Núñez —. Lo único que nos interesa, en relación con la columna de Letelier, es que encontró una resistencia muy fuerte, porque el poder de los batallones de Cáceres deriva directamente de Lima.

—Así como también los recursos de los conspiradores que están preparando un levantamiento general en esta ciudad —le acotó Dupré.

—Es verdad —reconoció El Profesor—. Recelamos de que algunos sectores de Lima se aprestan para levantarse en armas el 28 de julio próximo, día aniversario de la Independencia del Perú.

—¿Levantarse en armas? —preguntó Leonora—. ¿Y con qué armas?…

—Justamente con las que posee el Comité Patriótico —le puntualizó el jefe—. Y es aquí cuando vamos llegando al punto que nos interesa.

Enseguida, pasó a informarla sobre la forma casual en que Dupré había tomado noticias de la existencia de la liga secreta en el Cementerio General de Lima, merced a la misteriosa conversación que sostenían varias señoras, componentes de un cortejo fúnebre.

—Se comprende que esa organización no puede estar constituida solamente por mujeres —resumió El Profesor—, pero sospechamos que ellas representan papeles de importancia en sus actividades; que, cuando menos, constituyen sus medios de enlace. Ahora bien, lo que interesa descubrir, en primer término, es el lugar en donde se reúnen; después, los sitios en los cuales guardan las armas antes de enviarlas a la sierra, y, por último, los medios de que se valen para hacerlas salir de Lima.

Leonora, que seguía esas argumentaciones con gran

concentración, les hizo ver que para llegar a ese descubrimiento era preciso previamente identificar siquiera a uno de los componentes de la liga.

—¿Y sospechan ustedes de alguien? —preguntó a sus interlocutores.

El Profesor negó con la cabeza. Lastimosamente, Dupré no había podido identificar a ninguna de las señoras, ya que todas ellas iban envueltas en mantones negros, que las hacían verse iguales. Leonora había conseguido, por fin, entrar plenamente en su papel de investigadora y su cerebro trabajaba con toda intensidad en el análisis del problema. De pronto, una chispa brilló en sus pupilas, y razonó:

—Tal vez, por deducción, podamos ir señalando a las personas más sospechosas. Primero, pensemos en el elemento femenino —dijo—. Una mujer no se mezcla en asuntos tan peligrosos si no es arrastrada por sus sentimientos afectivos, es decir, si no lo hace con el propósito de ayudar a su marido, a su padre o a sus hijos.

Dupré se acercó al escritorio e intervino con entusiasmo:

—En Cajamarca está el contralmirante Lizardo Montero, como Jefe Político y Militar del Norte.

—¿Es casado? —le preguntó rápidamente Leonora.

—Sí.

—¿Su esposa está con él?

—No, reside en Lima —terció El Profesor con vehemencia—. La conozco; se llama doña Rosa Elías de Montero.

—Y es hija de uno de los políticos más poderosos del Perú, don Carlos Elías —puntualizó Dupré.

—Entonces, es la primera de nuestra lista —señaló Leonora y anotó el nombre de doña Rosa Elías.

El Profesor se agitaba en su asiento con creciente entusiasmo. Después de ordenar a Dupré que averiguara la dirección exacta de esa dama, prosiguió:

—¿Qué otros personajes directores de la resistencia hay en la sierra? —y se respondió a sí mismo—: En el centro, y el más importante de todos, es el general Cáceres.

—¿Es casado? —volvió a preguntar Leonora.

—Sí, con doña Antonia Moreno y Leyva.

—¡Que también reside en Lima! —anotó triunfalmente Dupré—.

Cuando me encargaron buscar el escondite de Cáceres en esta ciudad, logré descubrirlo a él y a toda su familia en la casa de un señor Gregorio del Real. Lamentablemente, el general se me hizo humo entre los dedos, pero posteriormente conseguí encontrar de nuevo la pista de la señora Antonia Moreno y dar con su paradero. Esto no era difícil, ya que había vuelto a radicarse en su propia casa, en la calle de San Ildefonso, a media cuadra de la estación de Viterbo y del río.

—¿Tiene usted un plano de la ciudad, Profesor? —solicitó Leonora a su jefe.

El interpelado buscó en un cajón de su escritorio y extrajo el plano pedido, extendiéndolo ante ellos.

—Indíqueme dónde está la calle San Ildefonso —rogó la agente a Dupré.

Éste señaló, primero, la Plazuela de los Desamparados, luego recorrió con un dedo el Jirón Ancash, paralelo al Rímac, y después la de San Ildefonso.

—Bien, sigamos discurriendo —les propuso Leonora—. Es ley indiscutible que para saber los secretos de las señoras hay que hacer hablar a las criadas. ¿Y dónde se reúnen las criadas para conversar entre ellas? ¡En los mercados! Infórmenme cuál es el más próximo a la mansión de la señora de Cáceres.

Gastón Dupré se inclinó nuevamente sobre el mapa de la ciudad. Se detuvo en un punto y exclamó:

—¡El que llaman Mercado Nuevo está aquí, entre las calles Capón y Presa, frente al convento de La Concepción!

—¡A tres cuadras de la casa del general! —puntualizó Núñez.

Leonora analizó atentamente el plano, en los puntos señalados por Dupré, y, después que se hubo formado una idea cabal de su ubicación dentro de la ciudad, levantó el rostro hacia El Profesor.

—Muy bien —le dijo—. Necesito que usted me proporcione una casa pequeña ubicada entre el Mercado Nuevo y la calle San Ildefonso.

—Deme usted un par de días de plazo y le hago desocupar una —le aseguró El Profesor.

La joven, atrapada ya por la fascinante tarea, empezó a discurrir rápidamente todo lo que iba a necesitar. Indicó que aprovecharía aquellos dos días para realizar cambios en Elcira y en sí misma,

indispensables para adoptar nuevas personalidades; exigió fondos para adquirir un vestuario en todo igual al que usaban las damas limeñas y para presentarse ante su futuro vecindario como dos mujeres de holgado vivir.

—Pero —prosiguió Leonora— sigamos deduciendo en otro sentido. Para sacar armas y hombres fuera de la ciudad, los complotados deben necesariamente disponer de una vía segura, propia. ¿Se han preocupado de averiguar qué personajes influyentes tienen haciendas que colinden con la capital o próximas a ella?

El jefe del servicio secreto y su ayudante se observaron mutuamente, con aire contrito. En verdad, no se les había ocurrido hacerlo. Pero, de pronto, Núñez se dio una palmada en la frente.

—Ahora que lo dice usted, recuerdo que al estudiar los antecedentes del general Cáceres, leí que es propietario de una hacienda cercana a Chosica. Espere usted, que por aquí tengo el nombre de ella.

Después de revisar varios documentos, encontró el que buscaba y lo fue recorriendo con un dedo hasta dar con la anotación correspondiente.

—¡«Barbadillos» se llama! —exclamó—. Y también tiene otras dos haciendas en Ayacucho, cuyos nombres son «Pampas» y «Ojechipa».

—¡Ajá! —murmuró la agente, satisfecha—. Como ustedes ven, el general Cáceres se nos aparece en todas partes. Es lógico presumir entonces que su esposa tiene una parte importante en el Comité Patriótico. ¿Cómo es ella?

El Profesor esbozó un gesto vago, confesando su desconocimiento, y se limitó a expresar:

—Se la pregona como una de las mujeres más decididas del país, e incluso hay quienes afirman que ella es más general que su marido.

Leonora no pudo menos que sonreír ante la observación de su adusto jefe y se sorprendió a sí misma de sentirse capaz nuevamente de manifestar regocijo.

—Encaja en forma perfecta en el papel de conspiradora, ¿no les parece? —comentó—. ¿Podría alguno de ustedes describírmela?

Al instante Dupré se prestó para hacerlo:

—Es pequeña, algo entrada en carnes, camina rápida y

firmemente, con la cabeza muy erguida. Tiene cutis sonrosado pálido, ojos cafés, pequeños y penetrantes. No debe llegar todavía a los cuarenta años y sería atractiva de no poseer una nariz abultada y dura.

—Usted que vigiló su casa, Dupré, ¿puede informarme qué otras personas viven en ella? —siguió indagando la agente.

—Tres sirvientas y tres niñas pequeñas. No puedo ser más explícito, Leonora —se disculpó el interrogado.

—No importa; mayores datos me conseguirá Elcira, más tarde. Es especialista en tirar de la lengua a las criadas —aceptó la joven y se puso de pie, dando por terminada la entrevista—. Bien, Profesor, ya tengo bases para comenzar mi labor. Encauzaré mis pesquisas hacia las dos damas mencionadas y le iré comunicando lo que descubra.

—Ya ve usted cuánta razón tenía al buscar su concurso.

—Ojalá pueda prestárselo hasta el fin —le respondió ella, con un gesto fatalista—. Sospecho que los componentes del Comité Patriótico no han de trepidar en usar los medios más drásticos para suprimir a quienes los pongan en peligro.

—¡Hum, comprendo! Considero conveniente que no aparezca usted más por este Palacio de Gobierno. Dupré se encargará de mantener mi enlace con usted. Y ya que no nos veremos con frecuencia, le deseo, desde ahora, la mejor suerte y el menor riesgo. Hasta pronto, señorita.

—Adiós, Profesor.

Después que la puerta del despacho se cerró tras las dos mujeres, Dupré se plantó frente a El Profesor y le comentó con entusiasmo juvenil:

—Mujer admirable, ¿verdad, señor?

—Tengo la certeza de que antes de quince días habrá descubierto los hilos de ese Comité Patriótico de la Resistencia.

Dos días más tarde se presentaba Dupré en la casa de Polvos Azules. El Profesor cumplía su promesa con la exactitud que le era característica y su ayudante entregó a Leonora, con ademán teatral, un par de voluminosas llaves.

—Son las de su nueva casa, señora —le explicó.

La joven le agradeció con una sonrisa y quiso saber dónde estaba ubicada.

—En una calle romántica, cargada de sabor limeño; se llama Trapitos.

Elcira rió, cloqueando como una gallina, al oír aquel ingenuo nombre.

—¡*Güen* dar! —exclamó—. Parece que a las calles de Lima las hubieran bautizado los niños o payadores del pueblo.

—Las bautizó el pueblo, mujer, y el pueblo tiene sentimientos de niño —le advirtió sentenciosamente su ama. Pero, volviendo a la médula del asunto, pidió a Dupré que le explicara dónde quedaba la calle en cuestión.

El agente fue exponiéndole que nacía al poniente del Mercado Nuevo, corría por el costado izquierdo del convento de La Concepción, para ir a terminar en la Plaza de la Inquisición. Leonora recordaba perfectamente aquella plaza y el vetusto Palacio de los Inquisidores con su corredor de columnas. Había estado recorriéndolo en compañía de Alberto, la primera vez que éste pudo salir a la calle, durante su convalecencia. Dupré seguía dándole informaciones sobre la casa y nadie advirtió la sombra de tristeza que cubrió su frente.

—Es una casa pequeña, pero cómoda, y con ciertas pretensiones —le describió el agente—. Tiene una puerta ancha de entrada, un pequeño zaguán pavimentado con piedras lajas, una cancela de madera torneada al estilo español y un amable jardín. Posee tres ventanas a la calle y una puerta falsa al costado izquierdo. Se alza casi al frente de una de las entradas laterales del convento de La Concepción, en la que se reúnen numerosos vendedores callejeros para recibir los productos que hornean las monjas.

—¿Tortas, pasteles, almíbares? —le consultó Leonora, sintiendo nacer una idea.

—Sí —le respondió Dupré asombrado—. ¿Le gustan?

—No preguntaba por eso —le respondió riendo—. Quise saberlo porque se me ocurrió que Elcira tendría mayores posibilidades de cumplir bien su misión si se encubriera bajo la apariencia de una vendedora de dulces.

—También podría darme algunas vueltas por la casa del general Cáceres —discurrió Elcira—. ¿No han dicho ustedes que tiene tres hijitas? Ellas van a ser, sin duda, clientas mías. Y ustedes saben: a los niños se les regalan caramelos, se les pregunta por el papacito,

por la mamacita, a quiénes visitan, qué amigos tienen, etc.

—¡Basta, basta! Después me cuenta cómo le ha ido con su dulcería —la interrumpió Dupré—. Por el momento, puedo decirle que las tres niñas se llaman Zoila Aurora, Lucila Hortensia y Rosa Amelia. Pero abreviemos, El Profesor me recomendó que no estuviera mucho rato con ustedes. Hay demasiados espías en Lima y puede que ya me sigan. Necesito comunicarles algunos antecedentes sobre la casa que van a ocupar. Anote usted, Leonora, por favor. Perteneció a un señor llamado Pedro Solís Vaccareza, comerciante en paños, muerto providencialmente hace unos tres meses. Era soltero, de cincuenta años, vivía solo con una criada vieja. Sus únicos parientes son una hermana y una sobrina que viven en el puerto de Chimbote. Como esa zona está bloqueada por barcos de nuestra escuadra, las herederas no se han atrevido a venir a recibirse de la casa que dejó el finado Solís. Como les será fácil adivinar, desde ahora ustedes serán esas herederas. Usted, Leonora, la sobrina, cuyo nombre es Rosario Arrizaga y Solís. Su madre se llama Encarnación Solís Vaccareza, y es la viuda de don Tobías Arrizaga, muerto hace más de veinte años. En el salón de la casa encontrará usted retratos de su tío Pedro y de otros parientes. Había también uno de la sobrina, que, naturalmente, hicimos sacar.

—Satisfágame una curiosidad femenina, Gastón —le rogó la joven sonriendo—. ¿Esa sobrina es atrayente?

Dupré se inclinó ante ella con rostro galante y burlón.

—No tanto como usted —le respondió.

—¡Gastón!…

—¡Cuidadito con venir a hacerse el francés aquí! —lo reprendió también Elcira, con fingido enojo—. Mire que mi señorita tiene una leona que la cuida.

El muchacho rió alegremente, pidiendo que lo perdonaran por aquella galantería irrefrenable.

—El Profesor ha determinado que me vaya a vivir a una de las muchas fondas que existen en el barrio El Cercado, junto a la Portada de Maravillas, para que pueda espiar la entrada y salida de la gente por ese lado de la ciudad —les comunicó para que supieran ubicarlo, en caso de urgencia; y añadió—: De los hombres que desprendimos del batallón «Bulnes», para agregarlos al servicio secreto, don Abelardo ha seleccionado a uno, que las atenderá a

ustedes como criado. Como todos los hombres del «Bulnes», es un antiguo policía de Santiago. Se llama Toribio Jerez y, aunque aparentemente avejentado, es un hombre muy fuerte y decidido, conocedor de un sinnúmero de artimañas. Es algo parlanchín, pero, al mismo tiempo, leal y disciplinado a carta cabal. Pueden confiar enteramente en él.

—¿Cuándo lo conoceremos?

—Mañana mismo, al ocupar ustedes la nueva casa. Él se encargará de la mudanza, «señorita Rosario Arrizaga y Solís».

Leonora sonrió al oírse denominar por aquel nombre y, entornando los párpados con coquetería, le respondió con el más gracioso acento limeño:

—Servidora, caballero. Es usted muy amable, pues. —Mas, recordando la urgencia de los asuntos que tenían por resolver, despidió a su compañero—. Márchese, Gastón. Tenemos que preparar nuestras cosas para reiniciar mañana la peligrosa aventura del espionaje.

La casa de la calle Trapitos número 51 era un grato lugar de recogimiento. Leonora, que se había dirigido a ella sin prejuzgar sobre el ambiente que iba a encontrar entre sus muros, al introducir la gruesa llave en la cerradura y abrir ante sus ojos el panorama interior, sintió como que profanaba esa quietud.

Todo estaba en la casa exactamente igual que si el dueño hubiera salido recientemente; los cortinajes, las alfombras, las chucherías sobre mesas y repisas, los retratos colgados de los muros. Libros diseminados sobre varias mesillas hablaban de las aficiones de su propietario, una virgen de su devoción iluminada por el tenue pabilo de un diminuto candil de aceite. Un retrato al óleo del señor Pedro Solís, mirando desde la mitad del muro del salón, y una guitarra enfundada, tras un sillón de vaqueta, permitieron a la agente imaginarse cómo debió haber sido el difunto caballero, a quien sus funciones la obligaban a adoptar como tío póstumo. Solterón tranquilo, aficionado a la música, a la lectura y a las flores; carácter suave y religioso, un poco egoísta, sin duda, como lo indicaban las excesivas cosas guardadas en arcones, bajo llave; testarudo y con manías de hombre nervioso, condiciones reflejadas en la absoluta simetría de los cuadros y de los múltiples bibelots de porcelana y marfil.

La primera velada en la nueva casa la empleó Leonora en pasear por las habitaciones, examinándolo todo, observando papeles y retratos. La sensación de intrusidad que la dominó al principio fue pronto adormecida por la serena quietud del lugar. Influida por el hálito de la personalidad del antiguo propietario que flotaba en el ambiente, fue incorporando a su ser lo que ella imaginaba debía constituir la imagen espiritual de la sobrina de aquel hombre, Rosario Arrizaga y Solís.

En contraste con Elcira, que desde el primer momento estableció contacto con las monjas de la repostería del convento de La Concepción, y adoptó de inmediato su carácter de vendedora de dulces, Leonora permaneció dos días completamente encerrada en la casa. Sólo cuando ya estuvo totalmente habituada a su nueva personalidad se lanzó a la calle. Una interrogante inicial guiaba sus pasos: «¿Dónde se reúnen las damas de Lima?» De los teatros sólo funcionaban dos: «El Principal» y el Circo Politeama. Pero a ellos asistían de preferencia los oficiales chilenos, razón por la cual las mujeres limeñas se abstenían de ir. ¿«La Plaza de Toros de Acho»? Tampoco. ¿«Las tiendas»? Nadie exhibía su dinero, temerosos de que les fueran aumentadas las contribuciones de guerra. Sólo quedaba un lugar al que las damas peruanas asistían más que nunca: la iglesia.

Caminando sin prisa, igual que si paseara sus ocios, se entregó a conocer las que quedaban más cercanas: la de La Compañía, la de Santa Rosa y la de La Trinidad. Pero ¿a qué templos iban las aristócratas? Amplió sus vagabundeos matinales y asistió al oficio de la monumental basílica de La Merced, en el Jirón Unión, y después al de la Catedral, en la Plaza Mayor. Pero en ninguna de las dos le pareció encontrar lo que buscaba. Habiendo encomendado a Elcira que le hiciera la averiguación entre las criadas que iban al mercado, ésta le dio la clave, una noche, al regresar a la casa.

—Las señoras limeñas van a la iglesia más obscura, mi señorita —le informó, y añadió con tono ladino y misterioso—: Ellas sabrán por qué y usted lo puede adivinar.

—¿Cuál es esa iglesia, mujer?

—La de San Francisco, que está a una cuadra del Palacio de Gobierno y tiene plazuela propia, como corresponde a su rango. La sirvienta que me contó que ahí van las señoras importantes, desde

que los chilenos entraron a Lima, me explicó también que debajo del templo hay unas cuevas grandazas, repletas de «esquiletos», de calaveras y huesos de «dijuntos».

—Son las catacumbas de San Francisco —le explicó la joven, y se quedó pensando en el magnífico escondite para conspiradores que ellas constituían, y la sospecha que comenzaba a tomar forma en su cerebro se vigorizó al oír que Elcira le decía:

—La esposa del general Cáceres va todititas las mañanas a San Francisco.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Leonora—. Parece que empezamos a tomar el hilo del asunto. —Enseguida consultó a Elcira cómo sabía aquello.

—Paso todas las mañanas frente a su casa, vendiendo mis dulces, y tres veces la he visto salir cubierta con un velo negro. La seguí con cuidado y pude darme cuenta de que en dos de esas ocasiones fue a San Francisco y, en la tercera, a la «Capilla del Puente». Cuando asistió a San Francisco la acompañaba una sirvienta negra, alta y flaca, de nombre Gregoria.

—¿También averiguaste el nombre?

Elcira sonrió con malicia:

—Me senté en la vereda a platicar con una viejita que barría el portal de la casa del frente y le dije: «Bueno con la morena tan poco lisa que sirve a doña Antonia, ¿no?». Y ella me respondió: «¿La Gregoria?»… Entonces yo quise saber más y seguí chismorreando: «Esa mismísima, pues. Es negra congo, ¿no?». «¡Qué va a ser! —me dijo—. Ésa es mulata no más. Su padre, que yo conocí al servicio del viejo señor Cáceres, tenía unas gotas de sangre blanca; se llamaba Melchor Laínez».

—De modo que la sirvienta de doña Antonia se llama Gregoria Laínez —comentó la joven sonriendo.

—Así *mesmito*, señorita. Y, como le digo, esa negra acompañó a la señora las dos veces que fue a San Francisco; en cambio, cuando asistió a la «Capilla del Puente» doña Antonia llevaba a sus tres hijas, y la seguían, además, una morena muy linda que se llama Martina, y una chola gorda y vieja, de nombre Helena, la que también me informaron es el ama de llaves.

—¿Viste a la señora de Cáceres juntarse con alguien? —quiso saber Leonora.

—Nunca le habla a nadie en la calle, señorita. Es soberbia como un general.

—¡La generala Cáceres! Bien, desde mañana principiaremos a observar qué hace la soberbia señora en la penumbra del templo de San Francisco —aconsejó la agente.

Al día siguiente, Elcira fue a instalarse con su canasto en la plazuela de los franciscanos, a un costado de la puerta principal del enorme templo. Leonora caminaba por el contorno de la plazuela fingiendo distracción, en espera de una señal suya.

Aquel día no apareció la señora de Cáceres, pero al siguiente sí. Elcira la señaló discretamente a Leonora, y ésta entró a la iglesia tras la esposa del general.

Doña Antonia atravesó la nave por el pasillo central y fue a detenerse frente a uno de los altares laterales, que estaba sumido en sombra casi completa. La negra Gregoria, que la acompañaba, colocó sobre el piso de un reclinatorio una diminuta alfombra y se arrodilló al lado de su ama. Leonora lo hizo en uno de los bancos de la nave central en el extremo más cercano a las dos mujeres y esperó.

La misa ya había comenzado. Cuando concluyó, la señora de Cáceres seguía aún a solas con su criada, pero la espía determinó continuar en observación. Mas la iglesia se fue quedando solitaria y era peligroso mantenerse allí, como un punto aislado, demasiado visible. Leonora optó por retirarse e iniciaba el movimiento de levantarse, cuando algo le llamó la atención. Desprendiéndose de otro altar del mismo costado, una forma obscura de mujer acababa de ir a arrodillarse junto a doña Antonia. Luego fue otra la que llegó, y, más tarde, dos más. El grupo de mujeres se mostraba de rodillas, en semicírculo bajo el altar de una imagen.

Leonora se puso silenciosamente de pie y fue a sumergirse en la obscuridad frente al altar menor más próximo. Las voces de las mujeres le llegaban en un susurro ininteligible. ¿Oraban o se transmitían noticias? Hasta ese momento, ninguna había mirado a las otras. Pero, de repente, la señora de Cáceres se puso de pie, abarcó a todas con una mirada y les dijo, en voz un poco más alta, algo que la agente captó en forma incompleta: «Hasta mañana… Jardín».

Después todas se fueron, una tras otra. Sólo entonces Leonora se

arriesgó a salir, y durante el trayecto hasta su casa fue repitiéndose la curiosa frase, tratando de desentrañar su sentido, pero tuvo que rendirse ante lo indescifrable.

Sin embargo, a la mañana siguiente, le ocurrió algo inesperado, que le permitió avanzar unos pasos más dentro de aquel misterio. Elcira había salido para el mercado, y Leonora dejó la casa para ir nuevamente hacia el templo de San Francisco. Mas, cuando terminaba de echar llave a la puerta y se volvía para alejarse, una mujer de unos treinta años, delgada y artificiosa en el vestir, que salía de una de las casas próximas, le sonrió al pasar.

—¿Va usted a misa ya, vecina? —le preguntó con amanerada cortesía.

La agente se sobresaltó por efectos de la sorpresa. Pero se rehízo rápidamente y le contestó, adoptando el acento clásico de las limeñas:

—Sí, pues. Siempre voy a la primera misa, ¿sabe usted?

—Ya la he visto en diversas oportunidades —siguió parloteando la vecina—. Vivo un poco más allá y toca la coincidencia de que hemos entrado a la iglesia casi juntas. También soy devota de San Francisco, pues.

—¿Ah, sí?…

—Y puesto que somos vecinas y concurrimos al mismo templo, podríamos hacerlo juntas —le propuso la mujer, sonriendo afectadamente. Y como la joven pareciera aceptar su ofrecimiento, se apresuró a presentarse—: Me llamo Julieta Sáinz de Escobar. Mi esposo trabaja en la empresa del ferrocarril a Chicla.

—Rosario Arrizaga y Solís, servidora de usted —se presentó, a su vez, la agente.

Después de esto, echaron a andar juntas en dirección al río, y ante las preguntas de su nueva amiga, Leonora fue contándole la historia que se tenía muy bien aprendida, de su difunto tío y de su viaje desde Chimbote, con el fin de recoger la herencia.

La agente volvió a ocupar en la iglesia el mismo sitio que el día anterior, pero teniendo a su lado a la señora Sáinz, que no dejaba de cuchichear. La esposa de Cáceres estaba, como de costumbre, frente a un altar lateral, acompañada de su criada negra. Terminada la misa fue una sola mujer la que se arrodilló a su vera, y se mantuvo ahí apenas unos segundos. Enseguida, salió por el centro

de la nave. Era una dama alta y esbelta y lucía ropas muy finas. La agente y su vecina salieron tras ella. Cuando llegaban a la puerta, su acompañante tomó a Leonora de un brazo y le dijo, avanzando la barbilla hacia la dama que iba adelante:

—Ésa es una de las señoras más aristocráticas de Lima, pues. ¿No la conoce usted?

—No la he visto nunca.

—¡De veras que es usted de provincia! Es nada menos que doña Rosa Elías.

Leonora sintió que todos los nervios se le recogían y, no segura de haber oído bien, quiso obtener una confirmación de su acompañante:

—¿Cómo dijo usted, vecina?

—Es doña Rosita Elías, la esposa del contralmirante Montero —le amplió la señora Sáinz, entusiasmada por sus conocimientos, y añadió—: ¿Verdad que es lisísima?

La agente comprendió que se le presentaba una oportunidad discreta para contemplar de cerca a aquella dama y grabarse su rostro.

—No alcancé a verla bien —le dijo—. Apurémonos un poco para mirarla.

La vecina accedió encantada y, como quien participa en un juego excitante, escoltó a la joven hasta que emparejaron su andar al de la señora Elías. Leonora la observó con profunda atención. Era una mujer rubia, de rostro sonrosado pálido y de infantiles ojos azules; realmente hermosa.

—¿Verdad que es monísima? ¡Ah, es que en Lima hay mujeres extraordinarias! Entre las damas de la sociedad, por supuesto.

—¿Y dónde vive esa señora? —empezó a sonsacarle la agente con cautela—. Tal vez usted, como buena limeña, lo sepa.

La señora Sáinz rió, tontamente envanecida.

—Pero ¿quién no va a saberlo? El palacio de los Elías, que ahora ocupa doña Rosita, está vecino al Jardín Botánico.

Leonora sintió que el corazón le daba un salto.

—¿El Jardín Botánico? —repitió cargando las palabras—. Eso dijo usted, ¿verdad?

—Sí, el Jardín Botánico —le respondió la señora Sáinz, con asombro—. Dije que el palacio Elías…

Pero Leonora ya no la escuchaba. Súbitamente, fastidiada con la palabrería incontenible de su nueva amiga, la interrumpió:

—Mi estimadísima vecina, excúseme usted, pero acabo de recordar que tengo algo muy urgente que atender, de modo que la dejo aquí. Espero que nos veamos al salir a misa mañana. Con su permisito. —Y regresó hacia el atrio de la iglesia, dejando boquiabierta a la asombrada señora Sáinz.

En el acceso del templo había dejado apostada a Elcira. Ésta, sentada entre dos canastos con dulces, pregonaba su mercadería. La joven disminuyó su paso cuando pasaba junto a ella, y le susurró discretamente:

—Te espero inmediatamente en casa.

—Bien, señorita, voy detrás de usted.

De la conversación que sostuvieron, más tarde, las dos mujeres, se desprendió claramente la verdad que ya Leonora había entrevisto. El Jardín mencionado por Antonia Cáceres y al que había citado a sus amigas no podía ser otro que el Jardín Botánico, junto al cual, por reveladora coincidencia, habitaba Rosa Elías, la segunda persona sospechosa para el servicio secreto chileno. No había más que discutir: las conspiradoras iban a reunirse esa noche en el Jardín Botánico.

Leonora decidió al punto que ellas debían estar al tanto de lo que ocurriera en aquella nocturna entrevista y ordenó al asistente Toribio Jerez que averiguara la ubicación exacta del Jardín Botánico y quién era su administrador; al mismo tiempo, le pidió que revisara su revólver, pues debería acompañarla en su arriesgada empresa.

Aquella tarde, las dos agentes se dedicaron a estudiar la zona en que iban a actuar. El Jardín Botánico, uno de los orgullos de Lima, estaba ubicado dentro de los terrenos del Palacio de la Exposición. En la extensa área verde que rodeaba al blanco recinto ya mencionado se alzaban los invernaderos, con sus cúpulas de vidrio, los viveros y almácigos y los jardines con policromas plantas exóticas. En el centro del Jardín Botánico se destacaba un edificio ancho de dos pisos, con agudas torrecillas. Era la residencia del doctor Colunga, administrador del plantel. Un poco más hacia el oeste, inmediato a la carretera a Chorrillos, alzaba sus graciosas formas el palacio de la familia Elías.

Fingiendo ser dos paseantes despreocupadas, observaron con disimulo todas las vías de acceso al Jardín Botánico y también la arbolada Avenida de Circunvalación de Lima, aún no terminada, porque la guerra interrumpió los trabajos. Pudieron darse cuenta de que existían numerosos sitios en donde ubicarse para observar sin ser vistas. Terminada la inspección, regresaron a la casa y esperaron.

Daba las nueve la pequeña campana del convento del frente, cuando volvieron a salir a la calle. Iban arrebujadas en amplios mantones obscuros y el ordenanza Jerez se cubría con un burdo capotón negro, semejante a los de los serenos limeños. Pero caía una garúa tan persistente que a los pocos minutos de marcha estaban brillantes de humedad. Gracias a los salvoconductos especiales de que iban provistos, pudieron llegar hasta los terrenos de la Exposición. Aquel apartado rincón de Lima estaba totalmente a obscuras y en completa soledad.

Guiada por los datos que había memorizado en la tarde, Leonora se instaló con sus acompañantes tras unos gruesos cercos que bordeaban la Avenida de Circunvalación y a poca distancia del arco de entrada al Jardín Botánico. No habían tardado más de media hora en llegar y tuvieron que esperar bastante tiempo. Alrededor de las diez se sintió el ruido opaco de unos pasos apresurados y dos sombras masculinas cruzaron el portal del recinto. Casi detrás de ellas apareció una tercera, y, minutos más tarde, desde el fondo de la avenida, surgió un pequeño coche tirado por un caballo, del cual descendió una mujer.

Los tres agentes aguardaron aún un tiempo prudente y, como no llegara nadie más, presumieron que ya estaban todos los miembros del Comité Patriótico dentro de la casa del Jardín Botánico. Entonces avanzaron ellos también. Cuando cruzaban el arco de entrada, cuya verja estaba sin llave, Leonora sacó de su bolso un pequeño revólver y, llevándolo en la diestra, se introdujo por un sendero enarenado hacia la casa. Su meta era un ancho ventanal ubicado en un costado del edificio central, por el cual escapaba un hilo de luz, filtrándose por las junturas de los cortinajes.

Las deducciones de la agente eran exactas. En la sala iluminada se reunían, efectivamente, los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia. Estaban Antonia Moreno, que era la que llegara en el

coche; Rosita Elías, que pasara directamente del patio de su mansión con su padre, Carlos Elías; también se encontraban allí el obispo Tordoya, Pedro Elguera y Juan Ramos. La reunión de esa noche tenía un carácter de particular tensión y todos hablaban quedamente y aprisa. En un comienzo era doña Antonia Moreno la que llevaba la voz cantante.

—Se han tomado todas las precauciones para que los dos cañones puedan set sacados sin riesgos, señores —decía—. Las piezas de sustentación, como ustedes saben, han salido de Lima desarmadas y en distintas partidas; pero lo principal, que son los tubos, ha de ser sacado mañana por la misma ruta que hemos utilizado antes.

De las frases y comentarios que cambiaban entre ellos se desprendía que los cañones mencionados constituían un obsequio hecho por el obispo Tordoya y que habían sido forjados por un inglés de apellido Wall, en una fragua que éste tenía en su vieja casa, al otro lado del río, contigua al molino de Piedra Lisa.

—Sí, también serán sacados por la Portada de Maravillas, camino del cementerio. Nunca un doble funeral será causa de tanto regocijo y estará sujeto a tantas precauciones —acotó risueño Elguera. A doña Antonia Moreno le desagradaban aquellos comentarios que convertían la reunión casi en una tertulia.

—He de advertirles que esos funerales pueden acarrear, como consecuencia, los de varios de nosotros, como seamos descubiertos por los chilenos —les observó con sequedad—. Si nos dilatamos en palabrerías y comentamos demasiado este asunto, puede ser el caso.

Comprendiendo cuánta razón asistía a la señora, Juan Ramos pidió que se les explicara exactamente cuál sería la función de cada uno de ellos.

El encargado de transmitirles las instrucciones era don Pedro Elguera, y lo hizo de inmediato.

—Gracias a la patriótica ayuda de dos doctores leales a nuestra causa, cuyos nombres nos hemos juramentado no repetir jamás, nos ha sido posible dar por muertos oficialmente a dos jóvenes; uno de la casa de la familia Quiroz Mejía y otro de la de los Caivano y Mendiburu. De más está aclarar que esos pretendidos muertos gozan de muy buena salud y se encuentran en la sierra militando en las filas del general Cáceres; pero, compenetrados del paso que

vamos a dar, han aceptado prestar sus nombres para estos funerales.

—Pero ¿y los cañones de que estábamos hablando? —indagó el señor Ramos, dando muestras de no ser muy vivo de ingenio.

—Serán nuestros muertos, ¿no lo comprende usted? —le aclaró doña Antonia con impaciencia.

—¡Virgen santa, ya caigo! —exclamó Ramos, con el rostro resplandeciente por su descubrimiento.

—Muy perspicaz el señor Ramos —murmuró Elguera.

—Ojalá los chilenos que custodian la Portada de Maravillas, por donde tendrán que pasar los dos cortejos, no lo sean tanto —reflexionó sombríamente la señora.

—¿Cortejo?… ¿Pero qué cortejo piensan ustedes dar a dos ataúdes que no llevan sino cañones? —volvió a preguntar con candorosa ingenuidad Ramos.

Los directores del Comité sonrieron despectivamente y la señora de Cáceres tuvo que hacer un esfuerzo para no demostrar su desagrado.

—Formarán los cortejos los oficiales que mandamos a la sierra y que están encargados de llevar los cañones hasta el campamento que mi marido tiene en Tarma —le explicó secamente.

—¿Ha comprendido usted ahora, don Juan? —le preguntó el obispo Tordoya, con un dejo de ironía, y volviéndose hacia los demás alardeó—: Si nos resulta esta arriesgada estratagema, mandaremos posteriormente un tercer cañón que tenemos enterrado en la arena, junto a las ruinas del Pachacámac.

Aunque hablaban en voz baja, el calor de los comentarios los habían hecho despreocuparse y se sobresaltaron cuando Pedro Elías extendió ambas manos hacia ellos y chistó, súbitamente, para hacerlos callar. Todos se quedaron rígidos observándolo.

—¿Qué ocurre, don Pedro? —se arriesgó a preguntarle en un susurro la señora de Cáceres, al cabo de unos instantes.

El interrogado se mantenía inmóvil, con el rostro vuelto hacia el ventanal que daba al jardín, aguzando al máximo su oído.

—Juraría que oí un deslizamiento de pasos junto a la ventana —musitó.

Todos se miraron, desconcertados ante la idea de que pudiera haber alguien espiándolos.

—En las circunstancias actuales, señores, ya saben ustedes cuál

es la única consigna —les recordó doña Antonia, en un cuchicheo —: Eliminar a los que nos acechen.

Los miembros del Comité asintieron mudamente y Elguera y Ramos sacaron sendos revólveres de sus bolsillos y se pusieron de pie, imitando a Elías, que acababa de hacerlo. Éste les indicó con una seña que salieran por la puerta de la derecha, mientras él se dirigía hacia la de la izquierda. Antes de salir se volvió hacia el grupo que formaban doña Antonia, su hija Rosa y el obispo Tordoya y les susurró que siguieran hablando en el mismo tono anterior. Luego se deslizó hacia afuera, con el propósito de contornear el edificio, para caer sorpresivamente sobre los presuntos espías.

Leonora recién había apegado el rostro al vidrio del ancho ventanal, buscando mirar a través de las junturas de la cortina. Las voces de los conspiradores le llegaron apagadas, sin que pudieran entender lo que decían. En su primera ojeada alcanzó a ver la mitad de ellos, circundando el extremo de una mesa: Una señora joven y hermosa, en la que reconoció a Rosa Elías; un obispo viejo y sanguíneo y un hombre atildado y de ademanes teatrales. La otra mitad de la mesa, con los demás miembros del Comité, quedaba fuera de su campo visual, pero oía el sonido confuso de sus voces. Hubo un momento en que todos callaron y se levantó, aislada, la de una mujer, que hablaba más alto movida por el fastidio. Fue la única frase que la agente alcanzó a entender con claridad. Dijo la mujer:

—Ellos serán nuestros muertos.

La que había opinado quedaba invisible, por lo que Leonora quiso ver quién era y se movió un poco para mirar desde el otro ángulo. Fue entonces cuando uno de sus pies resbaló levemente sobre la grava suelta del jardín. Leonora, demasiado avezada a ese tipo de faenas, no cayó en la candidez de creer que dejarían pasar aquel ruido sin investigarlo. Todos ellos se estaban jugando la vida en sus maniobras secretas. No esperó, pues, a verlos levantarse de la mesa. Rápidamente abandonó su observatorio e hizo señas a Elcira y a Jerez de salir al momento del Jardín Botánico. Pisando sobre el césped, que apagaba el ruido de sus pasos, se sumergieron en las sombras, escabulléndose por entre los arbustos, en dirección al arco de entrada. Tenían, por lo menos, un minuto de ventaja sobre los conspiradores, el que les bastó para salir a la Avenida de

Circunvalación y esconderse tras sus gruesos árboles. Desde allí, en tensa inmovilidad, pudieron observar el paso de varias sombras que registraban los jardines en torno al edificio de la administración. Sólo cuando el escenario volvió a quedar vacío y silencioso, Leonora se atrevió a hablar a sus compañeros.

—Vámonos inmediatamente de aquí —les susurró—. No hemos tenido pleno éxito, pero, cuando menos, ya sabemos algo: que la señora de Cáceres y doña Rosa Elías tienen papeles principales en el Comité Patriótico. Alejémonos ahora.

Toribio Jerez se quedó atrás para protegerlas. Las dos agentes caminaron apresuradamente por la Avenida de Circunvalación. En el cerebro de Leonora seguía resonando la frase que oyera decir a la esposa del general: «Ellos serán nuestros muertos». Y sentía que le sería preciso barajar aquella frase con El Profesor, por lo que más tarde ordenó a Jerez que fuera al hospedaje de Dupré, para que éste le concertara una cita con El Profesor.

Entretanto, los conspiradores estaban sumidos en una honda inquietud. Cuando los que salieron a registrar los alrededores de la casa regresaron a la sala donde habían quedado las señoras con el obispo Tordoya, un nuevo personaje se acababa de incorporar al grupo. Era el administrador del Jardín Botánico, el doctor Colunga, un hombre alto y débil, de cabellos rubios y pequeños ojos azules, agrandados por gruesas gafas de aumento. Su voz temblorosa fue la primera en interrogar a los que entraban.

—¿Y… encontraron a los intrusos?

—No vimos a nadie —le respondió Elías—. Puede haber sido un lagarto que se movió junto a la ventana o algún ratón.

—De todos modos, señores, les pido que comprendan mi situación… —balbuceó Colunga, trémulo de miedo.

—La entendemos perfectamente —le dijo la señora de Cáceres, y dirigiéndose a los demás, determinó categóricamente—: Como en todos nuestros actos debemos usar de la más extremada precaución, dejaremos de reunirnos aquí durante mucho tiempo.

—¿Y las bayonetas que están enterradas en el jardín del fondo, señora? —gimió el deslavado administrador.

—Tendrán que quedar allí hasta que podamos sacarlas sin riesgo —dictaminó doña Antonia, sorda a los temores del doctor Colunga.

—Creo que estamos exagerando un poco, amigos míos —sonrió

bobamente Ramos—. Ya le hemos dicho que el ruido bien pudo haber sido causado por…

La esposa del general lo detuvo con un gesto impaciente.

—Eso lo sabremos mañana. Si han sido espías enemigos los que se acercaron a la ventana, mañana mismo entrarán a saco en esta casa —dijo fríamente; y como viera que el doctor Colunga se encogía presa del más vivo pánico, le espetó con sequedad—: Todos estamos corriendo riesgos permanentes, doctor.

El afectado los miraba con desesperación y les suplicaba que se marcharan al momento.

—Sí, lo mejor es desaparecer sin tardanza —lo apoyó el obispo Tordoya—. Imagínense ustedes qué ocurriría si me descubriesen a mí conspirando.

Todos reconocieron que el prelado tenía la razón; por otra parte, ninguno de ellos se sentía con ánimos de prolongar la peligrosa conferencia. Decidieron abandonar inmediatamente el Jardín Botánico y diseminarse por las calles. Ya en el jardín, Carlos Elías apenas alcanzó a musitarles:

—Nuestra próxima reunión se realizará en la semana venidera, en un día y lugar que les comunicaremos oportunamente. Buenas noches a todos y cuidarse.

Este mismo acompañó a la señora de Cáceres y al obispo hasta el coche del prelado, que lo aguardaba a cierta distancia. Mientras caminaban, preguntó a la señora:

—¿Y los entierros de mañana?…

—Deben realizarse como está establecido —le respondió ella—. Ya se han enviado las notas necrológicas a la prensa y se ha obtenido el permiso de las autoridades chilenas. Pero, por precaución, ninguno de nosotros debe asistir a ellos. Es preciso evitar que se relacione nuestra reunión con los funerales.

Minutos después Carlos Elías regresaba al Jardín Botánico y pasaba a su mansión por un boquete en una de la tapias laterales.

Hasta el momento de quedarse dormida, Leonora estuvo pensando en la enigmática frase de la señora de Cáceres y tuvo que confesarse que no le encontraba explicación alguna. A la mañana siguiente, la frase seguía rondándole el cerebro y cuando El Profesor se presentó en la casa de calle Trapitos, se la repitió varias veces, a medida que le iba narrando los sucesos de la noche anterior.

La única conclusión de Abelardo Núñez fue:

—Desde ahora en adelante, esas incursiones nocturnas las harán hombres. No quiero que usted corra riesgos que le puedan costar la vida. Hoy mismo ordenaré que la policía allane la casa del Jardín Botánico.

—¡Oh, no, de ningún modo, Profesor! —le reprobó la agente—. Sería la medida mas torpe. Ellos no tienen fundamento alguno para imaginar que han sido descubiertos. Lo de anoche apenas les habrá despertado temor, sospechas, pero, como no vieron a ninguno de nosotros, terminarán por confiarse nuevamente. Pero si usted hace allanar la casa, se esconderán en forma tal que jamás conseguiremos descubrirlos.

El jefe le reconoció la razón, de malas ganas.

—¿Y cómo piensa continuar su pesquisa? —quiso saber.

—La visita que hicimos anoche al Jardín Botánico nos sirvió para confirmar que las señoras de Cáceres y Elías actúan como dirigentes del Comité Patriótico, así como también la de un obispo, cuya identidad nos será fácil averiguar. Los demás hombres que estaban allí me son desconocidos, pero no he olvidado sus rostros y algún día los divisaré en la calle o en sitios públicos. Entretanto, no abandonaremos ni un momento la vigilancia de esas dos señoras. Ellas han de ser quienes nos conduzcan a los lugares de sus reuniones y hacia los demás miembros de la organización.

—El sitio de sus reuniones ya lo conocemos, es el Jardín Botánico —estableció Núñez.

—Profesor, empiezo a desconocerlo —se burló irónica la joven —. ¿Cree usted que habiendo sospechado que alguien se acercó a espiarlos van a volver a reunirse allí?

—Por supuesto que no, señorita —reconoció en tono tajante—. ¡Ah, no me haga caso! Es que vengo cegado por la molestia que me provocan dos investigaciones que me ha encargado Lynch.

—¿Tan desagradables son?

—Mídalo usted. Una de ellas consiste en investigar las actuaciones de Letelier durante su expedición a la sierra. Usted sabe que una labor policíaca de esa naturaleza jamás ha entrado en nuestras funciones.

—Ingrata misión, es verdad —lamentó la joven.

—Por supuesto que es ingrata —repitió El Profesor, con gran

irritación—. Al principio, me negué rotundamente, pero el contralmirante me insistió en forma perentoria y, aún más, me obligó a asistir a la primera conferencia que sostuvo con Letelier en cuanto éste llegó a Lima. Lynch estaba iracundo como nunca lo vi. Acababa de presenciar el regreso de las tropas que venían en un estado de pobreza indescriptible, cargando una gran cantidad de enfermos y heridos. Pero lo más penoso del caso fue que casi todos los soldados volvían con los bolsillos llenos de dinero. Y no era el de sus pagas, naturalmente.

Acostumbrado El Profesor a someter sus problemas al buen juicio de la agente, le contó los detalles de la entrevista celebrada entre el comandante en jefe y el comandante de la división.

Ésta había sido violenta desde el comienzo. Letelier expuso que el coronel Pedro Lagos lo había comisionado para expedicionar por la sierra, otorgándole las más amplias facultades, sin traba de ningún género, para proceder como se lo dictara su criterio.

El comandante en jefe lo conminó a mostrarle el documento correspondiente y, como el jefe de la expedición le explicara que había recibido solamente instrucciones verbales, montó en una cólera violenta.

—Puede usted requerir del propio coronel Lagos si fue así o no —le replicó con tono insolente Letelier y agregó, en forma aún más agresiva—: Nada le autoriza a usted para dudar de lo que declaro.

—¡Comandante Letelier!… —La voz del contralmirante sonó seca, a tiempo que se ponía de pie—. Demasiadas reclamaciones me han llegado sobre su proceder en la sierra, para que usted agrave su posición con actitudes de insoportable altanería. Explíqueme usted la procedencia del dinero que han traído los soldados.

—Bueno —comenzó diciendo—…, no era fácil recaudar las contribuciones de guerra en un territorio desconocido, en que los enemigos podían esconder sus bienes sin dificultad. Me vi precisado a «interesar» a los oficiales y a los soldados en las cobranzas.

El ceño del contralmirante se frunció hasta juntar sus espesas cejas y miró a Letelier como quien contempla un espectáculo insólito.

—Entonces —infirió—, esos cuarenta mil soles que aparecen en la cuenta rendida por usted como repartida entre los soldados, ¿corresponden a la participación que usted les dio en este

«negocito»?

La confusión hizo tartamudear al artillero al responder:

—Era la forma más expedita de cobrar las contribuciones de guerra…

El contralmirante Lynch no lo dejó seguir.

—¿Ha oído usted alguna vez de algo parecido en un ejército regular, comandante? —le gritó—. ¿No se detuvo a considerar que su proceder era atentatorio contra el Código Militar, que relajaba la disciplina y convertía las acciones de guerra en un peculado odioso? —Se detuvo bruscamente y guardó silencio. Entonces añadió con punzante frialdad—: Comandante Letelier, no voy a profundizar en este asunto por ahora. Pero ordenaré que se practique una investigación a fondo y usted asumirá la responsabilidad que le corresponde. Antes de irse, dígame: ¿Aparte del dinero y las especies que usted entregó bajo el rubro de «Contribución de Guerra», existe algún otro dinero por declarar?

Letelier no respondió al instante; le tiritaban los músculos de las mandíbulas bajo las mejillas. Por fin, le contestó, con imperceptible voz:

—Ninguno, señor. Todo está contenido en la cuenta que pasé a usted, por escrito y en detalle.

—Está bien. Puede usted retirarse. Pero no abandone usted Lima, comandante.

Ambrosio Letelier se detuvo en seco.

—¿Debo considerarme arrestado, señor contralmirante? —preguntó.

—No, pero se mantendrá usted en la ciudad mientras se practica la investigación.

Leonora se explicaba ahora el malhumor de su jefe. Pero éste siguió relatándole que pocos días después de la desagradable reunión el comandante en jefe recibió la información de que el sargento mayor Juan José Herreros se presentó al «Banco de Londres, México y Sudamérica» acompañado por un hermano del comandante Letelier, y ambos cobraron un cheque por cincuenta mil soles papel, extendido al portador por la firma Duncan Fox y Cía. Se averiguó que ese cheque había sido dado por Duncan Fox y Cía. en representación del ciudadano italiano Nicolás Vatuane, residente en Cerro de Pasco, como pago a Letelier por la venta de

una carga de barras de plata.

—¿Y esas barras de plata de dónde salieron? —quiso saber la agente, asombrada.

—Fueron arrebatadas por Letelier, como exacción personal, a los mineros de la zona. Y, naturalmente, no figura en la cuenta que ese jefe rindió a la caja del ejército.

Leonora sofocó una exclamación escandalizada y su jefe siguió relatándole que, comprobado ese hecho, Lynch ordenó el arresto inmediato de Letelier y de los comandantes Basilio Romero Roa e Hilario Bouquet, para someterlos a sumario.

—Ya han sido nombrados el comandante José Miguel Alcérreca, en calidad de fiscal, y el abogado Julio Zenteno, como secretario —concluyó el señor Núñez.

—Margínese usted de ese asunto —le aconsejó Leonora—. Es demasiado turbio.

—Y tendrá un epílogo sangriento —le vaticinó El Profesor—. El enojo del contralmirante es tal que ha jurado que hará comparecer a los acusados ante un consejo de guerra y, si son declarados culpables, los hará fusilar sin apelación.

Leonora suspiró profundamente, disgustada por aquel asunto de relieves tan mezquinos, que hubiera preferido ignorar. Afortunadamente, su jefe ya hablaba de la segunda investigación que le encomendara Lynch.

—Es asunto largo y difícil de explicar. Traducido a palabras simples, podría decirle que debo buscar los antecedentes para anular una gigantesca maquinación internacional tendiente a arrebatar a nuestro país los territorios del guano y del salitre, que conquistó en esta guerra —resumió El Profesor.

—¿Y quién pretende arrebatárselos, señor? —deseó saber la joven.

—Organizaciones comerciales francesas y norteamericanas, apoyadas por sus respectivos gobiernos, los que se han puesto secretamente de acuerdo con el Gobierno Provisional de García Calderón.

A Leonora no le cabía en la imaginación que el Gobierno Provisional, que debía su existencia al ejército chileno y a la tolerancia del Gobierno de Chile, pudiera pactar en secreto con los Estados Unidos y Francia para evitar que Chile se anexara los

territorios de Tarapacá, Tacna y Arica y explotara las guaneras peruanas.

—No podemos decir exactamente que haya pactado con esas potencias extranjeras, puesto que eso no lo podremos comprobar jamás —le aclaró Núñez—, pero si sabemos que la directa intervención del presidente de Francia, Monsieur Grévy, y de la actuación del secretario de Estado de los Estados Unidos, Mister G. Blaine. Le voy a explicar, en síntesis, lo que nuestro ministro en Norteamérica ha podido averiguar; ello me sirve para ir aclarando más mis propias ideas. Escuche usted. En diciembre de 1880, el Gobierno del Perú concedió a la firma judía Dreyfus Hnos. y Cía. la concesión para explotar y exportar, en monopolio, el guano y el salitre, a cambio de la suma de 3 241 388 libras esterlinas. Luego, esta empresa traspaso ese derecho a la Compañía Financiera y Comercial del Pacífico, creada *ex profeso* dentro del seno de la Sociedad de Crédito Industrial y Comercial de Francia. Esta última organización se ha comprometido a facilitar el Gobierno de García Calderón una gruesa suma, para que sea pagada a Chile como indemnización de guerra; pero, en compensación, se reserva para sí la facultad de exportar durante un plazo larguísimo las covaderas y las salitreras. Para obtener la seguridad de esa explotación, trata de conseguir el arbitraje del Gobierno de los Estados Unidos y de Francia en las actuales discusiones de paz.

—Pero ¿es posible que esos gobiernos se avengan a intervenir en una transacción comercial de tal índole? —le consultó Leonora con incredulidad.

—El abogado de la empresa Dreyfus, en consecuencia también de la Sociedad de Crédito Industrial y Comercial de Francia, es el señor Jules Grévy, actual presidente de ese país —respondió El Profesor.

—¡Por Dios!… Pero ¿y los Estados Unidos también?

—La Sociedad de Crédito Industrial y Comercial ha contratado en los Estados Unidos los servicios del eminente abogado Robert E. Randall, quien ha puesto en juego todas sus influencias. Desde luego, sabemos que planteó el asunto al antiguo Secretario de Estado, Mister Evarts, quien le dio favorable acogida. Hizo entonces que viajaran a los Estados Unidos representantes de la Sociedad de Crédito Industrial y Comercial y presentó ante el Secretario de

Estado al conde de Montferrand y al financista cubano Francisco de Paula Suárez, quienes le expusieron la situación, de la siguiente manera: «La Sociedad de Crédito Industrial y Comercial tomaría a su cargo el monopolio de la venta del guano y del salitre peruanos. A cambio de ello, ofrece pagar a Chile una indemnización de cuatro millones de libras esterlinas y se obliga a servir la deuda externa del Perú con un 3⅓% del producto de las ventas. Cancelará también los intereses y amortizaciones de los certificados salitreros emitidos por el Perú antes de la guerra. Y, por último, asegura al gobierno peruano una anualidad de cuatrocientas cincuenta mil libras esterlinas».

—¿A cambio de qué?…

—De que se le garantice la neutralidad de los territorios en donde existe salitre y guano; y esa neutralidad debe imponerla Estados Unidos, por medio del arbitraje.

—¿Y el Gobierno de ese último país ha aceptado tal proposición? —quiso Leonora que le explicara.

—Cuando menos, Mister Evarts la aprobó y dio su visto bueno para que el cubano Suárez se trasladara al Perú con una recomendación oficial para el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Lima, Mister Christiancy, a fin de que ese ministro recabara la aprobación del Gobierno de García Calderón. «La misión secreta del financista cubano se estrelló, sin embargo, contra la frialdad del señor Christiancy, a quien dejó, entonces, de lado y se puso a negociar, en forma directa, con el propio García Calderón. Fácilmente estuvieron ambos de acuerdo sobre las clausulas de la negociación, dejando establecido que el Gobierno de Estados Unidos reconocería al de García Calderón como primer paso para echar a andar el negocio».

Leonora recordó entonces que el Gobierno Provisional del Perú había sido reconocido ya por el de los Estados Unidos el 26 de junio de ese año y agregó:

—Todo esto parece indicar que, en las bambalinas internacionales, se está moviendo una maquinación financiera para imponer una paz fabricada por los judíos Dreyfus y la Sociedad de Crédito Industrial y Comercial, encauzada hacia su propio beneficio —observó la agente.

—Y que impedirá a Chile anexarse los territorios mineros

conquistados —le completó El Profesor—, debiendo su ejército abandonar el Perú, bajo la amenaza de una intervención directa de los Estados Unidos. Eso es lo que tenemos, Leonora, y lo que será preciso aclarar rápidamente. Porque nuestro plenipotenciario en Washington ha conseguido informarse de que el equivalente norteamericano en Lima, Mister Christiancy, se resistió siempre a reconocer a García Calderón, por estimar que no contaba con el apoyo peruano, sino que era simplemente un gobernante títere, impuesto por nuestras armas, y llegó hasta proponer a su jefe, el Secretario de Estado, que su país se anexara definitivamente al Perú, sometiéndolo durante diez años a un tratamiento de coloniaje, hasta convertirlo en un pueblo digno de figurar como un estado más de la Unión. Pero, pese a su resistencia, el Secretario de Estado norteamericano, por razones que no podemos averiguar, lo obligó a reconocer a García Calderón y, posteriormente, prefirió reemplazar a los tres ministros plenipotenciarios que mantenía en el Perú, Bolivia y Chile, buscando tal vez activar más la negociación mercantil oculta tras todas estas maniobras. Nuestras últimas noticias indican que viene a Lima un personaje de gran figuración en el mundo de las finanzas norteamericanas, Mister Stephen A. Hurlbut; y en Santiago, el general Kilpatrick, que fuera anteriormente ministro plenipotenciario en Chile y que está casado con una compatriota nuestra.

—¿Y cuál ha de ser su misión en este asunto, don Abelardo? —le averiguó Leonora.

—Vigilar las relaciones del ministro que está por llegar con García Calderón. Introducir gente hábil en la casa de gobierno de La Magdalena y en la sede de la legación norteamericana, interceptar la correspondencia, escuchar todo lo que es dable; en resumen, averiguar cuáles son los propósitos que trae el señor Hurlbut al Perú y qué es lo que pretende García Calderón.

Leonora confesó que le parecía una situación extraña, porque el mandato de García Calderón dependía de la voluntad de Lynch.

—Así es —aceptó El Profesor, pero le advirtió al mismo tiempo —: No obstante, reconocido por el Gobierno de Estados Unidos, como también por los de Costa Rica, Uruguay y Nicaragua, García Calderón ha cambiado de actitud. Ahora se le ve firme, despectivo y altanero: ya no habla más de la paz, y su humilde sumisión y

docilidad del comienzo han desaparecido por completo. Ésa es la preocupación de Lynch y la que lo mantiene con el ceño fruncido y los puños crispados —le aclaró El Profesor—. Por eso es que me ha conminado a proceder con toda prisa. Pero ¿por dónde debo comenzar?, me digo yo. ¿Por dónde?… Ya ve que deberé dejarla actual sola en el desenmascaramiento de los conspiradores del Comité Patriótico, Leonora. He ordenado a Dupré que se le acerque todos los días, para enterarse de los adelantos que usted haga en esa investigación y para proporcionarle los hombres y elementos que necesite, llegado el momento decisivo.

La agente lo tranquilizó respecto a su misión, asegurándole que podía llevarla adelante sin su ayuda.

Satisfecho con esta seguridad, El Profesor se dispuso a partir. Su mal humor se había disipado. Al estrecharle la mano, le advirtió:

—Cuídese, señorita. Los peruanos, que ya comienzan a acariciar la esperanza de ser protegidos por los Estados Unidos, están afilándose las garras para despedazar a cualquiera de nosotros que cometa un descuido. Hasta pronto.

Después que Núñez abandonó la casa, la joven siguió pensando en la frase que había escuchado a la esposa del general Cáceres. Pero era un esfuerzo inútil. ¿A qué muertos había querido referirse la señora?…

Esa mañana, doña Antonia Moreno no asistió a la misa de San Francisco y Elcira la buscó vanamente en la «Capilla del Puente». Al día siguiente, tampoco acudió a ninguna de las dos iglesias. Leonora no pudo menos que pensar que los conspiradores habían quedado sospechosos. Pero no era mujer para mantenerse por más tiempo inactiva, así que envió a su ayudante Toribio Jerez al cuartel del «7.º de Línea». Había concebido una idea, para cuya realización necesitaba el concurso de un hombre joven y de buena presencia. Ese servicio sólo podía solicitárselo al que fuera amigo más íntimo de Alberto Cobo, el teniente Del Solar.

Se amodorraba Lima en la hora de la siesta, cuando el gallardo oficial, ahora algo desmejorado por las penurias de la sierra, se presentó en la casa de la calle Trapitos.

La agente regaba el pequeño jardín, quizás orgullo de su falso tío, cuando Alberto del Solar cruzó el zaguán precedido por el ordenanza Jerez.

El oficial sonrió con infantil regocijo al divisarla entre las flores, regadera en mano, y levantando la diestra le rogó:

—No se mueva, por favor. Déjeme admirarla así como está.

Leonora sonrió apaciblemente, invitándolo a acercarse con un ademán de su diestra.

—Parece usted una estampa de paz, Leonora —le dijo el joven, mientras se aproximaba por el sendero de grava—. Buenas tardes, mi estimada amiga. No imagina qué alegría sentí cuando su ordenanza me dijo que usted quería verme.

—También es un placer para mí volverlo a ver, Alberto. Entremos al vestíbulo para hablar.

Caminaban sorteando los macizos de flores y Del Solar se arriesgó a preguntarle, con cierta reticente discreción:

—Leonora…, ¿ha tenido usted noticias de Alberto?

—No…, ninguna. No quiero hablar de eso, Del Solar —le dijo y, cuando lo enfrentó en el vestíbulo, la sombra que empañara su frente se había borrado—. Alberto, quiero pedirle un favor, un curioso favor.

—Disponga enteramente de mí. Leonora.

La joven agradeció con un gesto, pero en sus labios se marcó una leve sonrisa picaresca.

—Quiero advertirle que tendrá usted que hacerme este servicio sin preguntarme nada. Seguramente, alguna vez habrá oído usted a mi marido comentarios sobre ciertas funciones que he desempeñado durante esta guerra. —Como Del Solar afirmara con una frase vaga, prosiguió—: Eso me evitará negarle explicaciones, que no puedo darle, por supuesto.

—¿En qué quiere usted que le sirva, Leonora? —quiso saber el oficial.

—Necesito recorrer ciertos barrios solitarios de Lima, sin que mi presencia llame la atención. No puedo hacerlo sola, porque no es costumbre en esta ciudad que las jóvenes paseen sin acompañante, menos ahora que hay tropas de ocupación en ella.

Del Solar aceptó riendo, pero, al mismo tiempo, le advirtió que tampoco era corriente ver limeñas paseando con oficiales chilenos.

—Bien sabe usted con qué celo las madres mantienen enclaustradas a sus hijas. Son muy pocas las casas que han abierto sus salones a los oficiales de ocupación y todas las que lo han hecho

corresponden a familias de cierta clase media, poco escrupulosas, que pugnan por medrar a favor de las circunstancias. Salvo, desde luego, la mansión de las Vélez y Astorquiza.

La agente enarcó las cejas y se quedó mirándolo con curiosidad.

—¿Las Vélez y Astorquiza?… ¿Quiénes son ellas? No he oído mencionar antes esa familia.

El oficial rió ladinamente, pero arrepentido de haber comenzado a hablar.

—No es fácil de explicar, Leonora.

~¿Y Por qué?… ¡Vamos, teniente, soy mujer casada; he conocido las cosas peores de la guerra!…

—Las señoritas Vélez y Astorquiza vivieron hace tiempo en Chile. Entiendo que un pariente de ellas tuvo un cargo diplomático en nuestro país. Bueno…, el caso es que allá conocieron al contralmirante Lynch y… ahora… una de ellas…

—Sí, ¿qué más? ¡Hable, hombre, por Dios!

Del Solar carraspeó, como si se le atragantaran las palabras. Por fin, habló.

—Bueno, doña Teresita Vélez y Astorquiza es…, eh…, es la amiga íntima del contralmirante.

—¡Por Dios! —exclamó Leonora, entre escandalizada y divertida, pero se corrigió inmediatamente—: ¡Ay, no, Alberto, retiro el nombre de Dios de esto! ¡Conque al contralmirante, que aseguran trabaja quince horas diarias en reorganizar este país, le queda tiempo para cortejar! —reflexionó riendo.

El oficial rió también, aliviado por la forma en que Leonora había tomado sus revelaciones, y se dio alientos para seguir ampliándolas:

—Es algo más que cortejar, mi estimada amiga —le aclaró malicioso—. «El Príncipe Rojo» es hombre dinámico. Dicen que no sólo Teresa Vélez está chiflada por él, sino también unas cuantas más, incluso algunas extranjeras. No tiene nada de raro; es un marino elegante; habla cuatro idiomas, ha recorrido el mundo en todas sus latitudes; su formación en la Marina de Guerra británica le ha dado un talante muy europeo…

—Mano de hierro en guante de seda, ¿no? —comentó Leonora con agudeza. Pero volviendo a ocuparse del motivo que la había movido a llamar al oficial, le preguntó:

—¿Tiene usted ropa de civil, Alberto?

El oficial afirmó con radiante satisfacción.

—Me he comprado un *jaquet* principesco, como los que usaba en mis buenos tiempos —dijo con juvenil deleite—. ¿Sabe usted? Deliraba por quitarme los harapos de mi uniforme, aunque fuera por algunas horas.

La joven le sonrió con bondadosa comprensión, como una hermana que comparte las alegrías de un hermano menor.

—Pues esta tarde le voy a dar oportunidad de lucir su maravilloso *jaquet* y de sentirse «como en sus buenos tiempos», igual que un galán elegante que acompaña a una mujer a ver morir la tarde.

—Leonora, no soy un San Antonio…

—Pero es amigo mío y confío en usted —lo atajó la joven, mirándolo francamente a los ojos—. Necesito hacer esos paseos durante tres días nada más; después lo eximiré de acompañarme.

—Para mí será siempre un placer inefable, Leonora —le respondió el oficial, con acento ambiguo.

—Dejémonos de tonterías, Alberto —le reprobó Leonora, interrumpiendo su galanteo—. Lo espero esta tarde, a las seis, vestido de civil. Es todo lo que necesito.

Un coche de alquiler lo dejó en la plazuela de Las Cinco Esquinas, cuando los campanarios de Lima tocaban el Ángelus. De allí, paso a paso, se encaminaron a la Avenida de Circunvalación. Conversando plácidamente, recorrieron la ancha vía arbolada, solitaria en el atardecer. Nadie hubiera sospechado de aquella dama joven y distinguida, que se cubría del pálido sol invernal con un sombrero de anchas alas, y del hombre elegante que la acompañaba, hablándole animadamente y sin dejar de mirarla al rostro.

Aquel paseo fue un descanso para Leonora. Conversaron de cosas de Santiago, de sus familias, de sus afectos. Del Solar le habló de las aventuras que había vivido junto a Alberto Cobo durante las campañas; ella le narró alguna parte de sus propios hechos; pero no mencionaron jamás el futuro. Era algo tan incierto. No obstante, la charla no impidió a la agente realizar su trabajo. Dos veces pasaron ante el Jardín Botánico y el parque de La Exposición, pero no vieron a nadie en sus contornos.

Oscurecía, cuando regresaron a la casa de Leonora.

A la mañana siguiente, la esposa del general Cáceres volvió a aparecer en el templo de San Francisco. Al igual que en ocasiones anteriores, al terminar la misa, se hincaron junto a ella varias señoras.

Leonora las observó con profunda atención; una era, sin duda, doña Rosita Elías. Esta vez hablaron más largamente que de costumbre, fingiendo que rezaban.

Al abandonar el templo, la agente siguió a doña Antonia Moreno, que marchaba hacia su casa por la calle Puerta Milagro. Como siempre, unos pasos detrás iba su criada negra.

En la esquina de las calles Colegio Real con San Ildefonso estaba acurrucada Elcira, junto a su canasta de dulces.

Fingiendo comprarle, la agente se detuvo y le preguntó en un susurro:

—¿Alguna novedad, mi vieja?

—Ninguna, señorita —le respondió ésta, hurgando entre sus pasteles—. Pero fíjese en la negra, la Gregoria. Obsérvela bien.

—¿Qué es lo que quieres que vea en la negra? —le preguntó.

—Que es flaca y suelta de cuerpo, como todos los negros —le aclaró Elcira—, que anda con los brazos colgando y un poco gibada. ¿No es cierto?

—Así me parece.

—Pues todas las tardes sale de la casa y se va a juntar con una vendedora de flores que se instala en la Portada de Cocharcas; y lo raro del caso es que entonces camina tiesa y derecha como una estaca.

—¿Y eso qué tiene de particular? —le preguntó, mientras hacía trabajar su cerebro por su propia cuenta.

—La cosa se cae de madura, señorita —le explicó Elcira, en un murmullo—. Esa negra, cuando sale por la tarde, o se coloca un corset de barbas de ballena que le llega desde la garganta a las rodillas, o lleva algo rígido escondido debajo de las ropas.

Leonora se quedó inmóvil, empezando a comprender lo que su criada quería decirle.

—¿Algo rígido escondido debajo de las ropas? —repitió, pesando las palabras—. ¿Como qué?…

—Un fusil…, dos fusiles —le respondió lentamente Elcira.

—¡Dios Santo!…

Elcira le alargó apresuradamente un paquete de dulces y la instó a alejarse con un gesto impaciente.

—Es demasiado hablar con una vendedora callejera, señorita. Váyase. En la casa le seguiré explicando.

—Sí, Elcira, hasta la noche.

Las atinadas conjeturas de su compañera sumieron a Leonora en reflexiones durante todo el día, estado de incertidumbre que se agravó por el hecho de que al almuerzo, debiendo presentarse Dupré, no lo hizo. A solas en las habitaciones, se devanó el cerebro tratando de relacionar todos los datos que había recogido.

A las seis vino a buscarla Del Solar. La saludó con una sonrisa curiosamente cohibida y la joven advirtió que había algo extraño en él.

Esa tarde Del Solar estuvo muy poco locuaz y a la agente le parecía que rehuía mirarla. Marcharon largo rato casi en silencio. El oficial se esforzaba por mantener una conversación ajena a ellos mismos, pero fracasaba en su propósito por causa de su propia turbación.

Hubo un momento en que Leonora decidió preguntarle francamente qué le ocurría, pero al hacerlo sus ojos distinguieron a cierta distancia una figura que le hizo contener la respiración.

Enfrentaban al Jardín Botánico cuando vio a la negra Gregoria avanzar por el senderillo central, en dirección a la calle. La criada caminaba rígida como si tuviera envarada la espina dorsal. Colgando del brazo derecho llevaba un canasto, que era notoriamente pesado.

Leonora se mordió los labios y tuvo un instante de dudas, pero de pronto tomó una súbita resolución.

—¡Alberto, obedézcame sin chistar! —ordenó rápidamente al oficial—. ¡Alcancemos a esa negra! Pregúntele si vende frutas. Distráigala con ese tema hasta que yo pueda examinar su canasto. ¡Vamos, no perdamos tiempo, que se nos va!

La negra salía por la arcada que daba acceso al Jardín Botánico y echaba a andar por la Avenida de Circunvalación.

—¡Eh, negra! —la llamó Del Solar.

La criada se detuvo en seco y volvió hacia ellos un rostro despavorido. Esbozó un ademán para arrancar, pero los que la

habían llamado ya estaban junto a ella.

—A ver, morena —le dijo Del Solar—. ¿Son frutas las que vendes?

La negra tartamudeaba confusas explicaciones, manifiestamente descontrolada, y hurtaba su canasto, como temerosa de que se lo vieran. Leonora giró en torno de la negra y, sujetando con una mano el borde del canasto, con la otra descorrió el burdo paño con que iba cubierto. Ante sus ojos apareció una buena cantidad de tomates y de pomelos.

La criada, al ver que se los habían descubierto, explicó apresuradamente:

—No los vendo, señorita, pues. Son un obsequio que la esposa del señor «dotor» Colunga envía a mi ama, la señora Matilde Regulez. —Y como observara que Leonora estaba sacando alguno de los pomelos, le dijo con nerviosa rudeza—: ¡No los revuelvas, pues, señorita! —Comprendiendo que había cometido una insolencia, se excusó atolondradamente, pero esquivó el canasto hacia un costado —: Perdona, niña, pero llevo mucha prisa. Mi señora Matilde me ha ordenado que regrese antes de las siete y ¡que no hable con nadie! Mi ama es muy rígida. De modo que excuse, señorita. Con tu permisito, pues. —Y se alejó rápidamente, erecta como una lanza.

Leonora sujetó de una manga a Del Solar y la dejó irse, sin dar ninguna explicación a su acompañante.

Éste, perfectamente atónito, no pudo dejar de preguntarle, al cabo de unos instantes:

—¿Quiere usted explicarme qué significa todo esto, Leonora? No entiendo nada, me siento como el ser más tonto de la creación.

Leonora lo invitó a seguir caminando al mismo paso en que venían, temerosa de que pudieran estar observándolos desde la casa del Jardín Botánico.

—¿Alcanzó usted a ver el fondo del canasto, cuando removí las frutas? —le preguntó.

Del Solar movió la cabeza negativamente y dijo con inocencia:

—Contenía tomates y pomelos…

—Sí —le aceptó Leonora, pero agregó con una sonrisa significativa—: Y en el fondo, perfectamente alineadas, ¡bayonetas, Alberto!

—¿Qué está usted diciendo? —exclamó sin pensarlo.

—Lo que usted oye —le replicó la agente, con su característica serenidad—; que esa negra es uno de los elementos más activos con que cuenta el Comité Patriótico. Es uno de los agentes encargados de transportar las armas para los enemigos de la sierra y no es criada de la señora Regulez, como declaró, sino la doncella de confianza de doña Antonia Moreno, esposa del general Cáceres.

—¡Por la vida! Me deja usted sin respiración, Leonora —exclamó el teniente.

El único interés de Leonora era regresar cuanto antes a su casa. Así se lo expresó y algunas cuadras más allá tomaron un coche de alquiler hasta la calle Trapitos. Ya frente a la casa, se percataron de que no se percibía luz a través de ninguna de las ventanas.

«Elcira no ha llegado todavía», dedujo la joven y abrió la puerta con su propia llave, después de lo cual invitó al oficial a entrar con ella. Pero éste se negó, contemplándola con expresión extraña, en la que había emoción y tristeza al mismo tiempo.

—Gracias —dijo—, deseo caminar un poco.

Leonora conocía demasiado a los hombres y especialmente a los militares, y recelando cuáles eran los motivos, decidió abreviar cuanto pudiera la conversación.

—Le agradezco mucho el favor que me ha hecho, amigo mío. Ya no necesitare molestarlo más —le dijo.

Del Solar habló entonces en voz baja, con la cabeza inclinada, como si temiera mostrar sus ojos a la joven:

—No ha sido molestia alguna, sino todo lo contrario. Pero… estaba dispuesto a pedirle que me dispensara de seguir haciendo estos paseos con usted —le respondió, honradamente, el oficial.

—¿Qué quiere dar a entender, Del Solar?

—Póngase usted en mi lugar y perdóneme las inconveniencias que diga. Hace tres años que estoy haciendo la guerra, tres años que no conversaba amablemente con una mujer hermosa… Y usted tiene una voz…, una inteligencia… un modo de mirar que trastornarían a cualquiera.

La agente se puso rígida y de sus facciones se borró todo vestigio de simpatía hacia él. Sus ojos brillaron como carbunclos en la oscuridad, a tiempo que sus palabras caían pesadas:

—No siga usted hablando, Alberto. No rompa nuestra amistad.

—Eso es precisamente lo que deseo evitar —se disculpó el

teniente, muy confundido, pero con encendida vehemencia—. Volveré a verla cuando se normalicen nuestras vidas. Entonces apreciará usted que puedo ser de nuevo el amigo en quien se confía. Ya no me atormentará esta fiebre incontenible, que anoche me ha tenido sin dormir. Trate de comprenderme, señora, y olvide estas expresiones de un hombre a quien la guerra hace sentirse un poco desamparado, terreno fértil, pero no tanto, para las ilusiones descabelladas. Hasta la vista, Leonora.

Sin atreverse a estirarle la mano, se inclinó ante ella, dio media vuelta y se alejó rápidamente igual que si huyera.

—Adiós, teniente Del Solar —lo despidió la agente y en ese momento mismo ya tenía decidido borrarlo de sus relaciones hasta el término de la guerra.

A las diez y media de la noche llegó hasta la casa Dupré. Venía cubierto de un grueso capotón y con el rostro envuelto en una bufanda de lana, que le dejaba al descubierto la mitad de la nariz y los ojos. Como Leonora le indagara la razón de tan excesivo abrigo, le respondió, haciendo un gesto de disgusto:

—He atrapado el más tonto de los enfriamientos. Esta mañana estuve bastante afiebrado y debí quedarme en cama, por eso no vine.

—¿Y cuál ha sido la causa de su enfermedad, Gastón?

—Gajes del oficio, Leonora —refunfuñó el hombre—. Ayer en la mañana estaba holgazaneando en lo que llaman la Puerta Falsa del Cercado, observando a todos los que entran y salen de la Portada de Maravillas, que es la conexión más directa con el camino de la sierra, cuando vi que salía de Lima un cortejo fúnebre. Prevenido ya contra esa clase de aglomeraciones de gentes, me preparé a examinar a los que formaban la escolta del muerto y me preocupé entonces en que iban varias mujeres entre los dolientes. Pero en esos mismos momentos se produjo una divertida discusión entre los soldados que guardan la portada y una india vendedora de flores, que no podía entender qué cosa es un salvoconducto para entrar o salir de la ciudad.

—Dígame usted, ¿la discusión se produjo justamente cuando salía el cortejo fúnebre? —le preguntó Leonora, aun cuando en su tono había más afirmación que una interrogante.

—Sí, ¿por qué?…

La joven no le respondió, pero le hizo señas de que siguiera contándole.

—Bueno, en la tarde, estaba en el mismo observatorio, cuando vi pasar otro cortejo funerario. No es de extrañar, porque el cementerio está un poco afuera de la Portada de Maravillas.

—Y en el cortejo iban también mujeres, ¿verdad?

—Sí, iban varias señoras —repuso Dupré y se quedó mirándola sorprendido—. ¿Qué cree usted que significa eso?

—Después le explicaré. Continúe.

—Esta vez seguí al cortejo. En verdad, me adelanté a él y me dispuse a esperarlo dentro del cementerio. Escogí un lugar escondido y aguardé. Suponía que el grupo de dolientes no podía tardar más de quince minutos en llegar hasta la fosa recientemente abierta, por lo que no di importancia a la espesa garúa que caía.

—No me dirá usted que el cortejo demoró mucho en llegar —le inquirió Leonora, con los ojos brillantes de ansiedad.

En efecto, el agente le contestó que había tardado más de una hora, por lo que él tuvo tiempo sobrado de empaparse y contraer un fuerte resfrío.

—¡Dios Santo! —exclamó en sordina, como si empezara a ver luz en el asunto—. Todo hace suponer que los miembros del cortejo fúnebre no fueron directamente hasta la fosa sino que… pasaron a otra parte antes. Y eso es insólito. La joven seguía cavilando por su cuenta, murmuraba en voz baja, igual que si uniera frases como las piezas dispersas de un rompecabezas: «Ellos serán nuestros muertos»… ¡Dos entierros en el mismo día!… ¿Cómo no se me ocurrió antes? —Encarándose con Dupré, le ordenó—: ¡Gastón, va a ir usted ahora mismo en busca de El Profesor y le dirá que consiga una autorización para desenterrar los dos ataúdes que fueron sepultados hoy. Averiguar cuáles fueron no será difícil!

El agente se resistió, desconcertado, argumentando que desenterrar a dos muertos en una ciudad tan católica como Lima era cosa de muchos bemoles.

—¡Vaya y consiga la autorización que le digo! —le insistió Leonora con impaciencia—. Manifieste usted a El Profesor que tengo la certeza de que van a encontrar los dos ataúdes ¡vacíos!

—¿Vacíos?… ¿Pero por qué?… —tartamudeó Dupré.

—¡Porque nos han engañado de nuevo!, Gastón —le aclaró la

joven fastidiada. Porque esos dos ataúdes iban llenos de armas, que los del Comité Patriótico depositaron en algún otro lugar, fuera de la ciudad, antes de meter los cajones en las fosas. ¿Me entiende usted? ¡Consiga la autorización correspondiente y desentierre los ataúdes esta noche misma!

El Profesor se quedó con las mandíbulas apretadas al escuchar la conexión que Leonora había establecido entre los dos funerales y la frase sorprendida a la esposa del general Cáceres en el Jardín Botánico. Al momento, recogió su sombrero y salió en dirección a la oficina del coronel Samuel Valdivieso, que ejercía las funciones de intendente de Lima.

Las muchas labores que correspondían a dicho coronel lo mantenían en su despacho hasta avanzada la noche, de modo que fue fácil obtener su autorización para exhumar los presuntos cadáveres.

Dos horas más tarde, acompañados por un piquete policial y un escribano del Gobierno, los dos miembros del servicio secreto exigían al administrador del cementerio que revisara sus libros y les indicara quiénes eran los muertos sepultados aquella mañana y el lugar en donde estaban sus tumbas. Obtenido ese dato, confrontado con los recursos de Dupré, lo obligaron a conducirlos al lugar, imponiéndole guardar el más estricto secreto, bajo pena de arresto. Las dos fosas estaban muy próximas y El Profesor ordenó que dos grupos de policías excavaran simultáneamente. A los pocos minutos de trabajo, una de las palas se estrelló sobre la tapa de uno de los ataúdes. Inmediatamente, el grupo dejó de excavar y los hombres se volvieron temerosos hacia El Profesor. Éste recogió del suelo uno de los faroles con que se alumbraban y avanzó hasta el borde de la sepultura. En el medio de la fosa, a un metro de profundidad, se veía un trozo de la cubierta barnizada del cajón.

—Despéjenlo de tierra y levántenle la tapa con una barreta —les ordenó.

Los hombres vacilaron un instante ante la fúnebre faena. Sin embargo, uno de ellos saltó al hoyo, haciendo resonar el cajón como un tambor macabro.

—Si no me esforzara en creer lo que afirmó nuestra camarada, estaría con la carne de gallina —comentó El Profesor.

Los guardias del otro grupo habían llegado ya al segundo ataúd

y estaban tratando de forzarlo también. Las barretas buscaban las junturas de las tablas y, al hacer palanca, éstas crujían lúgubremente.

El Profesor hizo aproximarse al escribano y le ordenó que tomara nota de todo cuando saltó la tapa del primer ataúd. Los guardias lo llamaron en voz baja, para que fuese él quien mirase. Uno de los policías empujó la tapa ya suelta y la hizo girar sobre sus goznes. Abelardo Núñez inclinó la linterna de un golpe y miró.

—¡Vacío!

El Profesor agarró a uno de los guardias de un brazo:

—Examine bien el fondo del cajón —ordenó—. ¿Qué son esas manchas oscuras que veo?

El guardián pasó la yema de los dedos sobre las manchas que indicaba El Profesor. Después de examinarlas dictaminó:

—Son de aceite grueso, señor.

El jefe del servicio secreto se irguió y, respirando hondamente, proclamó, casi con rabia:

—¡Armas! Era verdad entonces. —Despreocupándose ya de lo que ocurría en el lugar, avanzó a largos pasos hacia la otra fosa.

El otro ataúd estaba igualmente vacío. Entre las exclamaciones de sorpresa de los hombres que lo acompañaban, a los cuales no dejaba de producirles un supersticioso temor la visión de los dos cajones misteriosamente vacíos, acercó al escribano a las fosas y le ordenó:

—Tome nota. Los dos ataúdes están desocupados y manchados con grasa de vaqueta.

—Sí, señor; ya anoto —le contestó el escribano, que era viejo y estaba trémulo.

—Desde este momento la faena de recubrir las fosas y dejar estampado en los libros del cementerio nuestro descubrimiento corre por cuenta suya —le advirtió Núñez—. Nosotros debemos comunicar este hecho al comandante en jefe lo antes posible.

Se dispuso a partir, pero antes se volvió hacia los guardias y ordenó autoritariamente.

—Las fosas deben quedar exactamente como si nadie las hubiera tocado. ¿Entendido? —Enseguida abandonó el cementerio acompañado de Dupré.

El contralmirante Lynch escuchó el relato de El Profesor,

reconociendo el gran ingenio de que habían dado muestra los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia al sacar armas de Lima mediante entierros simulados. En medio de la conversación recordó algo.

—¡Caramba! —exclamó—. En una de las cartas encontradas en poder de ese muchacho Buendía, que fue muerto por nuestro centinela, decía el general Cáceres que esperaba que le enviaran un cañón «por el medio que ustedes han discurrido».

El Profesor captó al vuelo la sospecha del contralmirante.

—¡Por Cristo! —exclamó—. El tubo de un cañón cabe perfectamente dentro de un ataúd.

El contralmirante había encontrado la carta aludida y maldecía como un hereje.

—¡Por todos los diablos del infierno, señor Núñez! Estos bellacos han sacado de Lima nada menos que dos cañones, bajo nuestras propias narices. Y hemos sido nosotros mismos quienes les hemos dado el pase para esos falsos entierros. ¡Es el colmo!… ¡Es una vergüenza! —Lynch golpeaba su escritorio con tal violencia que un pisapapeles de mármol cayó al suelo, rebotando sonoramente. Esto tuvo la virtud de serenarlo. Sin embargo, le llameaban las pupilas cuando miró nuevamente a El Profesor—. ¿Dice usted que la señorita Latorre supo de estos entierros por una frase pronunciada por la esposa del general Cáceres? —le preguntó.

—Sí, señor.

—Pues aquí se me termina la paciencia. Mañana mismo haré arrestar a la señora de Cáceres.

—Mañana es domingo, señor contralmirante —le recordó El Profesor, para advertirle que la mayor parte del personal de policía se encontraría de franco.

—Bien, postergaré mi determinación hasta el lunes —dijo Lynch y, con un gesto de fastidio, agregó—: Demasiadas contrariedades he tenido que sufrir en estos dos últimos días para que pueda conservar la templanza. Hoy, sin ir más lejos, me vi obligado a ordenar el repliegue de todas nuestras tropas de la sierra hasta la hacienda Santa Clara, dejando en Chosica solamente al batallón «Aconcagua».

—¿Y por qué, señor contralmirante?

—Porque el clima de los pueblos de la quebrada de Rímac, que

nuestro servicio sanitario pregonó como ideal para el restablecimiento de los enfermos, resultó a tal extremo insalubre, que no hay batallón que no tenga cien o más víctimas de paludismo, de disentería, de tifus, en resumen, de todas las plagas más mortíferas.

La puerta del despacho acababa de abrirse y uno de los edecanes le susurró algo cerca del oído. Lynch hizo una mueca de fastidio, pero afirmó inclinando la cabeza.

—Está bien —masculló—. Diga a esa persona que saldré al momento.

El edecán se alejó silenciosamente y el contralmirante encaró a los agentes secretos.

—Lamento no prolongar nuestra entrevista todo lo que hubiera querido —les expresó—. Pero debo asistir a una comida en casa de la familia Vélez y Astorquiza. Lo había olvidado y me advierte el edecán que han venido a buscarme tres veces. En fin, espero verlos el lunes, a primera hora, para que demos término de una vez por todas a este enojoso asunto del Comité Patriótico de la Resistencia. Nuestra primera medida será arrestar a la esposa del general Cáceres. Después, ya veremos cómo atrapamos a los demás miembros de esa majadera liga secreta.

Sin más palabras, señaló la puerta a sus dos colaboradores. Y se inclinó brevemente ante ellos.

Aquella mañana dominguera, Leonora salió un poco más tarde de su casa. Había aguardado hasta avanzadas horas de la noche la respuesta de Dupré sobre los asuntos de los ataúdes, pero éste no volvió.

Casualmente su vecina, la habladora limeña que ya se le había juntado en otras ocasiones, iba también retrasada a la primera misa y ambas marcharon juntas hacia la iglesia de San Francisco. El templo estaba repleto y el oficio había comenzado hacía un rato. Leonora y su nueva amiga no pudieron avanzar hasta sus sitios habituales y tuvieron que presenciar la ceremonia de pie. Por mucho que la agente se empinaba para mirar hacia el altar lateral en que tenía por costumbre arrodillarse la señora de Cáceres, no

alcanzaba a divisar sino la parte alta de la imagen que lo presidía. Impaciente al no ver si la señora había acudido a la iglesia, tuvo que conformarse a esperar hasta el final de la misa. Cuando ésta concluyó y la gente fue abandonando el templo, buscó un pretexto para deslizarse hacia un lugar sombrío junto a la puerta principal, y escoltada siempre por su inoportuna vecina, se dio a rezar ante una pequeña imagen de la Virgen de los Temblores, madre tutelar del «cholaje», que la venera con el apodo de «Mamacha Temblores». Por el rabillo del ojo Leonora iba examinando a todas las personas que salían. Entonces reparó en otra mujer entregada a la misma tarea al lado opuesto de la puerta. Era una joven de unos veinticinco años, de estatura mediana y de formas admirables. Se advertía que esperaba ansiosamente algo, escrutando dentro de la masa humana. Sus movimientos terminaron por descorrerle el velo que la cubría y Leonora pudo contemplarle el rostro, un óvalo sonrosado pálido, de cutis nacarino, con facciones y colorido típico de limeña. Un mechón de cabellos brunos le acariciaba la frente sobre los inquietos ojos color verde claro. La vecina de Leonora, que también se había dedicado a observarla, susurró si la conocía.

Leonora le respondió que no.

La señora Sáinz sonrió con expresión maledicente.

—Es una de las damas más discutidas de Lima, mi amiga —le afirmó gozándose en el chisme— Es doña Teresita Vélez y Astorquiza.

Leonora escondió su rostro en la penumbra para que su acompañante no se percatara de la impresión que le producía encontrar allí a la amante del contralmirante Lynch. Pasados unos segundos, volvió a mirar a Teresa Vélez y justificó al jefe chileno por la ardorosa acogida que daba a la limeña. Iba a preguntar a su vecina por qué afirmaba que era una de las damas más discutidas, cuando se dio cuenta de que la señorita en cuestión parecía haber encontrado a la persona que buscaba. En efecto, Teresa Vélez hacía señas disimuladas a alguien que iba dentro de la corriente humana y, enseguida, comenzaba a abrirse paso entre la gente.

Inmediatamente la chilena tomó de un brazo a la señora Sáinz y la arrastró hacia la salida. Sus ojos seguían ansiosamente el velo gris que cubría a la joven limeña y así pudo ver cómo ésta interceptaba el paso de otra dama, igualmente cubierta por un velo

y de estatura algo más elevada. Ésta hizo un movimiento de extrañeza, casi de repudio, cuando la señorita Vélez se le juntó; la agente divisó una parte de su rostro: era Rosita Elías.

Leonora sintió que se le aceleraba el pulso al contemplar el encuentro de aquellas dos damas que aparecían situadas en lugares tan antagónicos en la vida de Lima.

Mientras, las aludidas hablaban animadamente, dando la impresión de que discutían con disimulo, Leonora decidió enterarse, a toda costa, de lo que ocurría entre ellas.

—¡Hum, qué grata mañana dominguera! ¿No querría paladear un caramelo, señora Sáinz? Aquella mujer vende unos muy delicados —dijo a su vecina, señalando a Elcira, que se hallaba sentada al pie de una de las columnas del pórtico.

—Pues claro que sí —aceptó su acompañante, con aspavientos golosos—. Nunca viene mal endulzar la boca.

—Pues espéreme aquí un segundo, que voy por ellos.

Elcira pregonaba su mercancía fingiendo la modorra característica de las vendedoras diseminadas por los contornos del templo y por la orilla del río.

—¿Quieres darme dos caramelos, chola? —le pidió la agente con desplante.

Elcira apenas la miró, pero cuando la joven le pagó con un sol, demoró bastante tiempo en contar los reales que debía entregarle de vuelto, dándole tiempo para que hablara.

Leonora le susurró rápidamente.

—Sigue a doña Rosa Elías. A la menor novedad, infórmame en casa.

Elcira asintió con un guiño imperceptible, terminó de entregarle su dinero y, sin prisa, fue recogiendo sus canastos. La agente regresó junto a su vecina, que la aguardaba mirando a la multitud que abandonaba la iglesia. Enseguida echaron a andar hacia el centro de Lima.

Leonora iba maldiciendo interiormente a su pegadiza vecina, que no se desprendió de ella hasta que llegaron a la puerta misma de su casa. Una vez a solas, la agente se dedicó a esperar, con impaciencia, las noticias que le traería Elcira.

En el cerebro de Leonora se había encendido una sospecha, ¿Qué tenía que decir la favorita del jefe chileno a una de las mas

destacadas componentes del Comité Patriótico de la Resistencia?…

Las primeras frases de Elcira, después de cerrar la puerta, la hicieron sentir que tomaba el hilo del enredado ovillo.

—Usted quería saber adonde iba doña Rosa Elías, ¿no es verdad, señorita? Se separó de la otra señora después de andar dos cuadras juntas. Y de ahí tomó derechito hacia la calle San Ildefonso y se metió en la casa del general Cáceres.

Leonora sintió como si le resonara en la cabeza una nota agudísima, al escuchar aquella revelación.

«¿Qué es lo que hay en todo esto. Dios mío?», se preguntaba afanosamente y trataba de poner en orden los factores para que trascendiera la luz de su significado.

—El hilo escondido se tiende entre los dos partidos —reflexionó Leonora en voz baja—. Estamos con una mano en la ocupación y la otra en la resistencia.

Elcira, que la miraba con estupor, la interrogó:

—¿Qué «difareos» está diciendo usted, Leonorcita? ¿Quién está con una mano en la ocupación y la otra en la resistencia?

La simpleza de la pregunta fue el chispazo que hizo la luz en la joven.

—¿Quién?… —exclamó con acento triunfal—. ¡Teresa Vélez y Astorquiza, por supuesto! Teresa Vélez, introducida en la intimidad del contralmirante Lynch, está en condiciones de conocer la mayor parte de sus determinaciones ¡y es peruana! Concubina del jefe chileno, pero peruana siempre. ¿Qué razón tan poderosa puede haber forzado a Teresa Vélez a afrontar el desprecio de la empingorotada Rosa Elías? Sólo el haberse enterado de alguna disposición muy grave ordenada por el contralmirante Lynch en contra de los peruanos.

—O en contra del general Cáceres —le acotó Elcira, que recién empezaba a adivinar el curso de los pensamientos de su señora—. Doña Rosa Elías se fue a la carrera a la casa de la calle San Ildefonso, después de oír a la amiga del contralmirante.

Pero Leonora calculaba como más probable que aquella disposición del jefe chileno afectara a la esposa del general Cáceres que, por estar en Lima, se hacía más visible.

—Dime, Elcira —preguntó a su compañera con urgencia—: Cuando te viniste, ¿había salido doña Rosa Elías de la casa del

general Cáceres?

—No.

—Bien. Tráeme mi mantón; vamos a la calle nuevamente.

Inútil fue que Elcira tratara de disuadirla. La joven tenía gran prisa en ir al Palacio de Gobierno para consultar algo a El Profesor. Él debía saber si el contralmirante Lynch había tomado alguna medida importante en las últimas horas.

—Pero El Profesor tiene prohibido que vamos a mostrarnos allá —le recordó Elcira, en un último intento por quedarse en casa.

—Lo sé —le rebatió Leonora—. Pero considero que lo que tenemos entre manos es tan importante como para justificar este paso.

Sin embargo, a su llegada al Palacio de Gobierno la esperaba una noticia decepcionante. El Profesor había salido hacia el Callao, y retornaba al día siguiente.

Rosita Elías estaba frente a Antonia Moreno de Cáceres, con la respiración jadeante por la prisa con que se había venido desde la iglesia de San Francisco. La mirada dura de doña Antonia la cohibía, y daba rodeos sin atreverse a confiarle la esencia de la información que le había dado Teresa Vélez.

Estaban al término del zaguán frente al patio cuadrado. En el ancho descansillo de la escala de mármol jugaban alegremente las tres pequeñas hijas del general Cáceres.

—La revelación que me hizo Teresa Vélez y Astorquiza justifica mi tolerancia en admitirla a mi lado, doña Antonia —empezó.

—Pero dígame usted, de una vez por todas, qué fue lo que le dijo esa mujer —la urgió la esposa del general.

La señora Elías tomó alientos:

—Que el contralmirante Lynch ha ordenado el arresto de usted, doña Antonia.

El rostro de la señora no manifestó impresión alguna y, de no haber sido por un leve rictus que endureció aún más el contorno de sus labios, parecería que no había entendido la declaración de su amiga.

—La orden de prisión ha de cumplirse mañana al alba. Pero

¿cómo?… ¿No dice usted nada?… ¿No mide usted el peligro?…

—Me lo esperaba —murmuró tercamente la señora—. Me duele tener que agradecerle el aviso a una renegada antipatriota…

—No, no diga eso —la detuvo—. Teresa Vélez me ha hablado hoy con lágrimas en los ojos. Está dispuesta a ayudarnos en todo. Y bien comprenderá usted qué beneficios nos puede prestar una persona que está próxima al jefe enemigo.

—Es indigno tener que usar de una ayuda tan… tan indecente —se obstinó dona Antonia—. Pero reconozco que puede sernos extremadamente útil en el futuro.

Rosita Elías la observaba estupefacta.

Doña Antonia se dirigió al interior de la casa, seguida por su amiga.

—El tiempo que me queda para arreglar mis asuntos y poner a buen recaudo a mis hijas es bastante escaso —iba diciendo—. Cuento con que usted comunicará a los demás miembros del Comité la razón de mi súbita partida.

—¿Partir?… ¿Pero a dónde piensa usted ir, doña Antonia? Lo único cuerdo que cabe es esconderse, buscar un buen refugio, aquí mismo, en Lima.

Doña Antonia agitó vigorosamente la cabeza.

—No, Rosita. Esconderme sería condenarme a la inactividad, y eso no lo acepto. Mi deber es seguir ayudando a Cáceres. Si él se arriesga, yo también lo haré. Dejaré a mis hijas en un convento y me iré a la sierra a ponerme de acuerdo con Andrés. Y si es necesario volveré a Lima después.

—Es una locura —le rebatió la señora Elías—. La línea del tren a la sierra está estrechamente vigilada por guardias enemigos.

—Veré modo de escabullirme sin que me adviertan.

Rosita Elías ayudó a recoger las ropas y efectos necesarios para las tres niñas y a llenar una pequeña maleta para doña Antonia. Entretanto, la dueña de casa reunió a los criados y les avisó que iba a emprender un corto viaje con sus hijas, aunque sin indicarles el lugar de destino ni su fecha de regreso.

Una hora más tarde, la esposa del general y sus pequeñas hijas rodeaban a la Madre Superiora del Colegio del Sagrado Corazón de San Pedro, un austero convento, aislado en uno de los barrios del linde de Lima. Doña Antonia había previsto todo con anticipación y

las religiosas estaban preparadas para recibir a las tres niñas. Una de ellas las tomó de la mano y se las llevó al jardín, para que doña Antonia pudiese dar las últimas explicaciones a la Madre Superiora.

—Marcho inmediatamente a la sierra, madre —dijo aquélla a la religiosa—. Debo tomar un tren que pasa por la estación de Viterbo dentro de media hora.

—¿Partir sola, sin más equipajes que esa valijita? —le observó la Superiora, con acento levemente reprobatorio.

—Debo hacerme lo menos notoria posible —le explicó la señora.

—¿Y el salvoconducto?…

—Pedirlo me significaría la cárcel de inmediato, madre.

—¡Dios Santo! ¿Cómo se atreve?…

—Debo hacerlo —declaró resuelta la señora de Cáceres—. Mi refugio es mi esposo. Su ejército, según él mismo me ha informado, se encuentra en Tarma. Andrés ha ido a Cerro de Pasco a sofocar una rebelión de indios que incitados por los agentes del pierolismo se levantaron contra la ciudad, pero ya habrá terminado esa misión y debe estar de regreso en Tarma. Como su propósito es ocupar con su ejército los pueblos que ha ido desocupando el enemigo, es posible que lo encuentre en Casapalca o, aún más acá, en Matucana.

La Madre Superiora quiso implorar la protección divina sobre la arriesgada viajera, pero ésta no disponía de tiempo.

—Siquiera voy a llamar a sus hijas para que se despida de ellas —le advirtió la religiosa.

—No, no las llame. Soy mujer fuerte, pero ante mis hijas me desmorono. Y ahora necesitaré de todas mis fuerzas. Prefiero decirles adiós así, desde lejos. —Asomándose a las arcadas del corredor, que dominaba el jardín, les dijo en un murmullo, que las pequeñas no oyeron—: ¡Aurora!… ¡Hortensia!… ¡Rosita!… Hasta pronto, hijitas. ¡El Señor las proteja!

Dio media vuelta y se alejó rápidamente. Alcanzó a subir al tren en el instante en que se ponía en movimiento. Cargada con su pequeña valija, envuelta la cabeza en un pañuelo serrano, con el que había reemplazado al mantón, pasaba inadvertida entre la cantidad de mujeres que viajaban a los poblados intermedios entre Lima y Chicla.

Había mucha confusión dentro de los vagones, pero era un debatirse de gente silenciosa, porque en ambos extremos de ellos se

veían, a través de los vidrios de las puertas, soldados chilenos armados, que vigilaban desde las plataformas. Siendo de dominio público la aproximación de las fuerzas de Cáceres, se había redoblado la guardia de los convoyes que subían al interior.

Doña Antonia tomó asiento entre los grupos más nutridos de serranos e inclinando la cabeza se puso a orar. Recién cuando pasaban por el paradero de Santa Clara, levantó la cabeza y miró a los demás viajeros. Entonces descubrió, unos seis asientos más allá, a un hombre que la miraba con particular fijeza y alarma.

Ofuscada por su mirada no lo reconoció en el primer momento. Sólo cuando el hombre vino hacia ella, lo identificó. Era José Corbacho, antiguo amigo de su familia.

—¡Doña Antonia! ¿Qué hace usted en este tren, por Dios? —le preguntó con honda inquietud.

—Debo ir a la sierra, a juntarme con mi esposo, don José —le respondió ella serenamente—. Me vi obligada a salir de Lima a toda prisa.

—Pero a usted no pueden haberle dado salvoconducto, señora.

—Por supuesto que no lo pedí.

Corbacho miró con temor a los soldados chilenos. Sabía que, indefectiblemente, descubrirían a la señora unos minutos más tarde cuando pasaran por los vagones revisando los documentos de todos los viajeros.

—Escúcheme, señora —le propuso precipitadamente—. Viajo con mi esposa Laura y mi cuñada Clara Lizárraga. Ambas están incluidas en mi pasaporte. Voy a corregir inmediatamente el documento y agregaré su nombre.

La señora Cáceres se negó tenazmente a que hiciera tal falsificación, haciéndole ver que podía costarle hasta la vida.

—En los tiempos que corremos, mi apreciada doña Antonia, una vida tiene poco valor —le respondió con tono fatalista el generoso caballero—. En cambio, sí importa ayudar a la esposa del general Cáceres. Venga usted a nuestro asiento. Allí enmendaremos el salvoconducto. ¡Vamos, no vacile más, señora!

Aquella providencial intervención salvó a la señora de Cáceres de ser arrestada. Apenas terminaban de agregar su nombre en el salvoconducto, cuando vieron venir a dos soldados, examinando los documentos de los viajeros. Haciendo un esfuerzo extraordinario

para que no le temblara la voz, el leal ayacuchano extendió su salvoconducto al soldado que se lo exigía, explicándole:

—Un pase para mí y mis parientes. José Corbacho y esposa, Laura Lizárraga de Corbacho. Mis cuñadas, Clara y Antonia Lizárraga.

El soldado echó una mirada indiferente al documento y se lo devolvió con desgano.

Las tres mujeres doblaron los cuellos y comenzaron a rezar. Corbacho suspiró hondamente.

Al caer la tarde, el tren pasó por Chosica, en donde desembarcaron muchos de los pasajeros. El pueblo se veía tristemente despoblado, ya que los regimientos chilenos habían bajado a Lima, quedando allí solamente el «Chacabuco», cuya dotación estaba, en su mayor parte, en el hospital.

Una hora más tarde el convoy pasaba por el paradero de la hacienda Solís, y, tras un minuto de espera, para que descendieran unos mulatos peones de la posesión, continuó su marcha. De pronto Corbacho reparó preocupado en que ellos eran los únicos que quedaban en el vagón. Había confiado en que otros viajeros los acompañarían durante la noche. Tenía fundadas razones para temer al viaje nocturno en esas condiciones. Los soldados que custodiaban el convoy bebían para combatir el soroche y el frío que recrudecían a medida que se iba ascendiendo. Y en varias ocasiones se habían emborrachado, molestando luego a las pasajeras.

José Corbacho presentía que si alguno de aquellos militares cometía alguna falta de respeto ante la señora de Cáceres, ésta no temería venderse con sus protestas, lo que les acarrearía graves consecuencias. Decidió tentar un desesperado remedio y, evitando las explicaciones, dijo a las tres mujeres:

—El tren va a detenerse dentro de pocos minutos en la garita de Purhuay; considero preferible que pasemos la noche en ese lugar.

Doña Antonia lo miró con sorpresa, pero le bastó ver la expresión del caballero para adivinar que existía un peligro del cual pretendía librarla, sin introducir el espanto en el espíritu de sus compañeras.

—Pernoctaremos allí y mañana temprano seguiremos a pie hasta Cocachacra. Conozco al gobernador y confío en que nos proporcionará cabalgaduras para llegar hasta Matucana.

—¿Cómo se llama el gobernador de Cocachacra? —le inquirió Antonia, que, gracias a la posición de su marido, conocía a casi todas las autoridades provinciales.

—Se llama Nemesio Salarrayán.

En efecto, la señora de Cáceres lo conocía y sabía que ese hombre debía algunos favores al general Cáceres.

Alrededor de la medianoche, el tren se detuvo en medio de la oscuridad.

—Estamos en Purhuay —dijo a las viajeras y empezó a recoger a toda prisa las maletas y canastos.

Cruzaron rápidamente el carro y descendieron junto a los rieles. Los soldados, reunidos en uno de los vagones centrales, no se percataron del descenso de los pasajeros. Éstos aguardaron, con el alma en suspenso, hasta que el fanal rojo del último vagón se diluyó entre las sombras.

Recién entonces Corbacho se dirigió a una caseta rectangular que se veía como una mancha oscura en las tinieblas. Era apenas un poco más que una caseta de centinelas y estaba ocupada en gran parte por cajones vacíos y restos de material del ferrocarril. El hombre tuvo que trabajar durante un buen rato para hacer cabida medianamente holgada a las señoras. Después de que ellas se hubieron instalado, cerró la puerta de tablas mal ensambladas y la atrancó con un pesado fierro que encontró en un rincón. Recién entonces pensó en descansar él también.

Faltaba poco para el amanecer, cuando José Corbacho se puso prestamente de pie y aplicó un oído en una rendija abierta entre dos tablas.

—Se acerca gente —musitó alarmado— y parecen soldados. Guarden absoluto silencio.

Esperaron en una tensión agobiadora. Minutos más tarde, se escuchó la voz de un oficial que daba el alto a una patrulla de soldados.

—Descansaremos aquí hasta el amanecer —dispuso la misma voz.

—Adentro de la casucha estaremos más reparados —le sugirió otra, y entonces la del oficial ordenó que examinaran qué había en su interior.

Las tres mujeres se pusieron de pie y se amontonaron en el

rincón más lejano. La joven cuñada de Corbacho tendía a llorar y doña Antonia Moreno tuvo que oprimirle el rostro contra su propio pecho para que no se oyeran sus sollozos.

Uno de los soldados se había acercado a la puerta y la remecía con rudeza. Afortunadamente, la tranca de fierro resistió y no le fue posible abrirla.

—La puerta está con llave, mi teniente —se oyó que gritaba el soldado en la oscuridad.

—Echémosla abajo —gritó entonces otro hombre, resoplando—. Hace un frío de cementerio aquí afuera.

Pero el oficial que los mandaba se opuso, argumentando que la garita guardaba seguramente materiales del ferrocarril y el Comando en Jefe chileno mantenía un trato con la empresa norteamericana concesionaria de la línea, en el que se comprometía a no tocar las pertenencias de aquélla.

Los soldados se retiraron entonces, rezongando y profiriendo palabrotas. Varios de ellos recogieron maderos, desparramados en abundancia en los contornos, y encendieron dos grandes fogatas, en torno a las cuales se acurrucaron.

Los cuatro peruanos, que se habían mantenido en absoluta inmovilidad dentro de la caseta, se volvieron a sentar en el suelo y esperaron, con los ojos muy abiertos y los oídos doloridos por la tensión con que seguían todos los ruidos exteriores.

Al amanecer, cuando los soldados reemprendieron la marcha, Corbacho, que espiaba por un resquicio de la puerta, se volvió a las señoras y les dijo, con un profundo suspiro de alivio:

—Ya descienden la montaña. Demos gracias al Altísimo porque nos hemos salvado.

Las tres mujeres se pusieron de pie y dieron rienda suelta a la nerviosidad que las había dominado durante la noche entera. Antonia Moreno, con más tino en esos instantes, sacudiéndose vigorosamente las sayas, indicó a Corbacho que desatrancara la puerta y la abriera. La luz pálida del amanecer que inundó el interior de la garita tranquilizó un poco a la esposa y la cuñada del hacendado.

Antonia exigió a las otras dos mujeres que salieran con sus valijas. Enseguida, tomó ella misma la propia e hizo señas a Corbacho de que iniciaran la marcha. Lo hicieron por un sendero

paralelo a la línea del ferrocarril.

Viajaron sin inconvenientes hasta Cocachacra y, una vez en este lugar, Corbacho envió a un muchachuelo a prevenir al gobernador Salarrayán de su llegada en compañía de la esposa del general Cáceres. Éste salió a la puerta de calle a recibirlos y al enfrentar a doña Antonia Moreno una profunda turbación se marcaba en su semblante. Hombre débil de carácter, se había sometido a los chilenos y gracias a ello conservaba su puesto de gobernador. Pero aquella flaqueza suya le estaba provocando terribles inquietudes en esos días. La aparición de la esposa del caudillo le mostró la posibilidad de enmendar rumbos y evitar las duras represalias que los miembros del nuevo ejército de la breña podrían ejercitar contra él.

Apresuradamente, brindó su más amplia hospitalidad a la señora y a sus acompañantes, y, a los pocos minutos de conversación, se declaró «convertido» nuevamente a la causa de la rebelión. De inmediato hizo preparar caballos y se ofreció para conducirlos personalmente ante la presencia del general.

La proximidad de las fuerzas de Cáceres se hizo más perceptible desde la estación de San Bartolomé hacia arriba. Cabalgando por la ceja de la alta montaña los viajeros pudieron ver cómo los guerrilleros habían cortado la línea férrea, arrancándole varios trozos de riel. Salarrayán los informó que tomaban aquella precaución para evitar que el ejército chileno llegara sorpresivamente al campamento utilizando el tren.

A cinco kilómetros de Matucana, los detuvo la primera patrulla de centinelas serranos, la que les franqueó el paso y les proporcionó escolta. Sucesivos grupos de vigías les interceptaron el camino más adelante y todos aportaron algunos de sus hombres para acompañar a la señora, de modo que cuando hizo su entrada en Matucana iba protegida por un cortejo.

El general Cáceres se encontraba en el pueblo de Tamboraque y, avisado, descendió al momento a Matucana. Antonia lo vio llegar desde uno de los balcones altos de la gobernación. Venía al frente de dos batallones que marchaban en correctas filas y rodeado por los veinte oficiales que componían su «Ayudantina». Sólo el general, su escolta y algunos jefes vestían uniforme; el resto usaba simplemente ropas de montaña. En cambio, todos llevaban buenos

fusiles y cananas repletas de tiros cruzadas sobre el pecho.

El encuentro del general con su esposa fue solemne, pero sin exaltación. Apenas oscurecido, los vecinos principales de Matucana y la alta oficialidad ofrecieron una comida en honor de la señora, de modo que no les fue posible franquearse íntimamente hasta que se retiraron al aposento del general.

—Demos gracias a la providencia por haberte permitido salir de Lima sin tropiezos —dijo Cáceres tras escuchar las explicaciones de su esposa—. Confiemos ahora en que también lograremos sacar a nuestras hijas. Mi ejército está casi listo. Si logramos combinar el ataque nuestro con un levantamiento general en Lima, habremos dado el primer golpe definitivo a los invasores.

Según Antonia, esos dos factores habría que combinarlos con un tercero, muy importante: la próxima llegada del nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, coronel Stephen Hurlbut. Los informes proporcionados al Comité Patriótico de la Resistencia, por algunos de sus miembros allegados al presidente provisional, García Calderón, revelaban que este último estaba en tratos secretos con el secretario de Estado de la Unión, Blaine. Actuando con gran sagacidad, García Calderón había logrado interesar a dos sociedades financieras denominadas Crédito Industrial de Francia y Peruvian Company, en los asuntos del salitre y del guano. Se sabía también que ambas sociedades contaban con la aprobación del Gobierno de Estados Unidos y se esperaba que ese país, llegado el momento de la liquidación de la paz, impusiera la preferencia de pagos a dichas sociedades.

—Para guiar estas gestiones es que el departamento de Estado norteamericano ha cambiado sus ministros en Perú, Bolivia y Chile, enviando a nuestro país a Hurlbut, que está directamente interesado en el asunto —siguió informándole doña Antonia.

—¿Cómo que directamente interesado? —exclamó el general.

—Sabemos que García Calderón envió secretamente a los Estados Unidos a un representante suyo, Federico Elmore. Lo recuerda usted, ¿verdad?

El general respondió afirmativamente. Elmore había sido el ingeniero que minara el puerto de Arica para impedir la entrada de los chilenos.

—Pues bien, Elmore —prosiguió doña Antonia— fue quien trató

con los directores del Crédito Industrial de Francia y con los de la Peruvian Company. Hace pocos días, García Calderón recibió una nota de Elmore, en la que le participa que Hurlbut recibió de Mister Shepard, representante del Crédito Industrial de Francia, la suma de doscientos cincuenta mil dólares, a cuenta de honorarios, por su apoyo a las gestiones de esa sociedad. Ello significará que el plenipotenciario empleará todos sus medios en imponer el arbitraje de los Estados Unidos, recurso tendiente a obtenerse firme una paz sin cesión de territorios. En consecuencia, Chile tendrá que doblegarse a aceptar un tratado que estipule solamente una indemnización de guerra en dinero.

El general Cáceres reconoció que su esposa tenía razón al indicarle que era necesario subordinar todas las acciones bélicas a la actuación del nuevo representante norteamericano.

Así lo habían pensado también los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia, según la señora, y el levantamiento general de Lima, que se había proyectado para el aniversario patrio del Perú, quedó suspendido temporalmente.

—Perdóname, Antonia —le dijo el general— Me han informado sobre ese levantamiento; sin embargo, en ninguna nota me han indicado con qué elementos cuentan para realizarlo.

—Era peligroso explicárselo por escrito, Andrés —le aclaró ella —. Los mensajes podrían caer en manos del enemigo. Nuestro Comité ha conseguido conectarse secretamente con casi todos los hombres que compusieron la Reserva Sedentaria y con los que militaron en el ejército regular, y los ha comprometido para alzarse organizadamente, cuando se les dé la orden correspondiente.

—¿Y armas?…

—Hemos recogido casi todas las que estaban escondidas en Lima; además, se pidieron otras a Costa Rica, las que llegaron secretamente a puertos del norte y fueron introducidas en Lima de contrabando. Todo ese arsenal lo tenemos cuidadosamente escondido. La mayor parte está en los sótanos del Circo Politeama; otro poco, en el Jardín Botánico y en el cementerio.

El caudillo miró orgulloso a su esposa.

—Bien —le dijo cariñosamente—. ¿Y cómo sabremos cuándo será el momento oportuno para actuar?

—Ese momento tendrá que determinarlo usted, Andrés. Los

directores del Comité nos tendrán constantemente informados de los asuntos de Lima, en especial de los pasos del nuevo ministro norteamericano. Cuando todo esté maduro y usted haya fijado una fecha para su ataque, el Comité levantará al pueblo de Lima y colaborará en la destrucción de las tropas enemigas.

—De acuerdo —exclamó enfáticamente el caudillo, y palmeando cariñosamente la diestra de su esposa, le agradeció con una sonrisa todo lo que había hecho en su ayuda.

La fuga de la esposa del general Cáceres no sorprendió espectacularmente a Leonora. Presentía que la inusitada entrevista entre Teresa Vélez y Rosita Elías tenía que conducir a un resultado sensacional. La desaparición de la mujer del caudillo le sirvió además para comprobar que el comando chileno tenía incrustada una espía en la amiga íntima del contralmirante Lynch. En su opinión, desaparecida la señora de Cáceres, surgía otro personaje que podía conducirlos al centro del movimiento subterráneo: la propia Teresa Vélez y Astorquiza. Y ésta, no poseyendo la habilidad y energía de la dama fugada, seguramente cometería traspiés que harían fácil seguirla y llevarla a denunciar a los miembros del Comité. Pero la graciosa limeña ni siquiera sospechaba la existencia de tal liga patriótica.

No obstante, dejándose guiar por esa presunción consideró imprescindible anular su influencia ante el comandante en jefe chileno.

El Profesor se exasperó terriblemente cuando Leonora le rindió cuenta de los hechos, y mucho le costó a ésta interrumpir sus airadas protestas y denuestos, para estudiar con él las futuras líneas de acción.

—Nada consigue usted con alimentar su enojo, don Abelardo —le dijo—. La señora de Cáceres ya se nos ha ido de entre los dedos. Pero ya no podrá desarrollar sus actividades conspiradoras; porque si se ha quedado escondida en alguna casa de Lima o si se ha marchado a la sierra, tendrá buen cuidado de no dejarse ver, sabedora de que en cuanto asome será arrestada.

—Es que, junto a ella, perdemos el medio más directo para

atrapar a los demás componentes del Comité —le insistió su jefe.

Leonora sonrío con confianza.

—Tenemos dos personitas muy agraciadas que nos van a señalar el camino para descubrir a los demás conspiradores —le aclaró—. Y es posible que, obrando con paciencia, hasta encontremos los lugares donde esconden las armas, que es lo más importante. Y ahora que lo pienso mejor, creo que no son sólo dos personas las que nos van a dar la clave para este secreto.

Leonora acababa de recordar a la negra Gregoria Laínez, por lo que quiso saber si estaba entre los servidores de la casa del general que apresaran los guardias aquella misma mañana.

La respuesta fue negativa.

Aquélla sí que era una contrariedad irreparable, según Leonora. Consideraba que nadie mejor que la negra Gregoria podía haberles dado los datos que necesitaban. Siendo la encargada de transportar las armas y de enlazar a los conspiradores entre ellos, lógicamente debía conocer todos los eslabones de la cadena tendida entre la capital y la sierra.

—En fin, nos contentaremos con proseguir nuestra investigación valiéndonos de las otras dos mujeres —determinó—. Pero para ello es indispensable que nadie sospeche que la señora de Cáceres iba a ser aprehendida por sus actividades en el Comité de la Resistencia. El comando chileno tiene que echar a circular la información de que se pensó arrestarla para mantenerla como rehén y enervar las acciones de su esposo.

—Tiene razón —le aceptó El Profesor—. Se lo diré al contralmirante Lynch.

—Aproveche entonces para revelarle también qué laya de serpientes venenosas está incubando a su lado —le dijo la joven, haciendo un guiño malicioso.

Abelardo Núñez se mordió los nudillos, meditabundo.

—No puedo revelarle todavía al contralmirante lo que sospechamos de doña Teresa Vélez y Astorquiza —decidió al cabo de algunos instantes de vacilación—. No estamos en condiciones de probar nada en contra de ella —se defendió El Profesor, pero se notaba en su confusión que se sentía incómodo defendiendo una mala causa.

Leonora hizo un gesto de condescendiente tolerancia.

Comprendía sobradamente lo que arredraba al jefe del servicio secreto e imaginaba la incredulidad con la que el contralmirante acogería toda acusación en contra de su subyugadora limeña.

—Por otra parte —proseguía El Profesor, buscando abordar otro tema menos enojoso—, el señor Lynch está excesivamente preocupado por graves asuntos internacionales.

Un poco atolondradamente, empezó a relatarle que el ministro plenipotenciario chileno en los Estados Unidos acababa de informar que había descubierto otro grupo de financistas mundiales interesados en apoderarse de las guaneras y salitreras peruanas, impidiendo que el Gobierno chileno se anexara los territorios de Atacama y Tarapacá. El recurso empleado por ellos consistía en formar una corporación dotada por doscientos cincuenta millones de dólares de capital, para que ésta interpusiera una tercería de dominio sobre el guano. Esta entidad era la que se le había dado el nombre de Compañía Peruana o Peruvian Company. Para fundamentar esa tercería de dominio el recientemente nombrado presidente de tal corporación, un judío norteamericano de nombre Jacob R. Shipherd, había hecho una presentación. En ella declaraba que la Peruvian Company haría efectivas dos reclamaciones en contra del Gobierno peruano, las que debían tener primacía en toda liquidación de paz que se celebrara. Ésas correspondían a dos individuos a quienes el Perú adeudaba premios por haber descubierto covaderas ignoradas. Los antecedentes de estos hechos había que buscarlos en épocas muy anteriores. En 1833, el Gobierno peruano expidió un decreto en el cual establecía que a todo descubridor de riquezas ignoradas dentro del país, el erario nacional le otorgaría una tercera parte del valor de ellas. En 1841, se presentó al Ministerio de Hacienda un francés llamado Alejandro Cochet, quien expuso que había descubierto el valor del guano como abono en la agricultura y presentaba, al mismo tiempo, una extensa lista de covaderas descubiertas por él. Ateniéndose al decreto anterior, solicitaba el premio ofrecido, pero no obtuvo su cancelación. Después de agotar todos sus recursos vanamente, regresó a Francia y murió. Posteriormente el financista judío Jacob Shipherd y otros especuladores europeos supieron que Cochet había dejado en Lima un hijo ilegítimo de nombre Gelacio, presunto heredero de la recompensa no cobrada. Avizorando que aquélla era

una veta muy explotable, se apresuraron a viajar al Perú y compraron todos sus derechos a aquel individuo. Acto seguido, y aprovechándose de la situación caótica creada por la guerra, presentaron una cuenta de cobranza por mil doscientos millones de dólares, más intereses, por retardo en el pago, equivalentes a cincuenta y cuatro millones de dólares más. Aquellas solas cifras representaban una cantidad mayor que la contribución de guerra exigida por Chile.

Pero eso no era todo. La misma Peruvian Company acogió otra reclamación similar, la de un segundo francés llamado Juan Teófilo Landreau, cuya demanda también fue rechazada en aquel entonces. Pero Landreau tenía un hermano, de nombre Juan Carlos, naturalizado norteamericano, y a éste cedió sus derechos, con el escondido propósito de que solicitara la protección del Gobierno de los Estados Unidos.

La Peruvian Company, enterada de esta segunda reclamación, compró sus derechos a Landreau y agregó en su cobranza al Perú la suma de trescientos millones de dólares más.

En tales circunstancias al Gobierno de Chile se le anteponían las reclamaciones de la Sociedad de Crédito Industrial de Francia y de la Peruvian Company en materias de indemnización. Éstas exigían que en la liquidación financiera de la paz se diera preferencia a sus pagos, sosteniendo que poseían derechos de cobranza adquiridos antes de la guerra y que el país vencedor no podía ocupar los territorios en donde existían los yacimientos descubiertos por Cochet y Landreau si no pagaba mil doscientos millones al primero y trescientos millones de dólares al segundo. La enormidad de la suma exigida hacía imposible que Chile pudiera anexarse el territorio de Tarapacá, sobre el cual pesaban las reclamaciones.

Ésta era la artimaña que tenía embravecido al contralmirante Lynch, problema al que se sumaba el disgusto con que se había visto obligado a replegar sobre la capital a todas las tropas que mantenía en la sierra, como una medida de precaución contra el sospechado levantamiento revolucionario de la capital.

—Rebelión que podría combinarse con un ataque sorpresivo dado por las fuerzas del general Cáceres, que se vienen posesionando de todos los pueblos, a medida que las tropas chilenas los van abandonando —concluyó de exponer El Profesor.

Leonora pasó por alto los antecedentes anteriores, para fijarse sólo en el último que acababa de darle su jefe.

—¿Dónde se supone que está el general Cáceres en estos momentos? —le pregunto.

—Se sabe que sus batallones ocuparon Matucana y que se aprestan para bajar hasta Chosica, es decir, para colocarse apenas a cuarenta y cinco kilómetros de Lima.

—Pues entonces no hay duda: la esposa del general ha ido a reunirse con él —infirió la agente.

Abelardo Núñez sacudió la cabeza con impaciencia. Según él, había que dejar de lado a la señora de Cáceres, ya que nada podían hacer contra ella. Lo indicado era limitarse a descubrir a los demás miembros de Comité Patriótico de la Resistencia lo antes posible, puesto que era ese organismo el que preparaba los ánimos para la rebelión general.

—De acuerdo, Profesor —aceptó Leonora—. No descansaremos un minuto en la vigilancia de doña Rosa Elías y de Teresa Vélez y Astorquiza. Si la liga secreta está gestando un levantamiento, sus miembros tendrán que reunirse con frecuencia. Una de esas damas, indefectiblemente, caerá en algún descuido y concluirá por llevarnos a los escondites. Entonces podremos capturar a todos los conspiradores.

Alentado por la seguridad que le daba su infalible colaboradora, El Profesor recobró la tranquilidad y se separaron con el compromiso de comunicarse mutuamente todas las informaciones que fueran recibiendo.

Entretanto, Antonia Moreno de Cáceres empezaba a vivir nuevas vicisitudes en el campamento de su esposo. No hacía veinticuatro horas que se encontraba allí cuando llegó a Matucana un emisario enviado por el Comité Patriótico de la Resistencia, portando alarmantes y confusas noticias sobre los hechos acaecidos en Lima inmediatamente después de la fuga de la señora. Por su boca, los esposos Cáceres conocieron los rumores que corrían en Lima sobre el arresto de los sirvientes y el saqueo a su casa y, algo mucho peor: que también habían sido capturadas las tres hijas del matrimonio.

Doña Antonia se tambaleó como herida por una puñalada al oír aquella información. Pese a que su raciocinio le indicaba que ella no podía ser cierta, se dejó convencer y fue presa de la desesperación.

Desde ese momento sólo pensó que sus hijas estaban encarceladas y que su deber primordial era correr a protegerlas.

El general Cáceres comprendió que le sería imposible contenerla y terminó por aceptar su partida, pero la juramentó a regresar con las hijas lo antes posible.

—Te haré acompañar por mi hombre más leal y hábil, el capitán José Miguel Pérez, y dispondré que oficiales de mi «Ayudantina» te aguarden en los lindes de Lima —le dijo—. Sé que ellos no temerán arriesgarse, tratándose de mi familia. Además, irá contigo doña Consuelo Flores, mujer de grandes dotes, que nos sirve con gran abnegación, saliendo y entrando de Lima, disfrazada de vendedora de frutas.

En el momento en que toda la partida estuvo ya a caballo, el general oprimió las manos de su esposa y le dijo con afectuosa ansiedad:

—Quedaré en suspenso esperándote, pero comprendo tu angustia. Ve cuanto antes junto a nuestras hijas.

El grupo de jinetes serranos partió de inmediato sierra abajo, siguiendo a la señora que espoleaba a su caballo febrilmente.

Cerca ya de la garita de Purhuay, hasta donde llegaban las avanzadas chilenas, los oficiales de la «Ayudantina» se separaron de ellas para hacer menos visible el grupo, pero continuaron escoltándola por el perfil de las montañas. Doña Antonia siguió su viaje acompañada solamente por el capitán Pérez, que vestía el haraposo atuendo de un arriero.

Al anochecer de aquel día entraron al pueblo de Chosica y fueron a golpear a la puerta de una pobre choza, levantada a la orilla misma del Rímac. Ahí vivía doña Consuelo Flores. La arriesgada mestiza dio inmediato albergue a la señora del general y a su acompañante, y dispuso todo para seguirlos en el tren a la mañana siguiente.

Entretanto, aquella misma noche, Gastón Dupré entraba como una tromba en la casa de Leonora Latorre.

—¡Leonora, creo que les traigo una noticia que les va a hacer

dar un salto! —le espetó, en cuanto estuvo frente a ella.

La agente sonrió calmosamente:

—Hace tiempo que las sorpresas no me hacen saltar, Gastón —le advirtió—. ¿De qué se trata?

—Ustedes me han hablado mucho de una negra que servía a la generala Cáceres, una tal Gregoria… Estoy cierto de que una mujer a la que seguí esta tarde es ella misma.

—¿Alta, flaca, desmadejada para andar?… —describió Elcira.

—No es desmadejada para andar, como señala Elcira, sino todo lo contrario: camina tiesa, como envarada —dijo Dupré.

Al conocer aquel detalle, las dos mujeres aceptaron que tenía la razón; no podía ser otra que la negra Gregoria, que caminaba así cuando llevaba un fusil debajo de sus ropas. Pero ¿cómo era posible que se encontrara en Lima?

Gastón Dupré se apresuró a contarles cuáles habían sido las condiciones en que la encontrara:

—En el ensanche de la calle que desemboca en la Portada de Maravillas se establece todos los días un mercado de flores que provee a las personas que van al cementerio. Pues bien, esta tarde estaba, como de costumbre, sentado en un pilón de piedra que existe al lado de afuera de la Puerta Falsa del Cercado, cuando me fijé en una negra alta y flaca que se deslizaba muy rígida frente a los puestos de flores, pasando frente a las vendedoras, y rechazaba con rudeza sus ofrecimientos, como si marchara impaciente y con un objetivo determinado. Se encaminó en forma precisa hacia una de ellas y le platicó con sigilo y precipitación. Después de cambiar algunas frases, la india le entregó algunos ramos de flores y ella cruzó la Portada de Maravillas en dirección al cementerio. La vendedora de flores se levantó casi después y marchó tras la negra. Eso despertó mis recelos. Me deslicé en seguimiento de las dos. Creo no haber demorado más de quince minutos en llegar a la puerta del camposanto, no obstante, cuando me asomé al interior vi que la negra regresaba sin las flores y marchando ágilmente. Advertí entonces que la morena caminaba con soltura, con los brazos colgando y la cintura movediza, como lo hacen todas las mujeres de color. Ese detalle me hizo recordar las observaciones de ustedes. Pensé al instante que no podía ser otra que la sirvienta de la señora de Cáceres, la negra Gregoria Laínez. Desde ese momento no le

quité el ojo de encima, y la vi dirigirse al centro de la ciudad. Tal vez presintiendo que era seguida, desde que se vio en las calles centrales apresuró el paso y más parecía escabullirse que caminar. Así llegó hasta la calle Negreiros y se detuvo en la puerta de servicio de una gran casona, vecina al conocido palacio del expresidente Balta. Después de observar hacia todos lados y valiéndose de una llave que llevaba consigo entró en la casa.

—¿Averiguó usted a quién pertenece esa residencia? —preguntó Leonora.

—Por supuesto. Vive en ella una viuda bastante rica y que hace vida retirada, pese a que su marido tuvo gran figuración social en años anteriores. Se llama Aurora de Latorre.

—¿La negra volvió a salir de la casa? —quiso saber la agente.

—No, señorita —le contestó Dupré con aspecto decepcionado—. Vigilé por espacio de tres horas y la negra no apareció más.

Pero Leonora se dio por satisfecha:

—¡Espléndido, ya tenemos otra vez el rastro de la morena ladina! —exclamó—. Y espero que ahora no volveremos a perderlo. Le agradezco sus informes, Gastón, y lo relevo de seguir vigilando a esa mujer. Desde ahora se encargará de espiar la casa de la señora de Latorre nuestra impagable Elcira.

El tren que venía de Chosica entró a la vieja estación de Viterbo poco después del mediodía.

Doña Antonia Moreno bajó a tierra apegada a la mujer que la alojó en Chosica, más bien escondida tras ella, y cargando uno de sus canastos. Lloviznaba. Cubierta la cabeza con el desastrado pañolón de colores y vestida con sayas viejas y descoloridas, se confundía perfectamente con la multitud de serranas pobres que desocupaban el tren. Tras las dos mujeres, con un saco con naranjas en sus espaldas, caminaba el capitán Pérez, irreconocible en sus avíos indios.

La masa de campesinos que cruzaba los rieles, portando los productos que traían para las ferias y los mercados, invadió el recinto de la estación, haciendo imposible el control de los soldados, que tampoco estaban con ánimo de exponerse a la lluvia

para examinarlos uno a uno.

Confundida con aquella manada humana, doña Antonia salió de la estación y caminó hasta la callejuela que corría por el costado norte de la iglesia de San Francisco. Allí fue alcanzada por sus dos acompañantes. Dejó en el suelo el canasto que cargaba y detuvo un coche de alquiler que venía hacia la estación. Mientras el vehículo se aproximaba, habló a sus acompañantes, sin mirarlos:

—Iré directamente al colegio del Sagrado Corazón, de San Pedro. Ustedes váyanse al mercado. Allí quedará Consuelo vendiendo sus productos y esperando mis órdenes. Usted, capitán Pérez, le dejará a ella el saco de naranjas e irá a esperarme en casa de doña Aurora de Latorre.

—Perfectamente. Allí nos juntaremos. Pase lo que pasare, iré a esa casa, después de averiguar qué ha ocurrido a mis hijas.

Media hora más tarde, la señora de Cáceres se encontraba en presencia de la Madre Superiora del convento. Una horrible incertidumbre le roía el corazón cuando preguntó a la religiosa por sus hijas. Ésta, que ya se había asombrado al máximo al verla aparecer con tan sucia vestimenta, la observó con el más vivo estupor:

—Aquí están, por supuesto. Gracias a Dios, se encuentran perfectamente sanas y tranquilas.

La fortaleza de la señora de Cáceres se abatió entonces y su entrañable alegría se tradujo en un llanto convulsivo, que la obligó a buscar apoyo en un hombro de la Superiora.

—Nunca más volveré a separarme de ellas —musitó la señora, después de que se hubo serenado un poco—. Si quiere nuestro destino que padezcamos vicisitudes, las soportaremos todos juntos: Andrés, las tres pequeñas y yo.

Cuando recobró su acostumbrada seguridad, pidió a la Superiora que trajera a sus hijas y abandonó con ellas el convento, dirigiéndose a la casa de Aurora de Latorre.

Había dejado de lloviznar y un calor pegajoso saturaba la ciudad.

Elcira tuvo tiempo sobrado para observar a su antojo la mansión

de Aurora de Latorre.

Cuando cesó de lloviznar, Elcira fue paseándose a lo largo de la calle Negreiros, pregonando afónicamente su mercancía. Fatigada, después se sentó sobre un poyo de piedra que marcaba la esquina con la calle Corcovado.

No hacía mucho rato que se encontraba en aquel lugar, cuando vio venir a un indio desastrado que, con paso cansino, se introdujo en el callejón ciego que separaba la mansión de Aurora de Latorre del palacio Balta. La chilena se acercó a investigar con disimulo. Pero el indio había desaparecido, sin que pudiera adivinarse en cuál de las dos mansiones entró.

Amodorrada por el calor húmedo, empezaba a dormitar, cuando una forma oscura que surgió del fondo del mismo callejón la hizo despabilarse. Una mirada le basto para darse cuenta de que se trataba de la negra Gregoria. Fingiéndose dormida, la dejó pasar; luego, recogió su canasto y se puso a caminar tras ella.

Pero en aquel mismo instante apareció un coche por el otro extremo de la calle que se detuvo frente a la puerta principal de la mansión vigilada. Elcira vaciló entre quedarse a observar quiénes descendían de él o de seguir a la negra, decidiéndose por lo último.

No obstante, mientras caminaba iba volviendo la cabeza para ver qué sucedía con el coche de alquiler. El conductor golpeó el ancho portón claveteado de bronce y, casi enseguida, éste se abrió de par en par.

El vehículo entró al zaguán, sin que se supiera quiénes lo ocupaban.

Empezaba a oscurecer cuando la chilena se presentó ante Leonora Latorre, en la casa de la calle Trapitos.

—Leonorcita —le dijo jadeando—, creo que he dado con el sitio en donde se reúnen ahora los señorones del Comité Patriótico de la Resistencia.

Los ojos de Leonora estaban fijos en ella, con una muda interrogación.

—Durante toda la tarde seguí a la negra Gregoria. Ésta dio vueltas y revueltas por las calles, sin detenerse en alguna parte, hasta que, al cabo de un par de horas, se encaminó derecho a un gran bodegón antiguo que está justo en el lindero de la ciudad. *Hei* entró. Un cholo me explicó que ése era el Circo Politeama. La negra

Gregoria no tardó mucho en salir. Entonces se fue a la casa de doña Rosita Elías, junto al Jardín Botánico, y entregó a la sirvienta un pequeño paquete que llevaba debajo del manto. Desde ahí regresó sin más a la casa de la señora de Latorre.

Leonora no conocía el mencionado Circo Politeama, pero sí otros locales semejantes, en donde actuaban compañías artísticas de poca monta. Fácil le fue imaginar las posibilidades que ofrecía como escondite a toda clase de conspiradores.

—Bien —determinó la agente—, vamos a mandar a Jerez a que averigüe si ese local está abierto al público y esta noche iremos los tres a dar una vuelta por sus alrededores para examinarlo con detención.

Poco antes de las diez de la noche salieron a la calle y caminaron rápidamente hasta el jirón de Carabaya, que nace de la Plaza Mayor.

Toribio Jerez iba adelante, portando un farol y los salvoconductos que exhibía a las patrullas nocturnas. Los soldados observaban con sonrisa maliciosa el paso de las dos mujeres envueltas en sus mantos.

Poco después llegaron a un costado del Mercado de Cádices. Allí se adosaron al largo muro y ocultos por las sombras pudieron observar el Circo Politeama, que se alzaba en la esquina más próxima. Toribio había averiguado que estaba cerrado desde hacía poco más de un mes. El teatro se extendía a lo largo de la plazuela llamada La Faltriquera del Diablo, frente a la cual se abrían un ancho portón de toscos batientes y cuatro o cinco puertas pequeñas. En la parte superior de la fachada se advertía una sucesión de ventanillas cuadradas.

El ordenanza se percató de que había manifestaciones de vida dentro del edificio y susurró su descubrimiento a Leonora. A través de las altas ventanillas se veía pasar y repasar una luz muy tenue.

Al rato se oyó un ruido vago pero inconfundible de pasos que se acercaban por la calle Encarnación. Apenas un minuto después pudieron distinguir dentro de la penumbra nocturna a varias personas que entraban al ensanche de La Faltriquera del Diablo.

Al mismo tiempo, y demostrando que los que se hallaban dentro del teatro estaban esperando, la luz del piso alto desapareció unos instantes, para filtrarse enseguida por los resquicios del portón que

daba a la calle. Los recién llegados dieron algunos golpes y la entrada les fue franqueada de inmediato.

Leonora aguardó un instante, después que el portón volvió a cerrarse.

—Estamos de suerte —murmuró—. Parece que hemos llegado en el momento justo. O mucho me engaño o el Comité tiene reunión esta noche. Desde aquí podremos observar con facilidad a todos los que lleguen, los que, presumo, serán varios más.

Las presunciones de Leonora se cumplieron rápidamente. Cuando pasó un largo rato sin que se presentara ninguna nueva persona, Leonora se volvió hacia el ordenanza Jerez y le ordenó:

—Toribio, vaya al centro de la ciudad y solicite la ayuda de cualquiera de las patrullas que andan por las calles. Invoque el nombre del contralmirante Lynch, exhiba su salvoconducto y guíe a los soldados hasta aquí. Al mismo tiempo, diga al jefe de la patrulla que mande a un hombre a todo escape al Palacio de Gobierno, a requerir la presencia en este sitio de don Abelardo Núñez.

La agente tenía la esperanza de que El Profesor se encontrara todavía allí, estudiando el asunto del ministro norteamericano Hurlbut, cuya llegada era esperada en esos días.

El ordenanza se resistía a dejarlas solas en aquel lugar, pero Leonora lo persuadió advirtiéndole, irónicamente, que habían hecho toda la guerra sin protección de nadie. Para terminar de convencerlo, le explicó, apremiándolo:

—Tenemos encerrados allí dentro a los principales miembros del Comité Patriótico de la Resistencia. Nunca se nos volverá a presentar otra oportunidad de cazarlos a todos de un golpe.

Eran las once de la noche del 1 de agosto de 1881. La sempiterna garúa limeña había comenzado a caer de nuevo, abrillantando las calles adoquinadas. La oscuridad parecía hacerse más espesa y lúgubre y estremecía inconteniblemente a Elcira en los largos minutos que duraba la espera. Leonora, con la diestra hundida en el bolso donde tenía un arma, aguardaba sin hacer un movimiento.

Entretanto, en la casa de la viuda Latorre se desarrollaba un cauteloso diálogo entre doña Antonia Moreno y el capitán José Pérez. Ella insistía en llevar inmediatamente a los directores del Comité cierto mensaje que les enviaba el caudillo de la sierra. El

oficial se oponía respetuosamente y, por fin, se resolvió que fuera él quien se arriesgara a llegar hasta el Circo Politeama.

—Pues no demore entonces, capitán —lo urgió la señora—. Vaya y dígales que el general Cáceres dispone que no debe realizarse el levantamiento general de Lima hasta después de saber exactamente cuáles son los propósitos del nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos. Si su intención es la de intervenir, en nombre de su país, para que se realice una paz sin cesión de territorio, una rebelión prematura sería contraproducente para los intereses del Perú.

Haciendo sonar apenas sus ojotas indias, Pérez se deslizó como una sombra por la ciudad, marchando siempre por las callejuelas atravesadas y sin faroles en dirección al barrio suroeste de la ciudad. Cuando se hubo alejado del centro, se vio obligado a tomar el jirón Azángaro, única vía directa para llegar al Circo Politeama. Pero recién asomaba a esa ancha avenida, cuando tuvo que retroceder a toda prisa y esconderse en el quicio de piedra labrada de una casona antigua. Un hombre que venía del Mercado de Cádices cruzó rápidamente la bocacalle y pasó hacia el centro de Lima. El capitán aguardó hasta sentir extinguirse sus pasos; luego caminó acelerada y silenciosamente en dirección contraria a la que seguía el nocturno transeúnte. No había alcanzado a recorrer una cuadra, cuando captó un rumor de voces distantes a sus espaldas. Volvió a detenerse. A no más de doscientos metros se divisaba a una patrulla de soldados estacionada en medio de la calle. Frente a los soldados estaba el mismo hombre que el capitán acababa de ver pasar. Pérez relacionó de inmediato este hecho con la reunión de los miembros del Comité en el Circo Politeama. Su incertidumbre duró apenas medio minuto. Súbitamente, el hombre y la patrulla empezaron a andar, a paso vivo, en dirección a él. Durante unos segundos permaneció vacilante; luego se agazapó y cruzó la calle a todo escape. Corriendo siempre agachado, llegó a la plazoleta vacía de La Faltriquera del Diablo. Allí se detuvo, sin aliento, tratando de perforar con su mirada el espacio descubierto frente al teatro. No se veía a nadie, pero podía haber alguien escondido, acechando. Entretanto, la patrulla comenzaba a oírse en forma creciente. El capitán examinó el sitio en que se hallaba. Era el costado izquierdo del viejo edificio y por allí estaban las puertas de salida de las

aposentadurías populares. Sabía que tras aquel muro existía un patio llano. De una ojeada midió la altura de la pared; no pasaba de los tres metros. Izarse le fue fácil, así como también descolgarse al interior.

Entretanto, la patrulla guiada por el ordenanza Jerez había llegado a La Faltriquera del Diablo, Leonora y Elcira le salieron al encuentro. El oficial que la comandaba exigía que se le dieran mayores explicaciones antes de decidirse a actuar, pero la agente lo apremió con autoridad:

—Las explicaciones vendrán después, oficial. Ahora lo que hay que hacer es rodear este teatro e impedir que se nos escapen las personas que están adentro.

—¿Quiénes son? —quiso saber siquiera el oficial.

—Conspiradores, teniente. ¿Ha oído usted hablar del Comité Patriótico de la Resistencia?

El militar afirmó vagamente.

—Son justamente los directores de esa liga revolucionaria los que están reunidos ahora dentro del teatro —le dijo—. Hay que apresarlos a todos, por orden del contralmirante Lynch.

—Pero esa orden…

—Se la estoy dando yo, teniente, y le aseguro que soy persona autorizada para hacerlo —le expresó la joven, con impaciencia—. ¿Envió usted a un soldado a buscar al señor Abelardo Núñez, al Palacio de Gobierno?

—Sí —afirmó el militar, sintiéndose incómodo por el tono imperioso con que aquella mujer lo trataba—. ¿Pero quién es ese señor?… —intentó seguir resistiendo.

El ordenanza Jerez, que veía que estaban perdiendo un tiempo precioso en aquella estéril discusión, decidió revelar al oficial cuál era la fuente de la que emanaba la autoridad de la joven:

—El señor Núñez es el jefe del servicio secreto, mi teniente.

Recién entonces el oficial comprendió en qué asunto estaba metido y se decidió a obrar sin tardanza.

—Las puertas de acceso del edificio dan a La Faltriquera del Diablo —le especificó Leonora—, pero su contorno deslinda con el jirón Azángaro y la calle San Juan de Dios. ¿De cuántos hombres dispone usted?

—De nueve; el décimo fue al Palacio de Gobierno.

—Bien, distribúyalos usted de a dos hombres por cada una de las tres calles e introduzcámonos al interior con los restantes. ¿Traen faroles?

—Uno solo, señorita.

—Que lo enciendan y lo llevaremos en nuestro registro. ¡Rápido, distribuya a sus hombres!

El jefe de la patrulla obedeció al instante, agregando a sus hombres la orden de arrestar a toda persona que intentara salir del circo. Enseguida, acompañando a las dos mujeres y al ordenanza, con la escolta de tres soldados, se encaminaron hacia las puertas de la fachada. Rápidamente comprobaron que todas ellas estaban con los cerrojos corridos por dentro.

—¡Derriben una! —les ordenó Leonora.

Dos soldados forzaron la puerta.

Franqueado el acceso, todo el grupo se introdujo en el teatro. Un cabo marchaba adelante con el farol en alto y uno de los soldados quedó atrás guardando la puerta.

Moviéndose en el interior del viejo edificio, fueron recorriendo el piso bajo. Cuando lograron orientarse un poco, el oficial puso el farol en un punto alto en el centro de la platea y diseminó a sus hombres por los contornos. Éstos habían calado sus bayonetas, para prevenirse contra posibles ataques, y se movilizaban por los palcos, los pasillos y el escenario, dándose voces, de vez en cuando, para asegurarse de que nada les ocurría.

Después de quince minutos de registro, volvieron a reunirse en torno al farol. Ninguno había encontrado ni siquiera rastros de los presuntos conspiradores.

Un examen general del edificio, con desventajas tales como la oscuridad, el excesivo número de pequeños compartimientos repletos de trastos, la infinita red de pasillos y los desniveles que imponía el acceso a las diferentes localidades, no dio ningún resultado fructífero. Al cabo de una hora todos volvieron a juntarse en el escenario.

El oficial se volvió a Leonora y la miró con burlona compasión.

—Se engañó, señorita —le dijo—, el teatro está y ha estado siempre vacío.

Las pupilas de la agente fulguraron con mal contenido enojo.

—No nos hemos equivocado, oficial. Fuimos tres los que vimos

entrar a un grupo numeroso de personas. Los conspiradores entraron a este recinto y no pueden haberse hecho humo. Cuando ustedes llegaron, estaban aquí.

—No me lo explico entonces —reflexionó el militar; luego ordenó a sus hombres con desgano—: Montaremos guardia hasta que sea de día, para volver a registrar con más luz. Es posible que existan subterráneos.

Leonora no hallaba qué actitud tomar cuando en el silencio nocturno se oyó el ruido de numerosos pasos que entraban por la puerta principal.

La joven sonrió aliviada, pareciéndole identificar en una de las voces que se acercaban la de Abelardo Núñez.

En efecto, no tardó en aparecer la figura de El Profesor por la puerta posterior de la platea. Junto a él venía el teniente Alberto del Solar, seguido por una veintena de soldados de la guardia de Palacio.

—¡Señorita Latorre! —se oyó al jefe del servicio secreto llamar desde lejos.

—Aquí estamos, don Abelardo, al pie del escenario —le respondió ésta.

Los recién llegados se aproximaron, provistos de numerosas linternas.

—¿Arrestaron a los conspiradores? —fue lo primero que preguntó El Profesor. Y cuando se le respondió en forma negativa, se dispuso a entrar en acción inmediatamente—. Registraremos de nuevo.

Obedeciendo las órdenes tajantes de Núñez, el teniente Del Solar diseminó a sus veinte soldados con la consigna de no dejar un rincón del edificio sin escrutar.

El propio Profesor, acompañado por las dos agentes y el ordenanza Jerez, tomó a su cargo el examen de los patios del circo. Procediendo con toda meticulosidad, el jefe del servicio secreto fue hurgando en las dependencias, hasta llegar al patio posterior. Comenzaba a circundarlo, apegándose a los muros, cuando se detuvo en seco. Había una escalera de mano apoyada en la tapia posterior y se volvió hacia sus ayudantes:

—¡Basta! Ya no es necesario que sigamos buscando. Esos condenados se fugaron por esta escalera y, seguramente, hace

mucho rato que se escabulleron por entre la ranchería del callejón de San Cristóbal.

Regresaron cabizbajos al interior del teatro. Allí estaba el jefe de la patrulla.

Al ver llegar a El Profesor, levantó el rostro y le exhibió lo que tenía entre las manos.

—Observe, señor —le dijo—. Mis hombres encontraron este par de ojotas en la calle del costado izquierdo del teatro.

El Profesor hizo un gesto de fastidio y tentado estuvo de reprender al oficial por distraerlo con una tontería semejante.

Por un costado del escenario apareció la figura del teniente Del Solar, subiendo por una escalera que conducía a los subterráneos.

—¡Señor Núñez, hemos hecho un hallazgo extraordinario! —gritaba.

La impresión lo hacía jadear levemente, al informar:

—El escenario es hueco y en la enorme cavidad que hay debajo, ¡hemos hallado nueve cajones con fusiles y una pared entera recubierta por cajas de municiones!

El Profesor miró con los ojos desorbitados a los que lo rodeaban:

—¡El arsenal del Comité Patriótico de la Resistencia! —exclamó con voz sorda.

—¡Las armas que se envían a la sierra! —dijo Leonora.

—Peor que eso, señorita —volvió a observar Núñez—; seguramente son parte de las armas con que los conspiradores pensaban hacer la revolución en Lima.

El valioso hallazgo convirtió a El Profesor en un torbellino. Olvidándose definitivamente de las dos mujeres, bajó a saltos al subterráneo y, después de comprobar la existencia de las armas, tomó las disposiciones necesarias para registrar el edificio hasta sus cimientos.

Leonora resolvió que la presencia de ellas dos ya no era necesaria en aquel sitio, y, acompañadas por el ordenanza Jerez, regresaron a su casa.

El registro del Circo Politeama continuó durante el resto de la noche y parte del día siguiente. Los soldados arrancaron sistemáticamente los paneles de madera, desentablaron los palcos, abrieron el entretecho, en resumen, desarmaron todo cuanto pudiera servir para ocultar el más pequeño objeto.

Poco antes del mediodía, El Profesor, al que se había unido ahora Gastón Dupré, se presentó en la casa de la calle Trapitos. Sucio por la faena en que había participado y con el rostro amarillento por la trasnochada, no podía, sin embargo, ocultar su satisfacción.

—¡Leonora…, Elcira…, las felicito! —entró diciendo—. Gracias a ustedes, hemos dado un golpe mortal a los rebeldes. El Circo Politeama era, sin duda, el centro principal de sus reuniones y, al mismo tiempo, su arsenal secreto.

—¿Descubrieron algo más, Profesor? —quiso saber Leonora.

—Por supuesto, señorita. Debajo del semicírculo de palcos había un verdadero surtido de sables y bayonetas y, en el entretecho, más cajones con fusiles.

—¿Y documentos…, papeles que indiquen los nombres de los miembros del Comité?

El Profesor negó con la cabeza.

—Esos nombres los vamos a saber hoy mismo —afirmó—. Hice dictar una orden de arresto contra el administrador del teatro, un tal Nicoletti. Un grupo de guardias fue a su casa y no lo encontró, pero, en cambio, hallaron a su esposa, que no es italiana, sino peruana auténtica. Se la arrestó y condujo al Panóptico, al momento. Estaba tan aterrada que no me cabe la menor duda de que obtendremos de ella todos los datos que necesitamos. ¿Quiere asistir al interrogatorio?

Leonora rechazó la invitación con aire apesadumbrado.

—No me agrada ser espectadora de la desdicha ajena —dijo gravemente— Si obtiene usted los nombres, comuníquemelos por escrito, eso me bastará.

El Profesor realizó aquella misma tarde su cuestionario a la esposa del administrador del Circo Politeama. Aunque repugnara a su naturaleza caballerosa amedrentar a una mujer, ya de por sí aterrada por los sucesos en que se veía envuelta, mostró ante ella la actitud fría y deshumanizada de un inquisidor.

Sentado ante la señora Nicoletti, comenzó por mentirle, con voz helada, que era peligroso para ella obstinarse en callar, ya que su esposo había sido arrestado y estaba confeso del delito de encubridor.

—Y, aunque italiano de origen —le dijo—, por haber sido

descubierto contraviniendo el decreto que imponía la entrega de todas las armas, será sometido a consejo de guerra.

La mujer lanzó un grito ahogado y retorció las manos con desesperación.

—Y hasta puede ser pasado por las armas —le pronosticó su interrogador.

—¡No, por Dios Santo, no! —gimió la prisionera, hondamente afectada por el vaticinio—. Mi marido no es culpable.

—Si no aparecen los verdaderos culpables, se le juzgará a él —siguió diciendo El Profesor con absoluta frialdad—. Diga quiénes forman el Comité Patriótico de la Resistencia entonces —la acució.

—No lo puedo decir —sollozó la prisionera, agitando la cabeza, con enloquecida nerviosidad.

El Profesor se puso de pie violentamente y gritó:

—Bien, entonces acusaré a su esposo de conspirar contra el ejército chileno, de proveer de armas a los montoneros de la sierra y de promover una insurrección en Lima. —Y apuntándola a la frente con uno de sus índices, la sentenció—: ¡Y le aseguro a usted que he de llevarlo al banquillo de fusilamiento!

La señora Nicoletti retrocedió aterrada. Desarmada por el pánico, comenzó a clamar:

—¡No, no! ¡Mi marido es inocente! Los que escondieron las armas y conspiraron son los del Comité Patriótico de la Resistencia.

—¡Sus nombres!… ¡Sus nombres! —le exigió imperiosamente El Profesor.

La prisionera ocultó el rostro contra el muro y, totalmente descontrolada, fue enumerándolos, entre sollozos convulsivos:

—Don Carlos Elías…, don Luis Carranza…, don Pedro Elguera…, el coronel Federico Luna y Peralta…, el señor obispo don Pedro José Tordoya…, don Luis Ramos…

—¿Y mujeres?… ¿No hay mujeres acaso?…

La señora Nicoletti resbaló apegada al muro hasta quedar hecha un ovillo a sus pies. Con voz ahogada por el llanto, musitó:

—Doña Rosita Elías… y doña Antonia Moreno de Cáceres.

Los labios delgados del contralmirante Lynch se estiraron en una

sonrisa desdeñosa, que dio cierto aire de crueldad a su rostro. Tenía por fin la lista con los nombres de los directores del Comité Patriótico de la Resistencia. Después de leerla por dos veces, alargó el papel al ministro plenipotenciario Joaquín Godoy.

El Profesor, que se mantenía de pie y a cierta distancia de los dos personajes, admiró una vez más la prestancia del marino chileno, cuya figura encuadraba con tanta propiedad en el fastuoso decorado de la histórica sala del Palacio de Gobierno.

Godoy, repantigado en un sillón de alto respaldo, fue leyendo los nombres de los conspiradores, junto a los cuales el servicio secreto había añadido algunos detalles de sus actividades. Como, por ejemplo, que Luis Carranza era el director del periódico *El Comercio*; que el coronel Federico Luna y Peralta había sido uno de los jefes que firmaron el compromiso de no volver a tomar las armas contra Chile; que Rosa Elías era la esposa del contralmirante Lizardo Montero, Jefe Político y Militar del Norte, y también el dato, sobradamente sabido, de que Antonia Moreno era la esposa del general Andrés Cáceres.

—Esa última es, sin duda, la principal sostenedora del movimiento subversivo —anotó el contralmirante Lynch—. Afortunadamente para ella logró escapársenos de Lima.

El Profesor se excusó por tener que rebatirlo.

—La señora de Cáceres está en la capital —le expuso—. Ese dato forma parte también de la confesión de la señora Nicoletti. La detenida no supo decirnos cuál es el escondite actual de la generala, pero tenemos un medio seguro para averiguarlo. Su criada de confianza se encuentra escondida en la mansión de doña Aurora viuda de Latorre, en la calle Negreiros.

—Pues investíguelo sin tardanza —le ordenó el contralmirante —. A la primera persona que debemos anular, si es que deseamos acabar con la resistencia, es a la señora de Cáceres.

El ministro Godoy lo observó con incredulidad:

—¿De veras la hará arrestar, amigo Lynch?

—Siento tomar esa medida, don Joaquín, pero la impone la seguridad general.

—¿Y qué haremos con los demás implicados, señor? —preguntó El Profesor.

—Hay que apresarlos ahora mismo. Tenemos cargos en contra

de ellos que son más que suficientes para meterlos a la cárcel. Ocultación de armas, tratos con el enemigo, conspiración, etc.

—Son personajes de muchas campanillas —le advirtió Godoy, en tono ambiguo—. Su arresto va a ser como el estallido de una bomba en pleno corazón de Lima.

—Ellos han querido que se produzca la explosión —fue la respuesta del contralmirante—. Al único que respetaremos, en razón de su investidura religiosa, será al obispo Tordoya, pero lo mantendremos constantemente vigilado.

—¿Y esos arrestos se harán…? —quiso saber El Profesor.

—Hoy y todos simultáneamente —puntualizó el contralmirante.

Acto seguido redactó una orden para que el coronel Valdivieso, en su carácter de intendente de Lima, practicara las detenciones.

Sin embargo, aquellos arrestos no pudieron efectuarse, porque apenas una hora después de haberse despachado la orden, llegó un emisario del Callao, trayendo la noticia del arribo a ese puerto del nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, Stephen Hurlbut.

Patricio Lynch recibió la información con un cierto brillo de desafío en la mirada; en cambio, Joaquín Godoy agachó la cabeza meditabundo.

—¿Sabe usted, contralmirante, que la aparición en escena del nuevo ministro norteamericano cambia por completo el cariz de la situación que estábamos estudiando recién? Sería un traspié de incalculables consecuencias el arresto en masa de tantas personas destacadas de la política peruana, justamente el mismo día en que aparece el representante de los Estados Unidos, cuyas intenciones desconocemos, aunque sospechamos.

—En verdad, podría complicar nuestro futuro entendimiento con ese diplomático —razonó el jefe chileno y, de inmediato, dejó sin efecto las órdenes de detención que había expedido. En cambio, encargó al coronel Valdivieso que colocara vigilancia permanente frente a las casas de todos los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia, especificándole que debían ser guardias uniformados, a fin de que los conspiradores supieran claramente que sus actividades eran conocidas y que se esperaba el menor pretexto para atraparlos. Pero la orden de arresto que afectaba a doña Antonia Moreno de Cáceres se mantuvo.

—A esa dama hay que apresarla tan pronto se la ubique —determinó—. Será valioso para nosotros poder usarla como rehén, a fin de cohibir las acciones del caudillo de la sierra.

Aquella misma tarde, El Profesor recibió una instrucción especial que le enviaba Patricio Lynch, quien le expresaba:

> *Es absolutamente indispensable que logre introducir a uno de sus hombres más hábiles dentro de la casa de gobierno de La Magdalena; si es posible, en el interior mismo de la residencia del presidente García Calderón, necesitamos estar en condiciones de enterarnos, en todos sus detalles, de las relaciones que se entablen entre el nuevo ministro plenipotenciario de los Estados Unidos y el presidente provisional.*

El Profesor actuó con la rapidez que le era característica. A la mañana siguiente viajó al pueblecito de La Magdalena, de donde regresó al mediodía, para almorzar en el Hotel Maury. En la tarde recogió a Gastón Dupré en su observatorio de la Puerta Falsa del Cercado y se dirigieron a la casa de Leonora. Cuando estuvieron con las agentes, les expuso su plan. Comenzó por recordarle que, según los informes enviados por el representante chileno en Washington, Stephen Hurlbut aparecía coludido con las empresas financieras que estaban gestionando, para ellas, el monopolio del guano y del salitre.

—Pues bien, en las conferencias que se realicen entre el ministro Hurlbut y García Calderón han de tratarse la forma y condiciones en que se ha de entregar a la Sociedad de Crédito Industrial de Francia o a la Peruvian Company la explotación de las covaderas y literas y la forma en que intervendrá el Gobierno de Estados Unidos —resumió Abelardo Núñez.

—Lo que no entiendo es cómo podremos introducirnos en la intimidad del Gobierno de La Magdalena —discurrió Leonora.

—También a mí me pareció difícil, en un comienzo —les advirtió El Profesor—. Pero, después de practicar ciertas averiguaciones, he visto un camino. Usted, Dupré, es mitad francés. Su padre era nacido en Francia. Por otra parte, su tipo es perfectamente europeo y habla usted el idioma galo con toda corrección.

El aludido rió divertido por algo que acababa de ocurrírsele.

—¿No pretenderá usted que me presente en la casa de gobierno de La Magdalena como representante de Francia?

El Profesor lo llamó a la seriedad con una mirada reprobatoria.

—Déjese de niñerías, Gastón. Ya tengo escogido el papel que va a desempeñar. Escuchen con atención, que a todos nos tocará colaborar en este asunto.

Núñez había averiguado en La Magdalena que al día siguiente presentaría sus credenciales el ministro Hurlbut. Y que, después de esta ceremonia, las autoridades gubernamentales dependientes de García Calderón le ofrecerían una magna fiesta, a la que estaban invitados ministros, congresales y personalidades limeñas afectas al Gobierno Provisional. También se enteró de que el servicio de aquel sarao lo haría el Hotel Maury.

—Pues bien —siguió explicando el jefe—, la dueña de ese establecimiento es una ecuatoriana viuda de un chileno apellidado Contreras. Cuando supe que se había encargado al Hotel Maury el servicio de la fiesta, almorcé con ella y la convencí de que lo admita, a Dupré, entre el personal de servicio que atenderá la comida. Actuará usted como jefe de los mozos, algo así como un *maître d'hôtel* francés recién llegado a Lima.

El agente lanzó una nueva carcajada.

—Pero si no sé cómo se sirve una mesa para cuatro personas ni mucho menos lo que deben comer —aclaró jocosamente.

—Tiene veinticuatro horas para aprender lo esencial de ese oficio —lo emplazó El Profesor—. La propia viuda de Contreras lo instruirá. Pero, aparte de lo que pueda captar de aquí a mañana, confío en su imaginación y en su inventiva, Gastón. Lo que deseo, y esto entiéndalo bien, es que la esposa del presidente García Calderón se sienta tentada de contratarlo para el servicio de la casa de gobierno de La Magdalena.

Dupré silbó suavemente y elevó los ojos al cielo, en un gesto de picaresca comicidad.

—¡Oh, la, la! La cosa consiste entonces en conquistar a la señora.

Leonora le siguió el tema, maliciosamente. Según ella, no le

sería empresa difícil gracias a su espléndida figura; en lo que estuvo de acuerdo Elcira.

—Vaya lo antes posible al Hotel Maury y preséntese a la viuda de Contreras —dijo Núñez a Dupré—. Ella le proporcionará todo lo que necesita. Sé que hoy irán los mozos a La Magdalena, para estudiar los salones en que se dará la fiesta. Vaya con ellos.

Gastón Dupré se dispuso a partir al momento, pero cuando ya se iba, se volvió hacia el grupo y, quitándose el sombrero, hizo una exagerada reverencia:

—Bon soir, mes chers amis. On verra si je suis capable de me conduire comme un parfait maître A tout a
d'hôtel.
l'heure
!

El Profesor se quedó frotando las manos con satisfacción.

—Bien, esa misión ya está en marcha —exclamó—. Veamos ahora la que nos corresponde. Por instrucciones del contralmirante Lynch, la señora Antonia de Cáceres debe quedar arrestada hoy. Sabemos que está en Lima, pero ¿dónde?…

—En la casa de la viuda de Latorre —le ilustró Leonora.

—¿Existe seguridad de que está allí? ¿Se la ha visto entrar o salir?

—No, a ella no, pero sí a su criada Gregoria —siguió explicándole la joven, e infirió—: Tienen que estar juntas.

El Profesor movió la cabeza con aire dudoso y expuso que no podían arriesgarse a cometer un error.

—Imagínense qué descrédito sería para la administración chilena si nos presentáramos a allanar la casa de una dama tan emparentada con la mejor sociedad limeña si la señora de Cáceres no estuviera allí. No, no; tenemos que asegurarnos primero.

—Entonces habrá que echarle la mano encima a la negra Gregoria y apretarla hasta que cante —intervino Elcira, siempre ejecutiva.

El jefe del servicio secreto aprobó.

—Escuchen —dijo a las agentes—: Voy a pedir al intendente Valdivieso que me proporcione dos policías vestidos de civil, los que se instalarán con Elcira en la calle Negreiros. —Dirigiéndose a la aludida, le indicó—: Cuando vea salir a la negra, hará una seña a

los policías, los que la apresarán a una distancia prudente de la casa. Cuando la tengamos en sitio seguro, podremos interrogarla hasta obtener que nos confiese dónde está doña Antonia de Cáceres.

Aquella misma tarde Elcira fue a ocupar su puesto de observación frente a la casona de la viuda de Latorre.

Alrededor de las seis de la tarde el coche cerrado de doña Rosita Elías pasó por una segunda vez frente a la mansión de la viuda y del palacio del difunto presidente Balta. No escapó a los ojos perspicaces la figura rechoncha de la vendedora de dulces que se hallaba sentada en la vereda opuesta a las mansiones, ni tampoco las de los dos hombres que platicaban flojamente en la esquina. A una indicación suya, el cochero guió los caballos hasta la esquina siguiente y los hizo doblar por la calle Canafe. Treinta metros más allá, detuvo el coche. Estaban al costado del vetusto palacio del presidente Balta.

La señora Elías, después de examinar la calle con aparente despreocupación, entró por una pequeña puerta falsa. Mientras oía alejarse el coche, caminó a través de un largo corredor, al que daban sucesivas puertas de despensas, carboneras y otras dependencias. El palacio parecía abandonado, pero no lo estaba. Moraba en él la madre del extinto presidente, mujer anciana y enferma, que se mantenía recluida en su dormitorio, cuidada por una sola doméstica.

Caminando como por terreno muy conocido, Rosita Elías cruzó arcadas y corredores hasta llegar al otro costado de la residencia. Subió por una antigua escalera de mármol y se introdujo a un salón, cuya ventana daba sobre un callejón ciego que servía de separación al palacio y a la casona de la viuda de Latorre. Frente a la ventana por la que asomó su rostro Rosita quedaba un ventanal de la casa contigua.

La hermosa señora miró un reloj que llevaba colgado al cuello con una gargantilla de oro, y se dispuso a esperar. Justo a las seis de la tarde la ventana del frente se entreabrió también y apareció en el resquicio el rostro de Antonia Moreno de Cáceres. La señora Elías le hizo una seña con su mano enguantada y comenzó a hablarle, en voz queda, aprovechándose de que no las separaba una distancia superior a dos metros.

—Recibí su llamado y vine al momento, doña Antonia.

—Ya sabrá usted todo lo ocurrido, ¿verdad? —le susurró la aludida.

Doña Rosita afirmó con un gesto. Estaba enterada del registro del Circo Politeama; también, de que habían puesto vigilantes en la casa de todos los miembros del Comité.

—En nuestra casa no han colocado guardias todavía, por eso pude venir —le explicó.

—No tardarán en hacerlo, Rosita —le sentenció la esposa del caudillo. Creo que hemos perdido la partida, por ahora. No caben dudas de que los enemigos están en posesión de todos nuestros nombres.

—Al llegar, he visto a tres personas sospechosas frente a su casa, doña Antonia: una vendedora de frutas y dos hombres —le advirtió la señora Elías.

—Esa vendedora es la que ha seguido durante varios días a mi criada Gregoria —respondió doña Antonia—. Pero estimo que no vienen por mí. No pueden saber que estoy en Lima. Seguramente tratan de atrapar a la negra.

—Les bastará con allanar esa casa —razonó su interlocutora.

La señora de Cáceres hizo un gesto afirmativo.

—Es lo que temo hagan en cualquier momento —dijo—. Por eso he decidido marcharme lo antes posible. La he llamado para que me preste su ayuda.

—Disponga de mí. ¿Qué debo hacer?

—Ver a Teresa Vélez y Astorquiza y pedirle que solicite del contralmirante Lynch un salvoconducto para mi.

—Pero eso es absurdo, jamás se lo concederá.

—Ya lo sé —afirmó doña Antonia—. Pero deseo que Teresa Vélez cuente al contralmirante una historia patética, que le diga que me encuentro enferma y anhelo salir de Lima, para ir a recuperarme en mi hacienda de Ica. Lo que me interesa es que se cumplan las formalidades para obtener un salvoconducto, es decir, que el jefe enemigo pierda tiempo en averiguar de su amante cuál es la dirección en que vivo, con el fin de mandar guardia a aprehenderme lo antes posible.

—¿Y qué dirección dará Teresa? —necesitó saber la señora Elías.

Doña Antonia Moreno cerró los ojos dolorosamente durante un par de segundos.

—La de la casa de mi madre, que ha muerto hace cuatro días —expresó apesadumbrada—. Está en el barrio de Malambo, al otro lado del río. Así los esbirros del «Príncipe Rojo» irán a buscarme allá, dejándome el camino franco para salir de Lima por otro lado.

—¿Y la vendedora de dulces que está allá afuera y los dos hombres que parecen vigilar desde la esquina?

—Sé cómo desembarazarme de ellos. Lo hemos estudiado con el capitán Pérez —dijo doña Antonia, y añadió con pesadumbre—: Tendremos que sacrificar a mi abnegada Gregoria. Ella misma lo ha propuesto. Como es a quien esperan, saldrá rápidamente tratando de que la arresten lo más lejos de la casa. Entretanto, el capitán Pérez y yo sacaremos a mis hijas y veremos modo de abandonar Lima.

Una hora más tarde, la señora de Cáceres tenía todo dispuesto para su partida, pero se mantenía inmóvil, sentada en un rígido sillón de madera oscura. Le hacían compañía silenciosa doña Aurora de Latorre y la negra Gregoria. Todos los pensamientos de la señora se concentraban sobre el tiempo que corría lentamente en alas del minutero. Concediéndose un margen de error, doña Antonia calculaba que la amiga íntima del jefe chileno hablaría con él a las siete. Imaginaba que el contralmirante se daría prisa en dictar la orden para que ella fuera arrestada en la falsa dirección señalada a Teresa Vélez. En consecuencia, los guardias llegarían a la huerta de su difunta madre entre las siete y media y las ocho. Deducía entonces que el momento más a propósito para salir estaba encerrado en aquella media hora.

Los cálculos de la esposa del caudillo eran perfectamente exactos. Teresa Vélez y Astorquiza se presentó ante el contralmirante Lynch justamente a las siete de la tarde y alcanzó a hacerle su pedido antes de que el jefe chileno entrara a una reunión con su gabinete. Cuando Lynch se separó de su atrayente amiga tenía la dirección de la madre de doña Antonia y ordenaba que saliera un piquete de guardias a apresar a la señora Cáceres.

Por su parte, en el mismo instante en que el reloj del salón de doña Aurora Latorre dio las siete y media, la esposa del general llamó a sus tres hijas, que habían sido vestidas con ropas poblanas, gruesas y toscas, aptas para un viaje difícil.

Al verla abandonar su asiento, la negra Gregoria se le acercó con

nerviosa solicitud.

—Ya es la hora, mujer —le dijo la señora—. Sal a la calle y camina lo más aprisa que puedas, para que los que te esperan afuera no te alcancen hasta varias cuadras más allá. Siento lo que pueda ocurrirte, negra, pero las dos debemos pensar solamente en la salvación de las niñitas —le murmuró acariciando su cabeza.

—No tenga temor, mi señora, no va a pasarme nadita —la tranquilizó la abnegada sirvienta—. Me tomarán presa, pero, así me enciendan candela bajo los pies, no voy a decir ni una sola palabra. Que lo pase bien, ama, mis respetos al amo Andrés.

La señora le agradeció con semblante cariñoso y le hizo señas de partir. Como la negra se arrodillara ante ella solicitando su bendición, le trazó sobre la frente el signo de la cruz.

Gregoria Laínez se encaminó resueltamente hacia la puerta y se lanzó a la calle sin volver la cabeza.

Doña Antonia contempló con tristeza a sus tres hijas, que la rodeaban sonriendo, ignorantes por completo del peligro en que se hallaban, y también a la anciana señora de Latorre, que la observaba con pesadumbre. Eran los únicos que iban quedando en la casona. El capitán Pérez había partido hacia media hora, llevándose a las otras dos criadas de la señora, Martina y Helena.

Cuando doña Antonia calculó que su negra se habría alejado algunos metros de la casa, miró cautelosamente por el costado de los visillos de una ventana y vio que la vendedora de dulces hacía una seña a los dos hombres que se hallaban en la esquina, y echaban a andar en seguimiento de Gregoria. La señora regresó junto a sus hijas y les musitó suavemente para no alarmarlas:

—Hijitas, vamos a salir ahora mismo y haremos un largo viaje. Pero no se asusten, porque nuestro propósito es llegar al lado de papá. —Enseguida abrazó a la viuda de Latorre y le murmuró al oído—: Doña Aurora, mi gratitud hacia usted quedará por siempre comprometida. Iré primero a casa del señor Gómez Silva, que fue jefe del Partido Pierolista y está comprometido con mi esposo. Vive en la calle Lechugal. Él tendrá que proporcionarme los medios para huir —explicó. Y reuniendo en torno suyo a sus hijas, se encaminó hacia la puerta—. Adiós, señora Aurora y gracias de nuevo.

La dueña de la casa se quedó de pie en mitad del pasillo y su rostro se mantuvo inalterable, hasta que se cerró la pesada puerta

de calle; entonces empezó a llorar quedamente.

En los momentos en que doña Antonia y sus hijas echaban a andar hacia el mercado, se veía a la negra Gregoria discutiendo con los dos hombres, a unos doscientos metros de distancia. La esposa del general no se arriesgó a detenerse para conocer el resultado, sino que apresuró el paso. Confundida con la multitud que pululaba en torno al Mercado Nuevo, pudo pasar inadvertida y llegar hasta la calle Lechugal, en donde vivía Gómez Silva.

El antiguo jefe pierolista se demudó cuando la tuvo en su presencia. Sabía que la señora era buscada activamente por las patrullas chilenas y que sería considerado un encubridor si se la hallaba en su casa.

Doña Antonia leyó en su semblante el miedo que le invadía y le abrevió la entrevista. Necesitaba llegar con sus hijas a la Portada de Cocharcas, en donde la aguardaba gente fiel, manifestó al antiguo amigo de su esposo; sólo le pedía que le prestara su coche para llegar hasta allí.

Gómez Silva se mordió los labios, pálido de vergüenza por su falta de coraje, e inventó excusas para no comprometerse.

La señora comprendió que era estéril gastar palabras con aquel miserable y, cuando volvió a hablarle, su voz sonaba dura y áspera.

—Está bien —aceptó—. Pero le advierto que repetiré esta escena, palabra por palabra, a mi esposo, el general Cáceres. Vamos, hijitas.

Gómez Silva la siguió algunos pasos, intentando aplacarla con servilismo.

Pero ella le volvió la espalda rudamente y se encaminó hacia el mercado.

Allí su dificultad consistió en encontrar un cochero que fuera negro. Muchos de los chilenos desplazados del sector del ejército que había regresado al sur quedaron en Lima y se ganaban la vida en aquellas tareas. No obstante, por fin, descubrieron a un mulato que dormitaba sobre el pescante de su vehículo. Sin esperar a que el hombre despertara del todo, la señora abrió la portezuela e introdujo en el coche a sus hijas; luego ordenó al conductor, autoritariamente:

—Llévame a la Portada de Cocharcas, cholo. Tengo que recoger una encomienda en el tambo que hay allí.

—Como mandes, señora. ¡Arre, mula!… ¡pt!, ¡pt!, ¡pt!

El desvencijado carruaje partió al trote cansino de sus mulas. Minutos más tarde rodaban por una ancha extensión de terreno anterior a la Portada de Cocharcas, frente a cuyo pesado rectángulo, de gruesos adobones, se veían varios soldados chilenos revisando los pasaportes de los viandantes que entraban o salían de la capital en aquellas tardías horas del anochecer. Cuando estaban a una cincuentena de pasos de la Portada, el cochero disminuyó la marcha y la pequeña Zoila Aurora divisó a través de una ventanilla al capitán Pérez, encubierto todavía con sus ropajes de indio.

—¡Mamá, ahí está el capitán Pé…! —alcanzó a decir, impulsivamente, cuando dona Antonia la acalló.

—¡No vuelvas a repetirlo, hijita! —le recomendó. Y golpeando en el respaldo del pescante, ordenó al conductor que se detuviera—. Ahí está el criado que me iba a traer la encomienda —le dijo, llamando al oficial por el nombre de Sebastián.

Pérez la reconoció inmediatamente y se acercó a la portezuela renqueando, como un zambo perezoso.

—¡Ay, mi amita, por la Virgen! —exclamó con acento plañidero —. Ha habido un feo error. Me han dicho en el tambo de la posta que la diligencia que traía el correo ha *quebrao* sus ejes y tuvo que quedarse con toda su carga en el Tambo de Tebes.

Doña Antonia se demudó al oír aquella información, que para ella significaba que la escolta que debía esperarla en Tambo de Mora no había conseguido llegar nada más que hasta el de Tebes.

La señora abrió las manos resignándose ante lo irremediable.

—¡Qué le vamos a hacer! —reflexionó con fatalismo—. Afortunadamente la hacienda de Tebes no está lejos. Suba al pescante, Sebastián, y vaya con nosotros.

Pero el negro que conducía el coche se negó a seguir.

—Perdóname, ama, pero mi coche no sale de la ciudad. Mis mulas están cansadísimas —dijo primero, para agregar luego, en voz baja y misteriosa—: Además, no tengo salvoconducto y no quiero pasar querella con esos soldados chilenos que guardan la Portada.

Fueron inútiles los razonamientos que esgrimió la señora para ablandarlo. Ni las súplicas ni el ofrecimiento de dinero cambiaron su decisión de no seguir.

—La plata no me servirá de nada en la cárcel o fusilado, amita —terminó por decir y buscando zafarse de aquel compromiso les mostró una carreta cargada de pasto, que pasaba por el costado del coche, en dirección a la Portada de Cocharcas.

El capitán Pérez comprendió al momento la muda sugerencia y, abriendo la portezuela del carruaje, invitó a descender a las niñas y a la señora.

—Es lo más acertado, doña Antonia —le susurró a ésta, dejando de hablar como cholo—. Trépese de inmediato en la carreta, por la parte trasera, que yo me adelantaré a convencer al boyero.

La señora asintió rápidamente y fue arreando a sus niñas hasta dar alcance a la carreta. Luego, una tras otra, las elevó por sobre la baranda posterior, depositándolas entre las gavillas de alfalfa.

Entretanto, el capitán Pérez había detenido al boyero y hablaba animadamente con él. Supo que era peón de la hacienda San Borja, ubicada a medio camino de la de Tebes, y argumentándole precipitadamente que la señora y las niñas eran parientes del patrón de San Borja, lo convenció de llevarlas hasta allá. La carreta volvió a ponerse en movimiento, aproximándose a la Portada que custodiaban soldados chilenos. El capitán Pérez se sentó junto a la vera y advirtió a la esposa del general:

—Tome a la más pequeñita en su regazo y cúbrale los rizos rubios. Que las otras dos niñas se escondan bajo los sacos y entre la alfalfa.

La carreta fue acercándose con lentitud a la Portada. Iba pasando sin detenerse y el capitán Pérez ya creía que nadie se preocuparía de ellos, cuando uno de los centinelas alzó el rostro y se acercó con el fusil al brazo. El boyero detuvo su carro. Entonces el soldado se acercó a la parte posterior del vehículo, echó una ojeada hacia el interior, y observó en silencio. Luego exclamó con desgano:

—Pueden pasar.

El conductor picaneó a sus bueyes y el pesado carro emprendió su marcha hacia la campiña.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró doña Antonia y se persignó fervorosamente.

Había amanecido cuando llegaron hasta el punto en que el camino se bifurcaba, desprendiendo una angosta trocha en

dirección a la hacienda San Borja. Entonces el capitán Pérez decidió pedir al boyero que siguiera transportándolos hasta la hacienda de Tebes.

—Oiga usted, compadre —le dijo con campechanía—. Cuando le dije que la señora y las niñas eran parientes de su patrón, lo estaba engañando. La verdad es que ellas están emparentadas con el señor Juan Urmeneta, el dueño de la vecina hacienda de Tebes.

El indio no manifestó ninguna emoción al saber que había sido engañado, pero tampoco detuvo su carro.

—Lo siento, pues, compadre —le respondió monocorde—, pero yo no puedo salirme de mi camino. El administrador de San Borja, un negrazo llamado Quiroz, no suelta nunca el látigo, y si me demoro más de lo que él ha calculado que debo tardar desde Lima, me pela los lomos, pues.

El capitán Pérez comenzó a exasperarse, pero se refrenó, tratando de convencerlo por la buena vía.

—El propio señor Urmeneta vendrá a darle una explicación al negro Quiroz, hermano —le dijo suavemente—. Pero tiene que seguir con la señora y las niñas hasta la hacienda de Tebes.

El indio agitó la cabeza displicentemente y se limitó a decir:

—Yo no me mando.

El oficial crispó los puños y subió al pescante.

—No te me pongas testarudo, hombre —le expresó con violencia amenazadora poniendo su puño cerrado cerca del rostro del boyero. Pero éste, lejos de intimidarse, dio un grito rabioso y enarboló su picana por sobre la cabeza.

—A mí no me gruñe ningún indio, ¿sabes? —vociferó.

El oficial se puso de pie, cegado por el enojo, y quiso arrebatarle la pértiga; pero en los momentos en que luchaban sobre la carreta, una voz áspera y bronca grito:

—¿Que demonios les pasa a ustedes, malditos carajos?…

El boyero dejó de luchar instantáneamente al oír aquella voz, y saltó al suelo, dejando su pértiga en poder del capitán. Éste se volvió y vio a un gigantesco negro. Al momento comprendió que se trataba del administrador de la hacienda, el negro Quiroz, a quien el boyero había clasificado de feroz.

—¿Qué es esto? —bramó, dirigiéndose al boyero—. ¿Cómo has tenido el atrevimiento de echar sobre tu carreta a gente extraña,

indio bruto?

El capitán Pérez se dio cuenta de que era forzoso apaciguarlo de cualquier modo, para evitar una escena violenta que perjudicaría a la señora y a las niñas.

—¿Usted es el administrador de esta hacienda, caballero? —preguntó con respeto.

Todo el versátil enojo del jinete desapareció como por encanto al oírse tratar de «caballero» y, halagado, respondió:

—Sí, soy el administrador. ¿Quiénes son esa mujer y esas niñas?

El oficial descendió al suelo suavemente para no encender de nuevo la cólera del negro y, haciéndole una seña misteriosa, le dijo:

—Apartémonos un poco, y le explicaré. La señora y las niñas son parientes muy cercanas de don Juan Urmeneta y las he sacado de Lima porque las perseguían los chilenos —le expresó el oficial en voz baja—. Ahora tengo que llevarlas a la hacienda de Tebes.

El negro lo observó con recelo y gruñó en el mismo tono secreto que había empleado su interlocutor:

—¡Hum, mucho compromiso es mezclarse con gente a la que persiguen los chilenos! Estos caminos están llenos de patrullas de caballería que se meten en las haciendas a cada momento. —Y ladeando un poco la cabeza para volver a observar a las pasajeras de la carreta, inquirió—: ¿Quiénes son esa mujer y sus crías? Muy importantes tienen que ser para que las persigan.

El capitán Pérez comprendió que era inútil seguir engañándolo. Prefirió entonces descubrirse ante él y apelar a sus sentimientos nacionalistas.

—Voy a confesarle, señor Quiroz —le dijo hablando con su voz natural—, y confiaré en su espíritu patriótico para que nos ayude: Ellas son la esposa y las tres hijas del general Andrés Cáceres.

El negro se irguió sobre la montura y miró a las ocupantes de la carreta largamente. Durante un buen rato permaneció así, con el rostro contraído, muy serio.

Por observar al individuo del cual dependía la suerte de todos ellos, el capitán había quitado su atención del camino y se dio cuenta de que algo raro ocurría, hasta que el boyero señaló con la diestra a una marcha oscura que avanzaba envuelta en una nube de polvo.

—¿No le dije que las patrullas de la caballería chilena recorren

constantemente estos caminos? —exclamó el negro Quiroz, saliendo de su abstracción—. Pues ahí viene una.

Doña Antonia Moreno se incorporó en la carreta, y miró hacia el fondo del camino. Luego volvió los ojos hacia el capitán Pérez y el negro Quiroz. El oficial estaba desencajado, y se había aferrado a las bridas del caballo del administrador. Este último levantaba su rostro retinto en dirección al grupo de jinetes que se acercaba como una tromba.

El capitán Pérez lo remeció rudamente de una pierna, para saber qué decisión tomaría, pero el negro no se dignó mirarlo.

El jefe del piquete chileno se acercó y, como cumpliendo una rutina, preguntó en general:

—¿Quiénes son ustedes?

El negro se volvió entonces hacia el capitán Pérez y lo miró al fondo de los ojos, con una especie de complicidad que tranquilizó al oficial.

—Soy Dagoberto Quiroz, administrador de la hacienda San Borja —dijo enseguida, y agregó lentamente—: Estos dos hombres son peones de la hacienda, señor capitán.

El jefe del piquete no manifestó duda alguna. Sin prestar más atención a los hombres, acercó su caballo a la carreta y miró al interior. Entonces sí que demostró sorpresa.

—¿Y esta mujer y estas niñas? —preguntó a Quiroz.

El negro sonrió melosamente al contestarle:

—Son allegadas a la casa de don Juan Urmeneta. Usted debe conocer a ese caballero, señor capitán; es el dueño de la hacienda de Tebes.

—¿Qué parentesco tienen con él? —siguió interrogando el oficial chileno.

El negro agregó a su sonrisa una clara expresión maliciosa.

—Usted, como hombre que ha visto mucho mundo, tiene que comprender —le dijo al oficial, haciéndole un guiño—. Don Juan Urmeneta baja por temporada a Lima y… ¡bueno! Ahora la señora viene a la hacienda, porque don Juan ha decidido tenerla más cerca, junto con las niñas. Me comprende, ¿verdad?

El jefe del piquete gruñó algo por lo bajo y se separó de la carreta, desagradado por la velada explicación que le daba el negro.

—¡Pueden continuar! Pero usted, Quiroz, se hace responsable de

esa gente —gritó.

Cuando la caballería chilena comenzó a alejarse, el capitán tuvo que buscar apoyo en un costado del carro y desde esa posición agradeció sinceramente al negro por la ayuda que les había prestado. Éste se limitó a sonreír y su semblante entonces aparecía completamente transfigurado. Luego ordenó al boyero que siguiera con la carreta hasta la hacienda de Tebes y, llevándose la mano al borde de su tosco sombrero, se despidió de la señora de Cáceres y partió.

Poco después del mediodía, los viajeros llegaron a su destino.

Urmeneta, prevenido por los oficiales de la «Ayudantina» que habían vigilado la carreta desde las cumbres, aguardaba bajo el arco de piedra que daba acceso a la hacienda. Había hecho que sus criados instalaran bebidas frescas y emparedados sobre una ancha piedra asentada bajo la sombra protectora de grandes molles. Asomándose a la parte trasera de la carreta, el hacendado dio la bienvenida a las parientes del general Cáceres.

Los veinte oficiales de la «Ayudantina» formaron un semicírculo en torno a ellos y saludaron a la señora sacándose sus chambergos encintados de rojo. Doña Antonia fue reconociendo a algunos de ellos y se impresionó de verlos tan cambiados. Eran los mismos jóvenes que ella conociera en los salones limeños antes de la guerra, pero ahora se los veía prematuramente maduros.

—Señora, lamento que este encuentro deba ser brevísimo —le explicó el dueño de la hacienda—. Pero no debemos prolongarlo más que lo que dura un transbordo. Las patrullas enemigas están pasando continuamente. Por ello, he preferido atender a ustedes aquí, en la entrada del camino que conduce a las casas. Después los oficiales las acompañarán por la ruta que va por la quebrada de Cieneguillas; es el camino más seguro para llegar hasta el campamento del general Cáceres.

Oscuras nubes se batían amenazadoras sobre el llano, cuando reiniciaron la marcha. Doña Antonia montaba un magnífico caballo alazán, mientras sus hijas eran llevadas en brazos por oficiales de la «Ayudantina».

Urmeneta se despidió de ella con una profunda reverencia. Los oficiales de la «Ayudantina» formaron en dos filas a ambos lados de la señora, y su jefe, el coronel Manuel Cáceres, antes de marchar, se

quitó su sombrero alón y con acento solemne dijo, dirigiéndose a doña Antonia:

—Señora, juramos a nuestro ilustre general Cáceres llegar con ustedes sanas y salvas hasta él. Ahora, al emprender la jornada de regreso, reiteramos ante usted nuestro juramento: ¡Juramos morir antes de dejarla en manos de los enemigos!

—¡Juramos morir! —repitieron con viril acento.

Extendidos los jinetes en dos largas filas, galoparon durante horas, hasta llegar a las ruinas incaicas de Pachacamac. Ahí dieron un breve respiro a las bestias, bebieron todos unos sorbos de agua y volvieron a montar.

Los guías que habían trepado a las cumbres vecinas, para otear hacia la quebrada de Cieneguillas, regresaron advirtiendo que habían divisado movimiento de jinetes en las cimas interiores. Se resolvió entonces fraccionarse en grupos menores, porque el tropel sería demasiado visible. Afortunadamente caía una intensa lluvia, que borraba la visión a la distancia. Doña Antonia, protegida con el poncho y el sombrero de uno de los oficiales, volvió a emprender el galope. Los demás grupos ya se habían perdido por otros caminos y el suyo avanzó por los escarpados declives de Tamboinga. No habían transcurrido diez minutos desde que reemprendieron la marcha, cuando la señora buscó a sus hijas entre sus acompañantes y sólo pudo ver a dos; faltaba la más pequeña, Rosa Amelia. Traspasada por la angustia, inquirió por ella al coronel Manuel Cáceres, que trotaba a su vera, pero éste sólo supo responderle que la traía en sus brazos el teniente Bedoya. Anheloso de calmar a la señora, hizo buscar al citado oficial por entre los jinetes del grupo, pero no estaba con ellos; había marchado con el pelotón que tomó el otro sendero.

La mujer del caudillo quiso regresar al punto de partida, presa de la más profunda inquietud por la pequeña, pero se la convenció de que era una locura intentarlo.

—Trate usted de tranquilizarse —le argumentó el coronel Cáceres—. El teniente Bedoya y los que van con él cuidarán a su hija con sus vidas. Además, no tardaremos en juntarnos de nuevo en el pueblo de Huaycán.

—¿A qué hora llegaremos allá? —quiso saber la señora llena de angustia.

—Después de oscurecido —le respondió el coronel con pesadumbre—. Créame que lo lamento mucho, pero ya no podemos hacer nada.

Envueltos por la lluvia, que los azotaba como latigazos de agua, llegaron por fin al caserío de Huaycán.

Todos los lugareños dormían encerrados en sus casas, con sus puertas fuertemente atrancadas por miedo a los bandoleros. El coronel Manuel Cáceres no se atrevió a forzar ninguna de ellas para evitar que los vecinos los delataran a los soldados enemigos que rondaban la región. Por esta causa, todos durmieron en el suelo.

A las seis de la mañana entró al pueblo uno de los grupos que se habían dispersado. Al frente del grupo que llegaba venía el teniente Bedoya y bajo su manta se advertía el bulto diminuto que hacía Rosita. Con un grito irrefrenable de alivio, la señora Cáceres le salió al encuentro y tendió los brazos para recibir a su hija. Pero el oficial le expresó con nerviosidad evidente:

—Déjela usted. Está perfectamente bien y no podemos perder tiempo en desmontar; hay que seguir la marcha ahora mismo. Una numerosa patrulla de jinetes chilenos viene entrando a la quebrada de Cieneguillas. Tendremos que desviarnos hacia las cumbres para que no nos den alcance.

La agotadora marcha se reinició ahora en dirección al pueblo de Chontay, en donde existía la esperanza de encontrar a las guerrillas del cura Ríos.

—Si logramos llegar a ese pueblo y remontarnos enseguida hasta la aldea de Sisicaya, podremos considerarnos fuera de peligro —indicó el jefe de la «Ayudantina»; y, como medida precautoria, ordenó que sus veinte hombres cabalgaran en la retaguardia formando una barrera de cuerpos y bestias, destinadas a cubrir a los parientes del general Cáceres.

Desde las primeras cumbres, que dominaban el fondo del valle, vieron a una numerosa columna chilena que entraba al pueblo de Huaycán. No obstante, gracias al oportuno aviso, habían conseguido tomar una delantera que los enemigos no conseguirían descontarles.

El trayecto hasta Chontay fue aliviado y, cuando el destacamento asomó al desfiladero que daba entrada al pueblo, tuvo que resignarse a un recibimiento especial que le tenían preparado sus habitantes. En las cimas de los cerros, músicos indios

golpeaban sus tambores tradicionales, despertando los ecos de la montaña, mientras centenares de guerreros, también indios, apostados en las alturas que bordeaban el camino lanzaban vivas y aclamaciones al paso de la señora.

—¡Viva «Mamá grandés»!… ¡Viva!…

Cuando el grupo de jinetes asomó a la calle principal de Chontay, las campanas de la iglesia fueron echadas a vuelo y cohetes de artificio se elevaron al cielo, atronando con un regocijado estrépito.

Al comienzo del pueblo, jinete en un alto caballo negro, esperaba un jefe con insignias de coronel. Vestía un flamante uniforme azul marino, con vivos rojos, y se cubría con un bicornio emplumado. Era alto y grueso, de rostro oscuro y torvo, con pobladas cejas sombreándole los ojos inyectados en sangre. Desde el sitio en que él se hallaba hasta la plaza del pueblo, abrían calle, en doble hilera, centenares de guerreros indios, vestidos con ponchos de colores, monteras incaicas, pantalones a media pierna y ojotas.

Doña Antonia se volvió al coronel Cáceres y le preguntó extrañada:

—¿Quién es ese coronel que manda a tantos guerrilleros?

—Es el coronel Eugenio Ríos, el famoso cura de Cieneguillas —le respondió el militar.

La señora frunció el ceño al ubicarlo en sus recuerdos. Era éste uno de tantos párrocos serranos que habían cambiado las sotanas por el uniforme y el cáliz por la espada.

—Este cura de Cieneguillas es terrible —le explicaba el coronel, a medida que avanzaban hacia el personaje—. Nadie en la comarca se atreve a mirarlo a los ojos. Comentan que, desde que se puso uniforme, se ha convertido en una fiera. Al general Cáceres no le agrada en absoluto la conducta que observa. Los castigos que impone a sus hombres, a la menor falta, son pavorosos. Dicen que ha muerto a varios a latigazos, que a uno le cortó la lengua y a otro, los dedos de los pies.

La señora asintió en silencio. Aunque observándolo desde cierta distancia, ya se había formado la misma impresión de él.

—Coronel —susurró a su acompañante—, le ruego que disponga todo lo necesario para que permanezcamos el menor tiempo posible en este pueblo.

El comandante de la «Ayudantina» estuvo de acuerdo con ella.

—Descansaremos unas horas aquí y continuaremos la marcha hacia Sisicaya —determinó—. Pero, por ahora, disimulemos nuestra impresión, que aseguran que este sacerdote tiene la penetración de un brujo para adivinar los pensamientos.

Pese al propósito que se había hecho doña Antonia de permanecer corto rato en Chontay, el cura guerrillero la retuvo, con porfiada obsequiosidad, para que asistiera a un banquete que le ofrecían, aquella noche, los principales vecinos del pueblo.

La esposa del general Cáceres tuvo que resignarse, muy a pesar suyo.

El banquete que el cura de Cieneguillas le ofreció aquella noche la sumió en un mar de agrias reflexiones. La actitud del antiguo párroco, ocupando con su corpachón toda la cabecera de la mesa, bebiendo groseramente grandes jarros de chicha, masticando como un ogro y hablando continuamente con voz estentórea, la hicieron pensar en la cantidad de tiranuelos que debían estar naciendo al amparo de las circunstancias y so capa de patriotismo. El trato despótico que el excura daba a sus subalternos y a las personalidades vecinales, impidiéndoles hasta hablar sin su permiso, su desdén de sátrapa, la fatuidad con que hablaba de «su ejército de la montaña» y de sus planes futuros le advirtieron que aquel hombre, como muchos otros, sólo iba tras el logro de ambiciones personales y que más adelante no serían sino parásitos voraces enquistados en el bando del general Cáceres.

Su despedida del cura Ríos fue, en consecuencia, fría y distante, lo que hizo que el déspota arrugara el ceño.

Tan pronto los guerrilleros de Cieneguillas y su jefe quedaron en la distancia, el comandante de la «Ayudantina» advirtió a la señora:

—Se ha granjeado usted la enemistad del cura Ríos para siempre, doña Antonia.

La enérgica señora se encogió de hombros:

—Ese hombre no ha sido ni será nunca amigo de nadie. Lo primero que voy a recomendar a mi esposo es que lo prive de todo mando; de lo contrario, nos dará muy desagradables sorpresas en el porvenir.

—Al cura Ríos, señora, nadie podrá despojarlo del mando si no es matándolo —sentenció siniestramente el coronel Cáceres.

Después de cabalgar durante algunas horas, entraron en Sisicaya, donde merendaron con tranquilidad y tomaron antecedentes sobre el camino que deberían seguir para ir hasta Cocachacra, donde Andrés Cáceres aguardaba a su esposa.

Tranquilizada ya con la seguridad de que nada podría impedirle reunirse con su marido, doña Antonia permitió que la columna disminuyera la rapidez de su andar y aquella última etapa la realizaron en forma descansada y digna, como correspondía a la escolta de la mujer y las hijas del caudillo de la sierra.

15

La llegada del ministro plenipotenciario de Estados Unidos a Lima era el tema obligado de todas las conversaciones en aquellos días. El discurso de recepción que pronunció en la casa de gobierno de La Magdalena se comentaba en todos los corrillos, ilusionando a los adeptos de García Calderón y también a muchos altos personajes limeños. Todos ellos pensaban que Hurlbut se constituiría en un árbitro que, mediante el respaldo de su país, impondría una paz conveniente para el Perú.

El contralmirante Lynch y su consejero diplomático, Joaquín Godoy, se fueron dando cuenta paulatinamente de la reveladora transformación que estaban experimentando los miembros del Gobierno Provisional y, muy especialmente, el propio García Calderón. Por tres veces éste ignoró las solicitudes del plenipotenciario chileno Godoy para que se reunieran a discutir los asuntos relativos a la paz. Y en las reuniones sociales en que se encontraron evitó sistemáticamente verse con él. Igual actitud adoptó Hurlbut. Visitó a todos los representantes extranjeros, menos al chileno. Y procedió exactamente igual que si el país estuviera libre y en plena paz.

—Mala política es la que está siguiendo Mister Hurlbut —observaba el contralmirante Lynch—. Olvida que el Gobierno de García Calderón es tolerado por nosotros solamente porque lo consideramos un elemento útil para firmar la paz; pero si entrevemos que, lejos de servirnos se transforma en un obstáculo para nuestros propósitos, podemos eliminarlo con la misma facilidad con que le hemos permitido actuar.

Pese a todos el presidente García Calderón decidió, por fin, a reunirse con Joaquín Godoy. Pero las conclusiones a que llegaron

fueron nulas.

—Me parece que pretenden ganar tiempo, para avanzar en otro sentido —resumió Godoy a Patricio Lynch después de aquella reunión—. Se redujo a manifestarme que el Congreso de Chorrillos ha autorizado al Ejecutivo para celebrar la paz, pero asociando a Bolivia a nuestras conferencias.

Esperar que Bolivia enviara un plenipotenciario significaba perder varias semanas.

—Olvidan intencionadamente que ya nada queremos con Bolivia —consideró, molesto, el contralmirante Lynch—. La paz con ellos la firmaremos cuando hayamos esclarecido todos nuestros problemas con el Perú, como es la indemnización de guerra y la garantía territorial que han de darnos.

Las reuniones siguientes entre los representantes del Gobierno Provisional y Joaquín Godoy, cuyas fechas habían quedado acordadas, fallaron por diversos y fútiles motivos, afirmándose en los chilenos la convicción de que el presidente provisional y sus ministros, obedeciendo sugerencias del enviado norteamericano, seguían empeñados en ganar tiempo.

En aquella atmósfera de incertidumbre se encontraba Lynch cuando se presentó ante él Abelardo Núñez, para informarle que había conseguido introducir al agente Dupré en la propia casa de gobierno de La Magdalena.

—¡Magnífico! ¿Y ha podido oír algo que sea de interés para nosotros? —le preguntó el contralmirante, abreviando sus explicaciones.

—No mucho. Dupré se ha visto obligado a moverse con mucha cautela en la sede gubernamental de La Magdalena. Pero, desempeñando a la perfección su papel de francés ignorante del idioma, consiguió que los habitantes de la casa y sus visitantes hablaran ante él con entera confianza.

—Pero ¿ha logrado asistir a alguna reunión entre el ministro Hurlbut y García Calderón? —le insistió el contralmirante.

—Recién ayer pudo entrar a la sala en que ellos dos se encontraban, para servirles unos refrescos —le respondió Núñez—. Antes, sólo pudo enterarse de que sostuvieron dos conferencias, pero no tuvo oportunidad para acercarse a ellos.

—¿Y ayer?… —le indagó Lynch con ansiedad.

—Apenas alcanzó a oír unas frases sueltas, pero Dupré cree desprender de ellas varias conclusiones —le respondió El Profesor —. En los momentos en que Gastón entraba a la sala donde estaban el presidente y el norteamericano, García Calderón hablaba de depósitos de carbón en el puerto de Chimbote.

Godoy, que también estaba presente, expresó que esa región es una de las más ricas en carbón y otros minerales en el Perú. Agregó que muy próximo a Chimbote se haya el famoso Callejón de Huaylas, donde existe una riqueza minera incalculable.

—Justamente, para la explotación de esa riqueza fue que se comenzó a tender, hace algunos años, un ferrocarril, que todavía está inconcluso —terminó de explicar.

Al oír aquellos antecedentes, El Profesor exclamó:

—¡Creo que ahí está la clave del asunto! Resulta que, habiendo entrado mi agente otra vez a la sala, pudo oír claramente que García Calderón decía a Hurlbut: «Entregaríamos a usted la concesión del ferrocarril de Chimbote a Yummarca, para que realice el trabajo de su prolongación hasta Recuay, valiéndose de una empresa norteamericana».

—¡Diablos, eso sí que es valioso! —observó el contralmirante y se volvió hacia Godoy, como si solicitara su opinión.

Éste se veía concentrado en sí mismo, calculando las enormes proyecciones que encerraba aquella oferta.

«Pero esa fabulosa regalía, ¿a cambio de qué? —se preguntaba; y la respuesta venía al cerebro—: A cambio de su intervención para asegurar el apoyo norteamericano a un tratado de paz que evitara al Perú perder el territorio de Tarapacá reclamado por Chile como contribución de guerra».

Que el plenipotenciario norteamericano y el presidente provisional habían llegado a un entendimiento era algo que se desprendía fácilmente de la actitud altanera que habían adoptado García Calderón y los miembros de su gobierno. Ya no hablaban de la celebración de la paz lo antes posible, sino que postergaban una y otra vez las conferencias que debían haber sostenido con el representante chileno, Joaquín Godoy.

Al contralmirante Lynch se le iba agotando la paciencia, pero se esforzaba en mantenerse sereno. Confiaba en que los asuntos diplomáticos terminarían por aclararse y esperaba, al mismo

tiempo, la oportunidad precisa para comenzar a actuar como su sagacidad ya le estaba indicando.

Entretanto, ordenó a El Profesor que practicara una investigación discreta sobre todo lo relacionado con el ferrocarril de Chimbote, y diseminó por Lima a gente de su confianza para que lo mantuviesen enterado de los comentarios que corrían por la ciudad sobre la misión de Hurlbut y sobre sus relaciones con el Gobierno Provisional. En tanto se quedó a la espera de que el representante norteamericano compareciera ante él. Esto ocurrió el 12 de agosto, fecha en que Hurlbut hizo su visita de cortesía al jefe del ejército chileno de ocupación. Aquella entrevista fue brevísima y estuvo sujeta estrictamente al protocolo, de modo que el contralmirante no encontró la ocasión de plantearle las interrogantes que le quemaban la lengua. Dejó pasar algunos días sin devolverle la visita, a fin de que el norteamericano no creyera que el asunto lo preocupaba demasiado. Pero a tal extremo aumentaron los comentarios callejeros sobre la segura intervención de los Estados Unidos en los asuntos de la paz, que se decidió, por fin, a hablar claramente con Hurlbut.

El 23 de agosto se hizo anunciar en la legación de los Estados Unidos, envuelto en la severa pompa militar con que acostumbraba rodear todos sus actos.

—Señor Hurlbut —expresó—, mucho se habla actualmente en Lima de la misión que lo ha traído a este país, y de todos los comentarios se desprende siempre lo mismo: que ha venido para intervenir en las negociaciones de paz entre Chile y Perú.

El interlocutor fijó largamente sus ojos azules en los del contralmirante, antes de responderle. Era un hombre de mediana estatura, ancho de cuerpo, de escasos cabellos rubios y tez rojiza. Su ceño siempre fruncido denotaba o una fuerte miopía o un carácter sumamente irascible.

—Señor contralmirante Lynch —respondió, con voz áspera y un poco estridente—, puedo declarar a usted en forma categórica que no son ésas las instrucciones que me ha dado mi Gobierno. Pero el presidente de los Estados Unidos vería con agrado que se celebrara la paz entre Chile y el Perú cuanto antes… y sin cesión de territorio.

El contralmirante se concentró durante unos segundos, antes de contestarle. Comprendía que estaba frente a un personaje ducho en

las artimañas diplomáticas.

—Excelencia —le expresó cauteloso—, debo aclararle que Chile no provocó la guerra, y que, si se vio forzado a hacerla, no fue con ánimo de conquista, ni con el propósito de agrandar su territorio. Pero los sacrificios que ella costó a la nación, tanto en vidas como en dinero, exigen que sean compensados en forma amplia y satisfactoria.

—Perú está llano a pagar una contribución de guerra prudente —aventuró el norteamericano.

Lynch vio la oportunidad de dejar de lado los circunloquios y argumentó con firmeza:

—Perdóneme que lo rebata, Excelencia; pero el Perú no posee actualmente los medios para pagar la indemnización que mi país le exige. Por ello, Chile guardará el territorio de Tarapacá en garantía, hasta que nuestros vencidos cancelen lo que el tratado de paz estipule como la indemnización de guerra correspondiente.

El ministro Hurlbut se encogió de hombros, como queriendo demostrar que era ese punto el que le estaba vedado debatir, pero siguió diciendo:

—Creo que si estudiamos el caso con serenidad, y ustedes me permiten opinar en calidad de representante de una nación amiga, podremos llegar a una solución satisfactoria para ambos bandos.

El jefe chileno no creyó prudente que su interlocutor se aprovechara de aquella oportunidad para convertir una mera visita de cortesía en una conferencia de carácter oficial, que él no quería sostener a solas.

—Preferiría que en una conversación de ese tipo participara el señor Joaquín Godoy, quien no ha tenido aún oportunidad de hablar con usted.

—¡Ah, es verdad! He caído en el imperdonable olvido de visitar al señor Godoy —confesó Hurlbut, pero sin manifestar turbación de ninguna especie—. La culpa fue de mi antecesor, quien no me dio a conocer la existencia de una legación chilena. Me propongo reparar mi error inmediatamente, enviándole una carta explicativa. Pero, por el momento, me placería mucho discutir con usted los asuntos relativos a la paz. ¿Qué le parece si charlamos en forma extraoficial?

El contralmirante lo observó con atención y, estimando que

nada arriesgaba con someterse a una conversación en tales condiciones, aceptó.

El ministro plenipotenciario se arrellanó cómodamente en su sillón y empezó a exponerle el punto de vista de los Estados Unidos respecto a la prolongación del estado de guerra entre Chile y Perú. Por espacio de media hora habló, en forma liviana y amistosa, sobre aquel tema, causando perplejidad y confusión al jefe chileno, que esperaba encontrarse con un antagonista harto más difícil de tratar.

Bastante desorientado respecto a los propósitos que incubaba el enviado norteamericano, abandonó la legación. Una vez en el Palacio de Gobierno, esperó con impaciencia la llegada del ministro Joaquín Godoy.

Pero una comunicación urgente llegada desde el cuartel de Chosica lo hizo olvidar por algunas horas aquella preocupación. El comandante de armas de la única guarnición que el ejército chileno mantenía avanzada en la sierra informaba al cuartel general que era imposible mantener por más tiempo al batallón «Aconcagua» en Chosica, porque se había producido un brote de tifus que estaba diezmando a la tropa. Más de trescientos hombres estaban contagiados por la peligrosa epidemia.

Sabedor el contralmirante de que el ejército serrano del general Cáceres ocupaba ya el caserío de Cocachacra, a diecinueve kilómetros escasos de Chosica, estimó que mantener allí a un batallón con tal cuota de enfermos era exponerlo al exterminio por sorpresa. En consecuencia, dispuso que el batallón «Aconcagua» regresara cuanto antes.

Se encontraba dictando estas órdenes al coronel Valdivieso cuando se presentó Joaquín Godoy.

Éste esperó a que terminara de despachar al intendente de Lima, y una vez a solas, le dijo:

—He venido a verlo inmediatamente después de recibir una carta del plenipotenciario Hurlbut, en la que se excusa por no haberme visitado en mi legación. Pero lo que me ha sorprendido es que en ella me habla de una extensa entrevista que tuvo con usted, la que califica de «muy auspiciosa y clara».

El contralmirante Lynch agitó la cabeza con desagrado.

—Es verdad que tuvimos esa entrevista —afirmó—, pero no creo que haya sido auspiciosa de ningún modo. Espere unos segundos,

hasta que termine de firmar estas órdenes. Y se la relataré en detalles, don Joaquín.

El ministro plenipotenciario asintió y tomó asiento, mientras Lynch le informaba del retiro del «Aconcagua».

—De todas maneras, pensaba ordenar el repliegue en estos días, porque recibí informes fehacientes que me indican que el general Cáceres ha conseguido reunir y equipar entre tres y cuatro mil hombres, a los que está diseminando por las quebradas que desembocan sobre Lima —agregó.

Junto con terminar de firmar las órdenes, el general en jefe llamó a su secretario, Mariano Guerrero Bascuñán.

—¿No teme usted que ese ejército de Cáceres baje súbitamente a Lima, aprovechando el retiro de las fuerzas nuestras? —le preguntó Godoy.

El contralmirante afirmó categóricamente:

—Por supuesto que lo temo. Justamente entre estas órdenes que acabo de firmar van dos destinadas a los comandantes del «Buin» y del «7.º de Línea» para que tiendan una línea defensiva en la hacienda Santa Clara, que está a pocos kilómetros al oriente de Lima.

El secretario tardó en venir y cuando lo hizo denotaba apuro y confusión.

—Perdóneme, Su Señoría —se excusó—, pero estaba recibiendo una nota que viene de la legación de Estados Unidos.

Joaquín Godoy enarcó una ceja con extrañeza, y el contralmirante Lynch tuvo un gesto semejante. Era extraño que Hurlbut le enviara una nota, siendo que había conversado con él en la tarde anterior.

—Gracias —le respondió el contralmirante, y a su vez le entregó los documentos que acababa de firmar, diciéndole—: Llévese estas órdenes y hágalas expedir al momento.

Durante unos segundos, Lynch examinó la nota llegada de la legación estadounidense.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó al cabo de unos momentos—. Jamás vi nada más fuera de uso y tan estrambótico.

—¿Qué tiene de particular? —le inquirió el plenipotenciario.

El ministro Hurlbut le enviaba un memorándum de la conversación privada que había mantenido el día anterior,

expresándole que lo hacía con el fin de evitar toda falta de inteligencia sobre lo que debatieron en ella.

—¡Caramba! —exclamó Godoy al enterarse—. O el señor Hurlbut no tiene la menor noción de las prácticas diplomáticas o su proceder encierra un propósito que por ahora se nos escapa. En definitiva, ¿qué dice ese memorándum?

—Es largo, don Joaquín, pero, como lo que leo en las primeras líneas me llama profundamente la atención, voy a traducírselo. Puede que usted me ayude a entender su intención:

Memorándum
Lima, agosto 24 de 1881.
Almirante:
… Sin hacer ninguna referencia a las causas de la guerra entiendo que mi Gobierno es de opinión:
Que se han cumplido todos los propósitos legítimos de la guerra con la derrota completa de los ejércitos peruanos, con la captura o destrucción de su escuadra y con la ocupación de su capital y de todo su litoral;
que cuando ha cesado la resistencia organizada y respetable el estado de guerra debe cesar;
que la victoria de Chile ha sido tan completa, que una paz inmediata es de necesidad para la existencia del Perú como nación; y que, por el interés de ambos países, esa paz debe celebrarse tan pronto como sea posible;
Que el comercio y los derechos de los neutrales han sido bastante perjudicados por los hechos de la guerra, y que los cuantiosos intereses que poseen en el Perú los extranjeros, muchos de ellos americanos, no deben ser puestos en peligro por más tiempo a causa de una prolongación innecesaria del estado de guerra.
Por estas consideraciones, y en atención a nuestros sentimientos amistosos para con ambas partes, somos de opinión de que la paz se halla colocada entre los primeros deberes de ambas naciones…
Debo comprobar también que, así como los Estados Unidos reconocen todos los derechos que adquiere un conquistador bajo el imperio de los principios que rigen la guerra civilizada, ellos no aprueban la guerra con el propósito de

engrandecimiento territorial, ni tampoco la desmembración violenta de una nación, a no ser como un último recurso y en circunstancias extremas.

Como nunca ha existido ninguna cuestión de límites entre Perú y Chile, y por lo tanto no hay entre ellos fronteras que arreglar; y como Chile ha repetido pública y oficialmente que no tiene ningún propósito o designio de hacer anexión forzosa de territorio, abrigamos la opinión clara de que por ahora una actitud semejante no se armonizaría con la dignidad y fe pública de Chile; que sería desastrosa para la tranquilidad de ambos países y que se engendraría una seria enemistad, que constantemente tendería a manifestarse por disturbios.

Los Estados Unidos conceden que Chile tiene derecho (bajo el imperio de la ley de la guerra) a una indemnización completa por los gastos de la guerra, y que el Perú debe pagar esa indemnización según se convenga entre las partes, o se determine por un árbitro desinteresado, y, además, que Chile tiene derecho a pedo seguridades si se concede plazo para el pago.

Pero también participamos de la opinión de que el Perú debe tener oportunidad para discutir amplia y libremente las condiciones de pago, para poder ofrecer una indemnización que se considere satisfactoria, y que es contrario a los principios que deben prevalecer entre naciones ilustradas exigir desde luego y como un «sine qua non» de paz la transferencia de territorio, indudablemente peruano, a la jurisdicción de Chile, sin manifestarse primero la inhabilidad o falta de voluntad del Perú para pagar indemnización en otra forma. Un proceder semejante de parte de Chile se encontrará con un decidido disfavor de los Estados Unidos.

Debe tenerse siempre presente en la imaginación que Chile ha ganado reputación militar, y que puede conducirse no sólo con justicia, sino con liberalidad; que el Perú ha perdido reputación militar, y que ya no puede afrontar mayores humillaciones, y que nunca es cuerdo, aun cuando se trate de pueblos conquistados, arrastrarlos a la

humillación.

Chile ha conquistado su alta posición entre las naciones por los beneficios de un gobierno organizado, por el vigor dado a sus leyes, por el trabajo e industria de su pueblo, en una palabra, por los actos de paz. A esto ha agregado en la presente guerra triunfos espléndidos por tierra y por mar. Los Estados Unidos lamentarían profundamente que Chile cambie su curso, que se vea llevado por una carrera de conquista; porque el espíritu militar y agresivo se opondrá, a nuestro juicio, a su progreso genuino; excitará animosidades peligrosas y acumulará en su contra muchos elementos.

El contralmirante Lynch se detuvo un momento en aquel punto tratando de entender el significado que encerraba aquella velada amenaza.

—¿A qué elementos contrarios alude? —comentaba, al mismo tiempo, Godoy—. ¿A la marina de su país?…

Patricio Lynch hizo un gesto afirmativo, y siguió leyendo:

En consecuencia, opinamos que el acto de la captura del territorio peruano y la anexión del mismo a Chile, ya sea que se haga por fuerzas superiores o sea que se imponga como una condición imperativa para la cesación de hostilidades, se halla en contradicción manifiesta con las declaraciones que previamente ha hecho Chile acerca de semejantes propósitos, y que, con justicia, se mirarían por las otras naciones como una prueba de que Chile ha entrado por el camino de la agresión y de la conquista con fines de engrandecimiento territorial.

Los Estados Unidos desean, sobre todo, que continúe la paz entre las repúblicas de América, que el comercio e industria se unan para desarrollar sus hermosos recursos en provecho de ellas mismas y en beneficio del mundo, y no podemos encontrar ninguna buena razón para que la paz, sobre base de justicia, no se celebre en un tiempo próximo, sin humillaciones innecesarias para una de las partes y sin amplia satisfacción de todas las exigencias propias de la otra parte.

Vuestro obediente servidor,

STEPHEN A. HURLBUT.

Los representantes chilenos se quedaron perplejos y absolutamente desorientados ante aquel extraño documento.

—Es toda una exposición como para alentar a los peruanos, en caso de que fuera conocida por ellos —comentó el contralmirante Lynch—. Lo que no comprendo es qué móvil lo impulsó a mandármela.

Por su parte, Godoy trataba de discernir si Hurlbut procedía por cuenta propia o seguía instrucciones precisas de su Gobierno.

Lynch no creía que el democrático Gobierno de los Estados Unidos pretendiera intervenir tan desembozadamente en una cuestión privada de dos países que mantenían iguales relaciones de buena amistad con él.

—Esta nota tiende exclusivamente a pregonar que el Gobierno de los Estados Unidos se opondrá en forma categórica a que mantengamos en prenda el territorio de Tarapacá hasta que el Perú termine de cancelarnos la indemnización de guerra —advirtió a Godoy. A lo que éste agregó:

—Indemnización en cuyo cálculo también piensa intervenir, puesto que propone sea entregado al estudio de un «árbitro desinteresado».

—¡Desinteresado! —masculló el contralmirante, con expresión suspicaz—. ¿Y la explotación del ferrocarril a Chimbote? ¿Y los doscientos cincuenta mil dólares que le entregó como honorarios la Sociedad de Crédito Industrial Francés?

—Por el momento, no haré nada, ni siquiera acusar recibo. Me limitaré a mandar una copia de él a nuestro Gobierno, y esperaré hasta descubrir la razón que movió al señor Hurlbut a enviármelo —expresó Lynch finalmente.

Aquella misma noche escribió al presidente Aníbal Pinto, explicándole todo lo concerniente al desusado documento, pero no logró borrarlo de su mente. Posteriormente, el estudio de algunos documentos militares llegados de Trujillo y de Ica, rindiéndole cuentas de los hechos que ocurrían en el norte y en el sur, respectivamente, lo hicieron olvidar el problema por algunas horas. Pero inesperadamente se presentó en su despacho El Profesor.

—¿Quería usted saber el móvil que impelió al ministro norteamericano a enviarle un memorándum de la conversación que sostuvieron anteayer, señor? —entró diciéndole. Y extendiendo frente a él un ejemplar del Diario Oficial del Gobierno Provisional, le señaló un título que aparecía en su primera página— ¡Aquí lo tiene!

Patricio Lynch aguzó la mirada y leyó:

Carta del señor ministro plenipotenciario Stephen A. Hurlbut al general en jefe del ejército chileno.

—¿Qué significa esto? —exclamó ingratamente sorprendido.

—Que el memorándum en cuestión no fue escrito para que usted lo leyera, señor contralmirante, sino para que lo leyera todo el Perú —explicó Núñez.

Lynch se puso de pie lentamente, con el rostro contraído.

—¡Un golpe teatral destinado a impresionar a los peruanos! —se dijo.

—Y también de envalentonarlos —le acotó Núñez—. Tan pronto vi este periódico, me encaminé a su redacción para averiguar cómo llegó allí el memorándum, y comprobé con qué avidez se devoraban la publicación los transeúntes.

—¿Logró averiguar quién envió la copia del documento al diario?

—Sí, señor —afirmó El Profesor—, y créame usted que es como para rechinar los dientes de rabia: ¡el propio presidente García Calderón!

Aquel antecedente demostraba en forma palmaria que el ministro Hurlbut y García Calderón estaban confabulados en la misma trama.

El contralmirante Lynch había decidido ya actuar con toda firmeza y aquello sólo vino a confirmarlo en su propósito, pues temía que el diplomático norteamericano consiguiera soliviantar definitivamente a los miembros del Gobierno Provisional, haciéndolos perder todo interés en firmar la paz.

Joaquín Godoy tuvo una opinión categórica al ser consultado al respecto.

—Hay que cortarle las alas inmediatamente al Gobierno Provisional —afirmó.

Acababa de asistir a una parodia de conferencia con don Francisco García Calderón, y estaba todavía enrabiado por la pérdida de tiempo y de palabras que ella le significara.

El presidente provisional no hizo sino repetir las mismas abstracciones de las conferencias anteriores y los dos conferenciantes se separaron sin haber precisado nada.

—Para mí esto se acabó, contralmirante Lynch —decidió Godoy, después de enterarse de la publicación del memorándum—. Estoy convencido de que García Calderón y los miembros de su Gobierno han olvidado deliberadamente que Chile toleró su creación con el único objeto de firmar la paz. Se sienten seguros y no la negociarán hasta que haya terminado de desenvolverse la trama que Hurlbut está manejando. En tales circunstancias, me resulta bastante embarazoso continuar en mi papel de plenipotenciario. Por lo tanto, le comunico que me dispongo a regresar a Chile. Pero, antes de hacerlo, quiero darle a conocer mi opinión descarnadamente. Estimo que debe usted eliminar de un golpe a ese Gobierno Provisional.

—Pienso como usted, señor Godoy —le advirtió el contralmirante—. Pero voy a esperar todavía un tiempo más, seguiré dándole soga al Gobierno Provisional, y creo que terminará por ahorcarse él mismo. Entretanto, le ruego que postergue su decisión de partir hasta quince días más. Estimo que antes voy a necesitar de sus ilustrados consejos.

—Sea —aceptó Godoy, y dijo con ironía—: me quedaré a ver el próximo truco de esta farsa.

Transcurrió una semana sin que se produjeran novedades espectaculares. Sin embargo, los observadores del contralmirante Lynch, en todos los círculos sociales de Lima y en las ciudades dominadas por las armas chilenas, le informaban sobre los efectos que iban provocando en la opinión pública las declaraciones del ministro norteamericano. Las voluntades se inclinaban hacia García Calderón, a quien consideraban como el protegido de los Estados Unidos, y, por consecuencia, como el único hombre con un respaldo suficientemente fuerte como para oponerse a las pretensiones de Chile.

A mediados de septiembre se produjo el segundo golpe de efecto. Una noche, a horas avanzadas Gastón Dupré se presentó en

casa de Leonora Latorre y ordenó al asistente Jerez que saliera a buscar a El Profesor inmediatamente. Éste se presentó poco antes de medianoche, y los agentes secretos se enteraron de que Dupré había descubierto una nota del secretario del dictador Piérola, contralmirante Aurelio García y García, a Stephen Hurlbut.

Supo de esta nota al escuchar una conversación entre el presidente provisional y su esposa. García Calderón explicaba a su consorte que el secretario de Piérola felicitaba al ministro norteamericano por las expresiones vertidas en su memorándum. Pero, al mismo tiempo, decía el secretario que el apoyo de los Estados Unidos debía ser al único hombre que verdaderamente regía al Perú, al general Nicolás de Piérola.

—Pero lo realmente importante no es la nota en sí misma —les aclaró Dupré—, sino la respuesta que dio el ministro Hurlbut al contralmirante García y García.

Afortunadamente, el agente chileno había visto, durante unos minutos, una copia de ese documento. Apremiado por el tiempo, Dupré se limitó a tomar nota de sus párrafos principales:

> *Es entendido que el Perú es una república regida por una Constitución, que debe ser la ley suprema* —decía Hurlbut—. *Apoderarse el señor Piérola del mando supremo y arrogarse una autoridad que la Constitución desconoce fueron actos revolucionarios y atentatorios al acatamiento debido a la ley. La manera violenta y compulsiva como esa revolución se llevó a efecto imprimió al hecho el carácter de un crimen contra la libertad.*

Enseguida, según Dupré, la nota de respuesta se convertía en una dura filípica contra Piérola, al que culpaba del desastre económico y de la derrota militar. Después de desconocer toda base popular y de legalidad al Gobierno de Piérola, el ministro norteamericano agregaba en otro de sus párrafos:

> *El Gobierno del señor García Calderón no pretende hallarse en posesión de una perfecta regularidad. Es provisional, es decir, un medio transitorio de ejercer las funciones del gobierno hasta que la nación pueda obrar directa y libremente. Y es un esfuerzo hacia el*

restablecimiento en este país de un Gobierno regular y constitucional.

Vuestra Señoría se equivoca al decir que cuenta con la simpatía de los chilenos. No hay tal. Quiere la paz, como la quiere todo el país, pero no sacrificará la honra nacional, ni cederá territorio para obtenerla. Chile quiere y pide el territorio de Tarapacá, y reconocerá a aquel que se lo ceda. El gabinete de García Calderón no lo hará. Resta por ver si el de Piérola lo hará.

El contralmirante Lynch dio un violento golpe sobre su escritorio, cuando El Profesor terminó de trasmitirle la información aportada por Gastón Dupré. Por primera vez, desde que asumiera el mando del ejército de ocupación y el control del Perú, se lo veía a punto de perder los estribos. Hurlbut se arrogaba el derecho de mostrarse como el representante oficial del Gobierno Provisional, y de hablar en su nombre. Él había convencido a García Calderón de no firmar la paz con cesión de territorio; por consecuencia, no temía exhibirse abiertamente como un antagonista del Gobierno de Chile.

El contralmirante Lynch sofrenó su justificada indignación y se dio unos días más de plazo antes de actuar.

A la mañana siguiente, el Diario Oficial del Gobierno Provisional publicaba en primera plana la carta de Hurlbut al secretario de Piérola. Aquello fue acumular una burla más contra las fuerzas chilenas que ocupaban Lima.

Aún estaba el contralmirante Lynch con el diario estrujado en su diestra, cuando su secretario le anunció la visita del comandante Francisco Bezanilla, jefe del Estado Mayor General, y del mayor Manuel Rodríguez, que venía con ropas de arriero y sin quitarse todavía el polvo del camino.

El «Príncipe Rojo» estrechó la diestra del comandante y palmeó amistosamente la espalda del mayor.

—Nos hemos permitido molestarlo tan temprano, señor —se disculpó el comandante Bezanilla—, porque era necesario que usted se enterara de una alarmante noticia que me ha traído el mayor Rodríguez esta madrugada.

El contralmirante se volvió entonces hacia el jefe de los exploradores.

—El general Cáceres ha ocupado Chosica, señor contralmirante, y sus descubiertas alcanzan ya hasta Chaclacayo —le informó Rodríguez, gravemente.

Patricio Lynch midió de inmediato la gravedad de aquel aviso: el nuevo ejército formado por el «Brujo de la Sierra» estaba apenas a unos veinticinco kilómetros de Lima.

—En dos horas de marcha pueden caer sobre esta ciudad —siguió el explorador—. He visto que sus patrullas de descubierta se atreven ya a acercarse hasta los linderos de Lima. Créame si le digo que ya, seguramente, han trabado contacto permanente con los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia, que están gestando la revolución en la capital.

Patricio Lynch se volvió hacia un mapa que estaba clavado en el muro, y buscó saber qué tropas guarnecían la ciudad por el lado de la sierra. Una pequeña banderilla roja ensartada en ese punto le indicó el nombre del batallón que prestaba aquel servicio. Era el «7.º de Línea».

—¿Qué dotación tiene el batallón número 7? —consultó al jefe del Estado Mayor.

—Unos seiscientos hombres, señor —le contestó el comandante Bezanilla.

—Refuércelo hoy mismo. Necesitamos que el flanco oriental de Lima sea guardado por unos mil quinientos hombres, cuando menos.

Inmediatamente, y con el dinamismo arrollador que le era habitual, el contralmirante Lynch tomó las medidas necesarias para conjurar el peligro. El intendente de Lima, coronel Valdivieso, recibió la orden de cerrar todas las entradas de la ciudad por ese flanco y de implantar la ley marcial en el sector correspondiente. Aquello representaba el fusilamiento inmediato de todos los hombres que trataran de escabullirse de la capital para ir a engrosar el ejército del general Cáceres.

Al mismo tiempo, el comandante del batallón «Bulnes», cuyos hombres cumplían las funciones de policía, y el jefe del servicio secreto recibieron instrucciones terminantes para redoblar la vigilancia en torno a las casas de los directores del Comité Patriótico de la Resistencia.

Tres días transcurrieron en la más tensa expectación. Los

justificados temores del contralmirante Lynch respecto a la actitud que adoptaría el Comité de la Resistencia no tardaron en confirmarse. Al crepúsculo del 24 de septiembre se presentó en la dirección policial uno de los guardias encargados de la vigilancia sobre los miembros del movimiento subterráneo. Éste compareció de inmediato ante El Profesor:

—La persona encargada a nuestra custodia abandonó su casa hoy, a las seis de la tarde, señor —informó.

—¿Y a dónde fue?

—Mi compañero y yo lo seguimos hasta la legación de Estados Unidos. Ahí está en estos momentos.

Una chispa de inteligencia brilló en las pupilas de El Profesor e instantáneamente una sospecha comenzó a incubarse en su cerebro. Volviéndose hacia el capitán de la guardia, que escuchaba desde la puerta de la oficina, le recomendó:

—Si llegan otros de los guardias encargados de vigilar a los sospechosos, hágalos pasar al momento a este despacho.

—Bien, señor. Pero ¿cree usted que vendrán otros?

—Sospecho que sí —le respondió El Profesor con sonrisa triunfante. Como obedeciendo a la línea dramática de una obra teatral, uno tras otro fueron presentándose en la dirección de policía los guardias comisionados para seguir los pasos de los directores del Comité Patriótico de la Resistencia; y todos afirmaron lo mismo: que sus custodiados abandonaron sus casas, más o menos a la misma hora, para dirigirse a la legación de los Estados Unidos.

El Profesor tomó declaración al último de los guardias y se encaminó hacia el barrio donde tenía su residencia el enviado especial Stephen Hurlbut.

La manzana donde estaba ubicada la legación de los Estados Unidos se hallaba totalmente rodeada por los guardias, que trataban de disimularse en la oscuridad de la noche, aunque sin perder de vista la entrada de la casa.

A unos cincuenta pasos de ésta, El Profesor se encontró con Gastón Dupré, que estaba en acecho.

—Los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia se encuentran en plena conferencia con el ministro Hurlbut —le comunicó el agente.

—¿Averiguó usted a los guardias si han entrado a la legación

otros personajes limeños?

—Sí, señor; adentro hay, lo menos, treinta personas.

Abelardo Núñez se devanaba el cerebro tratando de discurrir un medio para enterarse de los asuntos que se debatían tan misteriosamente en el interior del edificio.

Dupré sonrió en la oscuridad y sus ojos brillaban festivamente.

—Existe una forma segura de enterarnos —murmuró—. Pero usted tendría que hacerse el desentendido.

—¿A dónde quiere ir a parar, Dupré?

El agente siguió sonriendo con desparpajo y eludió darle una respuesta directa.

—El ordenanza Toribio Jerez, que también anda por aquí, y yo tenemos buenos brazos —discurrió—. Podemos esperar a que termine la reunión y seguir a uno de los personajes de menor importancia de los que están reunidos adentro. Después podríamos «convencerlo» de que nos cuente cuál fue el asunto que trataron con el ministro Hurlbut. En una ciudad convulsionada, como está Lima, los asaltos callejeros son frecuentes —agregó Dupré, con cierta jocosidad—. Por otra parte, no se le va a hacer ningún daño… si se porta bien.

Abelardo Núñez guardó silencio y luego observó, como algo completamente desconectado del asunto:

—El señor Juan Ramos tiene su casa al otro lado del río, en el costado norte de la Plaza Colón. ¿Conoce a ese caballero, Dupré?

El atlético agente esbozó una risita comprensiva.

—Por supuesto —afirmó—, es un hombre bajo, grueso, un poco gibado de espaldas…

—Bien —lo interrumpió el señor Núñez—. Volveremos a reunirnos en la casa de Leonora. No demoren más de lo necesario.

Volvió la espalda y se alejó tranquilamente.

Juan Ramos trataba de llegar cuanto antes a su casa. Cuando buscaba en sus bolsillos las llaves de su morada, inesperadamente cayeron sobre él dos pesados cuerpos, surgidos de detrás de unos árboles.

Ramos rodó por el suelo, imposibilitado de pedir auxilio porque la sorpresa lo enmudeció primero, y después unas potentes manos le oprimieron el cuello cortándole la respiración.

—No lo ahogues, Toribio —oyó que decía uno de los asaltantes

al que lo estaba estrangulando y enseguida la misma voz le murmuró—: Escúcheme bien. Si contesta a ciertas preguntas que vamos a hacerle y no alborota, nada le ocurrirá. Pero si intenta gritar, le retorceremos el pescuezo hasta quebrárselo. ¿Me ha entendido? Vamos a soltarlo un poco para que pueda respondernos.

—¡No me maten, soy un hombre viejo!… —consiguió articular apenas Ramos, estremecido de pavor.

—¡Responda al momento! —lo urgió la voz—. ¿Qué hablaron con el ministro norteamericano?

Como, aturdido por la sorpresa y el miedo no respondiera al instante, el hombre que lo aferraba por la garganta le propinó un violento golpe en el rostro.

—¡Responda a lo que le he preguntado! —insistió la misma voz anterior con tono amenazador—. ¿Qué hablaron con el ministro Hurlbut?

El aterrado Ramos tragó el aire a chorros y, temiendo recibir nuevos golpes, reveló cuanto sabía:

—Los personajes más destacados de Lima pidieron al ministro Hurlbut que hiciera una declaración oficial sobre las condiciones de paz que él y su Gobierno estiman que deben estar en el tratado. El fin es que todo el Perú sepa que tenemos el apoyo de los Estados Unidos, para que se enteren los caudillos de la sierra, abandonen a Piérola y se unan en torno a García Calderón.

—¿También los del Comité Patriótico de la Resistencia quieren que se abandone a Piérola? —le inquirió la voz, con extrañeza.

—Sí, señor.

—¿Y por qué desean que todos los peruanos se unan en torno a García Calderón, a quien repudiaban hasta hace poco?

Ramos tuvo escrúpulos de responder a esa pregunta, pero el temor fue más fuerte que su conciencia.

—Porque García Calderón cuenta con el apoyo de los Estados Unidos y no aceptará firmar ninguna paz que signifique al Perú perder el territorio de Tarapacá —confesó, hundiendo el rostro en la tierra.

La voz que lo interrogaba profirió una sucia blasfemia.

—¿Y cómo se hará saber la declaración oficial del ministro norteamericano?

—Será enviada mañana a todos los personajes notables, en

cartas selladas —declaró, tiritando, el asustado caballero.

Las dos sombras se irguieron a su lado, dejándolo en libertad.

—Eso es todo lo que queríamos saber —concluyó la que le hablaba, y agregó, amenazante—: Póngase de pie, y váyase a la carrera hacia su casa. Sin un grito, ¿eh?… Y recuerde: guarde un secreto absoluto sobre esta «conversación» que hemos tenido o se arrepentirá. ¡Vamos, corra!

Al día siguiente, en la tarde, el contralmirante Lynch recibía de manos de El Profesor tres cartas selladas, que los guardias requisaron registrando a todas las personas que entraron a las casas de los miembros del Comité Patriótico de la Resistencia. Las tres contenían copias iguales de la declaración oficial del ministro Hurlbut, cuyo tenor era éste:

Carta a los notables limeños.

Muy señores míos:
A pedido de ustedes hago las siguientes declaraciones:
1.º Los Estados Unidos de América están primeramente en favor de la cesación de las hostilidades entre Chile y el Perú y del pronto restablecimiento de la paz.
2.º Son decididamente opuestos a todo desmembramiento del territorio del Perú, excepto con el libre y pleno consentimiento de esta nación.
3° Son de opinión que Chile ha adquirido como resultado de la guerra el derecho de indemnización por los gastos de ella y que el Perú no puede rehusar el pago.
4° El Gobierno de Chile sabe que éstas son las ideas de los Estados Unidos; pero las divisiones que existen en el Perú paralizan los buenos afectos de los Estados Unidos y dan pretexto a Chile para eludir la acción de éste en conformidad con nuestros deseos y para prolongar el estado de guerra y la ocupación militar del Perú. Chile dice: «Nosotros deseamos también la paz, pero aquí nadie hay competente para ajustarla». Esta declaración es desgraciadamente cierta. Para este estado de cosas el único remedio se encuentra en el Perú mismo.
La unión, bajo cualquiera que se elija, hará desaparecer el pretexto para Chile y dará a los Estados Unidos una

ventaja que han menester y de la cual sabrán cómo aprovechar. Ninguna otra cosa, a mi juicio, salvará al Perú; debe salvarse él mismo, mediante el sacrificio de las ambiciones personales, en aras de la redención de la patria.

Soy de ustedes amigo y servidor.

S. A. HURLBUT.

El contralmirante Lynch dejó la carta sobre su escritorio y se quedó mirando, con pesadumbre, a través de la ventana que daba sobre la Plaza Mayor de Lima.

—Siga usted el consejo de Joaquín Godoy, Excelencia —le decía El Profesor—. Anule de una sola plumada esa caricatura de gobierno.

El jefe chileno asintió con gravedad.

—Creo que no va a quedar otro remedio —razonó, y devolviendo la carta a su secretario, le dijo—: Archívela en el último espacio de la carpeta caratulada «Gobierno Provisional» y déjela sobre mi escritorio. Creo que no tendrá usted que agregar otro nuevo documento.

A raíz de la publicación de la carta de Hurlbut a los notables de Lima, los hechos se encadenaron precipitadamente.

Los altos jefes del ejército de Arequipa se pronunciaron en contra del dictador Piérola, destituyeron al coronel Alejandrino del Solar, que mantenía como representante suyo en el sur, y reconocieron a Francisco García Calderón como el legítimo presidente del Perú. Por su parte, el contralmirante Lizardo Montero, Jefe Político y Militar del Norte, también desconoció a su antiguo amigo Nicolás de Piérola y se plegó al bando de García Calderón. Por último, los jefes y oficiales del Ejército del Centro repudiaron igualmente al dictador, pero, en lugar de adherirse a la causa del Gobierno Provisional, ofrecieron el cargo de jefe supremo al general Cáceres. Éste aceptó desconocer a Piérola, pero, proclamando su propósito de no intervenir en política, rechazó el puesto de gobernante y se mantuvo en su jerarquía militar, a la expectativa de los acontecimientos.

Los casi simultáneos pronunciamientos del sur y del norte en favor de García Calderón encendieron el más ardoroso entusiasmo

entre sus partidarios, y el Gobierno Provisional decidió celebrar el triunfo con una magna fiesta.

Pero en la misma noche escogida para el sarao se produjeron dos hechos decisivos, que trastornaron por completo los planes del presidente García Calderón y de su astuto consejero, el ministro Hurlbut.

Más o menos a las once y media de la noche se presentó Gastón Dupré en la casa de Leonora. Venía sumamente agitado y, apenas hubo traspuesto la entrada, sacó de un bolsillo interior de su chaqueta un angosto fajo de documentos.

—Haz levantarse, al momento, al ordenanza Jerez, para que vaya a buscar al Profesor; y di a tu ama que necesito hablar con ella —dijo a Elcira.

Minutos después, Dupré explicó a Leonora lo que le había ocurrido:

—Hace algunos días me enteré de que don Francisco García Calderón guardaba celosamente unos papeles en un armario que tiene en su escritorio particular. Esta noche, aprovechando el desorden provocado por la fiesta, me colé en ese aposento y forcé el armario. Tras una mirada al sobre que contenía los documentos comprendí que ellos eran de un valor más que sobrado para mandar al diablo mi puesto de espía dentro de la casa y traerlo lo antes posible.

—¿De qué tratan esos documentos, Gastón? —quiso saber la joven con gran interés.

—Uno de los documentos es un contrato firmado entre el Gobierno Provisional y el plenipotenciario Hurlbut, mediante el cual el Perú cede a los Estados Unidos su puerto de Chimbote, para que su Marina de Guerra establezca en él un depósito de carbón y lo ocupe como puerto propio de desembarco.

—El segundo documento —siguió explicándole Dupré—, se refiere a un negocio particular ganado por el señor Hurlbut. El ministro norteamericano ha conseguido, a cambio de su apoyo, que el presidente García Calderón le ceda, por veinticinco años, la explotación del ferrocarril que va desde Chimbote a la rica región minera y agrícola del Callejón de Huaylas. En ese ferrocarril el Perú ha invertido hasta ahora nueve millones de soles de oro y se especifica que con diez millones más quedará terminado. Todo esto

se lo ha cedido personalmente a Mister Hurlbut por la suma de un millón de soles plata y un millón de soles papel. Pero aún hay más; también le otorga el derecho a explotarlo por sí mismo o a transferir la concesión a alguna poderosa empresa norteamericana.

Leonora tuvo que afirmarse en el respaldo de una silla y se quedó contemplando a su compañero con profundo asombro.

—El descubrimiento de estos documentos representa la lápida sepulcral del Gobierno de García Calderón. El contralmirante Lynch lo eliminará de un golpe —opinó Dupré.

—¿Comprende usted lo que eso significa, Gastón? —le observó Leonora con acento sombrío—. La revolución en el Perú y el nuevo empleo de las armas para sofocarla.

—Una nueva campaña, amiga mía —especificó Dupré, con firmeza—. Volver a combatir para reducir otra vez a la impotencia a los peruanos, que han creído poder burlarse de las armas de Chile. Ellos lo habrán querido, Leonora. El general Cáceres está en las estribaciones de la sierra, a pocos kilómetros de distancia, esperando, con su ejército arma al brazo. Nosotros tendremos que volver a empuñarlas.

Los ojos de El Profesor se transformaron en dos largas líneas, cuando terminó de leer los dos documentos sustraídos por Gastón Dupré. En ellos estaba la razón oculta del cambio de actitud del gobernante provisional y de su traición al propósito de paz, para el cual el Comando de Ocupación chileno le había permitido asumir el poder.

A primera hora del día siguiente El Profesor se presentó en el despacho del comandante en jefe.

El contralmirante no pareció inmutarse al leer los dos borradores. Dobló parsimoniosamente los documentos y los guardó en la carpeta caratulada «Gobierno Provisional». Luego se volvió hacia El Profesor:

—Con estas pruebas finales se cierra el capítulo correspondiente al Gobierno de García Calderón. No hubiera querido tomar semejante determinación en estos días en que el período presidencial del señor Aníbal Pinto está expirando. El próximo 18 de septiembre debe asumir la Presidencia de Chile don Domingo Santa María. Estimaba preferible que una medida de tanta trascendencia la adoptara el nuevo Gobierno, pero ahora no me

cabe elección posible. Telegrafiaré al momento al presidente Aníbal Pinto, solicitando me dé autorización para disolver al Gobierno Provisional del Perú.

Pero los hechos se precipitaron, colocando en una difícil situación al «Príncipe Rojo».

En la noche del 1.º de septiembre, un grupo de soldados del «Buin» dormitaban en las bancas de la estación de Vitarte, a la salida de Lima, cuando una locomotora que había estado funcionando irregularmente gran parte de la tarde, comenzó a moverse sobre los rieles.

Uno de los soldados rezongó y gritó algunas palabrotas al hombre que manejaba la máquina, por impedirles dormir.

—Es el jefe de los maquinistas del ferrocarril a la sierra —explicó otro de los buines—. Es un gringo raro llamado Enrique Wall. Ha estado la tarde entera arreglando esa locomotora, que se echó a perder hace días.

—Podía cortar su bochinche durante la noche —volvió a gruñir el primero—. ¿Qué apuro tiene en arreglar su maldita máquina si los montoneros dinamitaron la línea al llegar a Chosica?

Uno de los soldados se dispuso a detener las maniobras del maquinista. Pero, súbitamente, la máquina comenzó a correr cada vez más velozmente.

Todos los soldados, arrancados del sueño por el estrépito de la locomotora, se dieron cuenta de que el gringo Wall se estaba fugando con la máquina. Corrieron gritando al maquinista, que se alejaba.

Pero el técnico inglés no obedeció a sus voces. Entonces se detuvieron y enristraron sus fusiles.

El intento fue tardío. Obligados a disparar contra la parte superior de la máquina, las balas de los soldados rebotaban inofensivas en la cabina de acero, y, después de malgastar una docena de tiros, prefirieron cesar el fuego. Entretanto, la locomotora había tomado distancia y se perdía en dirección a la sierra.

—Ese gringo condenado es un traidor y le lleva la máquina al general Cáceres. «El Brujo» es dueño *agora* de toda la línea desde Chosica
p'arriba

—exclamó un soldado.

Esa misma noche, rayando la madrugada, al sur de Chorrillos, una patrulla del «2.º de línea» dormía en sus tiendas, a campo raso.

Inesperadamente, uno de los centinelas disparó. De inmediato, varios soldados corrieron junto a él y empezaron a disparar también.

El jefe de la patrulla, teniente Ramón Avilés, salió de su tienda para recibir el informe de uno de los centinelas, que llegaba a la carrera:

—Mi teniente Avilés, el soldado Chaparro, que está de facción hacia el sur, acaba de ver pasar a una gran cantidad de soldados que iban agachados y al trotecito, igual que si quisieran pasársenos a escondidas.

El oficial consideró que no había ninguna otra patrulla chilena por la comarca y que lógicamente tenía que tratarse de peruanos. Por otra parte, el centinela seguía informándole que el soldado que los avistó primero disparó al aire, para intimidarlos, y los fugitivos, lejos de detenerse, siguieron corriendo con mayor rapidez.

Profundamente intrigado, el jefe de la patrulla decidió perseguir a los misteriosos merodeadores nocturnos.

—Pasaron por el sur e iban a pie —le informó el soldado Chaparro.

La patrulla se diseminó ordenadamente para abarcar la mayor extensión posible, manteniéndose el teniente Avilés en el centro de su línea.

Sin embargo, al regresar los componentes de la patrulla, venían exasperados por el fracaso de su misión.

—Los seguimos como un kilómetro, pero se nos hicieron humo en las quebradillas que hay hacia el sur —rezongó el sargento que regresó primero.

—¿Pudieron darse cuenta de quiénes eran? —lo interrogó el oficial. La respuesta que recibió lo dejó estupefacto: los merodeadores llevaban uniformes iguales a los del ejército chileno y, aunque no dispararon, portaban todos fusiles del mismo modelo que el que ellos usaban.

El oficial se devanaba los sesos tratando de desentrañar aquel misterio, cuando volvieron los últimos de sus hombres. Éstos habían logrado tumbar a dos de los que arrancaban.

Uno de los prisioneros estaba muerto, pero el otro respiraba todavía. Los dos iban vestidos con uniformes chilenos. Lo único diferente eran los quepis.

El teniente Avilés pidió una cantimplora y vertió un chorrillo de aguardiente en la boca del agónico.

—¿Quiénes son ustedes? —le preguntó imperiosamente, y como el herido se limitara a mirarlo con expresión de pánico, le ofreció—: Si me responde, lo haré curar y salvará la vida. Dígame, ¿quiénes son ustedes?

Al prisionero le temblaban los labios y murmuró con dificultad.

—Celadores… de… La Magdalena.

El oficial comprendió por fin. Recordó de inmediato que los gendarmes que guarnecían la casa de gobierno de La Magdalena habían recibido uniformes del ejército chileno, por carecer de otros.

—¡Es claro! —exclamó—. Y para diferenciarlos de nosotros les cambiaron los quepis. Forman la guardia del Gobierno Provisional.

El teniente Avilés volvió a inclinarse sobre el herido para preguntarle consideradamente, aunque con un matiz de amenaza:

—¿Qué hacían ustedes en este sector, tan alejado del pueblo de La Magdalena?

—Íbamos… —balbuceó el prisionero, avergonzado—, íbamos a juntarnos con las tropas del general Cáceres, en Chosica.

La revelación hirió el cerebro del oficial.

Se trataba de desertores: eran nada menos que los gendarmes, la guardia presidencial del Gobierno Provisional.

—¿Cuántos celadores fueron los que desertaron? —gritó enfurecido al prisionero, sin consideración a su estado—. ¡Vamos, contésteme, por el demonio!

—Sesenta y cinco, señor —declaró el hombre, presa de pánico.

El oficial sintió que se le caldeaba más y más la sangre. La guardia que el comando chileno consintió al Gobierno Provisional era de cuatrocientos hombres y, en una sola noche, se incorporaban a las filas de Cáceres sesenta y cinco, todos ellos con sus fusiles y municiones, proporcionados por el ejército chileno.

—¡Buen pago a la generosidad dan estos descastados! —masculló el oficial.

Dejando al sargento a cargo del herido, se dirigió hacia Lima, para informar inmediatamente al jefe de su batallón, el coronel

Estanislao del Canto.

La deserción en masa de los celadores de La Magdalena fue el argumento decisivo que obligó al contralmirante Lynch a anticipar la determinación que tenía tomada, pero que no se había atrevido a poner en práctica sin recibir la autorización del Gobierno de Chile.

La expedición que el Gobierno Provisional enviara al norte, bajo el mando del coronel Isaac Recabarren, tuvo como consecuencia el paso de casi toda esa tropa al ejército serrano; igual cosa ocurrió con las que escoltaron al general La Cotera hasta Junín. Ambas significaron la pérdida de un millar de fusiles, con sus correspondientes municiones, y el aumento del contingente de Cáceres en casi mil hombres.

La deserción de los celadores de La Magdalena terminaba de convertir aquellos hechos en una verdadera burla para la jefatura chilena. Aquella misma noche el contralmirante Lynch citó a su despacho al jefe del Estado Mayor, comandante Francisco Bezanilla; al coronel Estanislao del Canto, comandante del «2.º de Línea»; al coronel Luis Solo Zaldívar, del «4.º de Línea», y al mayor Domingo Castillo, del batallón «Santiago».

—Señores comandantes, voy a ser especialmente claro al explicarles lo que deseo de ustedes —les dijo al comenzar—. Debo advertirles que es mi propósito eliminar al Gobierno Provisional del señor García Calderón.

Los comandantes se miraron satisfechos y uno murmuró:

—Ya era hora, señor.

—Sin embargo, no puedo hacerlo ahora mismo, porque no he recibido la autorización de nuestro Gobierno —siguió explicándoles el contralmirante—. Pero, en cambio, bien puedo tomar una medida de carácter estrictamente militar. Ella es la de desarmar y disolver la guardia que mantiene el Gobierno Provisional en el pueblo de La Magdalena. Si los componentes del Gabinete de García Calderón recuerdan aún el concepto de la dignidad, entenderán que después de esa acción nuestra lo más propio es dimitir sus cargos y dar por terminada la farsa que han estado representando.

—Se aferrarán de la protección que les brinda el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, Excelencia —le apuntó el comandante Bezanilla.

—Peor para ellos entonces —reflexionó Lynch—. Solamente

conseguirán humillarse más y prolongar por un tiempo breve su anormal situación. Pero, dejando de lado estas consideraciones, quiero que sepan que los he reunido para indicarles cómo procederemos al desarme de la guarnición de La Magdalena. Ese acto deberá ejecutarse sin ruido ni violencia, tratando, en todo lo posible, de mantenerlo en el secreto y de no alarmar a la población. Para ello es preciso que se maniobre de noche y por sorpresa.

Enseguida, Patricio Lynch fue señalando a cada uno la acción que le correspondería desarrollar dentro del plan total. El comandante Bezanilla saldría de Lima en la medianoche del 4 de septiembre, o sea, dos días después. Llevaría consigo a cincuenta hombres del «Cazadores» a caballo y cincuenta del «Buin», para apoderarse del retén policial que el Gobierno Provisional mantenía en La Magdalena y que contaba con dieciséis guardias. Después de arrebatarles las armas y municiones, las obligaría a dispersarse y regresaría a Lima a rendir cuenta ante el propio comandante en jefe.

El coronel Del Canto tendría que caer por sorpresa sobre el cuartel de La Magdalena, desarmar a los gendarmes y ahuyentarlos amenazándolos de muerte. Todas las armas guardadas en ese cuartel tendrían que ser llevadas a Lima al momento.

Debería partir esa misma noche hacia La Magdalena, mandando a su regimiento y llevando como refuerzo a dos compañías del «Santiago», dirigidas por el mayor Castillo.

Por su parte, el coronel Solo Zaldívar desprendería a doscientos hombres de su batallón «4.º de Línea», de guarnición en Callao, y marcharía con ellos sobre La Magdalena, para intervenir en apoyo de las fuerzas de Del Canto, en caso de que hubiera una resistencia esforzada.

Al despedirse de los comandantes, el contralmirante Lynch volvió a advertirles:

—No olviden, señores, que la misión debe cumplirse con mucho tacto y evitando toda violencia inútil. Los espero el 5 de septiembre, en la madrugada, con la noticia de que la tropa armada del Gobierno Provisional ya no existe y que todos sus fusiles y municiones han vuelto a nuestro arsenal.

La operación se verificó tal cual la había ordenado el contralmirante. Los veteranos que la dirigían habían aprendido, tras

amargas experiencias, la importancia vital que tenía la exactitud cronométrica en las acciones de guerra.

A las doce en punto de la noche del 4 de septiembre, el coronel Del Canto con sus segundos y el mayor Castillo con sus santiagos asomaban silenciosamente en el linde del pueblo La Magdalena.

Las dos compañías del «Santiago» se desplegaron por el flanco izquierdo, en tanto que el «2.º de Línea» completo describía un amplio semicírculo, para encerrar a La Magdalena por el flanco derecho y la retaguardia.

La maniobra se realizó en el más absoluto silencio, sin que ninguno de los pobladores despertara de su confiado sueño. Los soldados chilenos fueron apretando el círculo en torno a las dos luces que brillaban en la plaza, señalando sus objetivos, y, a las dos de la mañana, tenían rodeados el cuartel y la casa de gobierno.

Recién entonces el centinela de la caballada peruana, prevenido por la inquietud del ganado, tuvo la primera noción de lo que estaba ocurriendo. Al asomarse a la puerta del corral y distinguir las incontables sombras que habían aparecido, se quedó paralizado. Automáticamente musitó la alarma, pero la voz le brotó apenas y, antes de que pudiera recomponer su garganta, el coronel Del Canto se plantó frente a él y le apuntó con su revólver en mitad de la frente.

—¡No se mueva de su sitio y arroje el arma al suelo! —le ordenó en sordina—. ¿Quién es el jefe de la plaza? —le preguntó enseguida.

—El señor coronel Sevilla está de subrogante —balbuceó el hombre.

—Vaya a buscarlo y dígale que tropas chilenas han rodeado La Magdalena y que deseo conferenciar inmediatamente con él. ¡Apresúrese!

El centinela asintió con un murmullo tembloroso y se alejó, a tropezones, hacia la casa de gobierno. El coronel Del Canto agregó.

—Prevenga al coronel Sevilla que no dé alarma de ninguna especie, porque sería peor para la guarnición de celadores.

Mientras esperaban la aparición del jefe de la plaza, la tropa chilena se mantuvo inmóvil, pero alerta. Sin embargo, al cabo de quince minutos, esta situación terminó por enervar a los jefes y soldados.

—Avancemos nosotros entonces —determinó el coronel Del Canto. Y considerando ya fuera de lugar las precauciones, ordenó a su corneta que lanzara los toques de «atención» y «adelante».

El coronel Del Canto no se preocupó de la alarma que sacudía a los pobladores, sino que avanzó a toda prisa hacia el cuartel, encabezando a la tropa de su regimiento.

—¡Nadie se acerque a la casa de gobierno! —recomendó—. ¡Tomaremos posesión solamente del cuartel!

Estaban ya a unos treinta pasos del contorno del cuartel, cuando en el balconcillo de la mansarda superior del edificio asomó un soldado agitando una improvisada bandera blanca.

—¡Alto!… —gritó el coronel Del Canto. Y luego llamó a voces a los mayores Castillo y Álvarez y les hizo señas de que avanzaran con él hacia el portón de entrada del cuartel de celadores.

Guardando entre ellos la distancia prescrita por la ordenanza militar, entraron al zaguán del edificio y se detuvieron ante un oficial peruano que los observaba con el rostro desencajado por el pánico.

—¿Qué significa este asalto, señores? —tartamudeó el oficial.

El coronel Del Canto lo miró a los ojos tan imperiosamente que lo hizo retirar la diestra de su arma, y enseguida le expresó:

—Tengo órdenes del Comando en Jefe del ejército chileno de tomar posesión de esta plaza, desarmar a su guarnición, dispersar a la tropa y abandonar el pueblo. Eso es todo.

—Pero La Magdalena ha sido declarada zona neutral por el propio comando chileno —le argumentó el oficial, con profunda desazón.

—Ha dejado de serlo desde el momento en que ustedes permitieron que sus tropas, uniformadas y armadas a costa de nuestro ejército, se pasaran impunemente a las fuerzas montoneras de Cáceres. ¿Dónde está el coronel Sevilla, jefe de esta plaza?

—Enterado de la presencia de ustedes, ha desaparecido —confesó, con evidente bochorno, el oficial.

—¿Usted le sucede en el mando?

—Sí, señor.

—Pues bien, proceda a hacerme entrega de todas las armas y municiones que se guardan en este cuartel —le ordenó perentoriamente el coronel y, como viera que el temor ensombrecía

el rostro del oficial, quiso darle cierta tranquilidad—: No tema por la libertad de los jefes y oficiales; tampoco por la de la tropa, a la cual se le dará puerta franca, con la condición de que se aleje de este pueblo inmediatamente. ¿Comprendido?

—Está bien, señor comandante —se doblegó el peruano—. Pero Su Excelencia el señor presidente García Calderón elevará su protesta oportunamente.

—Eso no es asunto mío —le observó el jefe del «2.º de Línea», con acento tajante—. Debo dejar desarmada y sin tropas a La Magdalena y lo haré ahora mismo. De modo que ordene que se me abran todas las puertas y pañoles.

El oficial de gendarmes se hizo a un lado, dejándoles libre el paso, y les mostró a la gendarmería que aparecía formada en mitad del patio.

—La puerta está franca, señores —les dijo, y, quitándose el cinturón con su sable y revólver, lo entregó al mayor Castillo.

El coronel Del Canto se volvió hacia el mayor Álvarez y le ordenó que introdujera al cuartel a los soldados del «2.º de Línea». Las dos compañías del «Santiago» y las del «4.º de Línea», que ya habían notificado su aparición por el oeste, quedarían custodiando el pueblo.

Recién abandonaba El Profesor la casa de Leonora, cuando desde el sur asomaron por el extremo de la calle Trapitos el mayor Manuel Rodríguez y su ordenanza, Acosta. En forma excepcional, ambos vestían sus uniformes del «Cazadores del Desierto» y se los veía pulcramente limpios y afeitados. Sin embargo, el oficial se veía turbado y nervioso. Cuando llegaron a la esquina donde se alzaba el convento de La Concepción, Acosta señaló la casa que ocupaban Leonora y Elcira. Manuel Rodríguez tiró las bridas de su caballo, obligándolo a detenerse. Pero vaciló durante largos segundos.

—Bueno, pus, mi capi. Las cosas se hacen o no se hacen —le observó su ordenanza en tono sentencioso—. No me obligue a pensar que le tiene miedo a la señorita.

—¿Miedo? —murmuró el oficial y agachó la cabeza, mordiéndose los labios. Pero la reflexión de su compañero terminó

por darle la resolución que le faltaba—. Vamos —le dijo—, hay que prevenir a Leonora.

Minutos más tarde, el explorador se encontraba en presencia de la joven señora y la contemplaba, tratando de disimular su íntimo temblor y sin conseguir que le brotaran las palabras. Acosta se había quedado en la calle al cuidado de los caballos y Elcira no estaba en la casa.

A la luz del crepúsculo Leonora lo observaba, sintiendo un cálido afecto por aquel hombre recio que se comportaba como un niño grande, haciendo girar el quepis entre sus manos nerviosas.

—Leonora, he venido a ponerla sobre aviso y a rogarle que se marche de Lima cuanto antes —pudo decirle, por fin, el explorador.

—¿Por qué, Manuel? —preguntó la agente, clavando en él sus ojos intensamente verdes. El oficial tuvo que hacer un gran esfuerzo para retomar el hilo de sus ideas.

—Lima va a pasar por circunstancias imprevisibles, Leonora —le dijo—. He regresado no hace mucho de la sierra y lo que mi ordenanza y yo hemos visto bastaría para poner la carne de gallina a los pobladores de esta ciudad. Me parece casi innecesario explicarle que allá arriba, apenas a veinticinco kilómetros de Lima, está el general Cáceres con un ejército cercano a los cuatro mil hombres. Después de que el batallón «Aconcagua» abandonó Chosica, arrastrando un verdadero cargamento de enfermos y moribundos por causa del tifus, pudimos ver al enemigo y tomar una idea de la magnitud de sus fuerzas.

—Las huestes del general Cáceres coronaban todos los cerros que circundan la quebrada del Rímac. Leonora, haga caso de mi advertencia. El caudillo de la sierra va a atacar Lima en cualquier momento, y cuando se lance al asalto, simultáneamente se producirá el levantamiento armado de todos los hombres de la capital. Usted debe saberlo mejor que yo; el Comité Patriótico de la Resistencia ha organizado la revolución con perfecta minuciosidad. Será un estallido formidable, que nos obligará a defendernos como fieras dentro de una jaula. Y entonces la mortandad será horrible y nadie estará fuera de riesgo.

El oficial dejó de hablar y miró a la joven con sincera ansiedad. Leonora le devolvió la mirada. Y le expuso serenamente:

—No tengo ninguna parte a donde ir, Manuel, ni tampoco

interés en eludir el peligro. Todo lo que usted acaba de decirme ya lo sabía. No hace media hora que estuvo aquí El Profesor y me ha informado minuciosamente sobre la situación general.

—¿Seguirá usted en sus peligrosos trabajos? —le inquirió Rodríguez, con indisimulada reprobación.

Leonora cerró los ojos y aprobó.

—Sí. ¿Qué otra cosa mejor puedo hacer? —Y mirando rectamente a los ojos del oficial le declaró—: En pocos días más, parto hacia la sierra. Está a punto de iniciarse una nueva campaña, que comandará personalmente el contralmirante Lynch. En ella participarán todas las fuerzas chilenas que están en el Perú y será la definitiva. Para el buen éxito de esta gigantesca operación, deberá tener el comando chileno una información completa de las sucesivas posiciones del enemigo, de sus medios de combate y de sus planes. Ésa ha de ser mi misión.

El explorador la observó con una mezcla de tristeza y de admiración.

—Sigue cometiendo locuras —murmuró—. La vida en la sierra será espantosa para usted. No sabe a lo que se arriesga.

—Lo sé perfectamente —afirmó la joven con sonrisa fatalista—. Supongo que nunca estaré más cerca de la muerte.

—Ésa es la verdad.

—¿Y usted, Manuel?… ¿Ha pensado en lo que será de usted mismo?

El explorador rió en sordina, casi divertido.

—También tengo una misión especial que cumplir. Las avanzadas del ejército serrano se atreven a acercarse hasta los propios linderos de Lima. Nuestro Comando en Jefe necesita estar constantemente informado de esas maniobras. Allí ha de ser donde estaremos mi ordenanza y yo.

—Ya lo ve —resumió Leonora, contemplándolo con expresión fraternal—, la suerte nos reserva destinos paralelos. Elcira y yo detrás de las líneas enemigas, usted y Acosta delante de ellas.

Jinete en su magnífico caballo, «El Inmortal», el general Cáceres se erguía triunfante sobre la montaña más alta que dominaba el

pueblo de Chaclacayo. Desde su alto observatorio podía contemplar el ondulado valle de Lima. Había conseguido cumplir su empecinado propósito. A menos de ocho meses que cayera mortalmente herido en la batalla de Miraflores y en que viera aplastado y triturado al orgulloso ejército del Perú, ya estaba él nuevamente fuerte, enfrentando a los invasores de su patria, desafiándolos con un nuevo ejército.

Allí estaban, a sus flancos y a su espalda, cuatro mil hombres resueltos, dominando con sus ojos de cóndor la cautiva ciudad de Lima, pendiente del gesto y de la voz del «Brujo de los Andes», resueltos a seguirlo cuando hincara espuelas a su caballo y los encabezara en el asalto que, como un desbordado torrente, darían sobre el valle del Rímac.

JORGE INOSTROSA CUEVAS, escritor chileno, (Iquique, región de Tarapacá; 30 de marzo de 1919 - Santiago; 5 de enero de 1975)

Nació en Iquique, en 1919, de padre abogado y madre profesora. Estudiante pobre, pues su padre muere cuando él tiene 3 años, se las ingenia en el Internado Barros Arana para obtener unos pesos escribiendo las cartas de amor de sus compañeros. Es la primera señal de su vocación de escritor.

Ya bachiller, ingresa al Instituto Pedagógico a estudiar matemática e historia. Quiere ser profesor, como su madre. Pero ésta enferma y queda hemipléjica, por lo que él y sus cinco hermanos deben abandonar los estudios para ganarse la vida.

Hace toda clase de trabajos: kinesiólogo, camionero, retratista… Y tras la muerte de su madre empieza a recorrer los pueblos ofreciendo retratos al pastel, para los que tiene gran facilidad. «Aprovechaba esto», cuenta el propio Inostrosa, «para realizar uno de mis mayores anhelos. Les contaba largas historias, cuentos, anécdotas arregladas por mí, que yo había aprendido rebuscando en la Historia de Chile». Era agnóstico, carrerista y amante del boxeo. A fines de la década de 1930, conoció en San Bernardo a Violeta Wood, con quien se casó y tuvo dos hijas: Verónica y Francisca

Javiera.

Más tarde ingresa a la Agencia Havas como reportero y luego a la radio Cooperativa Vitalicia, primero como sonidista, pronto como libretista de radioteatros, y después como director de éstos.

En Radio Corporación, creó y transmitió *El Gran Teatro de la Historia* con una compañía de actores que bajo su dirección y con sus libretos dio vida a episodios de la historia de Chile y a sus héroes en radioteatros.

En esa radioemisora en 1948, estrenó su obra *Adiós al Séptimo de Línea*, uno de los programas más exitosos de la radiofonía chilena. Posteriormente, fue convertida en la novela homónima e inspiró una historieta, creación de Isidro Arteaga en 1960, una pieza musical, el álbum ¡*Al 7.º de Línea*! del grupo Los Cuatro Cuartos en 1966, y una serie de televisión en 2010.

Aunque el programa fue un éxito, tres años después de su transmisión Inostrosa estaba en mala situación económica. Siguió entonces el consejo de un amigo: «¿Por qué no llevas tus libretos a Zig-Zag y propones transformarlos en novela?».

El enorme éxito de la obra detonó definitivamente al talentoso escritor que había en Inostrosa. En 1955 publicó su libro más conocido, *Adiós al Séptimo de Línea*, una novela en cinco tomos —*La frontera en llamas, Las cruces del desierto, Los infantes de bronce, Los batallones olvidados y El regreso de los inmortales*— basada en el guión para radioteatro que se había transmitido con mucho éxito en la radiofonía chilena a fines de los años 1940. Siguieron las novelas históricas *Hidalgos del mar, Prat y Grau* (1959), *El corregidor de Calicanto* (1960), *La justicia de los Maurelio* (1961), *Los Húsares trágicos* (1965), *Bajo las banderas del Libertador* (1966) y ¡*Se las echó el Buin*! (1970). A las que hay que agregar los volúmenes de relatos históricos *El rescatado por Dios* (1962), *Fantasmas y retratos de la tradición* (1963) y *Huella de siglos* (1966), ademas de *Siempre una mujer* (minibiografías, 1974) y *El ministro Portales* (1976).

Para facilitarle las investigaciones que se propuso hacer cuando

escribió la biografía de Simón Bolívar (*Bajo las banderas del Libertador*), el gobierno de Chile le dio un cargo diplomático en Colombia y Venezuela.

Jorge Inostrosa falleció de un accidente vascular a los 56 años en Santiago el 5 de enero de 1975.

Según señaló *El Mercurio* el día de su muerte, *Adiós al Séptimo de Línea* vendió «más de cinco millones de ejemplares, con lo cual el libro constituyó uno de los más grandes
best-sellers
de la historia literaria del país». Diversos medios de prensa han estimado el número total de copias vendidas entre cinco y siete millones.

Jorge Inostrosa Cuevas dejó un legado importante en la literatura chilena, siendo reconocido por su contribución a la divulgación histórica y su capacidad para acercar la historia al público de una manera entretenida y agradable. Su trabajo sigue siendo valorado y apreciado hasta la actualidad.

OBRAS:

Adiós al Séptimo de Línea, 5 tomos, 1955.

Bajo Las Banderas del Libertador,3 tomos, 1959.

Hidalgos del Mar, Prat y Grau, 1959.

El Corregidor de Calicanto, 1960.

La justicia de los Maurelio, 1961.

El Rescatado por Dios, 1962.

Fantasmas y Retratos de la Tradición, 1963.

Los Húsares Trágicos, 4 tomos, 1965.

Huella de Siglos, 1966

¡Se las echó el Buin!, 1970.

Pueblo de los Techos Negros, Madrid, 1971.

Hotu, el oceánico, Madrid, 1971.

Siempre Una Mujer, 1974.

El Ministro Portales, póstuma, 1976.